

CIDAD
CCIÓN



MAZO

HISTORIA
DE LA RELIGION

BR145

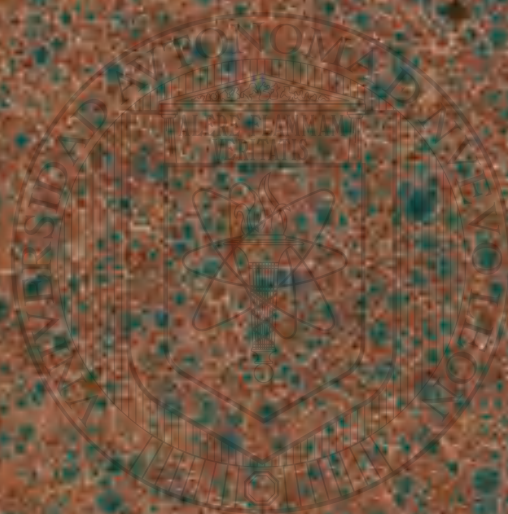
M3

V. 3

C. 1

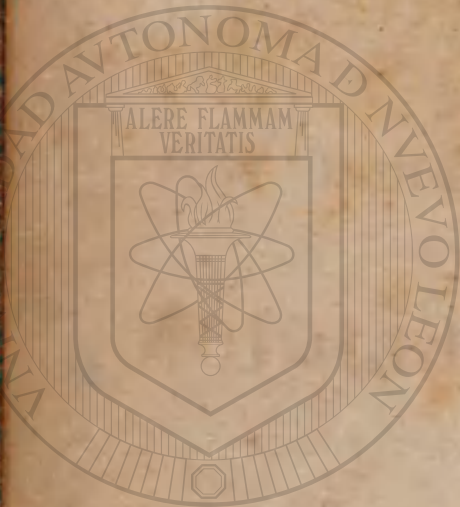


1080046537



ANNO
1962
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
BIBLIOTECA CENTRAL DE LEÓN

677-6476



HISTORIA

de

LA RELIGION

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HISTORIA
DE
LA RELIGION

QUE DEBE LEER EL CRISTIANO
DESDE LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ

SACADA DE LOS LIBROS SANTOS

por el licenciado

D. SANTIAGO JOSÉ GARCIA MAZO

Magistral de la Santa Iglesia Catedral de Valladolid.

OBRA ADOPTADA POR LA DIRECCION GENERAL DE ESTUDIOS PARA LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA
SAGRADA EN LAS UNIVERSIDADES E INSTITUTOS DE ESPAÑA.

CUARTA EDICION, CORREGIDA CON ESmero.

TOMO TERCERO.

110517

®

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

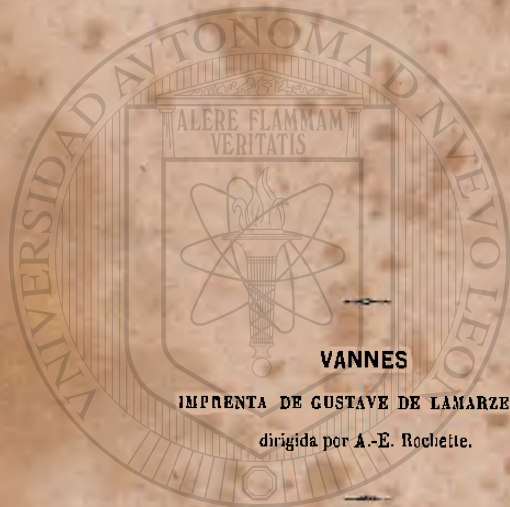
Sucesores de D. Vicente Salvá.

CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6.

1857

38405

B02145
M3
V.3



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

HISTORIA DE LA RELIGION

DESDE LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ.

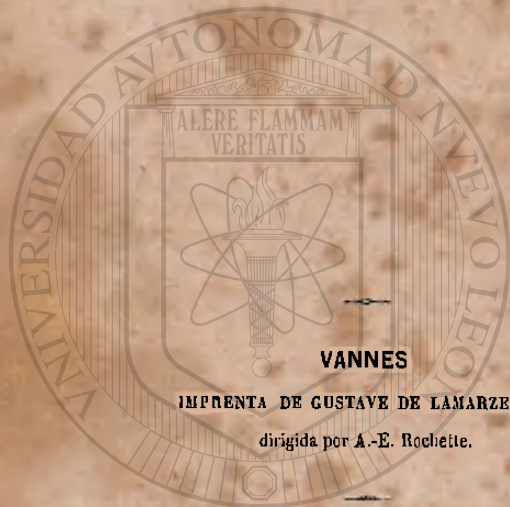
JOAQUIN, DÉCIMOCTAVO REY DE JUDÁ.

El rey de Egipto pasó de Rebla á Jerusalem sin que nadie se opusiese á su marcha. ;Tal era la postracion de Judá y la insensibilidad en que la iban sumergiendo sus infames idolatrías. Posesionado Faraon de Jerusalem como si fuera su misma corte, puso la corona de Judá sobre la cabeza de Eliacin, hijo segundo de Josías, y le dió el nombre de Joaquin al coronarle, para que recibiese tambien el nombre de su autoridad. Impuso una multa al reino de cien talentos de plata y uno de oro (cerca de tres millones de reales), que le entregó el nuevo rey, exigiéndola por reparto personal; v habiéndola recibido Faraon, se retiró á Egipto su reino.

Su pintura.

Veinte y cinco años tenia Joaquin cuando principiò á reinar, y reinó once. Hizo lo malo delante del Señor, segun todo lo malo que habian hecho sus malos ascen-

B02145
M3
V.3



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

HISTORIA DE LA RELIGION

DESDE LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ.

JOAQUIN, DÉCIMOCTAVO REY DE JUDÁ.

El rey de Egipto pasó de Rebla á Jerusalem sin que nadie se opusiese á su marcha. ;Tal era la postracion de Judá y la insensibilidad en que la iban sumergiendo sus infames idolatrías. Posesionado Faraon de Jerusalem como si fuera su misma corte, puso la corona de Judá sobre la cabeza de Eliacin, hijo segundo de Josías, y le dió el nombre de Joaquin al coronarle, para que recibiese tambien el nombre de su autoridad. Impuso una multa al reino de cien talentos de plata y uno de oro (cerca de tres millones de reales), que le entregó el nuevo rey, exigiéndola por reparto personal; v habiéndola recibido Faraon, se retiró á Egipto su reino.

Su pintura.

Veinte y cinco años tenia Joaquin cuando principiò á reinar, y reinó once. Hizo lo malo delante del Señor, segun todo lo malo que habian hecho sus malos ascen-

dientes. El profeta Ezequiel nos le representa como un leon cachorro que andaba entre leones, y luego se hizo leon y aprendió á coger presa y á devorar hombres. Aprendió, añade, á hacer viudas y á convertir en desiertos las ciudades, y quedó sola la tierra al oír su rugido. Entonces se juntaron contra el las gentes de todas partes, extendieron su red, y le cazaron, no sin sufrir ellas sus heridas. Le metieron en jaula, le llevaron en cadenas al rey de Babilonia y le encerraron en cárcel para que no se oyese su voz en los montes de Israel. De este modo Ezequiel, y con esta energía, pintaba el carácter de este malvado príncipe y las desdichas que vinieron sobre él.

Su política.

Idólatra Joaquin por corrupcion y por interés, creyó que no habia medio mas eficaz para asegurar la corona sobre su cabeza que favorecer y aumentar la idolatría, á la cual tenia tanta inclinacion la mayoría de su reino. Conducta no solo muy detestable, sino tambien muy equivocada, pero conducta muy seguida de los príncipes sin religion. Para atraer á su partido una multitud de hombres rebeldes contra Dios, y prontos por consiguiente á rebelarse contra el rey, sacrifican el verdadero apoyo de su trono, que son sus subditos fieles, por complacer á hombres malvados, y dispuestos siempre á la sublevacion. Joaquin siguió ciegamente esta política funesta. Al pasó que fomentaba la idolatría y los idólatras, perseguía á los siervos del Señor, y sobre todo á los profetas.

Hace matar al profeta Urias.

Habia en Jerusalem un profeta llamado Urias, hijo de Semei de la ciudad de Caraiarin, famosa por haber estado en ella treinta años el arca del Señor. Anunciaba

Urias en medio de Jerusalem, con la libertad de profeta, las desdichas de que estaban amenazados el templo, la ciudad y el reino. Concordaban sus predicaciones con las de Jeremías, y la predicacion de estos dos enviados del Señor hacia mucha impresion en el pueblo. Llegó á noticia del rey Joaquin lo que predicaba Urias, y trató de matarle, pero lo supo el profeta y se retiró á Egipto. Un rey menos ensañado se habria contentado con saber que Urias estaba ya fuera del reino, pero su odio no quedaba satisfecho mientras encontraba medios de quitarle la vida. Envió á Egipto un oficial con la tropa correspondiente. Faraon no tuvo reparo en entregar un inocente refugiado en sus dominios, y el oficial tomó á Urias y le llevó preso á Jerusalem, donde el rey le hizo morir sin piedad, y mandó arrojar su cadáver en los sepulcros de la gente mas vil del vulgo. Imaginaba Joaquin que con esta atrocidad que cometia con un profeta, atemorizaria á los demás y les obligaria á callar; pero el no conocia el carácter de los hombres de Dios.

JEREMÍAS, UNO DE LOS CUATRO PROFETAS MAYORES.

El gran Jeremías fué hijo de Helcias, sacerdote de la ciudad de Anatot, en la tribu de Benjamin, y solo tenia de quince á veinte años de edad cuando le llamó el Señor a principiar el ministerio de profeta. En los dias de Josias, rey de Judá, el año décimotercero de su reinado vino palabra del Señor á Jeremías, diciendo: Antes de formarte en el seno de tu madre, te elegí, y antes que nacieras, te santifiqué y te di por profeta á las naciones. y dijo Jeremías: A, a, a, ved, Señor, que no sé hablar porque soy niño; y le dijo el Señor: No digas niño soy, porque a todo lo que te envíe, irás, y todo lo que te mande, hablarás. No temas el semblante de aquellos (a quienes te envíe) porque contigo estoy yo para librarte. Entonces tocó el Señor con su divina mano la boca de

Jeremías, y le dijo : Hé ahí que he puesto mis palabras en tu boca y te he establecido hoy sobre las gentes y sobre los reinos para que arranques y destruyas, arruines y disipes (los vicios), edifiques y plantes (las virtudes). No temas el semblante de ellos, porque yo te he puesto hoy por ciudad fortificada, por columna de hierro y por muro de bronce contra los reyes de Judá, sus príncipes y sus sacerdotes, y contra el pueblo de esta tierra, y guerrearán contra ti y no prevalecerán, porque estoy yo contigo para librarle.

Bien necesitaba Jeremías toda esta asistencia para no rendirse á la contradicción continua y á los frecuentes peligros de muerte á que le expuso su ministerio desde este tiempo hasta su muerte, que también fué fruto del mismo. Ya desde el año trece del reinado de Josías había sido la guía, el consejero y el padre de este piadoso y celoso monarca; pero apenas había sufrido ni aun contradicciones en su tiempo. Parece que el Señor le concedió aquellos días pacíficos para que se preparase á sostener con dignidad su ministerio en los días borrascosos que iban á sucederse.

Pocos meses después de la muerte de Urías, y durando todavía el primer año del reinado de Joaquín, tuvo Jeremías palabra del Señor que le decía : Está en pie en el atrio de la casa del Señor, y dirás á todos los que vienen de todas las ciudades de Judá á adorar en la casa del Señor todas las palabras que te ha mandado decirles, sin omitir ni una sola, por si acaso las oyen y se convierte cada uno de su mal camino, y hacen que yo no ejecute el mal que tengo pensado hacer obligado de su malicia; y les añadirás, esto dice el Señor : Si no me oyereis para andar en la ley que os di, desampararé esta casa como desamparé á Silo, y entregaré esta ciudad en maldición á todas las gentes de la tierra. Jeremías cumplió fielmente con su encargo, y cuando acabó de decir estas cosas que le había mandado el Señor, los falsos profetas, los malos sacerdotes y todo el pueblo que las

había oído, se arrojaron al profeta, le aprisionaron y todos gritaban á una : Muera de muerte porque ha dicho que esta casa será como Silo, y esta ciudad desolada. Casi en los mismos términos había hablado Jeremías en el reinado de Josías, sin que nadie hubiera mirado esto como delito; mas hablaba el profeta en el reinado del impío Joaquín, y no era lo mismo. Llegó la noticia de este tumulto á oídos de los príncipes, y luego acudieron algunos á librarle; pero los falsos profetas, de que abundaba el reinado de Joaquín, y los malos sacerdotes dijeron á los príncipes : Este hombre es digno de muerte, porque ha profetizado contra esta casa como todo el pueblo ha oído; pero Jeremías dió una excusa incontestable : el Señor, dijo, me ha enviado para que anuncie á esta casa y á esta ciudad lo que he dicho; y volviendo bien por mal les dió un saludable consejo, diciendo : Oid la voz del Señor, haced buenos vuestros caminos, enderezad vuestros deseos y el Señor dejará de ejecutar el mal que ha dicho contra vosotros. Por lo que á mí toca, añadió, estoy en vuestras manos, haced lo que bien os parezca; pero sabed que si me matáis, derramaréis una sangre inocente que elamará contra vosotros y contra esta ciudad y sus moradores, porque en verdad el Señor es quien me ha enviado á vosotros y mandado decir esto.

No hay causa, dijeron los príncipes, para quitar la vida á este hombre, porque en nombre del Señor, nuestro Dios, ha hablado, y levantándose algunos ancianos, dijeron á la multitud : Miqueas de Morasti, profeta en tiempo de Ezequías, habló á todo el pueblo de Judá en estos términos : Esto dice el Señor de los ejércitos : Sion será arada como un campo, y Jerusalem se convertirá en un monton de piedras y el templo en alturas de selvas. ¿Por ventura le condenó por eso á muerte Ezequías ó Judá? Al contrario, ¿no temieron sus palabras y pidieron la misericordia del Señor, y el Señor dejó de ejecutar el mal con que les había amenazado? Así pues

nosotros harémos un gran mal contra nuestras almas (si matamos á Jeremías, profeta del Señor). De este modo se libró de la muerte el profeta, ó por decirlo mejor, así sacó el Señor á su profeta de las manos de la muerte.

Pero el pobre Jeremías estaba destinado por el Señor para pelear contra las maldades de los reyes y los pueblos, sin ver otro fruto de sus trabajos que el aumento de los crímenes. Casi tres años se pasaron despues de la muerte de Josías en amenazas de parte del profeta y en maldades de parte del rey y del pueblo, y si el rey se arrojaba á mayores crímenes cada día, el pueblo no hacia sino imitarle. La misericordia del Señor esperaba la penitencia para perdonar, pero en su lugar los delitos se multiplicaban y provocaban mas y mas su divina justicia. Habia escogido el Señor á Nabucodonosor, rey de Babilonia, por instrumento de sus castigos, y luego principió á ponerle en movimiento. Como este rey tiene tanta parte en la cautividad de los Judíos ó hijos de Judá, conviene dar de él alguna noticia antes de entrar á referirla.

Se da noticia de Nabucodonosor llamado el Grande.

Nabucodonosor, de quien vamos á hablar, se llamó el Grande por los grandes sucesos de su reinado. Era hijo de aquel Nabucodonosor que envió á Holofernes á la conquista de Siria y la Judea, y que murió á manos de Judit en el cerco de Betulia. Nabucodonosor el Grande recibió de su padre el título de rey de Nínive, pero no la ciudad, porque estaba ya destruida y reducida á escombros, segun la amenaza de Jonás, cuyo cumplimiento disfrió la penitencia de sus habitantes, y verificó su reincidencia; y segun la advertencia profética del anciano Tobías, que habia dicho al morir á su hijo y sus nietos : que saliesen de Nínive luego que enterrasen á su madre en su sepulcro, porque estaba ya

cercana la ruina de Nínive. Lo que recibió Nabucodonosor en realidad fué la famosa ciudad de Babilonia, corte del reino de este nombre, reino que se hallaba en gran poder y se aumentaba cada dia. Luego que se halló en el trono, formó grandes proyectos para extender los limites de sus estados, y principalmente para abatir, á lo menos, al rey de Egipto, si no lograba destruirle. Habia ya tiempo que estos dos reinos, ambos poderosos, se miraban con emulacion, ó mas bien con ojeriza y se hacian cruda guerra. La Judea se hallaba en medio de ambos y no podia declararse por el uno sin hacerse odiosa al otro, ni tampoco el que vencia la dejaba ser indiferente. Al presente Joaquin era deudor de la corona de Judá al rey de Egipto, su tributario y su aliado. Nabucodonosor miraba esta alianza como un delito en el rey de Judá y trató de castigarle, ó mas bien el Señor trató de castigar á Judá por medio de Nabuchodonosor, que era el instrumento elegido para esto.

Principios de la cautividad de Babilonia.

El año tercero del reinado de Joaquin, rey de Judá, vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, á Jerusalem, la cercó y la tomó despues de una breve resistencia. Mas no se crea que sucedió esto, ó por la superioridad de las fuerzas de Nabucodonosor, ó por la falta de defensa de los Judíos; fué por la voluntad del Señor, que irritado por sus pecados franqueó á Nabucodonosor la entrada en la ciudad santa y puso en sus manos al rey de Judá, para que le llevase encadenado á Babilonia y allí le castigase. Como el principal intento de Nabuco era apartar á los Judíos de la alianza con el rey de Egipto y hacerles ver lo que debian esperar si volviesen á unirse con él, no se posesionó por esta vez de Jerusalem, y se contentó con llevarse al rey para castigarle y escarmentarle, y una gran parte de los principales de su corte para fiado-

res del cumplimiento de las condiciones, bajo de las cuales pensaba desencadenerle y dejarle volver á su reino. Por desgracia agradaron á Nabuco muchos de los vasos de la casa del Señor, y los tomó y trasportó á la tierra de Sennaar al templo del idolo que él adoraba y los puso en su tesoro. Todos los dichos motivos eran los que dirigian los pasos de Nabuco, pero los que dirigian los del Señor, eran hacer á Judá una insinuacion de los castigos que le esperaban si no se corregia. La deja sin rey por algun tiempo, sin parte de los principales del reino y sin una gran porcion de los vasos consagrados al Señor en su santo templo, y esto era lo mismo que haber principiado la tormenta.

Joaquin se encuentra en la prision donde se convirtió Manasés, pero no se convierte.

Se hallaba el rey Joaquin en los veinte y ocho años de su edad y al fin del tercero de su reinado, cuando fué llevado á Babilonia. Desde el momento de su llegada fué puesto en una estrecha prision y dejado en ella por parte de Nabuco para castigar su alianza con el rey de Egipto y hacer que no volviese jamás á renovarla, y por parte del Señor para que llorase, como otro Manasés, su tatarabuelo ó tercer abuelo, sus delitos; pero Joaquin estaba mas endurecido que Manasés, y nada aprovechó su prision para la enmienda de su vida.

Profetiza Jeremías que la cautividad de Babilonia ha de durar setenta años.

Mientras que Joaquin se hallaba en las prisiones de Babilonia, el Señor anunciaba á los Judíos por su profeta Jeremías del modo mas terminante la cautividad con que tantas veces les habia amenazado, el principio,

las desdichas y el fin de ella. Desde el año trece de Josías, hijo de Amon, rey de Judá, hasta este dia que van ya veinte y tres años, no he dejado, les dijo Jeremías, de anunciaros noche y dia las palabras del Señor, y no habeis querido oirme. Tampoco habeis escuchado á los demás profetas que os ha enviado el Señor, ni inclinado vuestras orejas para oirlos; por tanto, esto dice el Señor Dios de los ejércitos: Yo tomaré y enviaré todos los pueblos del Aquilon con Nabucodonosor á su frente, y vendrán sobre esta tierra y sobre sus habitantes, y haré que los pasen á filo de espada, y será esta tierra el espanto y la hefa de los que pasen por ella y quedará reducida á soledades. Todas las gentes de esta tierra que escaparen de la muerte, servirán cautivas al rey de Babilonia por setenta años, y en este tiempo esta tierra será una espantosa soledad. Cuando se hubieren cumplido setenta años, yo visitaré (castigaré) al rey de Babilonia y á aquella nacion por su iniquidad, y pondré la tierra de los Caldeos en soledades. Una profecía tan terminante y circunstanciada sobre un suceso tan terrible debia hacer hondas impresiones en los corazones de todos los Judíos, pero se hallaban sumergidos en tan profundo letargo que nada bastaba á sacarlos de él. Las mas terribles amenazas de los profetas no eran ya para ellos otra cosa que cansadas y enfadosas declamaciones, y, ó no querian oirlas, ó las oian con indignacion, y esto mismo sucedió con la que acabamos de referir.

Vuelve Joaquin á Jerusalem despues de un año cumplido de prision en Babilonia bajo la obligacion de pagar tributo.

Mas de un año habia ya que el rey Joaquin estaba atado con cadenas en el calabozo de Babilonia, cuando Nabucodonosor trató de desencadenarle y enviarle á

Jerusalén, pero con pesadas condiciones que aceptó el rey prisionero, y fueron: primera, que renunciaría para siempre á la alianza con el rey de Egipto: segunda, que le pagaría el tributo anual que pagaba á aquel y sería su rey tributario; y tercera, que retendría en Babilonia los príncipes que tenía en su poder como fiadores del cumplimiento de las dos condiciones anteriores. Joaquin las firmó al momento, dándose por muy dichoso en adquirir la libertad y ocupar el trono á este precio. Volvió á Jerusalén al principio del año quinto de su reinado, tan malo ó peor que había salido. En este tiempo sucedió lo que dejamos referido con respecto á Jeremías en la historia de los Recabitas á las páginas 328 y 329 del primer tomo, donde puede leerse.

Jeremías predica y no saca fruto.

En vano Jeremías empleaba las reprensiones, las amenazas, las exhortaciones y los ejemplos. Todo lo convertía Judá en su perdición. Unos se burlaban del profeta, otros le insultaban, y otros, deseando deshacerse de un hombre que no cesaba de reprender sus delitos, fueron á decir al rey que con sus discursos conmovía al pueblo, y que convenia prohibirle la entrada en el templo y obligarle á que se estuviese encerrado en su casa. El rey tomó este consejo, y fué mucho para él que no pasó mas adelante, teniendo tanto odio á los profetas y sobre todo á Jeremías. Con esta determinacion el pueblo quedó sin el socorro de los sermones del profeta del Señor; y los profetas falsos y los impíos predicaban sin contradiccion la idolatria, los vicios triunfaban y el pueblo acababa de corromperse.

Baruc escribe un libro dictándole su maestro Jeremías por mandado del Señor.

En estas circunstancias que pasaban al fin del año cuarto del reinado de Joaquin, dijo el Señor á Jeremías: Toma un volumen (ó libro en blanco) y escribe en él todo lo que te he dicho contra Israel, contra Judá y contra todas las gentes desde que te hablé (por primera vez) en los dias de Josías hasta este dia; por si oyendo los hijos de Judá todos los males que pienso hacer contra ellos, se aparta cada uno de su pésimo camino, y yo entonces perdonaré su iniquidad y sus pecados. Parece que el Señor sentía una pena en castigar á su pueblo, y por lo mismo no dejaba medio que no ponía en ejecucion para que se convirtiese, y le evitase la precision de castigarle. Hasta aquí había hecho las amenazas separadamente ya en unos ya en otros tiempos, ahora las reúne todas en un libro y quiere que las oigan todas de una vez para que les hieran mas vivamente, les confundan, les aterren y conviertan. Por otra parte el profeta estaba encerrado, y solo su libro podía salir al público y hablar al pueblo.

Le lee al pueblo y despues á la corte.

Llamó Jeremías á Baruc, su secretario y discípulo, y escribió Baruc en el libro, dictándole Jeremías todo cuanto á este había dicho el Señor, y acabada la escritura, le dijo: Ya sabes que yo estoy reducido á un encierro, y que no puedo entrar en la casa del Señor. Entra, pues, tú y lee en el volumen todas las palabras del Señor que te he dictado: que esto sea en un dia de ayuno, cuando esté reunido el pueblo en el templo, y tambien le leerás á todos los que vengan de sus ciudades, por si ruegan en presencia del Señor y se aparta cada

uno de su pésimo camino, porque grande es el furor y la indignacion con que se explica el Señor contra este pueblo. Baruc temió entrar en un encargo tan peligroso, habiendo visto que costó la vida á Urias, y que el mismo Jereñas habia corrido grandes peligros; pero Jereñas le animó y le aseguró de orden del Señor, y luego pasó á cumplir cuanto se le habia ordenado. Se predicó un ayuno en Jerusalem y en las ciudades del reino para cumplirle en la presencia del Señor, y Baruc aprovechó esta ocasion para leer delante del pueblo el libro que habia escrito de orden de Jereñas. En efecto, le leyó desde el principio hasta el fin delante del pueblo, y cuando oyó Miqueas, hijo del príncipe Gamariás, todas las palabras del Señor escritas en el libro, bajó á palacio al cuarto del secretario del rey, donde estaban reunidos los príncipes y grandes del reino, y les dijo lo que habia oido leer á Baruc delante del pueblo. Luego hicieron venir á Baruc con el libro, y le dijeron: Lee esas cosas delante de nosotros. Baruc las leyó, y oyéndolas se pasmaba cada uno y todos se miraban asombrados. ¿Cómo has escrito tú, le preguntaron, todas estas palabras de Jereñas? De su boca me hablaba, dijo, todas estas palabras como si fuera leyendo en un libro, y yo las escribia (el Espíritu Santo inspiraba á Jereñas lo que habia de dictar, y Jereñas dictaba á Baruc lo que habia de escribir). Entonces dijeron los príncipes á Baruc: Anda y escóndeos tú y Jereñas, y que nadie sepa dónde estais; porque es preciso dar noticia al rey de todo esto. Baruc se fué á esconder con su maestro, y los príncipes entraron á dar parte al rey, quien habiendo oido lo que decian de las palabras del libro, mandó que le trajesen y le leyesen en su presencia. Era esto en el mes noveno cuando principiaba ya el frio, y el rey estaba al brasero rodeado de su corte.

Tambien le lee al rey su secretario, y el rey le quema.

Judi, su secretario, trajo el libro y principió á leerle delante del rey; pero aun no habia pasado de la cuarta plana cuando ya no pudo contener el enfado que le causaba su lectura, y sin guardar ni el decoro debido á la majestad real, ni la veneracion que pedian las palabras del Señor escritas en el libro, le arrebató de las manos de su secretario, le hizo giras con un cortaplumas y le arrojó en el brasero, donde fué consumido por el fuego. Mandó en seguida á tres oficiales de su guardia que prendiesen con su tropa á Baruc y Jereñas; mas los escondió el Señor. Hizo el rey que se practicasen las mas vivas diligencias para encontrarlos... ¡Diligencias inútiles de un rey perverso! Quemado el libro no habia quemado el original, y en todo el mundo no habia luz para descubrir dos hombras que escondia el Dueño de la luz. Cometido por el rey el sacrilegio de quemar el libro santo, mandó Dios á Jereñas que escribiese otro en todo como el primero, y añadió que fuese al rey y le dijese: Tú quemaste el libro que decia: «Pronto vendrá el rey de Babilonio y destruirá esta tierra y hará que no queden en ella ni hombres ni bestias.» Pues oye lo que dice el Señor contra Joaquin, rey de Judá: No habrá de él quien se sienta sobre el trono de David, y su cadáver será arrojado al ardor del día y al hielo de la noche. Ya en otra ocasion le habia dicho el Señor, que su cadáver arrojado fuera de las puertas de Jerusalem seria sepultado y se podriria en sepultura de asno.

Baruc vuelve á escribir el libro dictándole Jereñas.

Jereñas tomó otro libro en blanco y Baruc volvió á la tarea de escribirle, dictándole su maestro. En este segundo libro no solo se escribió todo lo que se habia es-

erito en el primero, sino tambien la exclusion de ocupar la descendencia de Joaquin el trono de David, el ignominioso destino de su cadáver y muchas mas amenazas que las que habia en el primero; y este segundo libro es el que ha llegado á nosotros con el nombre de profecias de Jeremias. Nada nos dice el historiador sagrado sobre la intimacion de la nueva amenaza de Dios á un rey que le buscaba para aherrojarle y acaso para matarle como a Urias; pero el cumplimiento era indispensable, y, o Jeremias le hablo con la superioridad que le daba su caracter de enviado de Dios, ó el rey se habia amasado; porque en efecto, Joaquin permitió despues al profeta ejercer públicamente su ministerio. Jeremias se aprovechó muy bien de este permiso para reducir al camino de la verdad y la penitencia al pueblo de Judá antes que viniesen sobre él los espantosos castigos de que estaba amenazado, pero trabajaba en vano. Su corazon era ya de pedernal ó de hielo.

Joaquin se niega á pagar el tributo á Nabucodonosor.

Previsado Joaquin á vivir entre dos enemigos formidables, Faraon rey de Egipto, y Nabucodonosor rey de Babilonia, siempre se inclinaba menos á Babilonia que á Egipto, fuese por gratitud á Faraon que le habia dado la corona, fuese por resentimiento contra Nabucodonosor que le habia puesto las cadenas. Joaquin sin embargo pagaba á este con regularidad el tributo pactado al salir de la prision, pero al mismo tiempo trabajaba en formar una liga con varias naciones, y particularmente con Egipto, para resistir á Nabuco y negarle el tributo. El año octavo de su reinado y tercero despues de su prision en Babilonia, se determinó Joaquin á no ser por mas tiempo un rey tributario y se negó al pago anual de los cien talentos de plata y uno de oro. Irritó en gran manera á Nabucodonosor esta negativa, pero las guerras

en que se hallaba empeñado, no le permitieron por entonces castigarla y tuvo que contentarse con enviar ladroncillos de la Caldea, de la Siria, de Moab y de Amon á la Judea para que la destruyesen, cumpliendo Nabuco en esto, sin saberlo, lo que el Señor habia dicho de esta devastación por boca de sus profetas. Estos que aqui llama ladroncillos el texto sagrado, eran tropas sueltas, que hacían acometidas repentinas en las tierras enemigas y robaban cuanto encontraban al paso. Este modo de hacer parte de la guerra era comun entre las naciones orientales, y aun se conserva entre las tribus árabes. Debilitaban diariamente la Judea estas tropas, y no se ve que pudiesen ser otras las que llevaron cautivos á Babilonia, ó bien de una vez, ó en porciones sueltas, los tres mil y veinte y tres Judíos de que nos habla Jeremias.

Su muerte y sepultura.

Joaquin seguia siendo siempre un ardiente idólatra y un criminal obstinado, y no se contentaba con perderse en sus abominaciones, sino que tenia un empeño y complacencia en ver reinar la idolatría en sus subditos, sin que se advirtiese en este mal príncipe ni un momento de arrepentimiento en toda su vida. Murió á los once años de su reinado y treinta y seis de su edad. No se sabe con qué género de muerte concluyó el Señor la carrera de este famoso impío, mas no se ve que fuese tan violenta como pedían sus maldades. Su sepultura fué semejante á la de los asnos, como habia profetizado Jeremias. Parece incomprendible que una nacion como la judía, tan inclinada á hacer á los difuntos los honores del sepulcro, tratase de este modo a un rey de su sangre, padre de otro rey á quien iba á dar el cetro, amante en su mayoría del difunto por la uniformidad de sus corrompidas costumbres. . . Parece, repito, incomprendible cómo pudo

— 11 —

tratar ni permitir que se tratase con tanto oprobio el cadáver de uno de sus reyes; y solo puede componerse, atribuyendolo todo á la ira del Señor, que mas de una vez habia amenazado á Joaquin con este oprobio, y á castigo del oprobio con que él trató el cadáver del profeta Urías, a quien dió la muerte, mandando que su cuerpo fuese arrojado en los sepuleros de la gente mas vil.

Algunos, fundados en la expresion del texto sagrado, pretenden que al embalsamar el cadáver de Joaquin se hallaron en el infames cicatrices que expresaban su dedicacion al demonio de la idolatria; y que los Judios, aunque tan perversos, se horrorizaron al verlas y le arrojaron fuera de Jerusalem al campo donde las aves carnicoras devoraban los caballos y los asnos, y donde se podrian los perros y otros cuerpos inmundos. En la muerte de Joaquin entró á reinar su hijo Joaquin con el nombre de Jeconías.

JECONÍAS, DÉCIMONONO REY DE JUDÁ.

Diez y ocho años tenia Jeconías cuando principió á reinar y reinó tres meses y diez dias, esto es, diez dias mas que su tío Joacaz, y en tan poco tiempo hizo lo malo delante del Señor como su tío y su padre. Tambien Jeremias, predicador de los reyes, hizo su deber para con este principe, aunque sin fruto. Tu te entregas, le dijo, a los delitos de tus malos padres, pues oye: Vivo yo, dice el Señor, que aunque Jeconías, hijo de Joaquin, rey de Judá, fuese un anillo en mi mano derecha, de allí le arrancaria. Yo le entregaré en manos de los que buscan su alma, de aquellos cuya cara le causa espanto, en manos de Nabucodonosor y de los Caldeos. Yo le enviaré, y á la madre que le engendro, á una tierra en la que ni él ni su madre han nacido, y allí morirán. Eran terribles estas amenazas con que el Señor queria mover

— 12 —

á penitencia á Jeconías, pero era necesario mas que amenazas para mover á un principe que se habia endurecido en la maldad al lado de su padre.

Nabucodonosor se lleva cautivos á Jeconías, la familia real y parte del pueblo.

Al acabar su vida Joaquin, concluyó tambien Nabucodonosor la guerra contra el rey de Egipto, habiéndole arrojado de cuanto poseia en la vasta extension que hay entre el Eufrátés y el Nilo, y reducido á los antiguos límites de su reino, de donde no volvió á salir en adelante. Nabucodonosor, desde la conclusion de esta guerra, se halló en disposicion de castigar dos hechos de Judá, uno antiguo de su rey y otro nuevo de toda la nacion. Ya hemos dicho que Joaquin se negó á pagar á Nabucodonosor el tributo, y que ocupado este monarca en sus guerras, no pudo castigarle sino enviando ladroncillos ó partidas sueltas. Ahora acababa la nacion de elegir rey á Jeconías sin su licencia. Nabuco miraba á la Judea como una provincia de su imperio y creia tener un derecho á elegir el rey que debia gobernarla, y luego determinó castigar estos dos hechos, que él tenia por dos atrevimientos, dignos de todo castigo. Apenas Jeconías habia reinado tres meses, cuando se presentó Nabucodonosor á las puertas de Jerusalem con su ejército. Mandó cercar inmediatamente la ciudad, y la rodeó de trincheras para combatirla. No se dice que Jerusalem tratase de defenderse, y esta fué su felicidad para existir todavia algunos años. En vez de hacer resistencia, se tomó el partido de salir el rey Jeconías, la reina viuda su madre, los principes de la sangre, los primeros de la corte, y todos los siervos del rey á presentarse á Nabucodonosor y entregarse á su clemencia. No dejaba de ser un espectáculo bien lastimoso ver caminar esta ilustre tropa, los ínclitos del pueblo de Dios, á ponerse en manos de un rey de

— 11 —

las naciones y suplicar á sus pies el perdón y la clemencia. Jamás pudieron pensar Moisés y Josué que aquel pueblo sobre todos los pueblos del mundo, que habian sacado de Egipto entre portentos y colocado en la tierra prometeda entre prodigios, se humillaria tan vergonzosamente a los piés de las naciones; pero á tan profunda ignominia les habian traído los delitos.

Nabucodonosor los recibió con la soberbia de un vencedor y con la seriedad de un ofendido. Entró en la ciudad, tomo y se llevó todo cuanto dinero habia en el tesoro de la casa del Señor, y de la casa real. Hizo quebrar todos los vasos de oro fabricados para el templo, segun el modelo dado á Moisés, y tambien se los llevó. Tomó cautivos al rey, sus mujeres, la reina madre, los príncipes de la lamia real, los consejeros, los jueces, lo principal de la corte, los fuertes del ejército en número de diez y siete mil hombres robustos, y mil armeros é ingenieros, varones guerreros, y todo lo mas florido de Jerusalem, y lo trasportó á Babilonia sin dejar en Jerusalem mas que los pobres del pueblo; y Jerusalem, la señora del mundo, se halló en un momento sin rey, sin príncipes, sin corte, sin tribunales, sin las guardias de su honor y su defensa... despojada de toda su grandeza, y reducida á un lugar habitado por la plebe.

Sin embargo el Señor, cuando ejecutaba las sentencias de su justicia, se acordaba de su misericordia, y al tiempo que despojaba á la ingrata Jerusalem, enviaba al cautiverio nombres singulares que consolasen á los cautivos, les exhortasen á la penitencia, y les hiciesen volver los caminos de la justicia. Tales fueron un Ezequiel, á quien se vió partir al lado del rey, un Mardoqueo y otros hombres principales, sin contar á un Daniel y otros que se hallaban ya en Babilonia en clase de rehenes desde la prision de Joaquin, padre de Jeconías. Nabucodonosor considerandose ahora mas que nunca dueño y señor de la Judea, nombró sucesor á Jeconías. Eligió á Matanias su tío, le tomo el juramento de obediencia á los reves de

— 1 —

Babilonia y le colocó en el trono con el nombre de *Sedecías*, que quiere decir *Justicia de Dios*, para que se acordase del juramento que acababa de hacer en el nombre del Dios de justicia. Con esto Nabucodonosor, sin haber castigado mas que á Jerusalem, se volvió á Babilonia, y dejó á Sedecías gobernando con el título de rey la Judea reducida á una provincia del imperio de Babilonia.

SEDECÍAS, VIGÉSIMO REY DE JUDÁ,

hasta la cautividad.

Veinte y un años tenia Sedecías cuando principió á reinar, y reinó once *e hizo lo malo delante del Señor*. Aquí concluyó este feo y lastimoso retrato con que enca-beza el historiador sagrado casi todos los reinados de Israel y la mayor parte de los de Judá desde la division del reino de David. Sedecías se portó como se habia portado Joaquin, y no respetó la cara de Jeremías, que le hablaba de parte del Señor. Se entregó como su sobrino y hermanos á las abominaciones de la idolatría. Los príncipes, los sacerdotes, el pueblo... todos prevaricaban á imitacion de Sedecías. Se entregaban con furor á las abominaciones paganas y manchaban sin vergüenza la casa que el Señor habia santificado para sí en Jerusalem. Dia y noche enviaba el Señor Dios de sus padres profetas que les reprendiesen, porque no queria acabar con su pueblo y su templo; mas se burlaban de los enviados del Señor y despreciaban sus palabras, haciendo que subiese su cólera contra su pueblo y no quedase remedio, pero el principal profeta de que se valia el Señor era Jeremías.

Ve en vision Jeremias dos canastillos de higos á la puerta del templo.

A pesar de la corrupcion general habia en Jerusalem, como en el tiempo de Elias, un número, aunque reducido, de fieles Israelitas que no doblaban la rodilla ante Baal; y de los que se hallaban ya cautivos en Babilonia unos habian ido inocentes, y otros, con muy pocas excepciones, se habian reconocido, y entregado, como Manases en las cadenas, á aplacar al Señor con la penitencia. Despues que Nabucodonosor trasladó á Babilonia á Jeremias y demás que fueron con él al cautiverio, tuvo Jeremias una revelacion, y hé aquí que vio dos canastillos llenos de higos delante del templo del Señor. Los higos del uno eran muy buenos como los primeros que llevan las higueras, y los del otro tan malos que no se podian comer. ¿Qué ves tú Jeremias? le dijo el Señor. Yo veo, respondió el profeta, higos buenos, muy buenos, y higos malos, muy malos que no se pueden comer. Pues así como tú reconoces que estos higos son buenos, dijo el Señor, así yo reconoceré buena la trasmigracion de Judá que envié de aquí á la tierra de los Caldeos, pondré en ellos mis ojos para aplacarme, los volveré á traer á esta tierra, los edificaré y no los destruiré, los plantaré y no los arrancaré, les daré buen corazón para que conozcan que yo soy el Señor, y serán mi pueblo y yo seré su Dios, porque se convertirán á mí de todo corazón; y así como reconoces que estos otros higos son malos, así reconoceré yo malos á Sedecias rey de Judá, á sus príncipes y á los de Jerusalem que quedaron en esta ciudad y á los que habitan en tierra de Egipto, y los entregaré á la persecucion y á la afliccion en todos los reinos de la tierra y en oprobio y en burla y en befa y en maldicion en todos los lugares donde los arroje; y enviaré sobre ellos espada, hambre y peste hasta que sean consumidos para que no vuelvan á la tierra que dí á ellos y á sus padres.

No se dice que tan claras y terribles amenazas hiciesen impresion, ni en el rey, ni en los demás á quienes comprendian. Parece que se contentaron con despreciarlas y decir á Jeremias en buenos términos: Tú nos lloras á nosotros que nos hemos quedado en la tierra de nuestros padres y en nuestras casas y ciudades, y felicitas á nuestros hermanos que lo han perdido todo; pues bien, guarda para ellos esa felicidad, y déjanos en paz con nuestras desdichas. ¡Poco conocian la conducta del Señor para con los que ama! El destierro de aquellos llevaba trás de sí preciosas felicidades, y la patria de estos inmensas desdichas, como veremos muy luego.

Liga de Sedecias con las naciones vecinas para sacudir el dominio de Nabucodonosor.

Sedecias á pesar del juramento hecho á Nabucodonosor, el cual lo recordaba sin cesar su mismo nombre, en ninguna otra cosa pensaba con mas calor que en sacudir su dominio. Fuese por invitacion de Sedecias, fuese por la de los reyes convecinos, lo cierto es que se hallaron reunidos en Jerusalem á un mismo tiempo embajadores de Edon, de Moab, de Amon, de Tiro y de Sidon para concertar un tratado de alianza á fin de sacudir el dominio de Nabucodonosor, al que todas estas naciones estaban sujetas igualmente que Judá. Sedecias manejaba este asunto con mucha reserva, mas como para Dios nada hay reservado, y esta alianza debia ser tan desastrosa, trató de destruirla, y dijo á Jeremias: Hazte ataduras y cadenas y las pondrás en tu cuello, y enviarás tambien ataduras y cadenas á los reyes de Edon, de Moab, de Amon, de Tiro y de Sidon por mano de los embajadores que han venido á Jerusalem, y les encargarás que digan á los que les han enviado: Esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Yo hice la tierra y los hombres que viven sobre ella y la dí á quien me agradó,

y ahora he dado á Nabucodonosor, ejecutor de mi justicia, todas estas tierras.

Ataduras y cadenas de Jeremías.

Dispuesto siempre Jeremías á cumplir las órdenes del Señor, manda hacer las ataduras y cadenas; pone las primeras ataduras y cadenas á su cuello; presenta á cada uno de los embajadores las suyas, y como Sedecías era el principal para el levantamiento, se va á palacio y presenta al rey y su corte varias ataduras y cadenas diciendo: Sujetad vuestros cuellos al yugo del rey de Babilonia, y servid á él y á su pueblo y viviréis. ¿Porque, Sedecías, moriréis tú y tu pueblo por la espada, por el hambre y por la peste? No os dejéis engañar. No queráis escuchar á los que hacen de profetas y os dicen: No serviréis al rey de Babilonia, porque os hablan mentira: pues yo no les he enviado, dice el Señor, y ellos profetizan en mi nombre mentirosamente. Este paso de las cadenas llevadas en rededor del cuello del profeta, entregadas á los embajadores y presentadas á Sedecías y á su corte, hizo mucho ruido: Asombraba la intrepidez del profeta y el silencio del rey, pero no se pasaba de aquí. Los crímenes se seguían y no se deshacía la liga, ni se dejaba de dar crédito á los profetas falsos; mas Jeremías desde este tiempo llevaba siempre sus cadenas, y con ellas se presentaba en todas partes por si lograba que predicasen mas eficazmente que su lengua.

Un profeta falso quiebra las cadenas de Jeremías y le hiere.

Un día que Jeremías cargado con sus cadenas estaba en el atrio del templo delante de los sacerdotes y de todo el pueblo, se presentó Hananías, falso profeta de Ga-

baon, y exclamó: Esto dice el Dios de los ejércitos, el Dios de Israel: Quebré el yugo del rey de Babilonia. No faltan mas que dos años y yo haré restituir á este sitio todos los vasos que tomó Nabucodonosor de la casa del Señor, y haré volver á Jeconías y á todos los de la transmigracion; y dijo Jeremías: Amen. Así lo haga el Señor; pero escucha Hananías lo que digo á ti y á todo el pueblo que nos oye: los profetas que fueron antes que tú y que yo, profetizaron á muchas naciones y á muchos reinos; unos guerras, desolacion y hambre (y esto barga yo); y otros, por el contrario, paz y felicidad (y esto haces tú). Cuando no dieron otras pruebas que su dicho, decidieron los sucesos. Pues estos dirán ahora si eres tú ó soy yo el profeta verdadero. La propuesta de Jeremías no podia ser mas razonable; sin embargo, desagradó tanto á Hananías, que, arrojándose á Jeremías, le arrancó del cuello las cadenas, las hizo pedazos (eran de madera) y gritó: esto dice el Señor: Así quitaré del cuello de las naciones y quebraré el yugo de Nabucodonosor despues de dos años. No se quejó Jeremías de este atropellamiento, y sin hablar ni una palabra, iba saliendo del templo, cuando vino á él palabra del Señor que le decia: Vuelve á Hananías y dile, esto dice el Señor: Quebraste unas cadenas de madera y con eso harás que Nabuco ponga cadenas de hierro, porque esto dice el Señor de los ejércitos: Yugo de hierro he puesto sobre todas estas naciones para que sirvan al rey de Babilonia y le servirán; y dijo Jeremías á Hananías: No te ha enviado el Señor, y tú has hecho confiar á este pueblo en una mentira. Por tanto, esto dice el Señor: Hé aquí que yo te despacharé de sobre la tierra. Este año morirás, y murió Hananías aquel año en el mes sétimo.

— 2 —

Cumplimiento incontestable de una profecía de Jeremías.

Hay convecimientos tan fuertes y profundos que no dejan lugar á la resistencia, y tal fué el que causó en todos la muerte de Hananías, y esto era cabalmente lo que no queria Sedecías, porque resultando cierto lo que profetizaba Jeremías, era preciso, ó perecer, ó romper la liga. Para salir de este apuro, se entró en interpretaciones sobre la muerte de Hananías, se miró como efecto de la casualidad y no de la profecía, se atribuyó á la enfermedad y no á la mano del Señor, que daba cumplimiento á la palabra anunciada por su profeta, y se habló tanto, que al fin se consiguió oscurecer la verdad, y de un prodigio incontestable se vino á formar un problema, una duda, que es la máxima fundamental de los incrédulos, porque tambien los habia ya en aquellos tiempos. Desde este instante ya las cadenas de Jeremías se miraron como una invencion de su triste humor y desconcertada imaginacion.

Embajada de Sedecías á Nabucodonosor y carta de Jeremías á los cautivos.

Asegurado así Sedecías y constante en su alzamiento contra Nabucodonosor, nada omitía para manifestar fidelidad á este príncipe y ocultar su intento. Con este designio le envió una pomposa embajada que le repitiese su agradecimiento por haberle dado la corona y le presentase el tributo convenido. Elasa y Gamarias, fieles Israelitas, ignorantes de los intentos del rey, y muy afectos á Jeremías, iban al frente de la embajada, y luego que el profeta tuvo esta noticia, escribió una larga carta á los cautivos, y la remitió con tan buenos portadores. Esperaba el santo profeta que, si su celo no producía en los hermanos de Jerusalem otro fruto que desprecios y

— 2! —

persecuciones, produciría en los hermanos de la cautividad frutos dulces, como los buenos higos, en los que le habia representado el Señor los cautivos. Sabía que en Babilonia, como en Jerusalem, tenia el espíritu del error sus predicadores, porque entre los cautivos se hallaban tambien falsos profetas que les anunciaban la brevedad de su cautiverio y su vuelta á Jerusalem, donde jamás, segun sus vaticinios, volvería á entrar Nabuco, porque sus hermanos de Judá estaban resueltos á defenderla á costa de toda su sangre. Á combatir, pues, este error en Babilonia como en Jerusalem se dirigia principalmente su carta. Les decia que no creyesen á los falsos profetas que les anunciaban una vuelta muy pronta á su patria : que no contasen con volver hasta los setenta años que habia señalado el Señor : que tratasen de fijarse y servir á su Dios en tierra ajena hasta que le plugiese recibir sus servicios en la propia : que comprasen posesiones, plantasen árboles, los cultivasen y se mantuviesen en el sudor de su rostro sin ser gravosos, ni hacerse odiosos á sus dueños : que casasen sus hijos y sus hijas y se multiplicasen para multiplicar los adoradores del Señor en un pais en que no era adorado, porque no era conocido : que arreglasen en su cautividad un plan de religion, de culto y de costumbre conforme en lo posible á las ordenanzas y ceremonias que Moisés habia dejado á sus padres... porque, les repitia, la cautividad durará setenta años, y hasta entonces es necesario servir fielmente al Señor en tierra extraña.

Esta carta, de la que solo hemos extractado lo que conduce al buen orden y claridad de la historia, está llena de instrucciones importantes para los cautivos. El objeto del profeta era limitar la cautividad á la media nacion que se hallaba ya cautiva; conservar la otra mitad en su patria; evitar la ruina de Jerusalem y del templo, y procurar con sus oraciones que el Señor se contentase con la sujecion ó cautiverio que sufrían en su patria bajo el dominio de Nabuco, y no les trasportase á cumplirlo

en Babilonia, dejando entre ruinas á Jerusalem y el templo santo, y desierta la tierra de promision poseida tantos siglos por sus padres. Mas como estos deseos del profeta del Señor eran enteramente contrarios á los de los falsos profetas de Babilonia, escribieron amargas cartas contra él, pidiendo un castigo ejemplar que se habria verificado, si el sumo sacerdote hubiera condescendido. Se cree que enviaron estas cartas con los embajadores que habian llevado la de Jeremias, y volvieron á Jerusalem despues de haber estado una gran temporada en Babilonia.

Visita personal de Sedecias á Nabuco y otras cartas de Jeremias á los cautivos.

Cerca de cuatro años despues de esta embajada, determinó Sedecias hacer personalmente una visita á Nabucodonosor, á rendirle sus obsequios y tratar del bienestar de los cautivos. Esto era lo ostensible del viaje, pero el motivo verdadero era deslumbrar mas y mas á Nabucodonosor con estos obsequios aparentes. Los asuntos de la liga se adelantaban y era preciso adelantar las seguridades al monarca que se queria sorprender. Tambien aprovechó Jeremias esta ocasion para escribir nuevas cartas á los hermanos de la cautividad y remitirlas con Sarayas hermano de Baruc, secretario del profeta. Eran dirigidas á sostenerles en los trabajos y afirmarlos en el servicio del Señor; á conservarlos en la paz con sus dominadores y animarlos con la esperanza de volver á su amada patria en el tiempo que el Señor tenia prefijido. Con este motivo les hablaba de la ruina de Babilonia, y lo hacia tan circunstanciadamente como si escribiese su historia. Encargó á Sarayas que leyese estas cartas á todos los hermanos de la cautividad, y que despues que estuviesen bien enterados de su contenido, las arrollase y atadas á una piedra las arrojase en

el río Eufrátes, diciendo : Así será sumergida Babilonia.

Profecía terrible de Jeremias.

Partió el rey acompañado de lo principal de su corte a visitar a Nabucodonosor, y se quedó Jeremias en Jerusalem ejerciendo su ministerio, pero lleno de afliccion porque veia acercarse mas y mas las desdichas de su patria. Por otra parte el Dios de Judá cada vez mas irritado, no le daba sino encargos dolorosos. Anda, le dijo, toma una cantarilla de barro. Haz que te acompañen los ancianos de los sacerdotes, y los ancianos del pueblo. Sal al valle de Enon al alto de Tofet, y predícaras allí las palabras que yo te hablaré. Eran estas palabras amenazas terribles, reprensiones sangrientas, y horrosas calamidades; las cuales predicó el profeta con la intrepidez de que el Señor le habia revestido. Echo en cara a Juda y Jerusalem sus impuros sacrificios, sus escandalosos sacrilegios, sus crueles idolatrias, a sangre inocente derramada en aquel valle delante de los idolos, los hijos quemados sobre los altares de los Baales... A esta relacion terrible de cargos añadió otra no menos terrible de castigos. Ya vienen los dias, les dijo, en que no se llamará Tofet este valle, sino Matanza. El Señor echará por tierra á Judá y á Jerusalem a golpe de espada por mano de los que buscan su sangre; sus cadáveres serán pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra; Jerusalem será la ciudad del espanto y el silhido; todos los que pasen por ella, quedarán asombrados y silbarán sobre sus plagas; en el cerco y aprieto en que les pondrán sus enemigos, comerán los padres y las madres las carnes de sus hijos y sus hijas, y cada amigo comerá la carne de su amigo. A este tiempo estrelló el profeta la cantarilla delante de los varones que habian ido con él, y dijo : Así hará el Señor con este lugar y sus moradores, y pondrá á esta ciudad

como á Tofet, lugar de fuego y de matanzas. Volvió Jeremias de Tofet á Jerusalem, y puesto de pié en el atrio de la casa del Señor, dijo á todo el pueblo : Esto dice el Señor, el Dios de Israel : Hé aquí que yo traeré sobre esta ciudad y sobre todas las ciudades de Judá todos los males que he hablado contra ella en Tofet, porque sus moradores endurecieron sus cervices para no escuchar mis palabras.

Prision de Jeremias.

Fasur, prefecto de la casa del Señor, oyendo estas amenazas de Jeremias contra Judá y Jerusalem, se llenó de cólera, hirió al profeta (unos dicen que le abofeteó, y otros que hizo que le diesen los treinta y nueve azotes que permitia la ley), y le puso en un cepo. Fasur, ó pesaroso de haber tratado tan mal á Jeremias, ó temeroso del pueblo que, á pesar de su indocilidad y dureza, le miraba y escuchaba con respeto, le sacó del cepo al otro dia cuando apenas habia amanecido. Los golpes, la cárcel y el cepo en nada disminuyeron la intrepidez del profeta, quien al salir de la prision, dijo á Fasur : No quiere ya el Señor oír tu nombre. No te llamarás *Fasur* sino *Pavor*, porque esto dice el Señor : Hé ahí que entregaré al pavor á ti y á todos tus amigos, y estos caerán al golpe del cuchillo de sus enemigos. Pondré á todo Judá en la mano del rey de Babilonia, y á unos matará con espada y á otros trasladará á Babilonia; y daré todas las riquezas de esta ciudad y todos los frutos y todos los tesoros de los reyes de Judá á sus enemigos, y los llevarán á Babilonia. Tus ojos lo verán, y tú y todos los moradores de tu casa iréis en cautiverio á Babilonia, y allí morirás y serás enterrado tú y todos tus amigos á quienes profetizaste mentira. Fasur, que se habia irritado por las amenazas que hizo el profeta á la nacion en general, se vió precisado á sufrir los anuncios terri-

bles que le hace aquí en particular, sin pensar mas en prisiones, ni responder ni una sola palabra. ¡Tanta es la autoridad de los ministros de Dios sobre el poder de los hombres!

Vuelta de Sedecías á Jerusalem y amor de los cautivos á Jeremías.

Todo esto pasaba en Jerusalem mientras que Sedecías hacia la corte á Nabucodonosor en Babilonia. Esta visita, que fué muy cumplida, no tanto por el motivo del buen tratamiento de los cautivos, cuanto por desvanecerse cualquiera sospecha que pudiera haber formado Nabuco acerca de su fidelidad, y sobre todo por ocultar la liga que se formaba para un levantamiento general, dió tiempo á Sarayas para enterar á los hermanos de la cautividad de las nuevas cartas de Jeremías y arrojarlas despues en el Eufrates segun se le habia prevenido. Todo se hallaba ya cumplido cuando Sedecías trató de volverse á Jerusalem, y Sarayas, que le habia de acompañar, se despidió de los cautivos, quienes le encargaron encarecidamente que hiciese presente á su padre Jeremías todo el agradecimiento, todo el amor y todo el cariño de aquellos sus reconocidos y tiernos hijos. Cuando Sarayas volvió á Jerusalem y se presentó á Jeremías haciéndole presente la conversien y penitencia de los pecadores de la cautividad, la perseverancia y piedad de los inocentes y el amor que les merecia como enviado del Señor, tuvo un consuelo que acaso no le habia experimentado mayor en su vida. Bien quisiera Jeremías que fuesen semejantes las disposiciones de los que habian quedado en Judá y Jerusalem, y á fin de estimularlos por una generosa emulacion, les referia circunstanciadamente el religioso porte de casi todos los hermanos de la cautividad; pero nada consiguió con este remedio, como



sucedió con todos los demás que les aplicaba, porque eran ya unos enfermos incurables.

Sedecías volvió de Babilonia á Jerusalem tan idólatra y tan impío como habia salido de ella, si ya no habia aprendido nuevos modos de ofender al Dios de Abraham en el tiempo que vivió en una corte idólatra. Ya se hallaba Sedecías en el sexto año de su reinado, y todavía no se consideraban los aliados en tiempo de emprender al alzamiento general. Aun se pasaron tres en disposiciones y prevenciones por parte de los aliados para el rompimiento, y en exhortaciones y amenazas por parte de los profetas para impedirle, en reprensiones de los ministros del Señor á los idólatras y á los impíos y en aumentos de las idolatrías y las impiedades. Tal es la pintura que nos hace la historia de estos tres años, no quedando ya sino uno y meses de monarquía, si tal podia llamarse un reino tributario de un monarca poderoso y que caminaba aceleradamente á su ruina.

Mientras que Jeremías exhortaba y amenazaba en Jerusalem, otro gran profeta levantaba la voz en Babilonia y hacia que llegasen al endurecido y atropellado Judá las revelaciones que recibia del cielo sobre sus calamidades. Este profeta era Ezequiel, cuyas profecías presentan como en un lienzo los hechos que ya hemos referido y los que faltan que referir.

EZEQUIEL, OTRO DE LOS PROFETAS MAYORES.

Era Ezequiel hijo de Buzi de la familia sacerdotal, como Jeremías, y su paisano y compañero, aunque separados por muchas leguas. Vivía en Jerusalem, y cuando en el reinado de Jeconías fué sitiada esta ciudad por las tropas de Nabucodonosor, y entregada á este monarca, Ezequiel fué llevado cautivo á Babilonia con Jeconías y los demás que tomó prisioneros Nabucodonosor en esta ocasion. Pasó los cuatro primeros años y parte del

quinto confundido con los demás cautivos hasta que le declaró el Señor el ministerio á que le tenia destinado. Juzgando del carácter de este profeta por los escritos en los que el Señor, que es el autor, deja que se perciban las calidades del instrumento animado de que se vale, Ezequiel fué uno de los mas bellos ingenios de su tiempo, de vasta erudicion, de grandes noticias y de una habilidad consumada. Su estilo es vivo, ardiente, noble y figurado, y sus escritos estan enriquecidos con sentencias admirables y comparaciones magnificas; pero lo mas notable en ellos es su tierna piedad para con Dios, su celo infatigable por la salud de sus hermanos, un odio santo á los enemigos del Señor, una intrepidez constante en los mayores peligros, y para decirlo de una vez, aquel conjunto de virtudes que le hicieron digno colega de un Jeremías. Vamos á presentar en compendio sus profecías sobre la cautividad de Judá y la destruccion de Jerusalem y del templo, y en ellas admiraremos todas estas calidades.

Su vocacion al ministerio de profeta.

El año quinto de la trasmigracion de Joaquin (Jeconías) el dia cinco del mes cuarto, estando Ezequiel en medio de los cautivos, junto al rio Cobar (el caudaloso Eufrates) se abrieron los cielos y vió visiones de Dios. Vió que venia del Aquilon un torbellino y una grande nube y un fuego envolviéndose en ella. Vió tempestades, relámpagos y rayos, y que del medio del torbellino salió una carroza conducida por cuatro querubines con figuras de hombres, y que volaba con ímpetu de norte á mediodia. Sobre esta carroza vió un trono centelleando, y en el trono una semejanza de la gloria del Señor, y al verla cayo sobre su rostro, y sobrecogido, oyó una voz que le decia : Hijo de hombre, ponte sobre tus pies y oye : y oyo una voz que le decia : Yo te envío á los hijos de Is-

rael, gente apostatriz que se ha apartado de mí, gente de dura cerviz y de corazón indomable, pero no la temas. Vió también en una mano un libro arrollado, y que le desenvolvía y ponía á su vista, y vió que estaba escrito por dentro y por fuera, y que todo lo que había escrito en él eran *lamentaciones, cantos tristes y ayes*.

Entonces oyó una voz que le decía : Come ese libro, y vé á hablar á los hijos de Israel. No eres enviado á pueblo de lengua desconocida para ti, y si fueras enviado á gente desconocida, ellos te oirían, pero la casa de Israel no querrá oírte á ti, porque no quiere oírme á mí; porque son de frente trillada y de corazón endurecido; pero yo he hecho tu rostro mas fuerte que el suyo y tu frente mas dura que la suya. Te he dado un rostro como de diamante y como de pedernal. No les temas ni dejes de decirles cuanto yo te comuniqué, porque, si diciendo yo al impio : morirás, tú no se lo anunciases, ni hablares para que se aparte de su impio camino y viva, el impio morirá en su maldad, pero yo demandaré su sangre de tu mano. Mas si tú lo anunciases al impio y él no se convirtiere de su impiedad y apartare de su impio camino, él morirá en su maldad, mas tú libraste tu alma; y si el justo se apartare de la justicia y muriere porque tú no le apercibiste, demandaré su sangre de tu mano, mas si le apercibieres para que no peque, y él no pecare, él vivirá y tú libraste tu alma.

Profecía terrible contra Jerusalem.

Esto, pues, dice el Señor sobre Jerusalem, y tú se lo anunciarás : En medio de las naciones te puse para mí y tú despreciastes mis ordenaciones, y fuiste mas impia que las naciones que te rodeaban y abandonaste mis preceptos mucho mas que los que vivían en tu contorno; por tanto, esto dice el Señor á Jerusalem : Aquí estoy contra ti, y haré mis castigos en medio de ti á la vista

de todas las naciones, y haré contra ti, á causa de tus abominaciones, cosas que nunca hice (en Judá). Comerán los padres á sus hijos y los hijos comerán á sus padres. Como tú profanaste mi santuario con todas tus abominaciones, yo también te quebrantaré y no te perdonaré mi ojo. La tercera parte de ti morirá de peste y será acabada de hambre en medio de ti. Otra tercera parte caerá á filo de espada en tu rededor, y dispersaré la otra tercera á todo viento, y desenvainaré espada detrás de ella. Completaré mi furor; te reduciré á un desierto y serás el oprobio, la blasfemia, el escarmiento y el espanto de las naciones que están en tu rededor. Tierra de Judá, el fin llega, llega el fin sobre ti. Hé aquí que viene la aflicción, aflicción única. El fin llega, llega el fin, viene sobre ti el quebrantamiento, llega el tiempo, cerca está el día de la matanza. Ahora de cerca derramaré mi ira sobre ti, y completaré en ti mi furor. Te juzgaré segun tus caminos, y pondré sobre ti todas tus abominaciones. No me apiadaré de ti, y sabrás que yo soy el Señor que castigo. Vino el tiempo, acercóse el día, espada por fuera, peste y hambre por dentro. El que está en el campo morirá por la espada, y los que están en la ciudad por la peste y el hambre. Los que se salvaren en los montes, estarán temblando por causa de su maldad. Todas las manos se disolverán; y de todas las rodillas correrán aguas. Les cubrirá el miedo, en su cara habrá confusión y se caerá el pelo de sus cabezas. Haz conclusión, se dijo aquí al profeta, porque la tierra acaba llena de sangre.

Otra profecía acaso mas terrible.

Mucho mas terrible era el lenguaje de Ezequiel, que lo que hemos acertado á decir en este compendio; pero despues de un año y meses tuvo otra vision acaso todavía mas espantosa. Estando con los ancianos de Judá,

cayó de repente sobre él la vision del Señor; fué arrebatado fuera de sí, y le pareció que una mano, tomándole por los cabellos, le llevaba colgado entre la tierra y el cielo hasta la ciudad de Jerusalem. Lo primero que vió allí fué el ídolo de Baal, puesto á la entrada del templo, aquel ídolo infame que habia sido reducido á polvo tantas veces por los buenos reyes de Judá, y vuelto a fundir por los malos. Entonces volvió á ver Ezequiel la gloria del Señor como se le habia presentado al principio, y oyó una voz que le decia: Hijo del hombre, ¿piensas que ves todas las abominaciones que hace aquí la casa de Judá para obligarme á que me retire lejos de mi santuario? Pues eso no es sino el principio. Vuélvete, y verás mayores abominaciones; y me llevó, dice el profeta, á una puerta del atrio y vi un agujero en la pared, y me dijo: Rompe esa pared, y habiéndola rompido, se descubrió una puerta y me dijo: Entra y ve las pésimas abominaciones que aquí se cometen, y entrando miré y vi pintados por las paredes todo al rededor, toda semejanza de reptiles y de los otros animales como otros tantos dioses de la casa de Israel, y á setenta ancianos que estaban de pié en medio de ellos cada uno con su incensario, incensándolos, y el vapor que subia de los incensarios era una espesa niebla.

Hijo de hombre, ya ves lo que hacen los ancianos de la casa de Judá en las tinieblas, y me dijo: Vuélvete aun á mirar y verás mayores abominaciones, y me introdujo por la puerta de la casa del Señor que mira al norte, y hé aquí mujeres lascivas é ídólatras que estaban allí sentadas llorando la muerte de Adonis. ¿Lo has visto, hijo de hombre? Pues vuélvete aun y verás abominaciones mayores, y me introdujo en el atrio interior (el de los sacerdotes), y hé aquí entre la entrada del templo y el altar de los holocaustos, como unos veinte y cinco hombres con las espaldas vueltas al templo del Señor, y las caras al oriente adorando al sol que salia. Y me dijo: ¿Lo has visto, hijo de hombre? ¿y es poca maldad de la

casa de Judá hacer aquí todas estas abominaciones, despues de haber llenado toda la tierra de iniquidad para irritarme? Pues sepan que tambien yo haré en mi furor. No perdonaré mi ojo, ni usaré de piedad, y cuando gritaren á mis oidos, dando alaridos, no les oiré. Se han acercado los visitantes de la ciudad, y cada uno tiene ya en su mano un instrumento para matar. Y hé aquí que vi seis ángeles en figuras de hombres, que venian por el camino de la puerta alta que mira al norte (por allí habian de venir los Caldeos); y cada uno traía un instrumento de muerte. Venia tambien en medio de ellos uno vestido de lienzo (túnica faltar) que traía un tintero pendiente de la cintura, y entraron y se pusieron junto al altar de bronce. Entonces la gloria del Señor, que estaba sobre los querubines, se alzó y vino á la entrada del lugar santo, y dijo el Señor al que estaba vestido de lienzo y tenia el tintero: Pasa por medio de Jerusalem y señala: con tinta) un *Thau* sobre las frentes de los hombres que gimen y se duelen de todas las abominaciones que se cometen en la ciudad.

Por las monedas antiguas de los Hebreos, que eran los *siclos* y *semisiclos*, se ve que la letra *Thau* tenia la figura de cruz, la cual conservó hasta pasado el cautiverio que mudaron las figuras de las letras antiguas en las que usaron despues. «Hasta el día de hoy, decia san Jerónimo, usan los Samaritanos de las antiguas letras hebreas, de las cuales la última, que es el *Thau*, es parecida á la cruz que se señala en la frente de los cristianos.» Esta letra *Thau*, que tenia figura de cruz, estampada en la frente de los fieles Israelitas, á quienes el Señor queria salvar de la muerte temporal, era un simbolo, una figura expresa de la cruz de nuestro divino Redentor, que estampada en la frente de los fieles cristianos es el signo de los que quiere salvar de la muerte eterna. El ángel vestido de lino, y que presentaba mayor dignidad, representaba á Jesucristo, Pontífice eterno, y mediador único entre Dios y los hombres.

Despues que el Señor ordenó al ángel que tenia el tintero que fuese escribiendo el *Thau* en la frente de sus siervos fieles, dijo á los otros seis ángeles que estaban armados para matar : Pasad por la ciudad siguiendo (al que escribe el *Thau*) y matad á cuantos no tengan el *Thau*. Nada perdone vuestro ojo. No os apiadeis. Matad al niño y al viejo, al joven y á la doncella, á todos los hombres y á todas las mujeres. Nadie quede con vida. Comenzad por mi santuario... y comenzaron por los hombres mas ancianos que estaban entre el altar de los holocaustos y la entrada del templo, y cuando estos fueron muertos, dijo : Manchad el templo, llenad sus atrios de muertos; y luego se vieron los atrios llenos de cadáveres y rebosando sangre. Salid á fuera y matad; y mataban á cuantos habia en la ciudad. Acabada la mortandad, quedé yo solo, dice el profeta, caí sobre mi rostro y exclamé : ¡ay! ay! ay! Señor Dios! Pues qué, ¿destruiréis todas las reliquias de Israel derramando vuestro furor sobre Jerusalem? Y me dijo : La iniquidad de la casa de Israel y de Judá es muy grande en demasía. Llena está la tierra de sangre (de pecados enormísimos) y la ciudad de aversion (de idolatrías y apostasías) porque han dicho : Desamparó el Señor esta tierra, y no ve. Pues tampoco mi ojo (que lo ve todo) perdonará. No tendré piedad. Su camino vendrá sobre sus cabezas. Despues de estar el templo y la ciudad llenos de cadáveres y rebosando sangre, tomó el ángel que estaba vestido de lienzos brasas de dentro del trono que formaban los querubines, y encendió el templo, que luego se llenó de una nube de humo y de resplandores de llamas, y salió el ángel afuera y encendió la ciudad. Todo esto lo hacia el ángel que habia escrito el *Thau* en la frente de los Israelitas fieles; y tambien aquí era representado Jesucristo, que, despues de haber sellado sus escogidos con el *Thau* de la santa cruz, entregará los reprobos á los incendios eternos.

El Señor, segun se deja percibir en esta vision, habia

salido del lugar santísimo y se había parado á la puerta del lugar santo ; ahora sale del lugar santo y se vuelve á parar á la salida del último atrio del templo ; deja tambien este lugar, y abandonando el templo y la ciudad, pára sobre un monte (el de las Olivas) que estaba al oriente de Jerusalem. Con estas pausas, que hacia el Señor al retirarse de su templo y su ciudad, daba á entender la repugnancia con que los desamparaba y las muchas y enormes maldades que le precisaban á este desamparo. De esta manera acabó la célebre vision que tuvo Ezequiel, siendo restituído en espíritu á la Caldea, de donde no habia salido su cuerpo. Me alzó el espíritu, dice el mismo profeta, y me llevó á la Caldea en el espíritu de Dios (como habia venido de la Caldea á Jerusalem), y me fué quitada la vision que habia visto, y entonces hablé á los de la trasmigracion todas las palabras del Señor que me habian sido mostradas.

La mortandad de los habitantes de Jerusalem y la destruccion de la ciudad y del templo se halla pintada en esta profecía de Ezequiel, que no hemos hecho mas que compendiar á causa de su mucha extension, con tan vivos colores que se puede dudar si su lectura hará en un meditando igual ó mayor impresion que hubiera hecho la presencia de los sucesos; y parece inconcebible como los Judíos que tuvieron con tiempo noticia de ella, no se entregaron á impedir su cumplimiento desarmando al Señor con la penitencia, como los Ninivitas.

Profecías acerca de Sedecias.

Profetizó, ó mas bien escribió, Ezequiel las últimas desdichas del rey Sedecias mas de dos años antes que sucediesen. Predijo que huiria de Jerusalem por una abertura del muro, que seria llevado sobre las espaldas de sus criados cubierto con un velo, que en su huida



caeria en manos de sus enemigos, que estos le llevarian preso á Babilonia, que entraria en ella y no la veria, y que en ella moriria; y á fin de imprimir esta profecía en la imaginacion de sus compatriotas, despues de haberla comunicado á su entendimiento, hizo prevenciones como si fuera á emprender un viaje, andaba de un lado á otro con los avios ó prevenciones para hacerle, y para salir de casa no se dirigió á la puerta sino que hizo en la pared una rotura, salió por ella y se hizo llevar sobre las espaldas de sus domésticos cubierto todo con un velo. De estas y de otras maneras anunciaba Ezequiel á Judá y á su rey las calamidades de que iban á ser el teatro, pero trabajaba en vano. Una turba de falsos profetas y de embusteras profetisas se había apoderado del corazon de Sedecías y de sus cortesanos, y como no les anunciaban sino prosperidades, hacian que las desdichas con que les amenazaban Jeremías y Ezequiel se oyesen con enfado y desprecio.

Se niega Sedecías á pagar el tributo á Nabucodonosor.

Crecia, dice el texto sagrado, la ira del Señor contra Jerusalem y contra Judá hasta arrojarles de su presencia, y para que no se ignorase la causa, añade: Se rebeló Sedecías contra el rey de Babilonia. Habian pasado ya ocho años desde que Nabucodonosor colocó á Sedecías sobre el reino de Judá con la carga de un tributo anual, y ese mismo tiempo había pasado Sedecías trabajando por sacudir esta carga. Creyó que la liga ó alianza con sus vecinos, particularmente con el rey de Egipto, que era el mas poderoso y mas irreconciliable enemigo del rey de Babilonia, le ponía en disposicion de negarse al pago del tributo, y en efecto se negó, y esto completó la ira del Señor. ó hizo, como dice el texto, que arrojase Judá y Jerusalem de su presencia.

Principia el sitio de Jerusalem por Nabucodonosor.

Sorprendido quedó Nabucodonosor con esta noticia tan inesperada, pero no le asustó, porque se miraba en estado de hacerse justicia por su mano. Juntó luego todas sus fuerzas; las tropas caldeas y babilonias, las de los reinos sujetos á su imperio... una multitud innumerable. Con tan formidable ejército salió de Babilonia y se avanzó sobre el rebelde Judá. Entró en el reino sin que el temerario Sedecías le hiciese la menor resistencia. Se extendió por él como un diluvio que todo lo inunda. Cercó y tomó todas sus ciudades, para decirlo así, á paso de carga, y en el primer ímpetu no quedaron á Sedecías sino dos, que fueron Laquis y Azeca. Dejó dos cuerpos de tropas para rendirlas, y sin detenerse, continuó su marcha sobre Jerusalem, la cercó, fortificó sus campamentos y principió un sitio que había de ser nombrado con asombro en todos los siglos.

Entonces Sedecías envió á dos de sus cortesanos para que suplicasen á Jeremías, diciendo: Ruega á Dios por nosotros; y aquí se vió en Sedecías una de aquellas mudanzas repentinas que no se creyeran si no las presentarán con tanta frecuencia los impíos, que no teniendo principios de religion, tampoco tienen reglas de conducta. El temerario y arrojado Sedecías tuvo miedo al verse cercado de un ejército tan terrible. Ocho años había que irritaba al Señor con sus escandalosos crímenes é infames idolatrias, y ahora se hace devoto en un momento y pasa á implorar la intercesion de los amigos de Dios, de quienes se había burlado por tanto tiempo, y á los que mas de una vez había insultado, sobre todo á Jeremías. A la verdad esto era reconocerse muy tarde, pero como para con Dios siempre es tiempo, si se acude á su misericordia con corazon contrito, Sedecías no habría conseguido regularmente librarse del castigo temporal que tenía bien merecido, pero habría conseguido un bien sin

comparacion mas grande, que era la reconciliacion con su Dios, como la consiguió su ascendiente Manases, si hubiera tenido las disposiciones de este penitente; mas nada de esto se hallaba en Sedecías. El miedo y solamente el miedo dirigia su súplica.

Profecía de Jeremías.

Cuando Nabucodonosor y todo su ejército estuvo bien atrincherado en rededor de Jerusalem y peleaba ya fuertemente contra ella, vino palabra del Señor á Jeremías mandándole que fuese á Sedecías y le dijese: Esto dice el Señor: Hé aquí que yo entregaré esta ciudad en manos del rey de Babilonia y la abrasará, y Sedecías será tomado preso y puesto en su mano, y sus ojos verán los ojos del rey de Babilonia y le hablará boca á boca y entrará en Babilonia, y si se arrepintiere; no morirá á espada, sino en paz. El pobre Jeremías, destinado á llevar á los grandes y los reyes anuncios tan tristes y terribles, como arriesgados y peligrosos, se presentó al rey Sedecías y le hizo saber todas las palabras que le habia revelado el Señor. Mas por esta vez nada hubo contra el profeta, y continuó, dice el texto sagrado, andando libremente en medio del pueblo, porque aun no le habian puesto en la cárcel.

Consternado Sedecías con este anuncio, juntó todo el pueblo, le hizo presente la terrible profecía que acababa de oír, el apuro en que ya se encontraban; perdidas sus ciudades y cercada la capital por un ejército innumerable, y que no quedaba otro recurso que acudir al Señor con sus súplicas, inclinar su piedad y hacérsele propicio, guardando sus mandamientos, tan generalmente abandonados. Añadió, que uno, cuyo quebrantamiento debia tener al Señor muy irritado, era la injusticia que estaban haciendo á los esclavos, sus hermanos, á quienes debian segun la ley haber dejado libres en el año sétimo,

y que desde aquel momento cada uno dejase libre á su esclavo hebreo y á su esclava hebrea y nunca volviesen á esclavizarlos; y los principales y el pueblo todos lo oyeron con docilidad y dieron libertad á sus siervos. Á juzgar por estas demostraciones de sumision á la ley del Señor, se pudiera haber esperado todo de su mudanza; pero luego se vio que el único motivo de ella era el ejército sitiador, que cada día acercaba mas sus trincheras y máquinas á la muralla.

Nabucodonosor levanta el sitio para ir al encuentro del rey de Egipto.

Apenas se habia concluido este acto de religion y justicia, dando cada uno libertad á sus siervos, cuando llegó la noticia esperada con tanta impaciencia de que el ejército de Faraon habia salido de Egipto y venia en su socorro. Este rey fué el único de la liga que trató de defender á Jerusalem, pues todos los demás se escondieron, por decirlo así, cuando vieron venir á Nabucodonosor cubriendo la tierra con sus innumerables tropas. Luego que Nabucodonosor tuvo noticia de la venida de Faraon á socorrer á Jerusalem, levantó el sitio, reunió todas sus fuerzas, llamando á las que estaban ocupadas en la toma de Laquis y de Azeca y marehó á encontrarse con él á las fronteras de su reino. Con esto se creyó libre Jerusalem, y teniendo en mas la defensa de su aliado que las amenazas de su Dios, se entregó á todo género de regocijos, que luego pasaron á impiedades é infidelidades. Violaron el pacto que habian hecho delante del Señor de no volver á cautivar jamás los esclavos que acababan de poner en libertad. Cada uno se apoderó de los suyos, y volvió á reducirlos de nuevo á la esclavitud. Tal fué la conversion de Jerusalem, arrancada por el peligro y el miedo, y tal es la de los impíos cuando sus intereses ó sus temores les obligan á dar algunas señales de

religion y piedad. Se manifestó el Señor muy ofendido de esta injusticia, que se cometía contra los infelices esclavos, y envió á Jeremías á que la echase en cara á todos los dueños y señores sin exceptuar al rey ni á su corte, y así lo hizo.

Otra profecía de Jeremías.

No estaba Sedecías muy satisfecho de la retirada del ejército de los Caldeos, y quiso saber del profeta las esperanzas con que podría contar acerca de esta ausencia. Volvió á consultarle, y contestó á los enviados que dijese al rey: que el ejército de Faraon que había salido de Egipto en su socorro, se volvería á Egipto: que los Caldeos vendrían, pelearían contra la ciudad, la tomarían y la quemarían; y que aun cuando los habitantes de Jerusalem destruyesen todo el ejército caldeo que les cercase (lo que era como imposible), y solo quedasen de ellos algunos heridos, estos saldrían cada uno de su tienda y la quemarían. Desde que se retiró el ejército de Nabucodonosor no estaba ya Jerusalem en disposición de recibir anuncios tan funestos como el que acaba de hacer el profeta, y así fué recibido con enojo, y Jeremías mirado como un mal ciudadano, como un enemigo del Estado, como un hombre vendido á los intereses de Nabucodonosor, como un hombre en fin que no cesaba de anunciar cosas funestas para desanimar á sus conciudadanos.

Jeremías es puesto en un calabozo.

Luego que se levantó el sitio, se entraba y se salía libremente en Jerusalem. Iba Jeremías á salir un día para ir á Benjamín (su pueblo) á repartir una posesion (entre sus parientes) delante de sus ciudadanos, y

cuando llegó á la puerta, Jerias, que estaba de guardia, le detuvo, diciendo: Tú vas huido á los Caldeos. No es así, dijo Jeremías, yo no huyo á los Caldeos; pero Jerias no quiso atenderle y le llevó preso á los príncipes. Estaban estos muy irritados contra él á causa de sus profecías; le trataron mal de palabra y de obra, y le enviaron á la cárcel del escriba Jonatán. Entró, pues, Jeremías en la casa del lago (que era una mazmorra cenagosa), le pusieron en uno de sus calabozos, y estuvo allí muchos días; y allí habria perecido, si la vuelta de Nabucodonosor anunciada por él, y por su concolega Ezequiel, no hubiera dado motivo á que se le sacase de aquella prision de muerte.

El rey le saca para consultarle.

Luego se supo que Faraon no había traído grandes fuerzas para una expedicion tan importante; que había sido batido, puesto en huida y obligado á volverse al Egipto. Esto llenó de desconsuelo á Jerusalem, que miraba á Faraon como su ángel de salvacion; pero cuando, poco despues, llegó la noticia de que Nabucodonosor, en lugar de ir persiguiendo á su grande enemigo vencido y derrotado, volvía con todo su ejército sobre Jerusalem, la consternacion fué general y extremada. Sedecías, en gran manera sobrecogido con la noticia de la vuelta de Nabuco, que no esperaba, porque así se lo habían asegurado los falsos profetas y profetisas, los aduladores y cortesanos que le rodeaban y dominaban, hizo sacar del calabozo á Jeremías y traerle á palacio para preguntarle sobre el paradero de esta guerra secretamente, porque temía á sus corrompidos cortesanos y perversos consejeros. Apenas llegó el profeta á su presencia, le preguntó sobresaltado: ¿Crees tú que es palabra del Señor (el terrible fin de esta ciudad y su rey que has anunciado últimamente)? y dijo Jere-

mías : Si, es palabra del Señor, y añadió : En manos del rey de Babilonia seréis entregado. ¿ Y en qué, dijo al rey Jeremías, en qué pequé yo contra el rey ni contra sus siervos, ni contra su pueblo, para que se me metiese en una cárcel? ¿ Dónde estan ahora tus profetas, los que te decían que no vendría el rey de Babilonia sobre ti ni sobre esta tierra? Aquí Jeremías, despues de hablar á Sedecías con la libertad y firmeza de un enviado de Dios en lo que tocaba á su ministerio, le suplicó, como vasallo obediente, que tuviese la bondad de no volverle á la cárcel, de donde habia venido, para no morir en ella. ¡ Tan propio para dar la muerte era el calabozo en que sus enemigos le habian encerrado! El rey, sin darse por sentido de las amargas verdades que acaba de decirle el profeta, mandó que fuese puesto en el atrio de la cárcel y que se le diese el sustento diario hasta que se acabase el pan en la ciudad.

Vuelve Nabucodonosor á sitiar á Jerusalem.

El año nono de Sedecías, el dia diez del mes décimo, volvió Nabucodonosor con su ejército victorioso á Jerusalem, formó de nuevo el sitio, fortificó el campamento y se atrincheró como antes. Ya no tenían aliados los Judios, ni esperanza de tenerlos, y su desamparo era extremo, pero aun les quedaba un recurso para librarse del torrente de males que venia á descargar sobre ellos. Este recurso era el que el Señor, siempre compasivo para con su pueblo, su ciudad y su templo, queria que tomasen, el que Jeremías les habia aconsejado tantas veces y de tantos modos... este recurso era implorar la clemencia de Nabucodonosor, como lo habia hecho Jeconías, entregarse como aquel y pasar á vivir á Babilonia, sin dar lugar á que el pueblo fuese entregado al cuchillo y reducida la ciudad y el templo á escombros y cenizas; pero Jerusalem era ya un pueblo sin pru-

dencia, y en nada pensó menos que en rendirse. Se obstinó en su defensa, y desde este momento todo estaba perdido.

Los Caldeos adelantaban las trincheras, ceñían las líneas, estrechaban el sitio, acercaban las máquinas y en poco tiempo las llevaron al pié de las murallas y se hallaron en disposicion de hacer desde ellas la guerra á la ciudad. Al mismo tiempo se socavaban los muros, se batian con los arietes y se abrian brechas. Cuando estuvieron abiertas algunas, principiaron los asaltos, las heridas, la sangre y la muerte de una y otra parte, porque los sitiados se defendian á la desesperada y los sitiadores estaban resueltos á tomar la ciudad á cualquiera costa : pero lo mas terrible de todo para los sitiados era el cerco impenetrable formado de multiplicadas líneas de soldados de aquella multitud de tropas que componian el ejército de Nabucodonosor. La sequedad y carestía que habia anunciado Jeremías, y que habia precedido esta guerra, y la seguridad con que los falsos profetas lisonjeaban al rey y al pueblo de que luego serian socorridos por sus aliados, hicieron que Jerusalem no estuviese abastecida, cual convenia, para sufrir un largo sitio, y no tardó mucho tiempo en principiar el hambre. Habia mas de un año que seguia el cerco con igual calor é igual empeño de ambas partes, pero los sitiados sufrían pérdidas irreparables, lo que no sucedia á los sitiadores que tenían á su disposicion todas las fuerzas y comestibles del oriente. En las continuas defensas de los asaltos que sin cesar daba el ejército de Nabucodonosor, iban muriendo los principales soldados de Sedecías, y como no era posible recibir de afuera ni una onza de alimento, el hambre se aumentaba al mismo tiempo y hacia ya mas estragos que la espada.

Consulta Sedecías á Jeremías.

Viendo Sedecías que todo caminaba al cumplimiento de cuanto habia profetizado Jeremías, y que debian tener efecto muy pronto las amenazas que habia hecho á él mismo, envió á Fasur, hijo de Melchias y á Sofonías sacerdote, para que suplicasen al profeta que consultase al Señor, si por ventura haria con Jerusalem alguna de sus grandes maravillas para que se retirase el rey Nabucodonosor, que tan fuerte y empeñadamente peleaba contra ella. Se presentaron los enviados al profeta, quien no podia darles otra contestacion que aquella que les estaba ya prevenida. Esto dice el Señor, Dios de Israel, les contestó : Yo os conquistaré con mano extendida (á todas partes) y con brazo fuerte (é irresistible), con furor, con indignacion y en grande ira. Heriré á los vivientes de esta ciudad, hombres y bestias, y morirán de gran pestilencia. Yo entregaré á Sedecías, rey de Judá, y á sus siervos y á su pueblo y á todos los que perdonare la peste, la espada y el hambre, en manos de Nabucodonosor rey de Babilonia, y los herirá á filo de espada, y no se doblará (por ningun ruego), ni perdonará, ni tendrá piedad; yo pongo delante de vosotros el camino de la vida y el camino de la muerte. El que se quedare en esta ciudad, morirá, ó á cuchillo, ó de hambre, ó de peste; pero el que saliere y se huyere á los Caldeos, que os tienen cercados, vivirá, porque he puesto el semblante de mi ira contra esta ciudad, y será entregada al rey de Babilonia y la abrasará. Era necesaria toda la intrepidez de Jeremías para dar á los enviados del rey una contestacion tan terrible, en un tiempo en que se hallaba todavía preso en el atrio de la cárcel; pero nada detuvo al profeta, y los enviados se vieron en la precision de llevar una respuesta de tanto disgusto al rey, en quien no produjo

otro efecto que enojarse mas con Jeremías y continuarle en la prision que sufría ya tanto tiempo.

Era el año décimo de Sedecías y el décimooctavo de Nabucodonosor, y las amenazas de Jeremías se iban cumpliendo de un modo tan exacto y tan terrible que no dejaban duda de que tendrian su entero cumplimiento con la total ruina de Jerusalem. Esto y las vivas exhortaciones que hacia el profeta á los Judíos que se acercaban á su prision para que huyesen de Jerusalem y se fuesen á los Caldeos, si querian salvar su vida, hizo que ochocientos treinta y dos lograsen huir de la ciudad en el discurso de este año por diferentes salidas ocultas y pasar al campo de los Caldeos, donde eran recibidos por Nabucodonosor con benignidad y socorridos con lo necesario; pero lo que en tan tristes circunstancias era una felicidad para este número de refugiados, fué tan fatal para el profeta que se la proporcionaba con sus consejos y exhortaciones, que hubo de costarle la vida.

Cuanto mas se estrechaba el sitio, tanto mas se empeñaban los sitiados en sostenerlo. Se aumentaba el hambre y la peste, y al fin de dicho año la miseria era extrema, y el estado de Jerusalem tal cual le hemos pintado con los colores y rasgos de los profetas. Era mas bien que una ciudad, un vasto cementerio; pero á pesar de esto los que estaban al frente del poder y se hallaban con las armas en la mano, miraban como reo de Estado á cualquiera que hablase de composicion con los sitiadores y menos de rendirse. Solo Jeremías, á pesar de su prision y de estas amenazas, conservaba su libertad toda entera, y sin contemporizar con la fuerza no cesaba de repetir estas breves palabras, tan desagradables á la corte, como provechosas á los que se aprovechaban de ellas. Cualquiera, decia, que se estuviere en esta ciudad, morirá á cuchillo, ó de hambre, ó de peste; mas el que se huyere á los Caldeos, vivirá. Oyeron cuatro de los principales las palabras que Jeremías hablaba

á todo el pueblo, y dijeron al rey : Te rogamos que muera este hombre, porque de propósito desmaya las manos de los varones de guerra que han quedado en la ciudad, y las manos de todos, y es sin duda que este hombre no busca el bien, sino el mal del pueblo.

Jeremías es arrojado en un pozo.

Á pesar del respeto que el rey tenia á Jeremías, no se atrevió á disgustar á sus principales cortesanos, y les dijo : Ahí teneis á Jeremías, yo no puedo negaros cosa alguna. ¡Tan dominado le tenían! Tomaron, pues, á Jeremías y le echaron en un hondo lago del atrio de la cárcel, en el que no habia agua, sino lodo, y Jeremías quedó atollado en el cieno. La muerte del profeta en aquella sima era inevitable y pronta, pero velaba el Señor sobre la vida de su fiel ministro, y dispuso que le viniese la salvacion de donde menos deberia esperarla. Tenia el rey en su corte un oficial etiope llamado *Abdemelec*, que respetaba y apreciaba mucho á Jeremías, y luego que oyó que habia sido arrojado en el lago, se fué á Sedecías y le dijo : Mi señor y mi rey, mal y daño han echo estos hombres en cuanto han ejecutado contra Jeremías, arrojándole en el lago para que muera allí de hambre, porque en unos dias en que la escasez llega á lo sumo ¿quién irá á buscar al profeta en aquella sentina para repartir con él un pan de lágrimas? Dadme, pues, vuestras órdenes, y yo iré al momento á sacarle y socorrerle.

Le saca un Etiope.

Aquí se vió que Sedecías no era tan malo de suyo como le hacian ser sus malos cortesanos. Se dejó enternecer, y mandó á Abdemelec que, tomando una compañía de treinta soldados, fuese á sacar al profeta del pozo an-

tes que muriese. Hizo Abdemelec que le siguiesen los treinta hombres, y tomando pedazos de paño viejos, los echó con cordeles á Jeremías en el lago para que, envolviéndolos á la raíz de los brazos y á los cordeles, no le lastimasen al sacarlo colgado por los sobacos, y así le sacaron del lago en donde, para que muriera pronto y sin ser visto, le habian arrojado. Bien quisiera Abdemelec hacer algo mas por su ilustre amigo, dándole entera libertad, pero su comision no se extendia á esto, y aunque con gran sentimiento le fué preciso dejarle en el atrio de la cárcel donde estaba antes. Esta caridad de un extranjero, ejercida con el profeta de un Señor que mira los beneficios hechos á sus ministros como hechos á su Majestad, no quedó sin recompensa. Mandó el Señor á Jeremías que dijese á su bienhechor Abdemelec, que cuando todo fuese á sangre y fuego en Jerusalem, el Señor, en premio de su caridad, le libraria de la mortandad, y así se verificó.

Vuelve Sedecías á consultar á Jeremías.

En este tiempo las cosas iban de mal en peor, los Caldeos batian con furia las murallas, la guarnicion estaba disminuida en extremo, y la que habia quedado se hallaba sumamente fatigada y debilitada. La peste seguia haciendo estragos horribles, y el hambre era intolerable. La multitud de cadáveres insepultos inficionaban la ciudad, y el rey no se atrevia á pasar por entre las tropas de hombres, mujeres y niños que le pedian pan ó muerte. En tan lamentable y espantoso estado, volvió á llamar á Jeremías, y le dijo : Una cosa quiero saber de ti; no me la ocultes. Está bien, dijo el profeta; por si yo te la dijere, ¿acaso no me matarás? Entonces juró Sedecías á Jeremías en secreto, diciendo : Vive el Señor que nos ha dado el alma y la vida, que no te mataré ni te entregaré en manos de esos hombres que buscan tu alma. Pues

bien : oye lo que dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel : Si saliendo fueres á los príncipes del rey de Babilonia, vivirá tu alma, y no será abrasada esta ciudad, y serás salvo tú y tu casa ; mas si no salieres á los príncipes del rey de Babilonia, será entregada esta ciudad en manos de los Caldeos y la abrasarán, y tú no escaparás de sus manos. Temo á los Judíos que se han pasado á los Caldeos, dijo Sedecías, no sea que los príncipes de los Caldeos me entreguen en sus manos y se burlen de mí. No te entregarán, dijo Jeremías. Oye, te suplico, la voz del Señor y te irá bien, y vivirá tu alma ; mas si no quisieres salir, esta es la palabra que me ha mostrado el Señor. Todas las mujeres que han quedado en la casa del rey de Judá serán llevadas á los príncipes del rey de Babilonia, y estas serán las que te insultarán. Todas tus mujeres y tus hijos serán llevados á los Caldeos, y tú no escaparás de sus manos, sino que serás preso, y abrasarán esta ciudad. Nadie sepa, dijo el rey á Jeremías, lo que acabas de decir, y entonces no morirás. Con esto Sedecías se quedó en la misma irresolucion, y el profeta volvió á la misma prision de donde habia venido. Desde este día hasta el de la última catástrofe de Jerusalem, que se estaba tocando ya con la mano, permaneció Jeremías en su prision del atrio, sin que sus enemigos volviesen á perseguirle, ni el rey pensase mas en consultarle, ni para esto tuvo ya mucho tiempo. Acababa de despreciar el último remedio que Dios le tenia reservado, y la soberbia y obstinada Jerusalem en cumplimiento de las antiguas y nuevas profecías iba á caer en manos de sus enemigos.

Horrores que causaban el hambre y la peste.

El hambre á este tiempo era ya tal, que es mas fácil imaginar que referir los horrores que causaba. Despues de haber comido cuantos insectos hallaban, por mas

asquerosos que fuesen, se comian los cadáveres de aquellos mismos que caian en las calles muertos por el hambre, ó de los muros por el hierro de sus enemigos. Los padres devoraban los cadáveres de sus mujeres y sus hijos, y los hijos y mujeres los de sus padres y maridos. La violencia del hambre sofocaba los sentimientos mas íntimos de la naturaleza. En esta ocasion se vieron renovados continuamente los horrores que una sola vez se habian visto en Samaria. Daban las madres á luz sus hijos, y luego les quitaban la vida que acababan de darles para sustentarse con sus tiernas carnes. En estos dias de espanto se vió aquel lamentable espectáculo de que Jeremías fué testigo y en parte víctima, y que describe en sus *Lamentaciones* con términos tan lastimosos. La lengua del que mamaba, dice, se pegó de sed al paladar. Los pequeñitos pidieron pan y no habia quien se lo diese. Los que (antes) comian regaladamente murieron (de hambre) en las calles. Los que se habian criado vestidos de púrpura, se cubrieron con andrajos. Sus semblantes, mas negres que el carbon, no eran conocidos en las plazas (donde hay tanta claridad), y su piel en su flacura quedó pegada á sus huesos, semejante á la corteza de un palo seco. Mejor (ó menos mal) les fué á los muertos con espada que á los muertos por el hambre, porque estos (padecieron tanto que) quedaron en la espina. Las manos de las mujeres, hasta de las compasivas, cocieron sus hijos y las sirvieron de comida... Á un hambre tan cruel acompañaba la peste, como estaba ya anunciado por Ezequiel, y sus estragos aun eran mas terribles que los del hambre y la espada. Su hedor pestilencial y mortífero ocupaba la ciudad como una espesa niebla y consumia vidas sin cuento. Así se cumplia aquella profecía terrible. Así acababan el hambre, la peste y la espada con la vida de los habitantes de Jerusalem, y se preparaba la total ruina de esta famosa ciudad y su hermoso templo.

Abren los Caldeos el primer muro, y huyen Sedecías y su corte.

El año once del reinado de Sedecías, el mes cuarto y día quinto fué vencido y abierto el primer muro, entraron los generales y tropas del rey de Babilonia, y se apoderaron de la puerta llamada *Media* del segundo recinto. Luego que vió Sedecías que los enemigos habían salvado el primer recinto y batían el segundo, huyó de noche con sus hijos, la familia real, la corte y sus guardias por la puerta del Ángulo; esto es, según la profecía de Ezequiel, por una rotura entre los dos muros, que les sirvió de puerta. Aquellos amigos perversos, cuyos funestos consejos adoptó Sedecías desde el principio de su reinado y siguió hasta su fin, le sugirieron esta huida, prometiéndole morir en su defensa. Le sacaron de noche por la rotura, cubierto con un velo (ó para que no viese los peligros de muerte que le rodeaban, caminando entre los ejércitos enemigos, ó para que en un encuentro pudiese huir sin ser conocido), le cargaron sobre las espaldas de sus domésticos, porque ni la rotura, ni el silencio permitían carruajes ni caballos, le llevaron por el camino de la huerta del rey y huyeron al desierto. Por el mismo camino y poco después huyó la guarnición; y la ciudad quedó en manos de sus enemigos.

Entrada del ejército en Jerusalem.

El día nueve del dicho mes y año entraron en Jerusalem los ejércitos de Nabucodonosor con la ferocidad en el corazón, y el hierro en la mano. Desde luego se dirigieron al alcázar de Sión y al templo, fortalezas que podían cada una resistir mucho tiempo, pero no había ya soldados. El rey, la corte, las guarniciones... todos habían huido. Mas como la persona del rey era lo primero

que buscaban, inmediatamente enviaron por todas partes gruesos cuerpos de tropas en su alcance, y entretanto que estas perseguían al rey; el resto del ejército se derramó por toda la ciudad, cuyas casas sin excepción estaban condenadas al saqueo y sus habitantes á la muerte. Desde muy temprano de aquel día de espanto se extendió el destrozo y el degüello por toda la ciudad, y solo con la pluma de un profeta se podrían pintar los horrores de este día y los siguientes. El saqueo fué entero y la mortandad general. Las casas, las calles, las plazas, el templo, la ciudad, todo rebosaba de sangre. Los sacerdotes, los ancianos, los jóvenes, los tiernos infantes, los niños, todo perecía á tajo de espada. Las mujeres y las vírgenes no recibían el golpe mortal, sino después de humilladas por la brutalidad del soldado. El Señor había sido ultrajado sin medida, y el ejército de Nabucodonosor le vengó también sin medida. La espada del Señor había sido desenvainada, y no volvería á la vaina sino después de haber derramado torrentes de sangre. La horrorosa escena de Jerusalem fué ejecutada en el modo y términos que había sido pronosticada por los profetas, particularmente por Jeremías y Ezequiel, y á estas profecías, que ya quedan referidas, remitimos á los lectores. Jerusalem desde este día ya no era sino un agregado de casas y palacios sin habitantes, menos parecido á una famosa ciudad que á un horroroso sepulcro cubierto de miles de cadáveres amontonados unos sobre otros. No se había cesado de degollar hasta que no se hallaron víctimas, y solo quedaron ocultas aquellas que el ángel del Señor había señalado con el *Thau* y cubierto el Señor con la sombra de sus alas, y algunas otras cuya vida permitió para ejercer en ellas mas pública y ruidosamente su justicia.

Prision y muerte de Sedecias, su familia y su corte.

Mientras que esto sucedia en Jerusalem, el rey y la familia real, y los siervos fieles de su corte, fueron alcanzados en las llanuras de Jericó por donde huían, y apasionados sin resistencia, porque los oficiales, los guardas y todos aquellos señores y consejeros que habian jurado al rey una inviolable fidelidad, huyeron por todas partes al acercarse el peligro, y todos le abandonaron. El rey, sus hijos y sus siervos fueron llevados á Reblata, donde se habia retirado Nabucodonosor en los últimos meses del sitio. Allí vieron los ojos de Sedecias los ojos del rey de Babilonia, como lo habia dicho no mucho tiempo antes Jeremías. Nabucodonosor, monarca poderoso, agraviado, victorioso... hizo á Sedecias cargos que para un rey eran mas fuertes que la muerte: le echó en cara su ingratitud, su perjurio, su falsedad, sus dobleces y su porte indigno, y luego pronunció una sentencia terrible que hizo ejecutar allí mismo. En su cumplimiento mataron todos los hijos de Sedecias delante de sus ojos, y tambien mataron todos los príncipes y todos los nobles de Judá. Arrancaron despues los ojos de Sedecias, le apasionaron con grillos y esposas, le ataron con cadenas, le llevaron á Babilonia y le metieron en un calabozo, donde murió.

Compendio del carácter de Sedecias.

Así acabó su reinado Sedecias, último de los reyes de Judá antes de la cautividad, príncipe débil, corrompido por contagio, libertino por costumbre, idólatra por herencia y malvado por imitacion. Incapaz de recibir los buenos consejos, dispuesto á recibir los malos, indócil á la voz de Dios y dócil á la de sus perversos consejeros. Incrédulo á los avisos de los profetas del Señor, y fanático, supersticioso é infatuado con las predicciones lison-

reras de sus falsos profetas, de las que no se desengañó hasta que se vió preso y llevado en cadenas á Babilonia, donde entró vivo pero sin ojos en cumplimiento de la profecía de Ezequiel, que habia dicho que entraria en Babilonia, pero que no la veria, y que en ella moriria. ¡Feliz si despues de una vida criminal sobre el trono, concluyó con una vida penitente en las cadenas!

Orden de Nabucodonosor para quemar el templo y la ciudad y demoler sus muros.

Despues de la muerte de la familia real, y de los príncipes y nobles del reino, hizo morir Nabucodonosor á todos los grandes que pudieron ser aprehendidos. Falta determinar sobre el destino de Jerusalem, que habia quedado sin habitantes, y del templo que tampoco tenia ya quien fuese á adorar en él. Nabucodonosor, como si no hubiera tenido otro objeto que dar cumplimiento á todas las profecías y amenazas hechas por los profetas contra Jerusalem y su templo, dió una orden que todas las cumpliera. Algun tiempo despues de la mortandad y exterminio de los habitantes de esta ciudad criminal, envió Nabucodonosor á ella á Nabuzardan, general de sus tropas, con orden de recoger todas las riquezas que se hallasen en el palacio del rey, y todos los vasos de oro, plata y metal, mayores y menores y todas las alhajas del templo (porque en el saqueo general de la ciudad se habian exceptuado el palacio y el templo), para trasladarlo todo á Babilonia, y que despues encendiese el templo, el palacio y la ciudad, y demoliese sus muros.

Día en que se cumple la orden.

El día siete del mes quinto y año diez y nueve del reinado de Nabucodonosor, salió Nabuzardan de Reblata,

donde estaba el rey, y llegó á Jerusalem el dia diez. Recogió cuanto habia precioso y de valor en la casa del rey, y todos los vasos de la casa del Señor, y quemó el templo del Señor, el palacio del rey, los palacios y grandes casas que habia en Jerusalem y todas las demás casas; todo lo entregó á las llamas, y todo fué convertido en ceniza. Derrihó despues todos sus muros, demolió todas sus torres y fortalezas y todo quedó reducido á un monte de escombros. El fuego y el ejército acabaron con Jerusalem y su templo en cumplimiento de las órdenes de Nabucodonosor, rey de Babilonia, ó mas bien de las órdenes del Señor, anunciadas por sus profetas.

Dos clases de Judíos que se encuentran aquel día y sus destinos.

En el degüello general que se siguió á la entrada de los Caldeos en Jerusalem, perdonó el cuchillo un número de Judíos fieles, protegidos del Señor, que á pesar de su deseo de cumplir con las disposiciones del Cielo, pasando á refugiarse en el campo de los Caldeos, no habian encontrado medio ni modo de verificarlo. Estos fueron enviados por Nabucodonosor á Ramata, donde se hallaban los demás que se habian pasado á los Caldeos en el tiempo del cerco para ser llevados todos á Babilonia. Quedó en Jerusalem otro número de Judíos infieles que se habian librado de la muerte en sótanos, cuevas y otros lugares ocultos, particularmente en el palacio y el templo, y que resistiendo á la voluntad del Señor, se habian obstinado en no entregarse á los Caldeos. Mas cuando principió el fuego á extenderse por todas partes, les fué preciso salir de sus escondrijos, y todos cayeron en manos de las tropas de Nabucodonosor. Eran setenta y uno, y entre ellos se hallaban once de los mas principales del reino. Nabuzardan envió todos estos á Reblata, donde continuaba Nabucodonosor, quien

mandó que los matasen. Luego que fué tomada y exterminada Jerusalem, las tropas victoriosas recorrieron todo el reino, incendiaron, mataron y cautivaron, y redujeron á servidumbre á los que no consumió el hierro ó el incendio. En la desolacion á que quedaba reducido el reino, y principalmente Jerusalem y el templo del Señor, que era su fortaleza, su corona y su gloria, y no viéndose ya en Judá sino destrozos que la ira del Señor, mas bien que el ejército de Nabucodonosor, habia hecho por todas partes y charcos de la sangre que habia derramado, trató Nabucodonosor de volverse á su capital de Babilonia; pero antes arregló lo que tuvo por conveniente á un pais que iba á quedar desierto, si trasportaba todos sus habitantes al cautiverio.

Deja Nabuco la gente pobre y del campo en el reino, nombra un gobernador y se vuelve á Babilonia.

Era la Judea sin disputa el pais mas abundante de granos, vinos y pastos en todo el oriente, y Nabucodonosor quiso aprovecharse de esta fertilidad en beneficio de sus Estados. Nabuzardan, general de las tropas, fué el encargado de este arreglo y le ejecutó conforme á los deseos de su amo. Dejó en el reino labradores, viñadores, pastores y gente pobre del campo para que le cultivasen, se mantuviesen con parte de sus frutos y diesen parte al Estado. Nabucodonosor, complacido con el arreglo que habia hecho su general, nombró para cuidar de estas gentes y gobernar la Judea á Godolías, natural de Jerusalem y uno de los que se habian pasado en el tiempo del cerco, animado por las exhortaciones de Jeremías, al campo de los Caldeos; era de las principales familias del reino, hombre prudente, pacífico, moderado y muy á propósito para el sencillo empleo que se le encargaba. Nabucodonosor le dejó las tropas que le parecieron suficientes para hacer que se le obediese y man-

tener la tranquilidad del pais, y se volvió triunfante á Babilonia.

Nabuzardan pone en libertad á Jeremías.

Luego que se ausentó el monarca, Nabuzardan, que habia quedado con una buena parte del ejército para llevar á Babilonia los cautivos y las riquezas halladas en el palacio del rey de Juda, y los vasos del templo del Señor al palacio de Nabuco, pasó de Reblata á Ramata, donde estaban aquellos reunidos. No esperaba Nabuzardan encontrar á Jeremías entre los cautivos y menos cargado de prisiones. Sabía el aprecio que debía á Nabucodonosor por las noticias que le habian dado los fugitivos de lo mucho que trabajó siempre por mantener en paz y en obediencia al rey y al pueblo, y se le representó con sentimiento el encargo que le habia hecho Nabucodonosor acerca de Jeremías cuando le envió á quemar y destruir á Jerusalem. Tómale (á tu cuidado), le habia dicho, pon sobre él tus ojos, y en vez de hacerle algun mal, haz con él como él quisiere. Nabuzardan se apresuró á enmendar este descuido y procuró hacerlo con el mayor honor. Fué al atrio de la cárcel acompañado de los oficiales y de todos los grandes, mandó quitarle las prisiones y le llevaron como en triunfo á Godolías para que entrase en su casa y habitase entre su pueblo. Entonces tomó aparte Nabuzardan á Jeremías, y le dijo: El Señor tu Dios pronunció este mal sobre este lugar (el reino de Judá); como lo dijo, lo ha hecho, porque pecó Judá contra el Señor y no quiso oír su voz. Ahora ya te he librado de las cadenas; si te agrada venir conmigo a Babilonia, vente, que yo cuidaré de ti; pero si no te agrada, quédate. A tu vista está toda la tierra, lo que escogieres y adonde te agradare, vete allá, y no vengas conmigo. Vive con Godolías, á quien el rey de Babilonia ha puesto por gobernador de Judá. Habita con él en medio de tu pueblo,

ó véte á cualquiera otra parte que quisieres. No se admiró Jeremías de encontrar en un general y sus oficiales, todos idólatras, atenciones que nunca halló en Sedecías y su corte, porque sabia que los siervos del Señor tienen mas que sufrir de los que abandonan á Dios despues de haberle conocido, que de los que nunca le conocieron, y que los mayores enemigos de los buenos son los apóstatas. Nabuzardan mandó dar á Jeremías comestibles en abundancia; le hizo regalos para darle pruebas de su estimacion y le despidió. Se cree que Jeremías aprovechó esta buena ocasion para pedir la libertad de su amado secretario y discípulo Baruc, que se hallaba entre los cautivos de Ramata para caminar con ellos á Babilonia, porque despues le vemos al lado de su querido maestro.

Se despide Jeremías de los que van á salir cautivos á Babilonia.

Jeremías pasó á despedirse de sus hermanos, con quienes habia estado cargado de prisiones, y que se hallaban en visperas de salir para la esclavitud. Les manifestó toda la ternura de un padre. Les exhortó á que guardasen las ordenaciones del Señor. Les dió el libro de la ley para que les sirviese de maestro y de consuelo, y últimamente les entregó una carta en la que hacia la pintura mas circunstanciada y cumplida que se halla en los Libros santos de lo que son los ídolos ó dioses falsos. Vais á Babilonia, les decia. Allí estaréis muchos tiempos y veréis dioses de oro, de plata, de piedra y de madera, llevados sobre los hombros de los idólatras. Cuando viereis detrás y delante de ellos la turba que los adora, decid en vuestro corazon: Solo vos, Señor, debeis ser adorado. Estas divinas palabras eran el compendio de su carta, y con ella dió el último á Dios á sus queridos hijos y se dirigió de Ramata á Jerusalem á concluir un importante negocio que habia tenido principio en el ceren de la ciudad.

Ocultá el arca de la alianza, el propiciatorio y el altar del incienso.

Como sabía el profeta que tanto Jerusalem como el templo iban á ser abrasados y reducidos á escombros, hizo avisar á sacerdotes temerosos de Dios que viniesen á verse con él en el atrio de la cárcel, donde se encontraba preso, y les mandó en nombre del Señor : que entrasen en lo interior del templo sin recelo de traspasar la ley en estas circunstancias, y tomasen el arca de la alianza con sus testimonios, el tabernáculo ó propiciatorio con los querubines, el fuego sagrado que ardía siempre en el templo, y el altar del incienso y los perfumes, y lo escondiesen todo en un pozo profundo y seco que había en un valle de Jerusalem que les señaló; pero que nadie supiese dónde quedaba guardado. Todo lo hicieron los sacerdotes según se lo había ordenado el profeta, y así se libraron del fuego, que consumió el templo, estos preciosísimos monumentos de los portentos y glorias del Señor. Cuando Jeremías llegó á Jerusalem, se halló sin sacerdotes, porque todos quedaban presos en Ramata para caminar á la cautividad, y le fué preciso tomar hombres temerosos de Dios, de los que habían quedado en el país para el cultivo de sus tierras. Fué con ellos al pozo donde habían ocultado los sacerdotes el sagrado depósito. Dejó allí el fuego sagrado, y cargando sobre los hombros de aquellos hombres virtuosos el arca santa, el tabernáculo y el altar, hizo que le siguiesen. Pasaron el Jordán, acaso con igual portento que los Israelitas cuando, llevando el arca santa, iban á entrar en la tierra de promision, subieron el monte Nebó desde donde Moisés vio la heredad del Señor y donde murió y fué enterrado, y cuando se hallaron en el lugar donde tenía orden el profeta de ocultar estos monumentos sagrados, mandó á los que los llevaban que, dejándolos á su disposicion, se retirasen y le esperasen distantes de aquel sitio. Había en él una cueva y Jere-

mas puso en ella el tabernáculo, el arca y el altar, y cerro la entrada. Algunos de los que le habían seguido se acercaron para notar el sitio; pero sucedió lo que con el sepulcro de Moises, que no pudieron hallarle. Cuando supo esto Jeremías, les reprendió y dijo - Será desconocido este lugar basta que congrege Dios la congregacion del pueblo y se haga propicio.

Esto lo entienden unos del tiempo en que volvieron de Babilonia los Judíos con Esdras al frente; pero como desde este tiempo de Jeremías nunca se vuelve á hablar de estos monumentos sagrados, lo entienden otros de la conversion de los Judíos al fin del mundo, y creen que entonces será conocida la cueva y sacado este precioso deposito. Mas dejando al Dueño soberano de los tiempos la manifestacion de aquel que tiene señalado para descubrirlos, volvamos á Jeremías.

Affliccion de Jeremias.

Mientras que este cumplia el encargo del Señor encerrando en una cueva los testimonios de sus portentos, salió casi todo Judá delante de las tropas de Nabucodonosor al cautiverio de Babilonia, y cuando el profeta volvió a Jerusalem, se halló penetrado de tantos y tan acerbos sentimientos que hubieron de acabar con su vida y le obligaron á prorumpir no ya en aves y lamentos sino en gritos y alaridos. Dejaba la prenda de todo su consuelo, el arca de la alianza del Señor con su pueblo, sepultada en una soledad para no volverla ya á ver. Contemplaba caminando á un cautiverio los robustos de Juda y sus esclarecidos, y veía quedar en soledad el reino de David. Miraba por entre dos fuentes de lágrimas, que corrian de sus ojos, aquella Jerusalem ocupada con tanta gloria por sus padres, aquella ciudad de hermosura incomparable, aquella señora de las naciones reducida á escombros ennegrecidos por el humo del fuego que la había devo-

rado. No podía sin ahogarse de pena volver los ojos á los atrios de la casa del Señor, al lugar santo, al Santo de los santos, reducido todo á ruinas; sillares sobre sillares, columnas sobre columnas, arcos sobre arcos, montes sobre montes de destrozos causados por el hierro y el fuego... Entonces fué cuando, para dar algun alivio á su corazón ahogado con tantas penas á un tiempo, prorumpió en aquellas lamentaciones que apenas pueden leerse sin lágrimas, y son las que con el nombre de *Trenos de Jeremías* se cantan en los días de la Pasion del Redentor, como las más á propósito para manifestar la Iglesia su dolor en la muerte del Hijo de Dios. El lenguaje de estos *Trenos*, es vivo, tierno, patético, sublime y tan propio para inspirar el sentimiento, que no hay obra en el mundo que pueda compararse en este punto con un solo capítulo de los *Trenos*. Pensé dar una traduccion libre de los principales pasajes; pero su estilo, la sublimidad de los pensamientos, sus trasportes, la variedad y grandeza de sus imágenes, el todo inimitable é intraducible, á lo menos para mí, me ha obligado á abandonar este pensamiento.

Viene á juntarse con el gobernador Godolías, que moraba en Masfat.

Después de haber lamentado Jeremías las ruinas de Jerusalem y del templo del Señor y las desgracias de la nacion, solo le restaba ir á juntarse con el gobernador Godolías para trabajar con él en la tranquilidad y buen gobierno de aquellos pobres que, esclavos en su patria, estaban condenados á trabajar mucho para sus señores y recibir poco de sus trabajos. Vino, pues, Jeremías á Godolías, que residia en Masfat, y habitó con él en medio de aquel pobre pueblo que habia quedado en el reino. Á mas de estos pobres que dejó Nabucodonosor en el país, porque no le pareció conveniente llevarlos

cautivos á Babilonia, habia otros muchos Judíos de todas clases derramados en los reinos vecinos, adonde habian huido en el tiempo del cerco, y otros tambien ocultos en los subterráneos y los bosques del reino. Muchos de estos, luego que supieron que Nabucodonosor habia dejado á Godolías su paisano por gobernador del reino, vinieron á presentarse á él en Masfat; entre otros se presentaron Ismael, hijo de Natánias, Joanan y Joatan, hijos de Caree, y Sareas y los hijos de Ofi, Jeconias y las gentes de estos principales. Sin duda se manifestaron recelosos de los Caldeos que habia dejado Nabucodonosor para sostener el gobierno de Godolías, porque este trató de sosegarles, diciendo: No temais servir á los Caldeos. Habidad la tierra, servid al rey de Babilonia y os irá bien. Yo habito aquí en Masfat cerca de los términos de los Caldeos para recibir sus órdenes y dar cuenta de mi gobierno; mas vosotros recoged vuestras cosechas de grano, vino y aceite, y estad quietos en vuestros pueblos y ciudades. Con esto quedaron sosegados, se sometieron á Godolías, convinieron en vivir segun las intenciones pacíficas de Nabucodonosor y se entregaron á recoger la cosecha de granos y de vino, que, por escasa que fuese, debia ser demasiada para tan poca gente.

Pero bien pronto se alteraron estas disposiciones pacíficas por la iniquidad de un solo hombre. Era este Ismael de la sangre real de Judá, que no habia reconocido sino en la apariencia el gobierno de Godolías, Joanan y los demás oficiales, que lo habian hecho sinceramente, vinieron á él y le dijeron: Sabe que Baañis, rey de los Amonitas, ha enviado á Ismael, hijo de Natánias, para que te mate; mas Godolías no les creyó. Entonces Joanan tomó á parte al gobernador, y le dijo: Yo iré y mataré á Ismael sin que nadie lo entienda, porque sino te quitará la vida y huirán todos los que se han unido contigo, y perecerán las reliquias de Judá. Joanan mas bien pronosticaba que proponia; pero Go-

dolías era un hombre demasiado sencillo y aun imprudente; porque estaba bien que no aprobase la propuesta de Joanan, pero á lo menos debía averiguar el caso y tomar precauciones; mas nada hizo de esto. No creyó y cayó en el lazo que se le armaba y del que se le advertía con tiempo.

Mata Ismael al gobernador Godolías y á los suyos.

En el mes sétimo (del año once de Sedecías) vino Ismael y los principales ó mayores reales á Godolías en Masfat, y trajeron con ellos veinte hombres arrojados y dispuestos á lo que les ordenase Ismael. Tuvieron juntos una cena, y en ella Ismael y los veinte hombres que estaban con él mataron á Godolías, á aquel que el rey de Babilonia habia puesto por gobernador de la tierra. Mató tambien Ismael á todos los Judíos que estaban con Godolías, y á todos los Caldeos y soldados que se encontraron allí.

Mata por engaño á setenta inocentes.

El día siguiente, cuando aun nada se sabía de esta bárbara escena, vinieron muy temprano de las poblaciones de Siquem, de Silo y de Samaria ochenta hombres, raída la barba, rasgados los vestidos y llorando; y traían en sus manos dones é incienso para ofrecerlos en la casa del Señor (sobre las ruinas del templo en señal de su dolor y profundo sentimiento). Ismael les salió al paso haciendo que lloraba como ellos, y les dijo: Venid á ver á Godolías (nuestro gobernador). Estos buenos hombres le siguieron, y cuando llegaron al medio de la ciudad, Ismael y los suyos mataron hasta setenta de ellos junto al lago ó fosa que habia mandado hacer Asa rey de Judá por causa de Baasa rey de Israel,

y los arrojó en él, y ninguno se habria librado de su ferocidad, si los diez restantes no le hubieran contenido con el arma del interés. No nos mates, le dijeron, porque nosotros tenemos en el campo (á tu disposición) tesoros de trigo, cebada, aceite y miel, y no los mató como á sus compañeros.

Toma prisioneros á cuantos encuentra en Masfat y se encamina al reino de los Amonitas, pero Joanan y sus compañeros los libran.

Pero les tomó prisioneros y á todos cuantos quedaban vivos en Masfat. Tambien hizo prisioneras á las hijas del rey Sedecías, únicas que de su familia habian salido libres de la espada de los Caldeos, y á los que Nabuzardan habia dejado encargados á Godolías. Á todos les tomó y llevaba para pasarse al reino de los Amonitas, cuando Joanan y los oficiales que estaban con él, supieron todo el mal que habia hecho Ismael en Masfat, y tomando inmediatamente toda su gente, marcharon en su seguimiento y le alcanzaron cerca de la piscina de Gabaon. Habiendo visto los prisioneros que llevaba Ismael, á Joanan y á los oficiales y gentes que venían en su socorro, fué indecible su alegría. Ismael, tan cobarde como cruel, huyó á la vista de Joanan con ocho hombres, y se pasó al reino de los Amonitas y los cautivos se volvieron á Masfat sin que se hubiese desgraciado ni uno solo de todos ellos.

Dudas de Joanan y demás sobre irse ó no á Egipto.

Mas por bien que hubiesen salido de este peligroso lance, las consecuencias que podrian traer las atrocidades de Ismael, eran muy terribles. Quedarse en la Judea sin hacer novedad y enviar diputados á Nabu-

codouosor para darle cuenta del atentado de Ismael, era exponerse á que no les creyese, y en tal caso estaban perdidos. Huirse á Egipto para evitar su venganza era renunciar á su patria, á lo menos mientras que mandasen los Caldeos, y además se declaraban culpables en el hecho de irse á otro reino, y se hacían reos de otro delito para con Nabucodonosor pasándose á su enemigo, que era el rey de Egipto. Parecía, pues, preferible el primer partido; sin embargo se tomó este segundo, y luego emprendieron tanto Joanan, sus oficiales y gentes, como los prisioneros que habían librado de las manos de Ismael, hombres y mujeres, ancianos y niños, su huida al reino de Egipto.

Piden á Jeremías que consulte al Señor.

Llegaron á Camaan, aldea de Belén, en donde estaria regularmente Jeremías (pues tenia licencia para habitar donde quisiese), y allí hicieron alto. Luego trataron de consultar al profeta, y viniendo á él todos desde el mayor al menor, le dijeron : Valga nuestro ruego en tu presencia. Haz oracion por nosotros al Señor, tu Dios, por estas reliquias de Judá que de muchos hemos quedado tan pocos como ven tus ojos, y suplicale que nos anuncie el camino por donde hemos de ir y lo que hemos de hacer. Lo he oido, les dijo Jeremías, y voy á hacer oracion al Señor, vuestro Dios, segun vuestras palabras. Toda palabra, sea la que fuere, que me respondiere, os la diré. No os ocultaré cosa alguna. Entonces dijeron á Jeremías : Sea el Señor testigo de verdad y fidelidad entre nosotros, si no hiciéremos segun toda palabra con que te enviare el Señor tu Dios á nosotros, sea en bien ó sea en mal, nosotros obedeceremos á la voz del Señor nuestro Dios, á quien te enviamos, para que nos vaya bien obedeciendo la voz del Señor nuestro Dios.

Respuesta del Señor negando el paso á Egipto.

Bajo de estas seguridades tan positivas, se retiró Jeremías para consultar al Señor en la soledad y esperar allí su respuesta. Mas el Señor callaba por mas que oraba y suplicaba el profeta. Pasaba un dia y pasaba otro dia, y aunque el profeta no cesaba de pedir la declaracion de su voluntad, el Señor, que conocia las malas disposiciones de los que le pedian, parece que repugnaba darla por no hacerles mas culpables; pero al fin despues de diez dias cedió á la importunidad del profeta, y dió su respuesta. Luego llamó Jeremías á Joanan, á todos los oficiales que estaban con él y á todo el pueblo desde el mas pequeño hasta el mas grande, y les dijo : Esto dice el Señor Dios de Israel, á quien me enviásteis para que pusiese á sus piés vuestros ruegos : Si estándoos quietos permaneciéreis en esta tierra, os edificaré y no os destruiré, os plantaré y no os arrancaré, porque ya estoy aplacado con el escármiento que he hecho. No queraís temer al rey de Babilonia, á quien tenéis tanto miedo, porque yo soy con vosotros para salvaros y libraros de su mano. Yo os concederé misericordias, me apiadaré de vosotros y haré que habiteis en vuestra tierra. Mas si vosotros dijereis : No habitaremos en esta tierra, ni escucharemos la voz del Señor nuestro Dios, sino que nos iremos á la tierra de Egipto en donde no veremos guerra, ni oirémos el ruido de trompeta, ni padeceremos hambre y allí habitaremos; en este caso, oid, reliquias de Judá, lo que dice el Señor Dios de los ejércitos, el Dios de Israel : La espada que tanto temeis, os alcanzará en Egipto; el hambre de la que tanto os recelais, en Egipto os perseguirá, y allí moriréis. No entreis en Egipto, reliquias de Judá, porque de cierto moriréis allí á cuchillo, de hambre y por peste, y nunca mas volveréis á ver este lugar.

Desmienten á Jeremías y pasan á Egipto.

Cuando Jeremías acabó de hablar estas palabras del Señor, Azarias, Joanan y todos los hombres soberbios dijeron: Tú hablas mentira. No te envió el Señor Dios nuestro á decirnos: No entreis en Egipto para habitar allí, sino que Baruc te incita contra nosotros para entregarnos en manos de los Caldeos, y ó maternos ó llevarnos cautivos á Babilonia; y ni Joanan, ni sus oficiales, ni el pueblo escucharon la voz del Señor que les mandaba quedarse en la tierra de Judá, sino que Joanan y los oficiales recogieron todos los residuos de Judá, hombres, mujeres y niños, á las princesas hijas de Sedecías, y á Jeremías y Baruc, y se entraron en Egipto, internándose hasta Tahnís que era entonces la corte, y derramándose por las demás poblaciones; para fijar su residencia en aquel reino contra la voluntad del Señor; para acabar de llenar la medida de sus delitos como Jerusalem, y para morir á los filos de las mismas espadas que habian segado los cuellos de los moradores de esta ciudad destrizada.

Lleva Nabuzardan á Babilonia mas cautivos.

Desde que Joanan y sus compañeros arrancaron de su patria los residuos de Judá y los arrastraron á Egipto, habian ido concurriendo ya de unas, ya de otras partes un número de Judíos á las cercanías de Jerusalem y entre ellos varias personas considerables. Tuvo noticia de esto Nabucodonosor, y para evitar alguna nueva inquietud, envió á Nabuzardan, aquel general que habia llevado á Babilonia los últimos cautivos, y recogió hasta setecientos cuarenta y cinco que le parecieron de consideracion y los llevó á aumentar la cautividad, no dejando en el país sino algunos paisanos y gente del campo, de la que nada habia que recelar.

Muerte y elogio de Jeremías.

Seguia Jeremías en Egipto exhortando, respriendiendo, amenazando y profetizando males sobre males á los Judíos infieles que contra las órdenes del Señor se habian establecido en aquel reino, y se cree, que irritados estos por la constancia del profeta en reprender sus delitos y anunciarles siempre desdichas, tomaron la resolution de apedrearle y deshacerse de un fiscal que estaban ya cansados de sufrir. Lo cierto es que los Libros sagrados nada nos dicen de que volviere á salir de Egipto este grande hombre, uno de los mas santos que produjo el pueblo de Dios. Santificado Jeremías en el seno de su madre, fué declarado profeta por el Señor en sus tiernos años, cuyo penoso ministerio sostuvo por mas de cincuenta en medio de grandes y continuos peligros, con una firmeza asombrosa, con una maravillosa grandeza de ánimo, con una intrepidez inflexible y con una inviolable fidelidad á la voz del Señor, sin que ni las cadenas, ni los grillos con que le aherrajaron, ni las burlas é insultos de que le cargaron, ni la muerte que vió mas de una vez delante de sus ojos, pudiesen intimidar jamás su firmeza y su celo. Es comun sentir de los santos Padres que Jeremías murió vírgen como sus antecesores los profetas Elías y Eliséo, ejemplos rarísimos de esta celestial virtud en aquellos tiempos. Este gran profeta, á quien los Judíos trataron tantas veces de enemigo del pueblo porque decia al pueblo lo que le importaba, fué el que (cuatro siglos despues de su muerte, cuando el sumo pontífice Onías se apareció en el aire á Judas Macabeo con los brazos extendidos orando por el pueblo en la vispera de dar una gran batalla se apareció junto á Onías en figura de un anciano admirable, majestuoso y rodeado de gloria, y asombrándose al verle el Macabeo, le dijo el pontífice Onías: Este es el amante de sus hermanos (de Judá) y del pueblo de Israel; este es el que ruega mucho por el pueblo y por

toda la santa ciudad. Este es Jeremías, profeta de Dios. Jeremías fué el que escribió mas de todos los profetas, y el que padeció mas persecuciones.

SE CONCLUYE LA TRASMIGRACION DE JUDÁ.

Sin freno las reliquias de Judá despues que murió Jeremías, se entregaron á los últimos excesos de la idolatría, de la desenvoltura y de todo género de crímenes hasta que, segun las predicciones del mismo profeta, perecieron por el hambre, la peste y la espada. Nabucodonosor destruyó los reinos comarcanos de los Amonitas, Moabitas, Idumeos, Lirios, Filisteos y Tirios, y por último se apoderó del Egipto y le entregó al saqueo, á la prision y á la muerte. Los soldados tomaron un rico botín, y pasaron á filo de espada un número grandísimo de Egipcios, y entre estos perecieron los Judíos que contra la orden del Señor habian huido á aquel reino y aun no habian muerto por el hambre y por la peste que habian precedido, y tomaron una multitud de cautivos que se llevaron á Babilonia, y entre estos fueron todos los Judíos que contra su voluntad habian sido llevados á Egipto por Joanan y sus compañeros, y que no habian tenido proporeion para huirse de aquel reino y volverse al de Judá. Este rebusco, por explicarme así, que hizo la Justicia divina en todas las naciones adonde habian huido los Judíos obstinados, nos enseña que no solo la resistencia, pero tampoco la huida, ni cuantos consejos dicta la prudencia humana, ponen al hombre á cubierto de los golpes de la Justicia divina, y que solamente la sumision y la penitencia los contiene. En efecto, la resistencia y la obstinacion fueron las que señalaron el cautiverio á unos, y otros la muerte. Je-

rusalen se empeña en defenderse y resistir contra las órdenes del Señor intímadas por sus profetas, y Jerusalem perece. Parte de sus moradores se esconden entre los idólatras de los reinos vecinos, se obstinan en no volver á su país, y allá les alcanza la espada del Señor y son pasados á cuchillo con los idólatras que les habian admitido. Joaquín apenas hace resistencia, deja entrar á Nabuco en Jerusalem, y Nabuco le toma prisionero, se lleva con él un número de Judíos principales á Babilonia, y allí viven aunque cautivos. Jeconías, la reina viuda, la familia real, lo principal de la corte y los sirvientes del rey, salen al encuentro á las cadenas, las reciben y van á vivir en Babilonia. Huyen á Egipto las reliquias de Judá, unas arrastrando á otras, y otras arrastradas por aquellas. Allí perecen las primeras, y en el cautiverio viven las segundas, de donde resulta que la sumision formó el cautiverio, y la resistencia el exterminio, y que entre uno y otro causaron aquella lastimosa soledad de Judá y Jerusalem que tan amargamente lloraba Jeremías en sus *Lamentaciones*.

SUCESOS DEL CAUTIVERIO.

Acabó el Señor por despoblar un reino cuyos moradores venian de tan léjos provocando su divina justicia con sus grandes y continuos delitos, y sobre todo con sus idolatrías, pero se reservó en los cautivos una preciosa semilla para criar un pueblo nuevo que volviese á ocupar la tierra de los patriarcas, á levantar los muros de Jerusalem, á sacar otro templo de entre las ruinas del que habia sido destruido, y á extender delante del lugar santísimo el velo que debia cubrirle y abrirse

toda la santa ciudad. Este es Jeremías, profeta de Dios. Jeremías fué el que escribió mas de todos los profetas, y el que padeció mas persecuciones.

SE CONCLUYE LA TRASMIGRACION DE JUDÁ.

Sin freno las reliquias de Judá despues que murió Jeremías, se entregaron á los últimos excesos de la idolatría, de la desenvoltura y de todo género de crímenes hasta que, segun las predicciones del mismo profeta, perecieron por el hambre, la peste y la espada. Nabucodonosor destruyó los reinos comarcanos de los Amonitas, Moabitas, Idumeos, Lirios, Filisteos y Tirios, y por último se apoderó del Egipto y le entregó al saqueo, á la prision y á la muerte. Los soldados tomaron un rico botín, y pasaron á filo de espada un número grandísimo de Egipcios, y entre estos perecieron los Judíos que contra la orden del Señor habian huido á aquel reino y aun no habian muerto por el hambre y por la peste que habian precedido, y tomaron una multitud de cautivos que se llevaron á Babilonia, y entre estos fueron todos los Judíos que contra su voluntad habian sido llevados á Egipto por Joanan y sus compañeros, y que no habian tenido proporeion para huirse de aquel reino y volverse al de Judá. Este rebusco, por explicarme así, que hizo la Justicia divina en todas las naciones adonde habian huido los Judíos obstinados, nos enseña que no solo la resistencia, pero tampoco la huida, ni cuantos consejos dicta la prudencia humana, ponen al hombre á cubierto de los golpes de la Justicia divina, y que solamente la sumision y la penitencia los contiene. En efecto, la resistencia y la obstinacion fueron las que señalaron el cautiverio á unos, y otros la muerte. Je-

rusalen se empeña en defenderse y resistir contra las órdenes del Señor intimadas por sus profetas, y Jerusalem perece. Parte de sus moradores se esconden entre los idólatras de los reinos vecinos, se obstinan en no volver á su país, y allá les alcanza la espada del Señor y son pasados á cuchillo con los idólatras que les habian admitido. Joaquín apenas hace resistencia, deja entrar á Nabuco en Jerusalem, y Nabuco le toma prisionero, se lleva con él un número de Judíos principales á Babilonia, y allí viven aunque cautivos. Jeconías, la reina viuda, la familia real, lo principal de la corte y los sirvientes del rey, salen al encuentro á las cadenas, las reciben y van á vivir en Babilonia. Huyen á Egipto las reliquias de Judá, unas arrastrando á otras, y otras arrastradas por aquellas. Allí perecen las primeras, y en el cautiverio viven las segundas, de donde resulta que la sumision formó el cautiverio, y la resistencia el exterminio, y que entre uno y otro causaron aquella lastimosa soledad de Judá y Jerusalem que tan amargamente lloraba Jeremías en sus *Lamentaciones*.

SUCESOS DEL CAUTIVERIO.

Acabó el Señor por despoblar un reino cuyos moradores venian de tan léjos provocando su divina justicia con sus grandes y continuos delitos, y sobre todo con sus idolatrías, pero se reservó en los cautivos una preciosa semilla para criar un pueblo nuevo que volviese á ocupar la tierra de los patriarcas, á levantar los muros de Jerusalem, á sacar otro templo de entre las ruinas del que habia sido destruido, y á extender delante del lugar santísimo el velo que debía cubrirle y abrirse

de alto á bajo al tiempo que fuese abierto sobre el árbol de la cruz el costado de su santísimo Hijo. No les veremos aumentarse en la Caldea de un modo prodigioso como sus padres en Egipto, ni salir como aquellos de una sola vez y en un solo día de su cautividad entre multitud de portentos, pero les veremos conservarse y aun aumentarse en su cautiverio y salir de él en varios tiempos y cuerpos sin prodigios, pero no sin aquella suave y sabia providencia que, dejando obrar á los hombres segun sus proyectos, conduce los sucesos al término y fin que se propone. Veremos destruirse las monarquias y subir á los tronos monarcas que esta sabia providencia destina, sin ser advertida, para conceder la libertad á su pueblo y cumplir las profecías.

Además de esta providencia admirable veremos muchos y grandes prodigios en el tiempo de su cautiverio, veremos aquel don de penitencia, de sufrimiento, de fidelidad y de perseverancia en el bien que no se habia visto en la descendencia de Jacob hacia años y aun siglos, y que fué el mayor de todos los prodigios. Idólatras estos hombres en Judea y Jerusalem, donde la adoracion de un solo Dios era la ley suprema, y donde el idólatra estaba condenado á pena de muerte, no lo son en Caldea y Babilonia, donde la idolatría era la primera ley. Esto, repito, fué un portento de la gracia y el cimiento de los demás prodigios que veremos en su cautiverio. Los principales hombres de que se valió el Señor para obrar este portento fueron los dos grandes profetas Jeremías y Ezequiel. El primero con las cartas que les escribia desde la Judea, y el segundo con las exhortaciones que les hacia en Babilonia. Tambien contribuyó mucho Baruc, que despues de la muerte de Jeremías, su querido maestro, vino á Babilonia, donde escribió la carta ó libro que tenemos con el nombre de profecía de Baruc, y que dirigió á los dispersos que se iban reuniendo en Jerusalem, despues de haberla leído, como se dice en el capítulo primero, á Jeconías, hijo de

Joaquin, rey de Judá, á los hijos del rey y demás de la familia real, á los ancianos y á todo el pueblo desde el mas pequeño hasta el mayor que venian á oír el libro. Todos los cuales, oyéndole, lloraban, ayunaban y oraban en la presencia del Señor. No quiere decir esto que no hubiese, particularmente en los principios de la cautividad, algunos profetas falsos, como Acab y Semeías, y algunos pecadores envejecidos en dias malos, como los viejos de Babilonia; lo que quiere decir es que el pueblo en general guardaba la ley, y que la idolatría no volvió á mancharle con sus inmundicias. Hecha esta breve reseña del espíritu de los cautivos en el tiempo de su cautividad y del modo admirable con que la divina Providencia les volvió á la tierra de sus padres, entremos en la historia del cautiverio.

Se establecen los cautivos en la Caldea.

Nabucodonosor dió á los cautivos tierras para que las cultivasen y se mantuviesen con sus frutos y facultad para edificar casas y establecerse, pero los falsos profetas, que no cesaban de pronosticarles que luego volverian á la Judea, resistian que se estableciesen fuera de su patria; mas sabiendo estos por Jeremías que la cautividad habia de durar setenta años, y que el Señor queria que edificasen casas y las habitasen, que cultivasen huertos y comiesen sus frutos, y que se casasen y casasen sus hijos y no fuesen pocos en número, se aprovecharon de la generosidad de Nabucodonosor y se establecieron en la tierra de su cautividad hasta que se cumpliese el tiempo que el Señor habia señalado y los volviese á su patria. Bran sin disputa los Judíos mas laboriosos que los guerreros babilonios, mas industriosos y mas hábiles, particularmente en el comercio, y de costumbres muy enteras, y todo esto les proporcionó fijar sus establecimientos y atraerse la estimacion de sus señores. Cuando seguian fi-

jando y extendiendo sus posesiones, hubo una mudanza que no dejó de causar á la mitad de los cautivos algun trastorno.

Pasan como una mitad á la Persia.

Á los tres años despues de completa la cautividad, conquistó Nabucodonosor la Elemaida y la Susiana, que eran dos provincias grandes de la Persia, y como su máxima era cambiar los habitantes de los países que conquistaba, envió los de estas dos provincias á la Judea que estaba casi enteramente desierta y las pobló con la mitad de los cautivos que tenia en Babilonia. Por este cambio se vieron los que envió á la Persia privados de sus establecimientos y precisados á formarlos de nuevo en el país adonde fueron enviados, y en el cual Nabucodonosor les concedió tierras como lo habia hecho en Babilonia. De este modo la cautividad quedó dividida en dos partes casi iguales é igualmente favorecidas por el Señor, pues que miraba á todos los cautivos con igual predileccion, y si concedia á la Caldea Danieles y Susanas, tambien concedió á la Persia Esteres y Mardoqueos.

DANIEL, TAMBIEN DE LOS PROFETAS MAYORES.

Nació Daniel en la ciudad de Beteron, de la tribu de Judá y de la estirpe real de David, y fué llevado á Babilonia por Nabucodonosor juntamente con el rey Joaquin, quedando en rehenes con otros muchos señores de Jerusalem, cuando se permitió á Joaquin volver á su corte, y pasando á la clase de cautivo luego que murió Joaquin, de quien era fiador. Daniel fué el héroe de los Judíos en Babilonia y el principal ministro de las misericordias de Dios sobre sus hermanos. En la tierna edad de catorce á diez y seis años (san Ignacio dice en la de doce) pro-



nuncio ya en Babilonia aquella célebre sentencia que libro a la casta Susana de la muerte, y con este hecho vamos a principiar la historia y prodigios de este gran profeta, pues aunque se refiere al fin de su libro, la edad en que sucedió pide que se ponga al principio. Á mas de que nos dice san Jerónimo que en las ediciones ordinarias de la *Biblia* se hallaba referida en el principio del libro de Damel, habiéndola colocado Teodocion en este lugar por razon de la edad que tenia el profeta cuando sucedió

HISTORIA DE SUSANA.

Habia, dice el sagrado texto, un varon que moraba en Babilonia y su nombre era Joaquin. Este casó con una oven llamada Susana, hija de Helcias, en gran manera hermosa y temerosa de Dios, porque sus padres, siendo justos, enseñaron a su hija segun la ley de Moíses. Era Joaquin muy rico y tenia un jardin arbolado contiguo á su casa. Concurrían á él los Judíos, porque era el mas respetable de todos. En aquel año fueron puestos por in ^{re} del pueblo do; viejos de aquellos de quienes dijo el Señor: La iniquidad salió de Babilonia de los viejos que eran jueces y que parecían gobernar el pueblo. Se juntaban estos en la casa de Joaquin, y allí venían á ellos todos los que tenían pleitos; y cuando el pueblo se habia retirado al medio dia, entraba Susana á pasearse en el jardm de su marido. Todos los dias la veían los viejos entrar y pasearse, y se encendieron en mal deseo. Perdiéron el sentido, dice el sagrado texto, y apartaron sus oios para no ver el cielo, ni acordarse de los juicios iustos.

Pintura exacta de tos pecadores, particularmente de los lujuriosos. Se avergüenzan de mirar al cielo, mansion de la pureza, y se olvidan de los justos juicios de Dios y de los castigos de su justicia. Entrambos fueron heridos del amor de Susana, y ninguno comunicó al otro su dolencia.

porque tenían vergüenza (no de que les viese Dios, cuyos justos juicios olvidaban) sino de que lo supiese el compañero, pero cada vez deseaban con mas ceguedad la ocasion de hallarla sola. Un dia cuando salian de la audiencia, se dijeron uno á otro : Vamos á casa, porque es hora de comer. Mas no era esto, sino el deseo que cada uno tenia de verse libre del compañero para lograr su depravado intento. Se despidieron y separaron uno de otro, pero llevando ambos un mismo fin, se volvieron á encontrar en el mismo sitio, y preguntándose la causa de aquel encuentro, se declararon mutuamente su mal deseo, y entonces de comun acuerdo determinaron el tiempo en que podrian hallarla sola.

Sucedió, pues, que, esperando la ocasion oportuna, se entraron en el jardin y se escondieron. Entró despues Susana como todos los dias con solas sus criadas y quiso bañarse en él, porque era el tiempo del estio. Andad, dijo á sus doncellas, y traedme óleo y unguentos y cerrad las puertas del jardin para bañarme. ¡ Tal era su recato que ni las criadas quiso que la vieran en el baño ! Ellas lo hicieron como se lo mandaba. Cerraron las puertas del jardin y salieron por un postigo á traer lo que habia ordenado, pero no sabian que los viejos quedaban dentro escondidos. Habiendo salido las criadas, vinieron los dos viejos corriendo á Susana y la dijeron : Cerradas estan las puertas del jardin : nadie nos ve : nosotros estamos enamorados de tí : condesciende con nosotros, porque si no quisieres condescender, testificaremos contra tí, diciendo : que estaba contigo un mancebo, y que para estar con él despachaste las criadas. Toda temblando Susana arrojó un profundo gemido, y dijo : Angustias me cercan de todas partes, porque si lo hiciere, muerte es para mi (alma), y si no lo hiciere, muerte es para mi (cuerpo), porque no me libraré de vuestras manos y moriré apedreada como adúltera ; pero mejor me es caer en vuestras manos (y morir inocente) que pecar delante del Señor. (Este es el deber de todos los hombres : mo-

rir antes que cometer el delito contra su Dios y en su presencia).

Aqui la casta Israelita gritó con todas sus fuerzas implorando socorro : pero gritaron tambien los viejos contra ella ; corrió uno y abrió las puertas del jardin, y cuando los criados de la casa de Susana oyeron los gritos, vinieron corriendo por el postigo á ver lo que sucedia, y encontraron á su ama entre los dos viejos acongojada y sin decir una palabra ; pero aquellos hombres perversos supieron calumniar tan completamente á la inocente, que sus criados quedaron en extremo avergonzados y solo pudieron decir : que jamás se habia dicho cosa semejante de su ama. Concluida esta escena traidora, Susana, sostenida por sus criadas, se retira á su casa, donde, bañada en lágrimas, pone en manos de su Dios el suceso de su causa, y los impostores van á las suyas á ocuparse del modo de ocultar para siempre su infame maldad, procurando que muriera el único testigo de ella, que es Susana. Tenia esta tan acreditada su virtud que nadie de su familia pudo mirarla como culpada. Sus parientes acudieron á consolarla, sus padres mezclaron sus lágrimas con las de su querida hija, y su marido la procuró consolar cuanto pudo protestándola su eterna confianza, y si la vida y la honra de Susana hubieran pendido de él, en niugunas manos las habria podido tener mas aseguradas ; pero se trataba de un adulterio, la ley condenaba á muerte á la adúltera y debia morir apedreada por el pueblo una vez que llegara á probársela.

El dia siguiente vino el pueblo segun lo tenia de costumbre á la casa de Joaquín, y tambien acudieron los dos viejos llenos de intentos inicuos contra Susana para condenarla á muerte, y luego dijeron : Enviad por Susana, hija de Helcias y mujer de Joaquín, y al punto la trajeron. Era Susana en extremo delicada y de grande hermosura, y venia cubierta con un velo y acompañada de sus padres, sus hijos y todos sus parientes. Mas aquellos malvados (á pretexto de respeto debido al tribunal)

mandaron que la descubriesen para, á lo menos así, saciarse de su hermosura. Al ver á Susana descubierta no solo lloraban sus padres y parientes, sino todos cuantos la conocian. Entonces levantándose los dos viejos en medio del pueblo pusieron sus manos sobre la cabeza de Susana (segun ordenaba la ley á los acusadores y testigos), y ella llorando, levantó sus ojos al cielo, porque en el Señor tenia puesta su confianza. Aquí principiaron los impostores la relacion de sus falsos testimonios. diciendo : Estábamos nosotros paseando solos en el jardin, y entró esta con dos criadas, cerró las puertas, envió fuera las criadas, y luego vino un mancebo que estaba escondido y se fué á ella. Nosotros que estábamos en un ángulo del jardin, al ver la maldad, corrimos adonde estaban, mas no pudimos prender al mancebo porque era mas fuerte que nosotros, y abriendo la puerta, se echó fuera de un salto; pero prendimos á esta, y habiéndola preguntado quién era el mancebo, no quiso declarararlo. De este hecho somos testigos. Creyóles la multitud como á ancianos y jueces del pueblo, y la condenaron á muerte.

Escuchó Susana su sentencia y no trató de quejarse de los hombres, pero se dirigió al Señor (y para que oyesen todos su inocencia y nadie tomase mal ejemplo) exclamó en alto voz : Dios eterno, que conoceis las cosas escondidas, que sabeis todas las cosas antes que sean hechas, vos sabeis que han levantado contra mí un falso testimonio y que muero sin haber hecho cosa alguna de cuantas estos han inventado contra mí. Oyó el Señor su oracion, pero los hombres no atendieron á su declaración, y en seguida la ataron como rea convencida de adulterio, y la llevaban al suplicio... cuando hé aquí que de repente un jovencito, inspirado por el Señor, principió á gritar y dar grandes voces, diciendo : Limpio estoy yo de la sangre de esta (mujer). Era este joven Daniel, que levantaba su voz por primera vez en defensa de la inocencia oprimida y de la justicia ultrajada.

¿Qué palabras son esas que has dicho, le preguntó todo el pueblo volviéndose á él; y puesto Daniel de pié en medio de ellos y esforzando su voz cuanto pudo, les dijo : ¿Tan insensatos sois, hijos de Israel, que sin forma de juicio y sin conocimiento de la verdad habeis condenado á una hija (de Judá)? Volved y juzgadla de nuevo, porque lo que han dicho contra ella es un falso testimonio. Volvióse, pues, todo el pueblo con aceleracion por un impulso superior al lugar de donde habian salido, y sentándose los ancianos del pueblo, dijeron á Daniel : Ven y siéntate en medio de nosotros é indícanos (lo que el Señor te ha comunicado), porque Dios te ha dado el honor de la ancianidad. Y les dijo Daniel : Separad (los dos acusadores) uno lejos de otro, y yo los examinaré. Cuando estuvieron separados llamó al uno y le dijo : Envejecido en dias malos (tan viejo en la maldad como en los años), ahora han caido sobre ti los pecados que cometias antes, pronunciando juicios injustos, oprimiendo á los inocentes y dejando libres á los culpados, sabiendo que dice el Señor : No matarás ni al inocente ni al justo. Ahora bien, si la viste, ¿debajo de qué árbol los viste hablando entre sí? Y respondió : Bajo de un lentisco; y dijo Daniel : Rectamente has mentido sobre tu cabeza. Hé ahí, pues, el ángel del Señor que, recibiendo de él la sentencia, te dividirá por el medio. Y habiendo hecho retirar á este, mandó venir al otro y le dijo : Raza de Canaan y no de Judá, la hermosura te engañó y la concupiscencia ha revuelto tu corazon. Así haciais á las hijas de Israel y ellas por miedo hablaban con vosotros, mas la hija de Judá no sufrió vuestra maldad. Ahora, pues, dime ¿bajo de qué árbol los sorprendiste hablando entre sí? Y dijo : Bajo de una encina. Rectamente has mentido también tú sobre tu cabeza, y el ángel del Señor permanece con espada en mano para partirte por medio y mataros á ambos. Descubierta la impostura por los mismos impostores, todo el pueblo exclamó y puso su voz en el cielo, bendiciendo á Dios

que salva á los que esperan en él. Como Daniel les habia convencido por su boca de que habian levantado un falso testimonio (á Susana) todos se levantaron contra los dos viejos, y les hicieron el mal que ellos habian querido hacer á su prójimo. Desataron á la inocente Susana, ataron á los impostores, les llevaron al lugar del suplicio y les apedrearon, acabando los criminales su vida con aquel mismo género de muerte que iban á dar á la inocente, y cumpliendo así los hijos de Israel con la ley del talion, ordenada por el Señor á su pueblo. Daniel, de quien se habia servido el Señor para defender la inocencia, fué colmado de alabanzas y bendiciones, se le hicieron todo género de honores, y desde este dia se adquirió una estimación que no solo no perdió jamás, sino que la aumentó siempre con su santa y portentosa vida, como iremos viendo en su historia.

Susana, esta segunda Judit, tan esforzada y valerosa en defender la virtud de la pureza y la fidelidad conyugal, como aquella el honor de su nacion y la religion de sus padres... Susana, este modelo de casadas y solteras, de jóvenes y ancianas, que habia preferido su conciencia á su honra y á su vida... Susana, esta víctima de la virtud que caminaba no libre como Isaac, sino atada como rea, ni á ser sacrificada como este hijo de Abrahám sobre el altar del honor erigido por la obediencia, sino en un lugar de ignominia cual pedia un adulterio... Esta fiel esposa del honorable Joaquin, esta hija del piadoso Helcias, vuelve por una mirada de la bondad del Señor (bendito sea eternamente) de la puerta del sepulcro al seno de su amado esposo, á los brazos de sus queridos padres, á recibir en su regazo sus tiernecitos hijos... ¡Ah! no hay pluma que pueda escribir el gozo, el enjenamiento de esta noble y piadosa familia. Se reunen en su casa todos sus parientes, la rodea todo el pueblo y resuenan por todas partes las alabanzas á Dios, que vuelve por la inocencia, los parabienes á Susana... Y Susana desde este dia, para siempre memorable, es la

gloria de Judá, la alegría de Israel, la honra del cautiverio, la corona de las hijas de Jacob, y una de las mujeres fuertes que alaba el Espíritu Santo en los *Proverbios*.

CONTINUA LA HISTORIA DE DANIEL.

Es elegido con tres compatriotas para ser instruido en el palacio de Nabucodonosor.

Despues del suceso de Susana tan glorioso para Daniel, aconteció que Nabucodonosor, viéndose el monarca mas poderoso del oriente, quiso tener tambien una corte la mas ostentosa de todas las de aquella parte del mundo, y creyó que una reunion de jóvenes escogidos entre las familias de los reyes tributarios ó cautivos, que se eriasen en su real-palacio, comiendo de su mesa y recibiendo una instruccion fina y esmerada, para servirle despues en rededor de ella, contribuiría mucho á la ostentacion que deseaba. Con este fin mandó á Asfenex, prefecto de los principales sirvientes del rey, que tomase tambien de los hijos de Israel, y de la descendencia de sus reyes y grandes, jóvenes en los que no hubiese mancha, que fuesen de presencia decorosa, instruidos, hábiles en ciencia, doctos en disciplina, y en fin tales que mereciesen estar en el palacio del rey, para que en él se les enseñasen las letras y la lengua de los Caldeos. Les señaló raciones diarias de los manjares que él comia, y vino de lo que él bebia, para que, mantenidos é instruidos así por tres años, pudiesen despues servir en su presencia. En cumplimiento de esta voluntad del monarca fueron escogidos de entre los hijos de Judá Daniel, Ananias, Misael y Azarías, á los que el prefecto mudó los nombres y llamó á Daniel Baltasar; á Ananias, Sidrac; á Misael, Misac; y á Azarías, Abdenago.

Se excusa de comer las viandas de la mesa del rey.

Temo Daniel que entre los manjares que les trajesen de la mesa del rey, viniesen algunos prohibidos por la ley de Moisés, ú ofrecidos á los ídolos, y propuso en su corazon no mancharse con los manjares de la mesa del rey ni con el vino de su bebida. Rogó, pues, al prefecto, que para no contaminarse (segun su ley) les diese otros manjares, y el Señor concedió gracia á Daniel y halló benevolencia delante del prefecto, pero este temió condescender y dijo: Temo que si el rey mi señor (que os ha señalado la comida y la bebida) viere vuestros semblantes mas descoloridos que los de los otros jóvenes (que viven en palacio con vosotros) condenaréis mi cabeza á la espada del rey, y no condescendió; mas Daniel no se desanimó por esta negativa, y confiando en el Señor, se dirigió á Malasar, subalterno de Asfenez y encargado mas inmediato de su alimento y el de sus tres compañeros, y le dijo: Te ruego que hagas prueba con nosotros por diez dias, dándonos legumbres á comer y agua á beber, y que contemples despues nuestros semblantes y los de los jóvenes nuestros coetáneos, que comerán en este tiempo de la vianda del rey, y segun vieres, harás con tus siervos. Oida por Malasar esta proposición, hizo prueba con ellos por diez dias, y cuando hubieron pasado estos, se vieron sus semblantes mas hermosos y ellos mas corpulentos que todos los jóvenes que habian comido de la vianda del rey. Malasar quedó convencido y asombrado y siguió dándoles legumbres y agua, resultándole al mismo tiempo un no pequeño beneficio en pago de su condescendencia, porque tomaba para sí las viandas y el vino que habian de comer y beber y que debian valer sin comparacion mas que las viandas que les daba.

Pero el Señor no solo concedió á los fieles observadores de su santa ley el prodigio de crecer, engrosar y

ponerse mas encarnados y hermesos con unos alimentos de tan poca sustancia y que naturalmente debian ocasionar la flaqueza y palidez, sino que les dió ciencia, inteligencia y sabiduría para leer todo libro, y á Daniel en particular el don de explicar las visiones, conocer los sueños misteriosos é interpretarlos. Cumplidos los tres años que habia señalado Nabucodonosor para la instruccion en las letras y lengua del pais, los llevó el prefecto Asfenez á su presencia, y habiéndolos examinado el rey, no encontró otros, entre todos los que se criaban é instruían en palacio, como Daniel, Ananías, Misael y Azarías. Cuanto les preguntó el rey de sabiduría é inteligencia á tanto respondieron, de modo que halló que excedian diez veces sobre todos los magos, adivinos y maestros que habia en su reino, y desde aquel dia quedaron en palacio al servicio del rey. Tal fué el principio de la elevacion de Daniel, que siempre iba en aumento, y que á motivo de un sueño le colocó en Babilonia sobre una altura semejante á la de José en Egipto.

Sueño de Nabucodonosor.

La conquista que hizo Nabucodonosor de una gran parte de la Persia, adonde, como hemos dicho, envió la mitad de los cautivos Israelitas, le pareció la mejor que habia hecho, y quiso que desde aquella época se principiasen á contar los años de su imperio. En el año segundo, segun este nuevo modo de contar, vió Nabucodonosor un sueño y fué consternado su espíritu, y el sueño huyó de él. Despertó amedrentado, y luego mandó convocar los adivinos, magos, hechiceros y astrólogos para que le manifestasen el sueño, y les dijo: He visto un sueño; y perturbado mi entendimiento, no sé lo que vi. Vive, ¡ó rey! eternamente, respondieron. Decid el sueño á vuestros siervos, darémos interpretacion. Se me olvidó lo que era, dijo el rey, y si no me manifes-

tareis el sueño y lo que significa, vosotros pereceréis y vuestras casas serán puestas al público; mas si me dijereis el sueño y lo que significa, tendréis de mí premios y dones y grande honor. Mostradme, pues, el sueño y su interpretacion. Mas ellos respondieron segunda vez: Diga el rey á sus siervos el sueño, y daremos su interpretacion. Ya veo yo, dijo el rey, que andais alargando el tiempo de la interpretacion, porque sabeis que se me ha olvidado el sueño. Si, pues, no me manifestáreis el sueño, solo creeré de vosotros que habeis compuesto una interpretacion falaz y llena de engaño para entretenerme con palabras y salir del paso. Así, pues, decid mi verdadero sueño, para que yo sepa que tambien me daréis una interpretacion verdadera. No hay hombre sobre la tierra, respondieron, que pueda cumplir vuestro mandato, ni rey alguno, por grande y poderoso que sea, que mande tal cosa á algun adivino, ni mago, ni astrólogo, porque solo pueden declararlo los dioses que no tienen trato con la tierra.

El Señor le revela á Daniel.

Al oír esto el rey, mandó, lleno de furor, que matasen á todos los adivinos, magos, hechiceros y astrólogos de Babilonia, que llamaban los sábios de Babilonia, y publicada la sentencia, principiaron á hacerlos morir. Tambien Daniel y sus compañeros, á los que confundian con los adivinos, eran buscados para matarlos. Entonces Daniel, revestido del valor de profeta, se presenta á Arioc, príncipe de la guardia del rey, que habia salido para matar á los sábios de Babilonia, pregunta por la ley y la sentencia, y habiéndole dicho Arioc lo que habia, sin mas detenerse se dirige á la audiencia del rey y con el respeto que se debe al trono, le dice y le ruega que le conceda algun tiempo, y que él dará la solucion. El rey condescendió con mucho

contento, y Daniel se retiró á su habitacion y dijo á sus compañeros lo que pasaba y el compromiso en que se encontraban, para que pidiesen con él al Señor que por su piedad y misericordia le revelase este arcano y no perciesen con los otros sábios de Babilonia. Todos se postraron en la presencia del Dios del cielo y rogaban con ansia que se dignase mirar por sus siervos cautivos, á quienes iban á resultar grandes bienes, ó grandes males de esta declaracion, y que lo hiciese por el honor de su santísimo Nombre, que con ella sería venerado y ensalzado entre los mismos idólatras... mas cuando se hallaban en lo mas fervoroso de su oracion, vio de repente Daniel en la oscuridad de la noche el sueño del rey y su interpretacion. Entonces, absorto Daniel, bendijo al Señor y exclamó: Sea el Nombre de Dios bendito en los siglos de los siglos, porque del Señor son la sabiduría y la fortaleza. El Señor muda los tiempos y las edades, traslada los reinos y los constituye, da sabiduría á los sábios y ciencia á los inteligentes, revela lo profundo y escondido, y ve todas las cosas que estan en tinieblas, porque la luz está en él. Á vos, Dios de nuestros padres, os doy gracias y alabo porque me disteis sabiduría y fortaleza; y porque ahora me habeis descubierto lo que os estábamos pidiendo, que era el sueño del rey y su interpretacion.

Daniel le declara á Nabucodonosor.

Rendida al Señor esta fervorosa accion de gracias por haber manifestado el sueño del rey y su interpretacion, salió Daniel á verse con Arioc, á quien habia dado el rey el encargo de matar á los sábios de Babilonia, y le habló de esta manera: No mates á los sábios de Babilonia. Llévame á la presencia del rey y yo daré al rey la solucion (que desea). Arioc llevó luego á Daniel á la presencia del rey que rodeado de su corte

le esperaba con inquietud y con ansia). Y bien, pregunto presuroso el monarca á Daniel, ¿crees tú que podras decirme con verdad el sueño que ví y su interpretacion? Y dijo Daniel: El misterio que ha preguntado el rey no se le pueden declarar los sábios, magos, adivinos ni aruspices; mas hay un Dios en el cielo que revela los misterios, el cual te mostró. ¡ó Nabucodonosor! las cosas que han de venir en los últimos tiempos. Tu sueño y las visiones de tu cabeza en tu cama eran así: tu, ¡ó rey! principiaste á pensar lo que habia de suceder despues de estas cosas, y el que revela los misterios te mostró las que han de venir. Á mí tambien **me reveló** este arcano, no porque haya más sabiduría en mí que en todos los que viven, sino para que acordase al rey su sueño y le hiciese una interpretacion clara de él (lo que voy a cumplir en este momento). Al oír el rey y su corte semejante propuesta, fijaron los ojos en Daniel para no perder ni una sola palabra, ni un solo acento, ni el menor movimiento.

Declara Daniel el sueño de Nabucodonosor.

Tú, ¡ó rey! veías como una estatua grande. Aquella estatua grande y de mucha altura estaba derecha en frente de tí, y su mirar era terrible. Su cabeza era de oro muy puro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de cobre, las piernas de hierro, y parte de los piés era de hierro y parte de barro. Tú la estabas mirando con suma atencion, cuando hé aquí que se desprende del monte una piedra sin manos (que la empujen) y hiere a la estatua en sus piés de hierro y de barro y los desmenuza. Entonces el cobre, la plata y el oro, todo cae, se deshace, se reduce á tamo que lleva el viento, como el de una era en verano, y no parecen mas; pero la piedra que habia herido á la estatua se hizo un gran monte y llenó toda la tierra. Este es el

sueño, dijo, al rey el profeta. Oye ahora su interpretacion. Aquí se aumentó, si podia aumentarse, la atencion de la corte y en particular la del rey, que habia oído contar todo su sueño en todo y por todo como él le soñó.

Le interpreta.

Tú eres, dijo el profeta, entrando en la interpretacion, tú eres el rey de los reyes, y el Dios del cielo te ha dado el reino, la fortaleza, el imperio, la gloria, los lugares en que moran los hijos de los hombres, las bestias del campo y las aves del cielo... todo lo ha puesto bajo de tu poder. Tú (tu reino), pues, es la cabeza de oro. Despues de él se levantará otro reino de plata, menor que el tuyo, y otro tercero de cobre que mandará á toda la tierra. El cuarto reino será como el hierro, porque así como este desmenuza y doma todas las cosas, así desmenuzará y quebrantará á todos estos (tres reinos); y lo que viste de los piés y los dedos, una parte de barro y otra de hierro (es que) el reino será dividido, el cual sin embargo tendrá siempre su origen de la vena de hierro. Segun lo que has visto de hierro mezclado con barro cocido, el reino será en parte firme y en parte quebradizo (y los reinos en que se dividirá) se mezclarán por medio de parentelas, pero no se unirán, así como el hierro no puede unirse con el barro cocido. Mas en los dias de aquellos reinos levantará el Dios del cielo un reino que jamás será destruido, y este reino de Dios no será entregado á otro pueblo, pero quebrantará y acabará con todos estos reinos (que van mencionados) y él permanecerá eternamente. Segun lo que viste que del monte se desprendió una piedra sin manos (que la empujasen) y desmenuzó el barro y el hierro y el cobre y la plata y el oro... (en esto) el Dios grande mostró al rey las cosas que han de venir despues. Y concluyó el

profeta diciendo : El sueño es verdadero y su interpretación es fiel.

Cumplimiento de la interpretación de Daniel

La admiración de Nabucodonosor y su corte debió ser extrema al oír tantos arcanos, tantas maravillas y tantas cosas que habían de suceder en los tiempos futuros. Mas nosotros que vivimos después que han sucedido, y cuya noticia nos ha traído la historia de aquellos tiempos, debemos maravillarnos mucho más que ellos, y tener una satisfacción muy cumplida al ver reducido á hechos históricos este anuncio asombroso de las monarquías mayores que vió el universo. Por lo mismo antes de pasar adelante, vamos á dar una breve noticia del orden y modo con que se han ido verificando de siglos en siglos los sucesos anunciados en esta gran profecía, que con tanta razón puede llamarse *la profecía de los imperios*.

Para castigar al infiel Israel había dado el Señor á Nabucodonosor el imperio más fuerte de aquellos tiempos. Poseía, cuando tuvo este sueño misterioso, la Babilonia, la Asiria, gran parte de la Persia, la Judea y las provincias vecinas. Tal era el glorioso imperio figurado en la cabeza de oro. Á este había de suceder, y en efecto sucedió, el de los Medos y Persas, menos glorioso que el de los Babilonios, y á este representaban el pecho y brazos de plata. Siguió el imperio griego, ó de Alejandro Magno, representado en el vientre porque todo lo devoraba, en los muslos por la rapidez de sus conquistas, y en el cobre por sus armaduras de cobre que todo lo resistían, y sus armas también de cobre (que eran las de aquellos tiempos) que todo lo conquistaban. El cuarto imperio fué el de los Romanos, representado en las piernas, pero piernas de hierro que habían de seguir y siguieron á los muslos de cobre de los Griegos; y que así como el hierro por su dureza todo lo doma, rompe y

quebranta, así los Romanos todo lo domaron, rompieron y quebrantaron. También fué representado en los pies de hierro y de barro cocido por sus alianzas y rompimientos, porque así como el hierro y el barro cocido no pueden unirse sin romperse el barro, así lo fuerte y lo flaco no pudieron unirse sin que el fuerte dominase al flaco ó rompiese la alianza.

Á estas cuatro grandes monarquías, que formaban la terrible estatua, había de seguir un reino, que levantaría el Dios de los cielos; que acabaría con estas monarquías; que no pasaría de un pueblo á otro pueblo, y que nunca jamás se destruiría, sino que sería firme y eterno; y esto es justamente lo que se ha verificado y ha de verificarse en el reino que levantó Jesucristo, rey de los cielos, fundando su Iglesia, que acabó con estas monarquías idólatras, ó más bien con la idolatría de estas monarquías; que no pasa de un pueblo á otro pueblo, porque es el reino de todos los pueblos; que jamás será destruido porque jamás prevalecerán contra él las puertas del infierno, y que será firme y eterno, primero en la tierra y después en el cielo. Y este reino sobre todos los reinos, fué representado en la piedra que bajando del monte sin manos, desmenuzó el barro, el hierro, el cobre, la plata y el oro, y se hizo un monte tan grande que llenó todo el universo. Tal es en compendio el cumplimiento de la profecía de los imperios. Pero volvamos á Nabucodonosor y su corte.

Elevación de Daniel y sus compañeros.

Asombrado el monarca al oír los portentos que Daniel revelaba, cayó sobre su rostro á los pies del profeta, le miró superior á todos sus dioses, le adoró, y mandó que se le ofreciesen incienso y víctimas; pero Daniel, como el ángel de la *Apocalipsis*, todo lo resistió, advirtiendo al monarca : que solo al Dios altísimo podían rendirse las

adoraciones, sacrificarse las víctimas y ofrecerse los inciensos. Vuestro Dios, dijo aquí Nabucodonosor á Daniel, vuestro Dios es verdaderamente el Dios de los dioses, el Señor de los reyes y el que revela los misterios, por cuya revelacion pudiste tú describir este arcano. Entonces el rey ensalzó á Daniel á muy grande altura, le hizo muchos magníficos regalos, y le constituyó, como Faraon á José, príncipe sobre todas las provincias de su imperio, y presidente de todos los magistrados y sobre todos los sábios de Babilonia. Daniel suplicó á Nabucodonosor que estableciese sobre las obras de la provincia de Babilonia á Sidrac, Misac y Abdenago, personas de toda su confianza, y así lo hizo el rey, y Daniel como primer ministro no se apartaba del lado del monarca.

Prosperidad de su nacion.

Con este motivo y en este tiempo fué propiamente cuando los cautivos principiaron á gozar de los mismos sueros que los que les habian cautivado, y aun á serles en cierto modo superiores, teniendo un hombre de su nacion en el primer puesto del reino, y en la primera estimacion del monarca. Daniel daba al rey consejos de prudencia y gobernaba con grande acierto. Sus tres compañeros llevaban en el mejor orden las obras de la provincia de Babilonia, y los hijos de la cautividad se comportaban con fidelidad y honradez, sin que se les viese abusar jamás de la proteccion y particular aprecio que el rey les dispensaba.

Lo que hace la envidia.

Así pasaron como unos cuatro años, pero en este tiempo la envidia que al principio apenas se percibia, habia tomado mucho aumento y ya no podia ver con

ojos pacíficos á los hijos de una nacion extranjera y cautiva ocupando los primeros puestos del reino. En la sabia y prudente administracion de Daniel y sus compañeros no pudieron hallar ni motivo ni medio para derribarlos, y solo les quedó el de buscarle en la diferencia de su religion. En este se fijaron, y por un modo infernal vinieron á conseguirlo. Persuadieron á Nabucodonosor, segun se colige del famoso suceso que vamos á referir, que su misterioso sueño merecia una memoria magnífica, y que para esto se hiciese una estatua tan desmedida como la que se le habia presentado en el sueño; que fuese de oro no solo la cabeza sino toda entera de piés á cabeza; que se dedicase á su ídolo favorito, ó á su persona; que se citase á una solemnidad pomposa y magnífica, y que en ella todos, especialmente las primeras personas del reino, adorasen la estatua. Nabucodonosor, aunque testigo de las maravillas que habia revelado el Dios de los cielos, sin duda creyó, como todos los adoradores de muchos dioses, que podia hacer obsequios á los demás dioses que adoraba, sin que se diese por ofendido el Dios de las maravillas, y prefirió el de su devocion al Dios de Daniel, ó quizás en su soberbia creyó que él tambien, siendo el mayor monarca del mundo, podia ser adorado como los dioses.

Estátua de Nabucodonosor y su adoracion.

Mas sea lo que fuere de esto, Nabucodonosor mandó hacer la estatua de oro de sesenta codos (treinta varas) de altura, y seis (tres varas) de anchura, y colocarla en el campo de Dura, situado en la provincia de Babilonia, donde Sidrac, Misac y Abdenago eran prepósitos de las obras. Luego que fué colocada, dió orden el rey para que en el dia preciso que se designaba en ella, se hallasen en el campo de Dura los sátrapas ó gobernadores, los magistrados, jueces, capitanes, grandes señores, pre-

fectos y todos los principales de las provincias á celebrar la dedicacion de la estátua. Todos concurrieron y con ellos un inmenso pueblo. Todos estaban de pié delante de la estátua cuando clamó un pregonero con todas sus fuerzas, diciendo : Á vosotros, pueblos, tribus y lenguas : en la hora que oyéreis el sonido de la trompeta... y de todo género de instrumentos músicos, adorad postrados la estátua de oro que ha hecho levantar el rey Nabucodonosor, pues todo aquel que no la adorare postrado, en la misma hora será arrojado en un horno de fuego ardiendo; y luego que los pueblos, tribus y lenguas oyeron el sonido de la trompeta y de todo género de instrumentos músicos, postrándose todos, adoraron la estátua.

Los tres jóvenes hebreos se niegan á adorarla.

Solos Sidrac, Misac y Abdenago quedaron de pié en medio del inmenso concurso sin dar ni la menor señal de adorar á la estátua; y esta era precisamente la ocasion que con tanta habilidad como iniquidad habian preparado sus envidiosos. Todo el concurso les estaba viendo y no necesitaban prevenirse de pruebas sus enemigos para acusarlos delante del rey y lograr que muriesen ardiendo en el horno. Al momento se presentaron al rey, y dijeron : Viva el rey eternamente. Tú, ¡ó rey! has dado un decreto para que todo hombre que oyere el sonido de la trompeta y todo género de instrumentos músicos se postre y adore la estátua de oro, y que si alguno no la adora postrándose, sea echado en un horno de fuego ardiendo. Ahí estan esos hombres judíos, que pusiste sobre las obras de la provincia de Babilonia, Sidrac, Misac y Abdenago. Estos hombres, ¡ó rey! han despreciado tu decreto; no dan culto á tus dioses, ni adoran la estátua de oro que has levantado.

Entonces Nabucodonosor mandó enfurecido que le trajesen á Sidrac, Misac y Abdenago; los cuales fueron

luego llevados á la presencia del rey. ¿Es verdad, les preguntó Nabucodonosor, que no dais culto á mis dioses, ni adorais la estátua de oro que hice yo levantar? Ahora, pues, si estais dispuestos (á cumplir mi decreto), en cualquiera hora que oyéreis el sonido de la trompeta... y de todo género de instrumentos músicos, póstraos y adorad la estátua que he hecho, pues si no la adorareis, en la misma hora seréis arrojados en el horno de fuego ardiendo. ¿Y quién es el dios que os librára de mi mano? Al oír tan horrenda blasfemia estos amigos de Dios, no ya con temor ó con susto, sino con un género de enojo santo : No nos conviene, dijeron, responderte sobre esto; porque nuestro Dios, á quien adoramos, puede sacarnos del horno de fuego ardiendo, y librarnos, ¡ó rey! de tus manos; y si no quisiere, ten entendido, ¡ó rey! que no damos culto á tus dioses, ni adoramos la estátua que has levantado. Hablar de esta suerte y correr á la muerte era una misma cosa; pero en materia de religion portarse de otro modo, nada menos es que una infame apostasia, y no sellar en estos casos con su sangre el testimonio que se pide, es ser un soldado cobarde, un vil desertor de las banderas del cielo. Mas nada dejaron que desear á la religion estos fieles y valerosos Israelitas con su contestacion.

Son arrojados en un horno de fuego.

Al oírlo no quedó en sí Nabucodonosor, porque jamás hombre alguno se habia atrevido á resistir á su voluntad, ni aun á ponerse en su presencia sino temblando. Lleno de furor y mudado el semblante de cólera, echó una mirada feroz sobre Sidrac, Misac y Abdenago, y sin hablarles palabra, mandó que se encendiese el horno siete veces mas de lo que estaba, y que los soldados mas fuertes de su ejército los atasen y arrojasen en él. Luego encendieron el horno siete veces mas, como mandaba el

rey, y arrojaron en él atados de piés y manos á Sidrac, Misac y Abdenago con sus vestidos, turbantes, calzas y sandalias, porque la orden del rey apremiaba. Los que los echaron no cesaban de aumentar el fuego con leña, es-
topas, betun y pez, hasta que llegó á subir la llama cuarenta y nueve codos (veinte y cuatro varas y media) sobre el horno. Entonces se extendió rápidamente la llama y abrasó á cuantos halló cerca del horno. Los valerosos jóvenes Sidrac, Misac y Abdenago habian caido atados en medio del horno de fuego ardiendo; pero el angel de Dios bajó con ellos al medio del horno, sacudido de allí la llama é hizo que soprase en medio del horno un viento como de rocío y no les tocó de ningun modo el fuego, ni les afligió, ni les causó la menor molestia.

Se pasean en medio de las llamas del horno alabando al Señor.

Desatados de sus ligaduras por mano del ángel, se paseaban en medio de la llama (que les rodeaba y no les sofocaba) alabando á Dios y bendiciéndole, primero Azarias en nombre de todos, y despues todos como si no tuvieran sino una sola boca, entonaron, no al son del arpa sobre el monte Sion, sino en medio de un horno de fuego al ruido de llamas inmensas, el cántico mas hermoso de alabanzas de Dios que se lee en los Libros sagrados. Inflamados de un fuego de amor al Señor, mas vivo y ardiente que las llamas que les rodeaban, exclamaron en tono armonioso :

Bendito (1) seais, Señor, Dios de nuestros padres : *alabado y ensalzado en todos los siglos.*

Bendito sea vuestro santísimo Nombre : *alabado y ensalzado en todos los siglos.*

(1) Traducción compendiada y algun tanto libre.

Bendito seais en el templo santo de vuestra gloria : *alabado y ensalzado en todos los siglos.*

Bendito seais en el trono de vuestro reino : *alabado y ensalzado en todos los siglos.*

Bendito seais, Señor, que veis los abismos y estais sentado sobre querubines : *alabado y ensalzado en todos los siglos.*

Benditos seais en el firmamento del cielo : *alabado y glorificado en todos los siglos.*

Convidan tambien á todas las criaturas á que alaben al Señor.

Benedicid todas las obras del Señor al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid cielos al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid todas las aguas que estais sobre los cielos al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid todas las virtudes del Señor al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid sol y luna al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid estrellas del cielo al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid lluvia y rocío al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid espíritus del Señor al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid ardor y fuego al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid frio y calor al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid rocío y escarcha al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid hielo y nieve al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid noches y días al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid luz y tinieblas al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid nubes y relámpagos al Señor : *alabadle y glorificadle en todos los siglos.*

Bendiga la tierra al Señor : *alábele y ensálcele en todos los siglos.*

Benedicid montes y collados al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid todas las plantas que naceis en la tierra al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid fuentes al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid mares y rios al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid peces y todas las cosas que os moveis en las aguas al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid todas las aves del cielo al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid todas las bestias al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid hijos de los hombres al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid Israel al Señor : *alábele y ensálcele en todos los siglos.*

Benedicid sacerdotes del Señor al Señor : *alabadle y glorificadle en todos los siglos.*

Benedicid siervos del Señor al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid espíritus y almas de los justos al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.*

Benedicid Auanías, Azarías y Misael al Señor : *alabadle y ensalzadle en todos los siglos.* porque nos salvó

de la mano de la muerte, nos libró de en medio de la llama ardiendo y nos sacó de en medio del fuego.

Glorificad (todos) al Señor porque es bueno, porque su misericordia es en todos los siglos.

Benedicid todos los que sois temerosos del Señor al Señor, Dios de los dioses : *alabadle y confesadle* porque su misericordia es por todos los siglos.

Mas cuando estos serafines del horno de Babilonia, ardiendo en el amor de Dios, seguian bendiciendo y alabando al Señor y convidando á los cielos y á la tierra y a cuanto en ellos se contiene, á que le alabasen y glorificasen, fueron interrumpidos por un llamamiento de aquel mismo que habia mandado arrojarlos al horno, al que juzgaron que aun en aquel estado debian corresponder.

Nabucodonosor manda sacarlos del horno.

Cuando Nabucodonosor fué informado de lo que pasaba en el horno fué extremado su asombro, y queriendo asegurarse por sus mismos ojos de tantos prodigios, se encaminó apresuradamente al sitio del horno y se encontró con unos portentos que nadie habia presenciado en todos los siglos. Vió á los tres jóvenes Sidrac, Misac y Abdenago paseándose en medio del fuego sin recibir daño alguno, y además otro joven, tan superior á los tres, que le parecia semejante á un hijo de Dios. Dudando de lo mismo que estaba viendo, ¿pues qué? preguntaba en su asombro, ¿no arrojasteis atados á tres en el horno. Mas yo los estoy viendo desatado y paseando en medio del fuego, y veo además otro con ellos, y el aspecto de este cuarto parece de un hijo de Dios; y respondiendo al rey e dijeron : Asi es, ¡ó rey! Nabucodonosor no sabía qué hacer, ni que determinacion debia tomar. Mas al fin resolvió irse acercando hacia el horno, y cuando pudo ser oido, dijo : Fieles servidores del Dios excelso, salid v

venid; y luego desapareció el ángel, y salieron los tres jóvenes Sidrac, Misac y Abdenago de en medio del fuego. El rey y su corte, todos los sátrapas, todos los magistrados, todos los jueces, un inmenso pueblo... los contemplaban, y todos estaban asombrados al ver que ningun poder habia tenido el fuego sobre sus cuerpos; que ni un solo cabello de su cabeza se habia chamuscado; que sus ropas nada habian padecido, y que ni aun el olor del fuego se les habia pegado. Desde que Israel se posesionó de la tierra prometida no se habia visto un milagro mas ruidoso, ni, por decirlo así, un teatro mas estupendo. Parece que el Señor se complació en juntar todo el oriente al rededor del mayor monarca del mundo en las vastas campiñas de Dura, para que todos fuesen testigos de los portentos de su omnipotencia. Entonces Nabucodonosor exclamó fuera de sí: Bendito sea el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, que envió su ángel y libró á sus siervos de tanta firmeza que no sucumbieron al decreto del rey, y de tanta virtud que entregaron sus cuerpos á las llamas, por no servir ni adorar á dios alguno sino á su Dios solo. En vista de esto yo mando y decreto que todo pueblo y tribu ó cualquiera lengua que dijere blasfemia contra el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, perezca y su casa sea assolada, porque no hay otro Dios que así pueda salvar. Y ensalzó Nabucodonosor á Sidrac, Misac y Abdenago en los empleos de la provincia de Babilonia mucho mas que lo habian sido antes. Tal fué el resultado que tuvo la envidia que habia maquinado por tanto tiempo y con tanta sagacidad la ruina de estos tres virtuosos cautivos. Ella quedó avergonzada pero no extinguida, porque la envidia es una pasion tan tenaz que rara vez suelta el corazon de que se apodera, y nunca cesa de estarle mordiendo mientras le tiene en sus garras. El triunfar completamente de una pasion tan terrible, habria sido en cierto modo un milagro mayor que el del horno, porque parece mas fácil trastornar el orden de la naturaleza, que convertir un corazon envidioso.

No puede dejar de advertirse y causar novedad que no aparezca Daniel en el teatro de un suceso tan asombroso y cuya presencia parecia tan á propósito para sostener en tan dura pelea á sus compañeros, y hacer que se diese el honor y la gloria al Señor y triunfase la causa de sus queridos cautivos; pero los Libros santos ni vislumbrenos dan para hacer conjeturas. Podrá ser que el Señor quisiese hacer ver que su virtud no estaba limitada á obrar por Daniel y quisiese tambien ensalzar, como á aquel, á sus compañeros; pero esto es conjeturar y nada mas, porque no hay fundamentos. Mas, cualquiera que fuese el motivo de esta ausencia, los prodigios obrados por Dios en el campo de Dura no contribuyeron menos á sostener y aumentar el favor de Daniel para con Nabucodonosor, que á ensalzar á sus compañeros, asegurar la paz y dar mucha consideracion y libertad á los cautivos. Desde este tiempo se extendieron mucho por las provincias del imperio, aumentaron su comercio y ensancharon sus posesiones, sin que encontrasen obstáculos en los ministros del rey, que sabian muy bien la proteccion que Nabucodonosor dispensaba á Daniel, á sus compañeros y á la nacion entera, y esta situacion del cautivo Israel no se alteró en el resto del reinado de este gran monarca.

Otro sueño de Nabucodonosor.

Pasarian como unos ocho años en hacer Nabucodonosor las conquistas de los Estados vecinos á la Judea, y principalmente de Tiro, nacion belicosa, que le dió bastante que hacer por algunos años; pero al fin la rindió y volvió á Babilonia coronado de fama y lleno de gloria, donde fué recibido con tales aclamaciones que degeneraban en adoraciones. Entonces Nabucodonosor volvió á dejarse cegar por la soberbia, y así como el sueño de la estátua monstruosa le habia hecho ver la caída de

su gran monarquía, así ahora otro sueño le anuncia el castigo que de su soberbia va á hacer el Señor en su misma persona. Ocupado en contemplar su poder y grandeza, hinchado con sus triunfos, y sin ver en el mundo príncipe alguno que pudiese igualarse con él, ni aun asemejarse, mirándose sobre todos los hombres, y aun sobre todos sus dioses, tuvo un sueño y se fijó tan vivamente en su memoria, que por esta vez no fué necesario que se le recordasen. Le pareció que veía en medio de la tierra un árbol grande y fuerte y de altura tan extremada que con su copa tocaba en el cielo y se dejaba ver desde todos los términos de la tierra. Sus hojas eran muy hermosas y sus frutos muy abundantes. Bajo de él moraban las bestias del campo, y en sus ramas las aves del cielo. Para todos habia alimentos en él, y de él comia toda carne. Así estaba viendo en vision Nabucodonosor, cuando el velador y el santo (el santo ángel) bajó del cielo y clamó fuertemente: Cortad por el pié ese árbol, desgajad sus ramas, sacudid sus hojas, esparcid sus frutos, huyan las bestias de su sombra, y las aves de sus ramas, pero dejad en la tierra el tronco de sus raíces y sea atado con cadenas de hierro y cobre, entre las yerbas del campo, y bañado con el rocío del cielo, y tenga su pasto con las fieras en las yerbas de la tierra. Su corazón de hombre sea cambiado en corazón de fiera, y pase así siete tiempos (siete años). En sentencia de los veladores (los ángeles) y á petición de los santos fué así decretado para que conozcan los vivientes que el Excelso domina en el reino de los hombres, y que le dará á quien guste, y pondrá sobre él (si quiere) al último de los hombres.

Nabucodonosor habia mandado que viniesen á su presencia todos los sábios de Babilonia, les habia referido este sueño y pedido su interpretacion; pero los adivinos, magos, astrólogos y agoreros que componian los sábios de Babilonia, no dieron solucion á su sueño. Entonces vino á la presencia de Nabucodonosor el compañero Daniel, por otro nombre Baltasar, y Nabucodonosor

volvió á referir su sueño delante de él, y le dijo: Baltasar, príncipe de los adivinos, por cuanto yo sé que tienes el espíritu de los santos dioses, y que ningun arcano te es impenetrable, dime las visiones de mis sueños y su significado, porque todos los sábios de mi reino no han podido decir lo que significa. Daniel aquí se halló turbado de sus pensamientos y calló como una hora, por la pena que sentia en hacer al rey una declaracion tan dolorosa. Lo advirtió el rey, y le dijo: No te turbe mi sueño y su explicacion. Señor mio, dijo entonces Daniel, el sueño sea para los que os quieran mal, y lo que él significa para vuestros enemigos.

Su interpretacion.

El árbol que viste, sublime y robusto, cuya altura llegaba hasta el cielo, y que se dejaba ver desde todos los términos de la tierra, cuyos ramos eran tan hermosos, y cuyos frutos eran tan copiosos que lo mantenian todo, tanto á las bestias del campo que moraban á su sombra, como á las aves del cielo que habitaban en sus ramas... tú eres, ¡ó rey! que has sido ensalzado y hecho poderoso, creciendo tu grandeza hasta el cielo y tu poder hasta los términos de toda la tierra. Haber visto el rey al velador y al santo descender del cielo y decir: Cortad por el pié ese árbol y deshacedle, pero dejad en la tierra el tronco de sus raíces: sea atado con hierro y con cobre entre las yerbas y bañado con el rocío del cielo; y su pasto sea con las fieras hasta que pasen sobre él siete tiempos, acerca de todo lo dicho esta es la sentencia del Altísimo que ha venido sobre el rey. Te echarán de entre los hombres, y con las bestias y fieras será tu morada, comerás heno como buey y serás mojado del rocío del cielo (en tal estado) se moverán sobre tí siete tiempos hasta que conozcas que el Excelso tiene dominio sobre el reino de los hombres y le da á quien quiere. Haber

mandado que se reserve el tronco de las raíces del árbol, es que tu reino quedará para ti despues que hayas conocido que toda potestad es del cielo; por lo cual toma, ¡ó rey! mi consejo: redime con limosnas tus pecados y tus iniquidades, ejercitando la misericordia con los pobres. Puede ser que el Señor perdone tus pecados. Todos estos castigos vinieron sobre Nabucodonosor, pero no fué sino despues de un año.

Es creible que Nabucodonosor por lo menos principiase á practicar los consejos de Daniel; pero elevado sobre el trono desde su juventud, feliz siempre en sus guerras y conquistas, aumentado continuamente su poder, y subiendo cada vez á mas altura, se desvaneció, se dejó dominar de la soberbia en términos que esta pasión se le vino á convertir como en naturaleza, y si principió á dar algunos pasos por el camino de la humillacion, único para librarse del terrible golpe con que se le amenazaba, luego volvió piés atrás y se entregó, acaso mas que nunca, á esta pasión funesta. En vez de ejercitar su misericordia con los pobres y redimir sus pecados con limosnas segun el consejo del profeta, por si podia evitar el golpe terrible que le amenazaba, emprendió, acaso para olvidar el sueño y su significacion con los furoros de la guerra, una expedicion á Egipto y las naciones comarcanas. Salió de Babilonia con un ejército poderoso, y para su desgracia no hubo nacion que no se rindiese á sus fuerzas. Tomó los despojos de aquellos ricos países y se volvió á Babilonia, donde entró triunfante entre las aclamaciones de un pueblo inmenso. Triunfo fatal que acabó de atracer sobre el monarca aquel inaudito castigo con que estaba amenazado.

Su cumplimiento en la mudanza de Nabucodonosor al estado de bestia.

Doce meses habian pasado desde que Daniel declaró

á Nabucodonosor su sueño, el que los nuevos triunfos habian borrado de su memoria, cuando llegó el momento de tener cumplimiento la interpretacion que habia hecho el profeta. Babilonia habia sido edificada por Nemrod poco despues que la torre de Babel; Semiramis la aumentó considerablemente, y Nabucodonosor la habia adornado con edificios soberbios. Despues de su gloriosa campaña paseaba un dia en su palacio, y mirando la grandeza y hermosura de su corte, ¿por ventura, se decia á sí mismo, no es esta la gran ciudad de Babilonia que yo edificué para silla de mi reino con la fortaleza de mi poder y en la gloria de mi grandeza? Aun no habia acabado Nabucodonosor de pronunciar estas soberbias palabras, cuando vino de repente una voz del cielo diciendo: Contigo hablo, Nabucodonosor: tu reino va á pasar de ti. Vas á ser arrojado de la compañía de los hombres, y tu morada va á ser con las bestias y las fieras; comerás heno como un buey, y siete tiempos pasarán sobre ti hasta que reconozcas que el Excelso domina en el reino de los hombres y le da á quien es su voluntad. Apenas tuvo Nabucodonosor tiempo para oír su sentencia, en todo conforme á la que habia pronunciado Daniel, cuando empieza á cumplirse. Sobrecogido repentinamente de una manía furiosa, se persuade que es una bestia, siente en sí mismo las inclinaciones de un bruto; desgarrá sus vestidos; no vuelve á hablar; muge como un buey, y anda en cuatro piés.

Huye de su palacio á los montes y vive con las fieras.

Sale de su palacio y nadie le detiene, porque, ó no le conocen, ó ven que principia el cumplimiento de la interpretacion hecha por Daniel; huye de los hombres; se embosca en las malezas; come yerba como las bestias y las fieras, y en el dilatado espacio de siete años que duró esta trasformacion espantosa, recibe sobre sus des-

nudas carnes el rocío y la escarcha, el sol y la lluvia, todas las intemperies... se endurece su piel, crece el pelo como la crin del cuello de las águilas, y como sus alas cubre todo el cuerpo; se retuercen las uñas y se encorvan como las de las aves carnívoras. Vive con las fieras y corre por montes y valles con ellas... tal es el estado á que por su soberbia se ha traído reducido el monarca mas grande de su tiempo, el conquistador mas formidable, el domador de tantas naciones, el señor de tantas provincias y el soberano de tantos reyes. ¡Ah! si el Señor castigó esta pasión arrogante en este mundo de un modo tan terrible, usando de su misericordia, ¿cómo la castigará en el infierno, usando de su justicia?

Regencia en su ausencia.

Mientras que la soberbia de Nabucodonosor era castigada de un modo tan terrible, su reino era conservado de un modo especial por el mismo Señor que castigaba á su rey. Se cree que Evilmerodac, su hijo, ayudado de algunos señores principales, gobernó, como regente, el reino en todo este tiempo; pero lo que no admite duda es, que Daniel fué el ángel de paz que puso el Señor al frente del imperio para que no se dividiese en partidos ó sumergiese en guerras civiles al encontrarse repentinamente desamparado de su dueño.

Vuelve á su estado y conocimiento, adora al Altísimo y confiesa su omnipotencia.

Cumplidos los siete años en que había sido condenado Nabucodonosor á vivir como bestia para que reconociese que el Excelso es el dueño de los reinos y dispone de ellos, la manía cesa, la imaginación vuelve á su antiguo estado, los sentidos se recobran, Nabucodonosor

conoce que es hombre y se acuerda que es un rey castigado por su soberbia. Levanta sus ojos al cielo, bendice al Altísimo, alaba y glorifica al que vive eternamente, confiesa que su potestad es eterna, y su reino en todas las generaciones; que todos los moradores de la tierra son como la nada en su presencia; que hace segun su voluntad tanto en las virtudes del cielo, como en los habitantes de la tierra, y que no hay quien resista á su mano y le diga ¿porqué lo has hecho? Al acabar Nabucodonosor esta confesion del poder del Altísimo, confesion que era el fin á que se habia dirigido todo su castigo, se halló restituído enteramente á su antigua figura.

Vuelve á ocupar su trono y da un decreto para que todos adoren, bendigan y alaben al Señor.

Daniel, intérprete fiel del sueño del rey, contaba sus dias y veía venir el último con tanta certeza como los que ya habian pasado. Previno á la corte y á los magistrados, y todos salieron en medio de un pueblo inmenso á encontrar al monarca, repuesto ya, no solo en su figura y aseo, sino en su ropaje, ó por el profeta, ó por el ángel custodio del reino; le trajeron en triunfo á palacio; le colocaron en su antiguo trono, y le fué añadida mayor magnificencia. Entonces volvió á bendecir de nuevo al Señor, diciendo: Yo Nabucodonosor alabo, magnifico y glorifico al Rey de los cielos, porque verdaderas son todas sus obras, justos todos sus caminos, y tiene poder para humillar á todos los que andan en soberbia. Nada satisfacía al monarca en orden á manifestar al Señor su agradecimiento. Todas sus bendiciones y todas sus alabanzas y acciones de gracias le parecían nada, y á fin de que en todo su imperio se ensalzase, adorase y alabase al Dios de los portentos, hizo un decreto solemne en el que referia su soberbia,

su castigo, su estado de bestia, su vuelta al de hombre y su restablecimiento al trono, y le encabezaba con estas palabras: Yo Nabucodonosor rey, á todos los pueblos, gentes y lenguas que habitan el orbe, mucha y multiplicada paz. Portentos y maravillas has hecho el Dios excelso en mi presencia y en mí. Me complazco, pues, en publicar sus prodigios, porque son grandes, y sus maravillas, porque son fuertes, y en decir que su reino es eterno y su poder de generaciones en generaciones. Aquí seguía todo lo que dejamos referido. Así procuraba Nabucodonosor en su agradecimiento honrar al Omnipotente y dar al mundo entero un testimonio de su poder, su grandeza, su justicia y su misericordia.

Su muerte.

No duró ya mucho el reinado de Nabucodonosor despues que volvió á tomar las riendas del gobierno, pero se puede asegurar que nunca reinó mejor, ni con mayor gloria, porque reinó en paz y justicia. No volvió á sacar las armas fuera de su imperio, y solo cuidó de tenerlas prevenidas contra cualquiera que tocase sus términos, y esta conducta pacífica y firme le hizo las delicias de sus vasallos. Daniel, mas apreciado y honrado que nunca con la confianza y amistad de Nabucodonosor, cuidó sobre todo de sostenerle en su conversion, y Dios premió el celo de su profeta conservando al rey hasta la muerte en sus justas resoluciones. Llegó el término de los dias de Nabucodonosor dos años despues de haber vuelto á ocupar el trono, cumplido ya el veinte y cinco de la destruccion de Jerusalem y del templo, y hallándose en el cuarenta y cuatro de su reinado. Muchos santos Padres é intérpretes creen que la conversion de Nabucodonosor fué sincera y constante, y su penitencia verdadera, y de buena esperanza de su salvacion. El fué primero el instrumento de la Justicia

divina, y despues el blanco de las maravillas de su misericordia; y á la verdad, que si Nabucodonosor, á pesar del arreglo de los últimos años de su vida, no se salvó auxiliado de un profeta, no sé quién pueda contar con la salvacion de Salomon al ver el desarreglo de los últimos años de su vida, rodeado de mujeres alienígenas é idólatras. Pero al acercarnos á estos abismos de los juicios del Señor, solo nos toca adorarlos.

Le sucede Evilmerodac.

A la muerte del conquistador quedaron los cautivos en una situacion pacífica, y al parecer nada les restaba que desear sino sucesores como Nabucodonosor, hasta que se cumpliese el tiempo que el Señor habia señalado á su cautiverio. Ya no eran los hijos de Israel aquellos insolentes que volvian la espalda al Dios de sus padres, y corrian á postrarse á los piés de Baal y demás ídolos de las naciones; no eran los que atropellaban el pacto sagrado y pasaban sobre la ley santa á entregarse á las pasiones con el desenfreno que hemos visto; eran los fieles adoradores del Señor, y en cuanto se lo permitia su situacion, los mas celosos cumplidores de la ley que habia tenido el pueblo escogido hacia muchos años y aun siglos. Tan hermosa mudanza habia hecho en ellos la cautividad á que el Señor les habia entregado en su misericordia. Tampoco el Señor les miraba ni trataba ya como á unos rebeldes, sino como á unos hijos dóciles y sumisos. Esto hacia que gozasen de tanta paz y seguridad en tierra extraña.

Saca á Jeconias ó Joaquin de la cárcel y le honra en gran manera.

Evilmerodac, hijo y sucesor de Nabucodonosor, en

nada varió el aprecio que Daniel habia merecido á su padre, ni la proteccion que habia dispensado á los cautivos, antes bien añadió un acto muy notable de compasion y generosidad que le mereció el aprecio y aun el cariño de los hijos de Israel. Treinta y siete años habia que Jeconías, rey de Judá, vivia entre las cadenas sin que Nabucodonosor hubiese juzgado conveniente sacarle de ellas, por el recelo en que siempre vivió acerca de esta nacion, que le habia obligado á verter tanta sangre para conquistarla. Evilmerodac no entró en estos recelos, y creyó que seria glorioso al principio de su reinado ejercer con un rey cautivo y consumido en una prision de tantos años un acto propio de la grandeza de un monarca. Mandó que sacasen al rey de la cárcel, que le quitasen los vestidos de su prision y le pusiesen vestidos reales. Le destinó habitacion en su palacio, le dió asiento diario á su mesa, y le señaló bienes para llevar la decencia de su estado, y alimentos en abundancia para toda su familia por todos los dias de su vida. No quedó satisfecha con esto la generosidad de Evilmerodac. Nabucodonosor su padre habia subyugado muchos reyes y les habia concedido tronos y grandeza real para dar mayor realce á su corte. Evilmerodac quiso que Jeconías ocupase un trono que fuese el primero entre los que tenian los demás reyes que estaban con él en Babilonia, y le trataba hasta como un amigo. Tenia á la sazón Jeconías cincuenta y cinco años. En ellos solo habia reinado tres meses, siendo de diez y ocho, y desde aquella edad hasta ahora, que mediaron treinta y siete, habia estado sumido en la oscuridad de una prision en Babilonia.

Muerte de Evilmerodac y Jeconias.

No se sabe cuánto tiempo vivió despues que Evilmerodac le sacó de ella, porque nada vuelven á decir de

su vida los Libros santos, pero si no murió antes que su bienhechor, por lo menos no disfrutó mucho tiempo de su real mesa, porque Evilmerodac murió al año poco mas ó menos de haber empuñado el cetro que Nabucodonosor su padre le habia dejado en su muerte. Tambien Evilmerodac le dejó en la suya á su hijo Baltasar, que aun no se hallaba con la edad necesaria para reinar, por cuya causa el imperio de los Caldeos se halló en una segunda regeñcia á los tres años de haber cesado la primera con el restablecimiento de Nabucodonosor á su estado natural.

Regencia de Nitocris.

Nitocris, mujer de Evilmerodac, y madre de Baltasar, sucedió á su marido en el gobierno del reino, como regenta, en nombre y representacion de su hijo. Era Nitocris una princesa muy hábil, y segun resulta de la historia del reinado de Baltasar, amiga de gobernar, porque no solo manejó las riendas del imperio en el tiempo de la menor edad de su hijo, sino muchos años despues, hasta que Ciro, rey de los Medos, la obligó á soltarlas, despues de haberlas llevado veinte y cuatro años, y las trasladó á las manos de Baltasar su hijo, que mas bien que rey, habia sido un pupilo en todo este tiempo. Por lo que miraba á los Judíos establecidos en Babilonia y todo el imperio, Nitocris no hizo novedad, y los cautivos siguieron gozando de la misma paz, gracias y privilegios que antes, y si no juzgó necesario servirse de Daniel, tan querido en los reinados anteriores, porque tuviese ministros de su satisfaccion, y principalmente porque se juzgaba hábil para todo, por lo menos no dió á este grande hombre señal alguna de descontento, no le privó de alguno de sus honores, dignidades ni empleos, y solo no le ocupó en su desempeño.

Descanso de Daniel.

El Señor quiso conceder á Daniel algun descanso despues de tantas fatigas y dejarle tomar aliento para desempeñar los nuevos y pesados cargos que le esperaban. Daniel se retiró de la corte, cuyo bullicio sufría por cumplir la voluntad del Señor que le ponía en ella, y lo hizo tanto mas contento, quanto no veía que fuese ya necesaria allí su presencia para el bienestar de sus amados cautivos. Entre estos sus hermanos fué á gozar de paz y reposo hasta que quisiese el Señor sacarle de él para la ejecucion de sus designios. Sin embargo, en su retiro no estaba tan olvidado del gobierno que no le ocupase á la vez en serios negocios, pues nos dice él mismo, que habiéndose recobrado de una enfermedad, se ocupaba en los negocios del rey; pero no eran los cautivos de Babilonia los que necesitaban al presente de hombres extraordinarios. Establecidos sólidamente y hallándose en posesion de todas las ventajas que podían desear, no tenían necesidad del esplendor de los portentos para su paz y seguridad. La cautividad de Persia era la que en estos tiempos necesitaba los prodigios de la Omnipotencia para no perecer en un solo día, y conservarse en la paz que disfrutaba, hasta que llegase el tiempo de volver á su amada patria.

Mas para entender bien la serie de los grandes sucesos de Persia que vamos á referir, es necesario tomar de mas atrás, y reunida la historia de los monarcas que figuraron, no solo en la Media y la Persia, sino tambien despues en la Caldea hasta el fin de la cautividad. La Media y la Persia fueron aliadas en estos tiempos, y en algunos de ellos la segunda fué provincia de la primera. Por esta razon no se puede entender bien la sucesion de los monarcas de Persia sin conocer la de los de Media.

Apunte de los emperadores medos y persas.

El imperio de los Medos tan famoso en adelante y de una extension tan vasta, no era al fin del reinado de Senaquerib y principio del de Asaradon su hijo. sino una gran provincia del imperio de los Asirios. Deioces, hijo de un señor principal de la Media, llamado Fraortes. fue el primero que sacudió el dominio de los Asirios y fundó la monarquia de los Medos. Este nuevo monarca echo los cimientos de la famosa Ecbatanes, y despues de haber reinado mas de cincuenta años, dejó un imperio tranquilo a su hijo llamado Fraortes como su abuelo. Este monarca acabó de edificar la hermosa corte de Ecbatanes, y aumentó sus Estados con la conquista de la Persia, llamada tambien la tierra de Elam ó de los Elamitas. Desde entonces la Media se hizo formidable á la Asiria, de quien se habia desmembrado y separado. y Fraortes, llamado Arfaxad en los Libros sagrados, se atrevió a amenazar á la inmensa Ninive su capital, pero su atrevimiento le fué en extremo funesto, pues perdió la victoria con la vida en una gran batalla que se dió entre los dos rios Eufrates y Tigris. Su hijo Ciaxares le sucedió en el imperio, é hizo grandes conquistas en Asia. Viéndose poderoso, volvió á los designios de su padre Fraortes contra Ninive. Ganó una gran batalla á su monarca, que lo era á este tiempo Nabucodonosor, padre del Nabucodonosor que cautivó al pueblo de Israel. Sino en seguida á Ninive, resuelto á destruir esta ciudad tan famosa, como funesta á su padre. Serias ocurrencias en sus Estados le obligaron á levantar el sitio, pero arregladas, y restablecida la tranquilidad, le puso de nuevo, tomó aquella inmensa ciudad, sacrificó á la venganza de la muerte de su padre sus ciudadanos y la destruyó y arruinó enteramente, cumpliéndose ahora la amenaza que siglo y medio antes habia hecho contra ella el profeta Jonas, y cuyo cumplimiento habia suspendido la

penitencia de los Ninivitas, é hizo cumplir su reincidencia. Nabucodonosor entonces se vió precisado á mudar su corte á Babilonia, que habia de ser el teatro del cautiverio, donde se purificase de sus idolatrías el pueblo escogido. Murió Ciaxares despues de cuarenta años de un reinado famoso, y le sucedió su hijo Astiages, príncipe débil y en nada parecido á su padre y abuelo.

Nabucodonosor el Grande, ó el Cautivador, nombre bien merecido por la multitud de pueblos que cautivó y zarandéo, para decirlo así, llevándolos y travéndolos de una á otra provincia y de uno á otro reino... Este Nabucodonosor tenia tambien que vengar los padecimientos y pérdidas de su padre Nabucodonosor, llamado el Viejo, á quien Ciaxares, padre de Astiages, habia dado fuertes batallas, quitado y arrasado á Ninive, su capital, y obligado á mudar á Babilonia la silla del imperio de Asiria. Nabucodonosor, pues, se aprovechó de esta debilidad de Astiages; cayó con su ejército sobre la Media, y en poco tiempo le quitó casi toda la Persia, que era una de las mejores partes que componian los Estados de su imperio. No se cuidó Astiages de echar de la Persia á los Babilonios y se contentó con la posesion de la Media, que como país mas apartado de Babilonia estaba menos expuesto á nuevas embestidas de las tropas de Nabuco.

Astiages.

El débil Astiages, tenia un hermano de genio y carácter enteramente distinto. Este era Artaxerxes, á quien los Judios llamaron Asueró, príncipe valiente, guerrero, emprendedor, y digno heredero de la sangre de Ciaxares y Fraortes, su padre y abuelo. Miraba Artaxerxes con sentimiento y enojo la desmembracion que se hacia, por la indolencia de Astiages, de la rica herencia de sus padres, y solo esperaba ocasion, no para derribar á su hermano del trono, sino para reconquistar, á lo menos en

su beneficio, la Elemaida y Lusiana, aquellas hermosas provincias de la Persia que Nabucodonosor habia quitado á la Media, y con las que ya no contaba el insensible Astiages. La reduccion de Nabucodonosor al estado de bruto y la situacion del imperio de Babilonia, gobernado por una regencia, presentaron á Artaxerxes ó Asueró la ocasion que esperaba.

Artaxerxes.

Emprendió la reconquista y para ello empeñó á los principales señores y los mejores soldados del reino, que desde luego quisieron y desearon hallarse en esta guerra, cuya victoria debia ser tan gloriosa á su patria. No fueron necesarios grandes esfuerzos para arrojar de la Persia los soldados babilonios que la guarnecian, no siendo sostenidos por un ejército. Artaxerxes tomó las plazas fuertes, y echó de la Persia á todas las tropas de Nabucodonosor que la guarnecian. La conquista aumentó sus soldados y las guerras que emprendió con ellos, y las victorias que consiguió el valiente Artaxerxes, le hicieron con buenos ejércitos. En pocos años este hijo de Ciaxares sujetó á su dominio todos los países que habia hasta el río Indo por el oriente y hasta el mar Rojo por el occidente, y fundó el famoso imperio de Persia que dividió en ciento veinte y siete provincias. Astiages, siempre el mismo, no manifestó envidia alguna de que Artaxerxes, su hermano, formase una gran potencia, principalmente de las reliquias que recobró de la suya.

Solo tenia Astiages una hija llamada Mandane, á la que casó con Cambises, señor persiano, que se habia retirado á la corte de Media cuando Nabucodonosor hizo la irrupcion en la Persia. De este matrimonio nació el famoso Ciro, de quien tanto se habla en los Libros sagrados; aquel Ciro anunciado por Isaías ciento y cuarenta años antes de su nacimiento, y del que se volverá

á hablar al fin de la cautividad. Era *Ciro* nieto de *Astiages* por su madre *Mandane*, y único heredero del imperio de los *Medos*. Á pocos años de haberse establecido *Artaxerxes* en su nuevo imperio, *Ciro*, su sobrino, con el consentimiento de su tío fué declarado soberano de *Media*, viviendo aun su abuelo *Astiages*, fuese que este, segun su carácter, prefiriese el sosiego al imperio, fuese que tío y sobrino temiesen que *Creso*, rey de *Lidia*, que hacia la guerra con grandes fuerzas á *Astiages*, se apoderase de la *Media* por la falta de energía de su monarca. De este modo la monarquía de los *Medos* despues de siglo y medio de su fundacion se halló dividida en dos grandes imperios con los nombres de *Medos* y *Persas*, gobernados por *Artaxerxes* y *Ciro*, tío y sobrino. *Echatanes* continuó siendo capital de la *Media*, y *Susa*, elegida por *Artaxerxes* ó *Asuero*, lo fué de la *Persia*. Estos dos soberanos estuvieron siempre unidos y procedieron de acuerdo. Este proceder, á mas de fundarse en la sangre, tenia por motivo los intereses de ambos imperios. Los *Medos* tenían que defenderse de las embestidas y guerra de *Creso*, y los *Persas* debían vivir prevenidos contra los intentos de los *Babilonios*, sus dueños antiguos. Tambien era de temer que se uniesen los *Lidios* y *Babilonios*, y procediendo de acuerdo, acometiesen á un tiempo á la *Media* y la *Persia*, en cuyo caso les convenia estar muy unidos para hacer su defensa.

Ciro.

Nada parecido á su abuelo *Astiages*, y muy semejante á su tío *Artaxerxes*, sostenia con gloria la guerra contra *Creso*, y le daba batallas que le debilitaban y ponian respeto; y *Asuero*, señor de ciento veinte y siete provincias, daba con su alianza mucho valor á las fuerzas de *Ciro*. Tal era el estado de estos dos imperios, cuando ocurrieron los célebres sucesos de *Aman*, *Mardoqueo* y

Ester. Se ha dicho ya que *Nabucodonosor*, á los tres años de haber concluido la cautividad de los hijos de *Israel*, conquistó la *Elemaida* y la *Lusiana*, dos grandes provincias de la *Persia*, y que trasladó á ocuparlas como la mitad de la cautividad, que hasta entonces se hallaba toda reunida en la *Caldea*. Acabamos de ver que *Artaxerxes*, que es el mismo que *Asuero*, quitó estas hermosas provincias á los *Babilonios* y le sirvieron de centro para fundar el imperio de la *Persia*.

Estado de los cautivos de *Persia*.

Los cautivos de *Persia* nada padecieron en esta mudanza de dueños, y bajó el imperio de *Asuero* vivian aun mas favorecidos que los de *Babilonia*. *Asuero* cuidaba mucho de conservar los habitantes que habia encontrado en la *Persia*, y de atraer á ella de afuera el mayor número posible para aumentar su nuevo imperio. Con este deseo concedia grandes franquicias, tanto á los que encontró morando en la *Persia*, como á los que venian á morar en ella, y este fué el motivo de que los cautivos gozasen en *Persia* de todos los derechos de los naturales, extendiesen sus establecimientos, comprasen, y cultivasen y ejerciesen con toda libertad el comercio, que era el principal fondo de su subsistencia. En punto á religion siempre fueron fieles á Dios, y en la *Persia* el Señor era adorado y servido como en la *Caldea*. Habia establecido *Asuero*, como hemos dicho, su corte en la ciudad de *Susa*, y esta ciudad fué el gran teatro de las maravillas que obró el Señor en favor de *Ester*, *Mardoqueo* y todos los cautivos de *Persia*, como *Babilonia* lo habia sido de las que habia obrado en favor de *Daniel*, sus compañeros y todos los cautivos de *Caldea*. El libro de *Ester*, uno de los sagrados, contiene la historia de estos grandes portentos, y de esta célebre historia vamos á ocuparnos ahora.

HISTORIA DE ESTER Y MARDOQUEO.

Habia en la ciudad de Susa un varon judío, de la tribu de Benjamin, descendiente de Cis, padre de Saul, llamado Mardoqueo, el cual habia sido llevado cautivo con el rey Jeconias á Babilonia y trasladado despues á la Persia. Fué preso y conducido con Mardoqueo su hermano Abihail, y ambos fijaron su residencia en la corte de Susa. Aquí tuvo Abihail una hija y la llamó Edisa ó Ester. Quedó esta sin padres, siendo aun muy niña, y su tio Mardoqueo la adoptó por hija. Era Mardoqueo cabeza de una de las principales familias de su tribu, y él hombre mas considerable de ella por su saber, su piedad y sus virtudes; y conforme á estos sentimientos crió á su sobrina. Tendria Mardoqueo á este tiempo como unos cincuenta años, y Ester como quince. Era esta de mucha hermosura, de rara modestia y de una virtud admirable, y vivian el tio y sobrina ocupados del cuidado de agradar á Dios con la observancia de toda la ley y de todas las ceremonias que les permitia cumplir su cautiverio, esperando el dia feliz en que el Señor quisiese recibir sus votos y sus ofrendas en Jerusalem.

Sueño de Mardoqueo.

En esta situacion tuvo Mardoqueo un sueño que anunciaba los sucesos que esperaban al tio y sobrina y á todos los cautivos. El año segundo de Asuero el Máximo, el dia primero del mes Nisan, hallándose profundamente dormido, le pareció que oía voces, alborotos y truenos, y que sentia terremotos y turbacion en toda la tierra; y luego vió dos grandes dragones dispuestos á arrojarse el uno contra el otro. Á sus silbidos se conmovieron todas las naciones para hacer guerra contra todos los justos, y aquel dia fué de tinieblas, de

peligros, de tribulacion, de angustia y de grandísimo espanto sobre la tierra. Se turbó la nacion de los justos, que temian sus males y los preparativos para su muerte, y clamaron á Dios alzando el grito (hasta el cielo). Entonces vió una fuentecita que luego se convirtió en un rio muy grande y rebosó en muchísimas aguas. El sol y la luz salieron, y los humildes fueron ensalzados y devoraron á los soberbios. Cuando Mardoqueo despertó, pensaba mucho en qué significaria este sueño, que desde luego tuvo por misterioso, pero no habia llegado el tiempo de saberlo, y solo despues de los sucesos conoció lo que significaba, y lo conocerá todo el que lea esta historia y la coteje con el sueño.

Banquete de Asuero á los grandes.

Un año despues se verificó el famoso convite de Asuero. Quiso este monarca hacer una ostentacion de su poder y riquezas y celebró un convite que no se lee otro igual en los Libros sagrados, ni acaso en los profanos, si exceptuamos los fabulosos. Reinaba Asuero desde la India por el oriente hasta la Etiopia por el occidente sobre ciento veinte y siete provincias. Habia fijado su corte en Susa, antigua y hermosa ciudad de la Persia, y en esta fué donde hizo un magnificentísimo convite á todos los principes de la sangre real, á los grandes de su imperio, á los principales de su corte, á los oficiales de sus ejércitos, á un gran número de señores esclarecidos de la Media, de la que era natural Asuero, los cuales le habian seguido en sus famosas expediciones, y en fin, á todos los gobernadores y prefectos de todas sus ciento veinte y siete provincias. Reunidos todos en el vasto palacio de Asuero se principió un convite sin ejemplar, porque duró ciento y ochenta dias. El convite era tan espléndido y suntuoso cual convenia á la intencion de un monarca, que queria manifestar con él las

Habia en la ciudad de Susa un varon judío, de la tribu de Benjamin, descendiente de Cis, padre de Saul, llamado Mardoqueo, el cual habia sido llevado cautivo con el rey Jeconias á Babilonia y trasladado despues á la Persia. Fué preso y conducido con Mardoqueo su hermano Abihail, y ambos fijaron su residencia en la corte de Susa. Aquí tuvo Abihail una hija y la llamó Edisa ó Ester. Quedó esta sin padres, siendo aun muy niña, y su tio Mardoqueo la adoptó por hija. Era Mardoqueo cabeza de una de las principales familias de su tribu, y él hombre mas considerable de ella por su saber, su piedad y sus virtudes; y conforme á estos sentimientos crió á su sobrina. Tendria Mardoqueo á este tiempo como unos cincuenta años, y Ester como quince. Era esta de mucha hermosura, de rara modestia y de una virtud admirable, y vivian el tio y sobrina ocupados del cuidado de agradar á Dios con la observancia de toda la ley y de todas las ceremonias que les permitia cumplir su cautiverio, esperando el dia feliz en que el Señor quisiese recibir sus votos y sus ofrendas en Jerusalem.

Sueño de Mardoqueo.

En esta situacion tuvo Mardoqueo un sueño que anunciaba los sucesos que esperaban al tio y sobrina y á todos los cautivos. El año segundo de Asuero el Máximo, el dia primero del mes Nisan, hallándose profundamente dormido, le pareció que oía voces, alborotos y truenos, y que sentia terremotos y turbacion en toda la tierra; y luego vió dos grandes dragones dispuestos á arrojarse el uno contra el otro. Á sus silbidos se conmovieron todas las naciones para hacer guerra contra todos los justos, y aquel dia fué de tinieblas, de

peligros, de tribulacion, de angustia y de grandísimo espanto sobre la tierra. Se turbó la nacion de los justos, que temian sus males y los preparativos para su muerte, y clamaron á Dios alzando el grito (hasta el cielo). Entonces vió una fuentecita que luego se convirtió en un rio muy grande y rebosó en muchísimas aguas. El sol y la luz salieron, y los humildes fueron ensalzados y devoraron á los soberbios. Cuando Mardoqueo despertó, pensaba mucho en qué significaria este sueño, que desde luego tuvo por misterioso, pero no habia llegado el tiempo de saberlo, y solo despues de los sucesos conoció lo que significaba, y lo conocerá todo el que lea esta historia y la coteje con el sueño.

Banquete de Asuero á los grandes.

Un año despues se verificó el famoso convite de Asuero. Quiso este monarca hacer una ostentacion de su poder y riquezas y celebró un convite que no se lee otro igual en los Libros sagrados, ni acaso en los profanos, si exceptuamos los fabulosos. Reinaba Asuero desde la India por el oriente hasta la Etiopia por el occidente sobre ciento veinte y siete provincias. Habia fijado su corte en Susa, antigua y hermosa ciudad de la Persia, y en esta fué donde hizo un magnificentísimo convite á todos los principes de la sangre real, á los grandes de su imperio, á los principales de su corte, á los oficiales de sus ejércitos, á un gran número de señores esclarecidos de la Media, de la que era natural Asuero, los cuales le habian seguido en sus famosas expediciones, y en fin, á todos los gobernadores y prefectos de todas sus ciento veinte y siete provincias. Reunidos todos en el vasto palacio de Asuero se principió un convite sin ejemplar, porque duró ciento y ochenta dias. El convite era tan espléndido y suntuoso cual convenia á la intencion de un monarca, que queria manifestar con él las

riquezas de su glorioso reinado, la magnitud y jactancia de su poder, dice el texto sagrado, y toda su grandeza. La abundancia fué siempre la misma en todo este tiempo, y en el último dia la espléndidez del banquete en nada cedió á la del primero.

Otro á todo el pueblo.

Mas por magnífico que hubiese sido este convite, no quedó satisfecha con él la vanidad del monarca. Concluido el de la grandeza y poderío del imperio, convidó á todo el pueblo que se halló en la corte de Susa desde el mayor hasta el menor á un banquete de siete dias, y mandó que este se preparase á la entrada del palacio en el gran patio que formaban de una parte sus bosques y de otra sus jardines plantados y adornados con mano y cultura real. Allí se colocaron por todas partes lechos ó pequeñas camas con cubiertas de bordados de oro y de plata sobre un pavimento de esmeraldas y mármol muy blanco y de diversas pinturas, grabadas con variedad admirable, para que se sentasen y recostasen los convidados; y para librarles de los ardores del sol se extendieron magníficos pabellones y cortinajes de azul celeste y jacinto sostenidos de cordones de lino finísimo de color de púrpura que pasaban por anillos de marfil y se ataban á columnas de mármol. . . Aquí, pues, fué donde se dió el gran banquete por siete dias á todo el pueblo de Susa. Bebían los convidados el vino en vasos de oro, y se les servía la comida en platos siempre diferentes y cada vez mas preciosos. Los manjares eran exquisitos y muy abundantes, y el vino de lo mas excelente; todo como convenia á la magnificencia de un rey como Asuero. A ninguno se obligaba á beber, si no queria, ó á beber mas de lo que queria, porque lo habia ordenado así el rey, y puesto grandes que presidiesen las mesas para que cada uno tomase lo que quisiese.

Banquete de la reina.

Finalmente, para que nada faltase á la vana ostentacion que habia resuelto hacer Asuero de su poder y riquezas, quiso que tambien la reina Vasti, su esposa, hiciese un convite semejante, y por igual número de dias, á todas las mujeres en otro de sus palacios. Así se verificó, y la reina hizo un convite magnífico á todas las mujeres que se hallaron en Susa, como el rey á todos los hombres.

Repudio de la reina.

El último dia, estando el rey mas alegre por el calor del vino, mandó á siete oficiales de los principales que servian en su presencia que pasasen al palacio, donde se hallaba la reina Vasti su esposa, y la trajesen á su presencia adornada con las vestiduras reales y con la corona sobre la cabeza para que todo el pueblo y toda la corte viesen su hermosura, porque era muy hermosa. Indignada la reina al oír una orden tan contraria á la ley del pais, que prohibia á las mujeres principales dejarse ver de los extraños, como opuesta á la modestia, decoro y dignidad de una reina, se negó á ir, y despreció la orden de presentarse. La razon sin disputa estaba de parte de la reina, y si hubiera guardado razon en el modo de resistirse, acaso la hubiera valido y sacado del paso; pero es un escollo muy comun, particularmente en las mujeres, perder el derecho por el modo de defenderle, y esto sucedió á la reina. Los hervores del vino habian hecho que el rey diese una orden fuera de toda razon, y los de la ira hacen ahora que obre fuera de toda justicia. Enfurecido, y sin dar ni un momento á la reflexion, preguntó á los consejeros que, segun el uso de los reyes, tenia á su lado; no si era culpable la reina, que debia ser lo primero, sino la pena que debia imponérsela.

Los consejeros no fueron mas templados que el rey y echaron toda la ley á la reina, sin detenerse á pensar si era en el caso tan culpable como exigia la ley. Mamuchan, que era uno de los principales, respondió al rey en nombre de todos, diciendo: La reina Vasti no ha ofendido solamente al rey, sino tambien á todos los pueblos y principes que hay en todas las provincias del imperio, porque lo que ha hecho la reina, llegarán á saberlo todas las mujeres del reino; por tanto despreciarán estas á sus maridos diciendo: El rey Asuero mandó que se presentase á él la reina Vasti, y ella no quiso. Con este ejemplo todas las mujeres de los principes medos y persas tendran en poco los mandatos de sus maridos; por lo cual es justa la indignacion del rey. Si te parece salga un edicto de tu presencia, y escribase segun la ley de los Medos y Persas (que no es lícito traspasar) decretando: que la reina Vasti no vuelva á entrar ya mas á la presencia del rey, sino que reciba su reino otra que sea mejor que ella, y que esto sea publicado por todas las provincias de tu extensísimo imperio; y así todas las mujeres, tanto de grandes como de pequeños, darán honor á sus maridos. Pareció bien al rey y á todos los grandes consejo de Mamuchan, y el rey lo hizo segun su consejo, y envió cartas á todas las provincias de su reino en diversas lenguas y letras para que todas las gentes pudiesen leer y oír que los maridos eran los principales y superiores en sus casas, y que esto se publicase en todos los pueblos. Tal suele ser el postre de los festines donde no reina la piedad y la modestia. Aquí se concluye el banquete mas célebre, repudiando á una reina por una resistencia que, si no fué prudente en el modo, en la esencia debiera haberla granjeado el mayor cariño y hasta la beneracion de su marido. Mas como Dios es tan bueno, que, como dice san Agustín, hasta de los males saca bienes, su providencia se valió de la injusta discordia de estos dos reales esposos para dar cumplimiento al sueño misterioso de Mardoqueo.

Se buscan doncellas hermosas para que Asuero se escoja una reina.



Al cabo de algun tiempo cesó el enojo del rey, y entonces volvió á renacer su pasion á la reina Vasti. Se acordó de lo que habia hecho con ella, y de lo que ella habia padecido. Conoció la lijereza con que en el calor del vino habia repudiado á una reina tan recatada, decorosa y honesta; cotejaba la pequenez de la falta de la reina con el rigor de un repudio irrevocable segun la ley de los Medos y Persas, y esto le sumergia en una continua tristeza. Lo advirtieron sus ministros, y para retirar de la memoria del rey un mal paso, que era ya irreparable, le propusieron el enlace de una nueva reina que fuese aun mas hermosa y amable que Vasti. Búsqense, dijeron al rey, muchachas doncellas y hermosas por todo el imperio; pónganse en la casa del rey al cuidado del eunuco Egeo; dénselas vestidos, galas y demás necesario; presénteselas á la vista del rey, y aquella que entre todas agradare á sus ojos, esa sea la que reine en lugar de Vasti. Pareció bien al rey la proposicion, y mandó que se hiciese como se le habia propuesto. Luego se dió la orden, y conforme á ella fueron traídas á Susa muchas doncellas hermosas, y puestas al cuidado del eunuco Egeo.



Se reunen muchas y entre ellas Ester. ®

Tambien fué tomada Ester y presentada entre las demás á Egeo, la cual le agradó y halló gracia en sus ojos; y mandó Egeo á otro eunuco que preparase para Ester ricos vestidos, adornos preciosos y cuanto la pertenecia: que destinasen siete doncellas de las mas bien parecidas de la casa del rey para que la acompañasen; y que cuidase del adorno y buen trato tanto de Ester como de sus

doncellas. No quiso Ester indicar á Egeo su pueblo ni su patria, porque la estaba mandado que nada de esto declarase por su tío ó mas bien por su padre Mardoqueo, el cual paseaba todos los días delante del patio de la casa donde eran guardadas las doncellas escogidas, cuidadoso de la salud de Ester, y deseando saber lo que la sucedía.

Asuero elige á Ester para reina y se casa con ella.

Se pasó un año entero en preparar y aumentar la belleza de las doncellas que habian de presentarse al rey para elegir de entre ellas la reina. Segun la costumbre en los seis meses primeros se ungian con aceite de mirra, y en los seis últimos usaban de aromas y perfumes. El día que tocaba á cada una presentarse al rey, recibía cuanto pedía de adornos y galas, y se componía á su modo y gusto para presentarse. Llegó á Edisa ó Ester su vez, y no pidió adornos mujeriles, sino que el eunuco Egeo la dió los que quiso para adornarse; mas Ester no los necesitaba, porque era, dice el texto sagrado, hermosa en extremo, de una belleza increíble y aparecía á los ojos de todos graciosa y amable. Ester, adornada principalmente con su virtud y modestia, fué presentada delante de Asuero el sétimo año de su reinado, y luego la amó mas que á las otras mujeres. Ester halló tanta gracia y favor delante del rey, que puso al momento la corona real sobre su cabeza y la declaró reina en lugar de Vasti. La poligamia, ó matrimonio de un hombre con muchas mujeres á un tiempo, estaba en uso entre los Persas. El rey se casaba con mas de una, pero entre ellas llevaba una sola el distintivo, los honores, el título y la corona de reina, y el matrimonio de esta se celebraba con gran solemnidad, al paso que ninguna se usaba en los de las otras, que solo llevaban el nombre de mujeres del rey de segundo orden. Mandó luego el rey que se prepa-

rarse un banquete muy espléndido para celebrar el matrimonio y las bodas de Ester, y que se convidase á toda la corte y á todos los grandes del reino. El banquete fué sumamente magnífico como ordenado por el espléndido Asuero. Se celebró el matrimonio del rey con Ester en medio de toda la grandeza del reino, y sus bodas con la pompa y magnificencia que correspondía á tal matrimonio. Asuero siempre y en todo magnífico, hizo al fin del banquete grandes regalos á todos los convidados, y para que todos sus subditos participasen de este gran regocijo rebajó los tributos en todas las provincias de su vasto imperio.

Fué Ester desde el primer momento de su matrimonio reina poderosa, porque reinaba sobre el corazón de un rey poderoso; pero ni este poder, ni el resplandor de la corona mas brillante de todo el oriente, hicieron mudanza en su sencillez, ni en la inocencia de sus costumbres. Igualmente humilde en palacio y en medio de una corte soberbia, que en la casa de su tío Mardoqueo, y entre las Israelitas de su edad, era su ocupación la lectura de los Libros sagrados y la meditación de la ley del Señor; y dócil siempre á las instrucciones del sábio Mardoqueo, que la habia adoptado por hija, jamás dejó de mirarle y obedecerle como á su amado padre.

Mardoqueo descubre una conjuración contra la vida del rey y la avisa á la reina.

Mas de tres años pasaron, continuando siempre Mardoqueo á las puertas de palacio, atraído de la ternura con que amaba á la reina, y siempre á la vista de cuanto pudiera ocurrirla, cuando en el cuarto, que era ya el once del reinado de Asuero, se formó una conjuración contra la vida del rey, cuyo descubrimiento se debió únicamente á la vigilancia de Mardoqueo. Bagatan y Tares, que mandaban la guardia de las puertas de palacio, se

conjuraron contra Asuero para matarle. Felizmente lo penetró Mardoqueo, quien dió inmediatamente aviso á la reina, y esta al rey en nombre de Mardoqueo. Luego se hizo una averiguacion rigurosa de un caso tan grave, y resultó ser cierta la conjura. Se prendió á los conjurados, y habiendo confesado su crimen, fueron colgados en un patíbulo; y esta conjura y su castigo se apuntaron en los anales ó historia de los sucesos del reinado de Asuero á la vista del rey. Tambien Mardoqueo escribió todo este suceso con sus circunstancias para conservar á su pueblo la memoria de un hecho bien considerable para toda la nacion, como irémos viendo en el curso de esta prodigiosa historia.

Era muy puesto en razon que Asuero correspondiese á un servicio tan importante con la generosidad que pertenecia á un monarca tan grande y tan magnífico, pero no fué así. Ocupado de la seguridad de sí mismo, se contentó con hacer á Mardoqueo algunos presentes y dar orden de que no se apartara de palacio. Así lo permitió el Señor, que dirigia con una providencia particular estos sucesos, reservando á Mardoqueo el premio correspondiente para tiempo mas importante; mas Asuero, al paso que trataba con tanta indiferencia al servidor que tenia mas fiel en su reino, llenaba de riquezas y colmaba de honores al enemigo que tenia en él mas infiel y mas peligroso.

Aman, privado del rey.

Este era Aman, hijo de Amadati de la raza de Agag, originario de una de las provincias de Cresos, rey de Lidia y Escitia, cuyos habitantes se llamaban tambien Macedonios. Habia, como ya hemos dicho, fuertes guerras entre Cresos y Ciro rey de los Medos y sobrino de Asuero, á quien este monarca, como tío y vecino, sostenia en la guerra y hasta entraba en sus intereses, pues si Cresos venciera á Ciro y tomara la Media, el vencedor victo-

rioso acometeria á la Persia. Se cree que Aman, tan hábil como perverso, fué enviado á la corte de Susa para conjurar contra la vida de Asuero. Lo cierto es, que ya tuvo parte en la conjuracion de los dos oficiales que denunció Mardoqueo, y que desde entonces aborrecia á Mardoqueo, á causa, dice el texto sagrado, de los eunucos (oficiales) del rey que habian sido ajusticiados. Aman supo ganarse la voluntad de Asuero, y entró en su cariño tan íntimamente, que el rey no solo le llenó de riquezas, empleos y honores, sino que Aman era quien lo podia todo en la corte. Los grandes de Persia, los señores de Media y toda la nobleza de una y otra monarquía... todos eran nada en la presencia de Aman. Su trono estaba colocado sobre los tronos de todos los principes, y solo se veía algun tanto mas elevado el del rey.

Adoracion á Aman. — Mardoqueo se la niega.

Cuando Aman se dejaba ver á las puertas de palacio todos se arrodillaban y adoraban á este dios de Asuero, porque así lo habia mandado el mismo monarca; solo Mardoqueo, ni se arrodillaba, ni le adoraba. Los artesanos y el pueblo pasaron por todo, y como no conocian al Dios verdadero, miraron con indiferencia tener y adorar un dios mas entre los otros que adoraban; pero esto no iba con Mardoqueo. Su religion le mandaba sacrificar la vida antes que adorar otro dios que al Dios verdadero. ¿Porqué, le preguntaron los jefes de la guardia de palacio, porqué tú solo no cumples el mandato del rey? (de arrodillarte y adorar á Aman) y como se lo preguntasen muchas veces, y Mardoqueo no les contestase, lo dijeron á Aman, quien habiendo visto por sus propios ojos que Mardoqueo no le doblaba la rodilla, ni le adoraba, entró en grande ira, y aprovechó la ocasion para llevar á cabo su proyecto de matar á Asuero y trasladar el imperio á los Macedonios. Por la fidelidad de

Mardoqueo en evitar la muerte de Asuero, que maquinaban los dos oficiales, y por la firmeza singular que manifestaba el ser el único que no doblaba la rodilla, conoció Aman el carácter de toda su nación, y que tendría en ella el tropiezo mas fuerte para conseguir su detestable intento. Así es que tuvo, dice el sagrado texto, por cosa de nada extender sus manos contra solo Mardoqueo, y resolvió destruir toda la nación de los Judios que habia en el reino de Asuero.

Se echan suertes para saber el día en que se ha de exterminar al pueblo judío.

Los Persas pretendian saber por las suertes el buen éxito de los sucesos, y Aman para dar este apovo á la atrocidad que queria cometer, usó de las suertes, lo que no habria hecho por su voluntad, que era vengarse al momento, y mucho menos si hubiera previsto el término (inmenso para él) que señaló la suerte. El mes de Nisan, primero del año judaico, el año duodécimo del reinado de Asuero, se echaron delante de Aman suertes en una urna para saber el día y el mes en que debia ser entregada á la muerte la nación judía, y salió el día trece del mes Adar, que era el último del año. Esto debió desesparar á Aman, pero Dios, que gobierna las suertes en la urna, dispuso dar tiempo para impedir esta crueldad. Aman sin embargo de tener que esperar así un año para la ejecucion, no perdió ni un solo momento en prepararla, pensando quizás, que estando todo dispuesto, seria fácil adelantar el término y lograr cuanto antes su intento.

Con este deseo se presentó inmediatamente al rey, y le dijo : Hay un pueblo que está esparcido por todas las provincias de tu reino, y separado de entre sí mutuamente, que usa de nuevas leyes y ceremonias, y que además desprecia las órdenes del rey. Tú conoces perfecta-

mente que no conviene á tu reino que ese pueblo se haga insolente por falta de castigo. Si te parece bien decreta que perezca, y yo pasaré á los cajeros de tu tesoro diez mil talentos de plata. ¡ Insigne maldad de parte de Aman, que quiere comprar las vidas de una nación por diez mil talentos de plata, y extrema ceguedad del monarca, que no ve que á falta de justicia, se compra esta insignie maldad con dinero ! Asuero en vez de ver una injusticia en esta demanda, franqueó al malvado ministro todos los medios de ejecutarla á su placer y contento, sacó de su dedo el anillo de sellar los decretos reales y le entregó al enemigo de los Judios, diciendo : La plata que me ofreces sea para ti; y por lo que toca á ese pueblo, haz como gustes. No perdió tiempo Aman; compuso un edicto sangriento, y el día trece del mes de Nisan, primero del año, lo dió á copiar á los secretarios del rey en la lengua de cada una de las naciones que componian el imperio; y además de fijarle en la corte, le envió á los ministros del rey, y á los jueces de todas las provincias del reino. Iba expedido en nombre del rey y sellado con su real anillo, y hé aquí literal el cruel documento.

Decreto de Asuero para exterminar todos los Judios de su reino.

El muy grande Artaxerxes, rey desde la India hasta la Etiopia, á los príncipes y gobernadores de las ciento y veinte y siete provincias que estan sujetas á su imperio, salud. Mandando yo á muchisimas gentes y habiendo sometido á mi imperio toda la tierra, jamás quise abusar de la grandeza de mi poder, sino gobernar á mis subditos con mansedumbre y elemencia, para que pasando la vida en sosiego y sin miedo, gozasen de la paz que desean todos los mortales; y preguntando á mis consejeros ¿ cómo podria conseguirse esto? uno, que aventajaba mas en sabiduria y fidelidad, que era el segundo despues

del rey y se llamaba Aman, me indicó : que habia un pueblo esparcido por toda la tierra, que se gobernaba por leyes nuevas, y obrando contra la costumbre de todos, despreciaba los mandatos de los reyes, y violaba con su disentimiento la concordia de todas las naciones, lo cual entendido por Nos, viendo que una sola nacion contraria á todo el linaje de los hombres, sigue leyes perversas, se opone á nuestros mandamientos y turba la paz y la concordia de las provincias que nos estan sujetas, hemos mandado : que todos los que mostrare Aman, que es el superintendente de todas las provincias, el segundo despues del rey, y al que reverenciamos como á padre, sean exterminados con sus mujeres é hijos por sus enemigos el dia catorce (trece) del mes Adar, duodécimo del presente año, y que ninguno use de misericordia con ellos, para que los hombres malvados, descendiendo á los sepulcros en un dia, vuelvan á nuestro imperio la paz que habian turbado.

Llantos y penitencias de los cautivos y sobre todo de Mardoqueo al ver el decreto.

Este edicto se fijó al instante en Susa, celebrando el rey y Aman un convite, y llorando al leerle todos los Judíos que habia en la ciudad. Tambien se fijó en todas las provincias, ciudades y pueblos del imperio, y donde quiera que llegaba el cruel edicto, habia gran llanto entre los Judíos, ayunos, lloros y alaridos, usando muchos de saco y de ceniza en lugar de cama; pero sobre todo Mardoqueo que vivia en la ciudad, habiendo leído el edicto, rasgó sus vestiduras, se puso un saco de silicio, cubrió su cabeza de ceniza, y en este traje clamaba á gritos en medio de la plaza de la ciudad, y corria lamentándose hasta las puertas de palacio, pero allí le detenian porque no era permitido entrar en el palacio del rey vestido de saco y silicio, pero él aumentaba sus

lamentos y gritaba á las puertas esperando que Ester supiese lo que pasaba. No tardó en conseguirlo. Las doncellas de la reina y los eunucos que oyeron estos lamentos de Mardoqueo, y vieron el saco que le cubria, como sabian que su señora tenia relaciones con él, aunque ignoraban que fuese su tio, la llevaron la noticia, y la reina al oír la afliccion que manifestaba su querido tio, y el vestido que traía, quedó consternada y sin saber ni qué hacer ni qué pensar de las tristes demostraciones de un hombre tan entero y superior como Mardoqueo. Por de pronto la ocurrió enviarle un vestido para que dejando el saco pudiese acercarse algo mas y comunicarla sus trabajos; pero Mardoqueo no quiso recibirle y menos desnudarse del saco. Entonces conoció la reina que el motivo de su traje y sus lamentos era muy grave, y llamando al eunuco Atac, que habia destinado el rey para que fuese el principal que la sirviese, le mandó que fuese á Mardoqueo y supiese de su boca, porqué hacia aquello. Atac fué á buscar á Mardoqueo y luego le halló en la plaza que habia á las puertas de palacio, le dijo el encargo que traía de la reina, y Mardoqueo le refirió todo lo que pasaba, y que Aman habia prometido llevar mucha plata á los tesoros del rey por la matanza de los Judíos. Le dió al mismo tiempo un ejemplar del edicto que estaba fijado en Susa para que le presentase á la reina y la dijese : que entrara á hablar al rey y suplicarle por su pueblo; y que invocase al Señor y rogase al rey para que les librara de la muerte. Volvió Atac á la reina y la hizo presente lo que le habia dicho Mardoqueo.

Lo sabe la reina y se aflige en extremo.

La reina se afligió en gran manera al oír una noticia tan terrible, y en cuanto á presentarse al rey, mandó á Atac que dijese á Mardoqueo : Todos los siervos del rey

y todas las provincias que estan bajo de su dominio saben, que si un hombre ó una mujer entrase sin ser llamado en el cuarto interior del rey, sin tardanza alguna es entregado á la muerte, á no ser que el rey extienda su cetro de oro en señal de clemencia y así pueda vivir. ¿Cómo, pues, podré entrar donde está el rey, yo que no he sido llamada hace ya treinta dias? Pero Mardoqueo la contestó, diciendo: No pienses que porque estás en la casa del rey saldrás tú sola con vida entre todos los Judíos; porque si tú callares ahora, por otro camino se salvarán los Judíos, y tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Y quién sabe si por eso has llegado á ser reina para que estuvieses á punto para defendernos en una ocasion como esta?

Se determina á presentarse al rey y encarga un ayuno de tres dias.

Estas razones y este tono de autoridad tan fuerte al parecer, pero tan justamente usado por Mardoqueo en una ocasion en que se trataba del medio, ó acaso del entero exterminio del pueblo de Dios, porque cubierta de cadáveres la Persia y exterminados en ella los Judíos, se tomaría este ejemplo para exterminarlos en la Babilonia... estas razones, repito, y este tono llenaron de valor á la inocente y delicada reina, y no dudó un momento en ofrecer al Señor el sacrificio de su vida por la salvacion de su pueblo. Se abrazó con la senteneia de muerte á que la condenaba la entrada en el cuarto del rey, y envió á decir á Mardoqueo: Andad y reunid todos los Judíos que hallaréis en Susa, y rogad á Dios por mí. No comais ni bebais en tres dias y tres noches; yo con mis criadas ayunaré del mismo modo, y despues me presentaré al rey, haciendo contra la ley, no siendo llamada, y entregándome al peligro y á la muerte. No esperaba menos Mardoqueo de la religion y virtud de Ester. Bendijo muchas veces al Señor y tuvo un con-

suelo indecible al considerar la preciosa y valerosa joven que con sus instrucciones habia eriado para el Señor. Corrió luego á reunir cuantos Judios habia en la ciudad, les hizo presente el encargo de la reina, y no hubo uno que no se aprontase á la mas rigurosa penitencia. Entonces Mardoqueo en nombre de todos dirigió al Señor esta fervorosa oracion.

Oracion de Mardoqueo.

Señor, Señor, Rey omnipotente, en vuestro poder estan todas las cosas, y nadie hay que pueda resistir á vuestra voluntad, una vez que hayais resuelto salvar á Israel. Vos hicisteis el cielo y la tierra y cuanto en ellos se contiene. Vos sois el Dueño de todo, y no hay quien resista á vuestra Majestad. Todo lo conoceis, y bien sabeis que no por soberbia, ni por desprecio, ni por deseo de gloria he hecho esto, de no adorar al soberbisimo Aman; porque por la salud de Israel pronto estaría yo á besar con gusto las plantas de sus pies; pero he temido trasladar á un hombre el honor de mi Dios, y adorar á otro que á solo mi Dios. Y ahora, Señor, Rey y Dios de Abraham, tened misericordia de vuestro pueblo, porque nuestros enemigos quieren perdernos y destruir vuestra heredad. No desprecieis aquella vuestra porcion que os rescatásteis de Egipto, oid mi súplica, sed propicio á vuestra heredad, y mudad en gozo nuestro llanto, para que viviendo, alabemos, Señor, vuestro Nombre. No cerreis las bocas de los que cantan vuestras alabanzas... Y todo Israel clamó al Señor, orando con un mismo corazon é igual súplica, porque á todos amenazaba una muerte cierta.

Oracion de la reina.

Tambien la reina, temerosa del peligro mortal que á todos amenazaba, se acogió al Señor, y habiendo dejado los vestidos reales, tomó vestidos propios del llanto, y en vez de la variedad de unguentos, cubrió su cabeza de polvo y ceniza, humilló su cuerpo con los ayunos, llenó de los cabellos que se arrancaba (en señal de su extremo dolor) todos los sitios de sus recreos, y en este traje y estado oró al Señor Dios de Israel, diciendo: Mi Señor, vos solo sois nuestro Rey, ayudad á esta solitaria que no tiene otro auxiliador que vos. Mi peligro, Señor, anda entre mis manos. Acordaos, Señor, de nosotros y mostraos propicio en el tiempo de nuestra tribulacion. Dadme firmeza, Señor, Rey de los poderosos y de todas las potestades. Poned en mi boca palabras acertadas en la presencia del León (Asuero) y mudad su corazon en odio de nuestro enemigo para que perezca, y los demás que estan de acuerdo con él. Libradnos con vuestras manos. Ayudadme, Señor, que no tengo otro auxilio que vos. Sabeis, Señor, mi necesidad. Sabeis que abomino el distintivo de la soberbia y de la gloria que llevo sobre mi cabeza en los dias de mi ostentacion; que le detesto como paño menstruado, y que no le llevo en los dias de mi silencio. Sabeis que no he comido en la mesa de Aman, ni he tenido placer en el convite del rey, ni he bebido vino de libaciones (ofrendas de los ídolos), y que vuestra sierva desde el dia en que fué trasladada aquí hasta el presente, nunca se ha alegrado sino en vos, Señor, Dios de Abraham. Dios fuerte sobre todos (los fuertes), oid la voz de los que no tienen otra esperanza (que á vos); libradnos de las manos de los inicuos y fortalecedme contra mi temor.

Entrada de la reina á la presencia del rey.

Concluida esta fervorosa oracion, que no se ha hecho sino compendiar por causa de su extension; acabado el ayuno de los tres dias encargado á Mardoqueo y á todos los Judíos que se encontraban en Susa, é impuesto á sí misma y á sus doncellas, se entró en su real cámara, dejó los vestidos de llanto, se puso las vestiduras de gala, se adornó de toda su pedrería, se rodeó de toda su magnificencia y su gloria, y brillando como un sol con los adornos reales, volvió á llamar en su socorro al Dios salvador y gobernador de todos los sucesos; y tomando dos criadas, se dirigió al cuarto del rey, apoyada sobre la una, como quien por su delicadeza y debilidad no podia sostener su cuerpo, y levantando la otra la falda del manto real que arrastraba por el suelo. Iba bañado su rostro de color de rosa, y con sus ojos graciosos y brillantes ocultaba la tristeza de su corazon oprimido de un gran temor. De esta manera pasó todas las salas que habia antes del cuarto del rey, hasta llegar á la sala de entrada del consistorio, ó gran sala, donde el rey daba audiencia. Allí se detuvo, y vió al rey sentado en el trono revestido de las vestiduras reales, brillando todo en oro y piedras preciosas y con un aspecto terrible, y viendo á Ester que se presentaba sin ser llamada, la echó una mirada feroz que manifestaba todo el furor de su pecho.

Cae desmayada y el rey la aplica el cetro de oro.

La reina cayó desmayada, y mudado en palidez su hermoso color, inclinó desfallecida su cabeza sobre su criada. En este momento, el Dueño y Señor de los corazones de todos los hombres mudó de repente el de Asuero, y lleno de temor por la vida de la reina,

saltó del trono y corre á socorrerla, sosteniéndola con sus brazos hasta que vuelve en sí, y la acariciaba con estas palabras : ¿Qué tienes, Ester? Yo soy tu hermano, no temas. No morirás, porque no por ti, sino por todos (los demás) ha sido establecida esta ley. Llégate, toca el cetro de oro... pero Ester no volvía de su desmayo, y nada respondía ni hacia. Entonces el rey tomó el cetro de oro, le aplicó á la reina, la besó y volvió á preguntarla : ¿Porqué no me hablas? Á estas palabras recobrando la reina su conocimiento, besó el extremo del cetro de oro y dijo : Os vi, señor, como un ángel de Dios, y mi corazón se turbó con el temor de vuestra grandeza, porque vos, señor, sois en extremo respetable, y vuestro rostro está lleno de majestad... pero aquí la reina, estando aun hablando, se desmayó de nuevo, y quedó como sin sentido; el rey se afligia y todos sus ministros la animaban y consolaban, hasta que volviendo enteramente en sí pudo tenerse de pié, y nunca Ester pareció mas hermosa á los ojos del rey que en este momento.

Vuelta de su desmayo, el rey la ofrece la mitad de su reino, y ella solo pide que se sirva el rey comer con Aman en su cuarto.

Embriagado Asuero de alegría y como fuera de sí, la dijo : ¿Qué quieres, reina Ester? ¿cuál es tu petición? Aunque pidas la mitad de mi reino, te será dada. Si al rey placé, dijo la reina, suplico que venga hoy á mi cuarto y tambien Aman á un convite que tengo preparado. Llamad á Aman, dijo el rey al oírlo, y que venga al momento para que obedezca á la voluntad de Ester. Vino, pues, Aman, y pasaron el rey y su ministro al cuarto de la reina á disfrutar del banquete que les habia dispuesto, y cuando el rey hubo bebido vino en abundancia, volvió á decir á la reina : ¿Qué pides que se te

dé, y cuál es tu demanda? Aunque pidas la mitad de mi reino, la alcanzarás. Mi petición y mis ruegos, respondió Ester, son estos : si he hallado gracia delante del rey, y si agrada al rey concederme lo que pido, y cumplir mi petición, venga el rey y Aman mañana á otro convite que les tengo preparado y manifestaré al rey mi voluntad. Parecerá al leer esto, que la reina no debia dejar que pasase una ocasion tan propicia para pedir la revocacion del decreto en que se mandaba el exterminio de toda su nacion en la Persia, pero esta obra era muy particularmente del Señor, y los sucesos nos harán ver que no era aun tiempo de hacer la petición.

Aman se irrita contra Mardoqueo y trata de crucificarle.

Salió Aman alegre y gozoso de palacio, mas habiendo visto á Mardoqueo á las puertas, y que no solo no se habia levantado, sino que ni siquiera se habia movido de su asiento (á su paso), se irritó en extremo, y disimulando la ira, vuelto á su casa, convocó á su cuarto á todos sus amigos y á su mujer Zares, y les hizo presente la multitud de sus riquezas, el gran número de sus hijos, y á cuánta gloria le habia elevado el rey sobre todos los príncipes y cortesanos; y á mas de esto, añadió, aun la reina Ester á ningun otro ha llamado al convite con el rey sino á mí, y mañana tambien he de comer en su cuarto con el rey; mas aunque tengo todo esto, nada me parece tener mientras viere al Judío Mardoqueo sentado á las puertas de palacio. ¿Cuán poco basta para amargar todas las satisfacciones del mundo, cuando no se fundan en la virtud!

Viga de cincuenta codos para crucificar á Mardoqueo

Entonces Zares su mujer y los amigos le dijeron : Da

orden que se prepare una gran viga de cincuenta codos de altura (veinte y cinco varas) y di mañana al rey que sea colgado en ella Mardoqueo, y así irás contento al convite con el rey. Pareció bien el consejo á Aman, y mandó que se preparase la encumbrada viga, pero en forma de cruz. ¡Qué mucho que aprobase Aman un consejo que estaba tan al contento de su soberbia! Sin embargo no la satisfizo, porque nada la satisface, y añadió la circunstancia de que se pusiesen brazos en el remate de la viga para que acabase crucificado, que era el suplicio mas ignominioso de aquellos tiempos, y para que siendo tan desmedidamente alta la viga, le vieses crucificado en ella, no solo toda la gran ciudad de Susa, sino tambien todos los pueblos de sus contornos.

Leen á Asuero la fidelidad de Mardoqueo.

Pasó el rey aquella noche (que medió entre los dos convites) sin dormir, y mandó que le trajesen las historias y anales de los tiempos pasados, y leyéndolas en su presencia, llegaron á aquel lugar, donde estaba escrito como Mardoqueo habia dado la noticia de la conspiracion de los eunucos Bagatan y Tares, que habian intentado degollar al rey; ¿y qué honra, preguntó el rey al oírlo, y qué premio ha recibido Mardoqueo por esta fidelidad? Nada, le dijeron sus familiares y ministros. Ninguna recompensa ha recibido. ¡Tan menguados debieron ser los presentes que hizo el rey á Mardoqueo cuando descubrió la conjuracion, que sus ministros les reputan aquí por nada, y contestan que ninguna recompensa ha recibido! ¿Quién está en la antesala? preguntó al punto el rey. Sin duda oyó algun ruido, porque Aman habia entrado hasta el cuarto interior de la casa real para sugerir al rey que mandase colgar á Mardoqueo en la cruz que le tenia preparada. Mucho habia madrugado Aman para acelerar la ignominia y la muerte de Mardo-

queo; pero el Señor, que velaba en su conservacion y su honor, habia hecho que madrugase mas Asuero, teniéndole en vela toda la noche, y así cuando llegó Aman con el ánimo de oprimir á Mardoqueo, ya estaba preparado todo para ensalzarle. Respondieron, pues, los familiares al rey: Aman es quien está en la antecámara. Que entre, dijo el rey; y habiendo entrado, le dijo: ¿Qué debe hacerse con un hombre á quien el rey quiere honrar? Y Aman, pensando en su corazon y contando con que el rey á ningun otro queria honrar sino á él, respondió: El hombre á quien el rey quiere honrar debe ser revestido con las vestiduras reales, subir sobre caballo de silla del rey y llevar sobre su cabeza la corona real. El primero de los príncipes y grandes del reino debe llevar asido del diestro el caballo, y paseando por la plaza de la ciudad, decir en alta voz: Así será honrado todo aquel á quien el rey quisiere honrar.

Aman pasea en triunfo á Mardoqueo.

Dáte prisa, le dijo el rey, y tomando el manto real y el caballo, haz todo lo que has dicho con el Judío Mardoqueo, que está sentado á las puertas de palacio, y guárdate de omitir cosa alguna de las que has dicho. Era necesario ser el mismo Aman para conocer la rabia que despedazaria sus entrañas al verse precisado á cumplir esta orden; pero fué necesario obedecer, y encerrar su desesperacion y su rabia en lo mas escondido de su pecho. Tomó, pues, el manto real y vistió con él á Mardoqueo en la plaza de la ciudad. Tomó despues, el caballo del rey, hizo subir sobre él á Mardoqueo y llevando la brida, iba clamando delante de Mardoqueo: De tal honra es digno aquel á quien el rey quiere honrar. Todo se concluyó como Asuero habia ordenado. Mardoqueo se volvió á la puerta de palacio, y Aman huyó á su casa, llorando y llevando tapada la cara de vergüen-

za. Contó á Zares su mujer y á sus amigos todo lo que habia pasado, y tanto su mujer como sus amigos le dijeron : Si Mardoqueo, delante del cual has principiado á caer, es del linaje de los Judíos, no podrás resistirle, sino que caerás delante de él.

Se descubre la traicion de Aman y es crucificado en la viga que habia levantado en su casa para Mardoqueo.

Aun estaban hablando, quando llegaron los eunucos del rey y le compeliaron á ir al convite que tenia dispuesto la reina. Entraron, pues, el rey y Aman á comer y beber con la reina, y el rey despues de haber tomado calor con el vino, la dijo tambien este segundo dia : ¿Cuál es tu peticion, Ester, para concedértela? ¿Qué quieres que se haga? Aunque pidas la mitad de mi reino la alcanzarás. Si he hallado, respondió Ester, gracia en tus ojos, ¡ó rey! y si te agrada, concédeme la vida por la que te ruego, y á mi pueblo por el que intercedo; porque mi pueblo y yo hemos sido entregados para que seamos machacados y degollados y para que perezcamos, y... ¡ojalá que fuéramos siquiera vendidos por esclavos y esclavas! sería un mal tolerable, y yo gimiendo callaria; mas hay un enemigo nuestro, cuya crueldad redunda contra el rey. ¿Y quién es ese? dijo el rey enfurecido. ¿Y cuál es su poder que se atreva á hacer eso? Nuestro adversario, dijo Ester conmovida, nuestro pésimo enemigo, es este Aman. Al momento que Aman oyó estas palabras, quedó yerto, no pudiendo sufrir el semblante del rey y la reina. Asuero, casi ciego de cólera, se levantó del asiento y se entró en el jardín á respirar y explayarse. Tambien se levantó Aman á rogar por su vida á la reina, porque conoció que el rey le preparaba un gran mal. Asuero volvió luego del jardín, y quando entró en el lugar del convite, encontró á Aman derribado sobre el lecho en que, para comer,



estaba recostada la reina, y dijo : ; Tambien en mi casa y mi presencia quiere oprimir á la reina! Aun no habian salido de la boca del rey estas palabras, cuando le cubrieron la cara, y dijo Harbona, uno de los eunucos que habian ido á llamar á Aman y visto en su patio la viga para colgar á Mardoqueo : Hay en la casa de Aman levantado un madero de cincuenta codos de alto, qué tenia prevenido para aquel Mardoqueo que habló en favor del rey ; y dijo el rey : Colgadle en él. Y así fué colgado Aman en la cruz que habia preparado para Mardoqueo, y con esto cesó la ira del rey. ; Digno paradero de un impío, que embriagado con su grandeza hasta juzgarse como un dios, exige con pena de horca los incienso de divinidad! ; Ejemplo terrible de la Justicia divina, que abate al soberbio y le sacrificaba en el mismo madero que tiene dispuesto para sacrificar al humilde! Monumento adorable de la bondad del Señor con sus fieles siervos que prefieren morir antes que doblar la rodilla ni inclinar la cabeza á Baal!

Suplica á Asuero la reina que revoque el edicto de Aman.

En aquel mismo dia el rey Asuero dió á la reina Ester, como bienes del fisco, la casa de Aman, enemigo de los Judíos, y Mardoqueo entró á la presencia del rey, porque Ester declaró á Asuero que Mardoqueo era su tío paterno. Entonces tomó el rey el anillo que habia mandado recoger de Aman y lo entregó á Mardoqueo (haciéndole su primer ministro), y Ester le dió el gobierno de su palacio. En seguida la reina se echó á los piés del rey, y bañada en lágrimas le suplicó que anulase las pésimas órdenes y maquinaciones de Aman contra los Judíos. Segun la costumbre, alargó el rey su ceiro de oro, con el que se daba muestra de clemencia, y levantándose la reina, le dijo : Si es del agrado del rey, y si he hallado gracia en sus ojos, y no parece al

rey injusto mi ruego, suplico : que con nuevas cartas sean revocadas las primeras de Aman, perseguidor y enemigo de los Judíos, en las que habia mandado que estos pereciesen en todas las provincias del rey, porque, ¿cómo podré yo sufrir el estrago y la matanza de mi pueblo? Y dijo el rey á Ester y Mardoqueo : He dado á la reina la casa de Aman, y he mandado que este fuese crucificado, porque se atrevió á extender su mano contra los Judíos (¿y no concederé lo que me pides?) Escribid, dijo á Mardoqueo, como mejor os pareciere en nombre del rey, sellando con mi anillo las cartas; porque era costumbre que ninguno se atreviese á oponer á las cartas que se enviaban en nombre del rey selladas con su anillo. Llamó, pues, Mardoqueo á los secretarios y copiantas del rey, y el dia veinte y tres del mes Siban, que era el tercero del año, fueron escritas las cartas como mejor pareció á Mardoqueo segun se lo habia encargado el rey y dirigidas á los Judíos y á los príncipes procuradores y jueces que gobernaban las ciento veinte y siete provincias desde la India hasta la Etiopia, provincia por provincia y pueblo por pueblo segun sus lenguas y escrituras, y como podian leerlas y entenderlas.

Decreto de Asuero revocando la orden de exterminio de todos los Judíos en Persia.

Comienza el monarca quejándose de que en todos los tiempos, muchos favorecidos de los príncipes han abusado del favor, no solo contra los subditos, sino tambien contra los mismos príncipes que los favorecieron, y despues de hablar largamente sobre esto, viene al asunto de las cartas de Aman, y dice : Á los príncipes y gobernadores de todo el imperio. Sabed : que Nos dimos acogida á Aman hijo de Amadati, macedonio de origen y de corazon, y extraño de la sangre de los Persas, que siendo extranjero ha mancillado nuestra piedad con su cruel-

dad, y que despues de haber experimentado de nuestra parte tanta ternura, que le llamábamos nuestro hijo y era honrado de todos como segundo despues del rey, vino á tanta hinchazon y arrogancia, que intentó privarnos del reino y de la vida, porque á Mardoqueo, por cuya lealtad y beneficio vivimos, y á Ester, consorte de nuestro reino, y á toda su nacion procuró con ansia la muerte, valiéndose de nuevas é inauditas maquinaciones; y muertos estos, tenia el proyecto de acometernos en nuestra soledad y trasportar el imperio de los Persas á los Macedonios. Nosotros no hemos hallado la menor culpa en los Judíos destinados á la muerte por el peor de los hombres, sino que al contrario, siguen leyes justas, son hijos del Dios máximo y altísimo que vive siempre, por cuyo beneficio fué dado el reino á nuestros padres y á nosotros y hasta el dia de hoy nos es conservado : por tanto debeis saber que son de ningun valor las cartas que él expidió en nuestro nombre, por cuya maldad el mismo que las tramó y toda su parentela (que cooperó) han sido puestos en patibulos á las puertas de esta ciudad de Susa, no siendo nosotros sino Dios quien les ha dado su merecido; y este edicto que ahora enviamos, se publicará en todas las ciudades para que sea permitido á los Judíos seguir sus leyes, á los cuales debeis dar auxilio para que el dia trece del mes duodécimo, llamado Adar, puedan dar muerte á los que estan prevenidos para dársela á ellos.

Signe Asuero diciendo : que el Dios omnipotente ha trocado en dia de gozo para los Judíos el dia de llanto y lamento, y mandá que se celebre este dia en todo el imperio, para que se sepa en lo venidero : que todos los que obedecen fielmente á los Persas, reciben la digna recompensa de su lealtad : que los que ponen asechanzas á su reino, por su maldad perecen; y que, si alguna provincia ó ciudad no le celebrase, perezca á cuchillo y á fuego para escarmiento de los que desobedecen ó desprecian las leyes.

Se remite por postas á todos los pueblos del imperio.

Este edicto ó cartas, que en parte hemos copiado y en parte compendiado para evitar su extension, fueron firmadas y selladas por Asuero, y enviadas en nombre del rey por postas que, corriendo con la mayor diligencia todas las provincias, se adelantasen, si era posible, á las cartas de Aman, ó á lo menos parasen los estragos, si se habian principiado en alguna; porque aun cuando no hubiese llegado el tiempo, todo se podia temer de los Macedonios agentes de Aman. Llevaban los correos orden del rey para que se viesen con los Judíos en cada ciudad, y les previniesen: que fuesen todos á una y estuviesen apercebidos para defender su vida y exterminar sus amigos con sus familias, saquear sus casas y arrasarlas.

De este pasaje infieren una gran parte de los intérpretes: que el decreto de Aman, sellado con el anillo del rey, era irrevocable entre los Persas: que á pesar de lo que dice Asuero en su edicto revocatorio, los enemigos de los Judíos trataban de usar del edicto de Aman y matarlos el día trece del mes Adar que habia determinado la suerte, y que no pudiendo Asuero valerse de sus tropas a causa del primer edicto para exterminar á unos enemigos de su persona é imperio que trataban de trasladar á los Macedonios, paisanos de Aman, se aprovechó de la necesidad que tenian los Judíos de defender sus vidas, y de la fidelidad y firmeza que habian manifestado, para exterminar á estos enemigos encarnizados del Estado; y así fué que les permitió y les animó á que no perdonasen. En esta inteligencia no parecerá una venganza la matanza que hicieron los Judíos en la familia y descendencia de Aman, y en todos los Macedonios que habia en el reino. Mirando todos estos sucesos como ordenes y permisiones de una providencia particular del Señor, es preciso decir con Asuero en su

edicto, que no é sino Dios les daba su merecido; y si fueron exterminados los niños y mujeres (de lo que se duda, porque en la mortandad solo se habla de hombres), es necesario tener presente que el Señor es el dueño de las vidas de todos los hombres, y las da ó las quita segun dispone aquella divina voluntad que solo nos toca adorar.

Presentacion de Mardoqueo al público.

Ya se habia visto en Susa el castigo de Aman, colgado de la viga que habia hecho levantar para Mardoqueo: ya se sabia que la reina era sobrina de Mardoqueo, y que este habia sido nombrado primer ministro y delarado segunda persona despues del rey; pero aun no se habia presentado Mardoqueo con el esplendor que correspondia al puesto eminente en que habia sido colocado. Despues de proveer con el decreto del rey á la salud del reino y de su propio pueblo, asuntos que no permitian perder ni un momento, y despues de haberle fijado en la corte y enviado por postas á las ciento y veinte y siete provincias del reino, llegó el tiempo de presentarse al público con la ostentacion correspondiente á la calidad de ministro y de segunda persona despues del rey, y al rango de tio y padre por adopcion de la reina. Mardoqueo, dice el texto sagrado, saliendo de palacio y de la presencia del rey, brillaba con vestiduras reales de color celeste y de jacinto, le cubria un manto de seda de color de púrpura y llevaba sobre su cabeza una corona de oro. Toda la ciudad se alegró y regocijó con su vista, y á los Judíos pareció que salian de las sombras del sepulcro, y que un nuevo sol brillaba á sus ojos. En todas las provincias, ciudades y pueblos, adonde llegaban las órdenes del rey, habia extraordinaria alegría, banquetes y convites y dias de fiesta, tanto, que muchos idólatras

abrazaban la religion de Israel, porque era grande el asombro que habia ocupado á todos, viendo la proteccion que el Señor habia dispensado á su pueblo.

Crecia la estimacion y el aprecio de los hijos de Israel por todo el imperio, y los jueces de las provincias, los gobernadores, los procuradores y todos los hombres de alguna autoridad, que en cada pueblo dirigian los negocios, ensalzaban á los hijos de Israel. Mardoqueo era el príncipe de palacio, el primer ministro del imperio, la segunda persona despues del rey, el tio carnal y padre por adopcion de la reina... y su nombre, que volaba de boca en boca, y se hacia cada dia mas famoso, daba mucha consideracion y poder á toda su nacion. Así caminaba el pueblo de la cautividad, haciéndose cada dia mas fuerte en todas las poblaciones del reino; mas á pesar de esto, sus enemigos, los Macedonios, no caian de ánimo ni perdonaban diligencia á fin de estar bien prevenidos para exterminar, segun se mandaba en el edicto de Aman, á todos los Judíos con sus mujeres é hijos el dia trece del mes Adar señalado por la suerte. Los Israelitas ó Judíos vivian tambien preparados, segun les habia ordenado el rey por los correos, para defender sus vidas, y matar y exterminar á todos sus enemigos el mismo dia trece, y los gobernadores y príncipes de todas las ciento y veinte y siete provincias para darles auxilio. En esta disposicion de unos y otros, llegó el terrible dia trece, destinado en el edicto de Aman para exterminar á todos los Judíos con sus mujeres é hijos, y en el de Asuero para que los Judíos diesen la muerte á todos aquellos que querian dársela á ellos. La causa de los Judíos era la causa de Asuero y de su imperio, ó por mejor decir, era la causa de Dios que iba á acabar con unos impíos que trataban de abolir su divino culto, acabando con el pueblo que se le tributaba.

Terrible dia trece de Adar.

Amaneció en fin aquel dia de sangre, y los enemigos de los Judíos estabau, dice el sagrado texto, sedientos de derramarla; pero las habian con el Dios de las batallas y de las victorias. En el mismo dia y á la misma hora principiò la pelea en todas las provincias, ciudades y pueblos del imperio, y la victoria no estuvo dudosa. Luego principiaron los Judíos á ser superiores á sus enemigos y á hacer en ellos una mortandád espantosa. Todo el dia estuvieron matando desde la mañana á la noche, hasta no dejar ni uno vivo. En la corte no bastó el dia trece, y continuó la matanza el dia catorce hasta acabar con ellos enteramente. Los cuerpos de los diez hijos de Aman fueron colgados en patibulos y expuestos á la execracion pública para público escarmiento. Solo en la corte fueron muertos quinientos hombres en el dia primero, á mas de los diez hijos de Aman que por muy niños é incapaces de conjurar no habian sido colgados cuando lo fueron su padre y su cómplice parentela, y trescientos en el dia segundo; y fuera de estos murieron hasta setenta y cinco mil en todo el imperio. Así acabó el Señor con los enemigos de la religion, del imperio y de la nacion de Israel.

Festividad del catorce y el quince.

Unos sucesos tan terribles en sus peligros, tan prodigiosos en sus medios para no parecer toda la nacion en ellos, y tan felizmente acabados, pedian un eterno reconocimiento, y así lo procuraron estos verdaderos Israelitas. Los de la corte establecieron que el dia quince del mes Adar, y primero en que se vieron libres de todos sus mortales enemigos, se celebrase todos los años perpetuamente con fiesta solemne; y los de todos los pueblos

del reino el día catorce, en que ellos quedaron igualmente libres. También establecieron que el día trece fuese de ayuno general, de gemidos y lágrimas en memoria del ayuno, gemidos y lágrimas con que la reina, Mardoqueo y todos los Judíos existentes en Susa habían conseguido del Señor que librase á su pueblo del total exterminio á que estaba condenado por Aman. Mardoqueo escribió una carta de todas estas cosas y la envió á los Judíos que moraban en todas las provincias de Asuero para que celebrasen todos los años con gran solemnidad los días catorce y quince de Adar, cantando salmos y alabanzas al Señor, regocijándose y teniendo convites y banquetes moderados y honestos, enviándose unos á otros platos de sus banquetes, y repartiendo á los pobres, para que también estos tuviesen sus banquetitos.

Furin ó las Suertes.

Queriendo Mardoqueo que ningun olvido borrarse jamás de la memoria estos días, y que se celebrasen de generacion en generacion, escribió una segunda carta en su nombre y el de la reina, y firmada de ambos, para que con el mayor cuidado quedase establecido para lo sucesivo este ayuno y días solemnes, que se llamaron días del *furin* ó de las *suertes*, porque entonces el *fur* ó la *suerte* de Israel fué echada en la urna; y todas las cosas que pasaron, fueron escritas, dice Mardoqueo, en un volumen que es este libro (*de Ester*).

Virtudes principales de Mardoqueo y Ester.

Nadie, que lea esta célebre historia, puede dejar de admirar, bendecir y envidiar las virtudes de estas dos grandes almas; particularmente la delicadeza y firmeza de religion en Mardoqueo, y la humildad y piedad en

Ester. Nada volvemos á oír de esta santa reina. Su vida debió ser corta, no en méritos, sino en años, porque envidó como á los diez de su matrimonio, y habiendo vuelto de la cautividad como á los veinte el gran Mardoqueo, no se ve que venga, como era regular, en compañía de un tío que la había adoptado por hija, mucho mas hallándose viuda. Tampoco los Libros santos nos vuelven á hablar de esta heroína en parte alguna. Parece que el Señor la crió solamente para presentarla en el teatro de los grandes sucesos de Persia, encargarla de librar de la muerte y el exterminio á su nacion, ser su protectora, mientras que vivió Asuero su marido, y llamarla al seno de Abraham, y á su tiempo á la gloria para darla el premio eterno de su fiel y temporal ministerio.

Ester representa á la Iglesia.

Los santos Padres reconocen en esta santa reina una hermosa imágen de la Iglesia. Ester fué representada en el misterioso sueño de Mardoqueo; como una humilde fuente, que creció hasta hacerse un río tan grande que derramaba sus aguas en muchísima abundancia por todas partes, y en una luz que se aumentaba hasta llegar a ser un sol que alumbraba en todo el universo; y nadie negara que estas pinturas, mas bien que á Ester, representaban á la Iglesia de Jesucristo, fuente humilde que nació en Jerusalem y creció hasta ser un caudaloso río, que derramó sus aguas de vida eterna por todo el mundo, y una luz divina, que se aumentó hasta ser un sol que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Por otra parte la reina Ester ocupando el lugar de la reina Vasti, repudiada por el majestuoso Asuero, nos representa la Iglesia ocupando el lugar de la sinagoga, repudiada por aquel cuya majestad llena de su gloria la tierra y el cielo.

Muerte de Asuero, á quien sucede su hijo Darío, y conclusion de los sucesos de Persia.

Continuaba Ciro la guerra con Creso con tan felices sucesos que al fin le dió una gran batalla en la que destruyó su ejército, le tomó prisionero y se hizo dueño de la Lidia y de casi toda el Asia por aquella parte. En el tiempo de estas guerras y conquistas de Ciro, murió Asuero, esposo de Ester, y le sucedió en el imperio de Persia su hijo Darío en edad suficiente para ocupar el trono y manejar el cetro. Por la muerte de Asuero y elevacion de Darío en nada varió, ni la union y alianza de Medos y Persas, ni la paz y tranquilidad de los cautivos de este último imperio, antes bien las victorias de Ciro y la coronacion de Darío fueron pasos muy avanzados que disponia el Señor para llegar al fin de la cautividad de su pueblo.

Continuacion de los sucesos de Babilonia.

La capital del imperio de los Asirios trasladada de Nínive á Babilonia, cuando Nínive fué arruinada por los Medos, ó mas bien por la Justicia divina en castigo de sus delitos, iba á dejar de serlo. En Babilonia no reinarian ya mas Nabucodonosores que el voluptuoso Baltasar, que iba á soltar de sus manos el cetro para que á la vez le tomasen Daríos y Ciros, Medos y Persas... Pero dejemos la Persia y los cautivos residentes en ella gozando de paz y reposo bajo el amparo y cuidado de Mardoqueo y Ester, tanto en el tiempo de Asuero, como en el de su hijo Darío, y volvamos con este á Babilonia, donde veremos á Daniel trabajar otra vez con el mismo celo que siempre por el bien de sus hermanos cautivos y prepararles la vuelta á su querida patria.

Darío toma á Babilonia y deja en ella á Baltasar bajo de tributo.

Ciro y Darío, principes de la Media y la Persia, eran el pecho y los brazos de plata que habian de derribar la cabeza de oro que representaba el imperio de los Asirios en la colosal y misteriosa estatua. Se convinieron estos dos monarcas en hacer la guerra á los Babilonios, aliados de Creso, á quien habia derrotado Ciro sostenido por Darío. Este, reunidas las fuerzas de ambos imperios, se encargó de la empresa, y aunque contaba con grandes dificultades y con pérdida de muchos guerreros, tomó á Babilonia antes de un año y no á mucha costa; pero fué por una estratagema. Estaba fundada Babilonia sobre las márgenes del Eufrates, rio caudaloso que pasaba por medio. Darío dividió las aguas, las dirigió por derecha é izquierda de la ciudad, y entró en Babilonia por la madre del rio con todo su ejército. Se apoderó de la reina Nitocris, que aun gobernaba, de Baltasar su hijo, y de toda la corte, y desde aquel momento fué arbitro del cetro de los Nabucodonosores; pero se contentó con hacer tributario el imperio de los Babilonios, separar del gobierno á Nitocris, y poner el cetro en manos de su hijo Baltasar bajo de condiciones que no sabemos dejase de cumplir, y la obligacion de entregar una suma de dinero todos los años en reconocimiento de su vasallaje. Con esto Darío retiró de Babilonia y su imperio todos sus ejércitos.

Estado de Daniel y los cautivos en la Caldea.

Baltasar, siempre afeminado, no adquirió mayor energia con el cetro en la mano. Su reinado no fué largo, ni suministró á la historia sagrada mas suceso que aquel con que le concluyó. Los cautivos de la Caldea continuaron

viviendo tranquilos á pesar de estas grandes convulsiones de un imperio agonizante. Daniel gozaba de las dulzuras del retiro desde que Nitocris regia el imperio, y si alguna vez era consultado en los negocios del reino, ninguna era ocupado de ellos. El Señor se le comunicaba en su retiro acaso mas que nunca, y en este tiempo de su soledad, le inspiró quizás la mayor parte de las profecías, contenidas en su gran libro; pero llegaba el tiempo en que el Señor le pusiese de nuevo en la presencia de los reyes para concluir las disposiciones de la vuelta de los cautivos á la tierra que habia prometido á sus padres, y que ellos habian poseído por siglos.

Gená del rey Baltasar y su muerte.

Baltasar, principe voluptuoso, cansado de los placeres comunes, como sucede á las personas sensuales y de facultades, quiso saciarlos y gozar de otros mas vivos y ruidosos. Mandó preparar un banquete exquisito y magnifico, y convidó á mil señores de los principales del reino. Se entregó con empeño al placer de una mesa preparada al intento, y cuando ya se hallaba ocupado del vino, mandó que trajeran á ella los vasos de oro y de plata que su padre (abuelo) Nabucodonosor habia transportado del templo que hubo en Jerusalem, para que bebiesen en ellos el rey y los grandes, y sus mujeres y sus concubinas. Trajeron los vasos sagrados y bebieron en ellos el rey y los grandes, sus mujeres y sus concubinas. Bebian vino á porfía en los vasos sagrados los hombres profanos y las mujeres impuras, y cada cual alababa á su dios de oro, de plata, de cobre, de hierro, de palo y de piedra... á todos los dioses falsos, excepto al Dios verdadero. Baltasar con esto llenó la medida y echó el sello á la conclusion de su imperio.

Cuando Baltasar y todos los convidados bebían y gritaban de contento, y volviendo á beber, echaban brin-

dís y vivas á sus dioses con un género de tumulto, aparecieron de repente unos dedos, como de mano de hombre, que escribian al otro lado del candelero de la mesa del rey en la superficie de la pared de la sala real; y el rey estaba mirando, fija la vista en la pared, los movimientos de los dedos que escribian. Entonces se mudó su semblante, se turbaban sus pensamientos, se desunian sus coyunturas, y sus rodillas se batian fuertemente la una contra la otra. El rey se acongojaba de espanto y gritaba, pidiendo que hiciesen entrar magos, caldeos y agoreros. Cualquiera, dijo á los sábios de Babilonia, que leyere esa escritura y me declarare lo que significa, será vestido de púrpura, llevará collar de oro en su cuello y será el tercero en mi reino (el siguiente á mí y á mi madre); y luego entraron todos los sábios del reino que habia en Babilonia, esto es, todos los agoreros, caldeos y magos, y no pudieron ni leer la escritura, ni declarar al rey su significado.

Con esto quedó el rey muy abatido, y los convidados muy aterrados; mas la reina madre al saber lo que habia sucedido al rey y á los convidados, entró en la sala del banquete, y dijo: Viva el rey para siempre. No te turben tus pensamientos, ni se mude tu semblante. Hay un hombre en tu reino que tiene el espíritu de los santos dioses, y en los dias de tu padre se hallaron en él ciencia, sabiduría, prudencia, inteligencia, espíritu superior, interpretacion de sucesos, declaracion de secretos y solucion de dificultades; por lo que tu padre, el rey Nabucodonosor, le hizo principe de los magos, de los encantadores, de los caldeos y de los agoreros. Tu padre sí, ¡ó rey! Este hombre es Daniel, á quien Nabucodonosor puso el nombre de Baltasar. Ahora, pues, que llamen á Daniel, y te dirá lo que significa.

Luego fué traído Daniel é introducido á la presencia del rey, quien le dijo: ¿Eres tú Daniel de los hijos de la cautividad, á quien trajo mi padre de la Judea? He oído de ti, que tienes el espíritu de los dioses, y que se ha en-

contrado en ti mayor ciencia, inteligencia y sabiduría (que en otro alguno), y que puedes interpretar las cosas oscuras y desatar las cosas intrincadas. Yo he llamado á los sabios magos para que leyesen esa escritura y me dijese lo que significa, y no han podido decir el sentido de esas palabras, ni leerlas; por lo cual, si tú puedes leer la escritura y declararme lo que significa, serás vestido de púrpura, llevarás collar de oro en tu cuello, y serás príncipe y tercera persona en mi reino. Tus dádivas, dijo Daniel, sean para ti, ¡ó rey! y los dones de tu casa dálos á otro. Yo leeré la escritura, y te mostraré su significado. El Dios altísimo dió á tu padre Nabucodonosor el reino y la grandeza, la gloria y el honor, y por la magnificencia que le dió, todos los pueblos, tribus y lenguas le respetaban y tenían. Á los que quería, mataba, y á los que quería, hería. Á los que quería, ensalzaba, y á los que quería, abatía. Mas cuando su corazón se levantó y su ánimo se afirmó en la soberbia, fué derribado del trono de su reino, privado de su gloria, arrojado de entre los hijos de los hombres, hecho su corazón como el de las bestias, y moró con los onagros (asnos silvestres); comió heno como buey y fué mojado su cuerpo con rocío del cielo, hasta que reconoció que el Altísimo tenía poder en el reino de los hombres, y que ponía sobre el trono á aquel que quería; y tú, Baltasar, siendo su hijo, y sabiendo todo esto, no has humillado tu corazón, sino que te has levantado contra el Dominador de los cielos, y has mandado traer los vasos de su casa á tu mesa, y tú, y los grandes de tu corte, y tus mujeres, y tus concubinas habeis bebido vino en ellos, y has honrado á los dioses de oro, y de plata, y de cobre, y de hierro, y de piedra que no ven, ni oyen, ni sienten, y no has glorificado el Dios que tiene en su mano tu aliento y todos tus caminos...

Por tanto él envió los dedos de una mano que escribió eso que está ahí grabado, y esta es la escritura que está ahí dispuesta : *Mane, Tecel, Fares*. Y esta es la in-

terpretacion de esas palabras. *Mane* : Dios ha contado tu reino y le ha terminado. *Tecel* : has sido pesado en balanza, y encontrado que tienes de menos. *Fares* : dividido ha sido tu reino y dado á Medos y Persas. Entonces por mandado del rey fué Daniel vestido de púrpura, y rodeado su cuello de un collar de oro, y se publicó que tendría poder el tercero en su reino. En aquella misma noche fué muerto Baltasar, rey caldeo. Noche famosa por un banquete magníficamente voluptuoso; por una profanacion sacrilega de los vasos de la casa del Señor; por la aparicion de una mano desconocida que escribe, aterra y sentencia; por la elevacion de Daniel á tercera persona del reino; por el parricidio del rey Baltasar; por la extincion de la descendencia del gran Nabucodonosor; por la terminacion de la poderosa y antigua monarquia de los Asirios, y por el cumplimiento de la profecia de Jeremías, que habia dicho : que, despues de cautivo Israel, esta monarquia solo duraria tres generaciones, que fueron : Nabucodonosor, su hijo Evilmerodac, y su nieto Baltasar, que muere sin descendencia.

El texto sagrado dice : que en aquella noche misma fué muerto Baltasar, rey caldeo; pero no dice por quien. Los que llevan que Babilonia fué tomada por Ciro tres años antes de la muerte de Baltasar, y, que este quedo tributario, como hemos dicho, asientan que fué muerto por una tropa de conjurados que le asaltaron y quitaron la vida en aquella noche; y los que dicen, que Babilonia fué tomada por los Medos y Persas en la noche de la cena de Baltasar, llevan que fué muerto por los que la tomaron. Acaso unos y otros yerran, y Baltasar fué muerto por la Justicia divina en cumplimiento de aquel *Mane* : Dios ha terminado tu reino; pero sea de esto lo que fuere, en cumplimiento del *Fares*, el reino de Baltasar fue dado á Medos y Persas, no á un tiempo y dividido en dos porciones, sino entero y sucesivamente.

Dario sucede al rey Baltasar.

Dario el Medo, continua el texto sagrado, sucedió (á Baltasar) en el reino (de Babilonia) siendo de sesenta y dos años. Dario era hijo del grande Asuero, rey de los Persas y nieto del valiente Ciaxares, rey de los Medos, de modo que por descendencia era Medo, y por nacimiento Persa. Su natural era suave y pacífico, y gobernaba su imperio de Persia con mucha prudencia. Luego que añadió el de la Caldea, dividió este en ciento y veinte provincias á la manera que había recibido aquel, dividido por su padre Asuero en ciento y veinte y siete. De este modo uniformaba en lo posible el gobierno de los dos imperios. Puso un sátrape ó gobernador en cada provincia, y estableció sobre estos ciento y veinte gobernadores, tres príncipes, siendo uno Daniel. Cuando Dario tomó posesion del nuevo imperio, encontró á Daniel en la altura á que Baltasar le había elevado algunas horas, ó acaso solo momentos, antes de morir. Se informó del motivo con que había merecido de su antecesor este premio tan brillante, y conoció lo que valia este hombre extraordinario. Tambien conoció que los Judíos, adoradores del Dios del cielo, en todas partes eran protegidos por el Dios á quien adoraban; porque nacido y criado en Susa, al lado de su padre Asuero, había sido testigo de todas la maravillas que había obrado el Señor en favor de Mardoqueo, de Ester y de todos los cautivos de Persia. Habia tratado con la reina, esposa de su padre, y con el famoso Mardoqueo, su primer ministro, y estaria regularmente en relacion con estos dos héroes del pueblo de Dios, á lo menos con Mardoqueo, en el caso de haber muerto ya lá reina. Todo esto hizo que Dario nombrase á Daniel uno de los tres príncipes que habian de presidir á los ciento y veinte gobernadores de las provincias.

Elevacion de Daniel en el reinado de Dario.

Daniel desde luego se aventajó, no solo á todos los gobernadores, sino tambien á todos los príncipes. Era un anciano de mas de ochenta años; se habia empleado en los negocios del imperio casi todo el tiempo desde que Nabucodonosor el Grande cautivó á Israel, y estaba lleno de experiencia. La penetracion de su entendimiento era grande, sus conocimientos vastos, su tino en el manejo de los negocios extraordinarios... era superior á todos, porque en Daniel, dice el sagrado texto, era mas abundante el espíritu de Dios. En poco tiempo se elevó tanto sobre sus compañeros y tan superior pareció á ellos mismos, que en todas las ocasiones que se ofrecia tratar los negocios delante del rey, vinieron á ser como los príncipes del tiempo de Job; que, cuando este hablaba, callaban todos, y ponian el dedo sobre su boca.

Le persigue la envidia.

El rey lo observaba, y pensaba establecerle sobre todo el reino; esto es, constituirle segunda persona despues del rey y darle la primera autoridad, como habia hecho Faraon con José en Egipto; mas los príncipes y los sátrapas no pudieron oír esto sin envidia, y luego se conjuraron contra Daniel y buscaban ocasion de malquistarle con el rey; pero nada encontraban, porque Daniel era fiel y no se hallaba en él ni culpa, ni sospecha. Entonces dijeron: En vano nos cansamos; no hallaremos en este Daniel ocasion alguna, á no ser en su religion: mas tampoco aquí la encontraban, porque Dario permitia á los Judíos practicarla libremente en la Caldea como en la Persia, y Daniel no hacia otra cosa que cumplir los deberes que le imponia; pero la envidia es un gusano que muerde sin cesar el corazon del envidioso y no le

deja sosiego hasta destruir el objeto que la causa. Ya en los campos de Dura se habia puesto á prueba la religion de los tres compañeros de Daniel delante de la estatua de Nabucodonosor, y á los envidiosos de entonces, si no les tocaron las llamas del horno, les tocó la confusion y la rabia de ver mas ensalzados á estos tres héroes del pueblo de Dios; mas no importa. No se halla otro medio de aplacar la envidia, y es necesario repetirlo. Aquello fué un portentoso inaudito, decian, y no es regular que haya para Daniel otro semejante. Á Nabucodonosor se sugirió la creacion de una estatua, á la que se diese el culto del Dios de Israel, y ahora solo se trata de sugerir á Darío la cesacion de este culto.

Edicto prohibiendo orar á otro que al rey en treinta dias.

En efecto, los príncipes y los sátrapas sorprendieron al rey, hablándole de este modo: ¡Ó rey Darío! vive eternamente. Todos los príncipes de tu reino, los magistrados, los gobernadores, los senadores y los jueces son de parecer que salga un decreto imperial mandando: que en el espacio de treinta dias, cualquiera que haga oracion ó dirija ruegos á otro, sea dios ó sea hombre, no siendo á tí, sea arrojado en el lago de los leones. Ahora, pues, ¡ó rey! accede á su parecer y firma el decreto para que no sea mudado lo una vez establecido por los Medos y Persas, ni sea lícito á ninguno traspasarlo. Ninguna cosa mas extravagante é injusta que semejante decreto; sin embargo Darío, mas pagano que fiel, y mas político que religioso, firmó el decreto, condescendiendo con los nuevos cortesanos de Babilonia, y con esto dió á los enemigos de Daniel el arma para perder á este grande hombre, que era el que mas amaba Darío y del que mas necesitaba.

Daniel sigue su costumbre de orar al Señor tres veces al dia.

Luego supo Daniel el contenido del edicto, y en una conciencia menos religiosa que la de este verdadero Israelita, acaso ninguna impresion habria hecho. No se le mandaba que hiciese oracion al rey, sino que, ó no la hiciese, ó de hacerla, fuese precisamete al rey, y esta orden solo comprendia treinta dias. Nada, al parecer, mas fácil que cumplir con su conciencia orando en el retiro de su aposento y en el secreto de su corazon, y cumplir con su obediencia al monarca, absteniéndose de orar de un modo público con desprecio del edicto. Por otra parte no parecia justo exponerse temerariamente á la muerte, privar á su pueblo de su gran proteccion y menos exponerle al resentimiento del monarca, al odio del pueblo, á la persecucion y tal vez á la muerte; pero todas estas consideraciones no hicieron impresion en el ánimo de Daniel. Á ellas opuso constantemente la ley. Creyó que no tributar á Dios el culto de costumbre en los dias prohibidos por el edicto, era desaprobar el culto del Señor, era negarle. Previo: que su conducta no seria aprobada por todo su pueblo: que se hallarian en él hombres condescendientes y hábiles en hallar temperamentos á la ley; y que le harian responsable de todos los males que viniesen sobre la nacion por este motivo; pero nada hizo balancear su firmeza. No se atendió á sí mismo, ni sutilizó trampeando con discursos apasionados los términos de la ley.

Habia dicho Salomon cuando dedicó el templo de Jerusalem, hablando con Dios: Si los hijos de Israel se volviesen á vos de todo su corazon y de toda su alma en la tierra de sus enemigos á la que fueren llevados cautivos, y orasen vueltos hácia el camino de la tierra que disteis á sus padres, y hácia la ciudad (de Jerusalem) que escogisteis, y hácia este templo que he edificado á vues-

tro Nombre, vos oiréis en el cielo sus oraciones y sus ruegos, y haréis su causa. Esto tenia en su alma Daniel y creía deber cumplirlo orando tres veces al día, mirando hácia la tierra de sus padres y hácia el sitio de las ruinas de Jerusalem y del templo. Cuando supo el edicto, entró en su habitacion, como antes, en las tres horas acostumbradas, y abiertas las ventanás de su cenáculo ó aposento, doblaba sus rodillas y adoraba y rogaba á su Dios vuelto hácia Jerusalem.

Le espían sus enemigos, le hallan orando y le acusan al rey.

Sus enemigos le espíaban y no tardaron en hallar la ocasion que deseaban. Tomaron la hora, se entraron de tropel en su cuarto y le encontraron arrodillado, vuelto hácia Jerusalem y haciendo oracion á su Dios, Luego se fueron al rey, y hablándole acerca del edicto le dijeron : ¡ O rey ! ¿ No has decretado que cualquier hombre que rogase á algun dios ó á algun hombre en el espacio de treinta días, no siendo á ti, fuese arrojado en el lago de los leones ? Verdad es, respondió el rey, segun el decreto de los Medos y Persas, el cual no es lícito traspasar. Pues bien, dijeron entonces, ahí está Daniel, de los hijos de la cautividad de Judá. No se ha cuidado de tu ley, ni del edicto que diste, sino que tres veces al dia hace su oracion y suplica á su Dios.

El rey trabaja en defenderle, y al fin tiene que permitir que le arrojen en el lago de los leones.

Al oír esto el rey se afligió en gran manera, y puso en su corazon librar á Daniel. Amaba muy de veras á este grande hombre, veneraba su virtud, honraba su ancianidad, reconocia sus servicios, y consideraba la necesi-



dad que tenia de su persona. Trabajó todo el dia hasta puesto el sol en sacarle de las manos de sus enemigos ; pero todo fué en vano : volvieron estos al texto, y en tono atrevido y amenazador, dijeron al rey : Sabe que es ley de los Medos y Persas que todo edicto que pusiere el rey no pueda alterarse. El rey, compelido de un decreto tan injustamente otorgado, como villanamente propuesto, dió orden con el mayor sentimiento para que trajesen á Daniel, y mas conmovido todavia con la presencia del venerable anciano, solo pudo decirle estas cortadas palabras : Tu Dios, á quien tú siempre adoras, ese te librá. Entonces arrojaron á Daniel en el lago ó cueva de los leones.

El ángel del Señor cierra la boca de los leones y no le hacen daño.

El rey por una parte tenia grande confianza de que las fieras no tocarian al siervo de Dios, y por otra grande temor de que sus enemigos, mas fieros que las fieras, le quitarian la vida que aquellas perdonasen. Con este temor mandó que se cerrase la boca del lago con una gran piedra, y se candase y sellase con su anillo y el de sus grandes, para que nada, dice el texto sagrado, se hiciese contra Daniel. Se retiró el rey affligido á su palacio; se acostó sin cenar; no fué puesta comida en su presencia, y además, el sueño se huyó de él. Al rayar el dia se levantó y encaminó apresurado al lago de los leones, y acercándose á él llorando, exclamó con voz lastimera : Daniel, siervo del Dios viviente, ¿por ventura tu Dios, á quien tú sirves siempre, ha podido librarte de los leones? ; Ó rey! respondió Daniel desde lo hondo del lago, vive para siempre. Mi Dios envió su ángel; este cerró las bocas de los leones y no me han hecho daño alguno, porque en su presencia ha sido hallada en mí justicia, y contra ti, ¡ó rey! yo no hice de-

lita. Al oír el rey la voz de Daniel quedó trasportado de gozo, viendo que vivía; y mandó que al momento le sacasen del lago. Al instante fué sacado del lago Daniel, y no se halló en él ni la menor lesión, porque creyó y confió en su Dios. El rey adoró al Dios de Daniel, y luego fueron traídos, mandándolo el rey, aquellos hombres que habian acusado á Daniel, y arrojados en el lago de los leones, ellos y sus hijos y sus mujeres. (familias crueles é impías) y aun no habian llegado al suelo del lago, cuando los arrebataron los leones, los despedazaron y desmenuzaron todos sus huesos, dice el texto sagrado.

Decreto de Darío.

Entonces Darío escribió á todos los pueblos, tribus y lenguas que moraban en toda la tierra: La paz se multiplique en vosotros. Yo he decretado y mando: que en todo mi imperio y mi reino, todos teman y reverencien al Dios de Daniel; porque él es el Dios viviente y eterno en todos los siglos, y su reino no será destruido, y su poder durará hasta en la eternidad: es el Dios que libra y que salva, que hace prodigios y obra maravillas en el cielo y en la tierra: es el Dios que ha librado á Daniel del lago de los leones.

Ya vimos con alguna extrañeza que Daniel no se halló en el campo de Dura, ni acompañó á sus tres compañeros entre las llamas del horno. No pudimos dar razon de esta ausencia de Daniel en una ocasion en la que, al parecer, debia estar al frente de aquellos héroes de la religion de sus padres; pero ahora acaso ya no lo extrañaremos al ver que el Señor dilató, pero no privó á Daniel de la prueba del justo, y quiso que, como Misac, Sidrac y Abdenago glorificaron su santísimo Nombre entre las llamas, Daniel le glorificase entre los leones, para que asi como allí Nabucodonosor al ver los portentos de la diestra del Señor, bendijo al Dios de Sidrac, Misac y

Abdenago y decretó pena de muerte á cualquiera de sus pueblos, tribus y lenguas que dijese blasfemia contra el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, asi aqui Darío confesase, adorase y bendijese al Dios de Daniel, y mandase á todos sus pueblos, tribus y lenguas que temiesen y reverenciasen al Dios de Daniel. Misac, Sidrac y Abdenago fueron mas enalzados que antes por Nabucodonosor, y Daniel lo fué por Darío, y conservó esta grande altura de estimacion y de aprecio, no solo en su reinado, sino hasta el reinado de Ciro.

Ninguna cosa mas ventajosa para los cautivos que este triunfo y poder de Daniel, y este decreto y mandato de Darío. Este monarca tan afecto al culto del Dios de Daniel era el dueño de los dos imperios de Persia y Caldea, donde se encontraban las dos porciones del cautivo Israel. y Daniel, mas bien que un ministro, era un amigo y un compañero de Darío. Todo lo debian esperar los cautivos de situacion tan feliz, mas no habia para los verdaderos Israelitas gozo cumplido, mientras que se encontraban en una tierra extraña; y por mas sólidos que pareciesen sus establecimientos, ellos no los miraban sino como alojamientos de su cautiverio. Esperaban con ansia la libertad de volver á su querida patria, y creian que no estaba distante este tiempo dichoso: sobre todos Daniel, á quien nada ocupaba ya tanto como este pensamiento, ninguna diligencia omitia ni perdonaba por descubrir el término preciso que el Señor habia señalado al castigo de sus rebeldías y á la conclusion de su cautiverio. Buscaba con desvelo en los Libros sagrados este suspirado término, y le parecia verle ya llegar.

Profecias de Isaías y Jeremias acerca de la duracion del cautiverio.

Leía en Jeremias: que esta cautividad seria la mas larga, despues de la de Egipto; pero que no pasaria de

setenta años : que llegaría su libertad cuando se acabase la descendencia de Nabucodonosor : que esta descendencia se compondría de Nabucodonosor, su hijo y el hijo de su hijo; y que entonces sería trasladado el trono de Babilonia á un monarca extranjero. Daniel veía cumplida plenamente esta profecía de Jeremias en el rey Baltasar, nieto de Nabucodonosor y muerto sin descendencia, y en Darío, monarca extranjero, que ocupaba ya el trono de Babilonia. Solo faltaba que se cumpliera la de Isaías, acerca del monarca que había de dar fin á la cautividad y libertad á los cautivos para volver á Judea su patria. El Señor había dicho por este profeta : que sería un rey de reyes, un gran monarca; y que se llamaría *Ciro*; y Daniel sabía esto mejor que otro alguno. Veía ya un príncipe en el mundo con el nombre de *Ciro*, y le veía poderoso y ocupando el trono de los Medos, y no dudó que *Ciro*, monarca de los Medos, era el llamado por Dios para dar libertad á su pueblo, y que la cautividad tocaba en su fin.

Muere Darío, y le sucede su hijo Astiages.

Darío, tan amante de Daniel y favorable á los cautivos, solo reinó un año en Babilonia, donde murió el sesenta y ocho de la cautividad. Parecía que *Ciro*, destinado por Dios para concluirla en el año setenta, subiría ya al trono de la Caldea, pero no fué así, porque Darío había dejado un hijo en edad de reinar, y le ocupó en la muerte de su padre. Este nuevo monarca se llamaba *Astiages*, como el hermano de su abuelo *Asuero*. Criado *Astiages* al lado de su padre el piadoso Darío, y testigo de los portentos que el Señor había obrado en favor de la inocencia de Daniel, y en castigo de la envidia de sus enemigos, conservó al profeta y á la cautividad el mismo afecto y protección que su padre, de modo que los cautivos nada perdieron por la muerte de su protector el

piadoso Darío; mas no era *Astiages* el destinado por Dios para darles la libertad, por mas estimación que les dispensase.

Muere Astiages, le sucede el gran *Ciro*.

Reinó poco tiempo. Al cabo de ocho, y á lo mas, nueve meses, murió tambien en Babilonia, y aunque dejó hijos, no se hallaban en edad de reinar, y este era el caso en que, segun los tratados, debía ocupar el trono el rey de los Medos en Persia y Caldea. Luego entró *Ciro* pacíficamente en la posesión de estos dos imperios, donde se hallaban las dos porciones que componían toda la cautividad. Fué recibido *Ciro* en Babilonia con las mejores disposiciones, ya por su derecho, fundado en los tratados hechos con Baltasar, y ya por la gran fama que le acompañaba; pero lo fué muy particularmente por Daniel y sus hermanos, que veían ya entre ellos al príncipe anunciado casi dos siglos antes, y designado por Dios para dar fin á su esclavitud y dejarles volver del destierro á su patria. Es verdad que *Ciro* no se hallaba todavía con aquellas disposiciones que eran necesarias al buen cumplimiento de la gran misión para la que el Señor le había escogido; pero aquel que le había elegido, iba á proporcionárselas. Era *Ciro* un príncipe idólatra, sujeto á toda clase de supersticiones, adorador de otros tantos dioses cuantos encontraba en los países que conquistaba y en los imperios que adquiría. Él debía toda su grandeza al Dios de Israel, y era acaso el único á quien no adoraba. Sin embargo estaba destinado para dar fin á la cautividad y debía conocer antes al Dios que adoraban los cautivos, y persuadirse que debía enviarlos á adorarle en Jerusalem. Uno de los primeros favores que recibió del Señor al entrar en Babilonia, para llegar á este conocimiento, fué encontrar en ella á Daniel.

Honra Ciro á Daniel.

Luego que le vio y trató Ciro, le amó y honró sobre todos sus amigos, hizo que comiese siempre á su mesa, y léjos de rebajarle los honores y estimacion que le habian dispensado sus antecesores, añadió nueva estimacion y nuevos honores, ensalzándole en tan gran manera que vino á ser como el señor de los señores, medos, persas y babilonios. Tanta elevacion habria hecho temblar á Daniel al acordarse del lago de los leones, y tanta carga hubiera sido insoporlable en su edad, si el bien de sus hermanos y el cumplimiento de las disposiciones del Cielo no le hubieran obligado á resignarse con todo. Daniel, este respetable anciano, aprovechaba el amor que le profesaba el monarca para bien del monarca mismo. En sus intimidades le hablaba con frecuencia del solo Dios verdadero; pero Ciro, tan conquistador de los pueblos, como conquistado por las supersticiones, estaba muy aferrado en sus idolatrías. Era valiente: á nadie temia; pero en tocando á los dioses, era el mas cobarde y el mas dispuesto á pasar por todos los embustes que se le quisiesen sugerir. Esta situacion y condicion del príncipe era bien deplorable, sin embargo no era desesperada; porque ya se sabe que es menos difícil convertir á un adorador extraviado en adorador verdadero, que en adorador al que no adora: es decir, que no es muy difícil convertir á un idólatra; pero que es casi imposible convertir á un impío. Daniel trabajaba en la conversion de este príncipe idólatra, y aunque le hubo de costar caro su empeño, no salió vana su esperanza.

Ídolo Bel.

Cuando Ciro vino á Babilonia encontró un ídolo, llamado Bel, en la mayor altura de veneracion entre los

Babilonios. Desde luego se declaró su adorador, y todos los dias iba á rendirle sus cultos. Daniel adoraba á su Dios. ¿Y porqué, le preguntó un dia Ciro, porqué tú no adoras á Bel? Porque yo, respondió Daniel, no adoro á dioses que fabrican los hombres, sino á Dios vivo que crió los cielos y la tierra y tiene poder sobre todo cuanto existe. ¿Pues qué, le dijo el rey, piensas que Bel no es dios vivo? ¿Acaso no ves cuánto come y bebe cada dia? (se gastaban con este ídolo diariamente doce artabas (como unas mil y ochenta libras) de flor de harina, cuarenta ovejas y seis ánforas (diez y ocho arrobas) de vino). Y respondió Daniel sonriéndose: No vivais engañado ¡ó rey! porque ese Bel por dentro es de barro y por fuera de bronce, y nunca come. Airado el rey al oír esto, llamó á los sacerdotes del ídolo, y les dijo: Si no me declarais quién come todo esto que se gasta diariamente, moriréis. Mas si me haceis ver que Bel come esto, morirá Daniel, porque ha blasfemado contra Bel; y dijo Daniel al rey: Hágase como lo has dicho.

Sacerdotes del ídolo.

Eran los sacerdotes de Bel setenta, sin contar las mujeres, hijos y niños. No les puso en cuidado esta amenaza del rey, porque habian hecho bajo de la mesa del altar una entrada secreta y tan disimulada, que no creian posible que fuese descubierta. Por ella entraban y comian todo lo que se llevaba diariamente para Bel. Fué el rey con Daniel al templo de Bel, y le dijeron los sacerdotes: Hé aquí que nosotros nos salimos del templo y nos retiramos, y tú, ¡ó rey! haz poner las viandas y el vino delante de Bel; cierra la puerta del templo y séllala con tu anillo; y si mañana temprano, cuando entrases, no hallares que todo lo ha comido Bel, mándanos matar, y si lo ha comido, que muera Daniel, porque ha mentido contra nosotros.

Industria singular de Daniel.

Luego que los sacerdotes salieron del templo, hizo el rey poner las viandas y el vino delante de Bel. Iba el rey tambien á salir; pero Daniel habia prevenido á sus criados que le llevasen una criba y ceniza, y le suplicó que se deluviera por algunos momentos. Tomó la criba y la ceniza, despachó á sus criados, y quedando solos el rey y el profeta, cribó este á la vista de aquel la ceniza por todo el pavimento ó suelo del templo, y suplicó al rey de nuevo, que guardase silencio hasta que el día siguiente abriesen el templo. Nada penetró Ciro de la consecuencia que podria tener esta operacion, que se parecia á una extravagancia. Concluida á satisfaccion de Daniel, cerraron el templo, y el rey selló con su anillo las puertas. En lo mas oscuro y secreto de la noche entraron, segun su costumbre, por la puerta secreta los sacerdotes, sus mujeres é hijos, llevaron, comieron y bebieron toda la cena de Bel, y nunca con mas gusto, porque se miraban seguros de la victoria contra Daniel, y esperaban que el culto del ídolo quedaria mas autorizado que nunca, y su regalo mas asegurado; pero estos impostores no se encontraban en la feliz situacion que ellos se figuraban, y la escena sacrilega que estaban representando se hallaba muy próxima á ser teñida con su propia sangre. Se levantó el rey muy de mañana y Daniel con él. Se dirigieron al templo de Bel, y llegando á sus puertas, dijo el rey á Daniel: ¿Estan sin tocar los sellos (que pusimos ayer)? sin tocar estan, jó rey! respondió Daniel; y habiendo abierto luego las puertas, miró el rey á la mesa de Bel, y viéndola vacía, dió un grito diciendolo: Grande eres, jó Bel! y no hay en tí engaño alguno. Se rió Daniel, y deteniendo al rey para que no entrase, le dijo: Mirad ese pavimento, y advertid. Yo veo, dijo el rey, huellas de hombres, mujeres y niños. Conoció luego la maldad, y lleno de ira mandó prender á los sa-

cerdotes, sus mujeres é hijos, les obligó á declarar la puerta secreta por donde entraban á comer lo que se ponía sobre la mesa del ídolo, y luego los hizo morir, y entregó á Bel en poder de Daniel, quien le destruyó juntamente con el templo.

Ídolo Dragon.

Habia tambien en Babilonia un gran dragon al que adoraban los Babilonios por Dios, y despues de la destruccion de Bel, de su templo y de sus sacerdotes, dijo el rey á Daniel: Ahí está el dios dragon, á quien adora toda Babilonia, y yo tambien le adoro. No me dirás ahora que el dios dragon ño es un dios vivo. Adórale tú tambien. Yo, respondió Daniel, adoro á mi Dios y Señor, porque es el Dios vivo. Este dragon no es el Dios vivo, y sino dadme, jó rey! facultad, y yo le mataré sin palo ni espada. Te la doy, dijo el rey. Tomó entonces Daniel pez, sebo y pelos, le coció todo junto, é hizo de ello unas pellas, las echó en la boca del dragon y luego reventó. Hé ahí, dijo Daniel al rey, el que adorabais por dios, y el rey quedó confundido y convencido. No nos dice el texto sagrado si el rey entregó al poder de Daniel el dragon como habia entregado á Bel, aunque era consiguiente. Cuando los Babilonios supieron la destruccion del ídolo dragon, se irritaron en extremo y amotinados contra el rey, dijeron: Judío se ha hecho el rey. Ha permitido á Daniel que destruya al dios Bel, que mate al dragon y que haga morir á sus sacerdotes. Entonces vinieron en tumulto á palacio y dijeron al rey: Entrérganos á Daniel, ó sino le matarémos y á tu familia.

Daniel es arrojado segunda vez en el lago de los leones

Viendo el rey que le estrechaban, forzado por la ne-

cesidad, les entregó á Daniel, y al momento le arrojaron en el lago de los leones. Tuvieron presente los amolinados, que cuando fué arrojado en aquel mismo lago en tiempo de Darío, solo habia estado en él una noche, y creyeron que se necesitaba mas tiempo para obligar á los leones á que devorasen á Daniel por generosos que fuesen, y dispusieron que estuviese allí seis dias. Habia en el lago siete leones, y se les daban cada dia dos ovejas y dos cuerpos que no nombra la Escritura, y nada se les volvió á dar desde que arrojaron á Daniel entre ellos. Ciertamente que en esta ocasion tomaron bien las medidas para que Daniel no escapase de las garras de la muerte, en el caso de librarse de las de siete leones estando sin comer por seis dias, pues que un anciano, de casi noventa años, no podia vivir seis dias sin alimento; pero no se muere ni por falta de alimento ni por garras de leones, cuando se está bajo la proteccion del Dios omnipotente, ni se deja de morir sino por los medios que elige su providencia. El Señor, que conservó á Moises cuarenta dias sin comida ni bebida, y á Elías otros cuarenta, pudiera haber conservado seis á Daniel; pero no le plugo hacerlo así, y quiso conservarle con un nuevo y mas ruidoso portento, que al paso que consolase á las reliquias de Israel, que vivian en rededor de las ruinas de Jerusalem, hiciese mas conocida la proteccion que el Señor dispensaba á su fiel siervo.

Un ángel lleva al profeta Habacuc por el aire con comida para Daniel.

Estaba á la sazón el profeta Habacuc en la Judea, y un dia que llevaba á sus segadores un potaje y unos panes, se le presentó un ángel del Señor y le dijo: Esa comida que tienes llévala á Babilonia á Daniel, que está en el lago de los leones. Señor, respondió Habacuc, yo no he estado en Babilonia, y no sé el lago de los leones.

Al momento el ángel del Señor le tomó por los cabellos y con la velocidad de su espíritu le llevó á Babilonia, distante como trescientas leguas, y le puso sobre el lago de los leones. Daniel, clamo aquí Habacuc, Daniel, siervo de Dios, toma la comida que te envía el Señor. Levantó Daniel al cielo sus ojos, y penetrado del mas profundo agradecimiento, exclamó: ¡De mí, ó Dios mio, os habeis acordado y no habeis desamparado á los que os aman! y levantándose comió, y el ángel del Señor volvió a llevar á Habacuc, luego al punto, al lugar donde le habia tomado.

Ciro manda sacar del lago á Daniel.

Al sétimo dia vino el rey á llorar á Daniel: llegó al lago, miró al fondo, y... ¡qué asombro! vió á Daniel sentado en medio de los leones. La alegría del rey no cupo en su pecho y le obligó á prorumpir en gritos, exclamando: ¡Grande sois, Señor, Dios de Daniel! Hizo como Darío que sacasen del lago á Daniel, y echasen en él á los que habian maquinado su muerte, y en un momento fueron devorados por los leones, á la vista del rey, quien mas asombrado cada vez y mas gozoso, dió allí mismo un decreto que decia: Teman al Dios de Daniel todos los moradores del orbe, porque él es el Salvador, el que hace prodigios y maravillas en la tierra, el que ha librado á Daniel del lago de los leones; y mandó que este decreto se enviase á todos los pueblos de sus tres imperios. ®

Ciro se convierte, y Daniel consigue el decreto de la libertad de Israel.

Este portento, que presenció el mismo Ciró, fué el último de aquella multitud que habia obrado el Señor,

durante la cautividad en los imperios de Caldea y de Persia; el que convirtió á este monarca, anunciado cerca de dos siglos antes de su nacimiento como libertador del cautivo Israel, y el que, preparando el fin del cautiverio, abrió la puerta á los cautivos para volver á su patria. Ciro al ver este prodigio recobró todo aquel brio que le habia acompañado por toda su vida, y que pareció haberle desamparado á la vista de los amotinados: hizo en ellos un escarmiento tan justo como terrible, arrojándolos en el lago de los leones; presentó un ejemplo á todos sus subditos para que jamás volvesen á inquietarle, y menos á insultarle con respecto á la religion de Daniel. Esto conducia en gran modo para que Ciro pudiese dar sin contradiccion la libertad á Israel. Tambien con este portentoso Daniel aumentó, si podia aumentarse, el ascendiente que ya tenia sobre el corazon del monarca, y le puso en el caso de hablarle sobre el repugnante negocio de dejar ir de su imperio, y perder una nacion entera, la mas fiel é industriosa de cuantas le componian.

Daniel viendo el cumplimiento de los setenta años del cautiverio, y la disposicion en que el Señor habia puesto el corazon de Ciro con respecto á este delicado asunto, se determinó á proponerle al monarca, y principió por darle á entender: que la esclavitud en que estaba su pueblo de Judá, tenia fijado su término por el mismo Señor, que le habia enviado al cautiverio para corregirle porque le amaba: que este término, que era de setenta años, se concluia en el presente: que ora ya tiempo de volver á poblarla, á levantar los muros de Jerusalem, á reedificar el templo del Señor y á ofrecerle víctimas agradables en el lugar que para esto él mismo habia elegido: que no intentaban los cautivos violentar la voluntad de su rey: que en el largo espacio de setenta años la cautividad nada habia dado que hacer á sus antecesores: que él mismo, á pesar del aprecio que le habia merecido, jamás le habia hablado sobre la li-

bertad de su pueblo, porque aun no habia llegado el término señalado por el Señor; pero que hallándose ya en él, esperaba que su amado Ciro, cuyo corazon se hallaba tan lleno de fe y religion, cooperaria de buena voluntad á que se cumpliese la voluntad del Señor: que era llegado el tiempo de manifestar un anuncio sumamente glorioso para el rey, y que el rey ignoraba.

Siglo y medio, señor, antes de vuestro nacimiento, fuisteis destinado por Dios para dar libertad á su pueblo, y anunciado con vuestro propio nombre. No conociais á Dios cuando todas vuestras empresas salian á medida de vuestros deseos, cuando desmayabais á vuestros enemigos, quebrantábais los cetros y sujetábais á vuestro imperio los pueblos, las provincias y los reinos; y sin embargo á la proteccion especial de ese Dios, á quien no conociais, debeis aquellos asombrosos sucesos que os hacen al presente la admiracion de la tierra. Para cumplir el honorífico encargo que Dios os fió; ha reunido á vuestro imperio de Media el de Persia y Caldea, donde viven las dos porciones que componen la cautividad. Isaías, que vivió en los reinados de Ozias, Joatan, Acaz y Ezequías, reyes de Judá, y de quien debe hacerse memoria en los sucesos de Berodac-Baladan, rey de Babilonia, con motivo de la célebre embajada que envió este monarca á Ezequías... Isaías, uno de nuestros profetas mayores, cuyas profecias andan, hace cerca de dos siglos, en las manos de todo Israel, y en las que se lee el nombre de Ciro siglo y medio antes que se oyese en el mundo el nombre de un monarca que se llamase Ciro... Isaías fué el célebre profeta por cuya boca habló el Señor las siguientes palabras:

Yo soy el que digo á Jerusalem: serás habitada, y á las ciudades de Judá: seréis edificadas. Yo soy el que digo á Ciro: tú eres mi pastor, y cumplirás toda mi voluntad. Yo soy el que digo á Jerusalem: edificada serás; y al templo: fundado serás. Yo he tomado la diestra de mi ungido Ciro para sujetar delante de él las gentes, para

hacer que vuelvan la espalda los reyes, para que se abran á su vista las puertas, y queden abiertas. Yo (Ciro) iré delante de ti, humillaré á los gloriosos de la tierra, romperé las puertas de bronce y quebrantaré los cerros de hierro. Por amor á mi siervo Jacob y á mi escogido Israel te llamé por tu propio nombre. Yo el Señor te ceñí (te amé) y no me conociste. Yo elevé á Ciró para ejecutar la justicia, y dirigiré todos sus caminos. El edificará mi ciudad y dará libertad á mi cautividad, no por precio, ni por dones (sino graciosamente). Lo dice el Señor Dios de los ejércitos.

Ciro al ver la destruccion de Bel y del dragon habia renunciado á la adoracion de los idolos, y al presenciar los portentos del lago de los leones se habia convertido en un adorador del Omnipotente. Ahora al verse anunciado tantos años antes por el Dios de la gloria, á quien adoraba y amaba, tuvo un placer extremado, y ya no pensó sino en desempeñar la comision que su Dios le daba. Desde este momento quedó decretada en su corazon la libertad de Israel, y luego se publicó en todo su imperio el edicto siguiente.

Decreto de Ciró.

Esto dice Ciró, rey de los Persas. El Señor Dios del cielo me ha dado todos los reinos de la tierra (de oriente), y él mismo me ha mandado edificarle un templo en Jerusalem, ciudad de Judea. ¿Quién hay entre vosotros de todo su pueblo que quiera subir á Jerusalem? El Señor sea con él. Suba y edifique la casa del Señor Dios de Israel. Los que se quedaren en sus establecimientos, ayúdenles desde ellos con plata, oro, alimentos y bestias, sin contar en esto con lo que voluntariamente ofrezcan al templo del Señor, que está (arruinado y va á edificarse) en Jerusalem. Tal fué el edicto de Ciró, de este famoso monarca, anunciado por los profe-



tas, y elegido por Dios tantos años antes, para dar la libertad á Israel. Daniel vió en el edicto llenos todos sus deseos, y luego que fué publicado en todos los Estados del monarca, no trató sino de conseguir el permiso de separarse de la corte, cuya morada no convenia ya á su edad casi nonagenaria, y cuyos negocios no le eran ya interesantes, habiendo conseguido la libertad de sus queridos cautivos. Ciro estaba inexorable acerca de este permiso; pero el venerable anciano pudo tanto con sus súplicas, y sobre todo con sus ruegos al Señor, que al fin consintió el monarca en que saliese de la corte; pero con la condicion de no alejarse de Babilonia para valerse en los grandes negocios de sus incomparables consejos.

Muerte de Daniel.

Nada vuelven á decirnos los Libros santos de este admirable profeta; y parece que así como Elías fué arrebatado por Dios en un carro de fuego y colocado en un lugar de reposo para defender algun dia la gloria de su santísimo Nombre, así Daniel fué arrebatado por Dios en el carro de fuego de su divino amor al reposo del seno de Abraham para pasar algun dia á cantar entre los ángeles en el cielo la gloria de aquel santísimo Nombre, que tantas veces habia procurado honrar delante de los reyes y de los pueblos en la tierra. Las vidas de Elías y Daniel tienen una semejanza que no se encuentra en alguna de los demás profetas, como advertirá cualquiera que las lea y compare.

Dificultades por parte de los cautivos para salir del cautiverio.

La libertad del pueblo de Israel, cautivo hacia setenta años en castigo de sus prevaricaciones y la de sus pa-

dres, habia de ser obra de la misericordia del Señor; pero el Señor queria que Israel no pusiese por su parte tropiezos ni estorbos, sino que obrase con arreglo á su misericordia. Conseguido el decreto de Ciro, nada restaba sino emprender su viaje; mas esto presentaba dificultades que era preciso vencer, y si bien Ciro con su decreto habia roto las cadenas del poder que les tenia sujetos habia tantos años, tambien ellos tenian que romper las que sujetaban su corazon y le ataban á su cautiverio. Su industria, actividad y su habilidad en el comercio, juntamente con el ascendiente y proteccion que les habian dispensado los monarcas sus dueños, y la tranquilidad que siempre habian disfrutado aun en medio de los trastornos de los países en que habitaban, les habian proporcionado formarse los mejores establecimientos que habia en la Caldea y la Persia. Habian llegado á vencer la aversion con que al principio les miraban los naturales, y en el dia eran considerados como una colonia pacífica é industriosa, cuyo comercio les era muy útil. Poseían al presente, y de mucho tiempo antes, la amistad de los monarcas, á quienes obedecian y en cierto modo mandaban. Se les fiaban empleos importantes, y no habia dignidad, ni en Caldea ni en Persia, en que no les hayamos visto colocados; y si conservaban el nombre de cautivos, era solo con respecto á la Judea, á la que no se les permitia volver; pero en todo lo demás gozaban de un estado enteramente libre y comerciaban con todo el oriente. Todos estos lazos era preciso romper para salir de aquel pais de su paz y su abundancia y volverse á su tierra.

Aun la religion, que parecia ser el único motivo de este viaje y mudanza, presentaba allí sus atractivos. Ellos habian hecho conocer el nombre de Dios á unos pueblos enteramente idólatras: habian extendido entre ellos su culto, y sin contar los grandes y reyes que ya le profesaban, apenas habia familia que no tuviese muchos prosélitos y esclavos que le seguían; y esto se ve en el recuen-

to de salida del cautiverio, en el que se advierte que para cuarenta y dos mil trescientos y sesenta Israelitas, se hallan siete mil trescientos treinta y siete siervos y siervas; y tambien se ve en la resistencia que hizo por veinte y un dias el ángel protector de la Persia al ángel protector de Israel para que no saliesen los cautivos del reino que estaba á su custodia. Todo en fin, al parecer, concurría á dificultar la salida de los cautivos; y aun habia mas, porque si el pais de su cautividad les presentaba tantos motivos y alicientes para no desampararle, su pais propio, al contrario, no les ofrecia sino escaseces, contradicciones, inquietudes, peleas y el espectáculo de un templo arruinado, una Jerusalem destruida y desierta, unas ciudades arrasadas, y unas tierras ó eriales, ó poseidas por extranjeros que les darian bien que hacer antes de salir de su posesion, ó no saldrian de ella.

Únicamente tenian, para determinarse, el restablecimiento del culto de Dios en aquella ciudad y aquel templo que el Señor se habia escogido para recibirle; porque la tierra que, segun la promesa del Señor, habia mandado leche y miel á sus padres, no tenia apariencia de manar sino suero y hiel para ellos. Sin embargo no se lee que hablasen ni una sola vez de estas dificultades. Lo hemos dicho ya: la cautividad habia formado de Israelitas idólatras y rebeldes, fieles y verdaderos Israelitas. Llenos de religion y de fe, reconocian: que la dicha que gozaban en su destierro, era efecto de la proteccion particular del Señor: que cesaria su felicidad en el momento que se hiciesen indignos de ella con su ingratitud: que las dificultades solo podian desanimar á hombres que apoyados en la prudencia humana solo contasen con sus propias fuerzas; pero no á los que fundaban su esperanza en el brazo de un Dios omnipotente: que este protector soberano, que les habia conciliado por setenta años la benevolencia de los reyes idólatras, les protegeria en todas las dificultades que se les presentasen y les daria fuerzas para vencerlas, y en fin, que á ellos no les tocaba dispu-

tar, sino obedecer cuando el Señor declaraba su voluntad, y que nada les importaba entrar en la Judea sobre felices ó desgraciadas circunstancias, con tal que reedificasen la ciudad santa, levantasen el templo y el altar, le ofreciesen en él los sacrificios de expiacion, alabanza y accion de gracias, y formasen el pueblo santo que habia de perpetuar la descendencia de Abraham hasta dar al mundo el Mesías tantas veces y por tanto tiempo prometido.

Arreglo del viaje.

No pensaron, pues, los cautivos sino en aprovecharse del edicto de Ciro, publicado en todo su imperio; pero era preciso arreglar el viaje. No convenia que todos los cautivos de Babilonia y de Persia saliesen de una vez para ir á habitar en un pais erial para ellos, al paso que era muy importante que permaneciesen por algun tiempo en los dominios de Ciro un número de cautivos que conservasen y fuesen vendiendo los importantes establecimientos que tenian en ellos, y que con el valor de las rentas y del capital supliesen al desamparo en que iban á verse los hermanos que pasasen á establecerse en la Judea; para que así la abundancia de los que quedaban supliere la escasez de los salian. Ciro en su edicto dejaba en libertad á cada uno para salir ó quedarse en sus dominios, y solo ordenaba, que los que quedasen en ellos, ayudasen con plata, oro, alimentos y bestias á los que saliesen.

Se levantaron, pues, los cabezas de familias de Judá y de Benjamín, los sacerdotes, los levitas y todo aquel, añade el sagrado texto, á quien Dios despertó el espíritu (el deseo) de subir á edificar el templo del Señor en Jerusalem; de modo que el Señor fué quien señaló los que habian de salir, despertando en ellos el deseo. Luego se reunieron los ancianos y los principales del pueblo, y se determinó que se previniese á todos los que por entonces

habian de volver á la Judea: que se dispusiesen para el viaje: que vendiesen las posesiones que pudiesen, dejando las demás al cuidado de los que aun quedasen, y que estuviesen prontos á marchar al primer aviso; pero era necesario elegir antes conductores que fuesen al frente de un pueblo, que iba á emprender un viaje, aun mas largo que el de los cautivos de Egipto; porque el Señor no habia llamado ahora, como entonces, á un Moises, ni prometido su ángel para guiarlos.

Eleccion de caudillos.

La eleccion de estos conductores no era difícil, y desde luego recayó en Josué ó Jesus hijo de Josedec, y en Sasabasar ó Zorobabel hijo de Salaciel. Era Josué de una de las primeras familias sacerdotales, y en su ascendencia, que subia por Helcías su tercer abuelo, hasta Finees, Eleazar y Aaron, contaba muchos soberanos pontífices; y Zorobabel era nieto de Joanan, hijo mayor del piadoso Josias, primer heredero del trono de este gran monarca, y único que no reino de sus cuatro hijos, á causa del trastorno del derecho de descendencia en la confusion que precedió á la cautividad.

Precedentes á la salida.

Hecha esta eleccion se dió el aviso de marcha, y todos aquellos á quienes Dios habia despertado el deseo de subir á Jerusalem á edificar el templo del Señor, se reunieron para emprenderla. Al mismo tiempo los demás cautivos, que aun quedaban en sus establecimientos, acudieron á los que salian con vasos de plata y de oro, y con alhajas y bestias de carga, sin contar con las cantidades que habian ofrecido para la reedificacion del templo del Señor. Tambien el rey hizo que Mitridates le trajese todos

los vasos del templo del Señor, que Nabucodonosor habia llevado de Jerusalem, y los entregó por cuenta á Zorobabel; y hé aqui la cuenta de ellos: treinta tazas de oro y mil de plata, veinte y nueve cuchillos con mangos de plata, treinta copas de oro y cuatrocientas y diez de plata; y de otros vasos un mil, sin contar con otros menores. Todos los vasos de oro y de plata cinco mil y cuatrocientos.

Ciro en su decreto habia dicho: que el Señor, Dios del cielo, le habia mandado que le edificase un templo en Jerusalem, ciudad de Judea, y en cumplimiento de este encargo del Cielo, mandó: que fuese edificada la casa de Dios que estaba (arruinada) en Jerusalem, para ofrecerle en ella sacrificios: que se echasen tales vimientos que sostuviesen la altura de sesenta codos (treinta varas): que los formasen de tres hileras de piedra sin labrar y una de madera nueva, y así alternando los levantasen; y que los gastos se pagasen de la casa del rey.

Salida

Con esto se despidieron del amable monarca, y salieron de Babilonia el día primero del mes décimo (que corresponde al día primero de la luna de diciembre) del año corriente, que era el setenta, y el último del cautiverio. Fué largo el viaje, porque Babilonia distaba de Jerusalem cerca de trescientas leguas, y porque se conducían familias enteras, compuestas la mayor parte de ancianos, mujeres y niños, á mas de los ganados de carga y abasto, el oro, la plata y los muebles preciosos, que no podían perder de vista en unos países donde casi siempre se hallaban rodeados de enemigos; y despues de cuatro meses de una marcha tanto mas penosa, quanto se hacia en la estacion mas fria del año, llegaron á la Judea hácia el fin del primer mes del año siguiente (que corresponde al fin de la luna de marzo).

Josué soberano pontífice, y Zorobabel príncipe de Judá, vinieron siempre al frente de los caminantes, participando de todos sus trabajos, fatigas y riesgos. Esdras, tio del gran sacerdote, y célebre por su habilidad y su celo; y Nehemias, varon de gran consideracion, y tambien célebre por los grandes servicios que hizo á su nacion, venian en este primero y principal viaje, que hizo Israel del destierro á su patria. Era admirable y de la mayor edificacion ver una multitud de hombres venerables por su edad avanzada, y entre ellos el ilustre Mardoqueo, tio de la reina Ester, dejar sin sentimiento habitaciones cómodas, ricos establecimientos y puestos los mas honoríficos, y preferir á todo un sepulcro en la tierra de sus padres.

Entrada en Judea y recuento.

Luego que entraron en aquella tierra, que el cautiverio de setenta años les habia hecho tan deseable, como en otro tiempo á sus padres, se postraron en ella, adoraron al Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y le rindieron las mas humildes y tiernas gracias. En seguida hicieron un recuento general de la porcion que por esta vez volvia del cautiverio, y estos son, dice el sagrado texto, los que subieron del cautiverio á Jerusalem y á Judá, cada uno á su ciudad... (aqui expresa las familias de Judá, Benjamin y Levi; pero no las que vinieron de las otras tribus, aunque tambien las incluye en la suma). Toda esta multitud (uniforme) como un solo hombre, fueron cuarenta y dos mil trescientos y sesenta, sin contar los siervos y siervas de estos, que eran siete mil trescientos y treinta y siete, y todos componian los cuarenta y nueve mil seiscientos noventa y siete que volvieron á la Judea, y añadiendo á este número el de mujeres y niños, siempre pasaria de cien mil personas. Sus caballos fueron setecientos treinta y seis, y

sus mulos doscientos cuarenta y cinco; sus camellos cuatrocientos treinta y cinco, y sus asnos seis mil setecientos y veinte.

Entrada en Jerusalem y ofrendas de los príncipes y cabezas de familias.

Entraron en Jerusalem, que no era otra cosa que montes de ruinas, y llegando al lugar donde en otro tiempo habia estado la casa de Dios, solo hallaron los escombros de aquel magnífico templo, que publicaban no obstante su magnificencia, y aquí derramaron torrentes de lágrimas que solo pudo contener la esperanza de volver á verle edificado. Para esto hizo desde luego cada uno de los príncipes y cabezas de familias grandes sacrificios. Ofrecieron cuanto les fué posible, y subieron las ofrendas á sesenta y un mil sueldos de oro (un millon seiseientos ochenta y dos mil ochocientos ochenta y dos reales), cinco mil minas de plata (dos millones ciento ochenta y ocho mil doscientos cincuenta y ocho reales), y cien vestidos sacerdotales, que completarian á lo menos el valor de cuatro millones.

Vuelta á sus ciudades y pueblos.

Después de unas ofrendas tan cuantiosas, inspiradas por la religion, las familias y parentelas se formaron en compañías para ir cada una á sus antiguas ciudades y pueblos, y entrar en la posesion de sus casas y tierras; pero en la ausencia de setenta años, todo habia cambiado. Pueblos enteros y aun ciudades estaban enteramente arruinadas, grandes terrenos incultos y eriales, y las ciudades y pueblos que subsistian y las tierras que estaban cultivadas tenian por dueños á aquellos extranjeros que Teglafalasar y otros reyes habian enviado á la



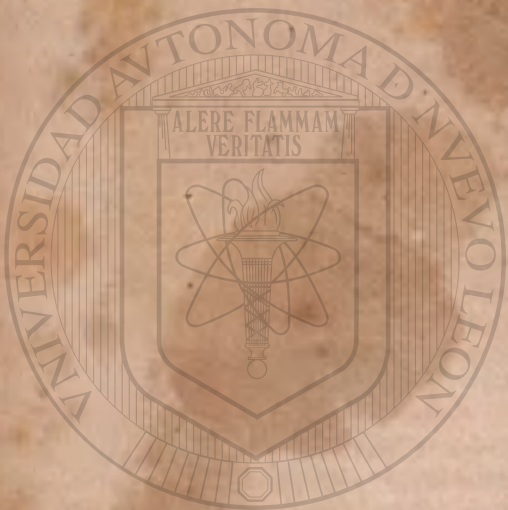
Samaria; que se habian extendido á la Judea, y que, á título de conservadores y poseedores pacíficos de tantos años, se juzgaban con un derecho indisputable á conservarlas en su poder, y sobre todo á título de la ley del mas fuerte que estaba á su favor; porque esta vez no trajeron los Israelitas, ni armas, ni ejércitos, como al conquistar esta misma tierra en tiempo de Moisés y Josué. Tuvieron, pues, necesidad de acomodarse con lo que quisieron cederles, cultivar los eriales y vivir en cabanas ó tiendas hasta que el tiempo fué proporcionándoles la reedificación de los pueblos y ciudades arruinadas y la cultura de las tierras desamparadas.

Pobladores de Jerusalem.

Por lo que tocaba á Jerusalem, que se hallaba enteramente arruinada, se fijaron en ella Josué, sumo sacerdote, con su parentela y gran número de familias sacerdotales, y Zorobabel, príncipe del pueblo, con la numerosa descendencia de la familia real de David, de la que él era cabeza. Levantaron entre las ruinas habitaciones para ponerse á cubierto de las estaciones, y luego se entregaron, con todo el afán que les inspiraba su celo, á descombrar el parvis ó centro del recinto del templo, para erigir el altar de los holocaustos en él, y poder ofrecer otra vez sacrificios y víctimas al Dios de Israel.

Erección del altar de los holocaustos, sacrificios y solemnidades.

Limpio de ruinas el parvis, emprendieron la erección del altar, no sin gran contradicción de los pueblos vecinos, que miraban en la reedificación del templo y de Jerusalem un fuerte que les dominaría en adelante. Á



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pesar del miedo que procuraban infundirles, Zorobabel y sus celosos compañeros lograron erigir el altar, y se halló concluido el día primero del mes sétimo. Era este el día señalado para la fiesta de las trompetas y se hallaron en Jerusalem de todas las ciudades, como si fueran un solo hombre. Con esta solemnidad principiaron á ofrecerse al Señor los holocaustos, los sacrificios de mañana y tarde, el sacrificio perpétuo del primer día del mes, y los demás sacrificios de las fiestas consagradas al Señor, á mas de las víctimas y ofrendas que en los otros días ofrecían los particulares. El día diez se celebró la fiesta anual de la expiación, y el quince la de los tabernáculos, todo con la solemnidad que permitían las angustiosas circunstancias en que se hallaban; pero con un corazón acaso mas religioso que nunca.

Se emprende la reedificación del templo.

Gran consuelo causaron á los hijos de Israel estos primeros espectáculos de su augusta religion; solemnidades que la mayor parte nunca habian visto, porque habian nacido en el destierro, y que los demás no habian presenciado en setenta años; mas por grande que fuese este consuelo, siempre estaba mezclado del desconsuelo de ver por todas partes las ruinas de su amado templo. Enfervorizados los hijos de Israel con estas santas solemnidades, se animaron mutuamente y desde este día resolvieron la reedificación del templo del Señor, sin que les detuviese el temor de sus enemigos. Dieron dinero á los canteros para que preparasen la piedra y á los albañiles para que abriesen los cimientos, y pan, vino y aceite á los Sidonios y Tirios para que llevasen al puerto de Jope madera de cedro del monte Líbano, segun lo habia mandado el gran Ciro su bienhechor. El año segundo de la venida del cautiverio, el mes segundo, Zorobabel hijo de Salaciel, Josué hijo de Josedec, los

sacerdotes y levitas, y todos lo que habian venido del cautiverio y fijado su morada en Jerusalem, dieron principio á la reedificación del templo del Señor. Pusieron desde luego levitas de veinte años y arriba para que activasen la obra del Señor; y el mismo Josué, sus hijos y hermanos, y los hijos de Judá instaban sin cesar á los que trabajaban para que adelantasen la obra del templo de Dios. No habian podido principiarla, por mas que lo procuraron, hasta el segundo mes del año segundo, porque era preciso tiempo para juntar materiales, traer maderas de cedro del monte Líbano, embarcarlas por el mar, y juntar número suficiente de operarios para una obra que pedia tantas manos; pero luego que la principiaron fué tal la diligencia, que al cabo de pocas semanas tuvieron el consuelo de ver echados los cimientos del templo del Señor.

Se celebra la conclusion de los cimientos.

Entonces se reunió en Jerusalem todo Israel á celebrar la fundacion del nuevo templo. Los sacerdotes se presentaron con sus vestiduras sagradas y sus trompetas, y los levitas, descendientes de Asaf, con sus instrumentos musicos para alabar al Señor con los Salmos de David, rey de Israel; y comenzaron á entonar himnos al Señor cantando este hermosísimo verso: *Porque es bueno (el Señor), porque es eterna su misericordia sobre Israel*; y todo el pueblo daba grandes voces, alabando al Señor, porque se habian echado los cimientos del templo, y repitiendo con los sacerdotes y los levitas: *Porque es bueno (el Señor), porque es eterna su misericordia sobre Israel*. Al mismo tiempo los cabezas de familias y los ancianos, que habian conocido el primer templo, cuando vieron los cimientos de este segundo, lloraban reciamente, ó porque no prometían aquella grandeza que ellos habian visto en el primero, ó porque les

recordaban la causa de que el Señor hubiese abandonado aquel augusto templo, primera maravilla del mundo, y hubiese sido reducido á ruinas y cenizas. Así era que un mismo pueblo y á un mismo tiempo lloraba y reía, y sus lágrimas de gozo y de pena corrían mezcladas, formando sus voces de alegría y de llanto un confuso ruido que se oía á lo lejos, dice el texto sagrado; mas como todos estos clamores y lágrimas, aunque originados de tan distintos motivos, tenían por fundamento y principio la piedad, el arrepentimiento y la religion, todos eran agradables á Dios, y contan justos y religiosos, como diversos sentimientos, se concluyó la solemne dedicacion de los cimientos del templo del Señor.

Continua la obra del templo.

Retirado el pueblo á sus arruinadas ciudades y á sus pobres aldeas y reducidas cabañas, los operarios y sus sobrestantes continuaron la edificacion del templo con la misma actividad y el mismo celo. Pocas veces las obras que emprenden los hombres á honra y gloria de Dios, dejan de ser probadas en el crisol de la contradiccion para que se presenten puras á sus divinos ojos y sean agradables á su corazon; y esto es lo que va á verificarse en la gloriosa obra de la reedificacion del templo del Señor. Aquellos mismos enemigos que poseen las ciudades y las tierras de los hijos de Israel son los que van á empeñarse en impedir la edificacion del templo y los que les darán demasiado que sufrir antes que le vean concluido, y mucho mas cuando emprendan la reedificacion de Jerusalem. Como habrá que hablar muchas veces de ellos, conviene dar aquí una idea, ó mas bien recordar su procedencia y calidades.

Enemigos que procuran impedirla.

Habia á la sazón en Samaria, en la Judea, y en los países vecinos, dos clases de extranjeros que habían sido trasportados allí de diversas tierras, en distintos tiempos y por varios emperadores. Los mas antiguos eran los Asirios que Teglafalasar, Salmanasar y Asaradon enviaron á poblar el reino de Israel en lugar de los Israelitas que se llevaron cautivos, cuando tomaron y destruyeron este reino. Los demás eran Babilonios, Lusianos, Elemaidos y otras naciones que Nabucodonor hizo pasar al reino de Judá cuando tomó á Jerusalem y completó la cautividad. Todas estas colonias extranjeras, aunque no eran de unos mismos países, ni hablaban unos mismos idiomas, ni tenían unas mismas costumbres, ni adoraban unos mismos dioses, en tratándose de Israelitas y Judíos, antiguos moradores de la tierra en que habitaban, y mas si tocaba al verdadero Dios, que adoraba Israel y Judá, y que excluía de la clase de dioses á todos los suyos, entonces todos eran unos y todos enemigos. La proteccion que el gran Ciro dispensaba á estos hijos de Jacob, les ponía en respeto, y su mismo interés exigía que les permitiesen reedificar las ciudades y pueblos destruidos y abandonados y cultivar las tierras incultas por falta de manos; pero no podían sufrir que se tratase de la reedificacion del antiguo templo y la antigua ciudad de Jerusalem; porque preveían que estas dos fortalezas les darian una superioridad, que les haría dueños de un país, del que á la verdad eran los legítimos.

Ya vimos que cuando erigieron el altar, procuraron amedrentarlos para impedir este primer paso; ahora que han echado los cimientos del templo, no pudiendo oponerse abiertamente á su reedificacion, porque estaba mandado por su mismo monarca, trataron de entropecerla, aparentando que la deseaban. Los enemigos de Judá y Benjamin, dice el sagrado texto, oyeron que los hijos de

la cautividad edificaban el templo al Señor Dios de Israel, y acercándose á Zorobabel y á los cabezas de familias, les dijeron : Edificaremos con vosotros; pero Zorobabel y Josué, y los cabezas de familias contestaron : No nos conviene edificar con vosotros (que adorais dioses falsos) la casa á nuestro Dios. Solo la edificaremos, como lo ha mandado el gran Ciro, rey de los Persas; y luego se descubrió su intencion, porque no habiendo logrado tener parte en la obra para impedir la de un modo oculto, principiaron á impedir la descubiertamente. Su empeño era detenerla mientras durase el reinado de Ciro, para destruirla despues de su muerte. Ganaron con dinero á los oficiales del rey, encargados de contribuir con las cosas necesarias, y estos principiaron á dificultar la entrega y á disminuir y atrasar el pago de los operarios.

Muerte de Ciro.

El gran Ciro, cuya sola presencia habria contenido en su deber á estos infieles ministros, se hallaba ausente, y empeñado en la guerra con los Magasetas, en cuya guerra murió; y esto era lo que esperaban los enemigos de Israel. Le sucedió su hijo Cambises; pero fué únicamente en el imperio de Media, con el que nada tenian los Israelitas. En el de Persia y Babilonia sucedieron segun los tratados, dos hijos del segundo Astages, uno despues de otro. El mayor llamado Asuero, como su bisabuelo el marido de Ester, fué el primero que ocupó el tronó de Persia, del que pendia Babilonia, y luego en el principio mismo de su reinado, le escribieron estos enemigos una carta contra los nuevos moradores de Judá y Jerusalem. El historiador sagrado no nos dice ni el contenido de la carta, ni si fué contestada por Asuero, que murió á los tres años; en cuyo tiempo continuó la obra del templo, aunque pausadamente y venciendo las dificultades que oponian sus enemigos.

Cartas al rey Artaxerxes contra los Judios.

Sucedió al rey Asuero su hermano Artaxerxes, y sea porque los enemigos advirtiesen en el nuevo monarca alguna oposicion al pueblo judío, sea porque tuviesen de su parte la corte, ellos lograron que los gobernadores régios, Beselan, Mitridates, Tabel y los de su consejo escribiesen al rey una carta de acusacion contra los Judios; y que Reum presidente, y Samai secretario, y los demás de su consejo escribiesen otra contra las obras de Jerusalem en nombre de las naciones trasportadas á Samaria y Judea, y de esta nos ha quedado una copia y tambien de la contestacion que dió el rey, y que en compendio son las siguientes :

Al rey Artaxerxes, sus siervos, los hombres que estan á la otra parte del rio (Eufrates) salud. Sea notorio al rey que los Judios que subieron de tu imperio á nosotros, vinieron á Jerusalem, ciudad rebelde y pésima, la que estan edificando, levantando sus muros y reparando sus paredes. Ahora, pues, sepa el rey : que si aquella ciudad fuese reedificada y reparados sus muros, no pagarán tributos, ni alcabalas, ni rentas anuales, y este perjuicio llegará hasta los reyes. Haz reconocer los libros de las historias de tus padres, y en sus comentarios lo hallarás escrito, y sabrás que aquella ciudad es rebelde y nociva á los reyes y á las provincias, y que de tiempos antiguos se fraguan en ella las guerras, por cuya causa ha sido destruida; y en fin hacemos saber al rey : que si aquella ciudad fuese reedificada, no le quedará posesion de la otra parte del rio; y el rey contestó :

Contestacion del monarca.

La acusacion que nos habeis enviado, se ha leído públicamente en mi presencia, y de mi orden se han reco-

nocido las memorias, y se ha encontrado que esa ciudad ya de tiempos antiguos se rebela contra los reyes y se fraguan en ella sediciones y guerras, y que hubo en Jerusalem reyes muy fuertes, que fueron dueños de todo el territorio que está á la otra parte del río, y que cobraban tributos, alcabalas y rentas. Ahora, pues, oid mi sentencia. Prohibid á aquellos hombres que edifiquen esa ciudad hasta tanto que acaso yo mandare otra cosa: ciudad de no ser negligentes en cumplir esto, y que el mal no vaya poco á poco creciendo contra los reyes.

Cesa la obra del templo por la cobardía del pueblo.

Esta orden causó gran contento á los enemigos del pueblo de Dios, y luego pasaron con ella á Jerusalem; la hicieron saber á los Judíos, y á mano armada les obligaron á cesar en la obra; y entonces se interrumpió la edificación de la casa del Señor hasta el año segundo del reinado de Dario, rey de los Medos y yerno de Ciro. La desgracia del pueblo en esta ocasion no consistió tanto en la violencia de la persecucion como en su desaliento. Ellos tenian libre el camino de la representacion. La carta de sus enemigos contenia imposturas muy fáciles de deshacer, y el decreto del rey dejaba franca la puerta á la reclamacion. Por otra parte, ni sus enemigos hablaron una sola palabra contra las obras del templo, ni el decreto del rey hizo mencion de ellas, ni el de Ciro, acerca de edificar el templo, se habia revocado, y por último, si la orden del rey Artaxerxes les prohibia levantar los muros de Jerusalem, el decreto de Ciro les ordenaba la reedificacion de su templo y les sostenia en esta obra; pero no pocas veces se encuentran entre los que hacen profesion de servir al Dios verdadero, hombres de saber y de mucha política, que deslumbran á la muchedumbre con una prudencia terrena y cobarde. Es necesario, dicen, no exasperar los ánimos, no precipitar las resolucio-

nes, no perderlo todo por quererlo todo; es preciso dejar que pase la borrasca, esperar tiempos bonancibles... Estas máximas, tan acomodadas á nuestra conveniencia y pereza, alguna vez podrán convenir; pero generalmente son los enemigos del verdadero celo. Sin embargo ellas prevalecieron en esta ocasion, y por mas que Josué, Zorobabel, Estras, Nehemías y otros hombres fervorosos animaban y exhortaban á la continuacion de la obra, nada consiguieron; el celo tibio miró como imprudente al celo fervoroso, y la cobardía y desidia del pueblo prevaleció contra el fervor de estos grandes hombres. Se formó por la multitud una conciencia de prudencia blanda y especiosa, una conciencia de conveniencia é interés, y ya la obra de Dios se remitió á la oscuridad é incertidumbre de los tiempos futuros.

Dios castiga esta cobardía.

Los enemigos, al paso que se opusieron con tanto empeño á la continuacion de la obra del templo, contempORIZARON en cuanto á la edificación de casas y adquisicion y cultivo de tierras y viñas, si ya no es que de intento les presentaron este cebo de los intereses, para distraerles de la obra empezada. Ellos en suma abandonaron la edificación de la casa del Señor, y el Señor principió desde luego á castigar este abandono. Mas de cinco años pasaron ocupados únicamente en sus intereses, plantando viñas con empeño y esmero, cultivando los campos con afan y sudor, y no omitiendo trabajo para adquirir y aumentar los bienes terrenos, y mas de cinco años tuvieron el sentimiento de ver sus afanes sin fruto. El país mas fértil del mundo fué para ellos una tierra estéril. Faltaban las lluvias á los tiempos oportunos, y hasta el cielo escaseaba sus rocios. Sembraban, y su cosecha principal eran lágrimas al ver su miseria. Sin embargo, un estado tan triste y unos castigos tan

visibles no les sacaban de su error, ni les enmendaban. Entonces el Señor, compadecido de su ceguedad y miseria, les envió profetas que les hiciesen conocer el motivo de sus castigos, y les exhortasen á destruirle con la penitencia y la enmienda.

El profeta Aggeo la reprende.

El año segundo del reinado de Darío en Babilonia, habló el profeta Aggeo á los habitantes de Judea y Jerusalem en nombre del Señor, Dios de Israel. El dia primero del mes sexto de dicho año vino palabra del Señor por boca del profeta Aggeo á Zorobabel, hijo de Salaciel príncipe de Judá, y á Josué, hijo de Josedec, sumo sacerdote, diciendo : Ese pueblo dice : No ha llegado aun el tiempo de edificar la casa del Señor. ¿ Con qué vosotros teneis tiempo para habitar en casas artesonadas, y mi casa estará desierta? Poned vuestro corazon sobre vuestros caminos (y conoced el motivo de vuestros castigos). Sembrásteis mucho y cogísteis poco; comísteis y no os saciásteis; bebísteis y no os alegrásteis; os cubrísteis, y no os calentásteis; y los que recibísteis precios, los echásteis en saco roto. Esperabais lo mas, y os vino lo menos. Lo encerrásteis en vuestra casa, y yo lo disipé. ¿ Y porqué? Porque mi casa está abandonada. Vosotros os mostrais afanosos; pero es cada uno para su casa. Por este abandono se prohibió á los cielos que diesen agua para vosotros, y á la tierra que produjese fruto. Por esto vino la sequedad sobre la tierra, sobre los montes, sobre el trigo, sobre el vino, sobre el aceite y sobre cuanto produce la tierra; sobre los hombres, sobre las bestias y sobre toda la labor de las manos. Poned vuestros corazones sobre vuestros caminos (contempladlos y abandonadlos). Subid al monte, traed maderas y labrad mi casa. Ella me será agradable, y yo seré glorificado en ella.

Se sigue la obra.

Oyó Zorobabel, hijo de Salaciel, y Josué, hijo de Josedec, y todo el resto del pueblo las palabras del Señor, su Dios, por boca del profeta Aggeo. Y temió el pueblo (que era el culpable, no Zorobabel, ni Josué) el enojo del Señor, y se arrepintió, y pidió perdon al Señor de su mal proceder, y del abandono en que tenia la obra de su santo templo, y resolvió continuarla y no levantar mano hasta concluir la. Aplacado el Señor con su arrepentimiento y su resolucion de llevar al cabo la obra, les dijo : Yo soy con vosotros : y suscitó el espíritu de Zorobabel y de Josué y tambien el del pueblo, y vinieron á la casa del Señor, y hacian la obra de la casa del Señor, Dios de los ejércitos.

Viene el gobernador de Judea á impedir la.

Entonces vinieron á ellos Tatanai, gobernador de esta parte del rio, y sus consejeros, y les dijeron : ¿ Quién os ha metido en que edifiqueis esta casa y repareis sus paredes? Nosotros, respondieron Zorobabel, Josué y los ancianos, nosotros somos siervos del Dios del cielo y la tierra, y reedificamos su templo, destruido en castigo de nuestros pecados por Nabucodonosor el Grande, y ordenado su restablecimiento por el magnánimo Ciro, cuya ordenacion se hallará en los archivos de Babilonia. Cuando ellos hablaban así, la uncion del Señor se derramaba sobre sus palabras, y suavizaron tanto el enojo del gobernador y sus consejeros, que no solo convinieron en que se llevase el asunto á Darío, que reinaba al presente en Babilonia, sino tambien en que no se interrumpiese la obra en todo el tiempo que tardase en venir la respuesta. El gobernador Tatanai y sus consejeros escribieron al rey, y su carta estaba así concebida.

Carta al rey Darío.

Al rey Darío toda paz. Sea notorio al rey, que nosotros hemos ido á la provincia de Judea, á la casa del gran Dios que se edifica de piedras toscas, y se sientan maderas sobre las piedras (una fila de madera sobre cada tres de piedra), y esta obra se va haciendo con esmero, y se adelanta por manos de los Judíos. Hemos, pues, preguntado á aquellos ancianos y les hemos dicho : ¿ Quién os ha dado facultad para edificar esta casa? y nos han respondido, diciendo : Nosotros somos siervos del Dios del cielo y de la tierra, y reedificamos un templo que hace ya muchos años que fué edificado por un rey grande de Israel; pero despues que nuestros padres provocaron á ira al Dios del cielo, Dios los entregó en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, el cual los llevó cautivos, y dejó destruida esta casa. Mas Ciro, rey de Babilonia, dió un decreto en el primer año de su reinado para que esta casa de Dios fuese reedificada, y desde aquel tiempo se está edificando, y aun no está concluida. Ahora, pues, si el rey lo tiene á bien, haga que se reconozca en la biblioteca que hay en Babilonia, si es verdad que el rey Ciro mandó que se reedificase la casa de Dios en Jerusalem, y háganos saber el rey sobre esto su real voluntad. Se envió esta carta á Babilonia á Darío, y mientras que venia la resolución del rey, se continuaba trabajando en la obra del templo, segun se habia convenido con el gobernador y su consejo.

Profetiza Aggeo acerca de la venida de Jesucristo.

En este tiempo fué cuando el profeta Aggeo volvió á hablar de parte de Dios. El año segundo del rey Darío, el dia primero del mes sexto habló por primera vez, y

ahora en el sétimo mes el dia veinte y uno, es decir, un mes y veinte y un dias despues volvió á hablar á Zorobabel, á Josué y al resto del pueblo diciendo : ¿ Quién ha quedado de vosotros que viese esta casa en su primera gloria? ¿ Y qué os parece ahora esta? ¿ Acaso no es ella á vuestra vista, como si no fuese? Pues á pesar de esto, vosotros, Zorobabel, Josué y todo el pueblo, tened buen ánimo, y llevad adelante la obra hasta concluir-la, porque esto dice el Señor : Aun falta un poco, y yo con-moveré el cielo, la tierra, el mar y todo el universo. Moveré todas las naciones y vendrá el *Deseado* de todas las gentes. Entonces llenaré esta casa de gloria. (Si quisiera hacerla ahora mas magnífica que la primera) mia es la plata y mio es el oro; (pero sin eso), grande será la gloria de esta última casa, mas que la de la primera.

Uno de los nombres con que se anunció á Jesucristo en el antiguo Testamento fué el de *Deseado* y el de *Deseo*. Jacob le llamó *el Deseo de los collados eternos*, y Aggeo le llama aquí *el Deseado de todas las gentes*. Esta profecía precedió á la venida de Jesucristo cinco siglos, y sin embargo se dice en ella : que aun faltaba un poco para que viniese; porque un poco son cinco siglos comparados con treinta y cinco que habian pasado desde el principio del mundo en que fué prometido, y con los que pasarán hasta su fin, é infinitamente menos, si se compara con la eternidad, en cuya presencia cinco siglos, y aun todos los siglos son como si no fuesen. Tambien se dice, que será grande la gloria de esta última casa, mas que la de la primera, porque la presencia del Hijo de Dios, hecho hombre, la había de hacer sin comparacion mas grande y gloriosa, que todas las riquezas y sabiduria de Salomon habian hecho á la primera. Y en efecto el Hijo eterno de Dios, hecho hombre, fué presentado y ofrecido por la salud de todo el mundo á los cuarenta dias de su nacimiento temporal en este templo que ahora se estaba edificando; enseñó en él á los doce años á los

doctores de la ley de Moisés la doctrina de la salvacion de todos los hombres, y luego que á los treinta principió su predicacion, vino á este templo y arrojó de él á los que vendian y compraban las victimas en sus atrios, diciendo: Quitad esto de aquí, y la casa de mi Padre no la hagais casa de negociacion. En él dió vista á los ciegos, curó á los cojos y sanó á los enfermos; en él enseñó; en él predicó este Hijo eterno de Dios el reino de Dios su eterno Padre... tal era la gloria que anunciaba el profeta al templo que ahora edificaban; gloria, en cuya comparacion la del templo que edificó Salomon no era mas que una sombra, y gloria en fin, que solo podia compararse con la gloria del templo de la gloria; y con esto animaba el profeta á la continuacion de la obra.

Entretanto que esta se activaba y adelantaba, la carta del gobernador Tatanai fué presentada á Dario, quien mandó que se buscara el decreto de Ciro en la biblioteca de libros que se custodiaban en Babilonia; pero no pudo encontrarse, porque Cambises, hijo de Ciro, y su sucesor en el trono de Media, habia trasladado todos los papeles pertenecientes al reinado de su padre á Ecbatanes, capital de su imperio. Se dió esta noticia á Dario, y luego mandó que se registrase el archivo de Ecbatanes y se halló la pieza auténtica que se buscaba. Se trajo original á Dario; y hé aquí su contenido.

Decreto de Ciro.

Año primero del rey Ciro. El rey Ciro ha decretado: que la casa de Dios que hay en Jerusalem, sea reedificada, en la cual se ofrezcan sacrificios: que se la echen cimientos que sostengan la altura de sesenta codos, y la anchura de sesenta codos, tres hileras de piedras sin labrar, y asimismo hileras de maderas nuevas: que los gastos se suministren de la casa del rey: que, además, se restituyan los vasos de oro y de plata del templo de

Dios que sacó Nabucodonosor del templo de Jerusalem y llevó á Babilonia; y que se vuelvan á Jerusalem, á su lugar, segun estaban colocados en el templo de Dios.

Oyó Dario con mucho placer la lectura de esta ordenacion de Ciro, porque, en efecto, queria bien á los Judíos, como lo vamos á ver. Hizo copiar esta ordenacion, y añadió á los beneficios que ella contenia, tales beneficios, que pareció envidiar los de Ciro y querer superarlos. Remitió á su gobernador Tatanai la copia de la ordenacion de Ciro, y añadió á ella la suya en estos términos:

Decreto de Dario.

Ahora, pues, Tatanai, comandante del territorio de la otra parte del rio, y Starbuzanai y vuestros consejeros, retiraos lejos de los Judíos. Dejad que se haga el templo de Dios por el caudillo de ellos y por sus ancianos, para que edifiquen la casa de Dios. Tambien he ordenado el porte que se debe guardar con aquellos ancianos, que velan en que se edifique la casa de Dios; á saber: que del erario del rey y de los tributos que paga el territorio del otro lado del rio, se suministren á esos hombres puntualmente los gastos para que no pare la obra, y que, si fuere necesario, se les den cada dia becerros, corderos y cabritos para ofrecer holocaustos al Dios del cielo; y trigo, sal, vino y aceite, segun el rito de los sacerdotes que hay en Jerusalem; de modo que no haya la menor queja, y que hagan ofrendas al Dios del cielo, y rueguen por la vida del rey y de sus hijos. Todo esto ha sido decretado por mí. Si se hallase algun hombre que mudase este decreto, se arrancará un madero de su misma casa, se levantará en alto, se le claverá y colgará en él, y su casa quedará confiscada. El Dios que hizo que habitase allí su nombre, disipe todos los reinos y gentes que extendieren su mano para oponerse y para destruir la casa de Dios que está en Jerusalem. Yo Dario he acordado

todo lo dicho, y quiero que todo se cumpla puntualmente.

Tatanai, gobernador del territorio del otro lado del río, y Starbuzanai y sus consejeros, todo lo ejecutaron exactamente como lo habia mandado su rey Darío. De este modo se cumplían las predicciones de Aggeo, llenaba el Señor sus promesas, y colmaba de bendiciones á su pueblo, despues de haberla probado con fuertes oposiciones y castigado su flojedad con severos, pero provechosos castigos. El edicto de Darío aumentaba el ardor con que se continuaba la obra y contenia el odio de sus enemigos, que sin dejar de aborrecerlos, no se atrevían á inquietarlos. Las tierras volvieron á ser tan fértiles para sus legítimos dueños, como lo habian sido en el tiempo de su conquista por Moises y Josué. Las familias se multiplicaban y al paso que se elevaba en Jerusalem el templo del Señor, se aumentaba en todo el país el bienestar de Israel.

Se concluye la edificación del templo.

El día tercero del mes Adar (que corresponde á la luna de febrero) y año sexto del reinado de Darío se acabó de edificar este famoso templo, cuya obra habia durado cuarenta y seis años, segun dijeron los Judíos á Jesucristo, aunque muchos creen que, ó habian errado en el cómputo, ó habian hablado hiperbólicamente, ponderando la grandeza de su templo. Lo cierto es que no hay cuenta fija, y que la mas aproximada no da por resultado tantos años; pero sea lo que fuere de la duracion de la obra, ella se acabó; y si ya no fué en cuanto á los pórticos, casas sacerdotales y obras de adorno, á lo menos lo fué en cuanto al templo. Por las demostraciones de gozo que hicieron los hijos de Israel á la vista de solos sus cimientos, se podrá inferir los santos excesos de regocijo á que se entregarían al verle concluido.

Su dedicacion.

Zorobabel, Josué y los ancianos pasaron avisos de esta conclusion á todos sus hermanos que habian vuelto de la cautividad, sin olvidar los cautivos del reino de Israel, que habian venido tiempos antes de la Asiria; porque Judá, Benjamin, Levi y las diez tribus restantes no tenían ya, hablando generalmente, diversidad de reinos, ni de culto, y todos se reunieron á celebrar la dedicacion del templo. Tambien fueron avisados y concurrieron á esta celebracion todos aquellos prosélitos que, convertidos del paganismo, habian recibido la circuncision y se hallaban incorporados al pueblo de Dios. Toda esta multitud hicieron y celebraron la dedicacion del templo con el modo y orden que estaba mandado en el libro de Moises. Cantaron los cánticos de alegría á honra y gloria del Señor y le ofrecieron las víctimas, á saber: cien becerros, doscientos carneros, cuatrocientos corderos, y por el pecado de todo Israel doce machos de cabrío, segun el número de las tribus, como habia hecho Moises al pié del Sina en la dedicacion del tabernáculo.

Celebracion de la Pascua y los ázimos.

Al concluir esta gran solemnidad, se llegó el tiempo de celebrar la Pascua siempre solemne para Israel, y mucho mas ahora que habia ya un siglo que no se celebraba. El día catorce de la luna de marzo celebraron la Pascua los hijos de la trasmigracion, y comieron el cordero, tanto los descendientes de Abraham como los que se habian separado de las abominaciones de las gentes y buscado al Señor, uniéndose á su pueblo; y por siete días celebraron la solemnidad de los ázimos en grande alegría y accion de gracias, porque el Señor les habia alegrado, dice el sagrado texto, y habia convertido hácia

ellos el corazón del rey de Asur (Dario) para ayudarles en la obra de la casa del Señor Dios de Israel. Entretanto no obraba el Señor con menos eficacia á favor de los Judíos en el corazón de aquel mismo Artaxerxes que diez años antes les habia prohibido la continuacion de la obra del templo.

Esdras y Nehemias.

Hemos visto que Esdras y Nehemias, personajes famosos del pueblo de Dios, vinieron de la cautividad con Zorobabel y Josué. Esdras de la familia sacerdotal de Aaron, era nieto, ó á lo menos biznieto del sumo sacerdote Saraiás, á quien hizo morir Nabucodonosor despues de la toma y destruccion de Jerusalem, y tio de Josué, actual sumo sacerdote. Fué llevado á la cautividad con el rey Sedecias, y siendo aun muy joven. Le habia dotado el Señor de un talento extraordinario, y el buen Israelita le habia ocupado en el estudio de los Libros santos con tanto fruto, que era sin disputa el hombre que tenia la nacion mas versado en su inteligencia. Nehemias, hijo de Helcias, era, segun unos, de la tribu de Levi; y segun otros, de la de Judá. Nació en Babilonia en el tiempo de la cautividad, y por sus bellas prendas y grandes virtudes se mereció desde luego la estimacion general. La Providencia, que prepara los hombres para la ejecucion de sus designios sin darlos á conocer, habia escogido á estos dos para concluir la grande obra que Zorobabel y Josué habian emprendido; y aunque adelantada admirablemente, no habian podido hacer, para decirlo así, mas que el cuerpo, y quedaba á Esdras darla alma, y á Nehemias concluirla y perfeccionarla. Se cree que cuando el gobernador Tatanai escribió al rey Dario sobre la obra del templo, fueron Esdras y Nehemias comisionados á Babilonia para hacer la causa de su nacion; porque les vimos venir del cautiverio y acti-

var la obra del templo, y ahora les hallamos en Babilonia sin saber, ni cuándo, ni con qué motivo, no siendo con el de esta comision, hayan vuelto á la tierra de su cautividad. Mas lo que ciertamente resulta de los hechos es, que Esdras y Nehemias tuvieron á cual mas ascendiente en el corazón de Artaxerxes, y que consiguieron las órdenes mas interesantes á su nacion.

No dice el historiador sagrado por qué causa vuelve á aparecer ahora Artaxerxes sobre el trono de Babilonia, despues de haberle ocupado Dario mas de ocho años, desde que vimos sobre él á este mismo Artaxerxes, dando aquel edicto fatal que paró la obra del templo. Mas es necesario advertir, que en la historia de los Libros sagrados, en tanto se habla de los monarcas paganos y de sus gobiernos, en cuanto tienen relacion con los sucesos del pueblo de Dios. Segun las historias profanas, parece que mientras Artaxerxes vivia entre las diversiones y placeres de su corte de Persia, se le rebeló Babilonia, que era tambien corte suya; y no hallándose con fuerzas bastantes para sujetarla, se valió de Dario, su aliado, que reinaba en la Media. Que Dario despues de muchas batallas tomó á Babilonia; y que para resarcirse de los gastos que habia hecho y pérdidas que habia sufrido; y acaso tambien para que no volvieses á rebelarse, reinó sobre ella mas de ocho años, fijando en ella su corte. En este tiempo expidió Dario á favor del pueblo de Dios el precioso decreto que hemos referido. Retirado este monarca á Ecbatanes, su corte de Media, volvió Artaxerxes á ocupar el trono de Babilonia; y tal es el tiempo en que, mudado el corazón de este en favor de Israel por aquel Rey omnipotente en cuya mano estan los corazones de todos los reyes y todos los hombres, concedió á Esdras el magnífico decreto que vamos á referir, y mas adelante á Nehemias las cartas que tambien referiremos. Hé aquí el famoso decreto de Artaxerxes, concedido en su segundo reinado sobre Babilonia.

Decreto de Artaxerxes.

Artaxerxes, rey de reyes, á Esdras, Sacerdote y Escriba doctísimo de la ley del Dios del cielo, salud. Ha sido decretado por mí : que cualquiera del pueblo de Israel y de sus Sacerdotes y Levitas, que baya en mi reino, y quiera ir á Jerusalem, vaya contigo; porque de la presencia del rey y de sus siete consejeros eres enviado á visitar la Judea y á Jerusalem segun la ley de tu Dios, que tienes muy presente, y á llevar la plata y el oro que el rey y sus consejeros han ofrecido espontáneamente al Dios de Israel, cuyo santuario está en Jerusalem; y toda la plata y el oro que el pueblo quisiere ofrecer en toda la provincia de Babilonia; y de los sacerdotes lo que ellos ofreciesen espontáneamente para la casa de su Dios, reedificada en Jerusalem. Recíbelo libremente y cuida de comprar de ello becerros, carneros, corderos, hostias y libaciones, y ofrece á tu Dios estas cosas sobre el altar del templo de Jerusalem; y si á ti y á tus hermanos pareciere hacer algun otro uso de la plata y oro que sobrare, hacedlo segun la voluntad de vuestro Dios. Llevad tambien los vasos que el rey y sus consejeros y grandes han ofrecido para el servicio de la casa de tu Dios, y ponlos en la presencia de Dios en Jerusalem, y tambien se dará del tesoro y fisco del rey y de lo mio, quanto fuere necesario para la casa de tu Dios. Yo el rey Artaxerxes he decretado y mando á todos los tesoreros del erario público que estais á la otra parte del rio : que quanto os pidiere el sacerdote Esdras, Escriba de la ley del Dios del cielo, se lo deis sin tardanza hasta cien talentos de plata (mas de dos millones y medio), cien coros de trigo (quinientas fanegas), cien batos de vino (doscientas arrobas) y cien batos de aceite; y sal sin medida. Todo lo que pertenece al culto del Dios del cielo, entréguese puntualmente en la casa del Dios del cielo, no sea que se enoje contra el reino del rey y de sus hijos. Os hacemos tam-

bien saber, que no teneis potestad para imponer alcabala, tributo, ni otras cargas sobre los Sacerdotes, Levitas, cantores, porteros, natineos (aguadores y leñadores) y ministros de la casa de este Dios. Y tú, Esdras, establece jueces y presidentes segun la sabiduría que tu Dios te ha dado, para que juzguen á todo el pueblo que está á la otra parte del rio, y que tienen noticia de la ley de tu Dios, y á los que no la tienen enseñadla libremente; y todo el que no cumpliere exactamente la ley de tu Dios, y la ley del rey, será condenado, ó á muerte, ó á destierro, ó á una multa sobre sus bienes, ó á lo menos á cárcel. Hasta aquí el edicto del rey Artaxerxes.

Un rey de Israel, descendiente de los patriarcas, y criado en su religion, apenas podria hablar con mas veneracion del Dios de la gloria, ni tratar con mas respeto á su templo, ni con mas consideracion á sus ministros, ni con mas benignidad á su pueblo. Esdras cuando recibió el edicto y le hubo leído, exclamó : ¡ Bendito sea el Señor Dios de nuestros padres, que puso todo esto en el corazon del rey para ensalzar la casa del Señor, é inclinó hácia mí los ojos de su misericordia delante del rey, de sus consejeros y sus poderosos !

Salida de Babilonia del resto de los cautivos y su viaje á Jerusalem.

Esdras no dilató el aprovecharse de este edicto precioso. Convocó y reunió el pueblo del Señor que todavía habitaba en la tierra del cautiverio, aunque no ya como cautivo, sino como vasallo del rey, y se fijó la partida para el dia primero del primer mes (primer dia de la luna de marzo) del sétimo año de Artaxerxes en su segundo reinado de Babilonia. Despedido Esdras, por sí y á nombre del pueblo, del bondadoso monarca, emprendieron su viaje el dia señalado. Llegaron á las márgenes del rio Ahava, y allí hicieron alto. Recató Esdras por

familias y generaciones todo el pueblo que se había reunido, y resultaron cerca de dos mil hombres, que con las mujeres y niños pasarían de cuatro mil. Intimé allí un ayuno, dice Esdras, para alligarnos delante del Señor nuestro Dios, y pedirle feliz viaje para nosotros, nuestros hijos y familias y todos nuestros bienes; porque tuve vergüenza, añade, de pedir al rey tropas que nos defendiesen de enemigos en el camino, puesto que habíamos dicho al rey: La mano de nuestro Dios defiende á todos los que le buscan en bondad; y su imperio, fortaleza y furor cae sobre todos los que le abandonan. Ayunamos, pues, y rogámos á nuestro Dios para esto, y nos sucedió felizmente. Llamé despues á mi presencia doce sacerdotes de las primeras familias, y les entregué por peso la plata, el oro y los vasos que el rey, sus consejeros y grandes habían ofrecido para ser consagrados á la casa de nuestro Dios; y además todos aquellos que se hallaron en Israel ofrecidos (por los que volvían á Judá); y puse en sus manos seiscientos y cincuenta talentos de plata (dos mil ciento treinta y dos arrobas) y cien vasos de plata. Cien talentos de oro (trescientas ochenta y cuatro arrobas) y veinte tazones de oro, que pesaban mil sueldos (diez libras) y dos vasos de bronce acicalado, y hermosos como el oro, y les dije: Vosotros sois los santos del Señor, y santos son los vasos y la plata y el oro que espontáneamente ha sido ofrecido al Señor, Dios de nuestros padres; velad y guardadlo hasta que lo peseis en Jerusalem delante de los príncipes de los sacerdotes y levitas, y de los príncipes de las familias de Israel para ponerlo en el tesoro de la casa del Señor: y recibieron los sacerdotes y levitas la plata, el oro y los vasos para llevarlo á Jerusalem á la casa de nuestro Dios. Nos pusimos, pues, en camino desde el rio Ahava el dia doce del mes primero (doce dias despues de la salida de Babilonia) para ir á Jerusalem. La mano de nuestro Dios fué sobre nosotros, y nos libró de manos de enemigos y de asechadores.

Llegada á Jerusalem.

El dia primero del quinto mes (primer dia de la luna de julio) llegámos á Jerusalem y descansámos tres dias. Cuatro meses justos duró este viaje, como había durado el primero con la diferencia de algun otro dia. Nada faltó en el camino, ni hubo un solo fracaso en esta muchedumbre, compuesta en la mayor parte de ancianos, mujeres y niños, segun que era buena, dice el sagrado texto, la mano de su Dios sobre él, esto es, sobre Esdras y su pueblo. Despues de los tres dias de descanso y de mutua alegría y regocijo entre los hermanos que llegaban á Jerusalem, y los que se hallaban en ella, pasó esta nueva porcion de hijos de Jacob á entregar el cuarto dia en la casa del Señor la plata, el oro y los vasos ofrecidos para servicio del culto, por mano de los sacerdotes que se habían encargado de estas riquezas y preciosidades en las márgenes del Ahava, y todo se recibió á peso y cuenta por los tesoreros del santuario. Hecha esta entrega, ofrecieron holocaustos al Dios de Israel, con tanto mayor consuelo y devocion, cuanto había tantos años que no los ofrecían en su santo templo. Presentaron doce becerros por las doce tribus de Israel, noventa y seis carneros, setenta y siete corderos y doce machos de cabrío, todo en holocausto al Señor. Últimamente se pusieron en manos de los ministros de la corte y de los gobernadores de esta parte del rio los decretos del rey, y al verlos, ensalzaron y tuvieron en gran consideracion al pueblo y el templo de Dios.

Gran sentimiento de Esdras al saber que varios Israelitas se habían casado con extranjeras.

Esdras se hallaba empapado en consuelo y rebosando alegría al ver la felicidad con que todo se había hecho

bajo la visible proteccion del Señor, y se prometia todo género de prosperidades para su pueblo, si no se hacia indigno de este amparo del Cielo; cuando hallándose en el parvis del templo se le presentó una porcion de venerables ancianos y celosos cabezas de familias á suplicarle : que pusiese remedio á un gran mal que se habia extendido en el pueblo de Dios; cuya noticia hubo de costar la vida á este gran colador de la ley. El pueblo de Israel, le dijeron, no se ha separado de los pueblos de estas tierras, ni de sus abominaciones, porque ha tomado de sus hijas para si y para sus hijos, mezclando el linaje santo con la sangre maldita de los Cananeos, Heleos, Fereceos, Jebuseos y Amorreos, y con la sangre pagana de los Amonitas, Moabitas, Egipcios, y demas idólatras que nos rodean; y lo mas lastimoso es, que tambien hay sacerdotes, levitas y magistrados que han caido en esta abominacion. Esdras al oirlo rasgó su manto y su túnica, arrancó sus cabellos, mesó su barba y se sentó sobre la tierra, traspasado del mas vivo dolor y tan acongojado que parecia un hombre que se muere. Acudieron á consolarle los temerosos de Dios; pero Esdras permaneció sentado en el suelo y sumergido en un mar de amargura hasta el sacrificio de la tarde.

Su oracion.

Entonces se levantó, y volviendo á rasgar su manto y su túnica, dobló sus rodillas, extendió sus manos al cielo y exclamó : ¡ Dios mio! yo me confundo y me avergüenzo de levantar mi rostro hácia vos, porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestras cabezas y nuestros pecados han crecido hasta el cielo... Siguió este afligido sacerdote clamando largo tiempo al Señor, y confesando en su divina presencia los delitos por los cuales su pueblo le habia puesto en la precision de castigarle, entregándole al hambre, á la

peste, al cuchillo y á la esclavitud, y quejándose amargamente de que en unos dias en que les habia mirado con misericordia y vuelto á su tierra, su ciudad y su templo, este pueblo ingrato provocase de nuevo su ira, tomando en matrimonio para si, sus hijos é hijas de las naciones paganas y de la raza maldita de Can... y concluyó diciendo : Justo sois, Señor, Dios de Israel. Aquí estamos delante de vos, detestando nuestro delito, porque no es sufrible estar en delito delante de vos.

Juramento de echar las mujeres extranjeras.

Mientras que Esdras oraba, lloraba, é intercedia por os prevaricadores, postrado delante del templo de Dios, le rodeo una multitud de hombres, mujeres y niños, y todos lloraban largo llanto con él. Entonces se levantó Schemas, de los hijos de Elam, y acercándose á Esdras. le dijo : Nosotros hemos prevaricado contra nuestro Dios, tomando mujeres extranjeras de los pueblos idólatras; y ahora, puesto que se arrepiente el pueblo y llora su extravio y prevaricacion, hagamos un pacto con el Señor nuestro Dios, de echar (de nosotros) todas las mujeres y los que de ellas han nacido, segun la voluntad del Señor, y de los que temen el mandato del Señor nuestro Dios. Levántate, porque á ti tocar esolver, y nosotros te ayudaremos. Esdras se levantó y tomó juramento á los príncipes de los sacerdotes y levitas, y á todos los que se habian reunido, de que lo harian conforme a la ley, y todos lo juraron.

Medios para cumplirlo.

Mas Esdras no dejaba de llorar, porque se habia quebrantado el precepto del Señor, y no cesó en su llanto hasta que se publicó un decreto por los príncipes y an-

cianos ordenando: que todo aquel que, hallándose en distancia proporcionada, no viniese dentro de tres días á Jerusalem, se le confiscarian todos sus bienes, y seria echado de la congregacion de Israel; y todos los hombres de Judá y Benjamin, como mas cercanos á Jerusalem, se hallaron reunidos en la ciudad santa al tiempo señalado. El día veinte del mes nono (luna de noviembre), todo el pueblo se sentó en la plaza de la casa de Dios (el sitio de los arios que aun no estaban reedificados) temblando por el pecado y por un fuerte aguacero (que miraba como un indicio del enojo del Señor). Entonces Esdras, rodeado de los príncipes y los ancianos, se presentó en medio de la multitud y les dijo: Vosotros habeis prevaricado, tomando mujeres extranjeras y habeis añadido este pecado á los pecados de Israel (que acabamos de pagar con un largo destierro). Ahora, pues, dad gloria al Señor, Dios de vuestros padres, y haced su voluntad, separándoos de los pueblos de la tierra y de las mujeres extranjeras... y respondió toda la multitud: Hágase como lo dices. Lleno de consuelo Esdras con tan satisfactoria respuesta, está bien, dijo; mas por cuanto el pueblo es mucho, y mucha la lluvia y no podemos permanecer al descubierto, ni esta es obra de dos días, señalense príncipes de toda la multitud que entiendan en esta separacion; y luego fueron nombrados los sacerdotes Jonatan y Jaasia, y para ayudarles los levitas Mesollan y Sebetai. Hecha esta eleccion, despidió Esdras la multitud para que se volviesen á sus casas, mandándoles: que todos los de todas las ciudades que habian tomado mujeres extranjeras, viniesen cuando fuesen llamados, ciudad por ciudad, y con sus ancianos y magistrados al frente, á presentarse ante los jueces nombrados para ejecutar la separacion; hasta que se concluya, añadió, y se aparte de nosotros la ira de nuestro Dios por este pecado; y lo hicieron así todos los hijos de Israel de todas las ciudades y de todos los pueblos.

Su cumplimiento.

Se principió esta averiguacion el día primero del mes decimo (luna de diciembre) y duró hasta el día primero del mes primero (luna de marzo) del año siguiente, esto es, tres meses. Se declararon nulos todos los matrimonios contraidos con extranjeras: las echaron de casa y a sus hijos con ellas; y ofreció cada uno de los prevaricadores un carnero por su delito. Con esto quedó aplacada la ira del Señor, y concluido felizmente un asunto tan difícil y tan delicado. La prohibicion de alianzas, y sobre todo matrimoniales, con los incircuncisos era una ley capital del pueblo de Dios, y la falta de su cumplimiento fue casi siempre el origen de sus idolatrías y de sus terribles castigos. ¡Pluguiere al Cielo que este manantial venenoso que derramó tantas desdichas sobre el pueblo de Dios, no manase con tanta abundancia y derramase tantas calamidades sobre el pueblo de su santísimo Hijo!

Esdras, este gran celador de la ley, despues de un triunfo tan consolador para él y tan dichoso para su pueblo, se ocupó del cumplimiento del edicto de Artaxerxes en todas sus partes. Hizo que los gobernadores reales contribuyesen con el vino, aceite, trigo, victimas y dinero que la munificencia del rey habia destinado para los sacrificios, obras y adornos del templo. No permitió que se cobrase alcabala ó tributo, ni se impusiese carga o gravámen alguno á los sacerdotes, levitas, cantores y demás ministros del templo del Señor. Como autorizado para enseñar libremente la ley del Señor al pueblo de Israel, y principalmente como doctor de esta ley, estableció en las ciudades enseñanzas donde se leian los Libros santos y se explicaban. Se aplicó con gran celo al arreglo del culto público, que habiendo estado sin uso por cerca de un siglo, pedia una muy particular atencion, y logró volver á introducir aquel bello orden

que en otro tiempo habia hecho tan glorioso al templo de Salomon.

Se concluyen las obras exteriores del templo.

Entretanto que así se ocupaba este celoso sacerdote y gran doctor de la ley, Zorobabel, príncipe del pueblo, trabajaba incansable en llevar á su conclusion las obras que debían rodear el templo del Señor. El vestibulo interior y exterior, los atrios, las galerías cubiertas, los gazofilacios ó archivos de los Libros santos y de los tesoros y alhajas preciosas, las habitaciones de los sacerdotes, levitas y demás ministros del culto, las cámaras de los ornamentos y vestiduras sacerdotales y otra multitud de edificios, indispensables para llevar con decoro y grandeza el culto que toda la nacion rendia al Señor en aquel solo templo... todo esto pedia muchos años, y gastos inmensos para llevarlo á su fin; y esto era en lo que con tanto celo y empeño se ocupaba Zorobabel en estos años de paz que concedía el Señor á Israel, inspirando buena voluntad al rey Artaxerxes. La generosidad de este monarca, los tesoros que se habian traído últimamente de la cautividad y los que el pueblo ofrecía todos los días, proporcionaban á Zorobabel el pago de estas obras inmensas, que tuvo el consuelo de ver concluidas, si se exceptúan algunos adornos que no eran precisos y que se continuaban haciendo.

Prohibicion de reedificar á Jerusalem.

Esdras explicaba la ley y procuraba su cumplimiento; Zorobabel llevaba á su perfeccion la obra del templo, y el pueblo, fiel al Señor, y dócil á las autoridades, saltaba de gozo al ver su hermosura y la magnificencia del culto, al que contribuía presentando con la mejor vo-

luntad víctimas y ofrendas; mas todos estos consuelos y gozos de los hijos de la cautividad tenían contra sí un sentimiento de amargura que no podían calmar. Este sentimiento le causaban las ruinas de la ciudad santa que estaban siempre á la vista, y que no se les permitía apartar de sus ojos, reedificándola. El amable Ciro no habló expresamente en su célebre decreto, sino solo del templo. Artaxerxes en el suyo primero prohibió severamente la reedificacion de Jerusalem, á la que trató de ciudad sediciosa y rebelde á los reyes. Darío no revocó este decreto. El mismo Artaxerxes en su segundo decreto, aunque tan favorable á Esdras, á los cautivos y al templo, no revocó ni aun habló del primero, y todo esto probaba que los monarcas que dominaban al pueblo de Israel, de ningun modo querían que se reedificase, y menos que se murase la antigua Jerusalem, persuadidos, y con razon, de que volvería á ser una fortaleza invencible, si los delitos de sus moradores no hacían que Dios la entregase á sus enemigos.

Necesidad de reedificarla.

Pero mientras que Jerusalem no se reedificase y levantasen sus muros, el servicio del templo no podía hacerse con tranquilidad: los vasos sagrados, los tesoros de la casa del Señor, las preciosidades, las vestiduras sacerdotales, los almacenes... todo se hallaba expuesto á la embestida de cualquiera fuerza armada en una ciudad sin otra defensa que escombros; y la nacion santa, destinada á perpetuar el culto de Dios hasta la venida de su santísimo Hijo, no podía cumplir, segun era debido, este sagrado destino. En la imposibilidad de reedificar la ciudad y levantar sus muros, se encerraron en ella lo mejor que pudieron, cercándola con terraplenes, formados de sus ruinas amontonadas y poniendo puertas á sus entradas; mas unas defensas tan despreciables, al paso

que nada apenas servian para su seguridad, bastaron para dar armas al odio de sus enemigos. Los trataron de grandes murallas, y en efecto lo eran por los grandes montones de escombros que las formaban; las derribaron y quemaron las puertas. La situacion de los moradores de Jerusalem en semejante estado era bien desgraciada. Todo cuanto tenian, hasta los vasos del templo, estaba en peligro; los enemigos derribaban sus terraplenes y quemaban sus puertas, y de nada de esto podian quejarse á los gobernadores, porque léjos de tener orden del rey para protegerlos era todo al contrario, porque subsistia la prohibicion de reedificar á Jerusalem. Tampoco era prudente recurrir á Artaxerxes, que habiéndoles dispensado todo género de favores, como hemos visto, conservó la prohibicion de edificar á Jerusalem, y no quiso concederles este beneficio. Semejante recurso solo presentaba una negativa, y un peligro de enojar al monarca, perder su proteccion y atraerse males incalculables. Sin embargo, este fué precisamente el partido que tomaron, contando con la proteccion del Señor, que habia prometido por Isaías la reedificacion de Jerusalem, y tuvieron razon en contar con ella, porque sus promesas son infalibles.

Comision á Nehemias para que solicite de Artaxerxes licencia para reedificarla.

Cuando Esdras salió de Babilonia con el resto de la cautividad, dejó á su compañero Nehemias en el favor de Artaxerxes y sirviéndole de copero. Se determinó enviar una comision á Nehemias para que solicitase del rey la permission de reedificar á Jerusalem y levantar sus muros. Esta comision se compuso de personas principales, yendo á su cabeza Hanani, uno de los hermanos de Nehemias. En el mes de Casleu (luna de diciembre) del año veinte de Artaxerxes llegó la comision al castillo de

Susa, donde á la sazón se hallaba Nehemias. Este le recibió con todas las atenciones debidas á los representantes de su nacion, y con el cariño de hermanos. Su primer desco fué saber de los que aun vivian despues del cautiverio, y del estado del templo y de Jerusalem. Los que quedaron del cautiverio, le dijeron, se hallan en grande afliccion. Aunque el templo ha sido reedificado, está expuesto á las embestidas de nuestros enemigos; la ciudad santa no es, sino ruinas; los parapetos que habiamos formado de sus escombros, han sido derribados, y las puertas con que habiamos cerrado las entradas, han sido quemadas. Tal es nuestro estado, y á fin de remediar estos males tan grandes, nos envian nuestros hermanos y los vuestros para que, siguiendo los ejemplos de Daniel, Mardoqueo y Ester, interpongais vuestro valimiento con el rey Artaxerxes y nos alcanceis el permiso de edificar la santa ciudad y cerrarla con muros.

Afliccion y oracion de Nehemias.

Cuando oyó Nehemias el deplorable estado en que se hallaba Jerusalem, los peligros del templo y la amargura en que vivian sus hermanos de la cautividad, se sentó sobre el suelo, se afligió y lloró muchos dias, ayunando y orando en la presencia del Dios del cielo, y diciendo: Yo os suplico, Dios grande, fuerte y terrible, que tengais misericordia de aquellos que os aman y guardan vuestros mandamientos. Sean atentos vuestros oidos y esten abiertos vuestros ojos á la oracion que día y noche hace vuestro siervo en vuestra presencia por los hijos de Israel vuestros siervos. Yo confieso los pecados con los que los hijos de Israel han pecado contra vos, y los que hemos cometido yo y la casa de mi padre. Es verdad que hemos sido seducidos de la vanidad (la idolatría) y que no hemos guardado los mandamientos, ceremonias y juicios que ordenásteis por vuestro siervo Moises; mas

acordaos, Señor, de la palabra que disteis, diciendo : Cuando prevaricáreis , yo os esparciré por los pueblos ; pero si os volviéreis á mí , y guardáreis mis preceptos y los cumpliéreis , aunque hayais sido trasportados á los cabos del mundo , de allí os congregaré y os volveré á traer al lugar que escogí para que morase en él mi Nombre . Pues , Señor , siervos vuestros son los que os suplican , y ellos son los que componen el pueblo que redimisteis con vuestra fortaleza y mano valiente . Ruégoos , Señor , que esté atento vuestro oído á la oracion de vuestro siervo y á la súplica que me hacen vuestros siervos para que yo hable al rey Artaxerxes ; y que hagáis que yo halle misericordia delante del rey . Una oracion humilde y fervorosa es para los justos un manantial de esperanza y consuelo , y Nehemías salió de la suya animado de gran confianza . Prometió á los comisionados que nada dejaria de hacer en favor de su pueblo , y solo esperó la ocasion oportuna .

Artaxerxes concede á Nehemías licencia para ir á reedificar á Jerusalem y le autoriza .

Un día que el rey estaba á la mesa solo con la reina , se presentó Nehemías á servirle la copa con un semblante lánguido y decaído ; el rey lo advirtió , y luego le preguntó : ¿ Qué tienes , Nehemías ? ¿ Porqué tu semblante está triste , siendo así que no estás enfermo ? No es esto sin causa , y no sé qué mal hay en tu corazon . Al oír estas últimas palabras temió Nehemías en gran manera ; mas conservó bastante ánimo y serenidad para decir : Viva el rey eternamente : ¡ cómo , señor , no ha de estar pálido y decaído mi rostro , cuando la ciudad donde estan enterrados mis padres se halla desierta y quemadas sus puertas ! ¿ Y qué quieres ? dijo entonces el rey . Aquí pareció quedar suspenso Nehemías por al-

gunos momentos ; pero fué para pedir al Cielo que inclinase el corazon del monarca á condescender con su peticion , y lo consiguió segun sus deseos . Si parece bueno al rey , respondió , y si vuestro siervo ha hallado gracia en vuestra presencia , suplico que me enviéis á la Judea , á la ciudad del sepulcro de mis padres , para reedificarla . Una peticion de tanta consecuencia no ocupó la atencion del rey , y dándola por concedida , solo cuidó de saber el tiempo de la vuelta de Nehemías , porque sin duda le queria mucho . ¿ Y en cuánto tiempo harás tu viaje ? le preguntó el rey y la reina : ¿ y cuándo volverás ? Nehemías señaló el plazo ; no sabemos cuál fué ; pero sabemos que pareció bien al rey , y le envió segun su peticion ; mas no quiso que fuera solo con su comitiva , y mandó que le acompañase una buena escolta de oficiales y tropa de á caballo . Nehemías conocia las grandes dificultades de su empresa y se atrevió á suplicar al rey , que le diese cartas para los gobernadores del otro lado del rio , á fin de que le franqueasen el camino hasta llegar á la Judea , y otra carta separada para el intendente del bosque del rey , mandando que se le diesen las maderas necesarias para hacer las puertas de los atrios del templo , las de las entradas de las murallas y las de su propia casa , y todo se lo otorgó el rey , segun era bienhechora la mano de Dios conmigo , dice el mismo Nehemías .

Se despidió este de los amables monarcas , y salió de Babilonia acompañado de sus paisanos los comisionados , escoltado de las tropas que le habia dado el rey , y armado con sus cartas para los gobernadores y el intendente del bosque . Luego que pasó el rio , se presentó á ellos y les entregó las cartas del rey . No tardaron en saber esta venida y sus circunstancias Sanaballat Moabita , que gobernaba á los Samaritanos , y Tobias Amonita su asesor ó secretario , hombres poderosos en la Samaria ; y no solo tuvieron gran pesar de que hubiese venido á Judea un hombre que procurase la prosperidad

de los hijos de Israel, sino que concibieron gran odio contra ellos, como veremos muy luego.

Nehemías llega á Jerusalem y principia su reedificacion por levantar los muros.

Llegó Nehemías con sus compañeros á Jerusalem, y fué recibido en ella como un salvador de su patria. Tres días descansó, y en ellos fué obsequiado á porfía por su pueblo. Deseaba Nehemías registrar por si mismo el estado de las murallas, y no queria que se advirtiese; por que en la reedificacion de los muros de Jerusalem debian tener mucha parte la celeridad y la reserva. Tomó personas de su confianza, y en el silencio de la noche dió vuelta á toda la ciudad, contemplando con gran sentimiento sus muros arruinados y sus puertas quemadas. Retirado á su casa, sin ser advertido, formó el plan que el Señor le habia inspirado para esta grande obra, y luego reunió todo el pueblo y les dijo: Vosotros conocéis la afliccion en que estamos: que Jerusalem esta desierta, y sus puertas quemadas. Venid y edifiquemos sus muros, y no estemos mas tiempo en oprobio. Entonces les indicó, que la mano de Dios era bienhechora para él, y les manifestó las facultades que el rey le habia dado para reedificar á Jerusalem y levantar sus muros. Venid, repitió con viveza, venid y empecemos (á levantar los muros), y luego las manos de todos se confortaron para hacer esta obra. El plan que habia formado Nehemías consistia principalmente en que todo el pueblo se dividiese en cuadrillas ó cuerpos formados de parentelas: que el muro se dividiese en tantas porciones cuantos eran estos cuerpos, ó cuadrillas: y que cada una tomase á su cargo edificar la porcion que se le señalase; de modo que el muro se levantase á un vuelo y en el menor tiempo posible, porque, principiada la obra, lo que mas importaba era la brevedad. Luego se

reunieron las parentelas, se formaron las cuadrillas, se repartió el muro, y cada una se encargó de levantar la porcion que se la señalaba. Á dia seguido se puso mano en la obra, y se trabajaba con tanto celo y empeño, que parecia se iban á levantar los muros de Jerusalem en pocos mas dias que los que se tardó en preparar la caída de los de Jericó.

Sus enemigos se burlan de esta empresa.

Luego se extendió por todas partes la noticia de esta ruidosa empresa de los hijos de la cautividad; pero como Nehemías tenia por el rey el titulo de gobernador general en toda la Judea, no se opusieron los gobernadores particulares; mas no pasó asi en Samaria. Cuando lo oyeron Sanaballat y Tobías, sobre los que no tenia autoridad Nehemías, y un tal Gosen, jefe de una tribu de Arabes, se motaron de ellos, les despreciaron y les dijeron: ¿Qué es eso que haceis? ¿Pensais acaso poder resistiros al rey? Pero Nehemías les contestó: Nosotros somos siervos del Dios del cielo, y él es quien nos ayuda. Nosotros edificamos nuestra ciudad, y vosotros no tenéis parte, ni derecho, ni memoria en Jerusalem. Estas contestaciones no impedian que la obra se adelantase, y Sanaballat, aunque mas irritado cada dia, se contentaba con burlarse de ellos. ¿Qué querrán hacer, decia, estos Judios imbéciles? ¿Levantar los muros? ¿y se lo permitirán las gentes que viven entre ellos? ¿Pensarán que eso es obra de un dia, y que sacrificarán en el siguiente? ¿Podrán formar esos muros de piedras, que fueron quemadas, y no son mas que ceniza? Que edifiquen enhorabuena, decia su secretario Tobías. Su obra vendrá á ser tal, que si subiere á Jerusalem una zorra, salvara de un brinco su muro; pero entretanto que así se burlaban, el muro subia, se unian los trozos, y su altura llegaba á la mitad que antes tenia.

Tratan de impedir-la.

Cuando oyó Sanaballat y Tobías, y los Árabes y Amónitas, que se habían unido las porciones de muros, y la ciudad había quedado cerrada en toda su circunferencia con un muro que llegaba ya á la mitad de su altura, se dejaron de burlas y entraron en veras. Se juntaron todos de mancomun para subir contra Jerusalem y combatirlos; pero estos enemigos, tan insultadores como cobardes, temieron á los hijos de Israel, colocados ya detrás de sus muros. Para evitar un combate, que no esperaban favorable, convinieron en guardar un profundo silencio sobre su proyecto de reunirse todos en un punto con el mayor disimulo y de caer de repente sobre los Judíos y matarlos, que era el modo seguro de que cesase la obra. Mas los Judíos que habitaban entre ellos, supieron esta horrible trama, y de todas partes dieron avisos multiplicados á los de Jerusalem para que viviesen prevenidos. Con estas noticias Nehemías puso en orden al pueblo detrás de los muros armado de espadas, lanzas y ballestas, y recorrió todos los puestos diciendo: No temáis delante de ellos. Acordaos del Señor grande y terrible. Poned en él toda vuestra confianza, y entrad con valor á pelear en defensa de vuestro pueblo, de vuestros hijos, de vuestras hijas, de vuestras mujeres y de vuestras casas. Supieron los enemigos que se había dado aviso á los Judíos, y el Señor, haciendo caer sobre ellos el miedo, desbarató su designio. Entonces cada uno volvió á continuar la obra que le correspondía del muro.

Nehemías se previene para defenderla de un modo muy ingenioso y prudente.

Aleccionado Nehemías con esta primera intentona de

sus enemigos, trató de vivir prevenido para las que pudiesen tramar en adelante. Dispuso que la mitad de los jóvenes que trabajaban en la obra, se armase de lanza, escudo, ballesta y coraza, y con un jefe que les comandase, formasen un cuerpo de tropas, dividido en tantas partidas cuantas eran las porciones en que estaba dividida la obra, para defender á los que trabajaban en ella. Todo lo temía Nehemías de sus enemigos, que eran muchos, que les aborrecían mucho, y que tenían muchas tropas regladas; y para valerse él, en caso necesario, de todas sus fuerzas, mandó que también los que trabajaban estuviesen armados aunque á la lijera, llevando cada uno ceñida siempre una espada; pero de modo que no les impidiese trabajar, y les sirviese para defenderse en cualquier lance. Nehemías pasó mas adelante en sus precauciones. Mandó hacer grandes trompetas y de mucho sonido, y distribuyó una á cada cuadrilla para que la tocase, si era acometida, á fin de que acudiesen, tanto la tropa armada, como las demás cuadrillas á defenderla; porque se trabajaba á un tiempo en todo el muro que rodeaba á Jerusalem, cuyo recinto era muy extenso, y podían ser acometidos unos sin noticia de los demás para acudir á defendertos. La obra es grande, dijo Nehemías al pueblo, y grande su extension, y estamos separados los unos de los otros; por tanto, en cualquiera lugar que oyéreis el sonido de la trompeta, acudid luego allá á defender á vuestros hermanos. El Señor nuestro Dios peleará por nosotros. La mitad de la juventud armada de todas armas tenga empuñadas las lanzas desde que suba la aurora hasta que salgan (al anocheecer) las estrellas, y todos los demás continuaremos con tranquilidad haciendo las obras. Desde ahora cada uno quédese á dormir en Jerusalem (salían antes muchos á dormir á sus pueblos), y túrnese de noche para hacer la guardia de la ciudad, y de día para trabajar; por lo que toca á mí, añadia, y á mis hermanos, criados y guardias que me acompañan, no nos quitaremos los

vestidos. Cada uno se desnudará solo para lavarse (y mudar ropa). Ninguna cosa mas bien ideada y dispuesta que este reglamento, y ninguna mas bien apoyada, que poniéndose Nehemías y sus hermanos y familias por dechados y ejemplares. Al cabo de alguna otra semana, y á pesar de varias alarmas, se vió, bajo de este orden, hecha tanta obra, que se creía ser trabajo de muchos años y ejecutada en medio de la tranquilidad mas completa. Apenas se creía lo que se estaba viendo, y era preciso confesar que el dedo de Dios habia obrado allí.

Sus enemigos recurren á la traicion.

Viendo Sanaballat y demás enemigos : que la obra crecia rápidamente : que los muros se acercaban á su conclusion : que se fabricaban las puertas para fijarlas en las entradas en vez de los terraplenes; y que nada conseguian con sus embestidas, porque todas eran rechazadas por las armas que tan acertadamente habia puesto Nehemías en las manos de su pueblo, recurrieron á la traicion en vez de las armas. Enviaron embajadores á Nehemías, diciendo : Ven y hagamos alianza entre nosotros en alguna de las aldehuelas del Ono (en la tribu de Benjamin). Mas ellos tenian, dice el sagrado texto, el designio de hacerle mal. Nehemías no podia dejar de conocerlo, y les envió los suyos, diciendo : Estoy haciendo una obra grande y no puedo bajar (á Ono), no sea que se aloje en ella, mientras que yo fuere y bajaré á vosotros. Por cuatro veces enviaron á Nehemías embajadores con la misma solicitud; pero Nehemías respondió siempre lo mismo. Desesperados los enemigos de conseguir su intento por este camino, tomaron un rodeo, y Sanaballat, como cabeza de ellos, envió á Nehemías con un criado una carta escrita en estos términos : Se ha divulgado : que tú y los Judíos pensais rebelaros : que por esto reparais el muro : que tú quieres alzarte rey

sobre ellos; y que para esto has puesto profetas en Jerusalem, que predigan de tí, diciendo : Rey hay en la Judea; y estas cosas llegarán á oídos del rey (Artaxerxes). Por tanto ven ahora (que aun hay tiempo) para que tomemos juntos consejo (del modo de desvanecer esta voz). No hizo Nehemías mas caso de esta carta, que habia hecho de las cuatro embajadas, y le contestó, diciendo : Nada ha habido de las cosas que tú escribes : de tu corazon compones tú esas cosas. Era el intento de los enemigos intimidar á los Judíos, y sobre todo á Nehemías, para que dejasen de trabajar en los muros y se retirasen temerosos de que el rey lo supiese y les castigase; pero Nehemías, conociendo en esto la debilidad de sus enemigos, cobró nuevo ánimo y le infundió á todos los trabajadores.

No quedaba á los enemigos camino descubierto para llegar á su fin, porque solo tenian el de las armas y no se atrevian á medirlas con las de los Israelitas; mas no por eso desistieron de su intento. Recurrieron á los caminos ocultos, y pusieron en accion las inteligencias secretas que mantenian en Jerusalem. Una de estas era con Semaías, profeta falso, misántropo consumado é hipócrita perverso. Vivía al parecer sin relaciones y muy metido en su casa, de donde no se le veía salir, sino al templo. Sin embargo las tenia con Sanaballat y estaba ganado por él. Semaías rogó á Nehemías que viniese en secreto a verle á su casa. Nehemías condescendió, y pasó secretamente á la casa de Semaías; pero este, al momento que se presentó Nehemías, le dijo : Vamos á la casa del Señor; cerraremos las puertas, y allí trataremos (lo que convenga); porque han de venir á matarte, y de noche será cuando vengan á darte la muerte. Semaías decia todo esto de un modo misterioso y profético; pero Nehemías no entendía de miedos, y le contestó con enojo : ¿Acaso huira un hombre, tal como yo? ¿y quién en mi puesto huira a guardarse en el templo (que debe defender), y no debería morir (por cobarde)? Yo por mí no

entraré. Luego conoció Nehemías que Dios no había enviado á Semaías, sino que él había hablado de suyo, y como adivinando, y supo que Sanaballat y Tobías le habían alquilado por dinero para que, ó le matase, ó á lo menos le intimidase. Regularmente tendria Semaías escondidos los asesinos en el templo y querria llevarle á él para que allí le quitasen la vida. Lo que vemos es que Nehemías debió conocer que habia corrido un gran riesgo, porque se volvió al Señor, y como un hombre asombrado, le dijo: Acordaos, Señor, de mí (para librarme) de semejantes obras de Sanaballat y Tobías. También conoció que Neadías, falso profeta y los otros profetas falsos que procuraban aterrarle, anunciando los terribles castigos que haria Artaxerxes porque se levantaban los muros, estaban igualmente alquilados por dinero, y suplicó también al Señor que le librase de ellos.

Se concluyen los muros y se cierra la ciudad.

Nehemías, caminando siempre bajo la protección del Señor, que tan continuamente imploraba, siguió imperturbable sus obras, y á pesar de todas las tramas y maquinaciones de sus enemigos, y de las infidelidades de algunos malos Israelitas, relacionados con ellos, se coronaron las murallas, se pusieron las puertas, y la ciudad quedó murada y cerrada el día veinte y cinco del mes Elul (luna de agosto, mes sexto del año sagrado que principiaba en la de marzo, y último del civil que comenzaba en la de setiembre) á los cincuenta y dos días de haberse principiado. Cuando oyeron esto todos nuestros enemigos, dice aquí Nehemías, se llenaron de terror, y también todas las gentes que habia á su contorno de nosotros. Todos desmayaron en su corazón, y todos conocieron que esta obra (concluida en tan corto tiempo) habia sido hecha por Dios.

Otra precaucion de Nehemias.

Siempre precavido Nehemías, encargó á su hermano Hanani, el que habia ido á la cabeza de los comisionados que se le presentaron cuando estaba en el castillo de Susa, y á Hanania, príncipe de la casa de Jerusalem, hombre temeroso de Dios sobre todos los demás, el cuidado de las puertas de la ciudad, y les mandó que, cerradas antes de oscurecer, no se abriesen hasta que calentase el sol. Delante de Nehemías, de Hanani y de Hanania fueron cerradas y atrancadas las puertas en aquella tarde, y Nehemías recorrió todo el muro y puso en todo él guardias de los vecinos, cada uno por su turno, al frente de su casa ó tienda. No se podian tomar precauciones mas justas ni mas arregladas; pero Jerusalem, mas bien que ciudad, era un vasto desierto cercado de muros. No habitaba en ella sino un corto número de vecinos que vivian casi todos en tiendas, porque apenas habia casas fabricadas, y este era un mal que Nehemías deseaba remediar cuanto antes y no sabia cómo.

Recuento del pueblo.

Pedia á Dios que le inspirase, y el Señor benigno y piadoso puso en su corazón, como medio para conseguirlo, juntar en Jerusalem lo principal del pueblo, hacer un recuento general, y en su vista tomar las medidas mas oportunas para su repoblacion. Reunió, pues, en ella los ancianos, los príncipes y los cabezas de todas las familias que componian el pueblo. Mandó que se trajese el libro del recuento que se habia hecho de los cautivos que volvieron de Babilonia bajo la conducta de Zorobabel, de los que habian entrado con Esdras y demás que, por diferentes puntos y tiempos, habian vuelto de la cautividad. Se hicieron en él los aumentos y rebajas que

habian causado los nacimientos y muertes, y se arregló un registro conforme al número de individuos que componian la nacion al presente.

Celebracion de tres solemnidades.

Como se hallaban en vísperas del sétimo mes del año sagrado (luna de setiembre), en el que se celebraban grandes solemnidades en Jerusalem, á las que concurría el pueblo en general y que este año habian de ser mas concurridas con motivo de la conclusion de los muros, juzgó Nehemias que no debía precipitar el asunto de repoblacion, sino esperar á la conclusion de las fiestas, que prepararian los ánimos para conseguirla. Habia un gran número de sacerdotes, levitas, porteros, cantores, nati-neos, y de pueblo de Judá y de Israel que habitaban en las ciudades y lugares que habian podido ocupar y reedificar despues de la cautividad, y de todas partes acudieron á Jerusalem á las tres solemnidades, *de las Trompetas, de la Expiacion y de los Tabernáculos*, que se celebraban en los dias primero, diez y quince del mes. La primera tenia de particular el toque de trompetas, ya para recordar las de Jericó, á cuyo sonido cayeron sus muros, y ya para preparar al pueblo para el ayuno de la fiesta de la expiacion de los pecados, que debía preceder á la de los tabernáculos, que era la mas solemne y se celebraba por ocho dias. En el año de que vamos hablando se puede decir que el sonido de las trompetas se cambió en el de la voz metalada de Esdras, que hizo en esta fiesta la lectura de la ley á todo el pueblo.

Lectura de la ley.

El dia primero del sétimo mes, desde muy de mañana, se halló, dice el texto sagrado, reunido todo el pueblo,

como si fuera un solo hombre en la gran plaza que llamaban de las aguas. En medio de ella se habia levantado un tablado, rodeado de un balaustrado que venia á formar un anchuroso pulpito. Esdras, sacerdote y doctor de Israel, se presentó sobre él con el libro de la ley en la mano y acompañado á derecha é izquierda de sacerdotes que hacían venerable y respetable este acto. Al mismo tiempo se repartió un gran número de levitas entre la multitud, de distancia en distancia para conservar el silencio mientras que se leyese la ley. Todo así preparado abrió Esdras el libro delante de aquella multitud de hombres y mujeres, y de los niños y niñas que podian ya entenderla. Al momento que Esdras abrió el libro de la ley, todo el pueblo se puso de pié. Antes de principiar la lectura bendijo Esdras en alta voz al Señor de cielos y tierra; al Dios de sus padres Abraham, Isaac y Jacob; al Dios de la gloria que tiene su asiento sobre los querubines; y respondió todo el pueblo: Amen, Amen, levantando sus manos al cielo; y luego postrándose todos en tierra le adoraron con los rostros pegados al suelo. Hecha esta adoracion, todos se levantaron y pusieron de pié para oír la ley. Esdras entonces con voz clara, sonora y pausada principió la lectura de la ley del Señor escrita por Moises. Hacia de tiempo en tiempo sus pausas, y en ellas los levitas, que estaban entre la multitud para conservar el silencio, repetian los pasajes mas principales y los explicaban. Así se ocupó toda la mañana desde muy temprano hasta medio dia. Los hombres y las mujeres, los ancianos y los jóvenes, los sabios y los ignorantes y todos los que podian entenderla, tenian sus oidos atentos á escuchar su lectura, y fué tal la impresion que hizo en todo el pueblo, que todos lloraban de pena por no haberla guardado y cumplido. Este dia era solemne y debian ofrecerse en él los sacrificios, y cumplir con todas las ceremonias propias de la solemnidad; pero el pueblo estaba tan entregado á la pena y al llanto, que no bastó que Esdras cesase en la lectura, sino que fué necesario que Nehe-

mías, el mismo Esdras y los levitas les advirtiesen, para consolar su tristeza y contener su llanto, que se hallaban en un día consagrado al Señor, y que era ya tiempo de ofrecer las víctimas, asistir á los sacrificios, comer de las carnes sacrificadas y enviar á los pobres una parte de ellas. Con esto lograron que el pueblo limpiase sus lágrimas, moderase su tristeza, asistiese á las ceremonias religiosas con el semblante que pedía la solemnidad, y celebrase sus convites con sus parientes y amigos, haciendo participantes de ellos á los pobres.

Tabernáculos ó Cabañuelas.

En la mañana siguiente los cabezas de familias de todo el pueblo, los sacerdotes y los levitas se congregaron en rededor de Esdras para que les hiciese mayores explicaciones del texto de la ley. Esdras se prestó á ello con muchísimo gusto, y explicando el libro por orden desde su principio llegaron á la ley que habia dado el Señor por su siervo Moises, mandando, que el día quince del sétimo mes celebrasen los hijos de Israel fiestas por siete días, siendo el primero y el último de reposo; y que para celebrarlas, tomasen ramos de naranjo con sus frutos, de palma, de árboles frondosos y de sauces: que formasen sombrajes, enramadas, tiendas ó cabañuelas y habitasen en ellas los siete dias: todo el que es del linaje de Israel, añadía el texto sagrado, habitará en estos tabernáculos, para que sepan vuestros descendientes, que en tabernáculos hice habitar á los hijos de Israel cuando los saqué de la tierra de Egipto. Para cumplir, pues, esta solemnidad tan individualmente expresada por el Señor, mandó Esdras: que se diese aviso en todas las ciudades de Israel y tambien en Jerusalem, diciendo: Subid al monte y traed ramos de olivo, de mirto, de palma y de los árboles mas hermosos y frondosos para hacer las cabañas, como está escrito (en la ley): y salió



el pueblo y los trajeron, y se hicieron cada uno su cabaña, los que tenían casas, sobre sus terrados, y los demás en los atrios y patios de la casa del Señor, en la plaza de las aguas y en la de la puerta de Efraim. Toda la congregación, que había vuelto del cautiverio, hizo cabañas y habitaron en ellas con tanta religión y piedad, cual no lo habían hecho los hijos de Israel, dice el sagrado texto, desde el tiempo de Josué, hijo de Nun, hasta aquel día. Cuando estaban preparando sus cabañas, llegó el día diez en que se celebraba la fiesta de la expiación. Se interrumpió con este motivo la obra y se celebró esta solemnidad según todo su rito, y luego se volvió á la faena de las cabañas. Todas estuvieron concluidas y preparadas el día catorce, y en aquella tarde, que principiaba la solemnidad de los tabernáculos, todo Israel se halló metido en sus cabañas ó tabernáculos, y fué grande su regocijo al considerarse en rededor del templo del Señor bajo de tiendas como lo habían estado sus padres bajo de pabellones mas de once meses en rededor del tabernáculo al pié del monte Sináí, y hasta cuarenta años en las soledades del desierto. En todos los siete días de esta solemnidad se continuó leyendo el libro de la ley, saliendo el pueblo de sus cabañuelas, reuniéndose en la misma plaza y guardando el mismo orden y la misma atención que en el primero; y en el sétimo, que era el veinte y dos del mes, se hizo la colecta, se ofrecieron las víctimas y se principió el sacrificio.

Hallazgo del fuego sagrado.

Cuando el templo iba á ser quemado por orden de Nabucodonosor, el profeta Jeremías envió, como dejamos dicho, sacerdotes que tomasen del lugar santísimo el arca de la alianza con sus testimonios, el propiciatorio con los querubines, el fuego sagrado y el altar del incienso, y todo lo escondiesen en un pozo profundo y

seco que había en un valle de Jerusalem. Después de quemado el templo y la ciudad, Jeremías sacó de él aquellos sagrados depósitos y los ocultó en una cueva del monte Nebo, pero dejó en el pozo el fuego sagrado, donde permaneció escondido por más de cien años hasta que Nehemías, que tenía noticia de que había quedado escondido en un pozo de uno de los valles de Jerusalem, envió en los días de esta solemnidad á los nietos de aquellos sacerdotes, que lo habían escondido, á que lo buscasen, sin omitir diligencia hasta que lo encontrasen. En efecto, á costa de registros y reconocimientos vinieron á dar con el pozo; pero no hallaron fuego en él, sino una agua espesa. Dieron cuenta de esto á Nehemías, y mandó que la sacasen y se la llevasen, é hizo que fuese rociada con ella la leña que estaba sobre el altar y las víctimas colocadas sobre leña. Cuando esto se hacía, el sol estaba cubierto de nubes; pero en el momento que se descubrió é hirió con sus rayos la leña y las víctimas, se encendió un grande fuego y ardieron la leña y las víctimas; y mientras que se quemaba la leña y se consumían las víctimas, todo el pueblo estaba sobrecogido de asombro, y todos los sacerdotes hacían oracion, entonando Jonatás (maestro de capilla) himnos y salmos, y respondiendo los demás sacerdotes. Al mismo tiempo Nehemías exclamaba, diciendo: Señor Dios, criador de todas las cosas, fuerte, terrible, justo, misericordioso, solo buen rey, solo sobre todo, solo Omnipotente y eterno, vos, Señor, que librais á Israel, que escogisteis á nuestros padres y los santificasteis, recibid este sacrificio por todo vuestro pueblo de Israel; guardad vuestra porción y santificadla... Y mientras que así clamaba al Señor Nehemías, el sacrificio fué consumido enteramente. Entonces mandó que se derramase el agua que había quedado sobre las piedras del altar, y luego ardieron todas y arrojaban una gran llama que se unió y fué absorbida por la que aun lucía sobre el altar.

Temor de Israel.

Un suceso tan asombroso llenó al pueblo de una admiracion inexplicable y de un fervor y un arrepentimiento á que no pudo resistir. Ya hemos visto, que la lectura del libro de la ley produjo un llanto que apenas Nehemías, Esdras y los levitas pudieron sosegar. Ahora que el fuego sagrado y perpetuo, prenda reservada bajo de las ruinas de la ciudad santa, aparece en sus días, y á su vista consume el sacrificio, purifica hasta las piedras del altar y continua su perpetuidad, el agradecimiento y la pena todo se aumenta á un mismo tiempo. Ven en la conservacion admirable de este fuego sagrado la bondad y cuidado del Señor para con su templo y su pueblo, y al mismo tiempo este milagroso fuego les recuerda los motivos de su ocultacion, los delitos de sus padres, la devastacion y soledad de la tierra que manaba leche y miel, el destrozo, las ruinas y las cenizas de la gran Jerusalem y su augusto templo, la cautividad del pueblo de Dios entre las cadenas de los incircuncisos... y tiemblan que los delitos, que ellos renuevan, después de tales escarmientos, enciendan de un modo implacable la ira del Señor, y que acabe de una vez con tan ingrato pueblo. Poseidos de este temblor y concluida la solemnidad de los tabernáculos con el milagroso sacrificio de este día, que era el veinte y dos y último de la octava, deshicieron en el veinte y tres sus cabañuelas de ramas, volvieron á entrarse en sus casas y tiendas, y el veinte y cuatro se presentaron todos como un solo hombre, en la misma plaza donde habían oído la lectura de la ley; pero en ayunas y vestidos de saco y cilicio, cubierta la cabeza de polvo y ceniza, detestando las alianzas extrañas, y confesando sus iniquidades y las de sus padres. Esdras volvió á la lectura del libro de la ley del Señor, y leida una ordenacion paraba, y todos se postraban y adoraban al Señor su Dios. Cuatro veces se verificó esta lec-

tura y ceremonia imponente, y en la última ocho levitas clamaron con gran voz á todo el pueblo, que permanecía postrado : Levántaos y bendecid al Señor vuestro Dios desde lo eterno hasta lo eterno.

Elocuente discurso de Esdras.

El pueblo se levantó, y Esdras entonces cerrando el libro de la ley exclamó : Bendigan todos, Señor, el nombre excelso de vuestra gloria con toda bendicion y alabanza. Vos, Señor, vos solo hicisteis el cielo y el cielo de los cielos (el empireo), y todo el ejército de ellos (los ángeles y los astros). Vos solo hicisteis la tierra y todo lo que en ella se contiene, y los mares y todo lo que hay en ellos. Vos dais vida á todas las cosas, y el ejército del cielo (los ángeles) os adoran (sin cesar). Vos, Señor, sois el que escogisteis á Abram, le sacásteis del fuego de los Caldeos y le pusisteis el nombre de Abraham; hallásteis fiel su corazón delante de vos, é hicisteis alianza con él, prometiéndole : que le daríais la tierra de los Cananeos para que pasase en herencia á su posteridad, y cumplisteis vuestra palabra, porque sois justo (por esencia). Vos visteis la afliccion de nuestros padres en Egipto, y oísteis sus clamores sobre el mar Rojo. Vos disteis señales (de vuestra ira) é hicisteis portentos (de vuestro poder) sobre Faraon, sobre todos sus siervos y sobre todo el pueblo de aquella tierra (de Egipto); porque veíais, que habian tratado á nuestros padres con soberbia, y os hicisteis un nombre grande como lo es en el día presente. Vos dividisteis el mar delante de nuestros padres, hicisteis que pasasen por medio de él en seco y sumergisteis en sus abismos á sus perseguidores, como piedra que cae en aguas poderosas. Vos fuisteis su conductor en una columna de nube en el día, y en una columna de fuego en la noche, para que viesen el camino por donde iban. Vos descendis-

teis sobre el monte Sináí, hablásteis con ellos desde el cielo, les disteis juicios justos, ceremonias y mandamientos buenos, y una ley de verdad por mano de Moises vuestro siervo, y les recordásteis la santificacion de vuestro sábado. Vos les alimentasteis con pan del cielo en su hambre, y les sacásteis agua de una piedra, cuando tenian sed; les dijisteis que entrarian y poseerian la tierra, y les asegurasteis que se la daríais.

Pero nuestros padres se portaron soberbiamente, endurecieron sus cervices y no quisieron escuchar vuestros mandamientos, ni dar oido, ni acordarse de las maravillas que habíais obrado con ellos. Endurecieron sus cervices y se obstinaron con teson en volverse á la esclavitud (de Egipto), mas vos, ¡ó Dios propicio! clemente, misericordioso, de larga paciencia y de gran benignidad, no los abandonásteis, ni aun cuando se hicieron un becerro de fundicion y dijeron : Este es tu Dios, que te sacó de Egipto, y cometieron grandes blasfemias. Aun entonces, en la multitud de vuestras misericordias, la columna de nube no se apartó de ellos de día, para guiarlos por el camino, ni la columna de fuego de noche, para que viesen por dónde habian de ir, ni les dejó vuestro ángel bueno, ni les faltó el maná en su hambre, ni el agua en su sed. Cuarenta años les alimentasteis en el desierto, y nada les faltó; sus vestidos no se envejecieron; y sus piés no se lastimaron. Vos les disteis pueblos y reinos, se los repartisteis por suertes, y poseyeron la tierra de Sehon, rey de Hesehon, y la tierra de Og, rey de Basan... Multiplicasteis sus hijos como las estrellas del cielo, y les trajisteis á la tierra, de la cual habíais dicho á sus padres (los patriarcas), que entrarian en ella y la poseerian. Humillásteis delante de ellos á los Cananeos sus habitantes, y pusisteis en su mano sus reyes y pueblos. Tomaron sus ciudades fortificadas y sus tierras gruesas, y ocuparon sus casas llenas de bienes, las cisternas que otros habian ahondado, las viñas, los olivares y árboles frutales en mucho

número; y comieron, y se saciaron, y engrosaron y abundaron en delicias por vuestra gran bondad; mas ellos os provocaron á ira y se apartaron de vos; echaron á sus espaldas vuestra ley, mataron los profetas que les exhortaban á que se volviesen á vos, y cometieron grandes blasfemias. Entonces les entregasteis en manos de sus enemigos y los afligieron. En el tiempo de su tribulacion clamaron á vos, y vos les oísteis desde el cielo, y segun vuestras muchas misericordias, les enviásteis salvadores, que les librasen de las manos de sus enemigos. Muchas veces volvieron á hacer lo malo en vuestra presencia, y vos les castigasteis; pero cuando se volvieron á vos, los recibisteis en misericordia. Alargásteis sobre ellos muchos años, y á pesar de sus muchas recaídas, por la multitud de vuestras misericordias no les entregasteis al exterminio, ni los desamparasteis; porque sois un Dios misericordioso y clemente.

Ahora, pues, Dios nuestro, grande, fuerte y terrible, que guardais el pacto y la misericordia, no aparteis de vuestra vista todos los trabajos que han venido sobre nosotros, sobre nuestros reyes, nuestros príncipes, nuestros sacerdotes, nuestros profetas, nuestros padres, y sobre todo vuestro pueblo desde el principio del rey de la Asiria (Teglafalasar) hasta este día. Vos sois justo en todo lo que ha venido sobre nosotros, mas nosotros hemos procedido impiamente. Nuestros padres no han guardado vuestra ley, ni atendido á vuestros mandamientos, ni á los testimonios que les disteis. No os sirvieron en una tierra muy ancha y muy pingüe, que les entregásteis, ni se apartaron de sus pésimas inclinaciones; y hé aquí (Señor) que nosotros somos hoy esclavos en la tierra que disteis á nuestros padres para que comiesen el pan de ella y los hijos que produce. Sus frutos al presente se multiplican para los reyes que habeis puesto sobre nosotros por nuestros pecados (pagaban fuertes tributos) y estamos en grande tribulacion. Nosotros, Señor, desde ahora hacemos una alianza con vos, de andar en la santísima ley que nos ha

sido dada por vuestro siervo Moises, y de guardar todos los mandamientos, todos los juicios y todas las ceremonias contenidas en ella, y esta alianza la jurarémos, la suscribiremos y la firmaremos.

Promesa jurada y firmada de servir al Señor.

Los príncipes, los sacerdotes, los ancianos, los cabezas de familias y todo el pueblo habia escuchado con la mayor atencion y el mas profundo silencio la relacion lastimosa y terrible que acababa de hacer el sábio y elocuente Esdras de las grandes y repetidas prevaricaciones é ingratiudes de sus padres, y aun de ellos mismos, y del sufrimiento, paciencia é inmensa bondad del Señor; y todos se aceleraron á renovar, jurar y firmar una alianza eterna con el Señor, y de guardar y cumplir todas sus voluntades. Se escribió en un gran libro esta solemne alianza, y luego se acercaron por orden todos los hijos de Israel á jurarla y firmarla. El primero que estampó en él su nombre, con expresion de su sobrenombre y el nombre de su padre, fué Nehemias, y luego le siguieron los mas distinguidos de los sacerdotes, los mas considerables de los levitas y los cabezas de las primeras familias del pueblo; y por los demás sacerdotes y levitas, y por los porteros, cantores y ministros del templo, y por el resto del pueblo juraron y firmaron las primeras y mas distinguidas personas de cada una de todas estas clases. Este libro, cubierto de firmas, fué archivado en el gazofilacio de la casa del Señor, para testigo perpétuo de la alianza que en este dia, bajo la execracion de los mas terribles juramentos, renovaba Israel de amar y servir al Señor y guardar todos sus mandamientos, todos sus juicios y todas sus ceremonias.

Determinacion muy prudente para repoblar á Jerusalem.

Nehemias habia contado con la conclusion de las tres solemnidades, como tiempo mas oportuno, mas tratar de la repoblacion de Jerusalem, y no se engañó; porque ninguna ocasion podia presentarse mas bella para tratar de repoblar la ciudad santa y llevar á su fin el restablecimiento del pueblo de Dios en la tierra que habian poseído sus padres. Con este deseo hizo presente á la multitud reunida: que no era posible cumplir lo que acababan de prometer, si no se repoblaba Jerusalem: que esta ciudad era al mismo tiempo el centro de la religion y la defensa de la patria: que no estaba habitada cual convenia para el servicio de la casa del Señor y para su propia defensa: que creia que era preciso que todos los príncipes de la nacion fijasen en ella su morada, y que con respecto al pueblo se hiciese un sorteo para que la décima parte de los hijos de Israel pasasen á vivir en Jerusalem y las nueve restantes poblasen las ciudades y lugares de todo el pais, y le cultivasen: que conocia que para muchos seria trabajoso y costoso dejar sus casas y sus establecimientos, y tener que fabricar nuevas casas en Jerusalem; pero que en esta ocasion se debía atender menos á la dificultad de esta mudanza, que á la necesidad de hacerla; y en fin, que él esperaba que los descendientes de los patriarcas preferirian el bien de la religion y la patria á los intereses particulares.

No le engañó su esperanza; porque no solo convinieron con gran voluntad en que se hiciese el sorteo, sino que muchos se ofrecieron á dejar sus pueblos y sus casas, donde nada les faltaba, y trasladarse á Jerusalem, donde nada tenian, solo por el deseo de repoblar la ciudad santa; y dice el texto sagrado, que todo el pueblo bendijo á aquellos varones que de su voluntad se ofrecieron á habitar en Jerusalem. Luego se pasó á hacer el sorteo propuesto por Nehemias, y se verificó tan á gusto de todos,

que no hubo una sola persona de aquellas á quienes tocó la suerte de tener que dejar su ciudad ó su pueblo para irse á vivir en Jerusalem, que se quejase de ella; pero si bastó un corto tiempo para hacer el sorteo en ocasion que se acababa de verificar un recuento de todo Israel, y se tenian en la mano los nombres de todos, fué necesario muy largo, para efectuar toda esta traslacion; porque era preciso hacer antes las habitaciones en que habian de vivir, mayores ó menores segun las facultades de cada uno, puesto que Jerusalem, como dijimos antes, era un vasto desierto cercado de muros. Nehemias á pesar de la palabra que habia dado al rey y la reina de volver á la corte, dilataba la vuelta cuanto le era posible, para activar con su presencia y diligencias la repoblacion de Jerusalem. Cerca de doce años se ocupó Nehemias en adelantarla y procurar que llegase á su fin, arreglando al mismo tiempo el servicio del templo y cuanto convenia al buen cumplimiento de las promesas que habian hecho al Señor, y del pacto que habian jurado y firmado.

Dedicacion de la ciudad santa y sus muros.

Cuando ya le pareció que Jerusalem habia tomado una forma regular, y que se hallaba bastante bien repoblada, aunque no enteramente, trató de coronar su obra para volverse á la Persia, adonde se le llamaba por monarcas amables y bienhechores, á quienes ni podia ni debia dejar de obedecer y servir. Dispuso que se dedicasen al Señor la ciudad santa y sus muros, como lo habian estado antes de su ruina. Se fijó el día de esta solemnidad y se anunció en todo Israel. Toda la nacion se halló reunida en Jerusalem el día señalado. La solemnidad se principió por la purificacion legal de todas las personas y hasta de la ciudad, muros y puertas, para no tropezar con alguna impureza legal. Toda la multitud se reunió en la puerta del oriente de la ciudad, y allí se dividió en dos porciones

ó cuerpos iguales. El uno se dirigió por la parte del medio-día al poniente y fué á parar delante del templo : el otro caminó por la del norte tambien al poniente y fué á parar igualmente delante del templo, donde se encontraron y volvieron á unirse.

La primera porcion ó sea procesion, iba conducida por Esdras y la segunda por Nehemías. Los muros debian ser muy anchos y estar barandados ó petrilados por ambos lados, á lo menos para esta gran funcion, porque todo el pueblo subió y caminó sobre ellos. Las autoridades iban las primeras, seguian los sacerdotes que tenian el cargo de tocar las trompetas de plata, luego los levitas y cantores, despues los príncipes y ancianos del pueblo, á continuacion los demás sacerdotes, y por último los cabezas de familias, cada uno al frente de la suya, dirigian todo el pueblo y cerraban la procesion. Con este admirable orden caminó todo Israel sobre los muros de Jerusalem, tocando los sacerdotes las trompetas, entonando los cantores los himnos de David, y alabando y bendiciendo toda la multitud al Dios de sus padres. Estas dos procesiones, que podrian considerarse como dos coros angélicos, se reunieron delante del templo del Señor, y allí los cantores de todo Israel entonaron por largo tiempo los mas bellos salmos del real profeta, mientras que los sacerdotes sacrificaban una multitud de gruesas y preciosas victimas. Todos los hijos de Israel saltaban de gozo, porque el Señor, dice el texto sagrado, les alegró con grande alegría, y la alegría de Jerusalem fué oida á largas distancias.

Conclusion de la dedicacion y salida de Nehemías á Persia.

Con los sacrificios concluyó la solemnidad de este gran dia, que se miró en adelante como aquel desde el cual se debia contar el entero restablecimiento del pueblo de Dios á la tierra de sus padres. Toda la multitud se retiró

á sus ciudades y pueblos bendiciendo y alabando al Señor, que habia hecho que volviesen á ver la santa Jerusalem y su augusto templo, y Nehemías no pudiendo resistir por mas tiempo á las instancias de sus amables monarcas, tomó su camino á la corte de Persia, donde fué recibido por el rey y la reina con las mismas señales de amor que le habian dado en su despedida; y volvió á estar á su vista, ejerciendo el alto ministerio de capero, como lo habia hecho antes de su salida. Segun unos, solos dos años estuvo esta vez Nehemías con los reyes, y segun otros, estuvo hasta diez. Nada nos dicen los Libros sagrados de este tiempo que vivió en la Persia, y solo sabemos por ellos que volvió á Jerusalem, bien fuese porque el ansia de vivir en la ciudad santa y velar sobre el cumplimiento de la ley del Señor y decoro del templo hubiesen hecho que, á costa de instancias, consiguiese del rey esta segunda ausencia, ó bien que hubiese tenido aviso de la relajacion que se iba introduciendo en su pueblo.

Su vuelta á Jerusalem.

En efecto, cuando volvió á su amada patria encontró inobservancias y trasgresiones de la ley, que quizás no esperaba; pero tal era la condicion del pueblo de Israel. Colmado de beneficios, instruido en sus obligaciones, honrado con los mayores privilegios ó privado de ellos y afligido con los mayores castigos, de todo se olvidaba igualmente. Su principal distintivo parecia ser la inconstancia, y por poco que se le dejase á su arbitrio, luego se olvidaba de sus promesas, y hasta de los mas solemnes juramentos. Esto sucedió en la ausencia de Nehemías. Antes de su salida á la Persia, se habia hecho una solemne alianza con el Señor, se habia jurado la fiel observancia de toda la ley; se habia firmado esta observancia por todas las clases y personas principales en nombre del pueblo, y este memorable documento ape-

nas había tenido tiempo de ocupar un lugar en el gazonillo, cuando se principió á faltar á las obligaciones contenidas en él.

Arroja de ella á los Amonitas y Moabitas.

Los Amonitas y Moabitas estaban excluidos de la congregacion de los hijos de Israel, porque en vez de salir á su encuentro, como buenos parientes, con pan y con agua, cuando caminaban del desierto á la tierra prometida, alquilaron al profeta Balaan para que los maldijese. Es verdad que el Señor convirtió en bendiciones las maldiciones; pero su voluntad era perversa, y por ella fueron excluidos para siempre de entrar en la congregacion del pueblo de Dios. Pues varias familias de estas dos naciones se habian introducido disimuladamente y establecido en Jerusalem, y esta fué una de las trasgresiones de la ley que encontró Nehemías á su vuelta de Persia. Para remediarla mandó que se leyese al pueblo la ley que prohibia á los Amonitas y Moabitas esta entrada, y luego fueron arrojados de la ciudad santa; pero habia en ella un Amonita cuya expulsion requería un golpe de autoridad, y Nehemías no se detuvo en darle.

Eliasib, sacerdote principal y superintendente del tesoro de la casa de Dios, estaba obligado á impedir que los extranjeros fijasen su habitacion en Jerusalem, y no solo no habia cumplido esta obligacion sagrada, como acabamos de ver, sino que habia hecho una habitacion, no ya en la ciudad ni en su casa, sino en los arios de la casa de Dios, al Amonita Tobias, su pariente. Nehemías fué á la habitacion de este alienígena, y sin atender á su parentesco, ni á las grandes y estrechas alianzas que tema en Jerusalem, hizo arrojar todos sus muebles de la habitacion y de todos los arios del templo del Señor, y le expulsó de la santa ciudad.

Habia hecho Eliasib al mismo tiempo una habitacion

magnífica para sí en el edificio donde se depositaban y guardaban las ofrendas, el incienso, los vasos y el diezmo del trigo, del vino y del aceite, porciones propias de los levitas, cantores y porteros, y primicias de los sacerdotes. Además habia puesto por administrador de todas estas cosas, que debian estar al cuidado de los sacerdotes y levitas, al dicho Tobias, y luego cesaron los Israelitas de traer al templo los diezmos y primicias por no ponerlos en las manos de un Amonita. Faltó con esto el sustento para los sacerdotes, levitas y cantores del templo de Dios, y estos tuvieron que retirarse á sus casas á buscar cada uno su modo de sustentarse. Entonces el culto que se daba al Señor en su templo, si no cesó enteramente, se vió reducido á un miserable servicio. Nehemías tuvo por intolerable este desorden, y mandó que al momento se desalojase, limpiase y purificase todo el edificio y tambien la oficina del Amonita, que debia estar contigua á él, y que todo Israel volviese á llevar á este depósito las ofrendas, primicias y diezmos. Mandó al mismo tiempo que los sacerdotes, levitas y cantores se sustentasen con estos frutos, y cumpliesen con el culto debido al Señor; y todo fué arreglado por Nehemías y puesto en el bello orden en que lo habia dejado al salir para Persia.

Destierra la profanacion del dia de fiesta.

No fué sola esta relajacion que encontró Nehemías en su vuelta de Persia. Vió tambien que en el dia santo del sábado pisaban la uva, y traian á la ciudad cargas de leña, de uva, de vino, de higos y de toda clase de frutos; y que los Tirios, nacion extranjera, traian pescado y otros comestibles, y los vendian á los hijos de Judá en el dia de sábado. Nehemías llamó á los magistrados y les reprendió todo esto, diciendo: ¿Qué maldad es esta que vosotros haceis, permitiendo que se profane el dia de

sábado? ¿Acaso los delitos de nuestros padres no nos acarrearón bastantes castigos, de los que no estamos aun enteramente libres, sino que quereis añadir nueva ira del Señor sobre Israel, violando el día del sábado? Nehemias, sin esperar contestacion á una reconvencion que no la tema, estando ya en la vispera del sábado, se dirigió a las puertas de la ciudad, mandó que se cerrasen hasta despues de la fiesta, y puso guardias de su satisfaccion a cada una de ellas, para que se cumpliesen rigurosamente la orden que daba. Acudieron á la ciudad, segun su costumbre, los negociantes y los que vendían toda suerte de comestibles, pero se hallaron con las puertas cerradas y les fué necesario volverse á sus casas, ó quedarse fuera de Jerusalem hasta que pasase la fiesta del sábado, y se abriesen las puertas. No bastó esta leccion. Creyeron sin duda que era, como suele decirse, justicia de enero, y volvieron el sábado inmediato; pero se hallaron tambien con las puertas cerradas. Entonces Nehemias se presentó á ellos, y les dijo: ¿Porqué estais asi en frente del muro (incitando con vuestra presencia y dando motivo al escándalo)? Os aseguro, que si volviésets á hacerlo, os pondré bien pesadamente la mano; y no volvieron ya mas en el sábado. ¡Pluguiese al Cielo que solo viésemos en nuestros tiempos las profanaciones que Nehemias reprendía y enfrenaba en los suyos! Pero ¿quién conoce en el día las fiestas del Señor? Pues qué, ¿no debieran temer la mayor parte de los cristianos esta amenaza que hizo Dios á los Judíos: Yo arrojaré á vuestra cara el estiércol de vuestras solemnidades? Sí, sin duda, y si no entramos en la enmienda, esta sola profanacion bastará para perdernos temporal y eternamente.

Castiga severamente á los casados con extranjeras.

Aun faltaba al buen Nehemias un tercer desorden que

corregir, y por desgracia era el mas arraigado y el que daba menos esperanza de enmienda. Estaban prohibidos severamente los casamientos con extranjeros y extranjeras. Ya vimos el gran sentimiento de Esdras cuando llegó á Jerusalem y le dijeron la prevaricacion general de esta ley. Vimos las promesas y juramentos que hicieron los culpados de una enmienda eterna, y los medios que se tomaron para verificar la separacion entera de estos matrimonios. Nehemias ve ahora, por sus propios ojos, Judíos casados con mujeres paganas, que ó eran las que en tiempo de Esdras echaron de sus casas, ó las que habian traído á ellas de nuevo. Nehemias, que veía en esto el desprecio de la ley, de las promesas y de los juramentos á un tiempo, determinó escarmentar á los perpetradores de este delito, y exterminar de una vez, si le era posible, esta mezcla sacrílega, manantial fecundo y maldito de las idolatrias y de la corrupcion del pueblo de Dios; y para conseguirlo se condujo con una autoridad de que no habia hecho uso hasta entonces. No se contentó con arrojar las paganas y sus hijos, sino que hizo comparecer en su presencia á todos los prevaricadores, les reprendió públicamente, y les maldijo (no á ellos, sino á sus prevaricaciones en ellos). Mandó azotar á los mas criminales, y raerles, ó arrancarles los pelos hasta dejarles calvos. Conjuró á todos en nombre de Dios, que jamás volviesen á dar sus hijas á los hijos de los alienígenas, ni á tomar hijas de ellos, ni para sí ni para sus hijos, y concluyó este severo, pero justo castigo, diciendo: ¡Pues qué! ¿No fué esto en lo que pecó Salomon, rey de Israel? Y á la verdad que no habia rey en todos los pueblos semejante á él. Era amado de Dios, y Dios le habia hecho rey sobre todo Israel. Pues aun á este corrompieron las mujeres extranjeras. ¿Acaso, desobedientes tambien nosotros haremos tan gran maldad que prevariquemos contra el Señor, tomando mujeres extranjeras?

Así castigaba y así corregia el intrépido y celoso Ne-

hemias á los criminales; pero habia uno en la ciudad, cuyo castigo pedia aun mayor intrepidez en Nehemias. Un nieto de Eliasib, gran sacerdote, estaba casado con una hija de Sanaballat, jefe de los Amonitas. Este Sanaballat, que habia molestado tanto mientras se hizo el templo y los muros, era muy poderoso y temible; y Eliasib, gran sacerdote, tenia mucha autoridad en Jerusalem; mas Nehemias se hizo superior á todo, y si no juzgó conveniente castigar á este nieto del primer sacerdote de Israel, y yerno del primer jefe de una nacion, nada le detuvo para echarle con su mujer de la santa ciudad. Cuando Nehemias hizo arrojar de los atrios del templo los muebles del extranjero Tobias y á él de la ciudad santa, purificando despues su habitacion y la de Eliasib, y restableciendo las primicias y diezmos, y los sacerdotes y levitas en los ejercicios del culto, contento con haber hecho todas estas obras, se volvió al Señor y dijo: Acordaos de mí, Dios mio, por esto; y no os olvidéis de las buenas obras que (con vuestra ayuda) he hecho en la casa de mi Dios y por su divino culto. Ahora que, ayudado como entonces con su divino socorro, se ha encontrado con valor para castigar ejemplarmente á los culpados comunes, y con toda la valentia que era necesaria para arrojar de la ciudad á un poderoso y á su mujer no menos poderosa, vuelve á decir al Señor, no ya que se acuerde de sus obras que nada son en su divina presencia, sino que se acuerde de él, y le conceda el bien eterno; y concluye diciendo: Amen.

Muerte y elogio de Nehemias, Esdras y Zorobabel.

Nada mas nos dicen los Libros sagrados de este grande hombre. Se cree que no volvió á Persia, y que murió y fué sepultado en su amada ciudad, cuya reedificacion y defensa le habian costado tantos desvelos, afanes y peli-

gros; pero tuvo el consuelo de dejar al morir una Jerusalem fuerte por sus muros y puertas, santa por su santo templo y las santas costumbres de sus moradores, pura por la limpieza que habia hecho de todos los incircuncisos, majestuosa por el número de ministros del Señor y bello orden que habia establecido en el culto, y en fin, la ciudad amada de Dios, el baluarte y defensa de Israel y el gozo de toda la tierra. El *Eclesiástico* hace en un solo versículo el elogio de este celoso Israelita. Nehemias, dice este autor sagrado, Nehemias será en memoria mucho tiempo, porque nos alzó los muros derribados, puso puertas y cerrojos, y levantó nuestras casas. Tampoco nos hablan los santos Libros de los últimos tiempos de Esdras y Zorobabel, caudillos famosos que vinieron al frente del cautivo Israel del país de su cautiverio á la tierra prometida á sus patriarcas y poseida por sus padres tantos años y aun siglos, y que á costa de peligros y afanes volvieron á edificar el templo del Señor, reducido á cenizas. Sin embargo, el mismo *Eclesiástico* nos dice del segundo: ; Y cómo darémos á conocer á Zorobabel! porque él fué como un anillo (puesto para memoria) en la mano derecha. Y por lo que toca á Esdras, él se mereció de toda la nacion el magnifico nombre de *Príncipe de los Doctores de la ley*. Se cree sin disputa que ambos murieron y fueron enterrados en Jerusalem.

HISTORIA DE LOS MACABEOS. ®

Prosperidad de Israel en tiempo de los Medos y Persas.

Nehemias, á quien con tanta razon se apellida el restaurador de la santa ciudad, y el salvador de su pueblo, dejó echados los cimientos que habian de servir para fundar sobre ellos la prosperidad, que por mas tiempo que nunca, es decir, por tres siglos, iba á disfrutar Israel. Su gobierno, desde que fué autorizado por los

reyes de Persia, sirvió de ejemplar y de regla para los que le sucedieron; y bajo de este gobierno que estableció Nchemias, mezclado y compuesto de firmeza y condescendencia, reinó la paz y la felicidad por todo este tiempo en el pueblo escogido. El cumplimiento de la ley del Señor, la pureza del culto, la observancia de las ceremonias... todo se llevaba con tanta exactitud y constancia, que acaso no había ejemplar de tan buen cumplimiento, aun en el gobierno de los mas santos reyes. Contento el Señor con su escarmentado y reconocido pueblo, le protegía y proveía de un modo muy visible. Las ciudades se repoblaban, las tierras se cultivaban con paz y con esmero, la fertilidad redundaba en sus campos y la fecundidad en sus ganados. Prosperaba el comercio y todo revivía en Israel. Los reyes de Persia, sus señores, parecía que rivalizaban en honrar á Jerusalem y conceder privilegios á la nacion santa. La permitieron todo lo que forma una nacion independiente. Se gobernaba segun sus leyes, diversas de las de sus monarcas y de todas las naciones del mundo. Tenia plena autoridad sobre sus individuos. Era dueña de todas sus rentas, fuera de la corta pension que pagaba al erario real, mas bien como un homenaje y reconocimiento al soberano, que como un tributo. Elegía sus magistrados, tenia ejército, guarnecía sus ciudades y plazas, y vivía preparada á defender en todo tiempo su religion, su ley y su templo; y aunque conocia la pequeñez de sus fuerzas, contaba con la victoria, peleando en defensa de tan santos objetos, siempre que no tuviese enojado al Señor con nuevas ofensas. En suma, esta nacion, escogida por Dios, no conocia en materia de leyes y religion otros monarcas que á Dios. En esta soberanía dependiente, si así quiere llamarse, se mantuvo el pueblo escogido cerca de dos siglos, pagando tributo á los reyes de Persia; hasta que tuvo fin este famoso imperio, señalado en la misteriosa estatua, que vió Nabucodonosor, por el pecho y los brazos de plata.

Continua en el de Alejandro y algunos de sus sucesores.

A este imperio de plata sucedió el imperio de cobre que señalaba el de los Griegos de Asia, y principalmente el del famoso Alejandro, designado en un vientre que todo lo devoraba, y en unos muslos que se movian con tanta lijereza, que en doce años corrieron y conquistaron medio mundo. En este nuevo imperio, que tuvo principio el año de tres mil seiscientos noventa y seis del mundo, y trescientos y cuatro antes de Jesucristo, mudó la nacion santa de acreedores á su reconocimiento, obsequio y tributo; pero nada en su religion y gobierno y cuando el medio mundo era derrotado por las armas triunfantes de Alejandro, Israel se conservaba enteramente salvo, porque Israel tenia un defensor singular contra el cual nada podian las armas de Alejandro. Bajo la proteccion del Señor era invulnerable, y como esta nunca le desamparaba, sino por sus culpas, Israel, que vivía inocente, quedó intacto en tan general y deshecha tormenta. Nada notable debió ocurrir en cerca de dos siglos que trascurrieron desde la reedificacion de Jerusalem hasta las conquistas de Alejandro, porque nada nos dicen los Libros sagrados, y respetando este santo silencio, que no podemos suplir, sino recurriendo (como con demasiada libertad sehan permitido algunos autores) á fuentes impuras, nada mas dirémos de todo este tiempo, sino que la nacion escogida fué justa y feliz, porque así nos la presentan los Libros sagrados al cesar de hablar de ella, y al volver á su historia. En efecto, esta nos vuelve á hablar del pueblo en tiempo y con motivo de Alejandro.

Hechos de Alejandro y su muerte.

Y aconteció, dice el libro primero de los Macabeos, que Alejandro (hijo de Filipo Macedonio, que reinó el

primero en la Grecia), salió de la tierra de Cetin (Macedonia) y derrotó á Darío, rey de los Persas y Medos; ganó muchas batallas; se hizo dueño de las plazas fuertes de todos; mató á los reyes; pasó hasta los fines del mundo; tomó los despojos de la multitud de las gentes, y calló á su vista la tierra. Adquirió un poder, y juntó un ejército grande en extremo, y se exaltó y engrió su corazón (hasta querer que le adorasen por dios). Se apoderó de las regiones de las gentes y de sus gobernantes, y quedaron sus tributarios. Despues de esto (de tantas conquistas) cayó en cama y conoció que iba á morir. Entonces llamó á los nobles de su corte, que se habian criado con él desde su juventud, y les repartió su reino, cuando aun vivia. Reinó Alejandro doce años y murió. Tal es la relacion que nos hace el historiador sagrado en menos letras que libros se han escrito de este conquistador famoso, que unos miran como el mayor hombre del mundo, y otros como el mas recio azote del género humano. Sus cortesanos, continua el historiador sagrado, ocuparon el reino, cada uno en su lugar, y despues de su muerte todos se pusieron diademas y sus hijos despues de ellos por muchos años, y *se multiplicaron los males sobre la tierra.*

Sigue la prosperidad de Israel.

Mis funerales serán sangrientos, habia dicho Alejandro, y su anuncio se verificó cumplidamente. Luego principiaron las guerras, los destronamientos, las traiciones... se multiplicaron los males sobre la tierra; pero no es de este compendio religioso seguir la historia profana en este gran trastorno del medio mundo hasta que se fijaron los reinos en que se dividió el vasto imperio de Alejandro; solo pertenecen á él los sucesos del pueblo de Dios, ó que tienen relacion con este pueblo escogido. Por esto nos limitaremos al reino de Siria, que comprendia en sus límites la Judea, y al de Egipto,

que tuvo relaciones con ella; pues los demás en que se dividió el imperio, ninguna relacion tuvieron en adelante con los Judíos. En mas de ciento y treinta años, desde que principió en Alejandro el imperio griego de Asia, se conservó el pueblo de Israel en la paz y prosperidad que venia disfrutando desde el tiempo del famoso Nehemías. Ninguno de los alborotos del mundo tocó á la nacion santa. Bajo el imperio de Alejandro y de los primeros reyes que le sucedieron en el reino de Siria, vivió tan pacíficamente como habia vivido bajo el imperio de los Medos y Persas, pagando su tributo y gobernándose por sus propias leyes.

Principian sus persecuciones en tiempo de Seleuco,
rey de Siria.

Ya habian reinado en Siria, despues de la muerte de Alejandro, cinco reyes: Seleuco Nicator, uno de los generales de Alejandro; Antioco Soter, su hijo; Tolomeo, hijo de Antioco; Seleuco segundo, hermano de Tolomeo; y Antioco segundo, por sobrenombre el Grande, hijo de Seleuco segundo, y reinaba Seleuco tercero, llamado Epifanes, hijo segundo de Antioco el Grande, cuando cesó la paz y prosperidad que venia disfrutando Israel por espacio de tres siglos, y principiaron sus persecuciones. ¡Pero en qué tiempo! Precisamente en aquel en que parecia haber llegado Israel á mas alto punto de gloria delante de los hombres, y de piedad y fidelidad para con Dios. Como la ciudad santa, dice el historiador sagrado, fuese habitada en toda paz, y las leyes se cumpliesen muy exactamente por la piedad del pontífice Onías, y por las almas que tenían odio á la maldad, sucedia que aun los mismos reyes y príncipes (paganos) tenían por digno de sumo honor al lugar (santo) y le enriquecían con los mayores dones: por manera, que el rey Seleuco suministraba de sus rentas todos los gastos necesarios para el ministerio de los sacrificios.

**Denuncia de Simon, prepósito del templo,
acerca del tesoro.**

Tal era el estado de la nacion santa, cuando un tal Simon de la tribu de Benjamin, prepósito del templo, principió á maquinár la ejecucion de una iniquidad en la ciudad. No dice el historiador sagrado qué iniquidad era la que maquinaba; pero se cree que era la usurpacion del pontificado, que en efecto usurpó despues su hermano Menelao; pero Onias resistió con firmeza esta iniquidad, y viendo Simon que nada podia conseguir, se fué á Apolonio, hijo de Tarseé, que era entonces gobernador de la Celesiria y Fenicia, y le dijo: que el erario de Jerusalem estaba lleno de innumerables riquezas; que eran inmensas las sumas que no pertenecian al gasto de los sacrificios, y que era posible (fácil) que todo viniese á poder del rey. Apolonio dió luego cuenta al rey de la denuncia que se le habia hecho del dinero, y el rey debió hallarse muy embarazado con la noticia que le daba Apolonio; porque amaba á los Judios, respetaba sus leyes, veneraba el templo y contribuia con sus rentas á los gastos de los sacrificios; pero la proposicion tenia fuertes atractivos. El rey, rompiendo por todo, se determinó á tomarlo, y luego llamó á Heliodoro su ministro de hacienda, y le envió á Jerusalem para que le trajese el dinero sobredicho.

**Viaje de Heliodoro á Jerusalem para tomar el tesoro
del templo.**

Heliodoro se puso luego en camino, al parecer, como si quisiese ir á visitar las ciudades de Celesiria y Fenicia; pero en realidad, para ir á Jerusalem y poner en ejecucion el designio del rey. El traidor Simon se habia manejado tan secretamente en esta maldad, que no se

tuvo la menor sospecha de ella en Jerusalem. Como el rey concurría con sus rentas para los gastos de los sacrificios, no miraron los Israelitas esta visita de su ministro Heliodoro á la ciudad santa, sino ó como un paseo de devocion, ó como un viaje á llevar el importe de los sacrificios. Así que, Heliodoro fué recibido en Jerusalem por el sumo sacerdote Onias con la mayor benevolencia. Mas cuando Heliodoro declaró la denuncia que habia hecho Simon de los tesoros, y le manifestó el motivo de su venida, preguntando si era verdad que habia aquellos dineros, el pontífice Onias quedó profundamente herido y sorprendido. Sin embargo le declaró con la sinceridad y verdad propia de su carácter: que todo lo que habia eran cuatrocientos talentos de plata y doscientos de oro: que entre lo que habia denunciado el impío Simon habia una parte que pertenecia á Hircano Tobias, varon muy eminente: que el resto eran depósitos y alimentos de viudas y huérfanos; y que de ningun modo se podia tocar en las limosnas de aquellos que las habian depositado en un templo y lugar, que se honraba y veneraba como santo en todo el mundo.

**Entrada de Heliodoro en el templo, y consternacion del
pontífice, de los sacerdotes y del pueblo.**

Mas Heliodoro insistia en que, en todo caso, aquello se habia de llevar al rey en cumplimiento de la orden que traía. En este apurado lance no recurrieron los Judios á la fuerza para oponerse á esta intentona sacrilega, ó porque no se hallasen con la suficiente para resistir á un rey poderoso, como lo era el de Siria, ó (lo que apenas admite duda) porque confiaron en Dios la defensa de su templo y sus sagrados depósitos. Así es que solo acudieron á las súplicas y á las lágrimas. Heliodoro, sin pensar que el lugar santo estaba bajo de la proteccion de un Dueño mas poderoso que todos los

reyes del mundo reunidos, se dirigió con sus guardias al templo y entró en él en medio de la consternacion de toda la ciudad. Los sacerdotes con estolas sacerdotales se postraron delante del altar é invocaban al Señor, que puso la ley santa de los depósitos, para que los conservase á aquellos que los habian hecho. No se podían alzar los ojos para mirar al sumo sacerdote Onías sin quedar traspasado el corazon de pena; porque su color mudado, su semblante desencajado, su profunda tristeza y el temblor de todo su cuerpo presentaban á los que le miraban el dolor que despedazaba su corazon, y un estado el mas afligido y lastimoso. Esto sucedía en el templo, mas fuera de él, la multitud se reunia, y con rogativas públicas pedian á Dios que no dejase el lugar santo expuesto al desprecio. Las mujeres, ceñidos sus pechos de cilicios y llorando, cruzaban las calles, y corrian al templo. Aun las vírgenes encerradas en su recinto corrian unas al pontífice Onías, otras á las ventanas, otras á los muros llorando y levantando sus manos al cielo, y dirigiendo al Señor sus súplicas y sus gemidos. Verdaderamente era un lastimoso espectáculo ver esta multitud afligida y llorando, y al sumo sacerdote sumergido en angustias.

Castigo terrible de Heliodoro.

Pero Heliodoro iba adelante y ya se hallaba con sus guardias á la puerta del erario, cuando el Señor dió una señal de su omnipotencia. Todos los que se habian atrevido á obedecer á Heliodoro, cayeron aterrados al ver un caballo ricamente enjaezado y sobre él un caballero terrible, cuyas armas parecían de oro, y que levantando el caballo las manos las descargó fuertemente sobre Heliodoro y le arrojó mal parado por tierra. Aparecieron tambien dos jóvenes de gran majestad, y ricamente vestidos, los cuales poniéndose á los lados de Heliodoro, le azotaban, descargando sin cesar fuertes golpes sobre

él, hasta dejarle medio muerto. Quedó Heliodoro tendido en la tierra y ennegrecido de los golpes, y entonces le tomaron aceleradamente para echarle del templo antes que muriera, y poniéndole en una silla de manos le sacaron del recinto; y el que habia entrado hasta la puerta del erario con tanto aparato de guardias y ministros, era llevado sin que nadie le diese socorro; manifestándose así el poder del Señor. Mientras que Heliodoro por un golpe del poder divino yacia mudo y privado de toda esperanza de vida, pasando repentinamente los hijos de Israel del abismo del dolor al colmo de la alegría, corrieron en tropel á la casa de Dios y postrados á los piés del altar bendecian al Señor, porque así magnificaba su templo. Así fué, que aquel lugar santo que poco antes estaba lleno de temor y tumulto, apareciendo su divino poder, no resonaban ya en él sino gozo y alegría, acciones de gracias y cánticos de alabanzas.

Conservacion de su vida por la oracion del pontífice Onías.

Algunos de los amigos de Heliodoro, viendo que no habia remedio en la tierra para un mal que venia del Cielo, se dirigieron al pontífice Onías, persuadidos de que su oracion que habia traído el castigo del delito podria traer tambien el perdon y la vida. Se acercaron á él y le rogaron con instancia que invocase al Altísimo para que concediese la vida á Heliodoro, que se hallaba en el último aliento. Á la verdad que un profanador del templo del Señor, un hombre que intentaba á todo trance robar el patrimonio de los pobres, hasta en el lugar santo, un delincuente á quien estaba castigando el Señor é iba á privar del último aliento, no merecía que el pontífice Onías se interesase por él y ofreciese hostias al Señor por la conservacion de su vida; pues lo que importaba era dejar á la Justicia divina que acabase con este sacrilego; pero Onías, considerando que

tal vez el rey sospecharía que se hubiese cometido alguna maldad de parte de los Judíos contra Heliodoro, oró y ofreció por su salud la hostia pacífica; mas cuando el pontífice Onías oraba y ofrecía la hostia de propiciación por Heliodoro, los mismos jóvenes que le habían castigado, volvieron á aparecer á su lado, y despues de sacarle de su mortal agonía y volverle á su entera salud, le dijeron : Agradécelo al pontífice Onías, pues por él te ha concedido el Señor la vida; y tú ahora, castigado por Dios, anuncia y publica á todos su poder y sus maravillas; y dicho esto desaparecieron.

Su agradecimiento y célebre consejo que dió al rey cuando volvió á la corte.

Heliodoro, lleno de reconocimiento, suplicó que se ofreciesen por él sacrificios de acciones de gracias á Dios, hizo grandes promesas y votos á aquel que le había concedido la vida, dió las mas expresivas gracias al pontífice Onías, y recogiendo sus tropas se volvió al rey, publicando por todo el camino y por todas partes las obras del Dios grande; obras y portentos que él mismo había visto con sus propios ojos, y experimentado en sí mismo. Llegado á presencia del rey hizo una relacion extensa y cumplida de todo el suceso; pero el rey, por de pronto, no parece que le dió entero crédito, porque le preguntó al concluirlo : ¿Y quién piensas que será á propósito para enviarle aun á Jerusalem? Señor, le dijo Heliodoro, si teneis algun enemigo personal, ó que forme designios contra vuestro reino, euviadle allá, y volverá bien azotado, si es caso que vuelve, porque es evidente que hay en aquel lugar una virtud divina; y que aquel mismo que habita en los cielos es el visitador y protector de aquel templo, y hiere y mata á los que van á él con intento de hacer algun mal. Así terminó la contestacion de Heliodoro, y en esto paró la intencion del

rey sin pasar adelante; sirviendo para mayor gloria de Dios, honra del templo, consuelo del pueblo y provecho del mismo Heliodoro, que reconoció al Dios verdadero, confesó sus prodigios, y segun cree, profesó, como su paisano Nahaman Ciro, la religion del Dios verdadero.

Calumnias de Simon y salida de Onías á Antioquía.

Pero mientras que un pagano se aprovechaba con tanta edificacion de las lecciones que acababa de recibir, el impio Simon, delator infame de las limosnas del templo, no cesaba de hablar mal del pontífice Onías, hasta decir, que este santo pontífice había invitado á Heliodoro á que hiciese aquel viaje, y que él era el inventor de todos los males, llegando á tanto su osadía que llamaba públicamente traidor del reino á un pontífice que era el protector de Jerusalem, el defensor de la nacion y el celador de la ley del Señor. Mas como las calumnias de Simon y sus iniquidades pasasen tan adelante, que llegaban hasta cometerse homicidios por sus partidarios en la ciudad santa, considerando Onías que estos delitos y escándalos se aumentarían, particularmente habiéndose declarado Apolonio, gobernador de la Celesiria y Fenicia, de un modo furioso á favor de Simon, fué á verse con el rey para que, como señor de Apolonio, y protector y bienhechor de la Judea y su templo, contuviese á su gobernador y quitase el motivo de estos desórdenes, originados de haber dado oídos al impio Simon. El gran sacerdote Onías salió de Jerusalem, no como acusador de ciudadanos, sino atendiendo en su corazon á la comun utilidad de todo el pueblo, porque veía que, sin una providencia del rey, era como imposible poner las cosas en paz, y que Simon cesase de su locura. Seleuco, que con el prodigioso y severo castigo de Heliodoro, había aumentado su veneracion al templo, y su aprecio al santo pontífice Onías, le recibió con todas las consideraciones

que se merecia, y se manifestó desde luego dispuesto á favorecer una causa tan justa; pero murió antes que se expidiesen las órdenes, ó á lo menos antes que se ejecutasen.

Á Seleuco tercero sucede Antioco tercero su hermano.

A este Seleuco tercero llamado el Ilustre sucedió su hermano Antioco tercero, llamado tambien el Ilustre, acaso porque eran hijos de Antioco el Grande. En la historia de este Antioco el Grande se lee por primera vez *Roma*, aunque habian pasado ya mas de cinco siglos y medio despues de la fundacion de esta ciudad eterna.

Pintura de este Antioco.

Antioco tercero fué uno de los hombres mas perversos del mundo y uno de los peores príncipes que reinaron jamás. *Raíz pecadora* le llama la sagrada Escritura, y en efecto, él fué una raíz maldita y un vástago corrompido de la sangre de los Seleucos y Antiocos que le habian precedido. El no habia recibido de la naturaleza las prendas de Antioco el Grande su padre, ni su morada en Roma, donde estuvo algunos años en rehenes, suavizó su genio feroz. La era de los Seleucidas principió en Seleuco primero, doce años despues de la muerte de Alejandro, y este perverso Antioco subió al trono el año ciento treinta y siete de dicha era, ó sea tres mil ochocientos treinta y dos del mundo. Á la sazón merecia ya la Judea que Dios la castigase con un rey semejante. Ella habia cedido á las maldades de un hombre solo, á las intrigas de Simon; intrigas que habria castigado ejemplarmente, si hubiera estado su celo en la altura de los siglos y aun los años anteriores. Ella no sostuvo, como debia, á un hombre el mas capaz de conservarlo

todo en orden y piedad. No sostuvo al justo y santo Onías; al contrario permitió hacer partido á Simon, le aumentó, y puso al santo pontífice en la necesidad de acudir á un rey que apreciaba á la nacion judía y era un bienhechor de su templo. Onías, como ya dijimos, habia salido á verse con Seleuco que estaba en Antioquia, y su muerte le dejó en el caso de tratar con su sucesor Antioco, de quien, ó nada consiguió de lo que pretendia, ó nada pretendió al conocer sus perversas disposiciones. Tampoco trató de volver á Jerusalem para no ser piedra de tropiezo y motivo para aumentar las divisiones que la agitaban. Se quedó en Antioquia como un desterrado voluntario por la paz que deseaba mas que esperaba; y allí permaneció hasta que llegó el día de ser un glorioso mártir.

Jason impio y traidor.

Tenia Onías un hermano llamado Jason, tan distinto de Onías como los ángeles diablos de los ángeles santos. El impio y no sacerdote Jason, como dice el texto sagrado, no porque no descendiese de Aaron, como su hermano Onías, sino porque era indigno de este sagrado nombre; Jason, digo, se aprovechó á un mismo tiempo de la ausencia de Onías y de las discordias y divisiones del pueblo, y contó con las malas disposiciones del nuevo monarca para usurpar á su hermano la dignidad de sumo sacerdote.

Establece la enseñanza del paganismo en Jerusalem.

Fué á buscar al nuevo rey y le prometió trescientos y sesenta talentos de plata de las rentas públicas, y ochenta además de otras rentas; todo esto como tributo; y sobre esto, ofrecia otros ciento y cincuenta talentos si le concedia establecer en Jerusalem un gimnasio (plaza,

ó circo para la carrera, la lucha y los juegos públicos, como tenían los paganos), una efevia (escuela pagana para la juventud), y el privilegio de ser ciudadanos antioquenos. El rey vendió con mucho gusto y á buen precio lo que se le pedía, sin que le costase mas que el consentimiento. No ignoraba Jason la prohibicion que el Señor tenia hecha á su pueblo repetidas veces de mezclarse con las naciones idólatras y tener parte en sus costumbres; pero el usurpador conocia tambien que no podria sostenerse en el puesto usurpado sin corromper su nacion. Con este designio, luego que se vió autorizado por el rey para establecer el paganismo en el pueblo de Dios, principió á trasladar á los ritos gentiles odos aquellos Israelitas que podia seducir.

Por una desgracia digna de amargas lágrimas, gran parte de la nacion estaba demasadamente dispuesta á esta desercion de la ley del Señor, y luego salieron hijos inicuos de Israel, diciendo: Vamos y hagamos alianza con las gentes que nos rodean, porque, desde que nos separámos de ellas, vinieron muchos males sobre nosotros. Esto era una solemne y pública impostura que se hacia á la religion santa, porque nunca habian estado mas libres de males que cuando se habian encerrado en su religion; pero ella pasó por una verdad y este consejo pareció bien á sus ojos, dice el Libro sagrado. Se ofrecieron algunos de lo peor del pueblo á ir al rey con esta demanda, y salieron con comision, ó sin ella, porque era lo mismo, y se presentaron al rey pidiendo: que se les admitiese en la sociedad de las gentes, y el rey les concedió que pudiesen vivir segun las leyes de los gentiles. Entonces edificaron una escuela pagana en Jerusalem para enseñar en ella los ritos de las naciones, abandonaron la circuncision, se hicieron incircuncisos como las demás gentes, rompieron la santa alianza, se apartaron de ella, se unieron con los paganos y se vendieron para hacer lo malo.

Miraba Jason estos delitos horrendos como triunfos de

sus lecciones y ejemplos, y procuraba que se aumentasen y fuesen adelante. Despreció los privilegios que los reyes anteriores á Antioco habian concedido á la nacion santa; abolió los reglamentos antiguos, sustituyó leyes escandalosas, y despues de edificar una academia de paganismo al pié del alcázar y al lado del templo, llegó á la iniquidad de prostituir los mejores jóvenes de Jerusalem á las mas infames desenvolturas. No era ya esto un principio, sino un incremento tal, que excedia á la disolucion de los gentiles, y todo era procurado por la iniquidad detestable é inaudita del impio y no sacerdote Jason, dice el texto sagrado.

Era poco para este malvado haber seducido al pueblo, si no seducia á los sacerdotes, que eran los primeros y mas poderosos que podian y debian contrarrestar tantas iniquidades. El lugar eminente de sumo sacerdote, que habia usurpado á su hermano Onias, la proteccion que le dispensaba el rey Antioco, y las lecciones que daba y ejemplos que presentaba al cuerpo sacerdotal, consiguieron que varios de estos ministros abandonasen su ministerio y siguiesen al intruso; y estos sacerdotes infieles ya no se empleaban en los ministerios del altar, sino que, despreciando el templo y los sacrificios, se apresuraban á asistir á la palestra ó plaza de las luchas, á los ejercicios del disco ó la bola, y á la injusta distribucion de sus premios. Ya en nada tenían el honor del sacerdocio y la patria, y solo se honraban con participar de las glorias de los Griegos. Hacian alarde de imitar sus usos y sus costumbres, entraban en peligrosas contiendas sobre quién les imitaba mejor, y ponian su honor y su gloria en parecer semejantes á aquellos que habian sido antes sus mortales enemigos, dice el texto sagrado, y añade: pero el obrar impiamente contra las leyes de Dios no queda sin castigo; y en efecto, destinaba el Señor á los Griegos para castigar tantos y tan horrendos delitos.

Envía dinero á Tiro para que se ofrezca un sacrificio al dios Hércules.

El facineroso Jason queria que todo el mundo supiese que era un pagano, y no contento con todo lo que había hecho en Jerusalem, que le daba derecho á este infame nombre, envió á Tiro, cuando se celebraban los juegos olímpicos delante del rey, hombres pecadores con seiscientas dracmas de plata para un sacrificio al dios Hércules. Los enviados no eran tan perversos como el apóstata que les enviaba, y suplicaron al rey que no se emplease aquella plata en sacrificios, porque no convenia á Israel, sino en otros gastos; y se aplicaron á la construcción de galeras.

Primera entrada de Antioco en Jerusalem.

Pensaba Antioco en unir á su corona la de Egipto, y á motivo de la menor edad de su rey, pretendía la tutela para tomar despues la corona. Envio allá á su general Apolonio con buen número de tropas en pretension de esta tutoria; pero los regentes y los grandes lo resistieron, y Apolonio volvió á dar cuenta al rey de su comision; pero Antioco no cedió por eso de su empresa; mas antes de volver á ella quiso tantear las disposiciones de los Judios en este punto, y tomando el camino por Jope se dirigió á Jerusalem. Jason, que no perdía ocasion de complacer al rey, le dispuso un recibimiento magnífico, y Antioco entró en la ciudad alumbrado de hachas y entre las aclamaciones de los ciudadanos. No sabian los infelices que este rey, á quien colmaban de honores y victoreaban, destinaba entonces mismo su templo á las profanaciones y sus personas á los tormentos. Antioco, satisfecho de la buena disposicion de los Judios hácia su persona, se volvió luego á la Fenicia con su ejército.

Menelao suplanta á Jason y compra el sumo sacerdocio.

Tres años pasaron despues de esta visita, que hizo Antioco á Jerusalem, y en ellos el pagano Jason continuaba pervirtiendo á Israel y juntando, á costa de opresiones y latrocinios, la gruesa suma que había ofrecido y debía poner en el tesoro del rey. Cuando la hubo reunido envió con ella á Menelao, hermano de aquel Simon tan perversamente famoso por su rebelion, por sus alborotos y por su persecucion contra el santo pontífice Onías, para que la entregase al rey y trajese sus órdenes. No esperaba Jason ser despojado del soberano sacerdocio por aquel mismo que llevaba el dinero con que en parte le había comprado; pero los hombres perversos, que han hecho compañía en las maldades, no tienen ordinariamente mayores enemigos que los compañeros de sus crímenes.

Menelao se aprovechó con habilidad del contento del rey al recibir tan gruesa cantidad, y ensalzando su gran poder y ofreciendo dar trescientos talentos de plata mas que Jason, hizo recaer en sí mismo el soberano sacerdocio; porque despues que Jason hizo el atentado de despojar de él á su hermano el santo Onías, que aun vivía, ya no se miraba el sumo sacerdocio, á pesar de su santidad, sino como un empleo de venta, que compraba el que daba mas por él. Antioco destituyó á Jason, y revistió á Menelao, como si fuera un Moises autorizado por Dios. Mandó expedir sus órdenes, y las entregó á este pontífice fabricado en un momento en el palacio real, para que le pusiesen en posesion del sumo sacerdocio de la casa de Dios. Esto era ya adonde podia llegar el trastorno de la jerarquía sacerdotal, instituida por el mismo Dios; porque Menelao no era sacerdote, ni siquiera levita, sino un Benjamita, como el revoltoso Simon, su hermano. Menelao no llevaba á una dignidad tan santa otras disposiciones que el ánimo de un tirano, dice el texto sagrado, y la rabia de una bestia feroz.

Huye Jason á los Amonitas.

Jason debía ser la primera víctima que sacrificase Menelao, y sin duda que era cosa bien justa que Jason, este hombre perverso que habia despojado tiránicamente á su santo hermano, encontrase con otro hombre más perverso que él, que lo despojase y castigase sus crímenes; pero Jason no esperó el golpe, y se huyó á los Amonitas. Menelao quedó pacífico poseedor, no de la dignidad de sumo sacerdote, porque ya se dijo que no era sacerdote, sino de todos los fueros, preeminencias y autoridad que llevaba consigo esta dignidad. Contento con ocupar un puesto el más eminente de Israel, en nada pensaba menos que en pagar las sumas que habia ofrecido al rey. Ocupaba el alcázar un gobernador de Antioco, que habria colocado allí cuando estuvo en Jerusalem, á pretexto de recoger las grandes sumas que ofreció Jason, ó más bien con el objeto de asegurarse de Jerusalem. El que habia al presente se llamaba Sostrato, y por más que instaba á Menelao por el pago, nada conseguia.

Menelao es depuesto del pontificado y sustituido su hermano Lisímaco.

El rey se cansó de esperar, é hizo venir uno y otro á su presencia para que le diesen cuenta, Menelao del pago, y Sostrato de la cobranza. Este le dió buena y cumplida, y se le confirió el gobierno de Chipre; pero Menelao, que no presentó ni dinero ni buenas razones, fué depuesto del pontificado, y sustituido en su lugar su hermano Lisímaco. Poco despues de esta mudanza, se rebelaron contra Antioco las ciudades de Tarso y de Mallo en Cilicia, y el rey partió inmediatamente á sujetar y apaciguar aquellos movimientos, dejando el gobierno del reino á Andrónico, uno de los primeros señores de su confianza.

Menelao, que no llevaba sino con impaciencia su deposición, tuvo por oportuna esta ausencia del rey para volver á ocupar el pontificado. Sabía por experiencia (que él mismo habia hecho cuando derribó de él á Jason), que en la corte de Siria el dinero en abundancia daba ó quitaba los destinos; pero el no lo tenia y le era necesario juntarlo. Para esto vendió en Tiro y ciudades vecinas los vasos de oro que habia hurtado del templo, dice el texto sagrado, despues de haber dado los mejores á Andrónico gobernador del reino.

Reprende el santo pontífice Onías á Menelao por haber robado los vasos del templo.

Tuvo el santo pontífice Onías noticia en su retiro de Dafne, lugar de refugio cercano á Antioquia, de este robo sacrilego, y dirigió á Menelao fuertes reconvenciones; pero no consiguió otro fruto su celo, que el odio mortal que Menelao concibió contra el santo pontífice, y para satisfacer este odio, se presentó inmediatamente al gobernador Andrónico, ganado ya con sus regalos, y le rogó que matase al pontífice Onías. Convino Andrónico en cometer esta horrible maldad, y lo cumplió de un modo traidor, vil y el más indigno de un gobernador del reino. Fué á visitar á Onías á su retiro, y tomadas las manos derechos, le persuadió á que saliese de él para una confesión, asegurándole con juramento que no le haria daño, porque Onías se recelaba.

Muere mártir de su celo.

Al fin Onías salió; pero el bárbaro gobernador clavó con su misma mano el acero en el pecho de Onías al primer paso que dió fuera del lugar de su refugio, y el santo pontífice espiró á los piés de este asesino, que

con un solo golpe derribó los derechos de la justicia, de la humanidad y de la hospitalidad; atropello la santidad del juramento que acababa de hacer, y los respetos y consideraciones debidas á un hombre tan grande; y ultrajó del modo mas vil la dignidad de regente del reino. Tal fué el fin desgraciado á los ojos del mundo, pero precioso á los ojos de Dios, de uno de los mayores hombres que habia tenido el pueblo de Israel.

Castigo del asesino de Onías.

A pesar de ser tantos los lazos que se ponian á los hijos de Jacob y de ser tambien tantos los que desgraciadamente caian en ellos, habia no obstante un gran número de fieles Israelitas que se precavian y los evitaban. La muerte de Onías, á quien miraban como un padre, causó en ellos un profundo sentimiento y extremo desconsuelo, y hasta los mismos paganos les acompañaron en su dolor y su pena. Luego que se extendió la noticia, se vieron correr las lágrimas sin distinción de Judío y gentil. El sentimiento fué general, y no lo fué menos la indignación al considerar el modo injusto y atroz con que habia sido asesinado. Apenas volvió Antíoco de su expedición de Tarso y de Mallo, acudieron de todas partes al rey, pidiendo el castigo de esta muerte alevosa. Tiene la virtud verdadera un derecho innegable sobre los corazones humanos, y aun los hombres mas corrompidos, despues de haber despreciado y tal vez perseguido al justo en la vida, no pueden negarle su sentimiento y tal vez sus lágrimas en la muerte. Antíoco, aunque duro y poco sensible, se afligió y llenó de lástima por la muerte de Onías, y no pudo contener sus lágrimas, acordándose de la templanza y modestia del difunto; y sucediendo al sentimiento la ira, mandó que Andrónico, despojado de la púrpura, fuese paseado por toda la ciudad, y que en el mismo lugar en que habia

cometido la impiedad de quitar la vida al sumo sacerdote Onías, allí mismo fuese privado de la suya, retribuyéndole el Señor, dice el historiador sagrado, la pena que merecia.

Media justicia de Antíoco.

A pesar de este castigo ejecutado en Andrónico, Antíoco no cumplió con toda la justicia que reclamaba la muerte de este mártir del cielo, porque su justicia fué á medias, ó para decirlo así, fué media justicia. Menelao era, á lo menos, tan criminal como Andrónico, y mientras que Andrónico era entregado á la muerte en Antioquía, Menelao seguía intrigando libremente en Jerusalem; pero Antíoco no se dirigía por la justicia comun, sino por su interés particular. Para Antíoco habria sido tan peligroso dejar sin castigo un escándalo que irritaba á su corte, en la que necesitaba la paz, como provechoso no castigarle en Jerusalem, en la que le convenian las inquietudes, las turbaciones y los escándalos, y para esto no habia hombre mas á propósito que Menelao.

Robo sacrilego de Lisimaco y su muerte.

En efecto, por su consejo Lisimaco, su sucesor y hermano, llenaba á este tiempo de sacrilegios el templo. Por su consejo se arrojó á robar el erario de la casa del Señor, y ya habia sacado de él mucho oro, cuando se esparció por la ciudad la noticia de este robo sacrilego, y lleno de cólera el pueblo contra Lisimaco, se reunió y opuso á que continuase este sacrilegio. Lisimaco se empeñó en continuarle, sin duda aconsejado por el perverso Menelao: hizo armar tres mil hombres, que acaudilló un viejo, tan adelantado en edad como en malicia, dice el sagrado texto, y con ellos principió á ejecutar violen-

cias en los reunidos : mas estos, armándose unos de piedras y otros de garrotes, no solo se defendieron, sino que acometieron á la tropa y mataron á algunos, hirieron á muchos y pusieron á todos en huida; y el sacrilego Lisímaco, cegado con una nube de ceniza que arrojaban contra él, no vió por dónde habia de huir, y fué muerto junto al erario, Lisímaco fué aquí otro Andrónico; procedió instigado como aquel por el perverso Menelao, y tambien como aquel perdió la vida; pero Menelao ocultándose ahora en Jerusalem, y huyendo entonces de Antioquia á Jerusalem, supo muy bien evitar los golpes y guardar la vida.

Comisionados de Jerusalem á Antioco contra Menelao.

Muerto Lisímaco, no se detuvo Menelao en tomar el mando del sumo pontificado (aunque estaba depuesto por Antioco) mas tiempo que el que tardó en sosegar el pueblo, y este se vió de nuevo dominado por aquel impio. No pudo ya sufrirlo, y para poner remedio eligieron los ancianos tres hombres de los principales y los enviaron al rey en nombre del pueblo, para hacerle presente las iniquidades de Menelao y suplicarle que pusiese límites á tantos males. Estaba perdido Menelao si bastara para el castigo ser criminal y estar probado el crimen, porque Menelao lo era en alto grado, y sus crímenes eran públicos; pero es necesario tambien rectitud en el tribunal, y criminales que no sean tan intrigantes como Menelao. Habia venido el rey á Tiro, y allí fueron los comisionados. No se descuidó Menelao, y acaso llegó antes que ellos. Se presentaron al rey, y oida su relacion, se manifestó dispuesto á castigar á Menelao. Este lo llegó á entender y procuró averiguar quién era el hombre de mas influjo para con el rey; y habiéndole dicho que ninguno tenia tanto como un tal Tolomeo, luego fué á empeñarse con él. En el tribunal de este

privado del rey hizo su defensa, y como nada le costaba mentir y calumniar, la haría bien favorable. No ignoraba su astucia que esto le era provechoso, pero que no bastaba; y así confirmó todas las razones que habia expuesto á su favor, con la promesa de grandes sumas de dinero, que era la razon que lo valia todo.

Antioco los hace morir cometiendo la mas atroz injusticia.

Tolomeo se encargó de hablar al monarca y lo hizo con tanta eficacia y tan buen éxito, que Antioco no solo mudó de parecer y absolvió á Menelao, reo de todos los crímenes, sino que condenó á muerte á los comisionados, á aquellos infelices, dice el texto sagrado, que habrian sido declarados inocentes, aunque su causa hubiera sido tratada entre los Escitas (que eran tenidos por los hombres mas feroces del mundo). Al momento fueron arrastrados al suplicio, y murieron sin misericordia unos hombres revestidos del carácter de representantes de una nacion, y á los que no podia imputarse otro delito que la defensa de sus hermanos atropellados, de su ciudad trastornada, de su religion perseguida y de su templo despojado y profanado. Esta injusticia atroz se ejecutaba en Tiro, y los ciudadanos, testigos de la crueldad de Antioco, no pudieron mirar tanta maldad sin indignacion; y ya que no les fué dado librar á estos inocentes de la muerte, les honraron dándoles magnífica sepultura, sin que les impusiese la crueldad del tirano.

Menelao es repuesto en el pontificado.

La victoria del malvado Menelao fué mas allá de lo que él podria prometerse. Sobre la muerte de sus acusadores, se le confirmó en la posesion del sumo sacerdocio, que habia vuelto á ocupar en la muerte de Lisí-

maco su hermano; y despues de la atroz injusticia cometida con los enviados, ya nadie se atrevió á contradecir á Menelao. Volvió á Jerusalem mas perverso que nunca, creciendo en malicia, dice el texto sagrado, para hacer traiciones á sus ciudadanos. Jerusalem, sin defensa y sin proteccion, vino á ser el teatro de las maldades, que apartando á la nacion de la observancia de las leyes y del culto del Señor, trajeron sobre ella sus terribles castigos. Jerusalem, despues de la dominacion de tantos hombres perversos como los Simones, Jasones, Menelao y Lisimacos, no era ya otra cosa que el feo reverso de aquel famoso cuadro que en tiempo del gran sacerdote Onías se mereció la admiracion de las naciones y la devocion de los reyes. Ella encerraba en su desgarrado seno un conjunto monstruoso de apóstatas y de idólatras, igualmente conjurados contra el culto y las ordenaciones de Dios.

Demasiado instruido estaba Israel acerca del origen de sus bienes y sus males, de sus prosperidades y sus desgracias. No distaba mucho la cautividad de Babilonia, y menos la prosperidad que habia tenido fin con la separacion del pontífice Onías. Nada mas claro para Israel que esta verdad: *Mis prosperidades estan unidas al cumplimiento de la ley, y mis desgracias á la falta de este cumplimiento.* Sin embargo, su furiosa inclinacion á la mezcla con las naciones y á la infame idolatría podian mas con ellos que sus experiencias. En este tiempo de revueltas la desercion habia sido grande, y los idólatras se habian multiplicado en Israel. La medida se llenaba y el brazo del Señor estaba ya levantado. No obstante, el Señor, que siempre guardaba una conducta uniforme para con su pueblo, no quiso descargar el golpe sin avisarle antes su peligro de un modo portentoso.

Aparecen en el aire sobre Jerusalem ejércitos que pelean.

Por espacio de cuarenta dias se dejaron ver en el aire, á los ojos de toda Jerusalem, hombres á caballo con vestiduras de oro y armados de lanzas, á manera de escuadrones que se daban batallas. Los caballos puestos en orden de guerra, corrian los unos contra los otros, y los jinetes venian á las manos. Se oía el estruendo horroroso que formaba el choque de los escudos, casquetes y espadas desenvainadas. Se veian cruzarse los dardos en el aire, y resplandecian las armas de oro y las corazas de todas clases. ¡Qué espectáculo tan imponente para un solo dia! ¿Y cómo pudo sostenerle Jerusalem por espacio de cuarenta, sin hacer una penitencia cuarenta veces mayor que la de Ninive y sin cansar en cierto modo al Cielo con sus gemidos, sus súplicas y sus clamores? Pues qué, ¿podía ignorar Jerusalem que estos avisos eran para ella, y que si no la anunciaban su total ruina, la anunciaban, á lo menos, guerras terribles, ó acaso uno y otro? Sin embargo, el texto sagrado nada mas nos dice de lo que pasó en estos cuarenta dias que podian dar materia á la historia de cuarenta años, sino que todos rogaban que estas señales se convirtiesen en bien; ¿y dónde está la penitencia para merecerlo? Nada de eso nos dice el texto sagrado, porque nada debió haber de la penitencia pública que pedía el desorden y escándalos públicos.

Vuelve Jason á Jerusalem; causa nuevos males, y tiene que huir.

Pasados los cuarenta dias de esta situacion pavorosa, Menelao y su tropa de apóstatas se endurecieron como otro Faraon y continuaron en sus maldades como antes; pero principió muy luego el castigo de los perversos y

la prueba de los justos. Se extendió un rumor falso de que Antíoco, que se hallaba haciendo la guerra en Egipto, había muerto, y al momento el desterrado Jason, reuniendo nada mas que mil hombres, vino de repente sobre Jerusalem, y aunque los ciudadanos, ó mas bien los revoltosos, volaron al muro para defenderla, al fin fué tomada por los de Jason; y Menelao con los suyos se huyó y encerró en el alcázar. Entró Jason en Jerusalem como una fiera sedienta de sangre, y á nadie perdonaba, ni menos pensaba que los ciudadanos eran sus hermanos, sino que los degollaba como á paganos, y tomaba los despojos como si fueran de sus enemigos; pero al fin, despues de matar un gran número, no pudo conseguir el principado de sumo sacerdote ni sostenerse en la ciudad, y lleno de confusion tuvo que salir huyendo y volverse al pais de los Amonitas, de donde había venido; mas no le recibieron estos como antes, porque la noticia de las crueldades que había cometido en Jerusalem llegó primero que él.

Su fin desdichado.

Ya no se tuvo Jason por seguro entre ellos y se huyó á la Arabia. Aretas, su rey, le prendió y encerró en una prision, mas Jason tuvo medio para fugarse, y huyendo de ciudad en ciudad, y llevando consigo el odio de todos, como un apóstata de las leyes, y un enemigo execrable de su patria y sus ciudadanos, fué arrojado hasta el reino de Egipto. Tambien fué perseguido en este reino, y huyendo se dirigió á la Lacedemonia, cuyos moradores se trataban de parientes de los Judíos, y allí esperaba ser recibido como tal pariente y encontrar su sosiego; pero murió á poco tiempo, miserable y sin sepultura. Así acabó el traidor Jason, usurpador de la dignidad de su hermano el santo pontífice Onías, en un pais extraño y lejos de su parentela, sin ser llorado ni sentido de los

suyos, distante del sepulcro de sus padres, sin hallar sepultura en su muerte y sirviendo de pasto á los perros, las aves y las fieras. Fin digno de un hombre malvado y cruel que había arrojado de su patria á tantos buenos ciudadanos, y dejado podrir sin sepultura los cadáveres de tantos hombres de bien que había hecho morir inhumanamente. Digno paradero de un ambicioso que, precipitado por su pasión, se arrojó á tomar antes de tiempo una dignidad que había recibido legítimamente á su vez; tanto mas execrable, cuanto no arrebató el sumo pontificado á su santo hermano, sino para perder á Jerusalem, y á la nacion entera. Hombre digno, en fin, de todo el aborrecimiento del pueblo de Dios, porque, con su intentona de ocupar otra vez el sumo sacerdocio, fué la causa inmediata de que principiases las persecuciones de Antíoco y las desdichas de Israel que vamos á referir.

Segunda entrada de Antíoco en Jerusalem y matanza de sus moradores.

Supo Antíoco en Egipto el rumor que de su muerte había corrido en Jerusalem; lo que había intentado Jason con este motivo; la resistencia que le había hecho la ciudad, y no dejaría de decirsele que se habían alegrado de su muerte, porque realmente tenían motivo para alegrarse. No pudieron llegar estas noticias á Antíoco en ocasion mas fatal para Jerusalem. Había hecho la guerra á Tolomeo, rey de Egipto, y le había vencido y tomado sus ciudades fuertes; pero los Romanos se declararon á favor de Tolomeo y le obligaron á desocuparlas, y volverse á su reino. Se hallaba Antíoco irritado contra los Romanos, que le obligaban á soltar la presa y salir del Egipto, y creciendo su irritacion con la noticia de los sucesos de Jerusalem, en vez de volver á Antioquia su corte, se dirigió con todo su ejército á Jerusalem y entró

en la ciudad con las armas en la mano y la rabia en el corazón. Su primera orden fué lo sumo de la crueldad. Mandó á los soldados que matasen á cuantos encontrasen sin perdonar á nadie, y que, rompiendo las puertas de todas las casas, subiesen á ellas y despedazasen á cuantos hallasen. Con esta orden cruel, se derramó por la ciudad toda la tropa y desde luego principió la carnicería. Hombres, mujeres, jóvenes, ancianos, doncellas y niños, todo perecia á filo de espada. Tres días duró la matanza, y llegaron las muertes hasta ochenta mil. Cansados los soldados de matar, se redujeron á hacer prisioneros. Cuarenta mil pusieron en prisiones, y otros cuarenta mil vendieron por esclavos. Presentaba Jerusalem un espectáculo de horror y pavor. Por todas partes corria y rebosaba la sangre, y las casas y las calles estaban llenas de cadáveres.

Temor de los Israelitas acerca del templo.

Sin embargo, todavía esto no era lo mas terrible para los verdaderos Israelitas que aun quedaban en aquella populosa ciudad. No habia desdichas, de las que no creyesen poder consolarse, con tal que conservase el Señor la santidad de su templo; y satisfecho con el sacrificio de sus vidas, no permitiese que fuese profanado por los incircuncisos; pero no habia escogido el Señor la nacion por amor al templo, sino el templo por amor á la nacion, dice el texto sagrado, y por esto el templo mismo participó de los males del pueblo, y añade: mas despues será compañero (del pueblo) en sus bienes; y el que fué desamparado por el enojo de Dios todopoderoso, será ensalzado con suma gloria, en la reconciliacion de Dios con su pueblo. Aquí el Señor, compasivo siempre y siempre misericordioso, quiso sostener con la esperanza á su pueblo, que llevaba señales de ser exterminando, y animarle á sufrir con firmeza, hasta que satisfecha su di-

vina justicia, llegase el día de volver á poseer su pasada grandeza.

Antico roba el templo y la ciudad.

No satisfecho Antíoco con tanta sangre, tantas muertes y tantas victimas encarceladas y esclavas, se entregó al robo mas atroz, al robo del templo. Se atrevió á entrar en la casa del Señor, que era el lugar mas santo del mundo, guiado por el impío Menelao, que habiendo sido traidor á las leyes y á la patria, ahora lo era tambien al templo. El malvado y sacrilego Antíoco, tomando con sus manos profanas los vasos santos, que otros reyes y ciudades habian puesto allí para adorno de aquel lugar santo, los manoseaba y profanaba indignamente. Habia entrado en la santificacion como un salteador, y mandó robar el altar de oro, el candelero de oro, la mesa de oro, las tazas, las copas, los almireces, todos los vasos de oro, el velo, las coronas y el ornamento de oro que estaba en la fachada del templo, y robó toda la plata y todos los vasos preciosos y cuantos tesoros pudo descubrir. Hizo grande estrago en los hombres (que quisieron oponerse): habló con gran soberbia, y llevándose todo, marchó á su tierra con su ejercito.

Sentimiento de Israel.

Jerusalen, todas las ciudades y todos los pueblos de Israel se entregaron entonces á los extremos del dolor, envidiando la dicha de los que habian sido victimas del furor de los soldados. Gimieron los príncipes y los ancianos. Las vírgenes y los jóvenes quedaron sin aliento, y se mudó la hermosura de las mujeres. Los esposos prorunpiéron en lamentos, y las esposas regaban el lecho nupcial con sus lágrimas. Toda la descendencia de

Jacob se cubrió de confusion, y hasta la tierra se conmovió con la desolacion de los que habitaban en ella.

Vuelve Antíoco á su corte cantando la victoria.

Entretanto Antíoco, que habia venido á Jerusalem como un tirano sediento de sangre y de oro, despues de haber sacrificado tantas vidas, y robado del templo mil y ochocientos talentos (mas de cinco mil y novecientas arrobas casi todas de oro), volvía á Antioquia su corte, a que le tributasen las honras del triunfo, y tan orgulloso y envalentonado como si hubiera conquistado el universo, ú oscurecido las proezas de Alejandro con la conquista y destrozo de una ciudad indefensa; llegando a tanto su hinchazon y soberbia que le hacian creer, dice el historiador sagrado, que haría caminar sus naves por la tierra y sobre el mar (sus ejércitos).

Dejó Antíoco, al volverse á Antioquia, gobernadores en Judea para afligir á los Judíos, como si su crueldad no les hubiera afligido bastante. En Jerusalem dejó á Filipo, frigio de origen, y mas cruel en costumbres que el mismo que le dejaba; y en el templo Garizin en Samaria á Andrónico y Menelao, que amenazaban á los ciudadanos con males mayores. Parece que Antíoco, despues del destrozo hecho en los ciudadanos de Jerusalem y del despojo de su oro, su plata, sus preciosidades y sus facultades, nada debía recelar de una ciudad, que en vez de poder rebelarse, apenas tenia, ni medios, ni libertad para vivir; pero Antíoco no quería que la nacion judía profesase una religion que siempre la conservaba unida, y fuerte por esta union. Tampoco le gustaba que estuviere publicando siempre un Dios vengador de todas las maldades de todos los hombres, y amenazando con esto el castigo de las suyas.

Envía á Apolonio con veinte y dos mil soldados para que mate á todos los hombres de Jerusalem.

Determinó, pues, abolir la religion de Israel, y como no esperaba conseguirlo sino exterminando los hombres que la profesaban, principalmente los que vivian en Jerusalem, á los dos años del estrago hecho en ella por su mandado y á su vista, envió un cuerpo de ejército de veinte y dos mil hombres, comandados por el detestable Apolonio, con orden de degollar á todos los adultos (que ya conocian su religion y eran capaces de sostenerla), y de vender todas las mujeres, los jovencillos y las jovencillas, los niños y las niñas. Vino Apolonio con su cuerpo de ejército á Jerusalem, aparentando paz y tranquilidad, y se alojó en la ciudad con el mejor y mas pacífico orden. Sabía Apolonio que el sábado era para los Judíos un dia de descanso, destinado únicamente á los ejercicios de religion, y nada hizo sino portarse con afabilidad hasta que llegó este dia santo. Los Judíos se reunieron, segun su costumbre, para celebrarle, y cuando estaban mas ocupados en sus ejercicios religiosos, mandó á todas sus tropas que tomasen las armas y matasen á cuantos Judíos hallasen reunidos. La mortandad fué grande y grandemente impía. La sangre corrió á torrentes en el templo y sus atrios, y la casa del Señor y sus recintos quedaron llenos de cadáveres. Concluida esta primera matanza, mandó que se derramasen por toda la ciudad y matasen á cuantos hombres encontrasen, y murió una multitud en esta segunda matanza. Mandó despues el saqueo, y los soldados saquearon, tomaron cautivas las mujeres y se hicieron dueños de sus hijos y ganados. Mandó, en fin, quemar y derribar las casas principales y los muros en contorno, y Jerusalem quedó reducida á un pueblo devastado y sin defensa.

**Alcázar de Sion convertido en piedra de escándolo para
Jerusalén.**

Sin embargo, habría sido menos fatal para los Judíos que no quedase en su ciudad ni rastro de fortalezas; pero no fué así. Apolonio había conservado el alcázar de Sion, ó ciudad de David, y la fortificó con nuevas defensas. La rodeó de un firme y alto muro, levantó de trecho en trecho torres muy fuertes y la hizo su ciudadela y plaza de armas. La proveyó abundantemente para su ejército. Guardó en ella todo el botín que había robado. Llamó y admitió á todos los Judíos apóstatas que quisieron acudir y les incorporó con los soldados idólatras que formaban la guarnición; y el alcázar de Sion quedó hecho desde este tiempo la habitación de los incircuncisos, como lo había sido antes de David. Esta fortaleza fué en adelante una tentación, una piedra de escándalo, un diablo malo para Israel, dice el texto sagrado. Ya no era permitido subir al templo á los verdaderos Israelitas sin exponerse á los insultos de estos hombres, que no podían sufrir, particularmente los Judíos apóstatas, que aun se fuese á adorar y dar culto á Dios en el lugar santo, porque esto les echaba en cara la vileza de su apostasía. Pasaron de los insultos á los malos tratamientos, á los golpes, á las heridas y á las muertes. Derramaron, dice el texto sagrado, la sangre inocente en rededor del santuario y mancharon la santificación.

Lastimoso estado de Israel.

Entonces los que, huyendo de la matanza de Apolonio, se habían salvado fuera de Jerusalén y regresado á ella, huyeron otra vez y también las mujeres con sus hijos; y la ciudad santa quedó hecha, dice el texto sagrado, morada de extraños, enajenada de sus naturales y aban-

donada de sus hijos. Su santuario fué ya como una soledad, sus días festivos se mudaron en llanto, sus sábados en oprobio y sus grandezas en nada. A proporción de su gloria se multiplicó su ignominia, y su gozo concluyó con su llanto. Tal fué el lastimoso estado á que redujo el feroz Apolonio la ciudad santa y el templo del Señor. Contento este cruel eriado con haber llevado á cabo el encargo que le había confiado su feroz amo, volvió á darle cuenta de todo á su corte de Antioquía, y este impio monarca creyó que los Judíos, destrozados unos, aterrados otros y reducidos todos al desprecio y á la nulidad, recibirían sin desplegar sus labios cuantas mudanzas quisiese ya hacer en esta nación abatida.

Edicto de Antioco.

Publicó, pues, un edicto dirigido á todos los pueblos sujetos á su obediencia, mandando que cada uno dejase su religión cualquiera que fuese, y todos sin excepción profesasen la religión de los Griegos. El edicto se dirigía á todos los pueblos del reino de Antioco, sin hacer mención de la nación judía, que no era del número de ellos, y que parecía no quedar comprendida; pero ya se sabe que es común en los tiranos dar órdenes generales para hacer despues á su placer aplicaciones particulares. Antioco no tenía un interés en la religión que profesase cada cual de sus súbditos, tanto menos, cuanto se cree que él ninguna profesaba. Su objeto era envolver á los Judíos en la red de la orden y acabar con su religión, que era la que temía y le asombraba. Desde luego se aprestaron todos los pueblos del dominio de Antioco á dar cumplimiento al edicto, y como tenían por dioses á todos los ídolos, les importaba poco dejar los que habían preferido y tomar cualquier otro que se les propusiese. Así fué que todos se acomodaron á adorar al dios principal de los Griegos, que era Júpiter Olímpico.

Mas no sucedió, ni podia suceder así, con los adoradores del Dios verdadero. Es cierto que todos aquellos apóstatas que habian formado los Jasones y los Menelaos se aprestaron, primero acaso que los mismos paganos, cumplir el edicto. Es verdad que, en el estado de corrupción en que se hallaba la nacion judía, hubo muchos cobardes, que sin querer la idolatría la practicaron, ofreciendo incienso á los ídolos, y que repugnando la apostasia se hicieron del partido de los apóstatas, manchando el sábado; pero aun habia fe en Israel y fuertes en Judá.

Cartas del mismo.

Antiocho vio que la desercion religiosa de los Judíos no era tan pronta ni tan general como él esperaba, y que su edicto no se cumplia en todas sus partes sin oposicion, y luego escribió en su ira cartas á Jerusalem y á todas las ciudades de Judá, mandando: que inmediatamente siguiesen en todo la religion de las gentes de la tierra: que no volviesen á ofrecer en el templo de Dios, ni sacrificios, ni holocaustos, ni hostias pacíficas: que no celebrasen los sábados y dias solemnes: que se profanasen los lugares sagrados con sacrificios paganos, y el pueblo santo con idolatrías y comidas inmundas: que se edificasen tabernáculos, se erigiesen altares y se colocasen aras, y sobre ellas se sacrificasen carnes de puero y de otros animales inmundos: que no circuncidasen sus hijos: que manchasen sus almas con todo género de abominaciones hasta que se borrara de ellas la ley de Israel: que mudasen todas las justificaciones de Dios; y que cuantos no hiciesen segun estos mandatos del rey, todos muriesen. Mas conociendo el malvado Antiocho que conseguiria poco con ordenar todas estas impiedades y abominaciones, si no apoyaba estas órdenes con su acostumbrada crueldad, envió comandantes con tropas para hacerlas cumplir, y estos se

derramaron por las ciudades de Judá y las mandaron ofrecer sacrificios á los ídolos como los demás paganos. La situacion de los Judíos era terrible, porque al mandato acompañaba la amenaza de muerte, y á la amenaza seguia la muerte de todo aquel que se negaba á cumplirle. Entonces se vió con dolor que muchos del pueblo de Dios, que hasta allí habian sido fieles y constantes, atemorizados y acobardados se pasaron á los que habian abandonado la ley del Señor y causado con su abandono gravísimos males; pero el grueso del pueblo se negó con firmeza, y huyó á los desiertos á esconderse en las cavernas y guaridas de las fieras.

Envia á un antioqueno á profanar el templo y declararle casa consagrada al ídolo de Júpiter.

Casi al mismo tiempo que salieron los comandantes á las ciudades, envió Antiocho á Jerusalem un perverso viejo de Antioquia, para que no solo obligase á los Judíos, que habian vuelto á la ciudad, á que abandonasen las leyes de su Dios y de sus padres, sino tambien para que manchase el templo, le hiciese abominable, y le declarase templo de Júpiter Olímpico, que era el ídolo que adoraban los Griegos; y tambien para que pasase al templo de Garizin y le declarase templo de Júpiter Hospitalario, porque los habitantes del monte de Garizin eran una parida ó colonia de extranjeros, á quienes se habia permitido aquel terreno como por hospitalidad.

El malvado Antiocho conocia muy bien los malvados, y el perverso viejo que envió á Jerusalem, era muy digno de la comision que le daba. Apenas llegó á la ciudad, cuando se vió inundada de pésimos males, porque el templo del Señor, ocupado desde luego por los paganos, se llenó de la lujuria y las glotonerías de los gentiles, de hombres que pecaban con ramerías, y de mujeres atrevidas, que entraban en los lugares santos,

llevando lo que no era permitido. El altar estaba lleno de cosas ilícitas y prohibidas por la ley, y no solo no se guardaba el sábado y los días solemnes, sino que no había ya quien se atreviese á confesar claramente que era Judío, porque en el cumpleaños del rey se les obligaba con terrible violencia á ofrecer sacrificios á los ídolos; y cuando se celebraban las fiestas del dios Baco, se les hacia dar vueltas al rededor del ídolo, coronados de yedra.

Colocacion del ídolo de la abominacion en el lugar santo.

Tantas abominaciones merecian ser consumadas por el abominable Antioco. El año ciento cuarenta y cinco del imperio de los Griegos y octavo de su reinado, subió á Jerusalem á completar su obra de la abolicion de la religion de Israel. El dia quince del mes Casleu (noviembre) se colocó el abominable ídolo de la desolacion (Júpiter Olímpico) sobre el altar de Dios, y en todas las ciudades de Judá en rededor de Jerusalem, se edificaron aras. En esto se ocuparon diez días, y el veinte y cinco del mismo mes se ofrecieron sacrificios sobre el ara que habían erigido delante del altar de Dios, en que estaba colocado el ídolo. Lo mismo se hacia sobre las demás aras, de modo, que ya en aquel dia se ofrecian sacrificios y se quemaban inciensos delante de los ídolos, que habían colocado sobre las aras en las ciudades, las plazas y en las puertas de las casas. Se habían buscado con gran diligencia los libros de la ley, y en aquel dia les hicieron pedazos y quemaron en obsequio de los ídolos. Todo hombre, en cuyo poder se hallaban los libros del Testamento del Señor, y todo el que guardaba la ley del Señor, era despedazado, segun el edicto del rey. Quedó establecido que el dia veinte y cinco de todo mes fuese una fiesta para obsequiar á Júpiter con sacrificios y otras ceremonias, ya monstruosas, ya ridículas, y ya

obscenas; y cuando llegaba este dia fatal, venian con él nuevos peligros, nuevas violencias y nuevas persecuciones para los desgraciados Israelitas.

Otro edicto de Antioco.

No se limitaron los edictos de Antioco á las ciudades de Judá. Salió un decreto para que en todas las ciudades paganas, que rodeaban la Judea, se procediese del mismo modo contra los Judíos, obligándolos á ofrecer sacrificios á los ídolos, y á conformarse con los gentiles en todos los ejercicios de religion, y para que se quitase la vida sin misericordia á todos los que se resistiesen. Por este decreto quedaron condenados á muerte los Judíos que vivian de asiento en las ciudades vecinas, y los que se habían refugiado á ellas huyendo de la muerte. De este modo ya no restó al pueblo de Israel otro arbitrio que la apostasia ó la muerte, y aquí era ver lástimas, dice el texto sagrado.

Destrozos en los Israelitas que guardaban la ley. Dos mujeres con sus dos hijos son arrojadas del muro y estrelladas con ellos por haberlos circuncidado.

Muchos resolvieron en su corazon no comer carnes sacrificadas á los ídolos, ó prohibidas por la ley, y eligieron morir antes que mancharse con comidas inmundas, y fueron despedazados porque no quisieron quebrantar la ley santa de Dios. Las mujeres que circuncidaban sus hijos eran divididas en piezas, segun el edicto del rey, y lo mismo los hombres, y los niños circuncidados morian colgados por sus cuellecitos en las ventanas de (las casas) de sus padres. Acusaron á dos madres de haber circuncidado á sus hijos, y luego fueron paseadas por la ciudad con los hijos pendientes

de sus pechos y precipitadas con ellos de lo alto del muro, muriendo estrellados madres é hijos por cumplir la ley santa de Dios. Otros Israelitas, reunidos en cuevas, celebraban á escondidas el día de sábado. Dieron cuenta de esto al gobernador Filipo, y los quemaron vivos... Ruego, pues, dice aquí el historiador sagrado, á los que han de leer este libro : que no se horroricen á la vista de estos lastimosos sucesos, sino que consideren, que estas cosas que acaecieron, no fueron para destruccion, sino para enmienda de nuestra nacion ; porque no permitir largo tiempo á los pecadores que obren segun su voluntad, sino aplicar desde luego el castigo, señal es de gran beneficio. ¡Insigne verdad que debemos tener siempre presente los pecadores en nuestros trabajos!

Abren á la fuerza la boca al santo anciano Eleázar para que coma carne de puerco.

Á este tiempo vivia en Jerusalem Eleázar, uno de los primeros doctores y maestro de Israel, respetable por su ancianidad, amable por su presencia y venerable por su ciencia, su celo y sus virtudes. Contra este grande hombre se dirigieron particularmente los satélites de Antioco, persuadidos á que no quedaria Judío que resistiese, si logran vencer este gigante de la religion de Israel. Como su intento no era hacer un mártir, sino un apóstata, emplearon antes de los tormentos las promesas, las amenazas y todo género de seducciones para pervertirle. Mas al ver que eran inútiles todos sus artificios, recurrieron, no al acero, sino á la violencia. Le abrieron á la fuerza la boca, y trabajaban por hacerle comer carne de puerco, como si por una accion en la que el corazon no tiene parte, pudiera el hombre hacerse trasgresor de la ley. Viendo los seductores que tambien la violencia era inútil, ya solo trataron de llevarle al suplicio. Iba

el venerable anciano contento á los tormentos, prefiriendo una gloriosísima muerte á una vida aborrecible. Luego que llegó al lugar del suplicio y vió los terribles instrumentos preparados para atormentarle, solo pensó en sufrir con paciencia, y en no hacer ni la menor cosa ilícita por amor á la vida.

Compasion inicua de sus amigos.

Mas cuando así fortalecia su corazon este venerable anciano, algunos de los que estaban presentes se acercaron á él y movidos de una compasion *inicua* (así la llama el texto sagrado) por la antigua amistad que le profesaban, tomándole aparte, le rogaban que les permitiese traerle carnes de las que le era lícito comer, para dar á entender que habia comido de las carnes sacrificadas á los ídolos, como mandaba el rey, y librarse por este medio de una muerte cruel ; y esto lo hacian, añade el mismo texto, por una especie de humanidad en atencion al antiguo afecto que le tenian. Este ataque de la falsa compasion de sus conciudadanos fué para el anciano Eleázar mas terrible que todos los que habia sufrido por parte de los paganos ; pero nada bastó para mover este muro firmisimo de la casa de Israel.

Su precioso y nunca bien alabado ejemplo. ®

Entretanto que estos malos amigos daban consejos tan peligrosos al venerable anciano, contemplaba este *justo* el honor debido á su edad y ancianidad y la nobleza de aquellas canas, que habiendo nacido y crecido á la sombra de la religion de sus padres, adornaban su cabeza en sus últimos dias, despues de haber observado la ley desde niño ; y lleno de estos pensamientos sublimes, respondió prontamente : Yo permito que se me arroje vivo al sepul-

cro antes que seguir vuestro consejo; y esforzando su voz : no, dijo, no es digno de mi edad el fingir, y menos dar motivo á que muchos jóvenes, creyendo que Eleázar en la edad de noventa años ha pasado á la vida de los alienígenas, tambien ellos, por mi fugimiento y por conservar yo este momento de vida corruptible, sean engañados, y yo traiga sobre mi ancianidad la infamia y las execraciones; porque, añadió, aunque yo en este día me librase de los suplicios de los hombres, de la mano del Omnipotente no me libraré ni vivo ni muerto; por lo cual muriendo con valor, me mostraré digno de las canas que cubren mi cabeza, y dejaré á los jóvenes un ejemplo de fortaleza, sufriendo con ánimo pronto y constante una muerte honrosa por nuestras santísimas y gravísimas leyes. Dicho esto, luego fué arrastrado al suplicio, y los que le llevaban, y que poco antes habian sido mas suaves, se volvieron coléricos contra él á causa de las palabras que habia dicho, y que ellos miraban como de un soberbio.

Su martirio.

La muerte que le hicieron sufrir no fué de aquellas que, cortando la vida de un solo golpe, dan la corona sin hacerla comprar á costa de tormentos. Murió apealeado hasta que molidas y despedazadas sus carnes, no pudieron sostener la vida, y espiró plagado de heridas. Cuando le mataban á fuerza de golpes, dice el sagrado texto, gimió y dijo: Vos, Señor, que teneis la ciencia santa, á vos es manifiesto, que pudiendo librarme de la muerte, sufro en mi cuerpo duros dolores, mas en mi alma los padezco de buena voluntad por temor vuestro: y de esta manera consumió su martirio, dejando, no solo á los jóvenes, sino tambien a toda la nación, la memoria de su muerte para que les sirviese de ejemplo, de virtud y de fortaleza. La noticia de esta muerte tan imponente para los hombres como preciosa á los ojos de Dios, léjos

de acobardar á los verdaderos Israelitas, sirvió para animarles, y el suceso que tuvo lugar en seguida es una prueba asombrosa de esta verdad.

Tormentos y muerte de siete jovencitos animados por su misma madre.

Antíoco, que estaba en Jerusalem, pero que no habia concurrido á la muerte de Eleázar, confiándola á sus fieles verdugos, creyó que la falta de su presencia habia sido la causa de no haber apostatado este anciano, y resolvió no faltar á la primera ocasion que se presentase. No tuvo que esperar, porque luego fueron aprehendidos, como infractores de sus decretos, una madre y sus siete hijos. Entonces se vieron entrar en el lugar del suplicio, por una parte siete jovencitos conducidos por su misma madre y dispuestos á sufrir tormentos y muerte antes que faltar á su religion santa, y por otra al feroz Antíoco rodeado de todo el aparato de un tirano encarnizado contra los profesores de esta santa religion. ¡ Digno empleo por cierto de un príncipe, probar la fiereza de su corazon en la debilidad de una mujer y siete niños! Luego principió el combate. Antíoco se sentó en su tribunal, y la madre y sus hijos fueron llevados á su presencia. Manda á todos Antíoco que coman carnes prohibidas por la ley del Señor. Todos se niegan, y el rey, lleno de furor al verse desobedecido, ordena que como muchachuelos sean azotados; pero no con ramales, como era regular, sino con nervios de toros.

Palabras admirables, tormentos y muerte del primero.

Entonces el mayor de los siete fué tambien el primero que dirigiendo su palabra al tirano, ¿ qué pretendes, le dijo, y qué quieres saber de nosotros? Dispuestos estamos

á morir antes que traspasar las leyes que Dios ha dado á nuestros padres. Mas colérico el rey con estas palabras, manda que se pongan al fuego sartenes de hierro y ollas de cobre hasta convertir las en ascuas, y que entretanto corten la lengua al que habia hablado el primero; que le desuelen y arranquen la piel de la cabeza, y que le corten las extremidades de los pies y las manos en presencia de su madre y hermanos; y cuando ya quedó inútil en todo, mandó traer fuego y las ollas y sartenes que habian hecho ascuas, y que le tostasen y friesen mientras que respirase. En este tiempo la madre y los hijos se exhortaban mutuamente á morir con valor, diciendo: Nuestro Dios y Señor mirará la verdad y se consolará en nosotros, como lo dijo Moisés en su cántico: Y (el Señor) será consolado en sus siervos.

Del segundo.

Cuando así se animaban la madre é hijos, murió el primero, y habiendo llevado el segundo, despues de escarnecerle y arrancarle los cabellos y la piel de la cabeza, le preguntaron: si comeria antes de ser atormentado en todos los miembros de su cuerpo; mas él, respondiendo en su lengua nativa, dijo: No lo haré, y así tambien este fué atormentado como el primero; y cuando estaba ya para espirar, dijo (á Antíoco): Tú, perversísimo, nos haces perder la vida presente; pero el Rey del mundo nos resucitará en la resurreccion de la vida eterna, por haber muerto por sus (santísimas) leyes.

Del tercero.

Habiendo espirado este segundo, fué presentado é insultado el tercero, y habiéndole pedido la lengua, al momento la presentó, y tambien presentó con firmeza sus

manos extendidas, diciendo lleno de confianza: Del Cielo tengo estas cosas, mas por las leyes de Dios ahora las desprecio, porque de él espero volver á recibirlas: y era tanto el valor que mostraba, que el rey y los que le acompañaban estaban pasmados al ver el espíritu de este joven, que en nada tenia los tormentos.

Del cuarto.

Y muerto este tercero con los mismos suplicios que el primero y segundo, trajeron el cuarto, y le atormentaban del mismo modo; mas cuando estaba ya para morir, dijo así: Mejor nos es, que entregados á la muerte por los hombres, esperemos firmemente en Dios, que de nuevo nos ha de resucitar; pero tu resurreccion, dijo al rey, no será para vida (sino para muerte eterna); y acabada esta reconvenccion pavorosa, que ninguna impresion hizo en el corazon del obstinado monarca, espiró este cuarto.

Del quinto.

Y tomaron al quinto, y le atormentaban como á sus hermanos; mas él fijando los ojos en el rey, le dijo: Teniendo poder entre los hombres, aunque eres un hombre corruptible, haces lo que quieres; pero no te persuadas que nuestra nacion ha sido desamparada de Dios. Aguarda, pues, un poco y verás como su gran poder te atormenta á ti y á tu descendencia.

Del sexto.

Muerto este, llevaron al sexto, y principiando á morir, dijo así: No te engañes en vano; pues nosotros por nuestra culpa padecemos esto, habiendo pecado contra nues-

tro Dios, y cosas terribles nos han sucedido por lo mismo; mas tú no juzgues que quedarás sin castigo, porque has osado pelear contra Dios. Así murió el sexto; mas la madre era sobremanera admirable y digna de la memoria de todos los buenos, porque viendo morir todos sus hijos en el término de un solo día, lo sufría con buen ánimo, por la esperanza que tenía en su Dios; y porque llena de sabiduría exhortaba con valor en su lengua nativa á cada uno de ellos en particular, y uniendo un ánimo varonil á la ternura de madre, les decía: Yo no sé de qué modo os formasteis en mi seno, porque no fui yo quien os di ni espíritu, ni alma, ni vida, ni tampoco fui yo la que coordiné los miembros de cada uno de vosotros, sino que fué el Criador, que formó al hombre en su origen y dió principio á todas las cosas; quien os restituirá con misericordia el espíritu y la vida, así como vosotros os entregais (á la muerte) por sus santas leyes.

Del sétimo y último.

Ya no quedaba sino el último y mas niño de los siete hermanos, y desesperado Antíoco al verse despreciado y vencido por unos jovencitos, no sabía qué partido tomar para con este. Atormentarle como á los otros, ó todavía mas, si era posible, no tendría otro resultado que añadir nueva ignominia á su ignominia. Perdonarle y disimular su odio, no estaba con su genio brutal y sanguinario. En esta incertidumbre tomó el partido de sofocar por algunos momentos la fiera de su corazón, y representar el papel de la teraura y las promesas para vencer con albagos al que no esperaba vencer con suplicios. Principió por exhortarle con palabras seductoras. Le prometió que le haria rico y dichoso, y que tendría cuanto quisiese. Se ofreció ser su amigo, si dejaba las leyes de su país. Añadió á las promesas el juramento y la palabra de rey. pero el niño nada respondió, ni dió la menor señal de condescender.

Exhortacion de la madre á este hijo.

Viendo Antíoco que ninguna mella hacian sus promesas en el ánimo del niño, llamó á la madre y la persuadió á que salvase la vida de aquel hijo, y al cabo de haberla exhortado con muchas razones lisonjeras, la madre prometió que persuadiria á su hijo (el rey creía que á rendirse, y la madre entendia á que no se rindiese). Entonces esta madre valerosa, riéndose del tirano, se inclinó á su hijo y le dijo en su lengua propia (la hebrea y no la griega que era la de Antíoco): Hijo mio, ten piedad de mí, que te llevé en mi seno nueve meses, te di el pecho tres años y te he criado y cuidado hasta este día. No me aflijas con alguna cobardía indigna de tus heroicos hermanos, de tu madre y de ti mismo. Mira, hijo mio, al cielo (que es tu patria). Mira tambien á la tierra; considera cuanto contienen cielo y tierra, y acuérdate que de nada lo hizo Dios todo, los cielos, la tierra y el género humano. Acordándote de lo que acabo de decir no temerás á este carnicero, sino que te harás hermano digno de tus hermanos. Recibe la muerte para que yo te reciba con tus hermanos (en aquella misericordia que esperamos en el seno de nuestro padre Abraham y despues en el de nuestro Dios...)

*Correspondencia de este hijo á la exhortacion,
y su muerte.*

Aun estaba hablando esta heroica madre, cuando exclamó el niño: ¿Qué esperais? Yo no obedezco al mandato del rey, sino al precepto de la ley de Dios que nos fué dada por Moises. Y dirigiendo sus palabras al tirano, tú, le dijo, que eres el autor de todos los males contra los Hebreos, no te librarás de la mano de Dios. Nosotros padecemos esto por nuestros pecados, y si el Señor, Dios

nuestro, se ha enojado un poco con nosotros para corregirnos y enmendarnos, tambien de nuevo se reconciliará con sus siervos; pero tú, que eres el mas perverso de todos los hombres y estás enfurecido contra sus siervos, en vano es que te engrias con lisonjeras esperanzas, porque aun no has huido el juicio del Dios omnipotente, y que ve todas las cosas. Mis hermanos habiendo tolerado ahora un dolor pasajero, se han puesto bajo el testamento de la vida eterna (se han hecho herederos de la vida eterna), mas tú por justo juicio de Dios pagarás las penas debidas á tu soberbia. Yo, pues, entrego mi cuerpo y mi alma (mi vida) por las leyes que dió el Señor á mis padres como lo han hecho mis hermanos, rogando á Dios que se muestre luego propicio á nuestra nacion, y que tú á fuerza de golpes y tormentos confieses que Él solo es Dios. En mí y en mis hermanos cesará la ira del Omnipotente, que tan justamente ha venido sobre toda nuestra nacion. Antioco estaba ya fuera de sí, y lleno de coraje mandó que fuese atormentado este sétimo y último hermano mas cruelmente que todos los otros; pero tan fiel como ellos, todo lo sufrió, y espiró sin contaminarse y con entera esperanza en el Señor.

Muerte de la madre y elogio de todos.

Por último la madre fué martirizada despues de sus hijos. Nada nos dice el historiador sagrado del género de martirio que padeció. San Gregorio Nacienceno afirma que fué quemada, y esto era muy consiguiente á la rabia con que debió mirarla Antioco, conociendo que era la principal que resistía y que habia hecho que sus hijos resistiesen á sus edictos. Cuantos elogios se quieran hacer de esta insigne mujer y sus ilustres hijos, serán inferiores á la idea que formarán de estos héroes los que lean los dichos y los hechos que contiene su admirable historia. Esta piadosa é ilustre familia tuvo la gloria de ser

como el último sacrificio que acabó de aplacar la ira del Señor, y mereció que la sucediese en los triunfos de Israel otra familia no menos piadosa é ilustre. El Señor en la sabiduría de sus admirables decretos destinó la primera á triunfar, rindiendo su cuello al acero del tirano y derramando su sangre en sacrificio de aplacacion, y la segunda á triunfar resistiendo al acero del tirano y haciendo cesar el curso de las profanaciones. Esta á teñir su espada con la sangre de los verdugos, y aquella á temer con la suya la espada de los verdugos. Una fué sacrificada para aplacar la ira del Señor, otra fué sacrificadora para castigar los insultos que los impíos habian hecho al Señor, y esta segunda y valerosa familia fué la de los Macabeos.

Pintura del valor admirable de la nacion santa en estas circunstancias.

Despues de los estragos que el malvado Antioco acababa de hacer en toda la Judea, llevando el hierro y el luego al seno de sus habitantes, ensangrentando sus ciudades, trastornando sus costumbres, destruyendo á Jerusalén, profanando su templo, persiguiendo de muerte á los Israelitas fieles á su religion, llevando al sepulcro millares de sus hijos, y agotando de hombres y de fuerzas la nacion santa, no podia esperarse que esta pobre nacion, reducida á un puñado de gente, sin ciudades, sin pueblos, sin defensas, sin soldados, sin otra habitacion que los montes, los riscos, los desiertos y las cuevas de las fieras, pudiese aspirar á otra cosa que á esperar en sus guaridas que se aplacase algun tanto la persecucion, para respirar algunos momentos. Mucho menos podra, ni aun imaginarse, que reducida por los extranos a un estado tan lamentable, y despedazada por los propios con funestas divisiones y lastimosas apostasias, se atreviese á resistir á todas las fuerzas de la

Siria, á reparar sus inmensas pérdidas, á purificarse de la sangre impura de los apóstatas y los incircuncisos, á arrojar á los impíos de la fortaleza de Sion, derribar los ídolos, fortificar á la vista de sus enemigos la ciudad santa, restablecer el culto del Señor, dar fuertes batallas y alcanzar grandes victorias de sus enemigos. Todo esto era absolutamente increíble, á quien calculase los sucesos por las cuentas de la prudencia humana; pero no es lo mismo el débil ojo del hombre, que apenas ve lo que le rodea inmediatamente, que el ojo de la divina Providencia que está viendo lo presente, lo pasado y todo lo que ha de venir, y disponiéndolo todo en número, peso y medida.

El Señor, irritado por los pecados de su pueblo, le habia desamparado y dejado al brazo del furor de sus enemigos, y aplacado por su penitencia, vuelve á concederle su protección soberana y se pone, por decirlo así, á su frente: y luego se ve desconcertado el poder y triunfante la flaqueza. No quiere decir esto, que los defensores de su religión y su patria no fuesen en realidad unos héroes, sino que sus victorias eran muy particularmente de Dios. Ellos mismos refirieron siempre la felicidad de sus sucesos al Señor, á quien siempre invocaban para entrar en los combates, y á quien rendían las mas entrañables acciones de gracias cuando salían victoriosos de ellos.

Carácter de las guerras de los Macabeos.

En esta última parte de la historia del antiguo Testamento veremos unas guerras bien diferentes de las que nos refieren las historias de las naciones. Veremos unas guerras santas, cuyo motivo es la religión, cuyos jefes son los sumos sacerdotes y cuyo fin es la reparación de la gloria del Altísimo tan vilmente ultrajada. Veremos unas guerras, cuyos sucesos llevan con un

dulce movimiento á bendecir y alabar al Señor; y para esto es para lo que vamos á referir circunstanciadamente las guerras que acabamos de anunciar, y no para saciar un anhelo inquieto ni una vana curiosidad.

LOS MACABEOS.

El gran sacerdote Matatías, sus hijos y algunos Israelitas huyen de Jerusalem á las montañas de Modin.

En los dias en que la tiranía quitaba cruelmente la vida á los ancianos Eleázaros y á los tiernos hijos de las matronas, y en que una escena sangrienta se representaba en Jerusalem y en todas las ciudades de Israel, plugo al Señor que se mudase casi repentinamente esta dolorosa escena. El sacerdote Matatías, no pudiendo sufrir la vista de los horrores y abominaciones que se cometían en Jerusalem, dejó la ciudad y se retiró á las montañas de Modin, pueblo de su naturaleza y antigua morada de sus padres. Era Matatías hijo de Juan, nieto de Simeon, de la familia de Joarib, colocada por la suerte, que dirigió la mano del Señor, en la primera clase de las veinte y cuatro sacerdotales sorteadas en tiempo de David, y descendiente de Aaron por Eleázar, primogénito de este sumo y primer pontífice de Israel. Se hallaba á la sazón muy avanzado en edad, y tenia cinco hijos, dignos de tan venerable y celoso padre: Juan Gadis, Simon Tasi, Judas Macabeo, Eleázar Abaron, y Jonatás Afos. Estos cinco hijos acompañaron á su padre, y unos cuantos Israelitas fieles y constantes le siguieron á su retiro. Era este un monte solitario, donde se vieron reducidos á vivir entre las fieras y á sustentarse de yerbas; pero la compañía de las fieras nada tenia de temible para esta gente valerosa, comparáda con la compañía de los impíos; y morir de hambre en los montes, les parecia una cosa

dulce en comparacion de la amargura de presenciar la carniceria de sus hermanos y la horrible profanacion del lugar santo.

Lamentos de Matatías desde aquellas soledades.

Desde aquellas alturas dirigian sus ojos á la infeliz Jerusalem y á las ciudades de Judá, y desde allí contemplaban con dolor de sú alma los torrentes de males que inundaban su amada patria; Desdichado de mí! decia Matatías, anegado en llanto; ¿porqué he nacido para ver la destruccion de mi pueblo y la ruina de la ciudad santa y hallarme sentado, mientras que es entregada en manos de sus enemigos? Las cosas sagradas estan en manos de extraños, y el templo es como un hombre deshonrado. Los vasos de su gloria han sido llevados en cautiverio, sus ancianos despedazados en las plazas, y sus jóvenes pasados á filo de espada. ¿Qué gente no heredó su reino y no tuvo parte en sus despojos? Todo su adorno ha sido arrebatado, y la que era libre ha quedado esclava. Nuestras cosas santas, nuestra hermosura, nuestro esplendor... todo ha sido manchado y profanado por las gentes. ¿Porqué aun vivir todavía? añadia este elocuente y celoso anciano rodeado de sus hijos y fieles Israelitas. Repetia sus lamentos y rasgaba sus vestiduras, rasgando todos las suyas, cubriéndose de cilicios y llorando con gran llanto.

Su bajada á Modin y su exhortacion.

No le pareció á Matatías que bastaba conmover los montes con sus lamentos y sus llantos, creyó que debia hacer que se oyesen tambien en su ciudad de Modin, y que hiriesen los oidos de sus paisanos. Bajó con sus hijos y compañeros á la ciudad, que se hallaba situada

al pié de la montaña. Llevaban impresa en el semblante la amargura de su alma, y sus vestidos rasgados manifestaban su profundo dolor. Desde luego impusieron y llamaron la atención de sus conciudadanos, y les hallaron dispuestos á escuchar cuanto quisieran decirles. Matatías aprovechó esta buena disposieion y les exhortó con el celo que ardia en su pecho á que reanimasen su espíritu y se preparasen á perderlo todo antes que abandonar las leyes santísimas de sus padres, á defender su adorable religion y á salir de la esclavitud en que se hallaban. ¿Pues qué? les diria en sustancia y compendio, ¿han nacido los hijos de Abraham para ser esclavos de las naciones? Los adoradores del Dios verdadero ¿podrán ver tranquilamente como se borra su culto? y unidos con el lazo mas fuerte del mundo, con el lazo santo de la religion, harémos temblar á los que nos tranizan. ¡Dichosos aquellos Israelitas que sean los primeros en hacer frente á los incircuncisos, en romper sus cadenas y principiar las peleas del Señor en defensa de su templo, su ciudad y su nacion escogida! ¿Qué tenemos que temer poniéndonos bajo de su omnipotente proteccion? ¡Ah! ¡Jerusalen está arruinada, y Modin aun subsiste! ¿Quién sabe si subsiste para levantar á Jerusalen y libertar á Israel?... Inflammados los buenos ciudadanos de Modin con el fuego de estos ardientes discursos, se unieron de corazon á Matatías, sus hijos y compañeros, y se prepararon para entrar de luego en la pelea. No tardó en presentarse la ocasion.

Ministro de Antioco para obligar á cumplir su edicto.

Supieron los ministros de Antioco que se habia reunido un número de Judíos en la ciudad de Modin. v al momento pasó allá uno de estos satélites de Antioco para obligarles a que hiciesen profesion pública de las



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

leyes y religion de los Griegos; ofreciesen sacrificios á los ídolos; quemasen incienso delante de ellos, y se apartasen de la religion y leyes santísimas de Dios, en cumplimiento del decreto del rey. En Modin, como en todo Israel, habia Israelitas infieles, en quienes la profesion pública de la idolatría no hacia sino descubrir la apostasía secreta de su corazon. Es verdad que en Modin el número de los desertores no era el dominante, pero se halló entre los que se tenian por fieles un número de cobardes que prefirieron el amor de la vida al sacrificio de su conciencia. Tuvo el dolor Matatías y los Israelitas fieles de ver abjurar á sus ojos, á mas de los apóstatas antiguos, un número de ciudadanos cobardes su religion y sus leyes, y consentir por flaqueza en todas las abominaciones que se les exigian; pero Matatías, sus hijos, y sus fieles compañeros estaban entretanto constantes y reunidos, y formados como un castillo impenetrable en medio de un ejército.

Promesas para seducir á Matatías y su respuesta.

Conocieron el ministro de Antíoco y la tropa que le acompañaba, que se hallaban dispuestos á morir antes que sacrificar su religion y sus leyes, y que no les era posible reducirlos con la fuerza. Entouees, contra el genio de los verdugos de Antíoco, trataron de vencerlos por la adulacion y las promesas. Se acercaron algunos á Matatías y le dijeron: Príncipe eres, y muy esclarecido y grande en esta ciudad, y adornado de hijos y hermanos. Llégate, pues, el primero y cumple el mandato del rey, como lo han hecho todas las gentes y tambien los varones de Judá, y los que han quedado en Jerusalem, y seréis tú y tus hijos contados entre los amigos del rey, y te colmará de oro, de plata y de muchos dones. Oyó Matatías con toda la indignacion, que le estaba inspirando su ardiente celo, estas adulaciones

y promesas seductoras, y para que nadie ignorase su resolucion y la de sus hijos y compañeros, respondió en alta voz: Aunque todas las gentes obedecen á Antíoco, apartándose de la observancia de la ley de sus padres y rindiéndose á los mandatos del rey, yo, mis hijos y mis hermanos (los Israelitas que me acompañan) obedeceremos á la ley de nuestros padres. Séanos Dios propicio, y no permita que nos apartemos jamás de su ley y sus mandamientos. Nosotros no daremos oídos á las palabras de Antíoco, ni sacrificaremos, traspasando los mandamientos de nuestra santa ley, para ir por otro camino.

Se presenta un Judío á ofrecer sacrificio al idolo y Matatías le mata y tambien al ministro de Antíoco, y se vuelve al monte con los suyos.

Cuando acababa Matatías de decir estas palabras, se acercó delante de todos un Judío para sacrificar á los ídolos sobre el ara, conforme al edicto del rey. Miró con horror Matatías este enorme delito, se estremecieron sus entrañas, se encendió su furor segun el celo de la ley, y arrojándose al criminal, le hizo pedazos sobre la misma ara. En este momento se abrió la campaña de Israel contra Antíoco y contra todos los enemigos de su religion y sus santísimas leyes. Matatías no paró aquí, se arrojó en seguida sobre el ministro de Antíoco y le mató, celando así la ley del Señor, como hizo Finees quitando la vida á un mismo tiempo al Israelita Zambri y á la Cozbi Madianita; huyeron de Modin aterrados los ineircuncisos, y Matatías saltó sobre el sacrilego altar, hizo pedazos el ara, y clamó en alta voz corriendo por la ciudad: Todo aquel que tiene celo por la ley, y está firme en la alianza, salga en pos de mí y sígame. No se hallaba Matatías todavía en disposicion de encerrarse en la ciudad y defenderla de los enemigos, que no

tardarían en venir á dar sobre él. Abandonó todos sus bienes, y huyó con sus hijos y compañeros á los montes en que habian estado antes, y entonces los que amaban la ley y la justicia, se fueron al desierto con sus hijos, sus mujeres y sus ganados.

Muerte de mil Israelitas por no quebrantar el sábado,

Los paganos que huyeron de Modin dijeron á los ministros de Antíoco y al cuerpo de tropas que habia en Jerusalem en la ciudad de David, que unos Israelitas, despues de atropellar el mandato del rey, se habian marchado á sitios escondidos del desierto y les habian seguido muchos; luego salieron en su busca, y habiéndoles descubierto, les cercaron en día de sábado, y les dijeron: ¿Aun os resistiréis? Salid y haced como manda el rey Antíoco, y viviréis; y ellos respondieron: No saldremos, ni haremos el mandato del rey, profanando el día del sábado. Ya en Jerusalem los paganos habian esperado el día del sábado para hacer una carnicería en los Judíos, sin que les costase mas que matar á su placer, porque los Judíos creian no poder defenderse, ni dar un paso para huir en día de sábado. Ahora hicieron lo mismo; esperaron al día del sábado para cercarlos y matarlos sin que se resistiesen. Por desgracia no estaban allí Matatías y sus compañeros, porque el gran sacerdote habria declarado, como lo hizo despues, que la defensa no se oponia al descanso del sábado, y habria hecho frente á unos cobardes que solo se atrevian á acometerles en día de sábado. Pero no estaba allí Matatías y los infelices se dejaron matar sin hacer la menor resistencia. Y movieron (los paganos) batalla contra ellos, dice el texto sagrado, y no les resistieron, ni arrojaron una sola piedra contra los soldados, ni aun cerraron las cuevas que eran fuertes defensas, diciendo: Muramos todos en nuestra simplicidad, y el cielo y la

tierra, dijeron á las tropas, serán testigos de que nos matais injustamente. Los asaltaron, pues, en día de sábado y murieron ellos, sus mujeres y sus hijos hasta el número de mil hombres.

Se declara que es permitida la defensa en sábado.

Cuando Matatías, sus hijos y compañeros lo supieron, hicieron gran llanto sobre ellos, y dijo cada uno á su compañero: Si todos hiciéremos como nuestros hermanos han hecho, y no peleáremos por nuestras vidas y por nuestras leyes contra las gentes en día de sábado, á poco tiempo acabarán con nosotros; y resolvió en aquel día Matatías y todos sus compañeros, diciendo: Todo hombre, sea quien fuere, que venga á hacernos guerra en día de sábado, combatamos contra él y no moriremos todos como han muerto nuestros hermanos en las cuevas.

Entonces se unió á ellos la sinagoga ó congregacion de los Asideos ó Justos, varones valientes de Israel y todos celosos de la ley. Se cree que eran los *Esenos*, hombres muy recomendables por su virtud, su retiro y su pobreza, y los mismos que en otros tiempos se habian llamado, primero *Cineos*, y despues *Recabitas*, de los que se habló en el primer tomo de esta historia. Tambien se unieron todos los que huían de la persecucion, y aumentaron mucho las fuerzas de Matatías.

Principia Matatías la guerra.

Viéndose el celoso anciano con un cuerpo de ejército, en verdad poco numeroso, pero de soldados valientes y bien animados con la esperanza de ser protegidos por el Señor, no dilató por mas tiempo el ponerse en movimiento. Conocia que los primeros enemigos que tenia que destruir, no eran los paganos, sino los falsos her-

manos, los apóstatas que se hallaban en todas las ciudades y eran los mas perjudiciales; porque es bien sabido, que en las guerras en los que tiene parte la religion, se debe desconfiar mucho mas de las hijos que la abandonan, que de los enemigos que la persiguen; y así determinó principiar la defensa de su religion y de su patria por la persecucion de estos desertores del pueblo de Dios, que eran los que mas habian encendido su ira, y los que debian apagarla con el sacrificio de su vida. Recorrió la tierra de ciudad en ciudad con un denuedo que hizo temblar á las guarniciones de incircuncisos que se hallaban en ellas, sin que hubiese uno que se atreviese á esperarle, porque, como ya hemos dicho, iba la protección y el poder del Señor á su frente. Exterminó cuantos apóstatas alcanzó, y no quedaron de esta mala raza, sino los que huyeron á las naciones vecinas antes que les alcanzase la espada. Dieron vuelta Matatías y su pequeño ejército por todas las ciudades de los contornos. Redujeron á polvo los idolos, derribaron los altares, é hicieron pedazos las aras; circuncidaron todos los niños que hallaron en Israel, sin hacer caso de las órdenes de Antioeo; persiguieron á sus orgullosos enemigos, y prosperó la obra de la libertad de Israel en sus manos. Vindicaron la ley de mano de las gentes y de los reyes, y no dejaron lugar á los designios que tenia Antioeo de borrar la religion del pueblo de Dios.

Faltan las fuerzas á Matatías y conoce que va á morir.

Pero Matatías, despues de cerca de un año de fatigas muy superiores á su edad, se sintió desfallecer y conoció que se acercaba su muerte. Entonces no se ocupó en pedir al Señor la prolongacion de una vida que habia ofrecido tantas veces y con tan buena voluntad á los peligros de perderla por la defensa de sus leyes santísimas; sino en dar gracias á su bondad infinita porque se la

habia conservado para ser el primer vengador de sus altares, y dejar principiada la obra de la libertad de su pueblo. Contento con haber desenvainado la espada para esta guerra santa, y dado con brazo trémulo los primeros golpes, solo deseó trasladarla á manos jóvenes y robustas que continuasen descargando los golpes terribles que eran necesarios para seguirla y concluirla.

Hermoso discurso que hace á sus hijos.

Como otro patriarca Jacob hizo que sus hijos rodeasen su lecho, y les dirigió el siguiente discurso, digno de un sacerdote del Altísimo, de un valiente Israelita y de un padre el mas celoso de las glorias del Señor, y de la religion y virtudes de sus hijos. Sed, hijos míos, les dijo, celadores de la ley, y dad vuestras vidas en defensa del Testamento de vuestros padres. Acordaos de imitar las obras que aquellos hicieron en sus generaciones, y recibiréis grande gloria y un nombre eterno. Abraham sufrió con fidelidad la tentacion, y le fué imputado este sufrimiento á justicia. José en el tiempo de su peligro guardó el mandamiento (de la pureza) y fué hecho señor de Egipto. Fimees, nuestro padre (ascendiente), celando el celo de Dios, alcanzó el Testamento de un sacerdocio eterno. Josué, cumpliendo el encargo (de poner al pueblo de Dios en posesion de la tierra prometida), fué hecho el capitan de Israel. Caleb, dando testimonio (buena noticia de aquella tierra) en la congregacion del pueblo, alcanzó una herencia (la ciudad de Hebron). David con su misericordia (particularmente con Saul) consiguió el trono del reino para siempre. Elías, celando el honor de la ley (cuando hizo morir á los sacerdotes de Baal), fué arrebatado al cielo. Ananías, Azarías y Misael, creyendo, fueron librados de la llama. Daniel en su simplicidad se libró de la boca de los leones... Id discuriendo así, hijos míos, de genera-

cion en generacion, y veréis que todos los que esperan en Dios, no flaquean. No temais las amenazas del peccador, porque su gloria es estiércol y gusanos. Hoy es ensalzado, y mañana no se encuentra, porque se volvió á su polvo y pereció su engreimiento. Vosotros, pues, hijos míos, esforzaos y obrad con valor por la ley. Por ella seréis gloriosos.

Nombra general á Judas Macabeo y consejero á su hermano Simon, y muere en una buena ancianidad.

Abi tenéis á vuestro hermano Simon. Yo sé que es hombre de consejo. Escuchadle siempre, y él os será en lugar de padre. Judas Macabeo, que es hombre de gran valor desde su juventud, sea el general de vuestro ejército. El hará la guerra del pueblo. Atraed á vosotros todos los que guardaren la ley, y vindicad el honor de vuestro pueblo. Retribuid su vez á las gentes, y no perdáis de vista el cumplimiento de la ley. El venerable padre, despues de un discurso tan patético y de una exhortacion tan eficaz, bendijo á sus hijos y murió en una edad avanzada (no se sabe de cuántos años) y en una buena ancianidad; y lleno de dias y méritos fué agregado á sus padres. Esta preciosa muerte sucedió el año ciento cuarenta y seis de la era de los Griegos, tres mil ochocientos cuarenta y uno del mundo y ciento y cincuenta y nueve antes de Jesucristo.

Sus honras y su sepulcro.

Matatías, este celoso y valiente anciano, fué el primero en despertar y animar el valor abatido de sus hermanos, sin mas soldados que sus hijos y algunos Israelitas fieles, y casi solo se atrevió á exponerse á todo el furor de un tirano como Antíoco. Él llegó á reconocer

que Dios no estaba irritado para siempre, y con este dulce conocimiento se determinó á tomar las armas para defender la religion y la patria. Matatías vivió en la virtud, murió con las armas á la cabecera de su cama, y dejó á la nacion cinco héroes en sus cinco hijos. Israel conoció cuánto le debía, le ofreció el tributo de su reconocimiento en sus lágrimas, le hizo exequias magníficas, y le enterró en su ciudad de Modin en el sepulcro de sus padres. San Jerónimo vió y veneró su sepulcro cerca de cinco siglos despues de su muerte.

Aumenta Judas Macabeo el ejército hasta seis mil hombres.

Cumplidos los últimos obsequios tan justamente debidos á este nuevo patriarca, solo se trató de llevar adelante la guerra tan felizmente principiada. Matatías habia dejado señalado á su hijo Judas Macabeo para dirigirla, y la eleccion no cabia mas acertada. Su sobre nombre *Macabeo*, que significa *hombre destinado á domar enemigos*, era ya un presagio de sus victorias. Emprendió, pues, este Macabeo la continuacion de la guerra, le ayudaban sus hermanos y todos los que habian seguido á su padre, y peleaban las peleas del Señor, las peleas de Israel con alegría. El primer cuidado de Judas fué aumentar las tropas que le habia dejado su padre, y que por su corto número no eran suficientes á pelear en las llanuras, y para conseguirlo, tanto él como sus oficiales entraban á escondidas, con algun otro soldado de los mas valientes, en los lugares y ciudades, y convocando á sus parientes y amigos, y tomando á los que habian permanecido en la religion de sus padres los llevaban consigo, y de este modo llegaron á juntar un ejército de seis mil hombres valientes y decididos. Esto era ya bastante para un general que no queria entre sus soldados hombres vagamundos, dispuestos al robo

y mas á propósito para desacreditar sus armas que para darlas valor con su número. Entonces salió de los montes de Modin y se presentó en los valles con un ejército poco numeroso, pero muy valiente.

Súplicas del ejército al señor antes de principiar la guerra.

Antes de principiar los combates preparó á sus tropas no tanto con armas, cuanto con súplicas al Señor para que les amparase y protegiese en las peleas y les concediese las victorias. Era sin duda un espectáculo de admiracion y placer á los ángeles, ver un ejército con general al frente, postrado en medio del campo, pidiendo al Señor : que mirase á su pueblo, que era hollado de todos : que se apiadase de su templo, que era manchado por los impíos : que se compadeciese de Jerusalem, que iba á ser arrasada : que oyese la voz de tanta sangre que estaba clamando á su Majestad : que se acordase de las muertes injustas de los inocentes párvulos y de las blasfemias proferidas contra su santo Nombre; y que se indignase por estas maldades.

Principia Judas la guerra.

Despues de estas peticiones, se levantaron llenos de confianza, de que el Señor les habria oido benigno; principió el Macabeo la guerra, y luego se conoció que el enojo que el Señor tenia contra su pueblo se habia cambiado en misericordia, en proteccion y en socorro, porque nada se resistia á sus armas. Se echaba sobre las ciudades de sus enemigos, las tomaba y entregaba á las llamas. Cercaba los castillos y plazas fuertes, y luego los rendia, quemaba y demolia; y ocupando lugares ventajosos hacia grandes estragos en los enemigos,

particularmente de noche, con sorpresas continuas, y tan atrevidas que la fama de su valor se extendió por todas partes.

Primera batalla de Judas contra Apolonio y primera victoria.

Causará admiracion que los generales de Antioeo, que mandaban en la Siria y particularmente en la Judea, que era el campo principal de las correrias de Judas, y que lo habia sido de su padre Matatias, no saliesen luego al encuentro de estos dos valientes que llevaban la guerra por todas partes; pero al ver su intrepidez y su valor, temieron y no quisieron exponerse hasta no juntar un ejército numeroso para dar el golpe seguro, y acabar de una vez con esta familia atrevida. Apolonio, aquel feroz general que fué á Jerusalem encargado de exterminar todos los hombres y que ejecutó aquella horrible carnicería, que se hizo por primera vez en el día de sábado, como ya hemos dicho, fué tambien ahora encargado de exterminar los Macabeos. Acaso se prometeria renovarla en semejante día, pero se desengañó luego de que los Judíos se defendian ya en todos los dias. Reunió Apolonio un cuerpo numeroso de gentiles y otro de Samaritanos y guarniciones que habia en Samaria aun mas numeroso; pero mientras que Apolonio andaba reuniendo sus tropas, Judas corria y daba los golpes que hemos dicho arriba. En fin, Apolonio completó su grande ejército compuesto de dos cuerpos, y luego se dirigió contra un puñado de tropas que Judas tenia á sus órdenes. Este lo supo y no esperó que su enemigo fuese á buscarle. Le salió con presteza al encuentro, y cuando Apolonio pensaba en acometer ya se halló acometido. Entonces conoció Apolonio que ya no las habia con aquellos Judíos que sin resistencia se dejaban degollar en el templo de Jerusalem y en el monte Modin, y que

era preciso pelear con buen orden; pero Judas, derribando á grandes cuchilladas cuantos se oponen á su paso, se abre un camino de sangre hasta llegar á Apolonio, y este feroz enemigo y degollador de su pueblo cae muerto á sus pies al primer golpe de su terrible espada. Seguian á su arrojado general los primeros de sus valientes, y cuando vieron en tierra á Apolonio cargaron al centro del ejército, que acuchillado al mismo tiempo por las demás tropas de Judas, luego se desordenó y huyeron los que pudieron, quedando el campo cubierto de muertos. La tropa victoriosa tomó un rico botín, y en cuanto al general, solo se reservó la espada de Apolonio, de la cual se sirvió en adelante en todos los combates para conservar la memoria, no tanto de la victoria, cuanto del valor que le habia infundido el Señor, á quien todos confesaron autor del triunfo y rindieron las mas entrañables gracias. Esta batalla fué la primera que dió Judas en campo abierto con tropas en regla, y contra un ejército; y la primera de las grandes victorias que preparaba el Señor al general de Israel y sus valientes tropas.

Segunda batalla contra Seron y segunda victoria de Judas.

Después de la muerte de Apolonio y derrota de su ejército, Seron, general de la Siria, y otro de los principales de Antiocho, irritado contra Judas trató de vengar la muerte de Apolonio y el destrozo de sus tropas. Supo que Judas no tenia mas ejército que una reunion de fieles Israelitas, que por valientes que fuesen, no pasaban de ser un corto número de soldados noveles sin orden y sin disciplina militar. Miró la derrota de Apolonio como uno de aquellos revéses de la guerra que ocasiona una casualidad, y que se verifican de tarde en tarde, y apenas nunca seguidos. Contó con el triunfo, y creyó que se le

presentaba una buena ocasion de hacer famoso su nombre, derrotando y reduciendo á la nada unas tropas, que habian vencido á un general de los mas acreditados del rey. Me ganaré reputacion, dijo para sí mismo, y me haré glorioso en el reino, desbaratando á Judas y á los que estan con él, y que han despreciado los decretos del rey. Luego se preparó y salió contra Judas, y fueron con él un número considerable de apóstatas, que habian huido á la Siria desde que Matatías habia comenzado á perseguirles de muerte y su hijo habia continuado sin darles cuartel, para tomar venganza contra los hijos de Israel, esto es, contra Judas y sus fieles Israelitas.

Llegó Seron con su ejército de Sirios y Judíos apóstatas hasta Betoron, y Judas le salió al encuentro pero con poca gente porque la tenia derramada. Cuando se vió este número de soldados tan reducido con un ejército tan numeroso al frente y en términos de atacarlos, dijeron á Judas: ¿Cómo podremos, siendo tan pocos, pelear contra tantos y tan poderosos, y particularmente estando nosotros tan debilitados por el ayuno? (sin duda ocurrió alguno en aquel día). Y Judas les dijo: Fácil es encerrar á muchos en las manos de pocos y no hay diferencia en presencia del Dios del cielo entre salvar con muchos ó con pocos, porque no en la multitud del ejército está la victoria del combate, sino que del Cielo viene la fortaleza. Ellos vienen á nosotros fieros por su multitud y llenos de orgullo para destruirnos y á nuestras mujeres é hijos, y para despojarnos; mas nosotros pelearémos por nuestras vidas y por nuestras (santísimas) leyes, y el Señor los golpeará delante de nosotros; por tanto vosotros no les temais. Al acabar de hablar y animar á su tropa todos se arrojaron sobre ellos de improviso, y fué derrotado Seron y su ejército delante de Judas, quien les siguió el alcance en la bajada de Betoron, y murieron de ellos al primer golpe ochocientos hombres, huyendo los demás á la tierra de los Filisteos que tenian á la vista, y donde no debian seguir la per-

secucion por ser reino extraño, con el que no mediaba motivo para la guerra. Esta victoria fué sin duda un portentoso obrado en aquel mismo terreno, en que el Señor concedió otro no menos admirable á Josué contra cinco reyes cananeos. Era ya la segunda victoria campal y ruidosa, y el terror y pavor de Judas y sus hermanos hizo temblar á todas las gentes de los contornos, y mucho mas al saber el corto número con que habian desbaratado un ejército tan numeroso. Judas y sus fieles Israelitas reconocieron la mano del Señor en esta batalla, y rindieron al dador de la victoria las gracias que pudieron, aunque no las que correspondian á tan gran beneficio, pues les iba nada menos que sus vidas y las de sus mujeres é hijos.

Tercera batalla contra Nicanor y tercera victoria de Judas.

Cuando Antíoco se volvió á su corte, despues del estrago de Jerusalem y de la profanacion y robo del templo, dejó gobernadores en Judea para que oprimiesen al pueblo de Dios. En la ciudad santa dejó un tal Felipe, frigio de origen, y mas cruel en costumbres, dice el Lillo sagrado, que aquel mismo que le ponía. Pues este Felipe, habiendo sabido las victorias de Judas Macabeo, y viendo los progresos que este hombre iba haciendo, y que le salian bien sus empresas, escribió á Tolomeo, gobernador de la Celesiria y Fenicia, para que acudiese á sostener los intereses del rey. Tolomeo, uno de los privados de Antíoco, envió inmediatamente á Nicanor, que era de los primeros señores de la corte y su grande amigo, dándole veinte mil hombres armados que juntó de diversas naciones de su gobierno, y por compañero á Gorfias, gran militar y muy experimentado en las cosas de la guerra, con otros veinte mil para que borrara el linaje de los Judíos. Luego se pro-

puso Nicanor sacar de los Judíos que cautivase y vendiese dos mil talentos y enviarlos al rey para pagar igual cantidad que se estaba debiendo a los Romanos, resto de la que habian exigido por la libertad de Antíoco el Grande, padre de este hijo cruel. Paso avisos a todas las ciudades marítimas para que viesen a comprar esclavo Judíos, advirtiendo que se los venderia baratos, en un talento cada noventa, que ciertamente no eran caros; pero dictaba la prudencia que Nicanor se asegurase algo mas de la posesion de lo que queria vender, particularmente cuando los Judíos que habian derrotado ya á dos generales, no debian estar con humor de entregarse para que les vendiese con tanto desprecio; pero a tales locuras lleva el orgullo. Creía el soberbio Nicanor que corria al triunfo contra una gente que acababa de triunfar de generales, á lo menos de tanto valor como él, y volaba á su derrota. Vendia á unos hombres que se estaban disponiendo para llenarle de ignominia, y no veía sino victorias y glorias. Sobre todo, Nicanor no contaba con la venganza del Omnipotente, que habia de venir sobre él.

Luego que Judas tuvo noticia de los intentos de este soberbio general, los comunicó á los Judíos que tema consigo, diciéndoles: que Nicanor venia contra ellos con gran número de tropas para borrar la descendencia de Abraham de la tierra de Judá, matando a unos y vendiendo á los demás: que habia invitado á las ciudades marítimas para que fuesen á su campo á comprar los Judíos cautivos: que les venderia noventa por cada talento; y que en efecto, venia con su ejército otro ejército de mercaderes de Tiro, Sidon y los puertos vecinos con mucho oro y plata para comprarlos: que por si estaba dispuesto, como siempre, á la pelea; pero que no queria consigo sino soldados voluntarios y decididos, y así que los tímidos y medrosos podrian retirarse, pues no le convenian sino hombres intrépidos y aguerridos. Algunos de ellos se retiraron por miedo, sin contar con la

proteccion del Señor. Estos serian regularmente de los nuevos Israelitas, que habian venido á aumentar sus tropas, pensando que, despues de dos victorias tan completas, no habrian ya que pelear con gran peligro; y cuando le vieron, se dejaron poseer del miedo y del pavor. Judas les vio partir sin pesadumbre y se contentó con sus tropas veteranas. Sin embargo, de estos recién venidos se quedaron cerca de mil con Judas, y con ellos aumentó su ejército hasta siete mil. Estos mil hombres que quedaron con Judas dieron orden de vender los bienes que les restaban despues de haber sufrido tantas devastaciones de sus enemigos, resueltos á seguir al general en sus batallas y á participar de sus peligros. Fué muy agradable á Judas esta disposicion de sus nuevos soldados, y tuvo un placer sin comparacion mayor cuando les vió que al mismo tiempo que se desprendian de sus bienes, se dirigian al Señor, y llenos de fe y confianza, le pedian : que los librase del impío Nicanor, que les tenia vendidos aun antes de acercarse á ellos; y que, ya que ellos no lo merecian por sus culpas, siquiera los salvase por la alianza que habia hecho con sus padres, y porque ellos mismos eran llamados de su santo y grande nombre, *pueblo de Dios*.

Gozoso Judas con las bellas disposiciones de sus nuevos soldados, reunió todo su ejército de siete mil hombres, y puesto á su frente, les exhortó, diciendo : que no hiciesen paces con semejantes enemigos; ni temiesen aquella multitud, que venia contra ellos con el intento inicuo (de matarlos ó venderlos); sino que peleasen con valor, teniendo presente el ultraje que aquellos malvados habian hecho al lugar sagrado, las injurias de la ciudad santa convertida en ludibrio de todos, y la abolicion de las leyes de sus padres; porque ellos, les decia, solo fían en sus armas y audacia; mas nosotros confiamos en un Señor omnipotente, que, al menor quiero, puede destruir, no solo á los que vienen contra nosotros, sino al mundo entero. Les recordó los auxilios que Dios

habia concedido á sus padres; que del ejército de Senaquerib habian muerto ciento ochenta y cinco mil; y que en la batalla que solo siete mil Israelitas habian dado á los Gálatas en Babilonia (no se habla de esta batalla en ninguna otra parte de la Escritura) mataron ciento y veinte mil con el favor que les fué dado del Cielo. Estas palabras de su general les dieron grande aliento, y estaban prontos á morir por su amada religion, sus leyes y su patria.

Entonces Judas no dilató ni un momento las disposiciones para entrar en el combate. Dió el mando de una parte del ejército á sus hermanos Simon, Juan y Jonatás, poniendo á las órdenes de cada uno mil y quinientos hombres, y él quedó con dos mil y quinientos de los mas valientes, con los que, acompañado de Eleázar que era el otro hermano, pensaba empezar el combate y concluir en una sola accion la derrota de sus enemigos. Ordenado así todo el ejército, puesto cada uno de los comandantes al frente de su cuerpo, y el general delante de la vanguardia, hizo leer por última disposicion un pasaje muy eficaz de la sagrada Escritura, y dada por señal en el combate esta palabra, *socorro de Dios*, que les decia quién era el supremo general de sus tropas, se adelantaron todos los cuerpos á un tiempo, y Judas con la vanguardia rompió el centro del enemigo, se dirigió á Nicanor, que se salvó por la huida, y desbarató todo el ejército que solo pensó en seguir á su coharde general, y en el que hicieron gran matanza los hermanos de Judas arrojándose sobre los fugitivos. Resonaba en todo el ejército de Juda la palabra *auxilio de Dios*, y con este divino auxilio mataron en el campo hasta nueve mil hombres, sin contar los heridos que debieron ser en mucho mayor número. Siguieron al alcance á los que huian, mataron é hirieron á muchísimos, y acaso no habria quedado, como del ejército de Faraon, uno que llevase la noticia á la Siria á no ser los Israelitas tan exactos, ó dígase escrupulosos, en el cumpli-

miento del día santo del sábado. Se daba esta batalla en la víspera, y como principiaba la festividad al ponerse el sol aquel día, quisieron mas dejar incompleta la victoria, que faltar al reposo mandado por el Señor. Es verdad que se habia declarado ser lícito pelear con los enemigos el día del sábado; pero solo se habló del caso de defensa, y su delicadeza no quiso extender esta declaración al caso de prosecucion de una victoria. Judas Macabeo, tan valiente como religioso, mandó cesar de perseguir, y luego se volvieron todas sus tropas, habiendo tomado los soldados el oro y la plata que en gruesas sumas habian traído al campo de Nicanor los Tiros, Sidonios y demás mercaderes de las ciudades marítimas para comprar los Judíos que Nicanor habia ofrecido venderles. Recogieron las armas y el botín; pero no hubo tiempo para repartirle porque principió la fiesta del sábado.

Repartimiento del botin de esta tercera victoria de Judas.

Fácilmente se podrá conocer el contento con que celebrarian este día santa. No se oian en él sino bendiciones á Dios que les habia librado de sus enemigos, cánticos de alegría, acciones de gracias y voces de alabanza al Señor, que aplacado con su pueblo principiaba á dejar caer sobre él algunas gotas de su misericordia. Concluida la fiesta, se pasó á repartir los despojos y se hizo de un modo digno de los soldados del pueblo de Dios. El primer repartimiento se hizo á los enfermos, pobres, huérfanos, viudas y ancianos; y el segundo á los valientes y generosos soldados que los habian conseguido y á sus piadosas familias. Al concluir un repartimiento tan lleno de caridad, todos á una pedian al Señor que se reconciliase para siempre con sus siervos. No se puede mirar sin veneracion un ejército que, al salir de una batalla

en que ha hecho prodigios de valor y conseguido una gran victoria, se olvida de que es vencedor para ocuparse de dar ejemplos del mas exacto cumplimiento de la ley, para ejercer la mas acendrada caridad con los enfermos, pobres, huérfanos, viudas y ancianos; y para entregarse á los ejercicios de una piedad admirable.

Cuarta batalla contra Timoteo y Baquides y cuarta victoria de Judas.

No tardó el Señor en premiarla, porque Timoteo y Baquides, generales tambien de Antíoco, vinieron con sus tropas y las que pudieron recoger de los dispersos de Nicanor, y acometieron de repente á estos valientes, que los recibieron con la serenidad y firmeza acostumbradas, y al grito de *auxilio de Dios* los destrozaron al primer encuentro, los persiguieron hasta matar mas de veinte mil hombres, y tomaron muchas plazas fuertes y muchos despojos que se distribuyeron como los anteriores. Finalmente, concluyeron estas acciones gloriosas recogiendo las armas y depositándolas en lugares seguros para que sirviesen de trofeos y fuesen sus arsenales en caso necesario.

Judas va á Jerusalem con su ejército á dar solemnes gracias al Señor, y se vuelve á su campamento.

Creyó Judas que era ya tiempo de presentarse en Jerusalem por primera vez, desde que habia salido huyendo de ella con su padre y hermanos, y de dar á lo menos solemnes gracias al Señor en su ciudad santa, ya que no podia ofrecerle sacrificios en su santo templo por estar profanado y desmantelado. Se hallaba Jerusalem enteramente abierta desde que Antíoco hizo derribar sus muros

y quemar la mayor parte de ellos, y Judas entró sin resistencia, porque la guarnicion que habia en la ciudad única que podía oponerse, no trató sino de su seguridad, emiando que Judas quisiese rendirla. El ejército se presentó victorioso en la capital del pueblo escogido, llevando las preciosidades que habia tomado á los enemigos. Conducian asegurado á Filarques, hecho prisionero en la última batalla contra Timoteo. Este hombre cruel habia tratado á los Judios con la mayor inhumanidad, y Judas quiso ejecutar en él una justicia ejemplar y ruidosa y le hizo morir en medio de la ciudad. Al tiempo que se cantaban los cánticos de accion de gracias y se celebraban las victorias en Jerusalem, se supo que Calistenes, aquel malo que incendió y quemó las puertas sagradas del templo, se habia encerrado en una casa fuerte y le quemaron en ella, tornándole, dice el texto sagrado, el pago que merecian sus impiedades.

Mientras que el ejército de Judas derrotaba á Timoteo y Baquides y triunfaba en Jerusalem, el perversísimo Nicanor, que trajo a su campo mil mercaderes para venderles los Judios que hiciere prisioneros y esclavos, humillado con el auxilio del Señor por aquellos que habia tratado de vender, cambiado su vestido de general por uno comun, y huyendo por las costas del mar, llegó solo á Anhoqura, corte de Antioco, reducido al colmo de la desdicha por la pérdida de su ejército; y el que habia prometido pagar el tributo á los Romanos con los cautivos de Israel, iba ahora publicando: que los Judios tenian por protector á Dios; y que eran invulnerables, porque seguian las leyes que les habia dado. Quería decir: que el Dios de Israel era el que batia á los Israelitas con los golpes de las armas de sus enemigos, cuando se extraviaban, y que ese mismo Dios era el que derrotaba los ejércitos enemigos, cuando se volvian á él y seguian las leyes que les habia dado.

Judas cantó sus victorias en Jerusalem sin que nadie se atreviese á perturbarle; pero no creyó que era tiempo de

fijarse en una ciudad sin murallas y sin defensa; y por otra parte, no dudaba que Antioco, irritado por las derrotas de sus generales, vendria contra él con todas sus fuerzas, y por esto dejando á Jerusalem, se volvió á su campamento.

Furioso Antioco por tantas pérdidas manda juntar un ejército de todo su reino para exterminar á los Judios.

No erró Judas en la idea que formaba. En efecto, cuando llegaron á Antioco las noticias de las derrotas de sus generales y de las victorias de Judas, entró en grande cólera y mandó juntar un ejército de todo su reino, compuesto de campamentos en gran manera fuertes. Abrió su tesoro, dió á todos los soldados la paga de un año, y mandó que estuviesen preparados á todo. Era su intención destruir el pueblo judío hasta borrar su memoria; pero cuando se acabó de hacer la paga de un año á todo el ejército, se le dijo que quedaba agotado el erario. Esto desconcertó su cruel plan. Sentía que no tendria ya como antes para sus gastos ostentosos y regalos magníficos, que hacia con prodigalidad, excediendo á los reyes sus predecesores; y sobre todo temió que si por desgracia no concluia la guerra en la primera campaña, no quedaba dinero para hacer la segunda y acabar con los Judios. Agitado en gran manera su corazon con estos pensamientos, discurrió ir á la Persia á recoger los tributos de aquellas provincias y reunir mucho dinero de cualquier manera.

Obligado por falta de dinero divide en dos partes el grande ejército, deja la mitad á Lisias, y se dirige con la otra mitad á recogerlo en la Persia.

Tomada esta resolución nombró á Lisias, que era de

sangre real, regente del reino en su ausencia; le encargó la crianza de su hijo Antíoco hasta que él volviese; dividió el grande ejército; dejó la mitad al regente con los correspondientes elefantes; le dijo lo que quería que hiciese en el reino; y en cuanto á Jerusalem y los Judíos, mandó que enviase el ejército contra ellos para destruir sus tropas y los restos de Jerusalem hasta borrar la memoria de *Judíos*, y que estableciese en aquel pais hijos de extranjeros y repartiase su tierra por suerte entre ellos. Dadas estas órdenes, tomó la otra mitad del ejército y con ella salió de Antioquía su corte, pasó el rio Eufrates y principió á recorrer las regiones superiores de la Persia.

**Quinta batalla contra Tolomeo, Nicanor y Gorjias,
y quinta victoria de Judas.**

El regente Lisias eligió á Tolomeo gobernador de Cesaria y Fenicia, dándole por compañeros á Nicanor y Gorjias, los mimós que habia derrotado Judas, porque habrian conocido en la desgracia el modo de poder resistir y vencer al general judío, y como militares de honor tratarían de recobrar su fama perdida y de desquitarse de la vergonzosa derrota que habian sufrido. Todos tres eran hombres poderosos y amigos del rey, y de su poder y amistad se prometió Lisias el buen cumplimiento del encargo que le habia dejado Antíoco de acabar con los Judíos. Dió, pues, á estos tres generales cuarenta mil hombres de infantería y siete mil de caballería, á mas de los elefantes, y saliendo de Antioquía con este poderoso ejército, vinieron á acampar en una gran llanura del territorio de Emaús en Judea poco distante de Jerusalem. Los mercaderes de las regiones circunvecinas, ó no habian sabido el triste suceso de los mercaderes de Tiro, Sidon y ciudades marítimas, ó no escarmentaron; porque luego que supieron que las tropas de Antíoco habian venido á matar y vender los Judíos, to-

maron oro y plata mucho en gran manera, dice el texto sagrado, y muchos criados, y vinieron al campamento para comprar por esclavos á los hijos de Israel; y tambien venian soldados de las regiones circunvecinas y se alistaban en el ejército de los Sirios contra los Judíos.

Vio Judas y sus hermanos que se multiplicaban los males, porque los enemigos se acercaban y traian la orden que habia dado el rey de acabar con todos los Judíos. Entonces dijeron todos los hijos de Israel cada uno á su compañero: Levantemos el abatimiento de nuestro pueblo y peleemos por él y por nuestras cosas santas; y se reunieron para estar prevenidos á la batalla; pero como el arma vencedora de Israel era la proteccion del Señor, su primer cuidado fué implorar esta poderosa arma, orando y pidiendo al Señor misericordia y fortaleza.

**Peticion de Israel en Masfa acompañada de
un tierno aparato.**

Jerusalem no estaba habitada y era como un desierto; no habia de sus hijos quien entrase ni sabiese de ella. El santuario estaba desmantelado y hollado por los incircuncisos, y estos eran los que ocupaban el alcázar y andaban por Jerusalem. La alegría de Jacob habia huido de esta ciudad, y no resonaba ya en ella ni la flauta ni la cítara. Bien quisieron los hijos de Israel hacer sú-[®]plicas, presentar ofrendas y ofrecer sacrificios en Jerusalem; pero era imposible en la situacion á que se hallaba reducida, y determinaron reunirse y presentar al Señor sus peticiones en Masfa. Era esta una pequeña ciudad, cercana á Jerusalem, en la que vivió Samuel, juez de Israel, y uno de los santuarios adonde acudian á orar y ofrecer sacrificios los Israelitas hasta que se consagró al Señor el templo de Jerusalem. En esta ciudad juntó Samuel al pueblo cuando se halló amenazado de su ruina

por un poderoso ejército de Filisteos, y en ella oró; ofreció sacrificios al Señor y pasó en oración, penitencia y ayuno un día entero, y consiguió al siguiente una completa victoria. Ningun lugar mas á propósito en las presentes circunstancias, fuera de Jerusalem.

En Masfa, pues, se reunieron, ayunaron aquel día, rasgaron sus vestiduras, se vistieron de cilicios y cubrieron sus cabezas de polvo y ceniza. Hicieron mas, tomaron un trascrito de la orden cruel de Antíoco y le extendieron en el lugar de la oración á imitación del piadoso Ezequías, que extendió delante del altar las cartas blasfemas de Senaquerib, como queda dicho en la historia de su reinado. Abrieron tambien los Libros santos profanados por los ídólatras; presentaron vestiduras sacerdotales, primicias y diezmos; y llamaron á los Nazareos, que habian cumplido su tiempo y no podian ofrecer el sacrificio de su voto en el templo, y clamaron con grandes voces al Cielo, diciendo: ¿Qué harémos de todo esto y de vuestros Nazareos? ¿adonde los llevaremos (á cumplir su voto)? Vuestras cosas santas (vuestra ciudad y vuestro templo) estan holladas y manchadas, y vuestros sacerdotes en abatimiento y llanto. Vos veis que las gentes se han reunido contra nosotros para destruirnos. Vos sabeis lo que piensan contra nosotros; ¿y cómo podremos sostenernos delante de ellos, si vos, Señor, no nos asistís?

Acabado este importante espectáculo y concluida esta humilde confesion de poder defenderse si el Señor no les asistia y protegía, resonaron reciamente en todo el campamento las trompetas, que tocaban los sacerdotes para prepararse á su batalla, y que era la señal que tenia ordenada el Señor; para que haya memoria de vosotros delante del Señor vuestro Dios, dice el texto sagrado, y seais librados de vuestros enemigos.

Entonces Judas puso al frente de los cuerpos del ejército, que dividió en partidas y escuadrones de diez, cincuenta, ciento y mil hombres, los decuriones, pentacon-

tarcos, centuriones y tribunos, y dijo á los que habian venido y que se hallaban edificando casas, plantando viñas y contrayendo matrimonios, que se volviesen; y á medrosos y de corazón despavorido, que se retirasen á sus casas, porque no hagan, dice la ley, despavorir los corazones de sus hermanos. Hecha esta separacion, se puso en movimiento el ejército y vino á acampar al mediodía de Emaús en un alto, frente de los enemigos. Aquí, recorriendo Judas todos los cuerpos, les decía: Preparaos con vuestras armas, sed hombres de valor y estad prevenidos para pelear á la mañana contra estas naciones, que se han reunido contra nosotros para perdernos y destruir nuestras cosas santas; porque mejor es morir en la pelea, que ver el exterminio de nuestra nacion, y la destruccion de nuestras cosas santas. Hagamos nosotros lo que debemos, y cúmplase en la tierra lo que quisiere de nosotros la voluntad del Señor en el cielo.

Esperaba Judas principiar el combate la mañana siguiente; pero Gorjias, que era el general del ejército enemigo mas inteligente en la guerra, y que tenia bien reciente la memoria de que Judas era irresistible de frente porque todo lo arrollaba, trató de atacarle por la espalda. Salió aquella noche de su campo con cinco mil soldados de á pié y mil de á caballo, toda gente escogida, y guiado por los apóstatas del alcázar de Jerusalem, que habian venido al ejército y conocían bien el terreno, caminó toda la noche con el mayor silencio para sorprender por la retaguardia el ejército de los Judíos; pero Judas lo supo con tiempo, y levantando su campo vino con sus valientes á echarse sobre el ejército del rey, que estaba en Emaús, y que segun los avisos que se le habian dado aun no se hallaba formado en batalla. Entretanto entró Gorjias por la retaguardia en el campo de Judas, pero no encontró en él ni un solo soldado, y los buscaba por los montes diciendo: Estos huyen de nosotros; mas cuando vino el día se dejó ver Judas en la llanura, al frente de

Emaús, con solos tres mil hombres, que eran su cuerpo de valientes, y con los que se habia adelantado para sorprender al enemigo, mas este se hallaba ya preparado, y en orden de batalla; era el ejército de los gentiles fuerte en gran manera y tenia defendidas sus alas por los caraceros y la caballería, todos hombres agueridos.

Entonces Judas se detuvo, esperó que se le reuniese el resto de su ejército, y á pesar de la confianza que tenia en sus valientes, en una ocasion en que era tan enorme la desigualdad de las fuerzas, creyó que debia animar su mismo valor y les dijo: No temais esa multitud, ni os ponga en cuidado su encuentro. Acordaos cómo fueron salvados nuestros padres en el mar Rojo, cuando Faraon iba en su alcance con un poderoso ejército. Clamemos al cielo y el Señor se apiadará de nosotros, se acordará del testamento de nuestros padres, y Él destruirá hoy este ejército delante de nosotros. Cuanto mas numerosos y mas fuertes aparezcan ellos, y menos nosotros, conocerán mejor todas las gentes, que hay quien redima y salve á Israel. Dicho esto avanzó con su ejército contra el enemigo, y este salió de su campo para dar la batalla, Judas mandó tocar las trompetas á los sacerdotes y trabó la pelea. No pudieron los enemigos sostenerse contra el impetu de Judas y sus tropas, y luego fueron deshechos. Huyeron por los campos; pero cuantos eran alcanzados, perecian á filo de espada, y murieron hasta tres mil hombres. Los vencedores los persiguieron hasta Geceron y terminos de los Idumeos, hasta Azoto y Jamnia y terminos de los Filisteos.

Judas se volvió con su ejército al campo de batalla, y al entrar en él, dijo á su tropa: No os ocupeis de recoger los despojos de nuestros enemigos, porque aun tenemos que pelear. Gorjias y su ejército estan en el monte cerca de nosotros, y vendrán á combatirnos; continuad peleando con valor. Derrotémoslos, y despues tomaréis sin cuidado los despojos. Aun estaba hablando Judas,

cuando se presentó la descubierta de Gorjias sobre el monte. Dio esta cuenta al general de lo que veía, y Gorjias vino con su ejército, y vió que los suyos habian huido; que el campo estaba cubierto de cadáveres y despojos; que ardian las tiendas, y que Judas y su ejército estaban en la llanura formados en batalla; y cuando Gorjias y su ejército vieron todo esto, temieron en gran manera y huyeron á la tierra de los extranjeros. Judas los corrió hasta salir de los terminos de la Judea; pero no llegó á alcanzarlos: tanta fué la lijereza que comunicaba el miedo á sus piés. Entonces el general se volvió al campo de batalla con sus tropas, y tomaron mucho oro, plata, telas de color de jacinto y púrpura marina, y grandes riquezas.

Tambien esta vez cayeron en sus manos los tesoros que habian traído al campo enemigo los mercaderes de las regiones circunvecinas para comprar por esclavos á todos los Judíos, y era la segunda vez que en menos de un año libraba Judas con la proteccion de Dios á todos los hombres, mujeres y niños judíos de las cadenas con que habian de ser aherrojados por este dinero. Una victoria que valia la vida y la libertad de Israel destinado por los enemigos á la esclavitud y la muerte, conseguida por una proteccion tan visible del Señor, llenó al ejército, y sobre todo á su general, de una alegría inexplicable, y de un agradecimiento que no acertaba á expresar. Vueltos del campo de batalla á su campamento, todos cantaban himnos al Señor, y levantando sus voces hasta el cielo, repetian aquel hermoso salmo de David que principia: *Alabad al Señor porque es bueno, y tiene por estribillo: porque es eterna su misericordia.*

Sexta batalla contra Lisias, regente del reino de Antioco, y sexta victoria de Judas.

Los enemigos que pudieron librarse de la espada de

los Judíos fueron á llevar á Lisias, regente del reino de Antíoco en su ausencia, la noticia de todo lo que habia sucedido. Lisias se estremeció al escucharlo y le faltó poco para morir de rabia y de desesperacion, porque no habia sucedido en la Judea como él habia pensado y mandado el rey. Sin perder ni un momento se ocupó en reunir un ejército el mas numeroso y poderoso que le fuera posible, y juntó sesenta mil hombres escogidos y cinco mil caballos para acabar con los Judíos. Lisias era un general ejercitado en la guerra desde sus primeros años. Nicanor, cuando volvió á Antioquía despues de su derrota, habia asegurado que los Judíos eran invulnerables porque los protegía su Dios. Lisias miró entonces con desprecio este aviso y envió á Tolomeo y por compañeros á Nicanor y Gorgias, y contaba segura la victoria; mas al ver ahora la derrota de tres generales reunidos, atribuyó esta desgracia, no al socorro del Dios de los Judíos, como debia, sino á la impericia y cobardía de los generales, y determinó comandar este grande ejército por sí mismo. Partió de Antioquía á principios del año siguiente, que era el ciento cuarenta y ocho del imperio de los Griegos en Asia; vino á acampar en el valle de la célebre subida de Betoron, donde fueron deshechos cinco reyes por Josué, y recientemente el ejército de Seron por el mismo Judas, á quien venian á acometer. Desde luego el terreno que habian escogido para el combate era de antecedentes funestos; mas Lisias no contó sino con su habilidad y un ejército veterano, seis veces mayor que aquel que venia á destruir y borrar los Judíos de sobre la tierra. Judas habia aumentado el suyo hasta diez mil hombres, pero esto á los ojos humanos era nada para pelear con sesenta mil hombres y cinco mil caballos.

Judas no confiaba en el número, sino en el socorro del Cielo. Salió al encuentro de los Sirios, y al ver desde la bajada de Betoron cubiertas las llanuras de un ejército tan fuerte y numeroso y defendidas sus alas por

cinco mil caballos, levantó sus ojos al cielo, y dijo: Bendito sois, Salvador de Israel, que quebrantasteis el ímpetu del poderoso (Goliat) por mano de vuestro siervo David, y entregasteis la fortaleza de los alienigenas en manos de Jonatás, hijo de Saul y de su escudero; encerrad este ejército en manos de vuestro pueblo de Israel. Entre la confusión en sus batallones y escuadrones. Enviad sobre ellos espanto. Haced que se convierta en pavor su osadía. Sean trastornados en su mismo quebranto. Derribadlos, Señor, con la espada de los que os aman; y todos los dias os alaben con himnos todos los que conocen vuestro Nombre.

Eran ya en el Macabeo acciones continuadas y unidas, orar, acometer y vencer. Judas, acabada su súplica, se arroja sobre sus enemigos, los vence y caen muertos en aquellas llanuras hasta cinco mil hombres. Se desordena todo aquel grande ejército, y cada soldado procura conservar la vida con la huida. Lisias viendo la mortandad de los suyos y el arrojé de los Judíos, de estos hombres resueltos á vivir y morir con valor, huyó como todos y no paró hasta Antioquía, de donde habia salido. Allí reunió lo mejor que pudo su fugitivo ejército, y trató de aumentarle con nuevas tropas, amenazando volver cuanto antes sobre los Judíos; pero estas amenazas eran desahogos de un general irritado, pues no volvió á la Judea hasta haber pasado mas de un año y haber muerto Antíoco.

Judas y su ejército, despues de haber derrotado y arrojado de la Judea á sus enemigos, suben á Jerusalem á purificar la ciudad santa y el templo del Señor.

Judas despreció estas amenazas, y en vez de prepararse para derrotarle de nuevo, no trató sino de lo que era el objeto de sus peleas y victorias. Heredero del valor y la piedad de su padre Matatías, no anhelaba sino por

el restablecimiento del culto del Señor y la conservación de una nación destinada á rendírselo públicamente en medio de un mundo idólatra. Su primer cuidado, despues de derrotar en seis batallas, seguidas de seis victorias, á sus enemigos y arrojarlos de los términos de Israel, fué reunir sus victoriosas tropas y proponerlas sus deseos. Ya veis, las dijo, que han sido derrotados nuestros enemigos. Al Señor es á quien debemos todos nuestros triunfos. Ya es tiempo de que subamos á Jerusalen á renovar las cosas santas y purificarlas. Todo el ejército recibió con el mayor regocijo la propuesta del general, y sin volver al campamento ordinario, se dirigió á Jerusalen.

Lastimoso estado en que hallan la ciudad y el templo.

Entraron en la ciudad santa... pero ¡cuál fué su dolor al ver el lastimoso estado en que se hallaba! La vieron desierta y solo hollada por algunos ineireuncisos. Vieron profanado el altar de los holocaustos con un ídolo abominable, y manchado con la sangre de víctimas proñanas, arrancadas y quemadas las puertas del santuario, derribadas las habitaciones sacerdotales, y convertidos os atrios en matorrales, donde habian crecido los arbustos y malezas como en los montes y bosques. Este vasto edificio no era ya aquel augusto lugar que sobre cogia de un temor santo á los que entraban por sus puertas. Era una mole informe, obra de las impiedades de Antioco y sus satélites, y que no causaba á euan tos le veían otra impresion que la de un profundo sentimiento de lastima y de tristeza. Los piadosos Israelitas, de quienes era á este tiempo el objeto de su cariño y su pingue herencia, rasgaron sus vestiduras al verle, pusieron ceniza sobre sus cabezas, pegaron su rostro con la tierra, y lloraron con grande llanto. Los sacerdotes hicieron resonar por todo el ejército el sonido lúgubre

de las trompetas, y todos á una clamaban hasta el cielo (por el remedio de tantas desdichas). Despues de manifestar todas las tropas su profundo sentimiento en sus vestidos, su postura, sus lágrimas y sus clamores, ya no se pensó sino en remediarlos. A fin de obrar con seguridad y quietud, envió Judas una parte de su gente al monte Sion para que contuviesen á los alienígenas y apóstatas en la ciudadela, si tratasen de interrumpirlos.

Purificacion del templo, destruccion del altar contaminado, y dedicacion del nuevo.

Tomada esta precaucion, eligió de los sacerdotes aquellos que eran mas celosos de la observancia de la ley y que no se hallaban manchados con impureza legal, los cuales sacaron del templo las piedras de la contaminacion que formaban el altar del ídolo y las arrojaron al lugar inmundo, que era el valle de Tofet, donde los santos reyes Ezequías y Josías habian mandado arrojar en otros tiempos las cosas inmundas que tambien se sacaron del templo; pero al tratar de destruir el altar de los holocaustos, se hallaron en gran embarazo, porque este altar, edificado por Zorobabel á la vuelta de la cautividad de Babilonia, habia sido bendecido por el gran sacerdote Josué y santificado con la oblacion de todos los sacrificios que habia ofrecido Israel al Señor en mas de cuatro siglos. Mas tambien habia sido profanado, colocando en él por orden de Antioco la estatua de Júpiter Olímpico y ofreciendo sobre él sacrificios inmundos. Se trató, pues, este delicado negocio entre los hijos de Israel y les ocurio un buen consejo, dice el texto sagrado, que fué destruirle (para que no fuese en oprobio á Israel ofrecer sacrificios sobre un altar profanado) y llevar las piedras, no al valle inmundo de Tofet, como las de los altares de los idólatras, sino al monte de Sion, para conservarlas allí hasta que viniese algun profeta

que declarase lo que debía hacerse de ellas. Todo se ejecutó según la buena resolución que se había tomado; pero era indispensable en el templo del Señor un altar para ofrecer sobre él los sacrificios, y luego hicieron otro nuevo (á la medida del que habían deshecho) de piedras enteras y en toseco, según ordenaba la ley. Repararon todas las ruinas interiores del templo, reedificaron las casas sacerdotales contiguas á él, y los quebrantos que habían sufrido los atrios. Repararon también la fachada del templo, la adornaron con coronas y escudos de oro, y pusieron en todas partes, principalmente en el templo, magníficas puertas. Antíoco había robado cuantas piezas de oro y plata había en él, y cuanto dinero se halló en su tesoro; pero el Señor en las continuas victorias y despojos que había concedido á su pueblo, le hizo dueño de grandes riquezas y estas se emplearon con mucho contento en los reparos y adornos del templo, supliendo con ellas la falta que había de todo. Se hizo el candelero de oro, el altar de oro, la mesa de oro y la multitud de vasos de oro y plata que servían en el templo. Todo se bendijo y fué colocado en sus propios lugares. Se colgaron los velos, se pusieron los panes de la proposición sobre la mesa, el incienso sobre el altar y las candilejas de oro en los remates de los siete brazos del candelero. Se encendieron, y después de tres años, se vio iluminado otra vez el templo del Señor y ocupado de su antigua gloria. En una palabra, todo quedó magníficamente dispuesto para celebrar desde la mañana siguiente la gran solemnidad de la purificación del templo y dedicación del altar.

El año de tres mil ochocientos cuarenta y tres del mundo, y ciento cincuenta y siete antes de Jesucristo, el ciento cuarenta y ocho del imperio de los Griegos en Asia, el once de Antíoco y segundo de las peleas de Judas Macabeo, el día veinte y cinco del mes Casleu, que era el nono del año lunar y correspondía á nuestro noviembre, tres años justos sin diferencia de días, desde

que había sido profanado el templo, colocando en él por orden de Antíoco á Júpiter Olímpico y dedicándosele á este ídolo infame; por una providencia singular y adorable, volvió á ser dedicado al Dios de la gloria para cuya majestad se había edificado.

Celebración de esta fiesta por ocho días.

Para conocer el regocijo con que los Israelitas celebraron esta fiesta, sería necesario tener aquella singular veneración, de que ellos estaban poseídos acerca del templo de Jerusalem y de la honra con que el Criador del universo había privilegiado á Jerusalem entre todas las ciudades del mundo. Se levantaron antes del día y todos acudieron al templo á ofrecer un sacrificio al Señor, según todas las ordenanzas de la ley, sobre el nuevo altar de los holocaustos que habían erigido. Preparada la leña y la víctima, creen unos (porque todo cabe en la inteligencia del texto sagrado) que los sacerdotes encendieron con pedernales nuevo fuego y le aplicaron á la leña; y otros que salió este fuego de las piedras del altar repentina y milagrosamente y consumió la leña y la víctima, como en tiempo de Nehemías. Pero de cualquier modo que esto sucediese, luego que principió á arder la leña y á quemarse la víctima, resonaron á una por todas partes los cánticos de alabanza al Señor, al son de las arpas, las liras y demás instrumentos de música. Entonces todo el pueblo se postró sobre sus rostros, y todos adoraron y bendijeron hasta el cielo á aquel que les había concedido esta dicha.

Ocho días enteros duró la expiación del templo y del altar y la dedicación de este, y en ellos se ofrecieron con grande alegría multitud de holocaustos y de sacrificios de salud y alabanza, y fué borrado del templo del Señor, dice el sagrado texto, el oprobio de las gentes. En estos ocho días cantaban alabanzas al Señor, llevando en sus

manos palmas y ramos verdes al modo que lo hacían en la fiesta de los tabernáculos, y no cesaban de bendecirle porque les había concedido purificar el lugar santo y ofrecer en él sus sacrificios; y tanto mayor era su reconocimiento, cuanto esta tierna ceremonia de las palmas y los ramos les recordaba, que aun no había dos años tenían que celebrar sus fiestas en los montes y cavernas rodeados de las fieras. Y así era que cuando en medio de su alegría les asaltaba esta triste memoria, se postraban en tierra y rogaban al Señor: que no volviera á permitir que viniesen sobre ellos males semejantes, y que, si en algun tiempo se olvidasen de sus leyes santísimas, les castigase con menos rigor, privándoles de bienes, de la salud y hasta de la vida; pero que no les privase de celebrar sus festividades en Jerusalem, ni de ofrecer sus sacrificios en su santo templo, y sobre todo, que jamás permitiese que su santa casa fuese hollada por hombres profanos y blasfemos.

De este modo celebraron los hijos de Israel por ocho dias la purificacion del templo y dedicacion del altar; pero no quedó satisfecha con esto su piedad. Establecieron que se celebrase esta fiesta de año en año por los mismos ocho dias, principiando el veinte y cinco del mes Casleu con gozo y alegría. Esta fiesta se llamó *Encenia*, que quiere decir *renovacion*, y aun se celebraba en tiempo de nuestro Señor Jesucristo.

Fortifican el monte de Sion y Betsura.

Concluida la octava de esta gloriosa fiesta, trataron de fortificar el monte de Sion á fin de impedir que los gentiles volviesen á profanar la ciudad y el templo santo. Para esto rodearon todo el monte de altas y gruesas murallas, y levantaron fuertes torres de trecho en trecho para que se defendiesen unas á otras. Cuando estuvieron concluidas estas obras, eligió Judas de entre

sus tropas lo que había de mas valiente en su ejército y formó una guarnicion escogida, que colocó en las torres. Estas tropas estaban prontas siempre á hacer frente y rechazar á los paganos y apóstatas que ocupaban la ciudadela, situada en la cima del monte; y encargadas además de mantener libres y seguros los caminos por donde venian los Israelitas á adorar al Señor en su santa casa. Con el mismo objeto fortificaron tambien la ciudad de Betsura. Era esta una plaza muy cercana á Jerusalem. Estaba situada á la parte del mediodía, mirando á la Idumea; y su situacion era muy ventajosa y de muy difícil acceso, porque estaba edificada entre grandes montañas y no se podia ir á ella sino por caminos muy estrechos. Esta fortaleza ponía al pueblo de Jerusalem á cubierto de las correrías de los Idumeos, siempre dispuestos á inquietar á los Israelitas y hacerles la guerra.

Persecucion general de las naciones vecinas.

Parecia que despues de haber ahuyentado Judas á los Sirios, derrotándolos en seis batallas seguidas, y de haber asegurado la defensa de Jerusalem, cercando de muros y torres el monte de Sion y aumentando las defensas de la plaza fuerte de Betsura, debían los gentiles, que en parte poseían y en parte rodeaban las tierras de Judá, renunciar á todo género de guerras contra los Judios; pero no sucedió así. Bien que concibiesen envidia del engrandecimiento de los hijos de Israel; bien que temiesen que este engrandecimiento viniese á causar su ruina, particularmente no teniendo por entonces esta nacion valerosa guerras con los Sirios, lo cierto es, que ellos se conjuraron por todas partes para exterminar al pueblo de Israel, si les fuera posible.

Casi toda la tierra de Judá había quedado desierta, cuando Nabucodonosor llevó cautivo este reino á Babilonia, mucho mas cuando Joanan y sus compañeros ar-

rastraron á Egipto una pequeña parte que habia quedado en Judea, y sobre todo cuando Nabuzardan recogió por orden de Nabuco las reliquias que se habian reunido en las cercanías de Jerusalem. Entonces todos los moradores de la Judea quedaron reducidos á unos cuantos miserables, y algunos habitantes del campo; porque Nabucodonosor no envió colonias de alienigenas á poblar la Judea, como Salmanasar la Samaria. En el tiempo de la cautividad, las naciones que confinaban con la tierra de Judá se habian entrado en sus términos, principalmente los Idumeos en la parte meridional, que formaba una de las mas bellas provincias del reino, en cuya usurpacion se habian mantenido despues de haber vuelto los Judíos de su cautiverio. Las otras naciones, á saber: los Amonitas, Moabitas, Samaritanos, Fenicios y Filisteos, enemigos irreconciliables de los Judíos, habian hecho casi lo mismo, de modo que los Judíos se hallaban muy estrechados y al presente invadidos por estos envidiosos é inquietos enemigos, que se habian conjurado para exterminarlos, ó lanzarlos de la tierra prometida por Dios á sus padres.

Sale Judas á campaña contra ellas.

Judas, que por todas partes recibia avisos de esta persecucion general, conoció que aun no habia hecho bastante para la seguridad de su pueblo con arrojar de su patria á los Sirios, y encerrar en la ciudadela á los paganos y apóstatas, si no domaba á estos peligrosos vecinos. Á la sazón se habian aumentado considerablemente las tropas de Judas, y se hallaba en estado de hacerles la guerra sin necesidad de la numerosa y fuerte guarnicion que debia quedar en Jerusalem. Púsose en campaña, bajo la proteccion del Señor como siempre, y con la intrepidez que le era propia, y los sucesos felices se siguieron con la rapidéz acostumbrada.

Vence á los Idumeos, les castiga ejemplarmente y extermina á los Beanitas.

Desde luego se dirigió á la Idumea, cuyos habitantes, descendiendo de Esaú, hermano de Jacob, debieran menos que nadie declararse perseguidores de sus hermanos los Israelitas. Batió á esta gente feroz y la obligó á encerrarse en Acrabatane, ciudad fuerte y situada entre montañas. Allí los atacó, y despues de tomarla, hizo en ellos un castigo ejemplar. Concluida esta expedicion, que le costó pocos dias, emprendió otra de efectos mas terribles. Los descendientes de Bean (que se cree fué un poderoso Amorreo) vivian entre la Judea y la Idumea al oriente, y habia tiempo que estaban declarados los mas crueles enemigos de los Judíos, y los mas empeñados en exterminarlos. Les armaban lazos y ponian asechanzas por todas partes, y mataban á cuantos caian en sus manos. Informado é indignado Judas contra estos asesinos, marchó contra ellos. Los persiguió por todas partes y les precisó á encerrarse en sus torres. Les cercó, les puso fuego, y fueron quemados cuantos se habian encerrado en ellas, exterminando así á los que se ocupaban en exterminar á su pueblo.

Da muchas batallas á los Amonitas y al fin los vence y consigue la victoria.

Estos primeros golpes de Judas habian puesto sobre las armas á los Amonitas, que eran los mas inmediatos á los Beanitas que acababa de castigar, aunque mediaba el Jordán. Los Amonitas habian dado bastante que hacer al pueblo de Dios en el tiempo de los Jueces y los Reyes, y nunca renunciaron á sus malas intenciones. Ahora que se les habia presentado la ocasion, perseguian á los Judíos, como los demás vecinos. Judas pasó el Jordán con sus

tropas sin detenerse; pero halló muy prevenidos á los Amonitas. Tentan un fuerte y numeroso ejército mandado por un buen general, llamado Timoteo, ya no fué cosa de algunos dias el vencerlos. Les dió muchas batallas en las que siempre llevaron la peor parte, y al fin Timoteo se vió precisado á abandonar el campo y ceder la victoria al Macabeo. Este se aprovechó de su triunfo, tomó la gran ciudad de Gazer y todas las que pendian de ella, y lleno de gloria, volvió á entrar en la Judea para dar descanso á sus tropas.

Persecucion de los Galaaditas y carta de los Judíos á Judas pidiendo socorro.

No fué este muy largo, porque las naciones que habian ocupado á Galaad, provincia considerable al otro lado del Jordán, que perteneció á los Amorreos, y se concedió á la tribu de Gad en la distribucion de la tierra prometida, se reunieron para exterminar á cuantos Israelitas vivian entre ellos. Estos Israelitas eran parte de aquellos que habian sido llevados al cautiverio, y que se habian restablecido en su antigua morada y repoblado en parte la heredad de sus padres. No hallaron estos infelices, perseguidos de muerte, otro partido que tomar, sino el de huir los mas que pudieron y encerrarse en la fortaleza de Dateman para esperar socorro; en ella se fortificaron lo mejor posible, y desde ella escribieron con toda urgencia á Judas y á sus hermanos, dándoles cuenta del apuro en que se hallaban, en los términos siguientes:

Se han congregado contra nosotros las gentes del contorno para exterminarnos, y se preparan para venir y ocupar la fortaleza en que nos hemos refugiado, y Timoteo es el caudillo de su ejército. Venid, pues, (cuanto antes) á librarnos de sus manos, porque ya muchos de los nuestros han perecido; y todos nuestros hermanos que estaban en las tierras de Tubin han sido pasados á

cuchillo, llevándose cautivas sus mujeres é hijos, tomando sus despojos y matando cerca de mil hombres.

Mensajeros de los Judíos de la Galilea, pidiendo tambien socorro.

Aun estaban leyendo esta carta, y hé aquí que llegaron otros mensajeros de la Galilea, rasgados sus vestidos, y trayendo noticias semejantes á las anteriores. Se han coligado, dijeron, contra nosotros los de Tolemaida, Tiro y Sidon, y está llena toda la Galilea para acabarnos.

Cuando Judas y el pueblo oyeron todas estas noticias, se tuvo un gran consejo para pensar que habian de hacer por sus hermanos que se hallaban en gran tribulacion estrechados por aquellas gentes; y despues de haber considerado muy detenidamente la gravedad de la situacion en que se hallaban estas dos porciones de los hijos de Israel, dijo Judas á su hermano Simon: Escoge las tropas que quieras, y vé á librar á nuestros hermanos los de Galilea. Nuestro hermano Jonatás y yo irémos contra los Galaaditas; y tomó Simon tres mil hombres escogidos para ir contra la Galilea, y Judas ocho mil para ir contra los de Galaad. El resto de las tropas quedó á las órdenes de José y de Azarías, capitanes del ejército, encargados de gobernar el pueblo y guardar la Judea. Estáos aquí, les dijo Judas al despedirse, y no salgais á pelear con los gentiles hasta que nosotros volvamos. ®

Salen á socorrerlos; Simon, á la Galilea con tres mil hombres, y Judas y Jonatás, al pais de Galaad con ocho mil.

Despues de esta importante advertencia, salieron, Simon para la Galilea, y Judas acompañado de su hermano Jonatás para el pais de Galaad. Simon, luego que

llegó á la Galilea, fué á buscar los enemigos, y no se acordó al ver su excesivo número, porque á imitación de su hermano, á cuyo lado habia peleado hasta entonces, puso su confianza en la protección del Señor. Les acometió sin detenerse, les derrotó, les persiguió y les cargó con igual feliz suceso cuantas veces pudo alcanzarlos. Les fué persiguiendo hasta las puertas de Tolemaida, ciudad fuertísima de la Fenicia, les mató cerca de tres mil hombres y les tomó un rico botín.

Recoge Simon los Judíos que habia en la Galilea y se vuelve á Jerusalem.

No encontrando ya enemigos en campo raso, y no hallándose en estado de mantener en sujecion y respeto por largo tiempo con su pequeña tropa un terreno tan dilatado como era la Galilea, tanto menos cuanto todas las fortalezas estaban en poder de sus enemigos; se resolvió á juntar cuantos Israelitas habia en el pais y llevarlos á la Judea. Aquí se vió aquella prudencia que el anciano Matatías habia atribuido á su hijo Simon. Estos Israelitas en pequeño número no podian dejar de padecer mucho, y acaso perecer todos, en medio de una multitud de Galileos y Filisteos igualmente empeñados en perderlos. Por otra parte era grande la necesidad de repoblar la Judea casi desierta por las guerras y la huida de una gran parte de sus habitantes. Además con estas reliquias dispersas en la Galilea se fortificaba el centro de la patria, y se ponia en estado de reconquistar mas adelante las provincias usurpadas por los extranjeros. Por estos motivos llamo Simon cerca de su persona á todos los hijos de Jacob que estaban en la Galilea, principalmente en la ciudad de Arbates, donde se habrian reunido en mayor número para su defensa, como los de Galaad en Dateman para la suya, y tuvo el consuelo de hallarles prontos y dispuestos á seguirle. Luego vinieron con sus mujeres

é hijos, sus ganados y cuanto podian traer, y se incorporou con el victorioso ejército de Simon, que les sirvió de escolta hasta ponerlos en las tierras mas cercanas á Jerusalem. Allí fueron recibidos como desterrados y hermanos que volvian á su patria y al seno de sus familias, y nada se omitió para que gozasen del reposo en que se les habia establecido.

Judas y Jonatás cargan á los enemigos que cercaban á Dateman y les matan en la huida cerca de ocho mil hombres.

En este tiempo Judas, acompañado de su hermano Jonatás y puesto al frente de sus ocho mil hombres, hacia la guerra en Galaad y conseguia victorias en mayor número y mas ruidosas. Habia hecho pasar el Jordán á su ejército, y para ocultar su marcha á sus enemigos, tomó la vuelta por los desiertos de Arabia. Se adelantó mucho en tres dias sin ser descubierto, y entró en el pais de los Nabateos, descendientes de Ismael. Estos le recibieron pacíficamente y le dieron noticia de cuanto habia pasado con sus hermanos en Galaad, y añadieron: que muchos de ellos se hallaban encerrados y presos en las grandes y fuertes ciudades de Barasa, Bosor, Alimas, Castor, Maget, Carnain y otras de Galaad, y que tenian determinado acercar el dia siguiente sus tropas á todas estas ciudades para matarlos á todos en un solo dia. Por estas buenas noticias varió Judas de repente su marcha y se dirigió por el camino del desierto á Bosra, ciudad moabita, y una de las enemigas; se apoderó de ella, pasó á filo de espada á todos los hombres, tomó todos sus despojos y por último entregó la ciudad á las llamas. Salió de allí sin detenerse, porque urgia en gran manera socorrer á los que se defendian en la fortaleza de Dateman y estaban ya para ser asaltados. Marchó toda la noche y llegó con sus tropas á las cercanías de la plaza al apuntar el

dia. Luego alcanzó á ver una multitud de pueblo que llevaban escalas y máquinas para tomar la fortaleza y acabar con los que estaban en ella. Vio al mismo tiempo que principiaba el ataque, y oyó la vocería de los que acometían y el clamor de los acometidos. Vamos, soldados valientes, dijo entonces á sus tropas, corramos á librar á nuestros hermanos. Dividió su ejército en tres cuerpos y todos corrieron á cargar á los enemigos, tocando sus trompetas y alzando el grito y orando, dice el texto sagrado. Conocieron las tropas de Timoteo que era el Macabeo quien venia á caer sobre ellas, y abandonaron el sitio, huyendo por donde pudieron. Judas las persiguió, las cargó, é hizo en ellas un terrible destrozo, dejando tendidos en el campo cerca de ocho mil soldados en aquel día.

Toman las demás ciudades en que habia Judios encerrados por los enemigos para exterminarlos.

Libres tan inesperada y dichosamente los Israelitas de Dateman del extremo á que se hallaban reducidos pocos momentos antes, apenas tuvieron tiempo para dar gracias á su libertador y valeroso ejército. Ni aun sabemos si entró en la ciudad, pues le vemos inmediatamente sobre Masfa, donde tambien se hallaba encerrado y prisionero un gran número de Israelitas esperando la muerte. Judas la acometió, la tomó, libró los prisioneros, pasó á filo de espada los demás hombres que halló en ella, recogió sus despojos y la entregó á las llamas. De allí se dirigió en seguida á atacar á Cashon, Maget, Bosor y demás ciudades de Galaad, donde sus hermanos estaban para ser exterminados. Todas las tomó é hizo en ellas lo mismo que habia hecho en Masfa.

Nuevo y numeroso ejército de enemigos; Judas le derrota y disipa.

Era necesaria una actividad como la de Judas para salir con felicidad de tantas empresas sin exponer á sus hermanos, cuando los procuraba salvar; pero en todas partes se halló tan á tiempo, que sorprendió siempre á sus enemigos y les deshizo al primer ataque. Ya creía Judas haber concluido felizmente cuanto le habia llevado á Galaad, y pensaba en volverse, cuando supo que Timoteo, que solo habia perdido ocho mil hombres escasos en la huida de Dateman, habia juntado nuevas tropas para hacerle frente, y que estaba acampado al otro lado del torrente, ó rio que corre al frente de la ciudad de Rafon ó Safon. Envió Judas á reconocer el ejército de Timoteo, y volvieron diciendo: Es un ejército numeroso en gran manera. Con él se han juntado todas las gentes que hay en rededor de nosotros, y tambien han venido tropas auxiliares de la Arabia. Sus reales estan á la otra parte del torrente, y tienen todo su ejército en orden de batalla para venir contra nosotros. La contestacion de Judas al temor que manifestaban sus enviados, fué avanzar con sus tropas al encuentro de los enemigos. Timoteo para animar á sus gentes habia hecho de profeta, y en tono de inspirado habia dicho á los capitanes: Cuando se acercare Judas con sus tropas al torrente, si pasare á nosotros primero, no le podremos resistir; pero si él temiere pasar, y sentare sus tiendas mas allá del rio, pasemos á ellos y podremos contra él. Quería, al parecer, Timoteo con este pronóstico animar á sus tropas á que pasasen el rio, si Judas esperaba al otro lado, y ponerlas en el caso de pelear á la desesperada, teniendo el rio á las espaldas; ó á que disputasen el paso con valor para que Judas no pasase. Al llegar Judas á la márgen del rio, dió orden á los oficiales que no dejasen ni un solo soldado sin pasar y

acudir al combate, y luego se arrojó al agua el primero y todo el ejército en pos de él. Al ver la intrepidez de Judas y su ejército, y el cumplimiento de la soñada profecía de su general, arrojaron las armas, huyeron y se encerraron en la fuerte ciudad de Carnaim y en el templo que habia en ella. Judas los siguió hasta la ciudad, la tomó á viva fuerza, y quemó el templo y á todos los que estaban en él.

Tambien Judas recoge, como Simon, todos los Judios que habia en el pais de Galaad y los lleva á Jerusalem.

Disipado este ejército que tanto temor infundió á los enviados de Judas, tomó este la misma resolucion en Galaad, que su hermano Simon en Galilea. Mandó decir á todos los Israelitas que habia en el pais, hombres, mujeres y niños, que viniesen á su lado con cuanto pudiesen traer de sus bienes, para ser conducidos á la Judea escoltados por su ejército. Todos obedecieron á una orden que les traía tantas ventajas, y se reunieron en tanto número, que parecian un ejército en gran manera grande, dice el texto sagrado.

Toma de la fuerte ciudad de Efron.

La marcha se hizo con felicidad hasta Efron. Era esta una ciudad fuerte, situada en la frontera de Galaad, junto al rio Jordán, y no habia paso á la Judea, ni por su derecha ni por su izquierda, sino por el medio de ella. Los Efronitas se encerraron en la ciudad y tapiaron las puertas con piedras. Judas, que desde luego creyó que su ejército les habria atemorizado, les envió mensajeros de paz que les dijese de su parte: Dadnos paso por vuestra tierra para ir á la nuestra, y nadie os molestará: nosotros irémos por ella sin detenernos;

pero no les quisieron abrir. Entonces mandó Judas pregonar en el campo: que cada uno atacase á la ciudad por el sitio en que se hallaba, y luego la embistieron los mas valientes. El combate duró todo el dia y toda la noche; pero al apuntar el dia siguiente fué tomada por asalto. Se rompieron las puertas, se escalaron los muros y luego ocupó la ciudad todo el ejército. Pasó á filo de espada á los hombres, saquó la ciudad, y la demolió. Todas las tropas y el convoy pasaron por sobre las ruinas y los cadáveres y se dirigieron al Jordán, que vadearon para ir á hacer alto y tomar descanso en el gran campo delante de la ciudad de Betsan.

Siente Judas que los enemigos le obliguen á derramar tanta sangre.

Con sentimiento se portaba Judas de un modo tan sangriento en estas expediciones; pero, además de ocupar estas naciones infieles un pais que habian usurpado á sus padres, no podia esperar jamás reposo con estos impíos, conjurados siempre contra el pueblo de Dios, si no hacia algunos ejemplares de severidad que les convitiesen.

Descansa con su ejército y continua la marcha á Jerusalem, cuidando por sí mismo de los débiles.

Descansaron las tropas á su placer en las llanuras de Betsan todo el tiempo que pareció al general, quien advirtió en este descanso, que el gran convoy de ancianos, mujeres y niños no podia seguir al ejército sino lentamente, y que, si los separaba de las tropas, podrian caer en alguna emboscada que les armasen los muchos enemigos que tenian en la Judea. Tambien juzgó conveniente no dividir su ejército, cuya mitad deberia que-

dar para escoltar esta multitud de débiles, y para evitarlo, le sugirió la gran caridad, que acompañaba á su gran valor, la determinacion de no ocupar por esta vez el frente de las tropas, sino su espalda para unirse con ellos. Se puso á retaguardia, y recogiendo á todos los cansados, les concedia descansos, mandando hacer alto al ejército. Los consolaba con amor y cariño de padre, y los alentaba contra las dificultades del camino, representándoles : que, separados de sus hermanos por tan largo tiempo, no habian experimentado en su ausencia mas que calamidades ; y que el Dios de sus padres queria reunirlos á todos en la Judea, para que compusiesen un solo pueblo, le adorasen en un mismo templo, viviesen bajo de unas mismas leyes, y gozasen juntos de unos mismos privilegios. Animados con estos discursos, y enamorados del cariño de su general, se esforzaban á seguir su camino, y no tardaron en llegar á ver la ciudad santa, cuya vista anhelaban con tan ardiente deseo, tanto el ejército como el numeroso pueblo que traía como redimido del pais de Galaad. Se dirigieron sin separarse, ni una sola persona, á Jerusalem; entraron trasportados de gozo en el templo del Señor; se postraron en tierra y besaron repetidas veces con toda la efusion de su corazon el pavimento de la casa de Dios. Ofrecieron sacrificios, inmolaron víctimas, y rindieron al Señor las mas entrañables y rendidas gracias, por las señaladas victorias que les habia concedido, por su feliz vuelta á la Judea y porque ninguno habia perecido en tan dilatada marcha y entre tantos enemigos.

José y Azarias son derrotados, porque no pertenecen á la familia guerrera de Matatías.

Queda dicho que, cuando Judas, acompañado de Jonatás y Simon, salió de Jerusalem á defender los hermanos de Galilea y Galaad, entregó á José y Azarias,

capitanes del ejército, las tropas que quedaban en la Judea para que la defendiesen; pero encargandoles estrechamente, que no saliesen á pelear con los gentiles hasta que ellos volviesen. Cuando José y Azarias oyeron los triunfos que conseguian Judas y sus hermanos en Galilea y Galaad, tocados de la vanidad y el orgullo se dijeron uno á otro : Hagamos tambien nosotros celebre nuestro nombre, peleando con las naciones que nos rodean; y luego juntaron las tropas que les habia dejado Judas y fueron contra Jamnia, ciudad marítima de los Filisteos, en la tribu de Dan. Sin duda creyeron hacerse mas célebres, quitando á los enemigos una plaza fuerte que pertenecia á las tribus de Israel. Mas para castigo de estos inobedientes se hallaba en la plaza con buena guarnicion Gorjias, general siro, que habia peleado con Judas. Sabia bien este general que por esta vez no tema que habérselas con el valor de Judas y sus hermanos, porque estos se hallaban ocupados en las guerras de Galaad y de Galilea, y así nada temió. Sin esperar que las tropas de José y Azarias se acercasen a la ciudad, salió con su guarnicion al encuentro, les acometió, les derrotó, y les fué persiguiendo hasta las fronteras de Judea. José y Azarias perdieron en la batalla y la huida hasta dos mil hombres, y son muchos de sentir, que tambien murieron ellos, porque el ejército se desordenó enteramente, y ni en esta ocasion, ni en otras muy del caso, se vuelve á hablar de ellos. ¡Justo castigo de su temeraria desobediencia! Ellos no quisieron observar el encargo de Judas, creyendo en su orgullo que harian famoso su nombre, y no consiguieron sino la execracion de los huérfanos y las viudas que resultaron en Israel de su derrota. Ellos no consideraron que no descendian de aquel linaje de hombres que habia escogido el Señor para dar la salud á Israel, es decir, del valiente Matatias.

Supo Judas esta derrota á su vuelta de Galaad, y le fué tanto mas sensible, cuanto era la primera que habia sufrido el pueblo de Dios desde que se le habia encar-

gado su defensa; pero supo disimular, y no se oyó de su boca la menor queja. Este sufrimiento y grandeza de animo en medio de su poder y sus victorias, le hizo mas amable y mas famoso, no solo delante de todo Israel, sino de todas las naciones donde se oía su nombre, dice el sagrado texto; y tanto Israelitas como extranjeros, de todas clases y gentes, se reunieron en Jerusalem, para dar los mas honrosos y entrañables parabienes á Judas, á sus hermanos y á todo el ejército.

Reconquista Judas la Idumea del mediodia.

No se detuvo Judas á gozar de aplausos tan lisonjeros para otro hombre que no fuera tan celoso del bien público; no creyó que le era permitido estarse tranquilo en Jerusalem, mientras que la nacion tuviese enemigos que combatir é intereses que vindicar. Ya hemos dicho que este héroe balió á los Idumeos, los encerró en Acrabatane y los castigó ejemplarmente, mas no pudo entonces detenerse, porque los hijos de Bean exterminaban á los Israelitas y fué preciso correr á librarlos. Es verdad que los Idumeos, intimidados con aquellos primeros y terribles golpes de Judas, cuidaban de no provocarle á la guerra, pero era un deber suyo recobrar el terreno y plazas que tenian usurpadas al pueblo de Israel, y en nada pensaban ellos menos que en esta restitucion. El tiempo era muy favorable para estas reconquistas, porque los Griegos no se movian, y solo habia que pelear con los Idumeos, nacion que no podia resistir por mucho tiempo.

Partió, pues, Judas con sus hermanos y ejército de Jerusalem á la Idumea, y hacia la guerra á los hijos de Esaú en la tierra que está hácia el mediodia. Desde luego avanzó hasta Cheron ó Hebron, ciudad célebre en la historia del pueblo de Dios, y capital de todo el pais. La sitió y tomó por asalto, y tambien tomó todas

las ciudades de su dependencia. Derribó y quemó sus muros y todas las torres y castillos que habia en el contorno, y quedó la Idumea de parte del mediodia restituida á Israel.

Hace la guerra á los Filisteos, quema los ídolos y reconquista la capital de Azoto.

Concluida felizmente esta conquista, se dirigió al pais de los Filisteos, que estaba á su izquierda entre poniente y norte. Hizo la guerra á los Azocios que ocupaban una parte de la tierra prometida, y eran de los pueblos mas declarados contra Israel y los mas supersticiosos. Derribó sus altares, quemó sus ídolos, reconquistó sus ciudades, tomó grandes riquezas, particularmente de los templos de los ídolos, y se volvió victorioso á la tierra de Judá.

ANTIÓCO EN PERSIA.

Huye de los habitantes de Elymuida.

Mientras que Judas ponía con tantas y tan bellas acciones la situacion de su nacion en un estado bien diferente de aquel en que la suponía Antioco; este perverso principe, que salió de Antioquia con sus cincuenta mil hombres, recorria las regiones superiores de la Persia y dejaba en la miseria todos los pueblos por donde pasaba. Cuando desolaba aquel pais oyó que habia en él una ciudad nobilísima llamada Elymuida, muy abundante en plata y en oro, y en ella un templo riquísimo; y que en él estaban los velos de oro y las corazas y escudos que habia dejado Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia, el primero que habia reinado en la Grecia. No era necesario tanto para encender el fuego de la

avaricia que consumia á Antíoco. Luego marchó con su ejército á Elymáida y buscaba cómo apoderarse de ella para saquearla; pero lo conocieron los que estaban en la ciudad, se armaron contra él y le hicieron huir vergonzosamente.

Sabe la derrota de sus ejércitos en Judea y se desespera.

Lleno de pena y tristeza se retiró de las cercanías de Elymáida, y tomó el camino de Babilonia; mas cuando llegaba á Ecbatana, capital de la Persia, vinieron á decirle: que el ejército que había dejado á su salida de Antioquía para exterminar á los Judíos, había sido desbaratado en la Judea: que sus generales Nicanor y Timoteo habían sido derrotados: que el mismo Lisias, regente del reino en su ausencia, habiendo marchado con todas sus fuerzas contra los Judíos, había sido también derrotado y huido hasta Antioquía: que los Judíos se habían hecho mas fuertes en armas y fuerzas con los despojos que habían tomado en las continuas derrotas de sus ejércitos: que habían entrado triunfantes en Jerusalem, derribado el ídolo de Júpiter Olímpico, que él había colocado sobre el altar de los holocaustos, destruido este altar profanado, y erigido otro nuevo; y en fin, que habían purificado el templo y le habían cercado con altos muros, como estaba antes, y fortificado la ciudad de Betsura.

Protesta exterminar los Judíos, pero Dios le hiere con una llaga interior.

Al oír Antíoco esta relación de desgracias, que él aun no había imaginado, se estremeció y conmovió en gran manera, y aumentada la cólera que había concebido contra los Elymáideses, con esta nueva cólera creyó que

podría vengar en los Judíos el ultraje que le habían hecho los de Elymáida, reduciendo á Jerusalem á un monton de cadáveres. Con este cruel designio mandó apresurar su carroza y caminar sin detenerse. No advertía el infeliz que la venganza del Cielo le perseguía por haber dicho en su orgullo: que iría á Jerusalem y la convertiría en un sepulcro de cadáveres de Judíos hacinados unos sobre otros. Apenas había salido esta amenaza de su boca, cuando el Señor, Dios de Israel, que ve todas las cosas, le hirió con una llaga interior que era insanable. Se apoderó de él un cruel dolor de vientre y padecía acerbos formentos. ¡Justo castigo de un tirano que había usado suplicios inauditos para atormentar á los hijos de Israel, porque no querían quebrantar la ley de su Dios! Sin embargo, este primer golpe de la mano del Señor no bastó para que se refrenase su cólera. Al contrario, creció con él su furia y no respiraba sino incendios contra el pueblo de Dios, ni se caminaba sino con lentitud respecto á la velocidad que clamaba su venganza.

Corre sin embargo á ejecutarlo, pero cae de la carroza, queda muy maltratado y tiene que parar en las soledades de Persia.

Con el ímpetu que llevaban los caballos, cayó de la carroza, y con el golpe que recibió quedaron muy maltratados sus miembros; y aquel que en su soberbia creía poder mandar á las olas del mar, y poner en balanza las alturas de los montes, humillado ahora hasta la tierra, era llevado en unas andas, dando en sí mismo á todos un manifiesto testimonio del poder del Señor y de la miseria del hombre. El cuerpo de este impio se corrompía y hervía en gusanos. Se desprendían sus carnes en medio de los mas terribles dolores, y era intolerable, hasta al ejército, el hedor que exhalaba. Así que nadie

podía soportar por su hedor intolerable al que juzgaba poco antes que podía tocar en las estrellas. Fué, pues, necesario parar en los montes y soledades de Persia en que se hallaba, y tenderle en una cama de la que no había de levantarse. Allí se juntó á sus acerbos dolores una tristeza que le devoraba, nacida de no haberle salido las cosas como él imaginaba. Repasaba la afrenta con que había tenido que huir de Elymáida y las derrotas y vergonzosas huidas de sus generales en la Judea, y cada uno de estos pensamientos despedazaba su corazón. Sus dolores se aumentaban por momentos y su melancolía era extrema. Derribado de la altura de su soberbia al estado mas penoso y miserable, no podía tolerarse á sí mismo, y en su terrible situación, se le habría visto quitarse la vida si su postración se lo hubiera permitido. Crecía la llaga interior con que el Señor comenzó á herirle, y con ella los dolores mas terribles; y ya no pudo dudar que iba á morir.

Llama á sus amigos y les comunica sus acerbas penas.

Entonces llamó á todos sus amigos, y con voz lánguida y lastimera les dijo: Se ha retirado el sueño de mis ojos: mi corazón se halla sumergido en una tristeza mortal y me siento desfallecer. Amigos míos, ¿en qué olas de amargura me ve hoy sumergido, y en qué horrascas de tristeza me hallo envuelto! Ahora me acuerdo de los males que hice en Jerusalén, de donde robé todos los vasos y piezas de oro y plata y todo el dinero que había en ella, y de que envié mis generales á exterminar sin causa todos los habitantes que había en la Judea. Conozco que por eso han venido sobre mí todos estos males; y ved aquí, mis amigos, que perezco consumido de tristeza en tierra ajena. Me dejé llevar de mi soberbia, y ahora conozco que es de toda justicia que el hombre se sujete á Dios, y que es un atre-

vimiento sin igual que un mortal quiera igualarse al Eterno, saliéndose de su obediencia. Estas fueron las últimas palabras que este rey impío dirigió á sus cortesanos, y que debieran estar grabadas en pedernal, no solo sobre las entradas de los palacios, sino tambien sobre las de todas las casas soberbias, y hasta de las mas humildes. Aquí vemos tambien á Antioco cumpliendo la profecía del último de aquellos siete hermanos macabeos, sobre los cuales ejecutó tantas crueldades, cuando, dirigiendo este mártir niño su oración al Señor, le suplicaba: que á fuerza de tormentos precisara á su tirano á confesar que su Majestad era su Dueño.

Llama á Dios y no le oye por sus malas disposiciones.

Antioco, á pesar de la desesperada situación á que se veía reducido, aun no desesperaba del todo. El amor á la vida y el ansia que tenía de horrar su ignominia, y reparar en algun modo su gloria antes de su muerte, le determinaron, por mas impío que fuese, á encaminarse al Señor y dirigirle sus ruegos; pero el Señor veía que estas súplicas y arrepentimiento no nacían de los males que había hecho, sino de los males que sufría; y estas disposiciones no eran á propósito para ganar al Señor, por mas inclinado que sea á usar de misericordia con los penitentes. Antioco no la pedía con sinceridad y verdad, y no era digno de conseguirla. Quien le oyera y diera crédito á sus palabras, juzgaría que era un hombre humillado en la presencia del Señor, y verdaderamente contrito; pero nada había de eso. ¡Tan parecidas suelen ser las apariencias á la verdad! Ya no era Antioco, si se le quería creer, aquel furioso que corría á rienda suelta á Jerusalén para destruirla basta los cimientos, y hacer de ella, segun su expresión feroz, un monte de cadáveres hacinados unos sobre otros. Ya parecía que solo deseaba llegar á ella para darla entera libertad; para con-

cederla : que se gobernase por sus leyes : que eligiese sus magistrados : que profesase su religion : que siguiese sus costumbres ; y que viviese enteramente independiente de los usos de los Sirios.

Sus falsas y ridículas promesas.

Algunos días, y acaso horas antes, había protestado que exterminaría todos los Judíos, hasta los mas tiernos niños : que no les concedería sepultura ; y que entregaría sus cadáveres á las aves del cielo y á las bestias de la tierra. Ahora promete : que les hará iguales á los ciudadanos de Atenas, que eran los mas distinguidos de la Grecia : que adornará con preciosísimos dones el templo santo, que antes había despojado : que multiplicará sus vasos sagrados ; y que suministrará de sus rentas para los gastos de los sacrificios. Sobre todo esto, promete hacerse judío, recorrer todo el mundo y predicar por todas partes el poder de Dios. Mucho prometía Antíoco en esto. Prometía imposibles ; sin embargo, acaso imaginaba cumplir algo ; pero Dios, que veía su corazón, no descubría en él sino sus intereses particulares ; por tanto estas promesas hipócritas no le consiguieron la vida, que era el único motivo porque las hacía. La sentencia del Cielo estaba ya pronunciada sobre este famoso delincuente, y ya se iba á ejecutar en la tierra. Sus dolores no cesaban, y todos sus males crecían en tanto grado, que no dejaban la menor esperanza de vida.

Declara heredero del reino á su hijo Antíoco, menor de edad, y regente á Filipo.

En tal estado hizo llamar á Filipo, su hermano de leche, y el mas íntimo de sus amigos, y le nombró regente del reino. Puso en sus manos su corona, su manto

real y su anillo. Le encargó la crianza de su hijo Antíoco, príncipe de nueve años, y le exigió juramento que le colocaría sobre el trono luego que llegase á la mayor edad, y que le mantendría en él contra todos los pretendientes que intentasen derribarle. El moribundo monarca no podía dejar de revelarse de Demetrio, hijo de su hermano Seleuco, que tenía derechos bastante fundados sobre el reino y se hallaba en edad de hacerlos valer. Juzgaba, y con razon, que los Judíos, escarmentados de su gobierno cruel, temerian hallar en su hijo otro tirano semejante á su padre, y que si Demetrio alcanzase la libertad de salir de Roma, como él mismo lo había conseguido, le ayudarían á subir sobre el trono con perjuicio de su hijo.

Su carta á los Judíos.

Con este temor se determinó á escribirles en forma de súplica una carta, en la que no puede dejar de percibirse el genio doble y la mala fe de este príncipe, que sabiendo los malos tratamientos que había usado con la nación judía, la habla de sus beneficios ; y estando cierto de su próxima muerte, finge tener mucha esperanza de restablecerse. Se manifiesta aun en estado de hacerse temer, y en vez de las persecuciones con que había atormentado á los Judíos, supone sin vergüenza favores que jamás les había hecho. Los términos en que fué escrita esta carta son los siguientes : « El rey y príncipe Antíoco á los Judíos, buenos ciudadanos, mucha salud, bienestar y toda prosperidad. Si tenéis salud vosotros y vuestros hijos, y todas vuestras cosas suceden segun las deseáis, nos congratulamos. Yo, pues, aunque me hallo enfermo, acordándome benignamente de vosotros en esta grave enfermedad que me ha sorprendido cuando volvía de Persia, he creído necesario cuidar de la utilidad comun, no porque desespere de mi salud, antes

confío mucho que saldré de esta enfermedad, sino atendiendo á que mi padre, cuando andaba con su ejército por las provincias altas, declaró quien habia de tener el principado despues de él, para que, si acaciese alguna desgracia ó viniese alguna mala nueva, no se turbasen los que estaban en las provincias, no sabiendo á quién se habia dejado el mando. Considerando además, que cada uno de los confinantes y vecinos poderosos estan á espera de ocasiones y aguardando coyunturas, he declarado por rey á Antíoco, mi hijo, al que yo, al pasar á los lugares altos de mis reinos, recomendé muchas veces á muchos de vosotros, y le he escrito lo que sigue (esta carta se ha perdido). Por tanto os ruego y pido, que acordándoos de los beneficios que habeis recibido de mí, en comun y en particular, cada uno guarde el vasallaje debido á mí y á mi hijo; porque espero que él se portará con moderacion y humanidad, y que, siguiendo mis intenciones, os dará muestras de su afabilidad.»

Su muerte.

Esta carta artificiosa y llena de mentiras fué lo último de la vida de Antíoco. Murió inmediatamente de haberla firmado, en un país extraño y en la soledad de los montes, el año de ciento cuarenta y nueve del imperio de los Griegos en Asia, y el doce de su reinado. Impío y blasfemo para con Dios, falso y traidor para con sus mas fieles servidores, cruel señor, horrible tirano... tuvo un fin digno de su persona, muriendo podrido en los desiertos, sirviendo de pasto á los gusanos, arrojando un hedor intolerable á todos los que le rodeaban, causando horror á sus mismos amigos, siendo execrado de todo su ejército, aborrecido de todos los buenos, detestado hasta de los malos, y dejando á todo el mundo en su muerte trágica un ejemplo del término fatal en que, por lo comun, vienen á parar la impiedad, la irreligion y la tiranía.

Lisias proclama rey á Antíoco, hijo de Antiocho con el nombre de Eupator, y se declara á sí mismo regente.

El impío de quien acabamos de hablar, no merecía ser rey, y no es de admirar que no fuese sentida su muerte, ni se interesase el reino en el cumplimiento de su última voluntad. Filipo, á quien pertenecía la regencia, segun las últimas disposiciones de Antíoco, juzgó que debia conducir á Antioquia su cadáver y tomar al mismo tiempo la tutela del rey joven y el gobierno del reino; pero Lisias, que habia quedado regente del reino en Antioquia cuando Antíoco salió para la Persia, y que habia criado al nuevo rey desde su infancia y le tenia consigo, supo la muerte de Antíoco y sus últimas disposiciones antes que llegase Filipo con su cadáver, y sin detenerse por ellas, proclamó rey á Antiocho su hijo, dándole por una mentirosa adulacion el nombre de *Eupator*, que quiere decir *nacido de buen padre*, y conservándose la regencia del reino, que le confirmó su pupilo. Nada mas funesto para los Judíos que semejante regente, porque Lisias los aborrecia, principalmente desde que fué batido por ellos en Judea.

Gorjias se arma contra los Judíos.

El primero que trató de hacer la corte al regente á costa de los Judíos fué Gorjias, tan famoso por su habilidad en la guerra, y tan conocido en la Judea por las grandes batallas que habia perdido, peleando con Judas. Mandaba Gorjias en aquella parte de la Idumea que dice al poniente de la Judea, y en las plazas de Palestina que estan sobre la costa del Mediterráneo. Quiso probar fortuna con un héroe, que juzgaba digno de ser su rival, y para hacerlo con superioridad contrajo alianza con los extranjeros. Las pocas ventajas que Gorjias habia

conseguido sobre José y Azarias, cuando estos salieron á pelear contra las órdenes de Judas, le habian envane- cido tanto, que se imaginaba invencible. Socorrido de los Filisteos, principió por incomodar á los Judíos con- vecinos. Le ayudaban en esto los apóstatas, á los cuales los enemigos del pueblo de Dios acogian en su país con mucho gusto, y les confiaban muy buenas plazas, en las que recibian á todos los otros apóstatas que huían de Jerusalem obligados de la presencia de Judas, y desde las cuales salian á perseguir á sus hermanos los Judíos fieles.

Judas sale con sus tropas á campaña, toma muchas plazas y mata no menos que veinte mil enemigos.

Entonces Judas y sus valientes resolvieron salir á campaña y hacer ver á sus vecinos, que el poder de Li- sias en el reinado de Eupator no les intimidaba mas que en el de su padre Antioco, ni les detenia, cuando se trataba de defender su religion y su patria. La ruidosa venganza que Dios acababa de tomar de su tirano, era para ellos una nueva prueba de su divina proteccion. Así que el general y su tropa no se preparaban para las expediciones, sino con las mas fervorosas oraciones. Salieron, pues, de Jerusalem, donde habian descansado despues de la toma de Azoto; y Judas, dividiendo su ejército en diferentes cuerpos para caer principalmente sobre las plazas donde estaban los Judíos apóstatas, se hizo dueño de cuantas atacó, á pesar de estos renegados que, como no esperaban cuartel, se defendian á la desesperada. Judas estaba resuelto á no perdonarles, persuadido de que, habiendo sido infieles á su religion, jamás serian fieles á su patria, y murieron en estas ex- pediciones no menos que veinte mil.

Se defienden dos torres, y Judas deja tropas que las tomen para acudir á otro punto amenazado.

Estos primeros golpes hicieron temblar á cuantos enemigos quedaban en la Idumea. En ninguna parte se juzgaban seguros y tomaron el partido de encerrarse en dos torres fuertes. En ellas se atrincheraron, trayendo para su defensa todo género de máquinas. Judas, que fué avisado de estas prevenciones, y que conocia la for- taleza de estas dos plazas, no juzgó que debía ocuparse por sí mismo en un sitio que regularmente seria largo, teniendo cerca de sí otras defensas que hacer mas ur- gentes. Dejó para tomar las dos plazas á los oficiales Simon, José y Zaqueo con un buen número de tropas, acostumbradas á pelear y vencer bajo de sus órdenes; y él con sus valientes partió á otras peleas que urgian mucho mas que la toma de estas dos plazas. No nos dice el sagrado texto qué peleas eran estas que amenazaban; pero es regular que fuesen algunos movimientos de Gorjias, á quien veremos mas adelante presentarse en batalla.

Defecion de un cuerpo de las tropas que batian las torres, y su castigo.

Entretanto que Judas iba al encuentro de enemigos poderosos, los oficiales que habia dejado para tomar las dos torres, adelantaban los trabajos con energia, pero vino á entorpecerlos una traicion. La gente que coman- daba Simon se dejó deslumbrar por el oro, que los prin- cipales apóstatas encerrados en gran número en las torres hicieron brillar á sus ojos. Les ofrecieron y en- tregaron setenta mil didracmas (cuatro millones y nove- cientos mil reales), y estos soldados infieles les dejaron salir, manejándose con tanto silencio, que nada supo su

comandante hasta despues que habian huido. Dieron inmediatamente aviso á Judas, que aun iba marchando, y juzgó de tanta monta esta prevaricacion de sus tropas, que luego contramarchó y volvió con celeridad al campo de los sitiadores. Convocó á los jefes y príncipes del pueblo y les hizo presente la gravedad del delito que acababan de cometer las gentes de Simon. Les representó que su delito era de un ejemplo sumamente pernicioso para todos los soldados: que destruía la disciplina militar: que dando salida á sus enemigos, se podia decir, que habian vendido á precio de dinero la vida de sus hermanos y despreciado las leyes de Dios y las órdenes de su general: que por él no tenia interés alguno particular: que les perdonaria desde luego su desobediencia, si no hubieran atropellado mas que sus derechos; pero que el bien de la patria y la gloria y derechos de Dios, que acaso castigaria en todos ellos el delito de unos cuantos, si ellos le dejasen sin castigo, pedian que se hiciese justicia en los delincuentes. La junta de los jefes y príncipes del pueblo los juzgó reos de muerte, y luego fueron pasados por las armas.

Toma Judas las dos torres y se vuelve á Jerusalem.

El general tomó por su cuenta el ataque de las dos plazas, y entonces se vió lo que puede un solo hombre entregado á la proteccion del Señor, temido de sus enemigos y amado de sus tropas. Acometió á las ciudades y al primer ímpetu las asoló y se apoderó de ellas, matando en el choque mas de veinte mil hombres. Con este golpe terrible quedaron muy debilitados particularmente los Judíos apóstatas, que eran los que daban siempre mas que hacer al Macabeo, y á los que temía mas por el escándalo que daban á su pueblo. Entretanto el general Gorjias no se presentaba en campaña y se mantenía encerrado con sus gentes en las mejores

plazas de los Filisteos y puertos del Mediterráneo, contentándose con motivar con sus salidas algunas alarmas, cual debió ser la que llamó la atención de Judas, cuando se separó del ataque de las torres. Lo que no tiene duda es, que Gorjias temía á su contrario y no se hallaba con ánimo bastante para entrar en una batalla. Esperaba que Judas sufriese algun revés en los sitios que emprendía y batallas que daba, pero todo fué en vano. Judas triunfó siempre, y despues de haber castigado á los enemigos que tenia en la Idumea del poniente se volvió á Jerusalem lleno de gloria.

Guerra con Timoteo.— Cinco ángeles pelean por el pueblo de Dios.

Apenas habia llegado á la ciudad y principiado á dar algun descanso á sus tropas, cuando le avisaron que Timoteo venia con un grande ejército que habia levantado de tropas extranjeras y una numerosa caballería que habia juntado en el Asia; y que avanzaba hacia la Judea en ademan de subyugarla. Era este Timoteo el general á quien Judas habia ya antes batido, y Judas cada dia se acostumbraba mas á no asustarse de semejantes nubarrones, porque siempre contaba con la proteccion soberana. Luego reunió sus tropas y en vez de encaminarse al encuentro de Timoteo, que se acercaba, se dirigieron al templo, y echando tierra sobre sus cabezas oraban al Señor, postrados en la grada del altar, para que les fuese favorable y se mostrase enemigo de sus enemigos, y adversario de sus adversarios, como decia la ley. Así preparados salieron del templo y marcharon al encuentro de sus enemigos, y al anochecer se avistaron ya los dos campos. Pasaron la noche al frente uno de otro, y al salir el sol principió la batalla, teniendo los unos al Señor por fiador de la victoria, á mas de su valor; y los otros el ánimo de su general y

su multitud; pero cuando era mas fuerte la pelea, aparecieron del cielo á los adversarios cinco hombres (cinco ángeles en forma de hombres) sobre caballos adornados de oro, guiando á los Judíos. Dos de ellos teniendo en medio al Macabeo, y cubriéndole con sus armas, le conservaban sin lesion, arrojando al mismo tiempo todos cinco contra los enemigos dardos encendidos y rayos que traspasaban á unos, quemaban á otros y ponían á todos en confusion y desorden.

Derrota de Timoteo y sitio de Gazara.

Ya se deja conocer cuál seria la derrota de este ejército de infieles, atacados á un tiempo por los ángeles del cielo y los hombres mas valientes de la tierra. Veinte mil y quinientos soldados de á pié quedaron tendidos en el campo de batalla, y seiscientos de á caballo. Atónito Timoteo, huyó despavorido á Gazara, plaza cercana y fuerte, en la que mandaba su hermano Chereas. Allí se encerró con las reliquias de su ejército destrozado, y se hizo fuerte con la guarnicion de su hermano. Los ángeles desaparecieron concluida la batalla, y Judas y sus tropas siguieron á Timoteo y las suyas, cercaron á Gazara, donde se habian encerrado, y ya iban cuatro días que la batian con la alegría que les causaba su victoria, cuando los sitiados, confiados en la fortaleza de la plaza, al ver que no la asaltaban, principiaron á insultarlos sin medida, y á proferir palabras abominables y horrendas blasfemias.

Rasgo de valor de veinte jóvenes, y destruccion de Gazara.

Al oirlas veinte jóvenes del ejército de Judas, llenos de indignacion contra los blasfemos, y de celo por la honra de Dios, se acercaron con denuedo al pié del

muro, y al resplandecer el dia quinto del sitio, emprendieron escalarle. Subian, dice el sagrado texto, con un ánimo feroz; es decir, como si fueran tigres ó leones. Derribaban con terribles estocadas cuanto se les oponia, y luego se les vió triunfantes sobre el muro. Sus compañeros corren á segundar su valor. Unos siguen en pos de los primeros, otros encienden las puertas, otros derriban las torres, y todos se esfuerzan por quemar vivos á los blasfemos. Judas abandonó esta abominable ciudad á un saqueo que duró dos dias enteros, y la redujo á ruinas.

Muerte de Timoteo.

Cuando la derribaban y destruian, encontraron á Timoteo que se escondia en un lugar (cueva dicen unos, y otros pozo ó cisterna), y allí mismo le mataron. Tambien mataron á Chereas, su hermano, y á Apolofanes, oficial de mucha cuenta. Tan felices y tan milagrosos sucesos pedian de parte de Judas y sus tropas un reconocimiento inexplicable. Victoriosos y enriquecidos con el botin, volvieron á Jerusalem, bendiciendo al Señor que habia hecho cosas tan grandes en favor de Israel. Se dirigieron al templo, y en el mismo lugar donde antes habian gemido, cubiertas sus cabezas de polvo, cantaban himnos y salmos al Señor que habia enviado hasta cinco ángeles en su defensa y para su triunfo.

Lisias va contra la Judea con un formidable ejército.

No tardó Lisias, regente del reino, en saber con gran sentimiento esta ruidosa desgracia, que tanto perjudicaba á los intereses del rey su pupilo, y luego juntó en los contornos de Antioquia un ejército de ochenta mil

infantes y toda la caballería, que se componía de millares, y se dirigió contra los Judíos. Lisias creyó que esta vez no podrían resistirle, y se lisonjeaba de que tomaría á Jerusalem: que echaría de ella á todos sus habitantes, y llevaría en su lugar colonias extranjeras: que pondría el templo á ganancia y sacaría grandes sumas de dinero como de los otros templos de los gentiles; y que vendería todos los años el sumo sacerdocio. Todo esto pensaba Lisias sin acordarse del poder del Omnipotente. Al contrario en el desenfreno de su entendimiento solo contaba con la multitud de su infantería, los millares de su caballería y con ochenta elefantes. Con este ejército entró en la Judea; principió á combatir sus fortalezas, y acercándose á la ciudad de Betsura, que, como ya hemos visto, era una plaza fuerte situada en un paso muy estrecho á cinco estadios de Jerusalem, combatía aquella plaza. Mas cuando Judas y los que estaban con él conocieron que eran combatidas las fortalezas, rogaban al Señor con gemidos y lágrimas y juntamente todo el pueblo, que enviase un buen ángel para la salud de Israel.

Un ángel anima á los Judíos y destruyen á Lisias.

Judas tomando el primero las armas, exhortó á los demás á exponerse como él al peligro, y á dar auxilio á sus hermanos; y saliendo de Jerusalem con ánimo resuelto, se les apareció uno de á caballo (un ángel) que les precedía, vestido de blanco con armas de oro, y vibrando su lanza. Entonces, todos á una, bendijeron al Señor misericordioso, cobraron grande ánimo, y se sintieron prontos para combatir, no solo con los hombres, sino también con las bestias mas feroces, y para atravesar los muros de hierro. Iban, pues, denodados, teniendo del cielo al Señor por ayuda, y por señal de su misericordia sobre ellos; y arrojándose como leones so-

bre los enemigos mataron once mil de á pié y mil y seiscientos de á caballo, poniendo á todos los demás en huida, y la mayor parte de los que se salvaron no fué sino heridos y desnudos (desarmados); y hasta el mismo Lisias no se libró, sino huyendo vergonzosamente (arrojando las armas). No dice el texto sagrado que este ángel entrase en batalla, como los cinco que batieron á Timoteo, y parece que su aparición solo fué para animarlos y desaparecer luego.

Lisias derrotado propone un convenio á los Judíos y le aceptan.

Era preciso que Lisias hubiera perdido el sentido para no conocer que había alguna cosa singular en tan grandes é inesperados sucesos. Era ya esta la segunda vez á lo menos que se miraba derrotado por un puñado de gente, á cuya presencia habían desaparecido en los años anteriores los mejores ejércitos del reino. Lisias no era un insensato. Hizo serias reflexiones sobre sus derrotas; conoció que los Hebreos eran invencibles, cuando, fieles á su religion, ponían su confianza en su Dios, y por esta vez trató de avenirse con ellos. Desde el punto donde pudo reunir una parte de sus tropas dispersas les envió embajadores para una composicion, prometiendo: que consentiría en cuantas condiciones razonables tuviesen por bien proponerle, y haría que el rey fuese en adelante su amigo. Convino el Macabeo en la negociacion que proponía Lisias, mirando en todas las cosas por el bien de la nacion. Extendió las condiciones del tratado, siendo la primera el restablecimiento de la antigua libertad de los hijos de Israel, sobre todo en lo que miraba al culto del Señor, y á la observancia de sus leyes y costumbres; sometiéndose ellos al mismo tiempo á los tratados hechos entre los reyes de Siria y el pueblo de Dios. Estas condiciones

reconocidas y firmadas por los ancianos del pueblo fueron llevadas á Lisias por los judíos Juan y Abesalon, diputados para este objeto, los que partieron al cuartel general, acompañados de los diputados de Lisias. Este remitió luego al rey, que estaba en su corte de Antioquía, las condiciones del tratado con los Judíos, quedando cerca de su persona los diputados, á los que trató con mucha distincion. No tardó Lisias en recibir la contestacion del rey en dos cartas dirigidas, una á él mismo y otra al senado de los Judíos. Entregó esta á los embajadores judíos acompañada con otra escrita de su parte, y concebida en estos términos.

Carta de Lisias al senado de los Judíos.

« Lisias al pueblo de los Judíos, salud. Juan y Abesalon que fueron enviados por vosotros, entregándome vuestros escritos, pidieron que yo cumpliese lo que ellos me habian venido á significar. Yo hice presente al rey cuanto se le podía representar, y el rey otorgó cuanto le permitia el estado de sus negocios; por lo que, si fuéreis leales al rey, yo tambien os procuraré de aquí en adelante todo el bien que dependiere de mí. En lo demás que pudiera escribiros, he encargado á vuestros embajadores y á los míos, que todo lo confieran con vosotros. Tened salud. El año ciento cuarenta y ocho á los veinte y cuatro dias del mes Dioscoro. »

Carta del rey Antiooco á Lisias.

La carta que el rey envió á Lisias, con la que dirigió á los Judíos, era la siguiente : « El rey Antiooco á Lisias, su hermano, salud. Despues que el rey, nuestro padre, fué trasladado entre los dioses, Nos, deseando que los que estan en nuestro reino vivan en sosiego, y se apli-

quen á sus cosas, hemos oido, que los Judíos no condescendieron con mi padre en ser trasladados al rito de los Griegos, sino que (quisieron) y quieren retener sus costumbres, y por esto nos piden que les concedamos sus leyes. Deseando, pues, Nos, que esta nacion esté tambien en sosiego, hemos ordenado y decretado que les sea restituido el templo para que vivan segun las costumbres de sus mayores. Harás, pues, bien si enviares á ellos, y les dieres la diestra (ajustares la paz) para que, sabiendo nuestra voluntad, tengan buen ánimo y atiendan á sus propios interéses. »

Otra del mismo al senado de los Judíos.

La que envió á los Judíos era esta : « El rey Antiooco al senado y á los demás Judíos, salud. Si estais buenos, estais como deseamos. Nos tambien gozamos salud. Menelao ha venido á nosotros, exponiendo : que deseais tratar con los vuestros que estan con nosotros; y condescendiendo con vuestros deseos, damos la diestra de seguridad (pasaporte ó salvoconducto) á todos los que viniesen hasta el dia treinta del mes Xantico. Concedemos además á todos los Judíos, que usen de aquellas viandas que les estan concedidas por la ley (y no se les obligue á tomar otras), y que se gobiernen por sus antiguas costumbres. Finalmente, queremos que á ninguno de ellos se cause molestia sobre lo que por ignorancia ha pasado, y enviamos tambien á Menelao para que trate con vosotros. Tened salud. El año ciento cuarenta y ocho, á los quince dias del mes Xantico. »

Este Menelao de quien habla la carta del rey, no es el furioso y falso pontífice, á quien vimos cometer tantas atrocidades contra el verdadero y santo pontífice Onías y contra toda la nacion. El resto de la vida de este intruso y su funesta muerte nos darán bien presto á conocer que, aun cuando vivia en este tiempo, estaba muy

lejos su corazón de ser á propósito para tratar de la paz y prosperidad de su patria.

Los negocios de los Judíos se hallaban en un estado muy ventajoso. Lisias los temia, y el jóven Antiocho consentia en la pacífica posesion del templo y la libertad de seguir su religion; pero lo hecho hasta ahora sobre el tratado de paz no era sino preliminares, y este importante negocio debia concluirse en Antioquia, adonde habian de ir los diputados judíos para convenir en los artículos propuestos y firmarlos por ambas partes; mas como los Judíos conocian por demasiadas experiencias el genio de la corte de Siria, quisieron tener quien les apoyase para concluir felizmente el tratado.

Poder de los Romanos y recurso de los Judíos á él.

Estaba ya entonces Roma en disposicion de poner respeto á los mas poderosos monarcas del oriente, y sus insinuaciones eran leyes de las que no se podía huir sin peligro. Tenian sus legados en la corte de Antiocho y al presente en el campo de Lisias, y los Judíos acudieron á ellos, pidiendo su proteccion para la buena conclusion de este asunto. Los Romanos se aprovechaban de todo para engrandecerse, y con el bello pretexto de sostener á los débiles, enflaquecian á los fuertes. Sobre este plan de su política no dejaron pasar tan buena ocasion de mantener en el seno de la Siria una nacion belicosa y capaz de resistir á todas sus fuerzas, como era la judía, á fin de tener á la Siria ocupada y enflaquecida. Recibieron, pues, los legados romanos con mucha atención y cortesia la demanda de los Judíos, y los escribieron una carta llena de benevolencia, que es la siguiente :

Carta de los Romanos al pueblo de los Judíos.

« Quinto Memmio y Tito Manlio, legados de los Romanos al pueblo de los Judíos, salud. Las cosas que Lisias, pariente del rey, os otorgó, tambien nosotros os las otorgamos : mas por lo que juzgó comunicar al rey, despues de haberlo deliberado atentamente entre vosotros, enviadnos cuanto antes alguno para que determinemos, segun os convenga, porque nosotros vamos á salir para Antioquia, y por esto os daréis prisa á responder á fin de que sepamos lo que quereis. Tened salud. En el año ciento cuarenta y ocho á los quince dias del mes Xantico. »

Debilidad del convenio entre Lisias y el pueblo judío.

Mucha razon habia para esperar que una tregua pedida por el general y regente Lisias, en vista de tantos sucesos infelices como habian experimentado sus tropas, parase en una paz duradera, la que, al parecer, se deseaba por ambas partes, y en la cual los Romanos, tan respetados ya y tan temidos, se ofrecian á ser mediadores; sin embargo, los Judíos no sacaron del convenio todas las ventajas que esperaban, y que les eran debidas.

Lisias se volvió á Antioquia al lado del rey, y los Judíos, creyendo que tendrian paz y gozarian de sosiego en virtud del convenio, se entregaron á cultivar sus tierras, que habian estado en gran parte abandonadas con motivo de tantas guerras. Mas fuese que Lisias hubiese dado sus órdenes secretas á los gobernadores que rodeaban la Judea; ó que no pudiese impedir por su poca autoridad, como sucede en las minorías de los reyes, que los gobernadores obrasen arbitrariamente y con demasiada independenciam de la corte; lo cierto es, que estos

gobernadores pasaron por sobre el convenio y continuaron haciendo la guerra á los Judíos. Los que mas se distinguieron en este atropellamiento fueron Timoteo, Aponio, Jerónimo, Demofon y Nicanor; v sobre todos, los habitantes de Jopé, puerto del mar Mediterráneo, que cometieron con los Judíos la mas negra perfidia

Crueldad que los habitantes de Jope cometieron con los Judíos.

Convidaron á los que vivian entre ellos á que entrasen con sus mujeres é hijos en unos barcos que tenían prevenidos, y que les acompañasen a una diversion en el mar, y ellos condescendieron sin el menor recelo, porque estaban bajo la proteccion de la ciudad v de la paz hecha en la Siria; mas cuando ya se hallaron en alta mar, sumergieron en ella á todos los Judíos, hombres, mujeres y niños en número de doscientos.

Los castiga Judas ejemplarmente, y castiga tambien á Jamnia.

Judas se hallaba en Jerusalem cuando supo esta crueldad, y no podia comprender porqué tantos ejemplos de severidad como habia usado en semejantes ocasiones, no contenian en su deber á estos bárbaros; pero ahora mas que nunca conoció, euan irreconciliable era con el pueblo de Dios el aborrecimiento de los gentiles, v que no habia que esperar reposo con ellos, sino exterminándolos. Al momento ordenó á sus soldados que tomasen las armas, e invocando el nombre de Dios, justo Juez, marchó contra los asesinos de sus hermanos. Llegó á Jope de noche, pegó fuego al puerto, quemó cuantos barcos se hallaban en él con todos los que ocupaban, é hizo pasar a cuchillo á los que perdonaban las Hamas

Era su designio tomar la ciudad y exterminar todos los Jopitas; pero habiendo sabido que los de Jamnia querian cometer igual atentado con los Judíos que moraban entre ellos, corrieron á su socorro, los sorprendió tambien de noche, quemó su puerto y todas sus naves, y fué tal el incendio que se veían las llamas desde Jerusalem, distante diez leguas. Hechos estos dos escarmientos no pudo Judas detenetse por entonces á tomar á Jamnia y á Jope para hacer otros en ellas, porque Timoteo, distinto del general de este nombre que fué muerto en Gazara, habia vuelto á encender la guerra al otro lado del Jordán, y era preciso volver á pasar el río para detener sus progresos,

Se encuentra Judas con una tropa de Árabes,
y son derrotados.

Judas tomó el camino del Jordán con sus tropas; mas apenas habian andado nueve estadios, marchando contra Timoteo, cuando se hallaron acometidos por una tropa de Árabes en número de cinco mil hombres de á pié y quinientos de á caballo. Luego se trabó una fuerte refriega, que con la proteccion del Señor dió á Judas una nueva victoria. Despues de haberlos derrotado, le pedian los que habian quedado con vida que les diese la paz, prometiendo ellos, que darían alimentos á las tropas, y las asistirían con todo lo necesario en cualquier tiempo. Judas, creyendo que en muchas ocasiones le podrian ser útiles, les concedió la paz, y dadas las manos derechas, los Árabes se retiraron á sus tiendas y Judas siguió su camino.

Toma de la ciudad de Casfin al otro lado del Jordán.

Pasó el Jordán y fué á poner sitio á la ciudad de Cas-



fin habitada por una mezcla de diferentes naciones. Era una plaza fuerte rodeada de altos muros, y de puentes atrincherados. Los que la ocupaban, fiando en la firmeza de estas defensas y en la abundancia de sus provisiones, no se defendian con vigor, y se contentaban con insultar á Judas con maldiciones y con blasfemias, diciendo lo que no puede hablarse. Mas el Macabeo, habiendo invocado al gran Rey del mundo, que en tiempo de Josué sin aríetes ni máquinas derribó á Jericó, acometió con furor, rompió sus puentes y sus muros, y habiendo tomado la ciudad por voluntad del Señor, dice el texto sagrado, hizo en ella tan gran mortandad, que un estanque vecino de dos estadios de anchura, aparecia teñido de la sangre de los blasfemos.

Guerra con el general Timoteo en el pais de Galaad
y su derrota.

Era Timoteo á quien buscaba Judas, persuadido de que derrotar su grande ejército seria dar fin á la guerra en aquel pais de un solo golpe; y esto procuraba. Supo en Casfin que se habia dejado ver al norte de la tierra de Galaad, casi treinta leguas de distancia. Empezó luego la marcha, las anduvo en poco tiempo con su ejército, y llegó á los contornos de Characa, terreno habitado por los Judíos que llamaban Tubíneos. Timoteo en efecto habia estado allí; pero como los Judíos se habian encerrado en sus fortalezas, y por otra parte supo que Judas venia con su ejército, se retiró contentándose con dejar en la plaza mas fuerte del pais una guarnición de diez mil hombres. Dosíteo y Sosipatro, oficiales principales del ejército de Judas, la acometieron con sus tropas, la asaltaron, la tomaron y mataron los diez mil hombres que Timoteo habia dejado para defenderla.

Las tropas de Judas se componian de seis mil hombres. Formó de ellas doce batallones, cada uno de qui-

nientos soldados. Puso al frente de cada batallon uno de sus mas valientes oficiales, y colocándose á la cabeza de su pequeño ejército, se dirigió contra Timoteo, que tenia ciento y veinte mil hombres de infantería y dos mil y quinientos de caballería. Cuando Timoteo supo la marcha de Judas y que venia á atacarle, envió las mujeres, los hijos y el resto del bagaje á un castillo llamado Carnion, que era de los inexpugnables y ni aun se podia acercar ejército á su entrada por la estrechura de los desfiladeros que le rodeaban. Entretanto Judas llegaba, y apenas se dejó ver el primer batallon, un pavor repentino, causado por una particular presencia de Dios, se apoderó de los enemigos, y tomaron la huida unos sobre otros, atropellándose, derribándose y muriendo una gran parte oprimida, hollada y sofocada por la otra. Al mismo tiempo Judas les cargaba de recio con todo su ejército, y dejó tendidos por los campos hasta treinta mil de estos profanos. El mismo Timoteo no pudo librarse de la confusion y el atropellamiento, y cayó en manos de la tropa que mandaba Dosíteo y Sosipatro. Conducido á la presencia de estos dos comandantes les rogó con grandes instancias, que le concediesen la vida, porque tenia en su poder muchos padres y hermanos judíos, los cuales, muerto él, quedarían sin esperanza de vida, ó á lo menos de libertad; y dándoles Timoteo palabra de que se los restituiria, le dejaron ir salvo para salvar á sus hermanos; porque el castigo del enemigo, por mas justo que fuese, se les hizo imposible, luego que vieron que era preciso ejecutarlo á costa de la sangre preciosa de sus hermanos. Entretanto Judas seguia á los enemigos con la espada sobre ellos y entró con ellos en el fuerte de Carnion, matando aun otros veinte y cinco mil, y quedando á su discrecion las familias y bagajes que habia retirado Timoteo á aquella fortaleza. Una derrota tan completa quitó por mucho tiempo á los paganos de Galaad la gana de volver á declararse contra los Judíos.

Deshecho el numeroso ejército de Timoteo y castigados tan ejemplarmente los enemigos del país de Galaad, aceleró Judas su vuelta á Jerusalem con su victorioso ejército, para ofrecer al Señor en su templo sacrificios de acciones de gracias por los grandes y continuos triunfos que les habia dispensado, y para celebrar la fiesta de Pentecostes que se acercaba. Parece increíble la prontitud con que Judas dió fin á tan gloriosas empresas. En menos de dos meses habia castigado á los habitantes de Jope y de Jamnia, batió á los Arabes, pasado el Jordán, tomado la fortaleza de Casín y otras, derrotado á Timoteo, deshecho y casi exterminado su ejército, y se hallaba de vuelta en Jerusalem. Pero ¡qué no pueden los ejércitos que se ponen bajo la protección del Señor! Sus victorias no les cuestan sino tantos actos de confianza en su Majestad, cuantas son las plazas que tienen que rendir, y las batallas que tienen que dar.

Otra guerra con el general Gorjias y otra victoria de Judas.

No tomó Judas mas descanso en Jerusalem que el necesario para ofrecer sus victimas y celebrar la solemnidad de la fiesta. No tenia en olvido los insultos de Jope y Jamnia, ni la liga que contra su nacion habia formado toda la costa marítima con los Idumeos. Gorjias estaba á la cabeza de ella, como Timoteo habia estado á la de Galaad, y aunque no fuese tan numeroso su ejército, él era por su destreza enemigo mas temible. Judas determinó domarle tan bien de una vez, que escarmentase para siempre. Escogió solamente tres mil de sus valientes de infantería, y cuatrocientos de caballería, porque el teatro de la guerra era llano; y con ellos fué á presentar la batalla. El combate fué obstinado y la victoria estuvo dudosa por algun tiempo. En esta ocasion vió Judas con suma inquietud lo que nunca habia experimentado desde que mandaba las tropas del pueblo de Dios. Siempre

habia vencido sin pérdida, y ahora veía en el campo un número, aunque pequeño, de sus soldados muertos. Esta pérdida afligió extremadamente al general, pero no le turbó; antes faltó poco para que Gorjias perdiese con este motivo la libertad ó la vida. Orgullosa este general pagano al ver muertos algunos soldados de Judas, avanzó demasadamente entre los combatientes, y un soldado judío de á caballo, llamado Dosíteo, hombre de mucho valor, conoció á Gorjias, rompió por entre los enemigos, le asió; pero en vez de matarle, como pudiera, se esforzaba por hacerle prisionero. Entonces otro soldado de á caballo, de Tracia, viendo el peligro de su general, corrió á Dosíteo y le derribó un hombro de un golpe de sable, desprendiendo así de sus manos á Gorjias, quien asustado huyó á todo correr á la considerable ciudad de Maresa. No llevó la huida de Gorjias trás de si la del ejército, como sucede comunmente en semejantes lances; aun se defendió este largo tiempo, y llegó á rechazar el ala derecha de los Israelitas, y á ponerla en tanto peligro, que tuvo Judas que acudir á su socorro. Ocupó el frente del cuerpo de ejército que balanceaba; pidió al Señor que fuese su ayuda y su guía, y levantando su voz (en lengua patria que no entendian los gentiles), cantaba con sus soldados himnos y salmos á grandes gritos. Su ademan imponente, su voz tronante, sus clamores al Cielo, y sobre todo el terror del Señor, asustaron á los enemigos de tal modo, que no pudieron sufrir su vista y huyeron cada uno por donde pudo. (R)

Se descubre al enterrar los cadáveres de los soldados de Judas, muertos en esta guerra, un furto idolátrico.

Conseguida en fin por Judas la victoria, que con tanto empeño se le habia disputado, reunió sus gentes, que no estaban menos admiradas que su general de tanta resistencia, y las condujo á la ciudad de Odolan, no léjos de

Maresa, donde Gorjias se habia refugiado; y sobreviniendo el dia sétimo, purificados segun costumbre, celebraron alli el sábado. El dia siguiente vinieron al campo de batalla para llevar los cuerpos de los que habian muerto en el combate, y enterrarlos en los sepulcros de sus padres; y hallaron ¡qué sorpresa tan sensible! hallaron bajo de las túnicas de los muertos idolatrias, esto es, alhajas ofrecidas á los idolos que habia en Jamnia. Esto les alligó en gran manera; pero hizo que no les sorprendiese ya su muerte. Prohibia la ley expresamente que se tomase cosa alguna dedicada á los idolos, ó que hubiese servido para su culto. Cuanto se hallase de estas cosas debia quemarse, y cualquiera que contravenia á esta ley era reo de muerte. Dios se habia hecho aquí justicia, y conociendo todos que estos infelices habian recibido de mano de los enemigos el castigo de su codicia, bendijeron al Señor por sus justos juicios, le rindieron humildes gracias por haber hecho pública, para instruccion de los demás, la prevaricacion que los culpables habian procurado ocultar, y puestos en oracion rogaban al Señor que fuese entregado á un eterno olvido el pecado que habian cometido.

Piedad de Judas y su ejército para con los muertos.

Con este motivo el valerosísimo Judas exhortaba á todos á que se conservasen sin culpa, viendo lo que habia sucedido por sus pecados á los que habian sido muertos; y á que tuviesen compasion de sus difuntos hermanos, que habiendo muerto peleando y combatiendo como buenos Israelitas en defensa de la religion y del templo, era de esperar que el Señor les habria concedido, sino á todos, á muchos ó á lo menos á algunos, la gracia de que reconociesen y detestasen de corazon su delito antes de morir y muriesen en su divina amistad, aunque sin haber satisfecho enteramente las penas

temporales debidas á sus culpas; y para aliviar ó pagar por ellos estas penas temporales, les exhortaba á que cada uno concurriese con lo que le inspirase su piedad para ofrecer en el templo al Señor sacrificio de expiacion por sus almas.

Su esperanza de la resurreccion.

El Señor bendijo la exhortacion del general, y se colectaron ó reunieron hasta doce mil dracmas de plata (veinte y cuatro mil y seiscientos reales), que envió Judas á Jerusalem para que se ofreciese sacrificio por los pecados de los que habian muerto, pensando, dice el texto, bien y religiosamente de la resurreccion (pues si no esperara que habian de resucitar aquellos que habian muerto, superfluo pareceria y vano orar por los muertos); y porque consideraba que los que habian muerto en la piedad, tenian reservada una preciosísima gracia.

Es santo y saludable rogar por los muertos.

Santa es, pues, concluye el historiador sagrado, y saludable la obra de rogar por los muertos, para que sean libres de sus pecados. Tal es acerca del Purgatorio y de la oracion por los muertos el artículo de fe, profesado por el pueblo de Dios desde el principio del mundo, y por el pueblo cristiano desde el nacimiento del cristianismo.

Judas se determina á emprender la conquista del alcázar de Sion.

Despues de haber cumplido Judas y su valiente y religiosa tropa con este acto de piedad para con sus her-

manos difuntos, es de creer que este valiente general, estando casi á las puertas de Maresa, pensase en ir á sitiarse en ella á Gorjias para acabar de una vez con un enemigo tan porfiado y peligroso; pero las noticias que recibió de Jerusalem, estando aun en Odolan, le pusieron en el caso de acudir á la capital con preferencia á todo. Se le dió aviso por los principales de Jerusalem: que los que estaban en el alcázar del monte Sion, aprovechándose de su ausencia, tenían cercado á Israel, y tomadas todas las entradas y salidas del santuario: que no podían ir á él sin ser insultados por estos gentiles y mucho mas por los Judíos apóstatas, que siempre buscaban el mal de sus hermanos: que la guarnición que había dejado en el recinto del lugar santo, no era suficiente para defenderlos; y en una palabra, que siempre dominarían los gentiles y apóstatas, mientras que tuviesen en Jerusalem una plaza de armas que dominase el templo, é hiciese una esclava de la ciudad santa. Judas recibió con gran sentimiento estas tristes noticias; y la propuesta que le hacían de conquistar el alcázar, le dió mucho que pensar y que discurrir. Juzgaba, como ellos, que era preciso poner fin á este escándalo, que sufrían la ciudad santa y el templo, y no veía empresa mas importante y gloriosa á la nación que la conquista de esta plaza; pero como era tan prudente para tomar sus resoluciones, como intrépido para ejecutarlas, preveía mejor que otro alguno las graves consecuencias de este negocio. Era preciso romper desde luego con el nuevo rey de Siria y su regente Lisias, y renunciar á todas las esperanzas de paz con que la nación se lisonjaba. Por otra parte, la plaza era fuerte en extremo; estaba abastecida de cuanto necesitaba, y la defendían, no solo la guarnición pagana, sino los Judíos apóstatas refugiados en ella, de los que se debía esperar una resistencia desesperada. Ya él mismo había manifestado el deseo de esta conquista, y no determinándose á emprenderla, se había contentado con cercar de muros y torres el monte de Sion, en cuya

cumbre estaba situada. Sin embargo, la santidad del templo y de la ciudad, y las persecuciones é insultos que sufrían sus hermanos en Jerusalem, prevalecieron en el ánimo valiente y piadoso de Judas, y se resolvió la conquista. Tomada esta determinación, levantó su campo de Odolan y se dirigió á Jerusalem, donde le recibieron como á su gran libertador. Puso su conquista bajo la protección del Señor, y todos la encomendaron, acaso con mas fervor que nunca, á su Majestad.

Se da principio al sitio.

Luego principió el sitio de esta famosa y fatal plaza, segun todas las reglas que el arte de la guerra enseñaba en aquellos remotos tiempos. Era esto el año ciento y cincuenta del reinado de los Griegos en Asia, y el primero del rey Eupator en la Siria. Hizo Judas fabricar todo género de instrumentos y máquinas para ofender á los que ocupaban la plaza y defenderse de sus tiros. Con estas prevenciones fué embestida la ciudadela; pero no caminaba la conquista con aquella rapidez que había sido siempre el distintivo de las empresas de Judas. Se le disputaba el terreno por pies, y no se adelantaba la obra, sino con fatigas extraordinarias. Sin embargo, Judas no se desalentaba, sus tropas á su ejemplo estaban determinadas á llevar la conquista á su fin, y esta caminaba, aunque lentamente. Comprendieron los sitiados al ver este empeño, que á pesar de toda su resistencia, tarde ó temprano serían obligados á rendirse á estos valientes, á quienes ni cansaban los trabajos, ni asustaban los peligros.

Acuden los sitiados al rey para que los socorra.

En este apuro logró salir de la plaza en la oscuridad

de la noche un número de paganos, á los que se juntaron algunos apóstatas, y todos corrieron á presentarse á Antioco, para que les enviase un pronto y poderoso socorro. Puestos en presencia del rey, tomaron la palabra los apóstatas, y con un tono lastimoso dijeron: ¿Hasta cuándo, Señor, no haceis justicia y vengais á nuestros hermanos? Nosotros nos resolvimos á servir á vuestro padre, andar en sus mandamientos y obedecer sus edictos, y por esto los hijos de nuestro pueblo se enajenaban de nosotros, mataban de los nuestros cuantos encontraban y talaban nuestras heredades; y hé aquí, que ahora han puesto sitio al alcázar de Jerusalem para ocuparle: han fortificado á Betsura, y si no les tomáis luego la delantera, ellos harán otras cosas mayores y ya no podréis sujetarlos.

Va el rey á socorrer la plaza con un grande ejército.

Quando el rey oyó todo esto, se irritó mucho, y luego llamó á todos sus amigos, á los príncipes de su ejército de infantería y á los comandantes de la caballería, y asimismo tomó tropas á sueldo de las plazas marítimas y de los otros reinos comarcanos y reunió un ejército de cien mil hombres de á pié, veinte mil de á caballo, treinta y dos elefantes adiestrados para la guerra, y trescientos carros armados de hierro. Este grande ejército fué recontado en las cercanías de la corte, y el rey, acompañado del regente, se puso á su frente, y salió para la Judea.

Intentos del falso pontífice Menelao.

Mandó el rey que le siguiesen los apóstatas, entre los que se hallaba uno que podia llamarse su jefe. Este era Menelao, aquel falso pontífice que, como ya hemos

visto, fué el autor principal de la desolacion de su patria, y que vivia tan aborrecido de todos los verdaderos siervos del Señor. No dudó este impio que ahora quedaria Judas derrotado, Jerusalem cautiva, y el templo en poder de los idólatras; y que conseguiria del rey ser repuesto en el ministerio de gran sacerdote, del que era absolutamente incapaz hasta por su nacimiento; pues no solo no era sacerdote, pero ni siquiera levita. A pesar de todo esto, él creyó que, así como con sus falacias habia conseguido el sumo sacerdocio, así con las mismas conseguiria ser repuesto, como ya antes lo habia logrado. A este fin procuraba una ocasion favorable para adular al rey sobre los intereses de su reino, é irritarle contra la Judea su patria, en la que no debia haber nacido, y para conseguir el pontificado que era todo su objeto; pero el Rey de los reyes, dice el texto sagrado, despertó los sentimientos de Antioco contra este famoso criminal, y representándole Lisias, su tutor, que Menelao era la causa de todos los males, mandó que le prendiesen y le hiciesen morir en aquel mismo lugar en que se hallaba el ejército.

Su muerte extraordinaria.

Habia allí una torre de cincuenta codos de altura (veinte y cinco varas), rodeada por todas partes de un muro ó cierra de ceniza, y desde ella arrojaron al sacrilego, que murió sumergido y ahogado en un monte de ceniza. ¡ Muerte digna de un trasgresor de todas las leyes divinas y humanas! No hubo tierra para dar sepultura al homicida que la habia negado á tantos hombres de bien, muertos por su orden, y dejados en los campos para pasto de las aves y las fieras: solo hubo y muy justamente cenizas para este criminal, que tantos delitos habia cometido delante del altar de Dios, cuyo fuego y cenizas habia profanado tan sacrilegamente.

Sabida la marcha del rey, Israel pide su proteccion al Señor.

Hecha esta justicia en Menelao, de la que Dios fué el autor y Antioco el instrumento, marchaba este como un furioso, dispuesto á portarse con los Judios de un modo aun mas cruel que su padre. Cuando Judas lo supo, mandó al pueblo que invocasen al Señor dia y noche, para que, como siempre, así ahora tambien les ayudase, pues era de temer que se viesen privados de su ley, su patria y su santo templo; para que no permitiese que su pueblo, que apenas habia principiado á respirar, fuese sometido de nuevo á naciones blasfemas. Habiendo pedido todos unidos y postrados en tierra por tres dias continuos misericordia al Señor con gemidos y ayunos, Judas les exhortó á que viviesen prevenidos, y acordó con los ancianos salir contra el rey antes que entrase con su ejército en la Judea y se apoderase de Jerusalem, y tambien acordó encomendar al juicio del Señor el buen éxito de esta empresa. Despues de estas piadosas prevenciones ordenó su ejército cerca de la célebre ciudad de Modin, donde su padre Matusias principió la defensa del pueblo de Israel, y habiéndolo puesto todo bajo del poder de Dios, criador del cielo y de la tierra, exhortaba á sus soldados á que peleasen con valor hasta la muerte en defensa de las leyes, del templo, de la ciudad, de la patria y de los ciudadanos.

El rey abre la campaña por el sitio de Betsura, y Judas le mata cuatro mil hombres.

El ejército del rey habia tomado la vuelta por la Idumea para caer sobre el fuerte de Betsura, que era la plaza á cuyas puertas habia sido derrotado últimamente el ejército de Lisias, y estado á punto de perecer este

general y regente del reino. El rey parece que queria anudar su campaña con la del regente y borrar con e triunfo, que tenia por cierto, la ignominia que en aquel sitio habian sufrido su general y su ejército. Abrio, pues, la campaña por el sitio de Betsura. La batió por muchos dias; pero la guarnicion se defendia con mucho valor. Trajeron máquinas y las adelantaron hasta tocar en los muros, mas los valientes que los defendian hicieron una salida y las destruyeron. Venian nuevas máquinas al sitio y nuevas salidas de la guarnicion las destruian, haciendo huir de sus muros á los enemigos; pero estos se multiplicaban, y á pesar del valor con que la guarnicion defendia la plaza, era preciso que al fin un punado de soldados que la defendian, cayese bajo el peso de la multitud. Entonces Judas, que habia reunido su ejército en las cercanias de Modin para observar desde alli los movimientos del enemigo, trató de socorrer á Betsura, ó á lo menos de hacer una llamada al ejército enemigo. Á este fin adelantó el suyo hasta Betzacaran, al frente y no distante del campamento del rey. Tomó lo mas valiente de la juventud que llevaba. Les dió por señal *la victoria de Dios*, y partiendo muy secretamente entre las tinieblas de la noche, cayó sobre el cuartel real, donde no se esperaba un ataque, y mató cuatro mil hombres, y el mayor elefante del ejército con todos los que venian sobre él. Esto sucedió al amanecer, con la ayuda del Señor, y Judas se retiró con sus valientes, despues de una accion tan atrevida y gloriosa, dejando lleno de turbacion y de susto el campamento del rey.

Manda el rey que marche inmediatamente todo el ejército contra Judas á vengar el insulto hecho al cuartel real.

Antioco, que no conocia á los Judios sino por el desprecio que hacia de ellos, y que era naturalmente sóber-

bio, se puso furioso al ver la afrenta que acababa de recibir su real pabellon, y mandó que se marchase inmediatamente á vengarla. Lisias, que habia aprendido en mas de una leccion la superioridad del general de los Judios, acaso habria tomado una determinacion contraria; pero Antioco era joven, era arrebatado, era violento, y sobre todo habia principiado á conocer que era rey. Se juzgo insultado, quiso entrar en batalla, y fué preciso obedecerle y seguirle. Todo se dispuso lo mas pronto posible para el combate. El rey se habia levantado antes de amanecer con motivo de la atrevida y repentina carga de Judas, y se halló en disposicion de ordenar por sí mismo los movimientos.

Preparacion y repartimiento de los elefantes y carga que soportan.

Hizo marchar su ejército por el camino de la plaza de Betzacaran, donde estaba acampado el de Judas, y luego que le alcanzó á ver mandó formar en batalla, y como el inexperto monarca contaba con atropellar desde luego el reducido ejército de los Judíos y hacerle pedazos bajo los pies de los elefantes, trató lo primero de enfurecer estos animales, presentando á su vista zumo de uvas y de moras mezclado, de modo que apareciese ser sangre. por que esta los irritaba en gran manera. Luego mandó repararlos por las legiones, rodeando á cada elefante de mil hombres, vestidos de cota de malla y cubiertos con capacetes de metal, y de quinientos caballos escogidos. Donde quiera que estaba el elefante, allí estaban estos, y donde quiera que iba, allá iban delante y no se apartaban de él para allanar cualquiera tropiezo ó encuentro que se presentase. Sobre cada elefante habia castillos de madera cubiertos por grandes máquinas colocadas sobre ellos. En cada una de estas máquinas se encerraban treinta y dos hombres de valor, que arrojaban desde aquellas al-

turas una nube de dardos y saetas. Un Indio, montado en el cuello del elefante, le guiaba y gobernaba. Parecerá increíble que un solo elefante pudiera llevar tanto peso; pero es necesario saber que los elefantes de la India, de donde los traían los reyes de Siria, eran sin comparacion mayores que los de Africa y llevaban sobre sí hasta seis mil libras de peso, ó doscientas y cuarenta arrobas. El resto de la caballería se colocó en dos trozos al uno y otro lado del ejército, para cubrir sus alas, animarle con el sonido continuo de las trompetas é impedir que se desordenasen los batallones.

Repartimiento del ejército, resplandor de sus escudos y estruendo de sus armas.

Todo el ejército se dividió en dos partes. La una caminaba por los montes, y la otra por los valles, y ambas con gran precaucion. Cuando subió el sol, é hirieron sus rayos los escudos de oro y de bronce, reverberaron y resplandecieron los montes, como si ardieran. Todos los habitantes de los contornos estaban, no solo asombrados al ver aquel resplandor, sino espantados al oír las voces de aquella multitud, el ruido de sus movimientos, y el estruendo de sus armas, porque era, dice el sagrado texto, un ejército en gran manera fuerte. Esperaba Judas tranquilo á este ejército formidable, y lleno de confianza en Dios, no le temia. Dejó que se adelantase bien dentro de los desfiladeros que conducian á Betzacaran, y cuando le vió en estado de no poder volver atrás, le salió al encuentro, y tuvo el valor de ser el primero en la carga. Los soldados del rey la sostuvieron mal y murieron seiscientos hechos pedazos. Sin embargo, las tropas del rey continuaban peleando con el empeño de abrirse paso á los campos de Betzacaran para poner en accion todo el ejército. En tal estado uno de los valientes de Judas suspen-

dió por algun tiempo la atencion de los dos ejércitos con un arrojo que lleno á todos de asombro.

Arrojo asombroso de Eleázar.

Este valeroso se llamaba Eleázar, y la opinion mas comun es que era el hijo cuarto de Matatías. En el calor del combate alcanzó á ver un elefante del ejército del rey, mas alto que todos los otros y cubierto con armas reales. Le pareció que el rey iria sobre él y se ofreció á sí mismo á la muerte por librar á su pueblo y merecer un nombre eterno. Corrió á él con espada en mano por medio de la legion, haciendo caer acá y allá, y malando á derecha é izquierda á cuantos se le oponian, hasta que llegó á ponerse bajo de la bestia y entonces la abrió el vientre á eslocadas y la mató. El monstruo, con los castillos, máquinas y hombres que llevaba, cayó sobre el valiente Eleázar, que murió como otro Samson, malando á sus enemigos. Eleázar por desgracia se engañó, porque no iba el rey en aquella enorme bestia; mas su arrojo, su accion, su celo por su religion y su patria, no fué por eso menos admirable. Tambien trajo la ventaja de infundir en el enemigo un espanto general, de que se aprovechó Judas, como gran capitán, par hacer la mas honrosa retirada.

¶ **Retirada de Judas á su campamento de Betzacaran, y vuelta del rey al sitio de Betsura.**

Juzgó el prudente Macabeo que si se empeñaba en contener por mas tiempo los esfuerzos del enemigo en el puesto avanzado que ocupaba, seria oprimido por la multitud que bajaba de las montañas á derecha é izquierda y avanzaba á cortarle. Judas se retiró á tiempo y entró sosegadamente en su campo de Betzacaran; y despues de haber dado pesadas lecciones á Antioco, y distraido el

ejército del sitio de Betsura, se volvió á Jerusalem para defenderse en ella hasta el último extremo y no dejar el recinto del templo sino con la vida. El rey vió con gusto la retirada de Judas, á quien temia ya mucho, y se volvió á continuár el sitio de Betsura. Se formó este de nuevo, se estrechó con mucho rigor; pero la guarnicion se defendia con valentia. Empleaba tambien el rey los ardidés; pero nada conseguia. Daba asaltos, pero siempre con mucha pérdida y sin ganar terreno. Con esto el ejército del rey se enflaquecia considerablemente. Ya se principiaba á sentir el hambre en Betsura, porque este año era de los sabáticos, ó de descanso de la tierra, y no se sembraba; y Betsura se hubiera visto precisada á rendirse, á no enviarla Judas desde Jerusalem algunas provisiones por un camino desconocido; pero como nunca faltan traidores, aun en las naciones mas amantes de su patria, un Judío, llamado Rodoco, descubrió á los enemigos este camino, y desde entonces la guarnicion quedó sin socorros. Judas vió con gran sentimiento descubierto su secreto, y luego averiguó quién habia sido el traidor. Le hizo prender y mandó aprisionarle para hacer en él una justicia ejemplar á su tiempo.

El hambre hace la capitulacion de Betsura.

Desde que Betsura no recibia ya viveres, el hambre se aumentaba extraordinariamente, pero no crecia menos en el ejército enemigo; por manera que el hambre obligó al ejército del rey á hacer á la guarnicion proposiciones de paz, y á la guarnicion á recibirlas. Las condiciones fueron cuales podian desearse en el caso. Se dejó salir á la guarnicion con todos sus equipajes, y reunirse con su general en Jerusalem sin que nadie la molestase.

Pone el rey sitio al templo.

El rey por esta capitulacion entró en Betsura, y dejando en ella la guarnicion suficiente, se encaminó con todo su ejército á Jerusalem que era el objeto de toda la guerra, y luego principió á batir el muro y los recintos del templo, donde Judas, resuelto á defenderle hasta el ultimo aliento, se habia hecho fuerte con los suyos. El hambre habia alcanzado tambien al ejército de Judas, y con la entrada del rey en Jerusalem, se hizo extremada, porque era ya imposible la introduccion de alimentos. No sucedia lo mismo al ejército enemigo. Aun halló viveres en la ciudad, y mas en la ciudadela, y cuando le faltaban, se derramaba por todos los pueblos y traia lo necesario.

Defensa y esperanza de Judas.

En esta situacion era preciso un milagro para salir Judas del peligro; pero porque era necesario un milagro, le esperó lleno de confianza. Poco habria sido para este grande nombre contar con milagros en sus prosperidades. Una confianza sin pruebas merece pocos elogios. Su gran merito estaba en contar con socorro contra toda esperanza. El se veía en visperas de perder en pocos dias los trabajos de muchos años; de ver destruida de un golpe la obra de la ciudad y el templo, emprendida por la gloria de Dios, sostenida con su proteccion y conducida a su fin á costa de una multitud de prodigios. Sin embargo, tranquilo y activo al mismo tiempo, ni omitia diligencia, ni se asustaba de cosa alguna. Contento con cuan o plugutiese al Señor ordenar en tan gran peligro, *trababa como si estuviera seguro de un feliz suceso*, y esperaba en paciencia los instantes que tuviese el Señor señalados para sacar a su pueblo de una situacion tan pe-

nosa. El rey por su parte procuraba vencer imposibles para asaltar los muros del templo. Dispuso contra ellos todo género de máquinas, ya para arrojar piedras gruesas, y ya para tirar saetas y dardos y globos de fuego. Tambien los sitiados hicieron máquinas contra las máquinas de sus enemigos, y se defendian con un valor que asombraba al rey y a su ejército; pero los alimentos faltaban á las tropas de Judas casi enteramente, y cada dia era necesario acortar las raciones. Apretado el soldado cada vez mas por el hambre, principiaba á desertar y por consiguiente á disminuirse los defensores del santuario; mas Judas estaba resuelto á defender las trincheras hasta quedar solo, y á no permitir que el templo de Dios volviese á caer en poder de los profanos, mientras le quedase un instante de vida. El hambre se hacia horrorosa, pero no habia que hablar de capitulacion, y cuando le decian: que ya no venian á socorrerles ángeles del cielo, como lo habian hecho en ocasiones menos apuradas, él contestaba con su confianza en la proteccion del Señor. Una fe tan viva y tan firme y una confianza tan constante y tan generosa no podia dejar de ser favorecida y premiada; y lo fué en efecto por uno de aquellos sucesos, que sin tener en la apariencia cosa alguna de milagrosos, tienen en realidad todos los efectos del milagro.

Venida de Filipo, regente del reino, á la corte de Antioquia.

Ya hemos dicho que Filipo habia sido nombrado por Antiocho, al tiempo de morir, tutor de su hijo y regente del reino, y no sabemos porqué se detuvo cerca de un año en la Persia, la Media, la Babilonia y demás provincias superiores del imperio, sin venir con el ejército que Antiocho le habia dejado en su muerte, á tomar posesion de la capital y hacerse cargo de su pupilo el hijo de Antiocho, de cuyo trono quedaba encargado, para

hacerle reinar sobre él á su tiempo. Lo que hemos visto es, que Lisias se aprovechó de la ausencia de Filipo para declararse tutor del joven Antioco, que habia criado y tenia á su lado, y para mantenerse en la posesion de la regencia, que le encargó Antioco al salir para Persia. Pues este Filipo tan olvidado llegó á Antioquía con su ejército, cuando menos lo pensaban Lisias y Antioco. Tomó posesion de la capital del reino y principió á gobernarle. Vinieron estas noticias á Jerusalem, cuando el rey se hallaba ya á punto de asaltar el muro y entrar en el templo, y esta venida de Filipo, que era tan natural, fué el prodigio, que obró Dios para sacar del peligro á Judas y su ejército, y librar del enemigo á Jerusalem y su templo.

El rey hace paces con Judas y levanta el sitio del templo.

Lisias quedó consternado con este contratiempo, que le podria despojar de la tutoría, de la regencia y acaso de la vida; y solo pensó en trasladar la guerra de la Judea á la Siria para resistir y destruir á Filipo. Como politico inteligente y sagaz, formó desde luego su plan y se apresuró á presentarle al rey y á los generales del ejército, antes que otro mas sagaz que él se le trastornase. Cada dia nos consumimos, dijo al rey y á los generales. Tenemos pocos víveres y la plaza que sitiarnos es fuerte, y lo que urge sobre todo es acudir á los negocios del reino. Hizo presente en seguida: que habiendo entrado Filipo en la capital con su ejército como regente, seria difícil arrojarle de ella, si se le daba tiempo para aumentar sus fuerzas; y que acaso tendria miras mas altas que la regencia, y trataria de hacerse dueño del cetro: que en cuanto á los Judíos, no se sujetaria su inquietud aun despues de haber ejecutado contra ellos cuanto se meditaba: que mientras quedase un Israelita, no habria paz si no se le dejaba en posesion de su re-

licion, su ley y sus ceremonias: que estos hombres á quienes se queria destruir, nada eran menos que lo que de ellos se pensaba: que teniendo á cubierto los intereses de su religion, aceptarían cualesquiera condiciones razonables que se les quisiesen poner; y que un convenio con ellos se haría en el momento que el rey les concediese continuar viviendo en su religion y guardando sus costumbres: que por esto se habian armado contra Antioco su padre, y estaban armados contra su hijo; y que esto era lo que siempre les ponía las armas en la mano. El rey y sus generales aprobaron el discurso de Lisias, y el rey convino en todo y envió inmediatamente comisionados á Judas para tratar de hacer paces. Judas estaba ya informado de la entrada de Filipo en Antioquía y de la consternacion del rey, del regente y de todo el ejército, y respondió al rey con tanta firmeza, que convirtió en suplicante al que hasta allí se habia portado con tanta soberbia. Temiendo (el rey) aviso, dice el texto sagrado, del que Filipo se habia rebelado en Antioquía, consternado y lleno de espanto, suplicando á los Judíos y sometiéndose á ellos, juró que les concederia cuanto pareciese justo. Judas deseaba verdaderamente la paz y se convino luego en las condiciones, siendo la primera, la esencial y casi la única, el libre ejercicio de su religion. El rey y los príncipes juraron el cumplimiento de estas condiciones, y Judas y sus tropas saliendo del templo y recinto en que se defendian, cumplimentaron al rey y le hicieron los honores debidos.

El rey quebranta el pacto y las quejas de los Judíos le obligan á observarle.

Entró el rey en el monte de Sion y vió las fortificaciones que le rodeaban, y rompiendo el juramento que acababa de hacer, mandó á sus soldados que las derri-

base. Los Judíos comenzaron á quejarse agriamente de este atranellamiento, y á decir en tono bien alto; que ya se veía lo que se podía esperar de los juramentos del rey y los principes, y de la fe de sus tratados. Conocieron el rey y el regente el enojo de los Judíos, y como tenían tanto interés en que esta nacion irritada no se pasase á entender con Filipo, trataron de sosegarla con mil de otras acciones de benevolencia. Visitó el rey el templo. Entró en él con un profundo respeto. Presentó víctimas para un sacrificio, que se ofreció al verdadero Dios, y honró el santuario, ofreciendo ricos dones en señal de su reconciliacion. Abrazó al Macabeo, y le hizo principe y gobernador desde Tolemaida hasta la tierra de los Gerrenos ó Gerasenos. Judas no contaba mucho con estas demostraciones de una amistad, que tenía bastantes razones para no juzgar sincera; sin embargo, procuró aprovecharse de ella. Por lo que tocaba al rey, quedó muy contento con esta alianza que le sacaba del cuidado de que los Judíos la hiciesen con Filipo.

Sale con su ejército de la Judea acompañado de Lisias, y arroja á Filipo de Antioquia.

Compuestas así las cosas en la Judea, salió de Jerusalem para Antioquia rodeado de su ejército y acompañado de su tutor Lisias. Pasó por Tolemaida é hizo saber á los Tolemaenses el tratado de paz que había concertado con los Judíos y el nombramiento de gobernador de su ciudad, que acababa de hacer en Judas Macabeo; pero estos ciudadanos llevaron muy á mal la amistad concertada, temiendo que se rompiese y fuesen envueltos en una guerra. Entonces Lisias, para aquietarlos, subió al tribunal público; expuso las razones que había tenido el rey para firmar la alianza lo que se quejaban, y consiguió con su discurso apaciguar al pue-

blo. El rey, el ejército y Lisias partieron inmediatamente para Antioquia, que era adonde les llamaban todos los intereses. Filipo se había hecho dueño de ella desde que volvió de la Persia, y trataba los negocios del reino como regente y tutor del rey joven, segun la última disposicion de su padre Antíoco; pero no se halló bastante poderoso para resistir á Lisias y á Antíoco. Avanzaron estos con su ejército hasta las cercanías de Antioquia. Filipo les salió al encuentro con el suyo, se dió la batalla, y quedó vencido Filipo y precisado á refugiarse á Tolemeo Filometor, rey de Egipto, temeroso de que el rey Antíoco le quitase la vida. Todo el ejército de Filipo se pasó al de Antíoco, si se exceptúa la guardia que acompañó á Filipo en su huida. El joven rey entró triunfante en la corte, acompañado de su regente y tutor Lisias, donde fué recibido como soberano legítimo, y Lisias como regente del reino. Todo parecía quedar en paz en el imperio de los Griegos con esta destruccion de Filipo; pero una revolueion vino luego á turbarla.

Demetrio Soter destrona á Antíoco, quien pierde la vida juntamente con Lisias.

El año de ciento y cincuenta fué vencido Filipo y buyó del reino de Siria al de Egipto; y el de ciento cincuenta y uno, Demetrio, llamado Soter, hijo de Seleuco, y primo hermano del Antíoco que reinaba al presente, salió de Roma, donde había estado en rehenes mas de trece años, y subió con pocos hombres á una ciudad (Trípólí) sobre la costa del mar, y reinó allí. Su intento, al parecer, era sondear los ánimos, para derrihar del trono á su primo Antíoco. Luego descubrió el descontento de los Griegos con su primo, ó mas bien con el regente Lisias, que lo mandaba todo. Estos antiguos súbditos de Seleuco su padre le reconocieron por rey, y le ayuda-

non á conquistar los Estados que su padre habia poseido. Juntó en Tripoli un buen ejército y construyo bajeles, con los que se apoderó de muchas plazas importantes. No tardó en ser general la revolucion en favor de Demetrio. Seguido este príncipe de su ejército y de la multitud que se le reunia en los pueblos del paso, llegó á la vista de Antioquia, y el ejército de Antioco en vez de salir á defender á su rey, se apoderó de él y de Lisias para ponerles en manos de Demetrio; mas luego que dieron á este aviso de ello, no querais, dijo, que les vea yo la cara, y les mató el ejército. Demetrio entró aclamado en Antioquia, y se sentó sobre el trono que habia ocupado su padre.

Alcimo solicita del rey Demetrio la posesion del pontificado.

La paz, que principiaban á disfrutar los Judíos, acaso habria sido durable, si no hubieran tenido mayores enemigos que los paganos; pero los apóstatas, los impíos y los Judíos corrompidos eran enemigos mucho mas temibles que los mismos paganos. Desde la muerte del santo pontífice y mártir Onías, los verdaderos Israelitas no habian tratado de elegir un sumo sacerdote que le sucediese en esta suprema dignidad, temiendo que en las turbulencias que agitaban la patria, recayese en algun malvado. Los apóstatas tuvieron á Jason, indigno de ser hermano de Onías, á quien usurpó el sacerdocio, comprándole á la raiz pecadora, Antioco el Ilustre. Menelao, que ni aun era levita, compró al mismo Antioco el pontificado que poseía Jason, aumentando la suma; y este fué el segundo pontífice que tuvieron los apóstatas hasta que murió, como acabamos de ver, ahogado en ceniza. Á vuelta de un año eligieron un tercero, llamado Alcimo, tan malvado como Menelao. Es verdad que Alcimo era sacerdote, descendiente de la familia de Aaron y por esto menos incapaz del sumo sacerdocio que Menelao,

que era un seglar benjamita; pero sobre su perversidad, llevaba estampado en su frente el negro borron de la apostasia. Considerando Alcimo que de ningun modo podria acercarse al altar, ni aun librar la vida, si volvia á Jerusalem, se dirigió á Antioquia al nuevo rey Demetrio, solicitando su proteccion, y auxilio para entrar en posesion del pontificado. Le ofreció en su primera audiencia una corona, una palma y unos ramilletes, todo de oro y trabajado con gran perfeccion y nada mas hizo en este dia; pero habiendo tenido una buena ocasion, su perversidad se aprovechó de ella, aun mas allá de lo que habia imaginado su abundante malicia.

Es llamado á un consejo del rey y acusa á Judas y á los fieles Israelitas.

Fué llamado á un consejo del rey en que se debian tratar los negocios de la Judea. Sin duda la corona, la palma y los ramos de oro habian dejado impreso en la memoria del rey el nombre de Alcimo. Fué preguntado este apóstata sobre el estado de la Judea y su forma de gobierno, y ciertamente que no podia ofrecérsele un campo mas propio para sus malvados intentos, y así ya no tanto trató de implorar la proteccion del rey, como de perder á Judas y á todos los buenos Israelitas. Gran príncipe, respondió Alcimo, los que entre los Judíos son llamados Asideos (asistentes al culto divino), de los cuales es Judas Macabeo el caudillo, fomentan las guerras, mueven las sediciones y no dejan estar en quietud el reino; porque aun yo, despojado de la gloria de mis padres (digo, del sumo sacerdocio), he tenido que venirme acá; lo primero, por conservar fidelidad á los intereses del rey, y lo segundo, por mirar tambien por los intereses de los ciudadanos; pues por la malicia de aquellos hombres, toda nuestra nacion sufre no pocas vejaciones. Por tanto os ruego, ¡ó rey! que informán-

doos por menor de todas estas cosas, mireis por nuestra tierra y nacion, segun la humanidad que todos publican de vos; pues mientras viva Judas, no puede haber paz en las cosas. Cuando acabó de hablar Alcimo, sus amigos, que eran los hombres mas perversos é impíos de Israel, y que le habian venido acompañando como á su capitan y cabeza, confirmaron cuanto habia dicho y añadieron otras acusaciones contra los valientes de Israel delante del rey, diciendo: Judas y sus hermanos han perdido á todos vuestros amigos, y á nosotros nos han echado de nuestra tierra. Enviad, pues, un hombre de vuestra confianza que vaya y vea los estragos que han hecho en nosotros y en las tierras del rey, y que los castigue con todos sus amigos y favorecedores. Y con esto acabaron de hablar los malvados y de inflamar el corazon de Demetrio.

Envía el rey á su general Baquides y á Alcimo á la Judea con un fuerte ejército.

Entonces el rey eligió, de entre sus amigos, un grande del reino, llamado Baquides, que tenia el gobierno de la otra parte del rio (Eufrates) y era fiel al rey, y le despachó á la Judea para que viese el estrago que habia hecho Judas; y además concedió al impio Alcimo el pontificado y le mandó que castigase á los hijos de Israel. Baquides y Alcimo se pusieron luego en movimiento y vinieron con un grande ejército á la tierra de Judá. Fácil habia sido á Alcimo engañar al rey ausente de la Judea, pero no sucedió así con Baquides presente en ella. Vió que el grueso de la nacion estaba con Judas y sus hermanos, y que solo un corto número de apóstatas componia el partido de Alcimo; y aunque á la vez sonase mas este, era porque los malos hablan siempre mas alto y causan las bullas y alborotos, de los que huyen los buenos. En Judea sucedía ahora lo que en todos los

pueblos en que hay divisiones con motivo de religion. Casi siempre el partido de las gentes de bien es el que aparece menor, porque no rompe sino con dificultad. Esto sucedió en la Judea; mas no por eso era menos cierto que el partido religioso era el mas fuerte por su número, por su calidad, por su virtud y por su mérito. Esto lo advirtió muy luego Baquides, y aunque llevaba un buen ejército, quiso tentar el camino de la seduccion antes de apelar á las armas.

Baquides y Alcimo proponen paz á Judas y sus hermanos, y estos no les escuchan.

De acuerdo Baquides y Alcimo enviaron mensajeros que hablasen á Judas y á sus hermanos palabras de paz con engaño; pero Judas y sus hermanos habian aprendido con mas de una experiencia lo poco que podian fiar en las palabras de los Griegos y menos en las de los apóstatas; y no dieron oidos á sus palabras, tanto menos, cuanto los veían venir con un grande ejército. No se aprobó esta conducta de los Macabeos por todos los Judíos; pero no tardaron mucho en arrepentirse los que lo desaprobaban. Unos hombres fieles á su religion, y amigos de la paz, suponen fácilmente á sus enemigos en tan buenas disposiciones como ellos y con tan buena intencion como la suya. No queriendo engañar creen que no serán engañados, y sufren terribles desengaños. ®

Pasa una gran comision de Judíos á tratar de ella con Baquides y Alcimo.

Esto sucedió ahora á un número de escribas, doctores y valientes asideos. Supieron la negativa de los Macabeos, y la miraron como nacida de una excesiva desconfianza. Un hombre, dijeron, sacerdote descen-

diente de Aaron, es quien nos convida con la paz; no es posible que quiera engañarnos; y con esta confianza fueron, no á tratar, como ellos pensaban, de la paz, sino á entregarse en manos de sus enemigos, á quienes hicieron las mas justas proposiciones pidiendo la paz, pero no la querian Alcimo y Baquides. Sin embargo, les hablaron palabras pacíficas, y juraron que no les harian mal, ni á ellos ni á sus amigos.

Con la mas cruel perfidia hace matar Baquides á sesenta de la comision.

Los buenos Israelitas les creyeron, y cuando estaban mas confiados sobre sus palabras y juramentos, el pérfido Baquides mandó prender á sesenta de ellos y los hizo matar en un mismo dia; cumpliéndose ahora por segunda vez aquellas palabras del real profeta: Las carnes de tus santos y su sangre derramaron las naciones en rededor de Jerusalem, y no habia quien sepultase. Asi se verificó la prudente máxima de que, con los enemigos de Dios no se puede tener paz, sino con buena guerra, y que no se les quita la gana de hacer mal, mientras no se les quita el poder. La nacion judía se halló convencida de esto con una funesta prueba que la llenó de terror. No hay que contar, dijeron los desgraciados Israelitas que pudieron huir, no hay que contar ni con verdad, ni con equidad en estas gentes. Ellos han quebrantado las palabras que dieron, y el juramento que hicieron. Baquides no habia quedado satisfecho de sangre. Envió tropas por todas partes y prendieron muchos de los que habian huido, y otros que encontraron del pueblo, y este cruel general los hizo degollar y echar en un hondo pozo, complaciendo con esto á su amigo Alcimo.

Baquides se vuelve á Antioquia con el medio ejército, y deja á Alcimo en Judea haciendo estragos con el otro medio.

Baquides creyó haber ya hecho bastante para establecer á Alcimo en Judea y para cumplir con el encargo que el rey le habia dado, y á la verdad que habia hecho mas que debia. Dividió, pues, su ejército. Una parte llevó consigo de escolta á Antioquia, y otra dejó á Alcimo para que se apoderase del pontificado y sujetase ó mas bien destruyese á sus enemigos. Quedó Alcimo al frente de su ejército de extranjeros, y luego se le unieron todos los perversos que habia en Judea y sus contornos. Acostumbrados estos hombres á promover el desorden en el seno de la patria, cuando se les daba tiempo; unidos á los apóstatas, aun mas perversos que ellos, y apoyados por las tropas paganas, se apoderaron en poco tiempo y sin resistencia de una buena parte de la Judea, donde hicieron impunemente grandes estragos. Alcimo, que no contaba sino con estas gentes para establecerse en el pontificado, todo lo aprobaba con tal que le ocase en él. Judas y sus hermanos se habian visto precisados á ocultarse desde que se negaron á comparecer delante de Baquides y Alcimo; ya porque era esta la familia que, entre todas las de Israel, buscaban estos perseguidores, ya porque debian tener mucho sus maquinaciones ocultas, y ya sobre todo porque su negativa á presentarse no habia sido aprobada por los principales de la nacion, con quienes, despues de Dios, contaban siempre los Macabeos en sus peleas y empresas. Supo Judas en su retiro la impia conducta de Alcimo, las crueldades que ejecutaba en los siervos de Dios, sus tentativas para apoderarse del templo, hacerse reconocer por sumo sacerdote y ejercer en él, con escándalo de todo Israel, este soberano ministerio. Supo su liga con todos los apóstatas, los impíos y los hombres per-

didos de la nacion ; y supo en fin , con el mas amargo dolor , que estos indignos Israelitas causaban mas daños en la nacion que los mismos idólatras , y va no pudo ser indiferente á este exceso de males cuyo remedio le pedia la nacion .

**Se presenta Judas con sus hermanos y valientes
y dispersa las tropas de Alcimo.**

Salió de su retiro con sus hermanos , y luego se reunieron aquellos hombres valerosos que tantos tiempos habian peleado á su lado . Recorrió todos los términos de la Judea en contorno ; persiguió principalmente á los desertores de su religion , é hizo morir tan buen número , que de allí adelante no volvieron á hacer correrías y estragos en la Judea . Cuando vió Alcimo que Judas y los suyos eran mas fuertes que su ejército de paganos y apóstatas , y conoció que no podia resistirlos , se volvió para el rey á Antioquía y les acusó nuevamente de muchos delitos . Sus acusaciones exasperaron tanto al rey , que determinó enviar mas tropas á la Judea para destruirla , tomar vivo á Judas y poner á Alcimo por sumo sacerdote del gran templo .

Envía el rey al general Nicanor y á Alcimo con mas tropas .

Eligió para esto á Nicanor , comandante de los elefantes y uno de los principales señores del reino . Sin duda no habia quedado satisfecho de las operaciones de Baquides , y creyó que Nicanor evacuaría mejor esta seria comision por juzgarlo enemigo de la nacion judía , en cuyo país habia recibido grandes afrentas en las batallas con Judas , y de las que procuraría resarcirse con tan buena ocasion . Partió Nicanor para la Judea , acompañado de Alcimo y rodeado de un ejército mas

grande que el que habia llevado Baquides . Apenas entró en ella cuando los gentiles , que en dispersion habian huido de Judas , vinieron en tropas á unirse con él , y aumentaron considerablemente su grande ejército . Luego que los Judíos supieron la venida de Nicanor , y que se le habian unido los gentiles dispersos , rogaban , cubiertos de polvo , á aquel que habia fundado su pueblo , que le conservase siempre y le protegiese con sus acostumbrados prodigios . Sin duda no se halló Judas en Jerusalem en esta ocasion , porque la primera defensa se hizo por su hermano Simon . Juntó este de pronto las tropas que pudo y fué á situarse junto al castillo de Desáú . Nicanor se acercó á él con parte de su ejército , dando orden de que le siguiese todo el resto . Hubo un choque con esta vanguardia , en el que los Judíos hicieron , como siempre , prodigios de valor ; pero viendo Simon que llegaba todo el ejército de Nicanor , consultó con su gran prudencia , y se retiró .

Trata Nicanor de paces con Judas .

Bien conoció Nicanor , en esta primera prueba que los Judíos eran siempre los mismos , y añadiendo este nuevo suceso á los que habia experimentado del valor de Judas de sus hermanos y sus tropas cuando peleaban por su religion y su patria , no se atrevió á entrar en batalla , por lo que envió á Judas tres de sus oficiales , Posidonio , Teodocio y Matías , para ofrecer y aceptar proposiciones de paz ; y habiendo tenido Judas un gran consejo de ancianos y jefes del ejército sobre esto , y convenido en la paz , hizo la propuesta á la multitud y todos unánimemente fueron de sentir que se aceptase la paz . Se determinó el dia y el sitio en que se juntarian los dos generales Judas y Nicanor para tratar entre sí un negocio tan grave , y con esto despidieron á los enviados de Nicanor . Llegado el dia señalado , ambos generales se ha-

llaron en el lugar convenido, y puestos asientos, tuvieron una conferencia secreta. Judas, escarmentado particularmente por la traición que Baquides acababa de cometer con los escribas, doctores y asideos, había tomado las precauciones convenientes á evitar toda sorpresa. Había puesto en los contornos del lugar de la conferencia y puestos mas ventajosos parte de sus mejores soldados, prontos á acudir á la menor señal y á echarse sobre los enemigos, si advertían cualquier movimiento que indicase peligro. Estas precauciones eran muy prudentes, pero no fueron necesarias, porque Nicanor obraba de buena fe.

Se hacen las paces.

La conferencia se tuvo con orden y con buen efecto. Se arreglaron todas las condiciones, y se concluyó el convenio. Desde este momento fué entera la buena inteligencia entre los dos generales. Nicanor vino á Jerusalem, y Judas le recibió con todo género de obsequios. Entonces despidió Nicanor las turbas de soldados que se le habían juntado, temiendo que no sería fácil evitar sus excesos. Amaba Nicanor á Judas con ánimo sincero y le tenía una inclinación singular, y esta inclinación pasó tan adelante, que Nicanor llegó á interesarse en sus negocios domésticos. Viendo que Judas aun no estaba casado, le instó á que tomase estado para que pudiese dejar á su muerte herederos de su valor y virtud en bien de su pueblo. Judas siguió su consejo y se casó en este tiempo.

Vuelve Alcimo á Antioquía, acusa á Nicanor, y manda el rey á Nicanor que le envíe encadenado á Judas.

Miraba el traidor Alcimo con desesperacion una concordia y amistad que trastornaba todos sus planes. Se

entregó á cuanto inspira de furioso una pasión violenta, y se resolvió á perder á Nicanor, á Judas y á su nacion. Corrió á Antioquía, se presentó á Demetrio, y revisiéndose de un celador de los intereses del rey, el que solo lo era de los suyos propios, le dijo: que Nicanor favorecía los intereses ajenos, y que tenía destinado á Judas, por mas enemigo que fuese del reino de Siria, para su sucesor en el gobierno de Judea. Irritado el rey al oír esto de Nicanor, y exasperado por Alcimo, que sin cesar añadía nuevas y pésimas calumnias, escribió á Nicanor, diciéndole: que le tenía lleno de indignacion la amistad que había contraído con el Macabeo, y que luego al momento se le enviase encadenado á Antioquía. Nicanor quedó consternado cuando leyó la carta del rey, y le era de una gran pena tener que romper la amistad que había contraído con un varon que en nada le había ofendido. Al principio dudó si obedecería al rey. La amistad y el honor le eran como un muro invencible, y prevalecían á la vez en su corazón naturalmente recto; pero la orden del rey era expresa y ni aun sufría dilaciones. Fluctuaba violentamente su corazón entre la injusticia y la virtud, pero al fin de muchos combates prevaleció aquella, y desde entonces Nicanor perdió el tino y se dejó arrastrar de una cadena de impiedades y perfidias que le llevaron al fin mas desdichado.

Nicanor trata de apoderarse por traición de la persona de Judas, pero no lo consigue y vomita blasfemias.

Resuelto ya á sacrificar á su amigo, buscaba una ocasión de apoderarse de su persona. Nada mas fácil en la íntima relacion en que se hallaban; pero el Señor, que protegía al capitán de Israel, no permitió que Nicanor acertase á hacer el papel de traidor. Advirtió Judas el embarazo en que se hallaba, y conoció que meditaba algun golpe fatal. Se previno al momento y no dió tiempo

á que pudiese descargarle. Llamó á algunos de los suyos y se ocultó con ellos de manera que no fué posible encontrarles. Quedó Nicanor sumamente pesaroso de haber dejado traslucir su intencion, y desesperado porque habia errado el golpe. Se veía prevenido por Judas, y se hallaba en el caso de no poder cumplir con la orden del rey. En lo mas fuerte de su desesperacion subió al santísimo y augustísimo templo del Dios verdadero, á tiempo que los sacerdotes ofrecian los sacrificios acostumbrados, y les mandó que sin dilacion le entregasen á Judas; y asegurando ellos hasta con juramento, que no sabian donde estaba, extendió este impio su mano hácia el santuario y juró diciendo: Si no me entregarcis á Judas encadenado, arrasaré este templo de Dios, derribaré el altar, y consagraré este sitio al padre Liberio (al dios Baco): y dicho esto, salió furioso del templo. Entonces los sacerdotes, horrorizados de las blasfemias que habia vomitado en la casa de Dios este hombre sacrilego, levantando sus manos al cielo, invocaban á aquel bondadoso Señor, que se habia declarado siempre protector de su amada nacion, diciendo: Vos, Señor del universo que de nadie necesitais, quisisteis que estuviese entre nosotros el templo de vuestra morada; pues ahora ¡ó Santo de los santos, Señor de todas las cosas! conservad para siempre libre de profanaeion esta casa que acaba de ser purificada.

Segunda vez intenta lo mismo y tampoco lo consigue.

Nicanor tuvo noticia del lugar del retiro de Judas y los suyos; y no pudiendo, ó no atreviéndose á acometerles, envió un mensaje diciendo: No haya guerra entre mí y entre vosotros; y daba á entender que se necesitaba una entrevista para concluir el tratado de paz aceptado ya por el rey. Yo, decia, pasaré con poca gente para ver vuestras caras con paz. Judas sabia el ansia

que reinaba en el pueblo por la paz, y aunque con mil recelos, consintió en que Nicanor pasase con poca gente á verle en el lugar en que se hallaba, tomando no obstante sus medidas para no ser sorprendido. Nicanor vino á Judas, y se saludaron uno á otro como amigos; pero los enemigos estaban preparados para prenderle. Judas lo conoció, y al ver que Nicanor habia venido á él con traicion, se levantó de repente, y se retiró lleno de enojo, protestando al traidor general: que no volveria ya á verle sino con la espada en la mano y al frente de sus tropas. Despues de haber errado Nicanor este segundo golpe, ya no debia contar sino con las armas, y Judas con la tropa que le acompañaba se dirigió á Cafarsalama, donde tenia su ejército.

Se da una batalla, pierde Nicanor casi cinco mil hombres y blasfema de nuevo.

Nicanor fué á pelear contra Judas junto á aquella ciudad; y perecieron del ejército de Nicanor casi cinco mil hombres, huyendo los demás á Jerusalem, al alcázar de David, en cuya plaza les recibieron la guarnicion y los apóstatas. Nicanor mas enfurecido con esta pérdida, volvió á subir al templo, y volvieron á salir los sacerdotes á recibirle en paz, y manifestarle además los holocaustos que se ofrecian por el rey; pero se moló de los sacerdotes, los despreció, los vilipendió, les habló soberbiamente, y volvió á jurar con ira, diciéndolos segunda vez: Si Judas y su ejército no fueren entregados en mis manos, cuando vuelva victorioso, pondré luego á esta casa; y se volvió muy furioso. Los sacerdotes vinieron al templo, se presentaron delante del altar, y llorando, dijeron: Vos, Señor, elegisteis esta casa para que se invocase en ella vuestro Nombre, y para que fuese casa de oracion, y de súplica para vuestro pueblo; haced, Señor, un escarmiento en este hombre y en su ejército,

y que caigan á filo de espada; acordaos de sus blasfemias y no permitais que subsistan. Fueron oidas del Señor estas súplicas, como veremos despues; pero no impidieron que Nicanor diese motivo á uno de los espectáculos mas trágicos que jamás dio al mundo un hombre de bien.

Arrojo asombroso del anciano Razías.

Habia en Jerusalem un virtuoso anciano, llamado Razías, muy celoso del honor y pureza de la ciudad santa, con reputacion de mucha piedad, y llamado comunmente padre del pueblo, por el grande amor que este le tenia y la correspondencia con que le honraba. Desde su juventud hasta la edad avanzada en que se hallaba, habia sido el modelo de un verdadero Israelita, y estaba pronto á entregar su cuerpo á los tormentos, y su vida á los verdugos antes que abandonar la religion de sus padres. Queriendo Nicanor manifestar el odio que tenia á los Judíos, envió quinientos soldados para que le prendiesen, porque creía que si lograba seducirle, causaria la mayor afrenta y el dolor mas amargo al pueblo de Israel. Repentinamente se halló sitiada por los quinientos soldados la casa de Razías, y cuando forzada la puerta é incendiada, estaba ya Razías á punto de ser aprehendido, se hirió con su espada, eligiendo ó por un error excusable, ó por un impulso del Espiritu Santo, morir antes que ser esclavo de los idólatras, y que sufrir ultrajes indignos de su nacimiento; mas como por la aceleracion no fuese mortal el golpe, y viese ya á los soldados entrar por las puertas, corrió al muro (estaria la casa pegada á la muralla como la de Rahab) y se arrojó animoso sobre las tropas que cercaban su casa. Retiráronse estas al verle caer, y Razías dió con los hombros y la cabeza en el suelo. Aun conservaba mucho espíritu, y cobrando nuevo aliento se puso en pié. Salía á borbollones la sangre, y estaba herido gravísimamente; sin

embargo, corrió por medio de la gente y subiendo sobre una peña escarpada, ya casi desangrado, sacó y tomó con ambas manos sus entrañas y las arrojó sobre las tropas, invocando al Señor del cuerpo y del alma para que se las volviese otra vez; y de esta manera concluyó su vida este grande hombre, dejando á su nacion una gloria inmortal por su religion, intrepidez y valor, y una prueba asombrosa de su celo por la honra y gloria de Dios.

Nicanor trata de dar una batalla decisiva en sábado.

Confundido Nicanor á vista de la afrenta que le acababa de causar un solo hombre, ya no trató de hacer mas pruebas de esta clase. Marchó á buscar á Judas, resuelto á dar una batalla decisiva, que se le pusiese en las manos; Judas se hallaba en la Samaria, donde tenia un número considerable de buenas plazas, ocupadas por Israelitas fieles. Salió Nicanor de Jerusalem y acampó cerca de Betoron, donde vinieron á incorporársele nuevas tropas de Siria. Cuando supo Nicanor que Judas estaba en las tierras de Samaria, pensó acometerle con todas sus fuerzas en dia de sábado, y como los Judíos, que por necesidad tenian que seguir á este profano, le dijessen: No obreis tan feroz y hárbaramente, sino dad honor al dia de la santificacion y respetad á aquel que ve todas las cosas; el blasfemo Nicanor preguntó si habia en el cielo algun poderoso que hubiese mandado la observancia del sábado; y contestándole ellos: Hay un Señor vivo y poderoso en el cielo que ha mandado guardar el sétimo dia; pues bien, replicó Nicanor, yo soy tambien poderoso en la tierra, y mando que se tomen las armas y se haga el servicio del rey. Sin embargo, Nicanor no pudo ejecutar su designio; fuese porque los Judíos que iban en el ejército se negaron absolutamente á tomar las armas en dia de sábado, fuese porque Judas

con tres mil hombres habia salido de Samaria y venido á acampar en Adarsa, ó fuese, en fin, porque el Señor no permitió que se diese la batalla en este dia santo. Nicanor en extremo orgulloso con las tropas que le habian llegado de Siria, y que eran en tan gran número, que el historiador sagrado las llama el ejército de Siria, en nada menos pensaba que en erigir un trofeo á su gloria sobre la ruina de Judas, de sus tropas y de su nacion.

Judas cuenta con el socorro del Omnipotente, y refiere á sus tropas un sueño que ha tenido.

Por el contrario Judas no contaba sobre el puñado de soldados que comandaba, sino sobre el socorro del Omnipotente. El Macabeo, dice el texto sagrado, siempre esperaba con toda confianza que Dios le auxiliara, y exhortaba á los suyos que no temiesen al acercarse las naciones, sino que tuviesen presentes los socorros recibidos del Cielo, y que esperasen ahora que el Todopoderoso les daria la victoria. Les hablaba de la ley y los profetas: les recordaba las batallas que ellos mismos habian sostenido antes; y poniéndoles delante la perfidia de los gentiles y la violacion de sus juramentos, encendia sus ánimos y les infundia grande valor. Así armaba el valiente Judas Macabeo á sus tropas, no tanto con defensa de escudo y de lanza, como con palabras y exhortaciones de confianza y valor. Les refirió tambien un sueño que habia tenido, y era, dice el texto sagrado, digno de fe; y con él llenó á todos de alegría. Tal fué la vision: vió que Onías, aquel que habia sido sumo sacerdote, varon bueno y benigno, de presencia venerable, de costumbres modestas, de amable conversacion, y que desde niño se habia ejercitado en las virtudes, oraba por todo el pueblo de los Judíos con las manos extendidas. A este tiempo vió que apareció otro varon, insigne por su edad y majestad y rodeado de grande hermo-

sura; y oyó á Onías que le decia: Este es el amor de sus hermanos del pueblo de Israel: este es el que ruega mucho por el pueblo y toda la ciudad santa: este es Jeremas, profeta de Dios; y vió entonces que Jeremas, extendiendo su mano derecha, le daba una espada de oro diciendo: Toma esta santa espada, regalo de tu Dios, y con ella derribarás los enemigos de mi pueblo Israel. Los soldados israelitas, enseñados por la fe que los santos y amigos de Dios se interesan por el bien de sus hermanos que viven en la tierra, escucharon la vision de su jefe como un oráculo del Cielo y un anuncio seguro de la victoria.

Se da la batalla; Nicanor muere en el primer encuentro, y su ejército es exterminado.

Animados así con las exhortaciones de Judas, que eran muy buenas y eficaces para infundir el valor y confortar el ánimo de los jóvenes, resolvieron pelear de manera que su esfuerzo y valentía decidiese la causa y es diese la victoria, porque peligraban la ciudad santa y el templo; pues por sus mujeres, hijos, hermanos y parientes era menor su cuidado. Su principal y mayor temor era, dice el texto sagrado, por la santidad del templo: ¡qué cargo tan terrible para los cristianos del dia! Tambien los que estaban en la ciudad se hallaban muy cuidadosos sobre la suerte de aquellos que iban á entrar en batalla. Cuando los dos ejércitos se hallaron el frente uno de otro, ordenados en batalla, y ocupando su lugar los elefantes y la caballería de Nicanor; el Macabeo, considerando la multitud que venia (contra él y su tropa, reducida á solos tres mil hombres), el aparato de las armas y la fiera de las bestias, extendiendo sus manos al cielo, rogó al Señor, que hace maravillas y que no segun el poder de las armas, sino segun que le place, da á los dignos la victoria, y dijo: Vos, Señor, que en-

viásteis vuestro ángel en tiempo de Ezequías, rey de Judá, y matásteis ciento y ochenta y cinco mil del campamento de Senaquerib, porque blasfemaron contra vos, enviad ahora también, Señor de los cielos, vuestro ángel bueno delante de nosotros en temor de la grandeza de vuestro brazo, para que teman y tiemblen los que, blasfemando, vienen contra vuestro santo pueblo. Mientras que Judas oraba de esta manera, Nicanor avanzaba con fiereza al ruido de las trompetas y de la confusa gritería de los soldados. Entonces Judas y los que estaban con él entraron en el combate invocando al Señor. El día trece del mes Adar (luna de febrero) entraron en batalla los dos ejércitos, y peleando los de Judas con sus manos y pidiendo al Señor con sus corazones; sumamente gozosos con la presencia de Dios, mataron no menos de treinta y cinco mil. El ejército de Nicanor fué derrotado, y muerto su general el primero en el combate. Cuando vieron los soldados que había muerto Nicanor, tiraron las armas y huyeron. Las tropas de Judas fueron siguiendo el alcance, camino de un día, desde Adacer hasta la entrada de Gazara, tocando las trompetas y dando señales (para que les detuviesen); y salieron de todos los castillos de la Judea que había en los contornos, y los rechazaban con valentía, haciéndoles volver hácia los vencedores, que los mataron á espada, y no escapó ni uno de ellos.

Disposiciones de Judas acerca del cadáver de Nicanor.

Tomaron sus despojos, y cuando volvían gozosos del combate, conocieron á Nicanor, que con sus armas estaba tendido por tierra. Entonces alzando todos el grito, bendijeron al Omnipotente, y Judas mandó cortar la cabeza á Nicanor, y con el hombro aquella mano derecha que había extendido hácia el templo jurando que le arrasaria. Mandó también que la cabeza y el brazo fuesen

llevados á Jerusalem. Luego que volvió Judas con sus tropas á la ciudad santa, hizo congregar á los piés del altar á los sacerdotes, á los ciudadanos y á los soldados que había dejado guardando el alcázar, esto es, el templo, y les mostró la cabeza de Nicanor y la mano execrable que, lleno de orgullo, había extendido contra la santa casa de Dios. Mandó también que la lengua de este impío fuese cortada y dividida en menudas partes y se diese á las aves, y que la mano de este demente se colgase (clavada en un madero) en frente del templo. Mandó en fin, que la cabeza se fijase en lo alto del templo para que fuese una señal manifiesta del auxilio de Dios; y con esto se alegró mucho el pueblo, y todos pasaron aquel día en grande regocijo, bendiciendo al Señor del cielo y diciendo: Bendito sea el que preservó incontaminado á su templo. Judas y todo Israel de comun acuerdo determinaron: que el día trece del mes Adar, en que se había ganado la batalla contra Nicanor, fuese solemnizado en todos los años.

Israel con nadie podía transigir en cuanto á la posesion de Jerusalem y del templo.

Tal fué con gran gloria del Dios de Israel, aumento de la fama de Judas y su ejército y asombro de toda la Siria, el resultado de la batalla dada por Judas á Nicanor entre Adarza y Betoron. Asustados los enemigos de un golpe tan inesperado y funesto, necesitaron algun tiempo para volver de su terror, y dejaron lugar á los Israelitas para descansar y aprovecharse de la victoria. El Señor se había escogido la ciudad de Jerusalem y su santo templo para que el pueblo escogido le ofreciese en él sus cultos y sus sacrificios hasta la venida del Mesías, su santísimo Hijo, y en esto jamás podía transigir Israel con sus enemigos. Podía en cualquier otro punto recibir leyes de los alienigenas, pero en to-

cando á la ciudad santa y su augusto templo en nada podian ceder, si no era por la fuerza, y este fué siempre el justo y principal motivo de sus guerras con los extranjeros. Bien prevenia Judas que Demetrio trataria de vengar la muerte de su general y el exterminio de su ejército, y que sus primeros tiros se dirigirian contra la ciudad santa y su templo, y á fin de poder defender estos caros objetos, no solo trató de vivir prevenido, sino tambien de adquirirse alguna alianza que le sostuviese, y buscó la de los Romanos. Si en esto cometió un yerro, procurando socorros humanos, cuando se hallaba rodeado, acaso mas que nunca, de los divinos, solo Dios lo sabe. Sin embargo, yo lo recelo mucho al ver los tristes sucesos que siguieron á esta alianza, como lo sospechará el lector reflexivo; pero dejando estas cosas á los secretos de Dios, el hecho es que Judas contrajo su alianza con los Romanos.

Noticia que tenian los Judios de los Romanos.

Habia oido Judas su reputacion. Se decia que eran poderosos en fuerzas: que convenian en todo lo que razonablemente se les pedia; y que cuantos se habian llegado á ellos, tratando de amistad, la habian conseguido. Habia oido las batallas y las grandes hazañas que habian hecho en Galacia; como los habian sujetado y hecho sus tributarios y cuanto habian hecho en la region de España (no hubo nacion que les resistiese tanto, pues tardaron casi doscientos años en conquistarla); como habian puesto bajo de su poder las minas de plata y oro que hay allí, y que habian conquistado toda aquella region con su paciencia y consejo: que habian sujetado países muy lejanos, derrotado á los reyes que se habian movido contra ellos en los extremos de la tierra, y hecho en ellos grande estrago; y que los demás les pagaban tributo todos los años: que habian vencido en batalla y

sujetado á Filipo, rey de Epiro; á Perses, rey de los Ceteos (Macedonios), y á los demás que habian tomado las armas contra ellos: que habian derrotado á Antioco el Grande, rey de Asia, que les habia puesto guerra con ciento y veinte elefantes, con caballería, con carros y con un ejército muy grande: que le habian cogido vivo, y obligado á que les pagase, él y los que reinasen despues de él, un grande tributo, y á que les entregase rehenes y lo convenido, que era la region de los Indios, Medos y Lidios, sus mejores provincias: que los Griegos, que habian querido destruirlos, fueron derrotados por ellos, y se llevaron cautivas sus mujeres é hijos, los saquearon, ocuparon sus tierras (y ciudades), derribaron sus muros, y las redujeron á servidumbre: que habian arruinado y sujetado á su dominio á los otros reinos é islas que les habian hecho resistencia; pero que con sus amigos, y con los que les guardaban fe, mantenian amistad: que habian sujetado los reinos cercanos y lejanos, porque cuantos oian su nombre les temian: que reinaban ó caian del trono los que ellos querian: que en fin los Romanos estaban muy ensalzados, y que su poder era muy grande.

Esto era la república romana en el tiempo de que hablamos, segun las noticias que de ella se tenian en la Judea, y el Macabeo no encontró cosa mas ventajosa para su nacion que hacer alianza con tan poderosos y fieles amigos. Lo hizo presente á los ancianos y cabezas de familias, y todos convinieron en la utilidad de esta alianza, y en que no era de aquellas que prohibia la ley á causa del peligro de la idolatría, como las de los Amorreos y otras naciones semejantes. Entonces Judas eligió á Eupolemon, hijo de Juan, y á Jason, hijo de Eleázar, y los envió á Roma para establecer paz y alianza con los Romanos. Partieron luego de Jerusalem los comisionados, y despues de un largo viaje, llegaron á Roma felizmente, y habiendo entrado en el senado, dijeron: Judas Macabeo y sus herma-

nos, y el pueblo de los Judíos, nos han enviado para establecer alianza y paz con vosotros, y que nos escribais entre vuestros aliados y amigos. Expusieron despues las muchas vejaciones que les hacia sufrir Demetrio, rey de Siria, y pidieron al senado la proteccion que concedia á los pueblos oprimidos. Agradó á los Romanos lo propuesto por los embajadores judíos, y les prometieron la proteccion que les pedian. Luego formaron de concierto con ellos un tratado de alianza, que hicieron grabar en planchas de bronce y enviar á Jerusalem para que las tuviesen allí como un monumento de paz y alianza; y hé aquí lo que contenian las planchas :

Alianza con ellos.

Bien sea por siempre á los Romanos y á la nacion de los Judíos por mar y por tierra, y sea lejos de ellos la espada y el enemigo; pero si se moviere guerra primero contra los Romanos ó sus aliados en todos sus dominios, les dará socorro de corazon la gente de los Judíos segun lo exigiere el tiempo; y no darán (los Romanos) á los combatientes (á los Judíos) ni suministrarán trigo, armas, dinero, ni navíos, porque así ha parecido á los Romanos; y estarán (los combatientes) sujetos á las órdenes (de los Romanos) sin tomar nada de estos. Asimismo, si se moviere guerra primero contra los Judíos, les asistirán de corazon los Romanos, segun que el tiempo se lo permitiere, y á los que fueren en su socorro (de los Judíos) no se dará trigo, ni armas, ni dinero, ni navíos, porque así ha parecido á los Romanos, y obedecerán sus órdenes (las de los Judíos) de buena fe. Segun estas patabras hicieron los Romanos su tratado con el pueblo de los Judios. Y si despues de este tratado, dijeron, los unos ó los otros quisieren añadir ó quitar de esto alguna

cosa, lo harán de comun consentimiento; y cuanto así añadiesen ó quitaren quedará firme.

Concluido así el tratado, los Romanos, que estaban indignados contra el rey Demetrio por la conducta que usaba con los Judíos, le escribieron una carta que entregaron á los embajadores, y decia : « ¿ Porqué has agravado tu yugo sobre los Judíos, nuestros amigos y aliados? Sabe, pues, que si de nuevo vinieren á quejarse, les haremos justicia contra ti, y te declararemos la guerra por mar y por tierra. » Una proteccion tan decidida debia producir grandes resultados en favor de los Judíos; sin embargo, no se vió que sacasen alguna ventaja considerable de esta alianza, aunque se renovó mas de una vez en los tiempos de Jonatás y Simon, hermanos y sucesores de Judas; ni este mismo héroe tuvo el consuelo de ver las láminas en que se habia grabado, porque no llegaron á Jerusalem los portadores hasta despues de su muerte. Lo que sí tuvo, fué el sentimiento de ver confirmadas sus conjeturas acerca de la resolucion violenta que tomaria Demetrio luego que supiese la entera derrota de su numeroso ejército, del que no habia escapado ni un solo hombre, la muerte del general, y el destrozo de su cadáver, referido por Alcimo y su partido con todas las circunstancias mas capaces de inflamar su cólera.

Vuelve Baquides á la Judea con nuevo ejército. (R)

En efecto, irritado en gran manera Demetrio, hizo reunir en los contornos de Antioquia el ala derecha de su ejército, que siempre se componia de las tropas mas aguerridas, y volvió á enviar á Baquides y á Alcimo á la Judea con este poderoso cuerpo de ejército. Partieron luego de Antioquia estos dos enemigos de Israel, y dirigiéndose por el camino de Gálgala fueron á acampar á la vista de Masalot, plaza situada en la

provincia de Arbella y ocupada por tropas judias. La balieron, se apoderaron de ella, y perdió allí Judas un número considerable de hombres; triste presagio de los males terribles que le amenazaban, y daban principio con esta escaramuza. No se detuvieron los enemigos en Masalot mas que el tiempo preciso para saquearla; y en el mes primero del año de ciento y cincuenta y dos llegaron á las cercanias de Jerusalem con la esperanza de sorprender á Judas en ella; pero se hallaba ya en Laisa, ciudad poco distante. Informados Baquides y Alcimo de que Judas ocupaba con su ejército á Laisa, avanzaron con veinte mil hombres de á pié y dos mil de á caballo hasta Berea, cercana tambien á Jerusalem, y con esto quedaron los dos ejércitos á la vista uno de otro.

Desercion lastimosa de la mayor parte del ejército de Judas.

Judas tenia tres mil hombres escogidos, y segun su valor, debia esperarse que, á pesar de la desigualdad en el número, en vez de rehusar la batalla, no tardaria en principiar el ataque y conseguir la victoria. Los soldados que tenia consigo eran aquellos valientes Israelitas que unidos siempre á su general y siempre seguros de la proteccion del Señor bajo de sus banderas, no le habian abandonado jamás. Judas hacia cuenta con ellos, y le bastaban estos tres mil hombres para desafiar á todas las fuerzas de Siria. Ya se disponia á animarles, segun su costumbre, con sus piadosas exhortaciones para entrar en el combate; pero ¡ó Dios mio! ¡Y cuan profundos son vuestros juicios é investigates vuestros caminos! Estos hombres intrépidos, estos soldados tan famosos en toda Asia, y hasta en el occidente, por su valor, su constancia y sus ruidosas hazañas: estos Israelitas que poco antes, siendo los mismos en número habian muerto al general Nicanor,

y exterminado su formidable ejército, tres ó mas veces mayor que el que presentaba Baquides: estos héroes se hallan, sin saber porqué, sobrecojidos de repente. Sus ojos, turbados por el temor, multiplican los soldados enemigos, y les hacen ver un ejército el mas numeroso que habia venido jamás contra ellos. Pierden su esperanza en el Señor, su confianza en el general y su miramiento al honor; y de tres mil hombres que componen el ejército de Judas, los dos mil y doscientos abandonan el campo antes de principiar la batalla, sin que sea posible detenerlos, y dejan á su general con solos ochocientos hombres al frente de sus enemigos. Era necesaria toda la constancia de Judas para mantenerse firme en un lance tan inesperado. Mirábase abandonado de casi todo su ejército, que á su vista y en grandes tropas huia del combate; y ya no tenia tiempo para reunirle ni esperanza de sacar partido de un ejército fugitivo. Penetrado del mas profundo dolor y sumergido en el mayor desconsuelo, no sabia á qué resolverse; pero no duró mucho esta situacion ajena del héroe. Luego se dejó ver con su hrio antiguo y como en realidad era. Vamos, dijo á los ochocientos hombres que habian quedado con él, vamos á pelear con nuestros enemigos. Acaso lograremos vencerlos, y si el Señor no quisiese concedernos la victoria, nosotros moriremos gloriosamente defendiendo su causa; pero sus compañeros, que tambien habian participado algun tanto del temor, procuraban disuadirle, diciendo: No podremos (vencerlos); mas libremos ahora nuestras vidas y volvamos á nuestros hermanos porque somos pocos. Reunámoslos y animemos su espíritu, y entonces podremos pelear contra ellos y vencerlos. Jamás, dijo Judas al oírlo, jamás permita el Señor que hagamos tal cosa, cual es huir de nuestros enemigos. Si nuestra hora es llegada, muramos valerosamente por nuestros hermanos y no echemos una mancha en nuestra gloria.

Batalla de Laisa cerca de Jerusalem y muerte del héroe de Israel.

Animados los compañeros de Judas con esta valiente resolución de su general, ya no pensaron sino en pelear valerosamente á su lado. El enemigo habia salido de su campamento y venia dividido en dos cuerpos de infanteria, sostenidos por fuertes escuadrones de caballeria. Los honderos y flecheros y los mas fuertes del ejército venian en las primeras lineas, y el general Baquides á la cabeza del ala derecha. Judas, que solo contaba con ochocientos hombres contra veinte y dos mil, no podia dividirlos y todos debian pelear reunidos á sus lados. En esta disposicion se acercaron los ejércitos, y luego mandó Baquides tocar las trompetas y lo mismo hizo Judas. Toda la tierra se conmovió con el sonido de las trompetas y las voces y gritos de las tropas, y en medio de este confuso y pavoroso ruido, se acometieron los dos ejércitos, batiéndose con furor desde la mañana hasta la tarde. Viendo Judas que el ala derecha que mandaba Baquides era la mas fuerte, marchó contra ella con los mas valientes de su tropa, y la deshizo, acuchilló y persiguió hasta el monte de Azoto. Todo el dia habia estado pendiente y dudosa la victoria, y Judas con esta derrota, principió á mirarla como suya; pero el Señor tenia otros designios acerca de su siervo, y si le concedia estas acciones de valor, mas bien era para honrar su muerte, que para alargar su vida. No dejaba Judas de perseguir y cargar fuertemente á los fugitivos; pero cuando vieron las tropas de la izquierda la derrota de su ala derecha, y que Judas y los suyos la perseguian con ardor, siguieron en pos de ellos y se arreció la pelea. Fueron muchos los que cayeron muertos de una y otra parte en esta ocasion, y ¡qué dolor! Judas cayó tambien muerto. ¡Muerte lastimosa! ¡Muerte fatal para el pueblo de

Israel! ¡Muerte que no habrá hombre tan insensible que no experimente al leerla una pena!

Sentimiento de Israel en la muerte de Judas.

Con la muerte de Judas parece que murió tambien la batalla. El campo quedó solo de tropas, pues los demás huyeron, dice el texto sagrado. Jonatás y Simon sus hermanos tomaron el cuerpo, le llevaron á su ciudad de Modin y le enterraron con magnificencia. No es posible explicar el desconsuelo en que Israel quedó sumergido con la muerte de Judas. Todo el pueblo lloraba con llanto inconsolable. Muchos dias duró este llanto general, y en ellos no dejaban de preguntarse afligidos: ¡Cómo ha caído el valiente que salvaba á su pueblo Israel! ¡Cómo se ha oscurecido el esclarecido defensor de Judá! ¿Dónde está el celador de la ley, el que se exponia á tantos y tan grandes peligros por la honra del Señor y la salud de su pueblo? ¿El que consiguió tantas victorias como dió batallas? ¡Ah! su desinterés, su piedad, su celo por la honra del Señor y la pureza de la religion, su amor á sus hermanos, sus heroicas virtudes... todo parecia clamar por la continuacion de esta preciosa vida; pero quiso el Señor otra cosa, y á nosotros solo nos toca conformarnos con su divina voluntad y adorarla. Judas hizo su carrera desde su principio á pasos muy agigantados, y llegó pronto á su término; pero llegó lleno de virtudes y méritos.

Su elogio.

El anciano y valiente Matatias habia elegido al morir de entre sus cinco hijos á Judas para que mandase el ejército. Ahí teneis, les habia dicho, á Judas Macabeo, varon de grandes fuerzas desde su juventud; él será el

general de vuestros ejércitos y manejará la guerra del pueblo. En virtud de este nombramiento y cumplimiento de esta voluntad, Judas luego que espiró su padre, ocupó su lugar y le ayudaban sus hermanos y todos cuantos se habian unido á su padre. Todos concurrían con él á hacer las batallas de Israel con alegría. Judas dilató, dice el texto sagrado, la gloria de su pueblo, se vistió de coraza como un gigante, y se ciñó de sus armas de guerra para combatir y cubrir los campamentos con su espada. Fué como un leon en sus batallas, y como un cachorro de leon que va rugiendo trás de la presa. Perseguió á los malvados, buscándolos por todas partes, y entregó á las llamas á los que turbaban el pueblo. Ahuyentó á sus enemigos con el temor que le tenían. Todos los que se habian entregado á la maldad, quedaron consternados, y la salud (de Israel) fué dirigida por su mano. Exacerbaba á muchos reyes, y alegraba á Jacob con sus peleas. Su memoria será en bendicion eternamente. Recorrió las ciudades de Judá, exterminó de ellas los impíos y apartó de Israel la ira (del Señor). Recogió á los que perecían, y la fama de su nombre resonó hasta los fines de la tierra.

Este magnífico elogio, que hace aquí de Judas la sagrada Escritura, se ve confirmado por toda la historia que de su vida dejamos escrita; pero lo que hace singular su elogio, y que no se ha dicho de ningún otro de los valientes del antiguo Testamento, son las siguientes palabras con que despues de referir su muerte concluye su historia el autor del Libro sagrado: Mas las otras guerras de Judas, las virtudes que practicó y la grandeza de su corazon no estan escritas; porque son muchas en gran número. Este elogio tan grande de Judas tiene tambien la singularidad de ser una sombra, y si se quiere un pronóstico del que hizo de Jesucristo el Evangelista san Juan, concluyendo su Evangelio con estas palabras: Hizo tambien Jesus otras muchas cosas, que si se hubiesen de escribir en particular, juzgo que ni aun en

el mundo cabrian los libros que habrian de escribirse.

Trabajos de Israel por la muerte de Judas.

A la muerte de Judas se siguió lo que siempre acontece á un rebaño sin pastor; se dispersaron las ovejas, y quedaron á disposicion de los lobos, que luego las acometieron é hicieron en ellas un destrozo espantoso. Apenas se supo la muerte del héroe, cuando volvieron todos los apóstatas y hombres perversos que el temor de Judas tenia desterrados y confinados fuera de Israel á entrar en el seno de su patria para despedazar sus entrañas. En estos tiempos sobrevino en Israel un hambre muy grande, que algunos atribuyen á la destruccion de mieses y frutos hecha por los enemigos; y encontrándose la nacion sin pan, sin paz, sin defensor, dominada de un ejército enemigo y asallada por sus malos hijos, se vió precisada á someterse á Baquides y á entregarle su tierra. Este eligió luego hombres perversos y los puso por comandantes de aquel pais, los que perseguían y buscaban á los amigos de Judas para que Baquides los insultase y se vengase de ellos. Apenas hallaban los hermanos y amigos de Judas donde retirarse, porque aun cuando el número de los fieles era sin comparacion mayor que el de los apóstatas y perversos, no podían sin embargo favorecerlos sin exponerse á malos tratamientos de los idólatras y peores de los apóstatas, sus propios hermanos. La persecucion se arreciaba, se hacia intolerable, y hubo en Israel una tribulacion cual no se vió desde que habian dejado de verse profetas en Israel, esto es, desde la vuelta de Babilonia, y reedificacion del templo. La pérdida de un solo hombre era la causa de tantas desdichas, y nunca se conoció mejor la falta de Judas que en este tiempo; mas como era irremediable, trataron de suplirla.

Eleccion de Jonatás en vez de su hermano Judas.

Se juntaron muy secretamente todos los hermanos y todos los amigos de Judas, y dijeron á Jonatás : Desde que murió tu hermano, no ha quedado otro semejante á él que salga contra nuestros enemigos, Baquides y los demás de nuestra nacion. Así, pues, tú serás desde hoy nuestro general en lugar de tu hermano, y manejarás nuestra guerra. Jonatás no aspiraba á las honras de este encargo, ni temia sus peligros; mas por el bien de su pueblo no pudo excusarse. Recibió sobre sus hombros el peso enorme de general que con tanta gloria habia llevado su hermano y guerreó en su lugar. Esta eleccion no pudo hacerse tan secretamente que no llegase á noticia de Baquides, quien, desde que la tuvo, buscaba con la mayor diligencia la ocasion de matar á Jonatás; pero este, su hermano Simon y todos los que estaban con él, lo supieron y se retiraron al desierto de Tecua. Baquides los siguió inmediatamente con todo su ejército, y no teniendo el nuevo general plaza alguna en Judea donde hacerse fuerte, se resolvió á pasar el Jordán para rehacerse en el país de Galaad. Baquides le pasó trás de él con todo su ejército y le seguia de cerca. No podia Jonatás evitar por mucho tiempo la batalla, pero como el corto número de sus tropas le permitia movimientos rápidos y encontrados que no podia seguir un ejército, la iba retardando con gran prudencia por este medio, esperando que se le juntasen los fieles Israelitas que habian peleado al lado de su hermano, y cuyo número engrosaba cada dia considerablemente su ejército. No habiendo tenido tiempo para proveerse de armas y demás pertrechos de guerra, envió á su hermano Juan, acompañado de algunas tropas, á los Nabuteos, amigos antiguos de su hermano Judas, á pedirles que prestasen su aparato de guerra, que era copioso, dice el texto sagrado. Luego se le franquearon los Nabuteos con

mucho gusto; pero cuando Juan volvia con él al ejército, salieron al camino los hijos de Jambri, vecinos de Madaba, se echaron de repente sobre él y su pequeña escolta, les quitaron las vidas y todo lo que traian, y se volvieron con todo á su ciudad.

Jonatás y Simon castigan ejemplarmente la muerte alevosa de su hermano Juan.

Jonatás y Simon, indignados de tan enorme delito contra el que clamaba no solo el derecho individual, sino tambien el derecho de gentes, esperaron ocasion de castigarle y no tardó en presentarse. Supieron que los hijos de Jambri hacian unas grandes bodas, y que llevaban de Madaba con grande pompa y aparato la novia, que era hija de uno de los príncipes de Canaan (á la ciudad del novio que seria canánea). Entonces se presentó con nueva viveza á su imaginacion la sangre de su hermano Juan y de su escolta tan inhumanamente derramada. Subieron á un monte: se ocultaron entre sus espesuras desde donde podian ver sin ser vistos; y alzando los ojos, vieron una multitud de gentes de todas clases que acompañaban á la esposa con un magnífico tren y aparato, y que el esposo y sus parientes y amigos les venian al encuentro con tamboriles y otros instrumentos músicos, y muchas gentes armadas. Entonces bajaron repentinamente del monte Jonatás y los suyos y se echaron con espada en mano sobre ellos. Mataron á muchos, cayeron muchos heridos y los demás huyeron. Las bodas se volvieron en llantos y las músicas en lamentos. De este modo castigaron Jonatás y Simon las muertes de Juan y sus soldados, se resarcieron del robo que habian sufrido, tomando el botín ó despojos que quedaron en el campo, y se volvieron á las riberas del Jordán.

Batalla de Jonatás con Baquides.

Avisado Baquides de que el general Macabeo y su gente habian vuelto á las riberas del rio, se dirigió con todo su ejército á aquel punto, adonde llegó en dia de sábado, porque seguia en la idea de que los Judíos no se defendian en sábado; pero Jonatás sabia muy bien que le era permitido, y que en las circunstancias en que se hallaba era un deber, no solo defenderse, sino acometer en el dia de sábado. Estaba Jonatás cercado por todas partes. Al frente tenia el ejército de Baquides; á la espalda el Jordán, y á los costados arroyos, bosques y lagunas. En tal situacion, prevengámonos, dijo á los suyos, para entrar en combate. Ya no estamos en el caso de poder retirarnos con honor como en los dias pasados. Clamad, pues, al Cielo para que seais librados de vuestros enemigos. Dichas estas palabras, avanza Jonatás seguido de sus tropas, y semejante á su valiente hermano, descarga golpes terribles por todas partes y sobre los cadáveres que va dejando tendidos por tierra, se abre camino hasta llegar á Baquides, le tira el golpe mortal, pero Baquides huye el cuerpo hácia atrás y evita la muerte. No espera Baquides el segundo golpe de un enemigo tan formidable; se aleja con presteza de él, y se cubre con nuevas tropas de su guardia. Combatian los Israelitas con ventaja por todas partes; pero viendo Jonatás la innumerable multitud de sus enemigos, se arroja al rio, le pasa nadando, hacen lo mismo todos los suyos y se forman en batalla en la ribera opuesta sin que en toda esta travesía se mueva ni un solo enemigo. Habia perdido Baquides mil hombres y estado á punto de morir, cuando peleaba con unos hombres que tenian á la espalda el Jordán, y no queriendo perder su ejército, ahora que le tienen al frente, solo trató de volverse á Jerusalem con sus tropas.

Desde este pesado lance no pensó ya Baquides en pe-

lear mas con los Israelitas, mandados por Jonatás, y se aplicó á fortificar todas las plazas de la Judea que presentaban buena defensa. Las hizo rodear de altas murallas, poner fuertes puertas y asegurar con cerraduras, llaves, cerrojos y candados. Puso guarniciones en ellas con orden de que hiciesen correrías por todas partes y persiguiesen principalmente á los que fuesen afectos al partido de Jonatás; pero las plazas que fortificó con mayor esmero fueron Betsura, Gazara y el alcázar de Sion, que eran de la primera importancia. Puso en ellas fuertes guarniciones y abundantes provisiones, y en fin, para asegurarse mas de la quietud y fidelidad de los Judíos, tomó en rehenes los hijos de los principales y los encerró en el alcázar.

Autoridad del pontifice Alcimo.

Así se pasó el año de ciento cincuenta y dos, tan funesto para los Judíos por la muerte de Judas y las desdichas que la siguieron. Gozábase el falso pontifice Alcimo de esta muerte y de estas desdichas que le habian proporcionado entrar en la posesion pacífica del pontificado, y creía haber llegado á la cumbre de su ambicion; pero se vió que, á ejemplo de sus predecesores, no habia subido á ella sino para caer de mas alto. De tantos intrusos como desde la muerte del santo Onias se habian tratado de sumos sacerdotes, ninguno se revistió impunemente de esta sagrada dignidad, sino que á todos siguió un castigo capaz de intimidar á los mas atrevidos, si la pasion de dominar pudiera contenerse con el temor del castigo. Tan perverso Alcimo como sus antecesores, y con mayor libertad para manifestar que lo era, se dejó llevar al último extremo. Miraba muerto al temible Judas Macabeo, léjos de Jerusalem á Jonatás y Simon sus hermanos, y toda la Judea sujeta á un rey idólatra, cuya autoridad poseía él enteramente. En semejante estado juzgó que

todo le era permitido, porque nada tenia que temer de parte de los hombres; pero se olvidaba de que Dios no necesita de los hombres para sus castigos.

Su muerte.

El mes segundo del año de ciento cincuenta y tres mandó Alcimo derribar los muros interiores de la casa del Señor (que formaban el patio de los sacerdotes y levitas), y que se destruyesen las obras de los profetas (Aggeo y Zacarías, que con sus exhortaciones las habian promovido). Debiera causarle horror solo el pensarlo, pero estaba endurecido y luego hizo poner manos en la obra. Alcimo se aplaudía de ella; pero Dios tenia ya levantada la mano para castigarle. Cuando con mas placer estaba presenciando el derribo de los muros, el Señor descargó el golpe, y ya no hubo para Alcimo sino tormentos y muerte. Se le cerró de repente la boca y no pudo volver á hablar ni una sola palabra. Se apoderó de él una parálisis general, y luego murió entre grandes tormentos con espanto de los malos y horror de los buenos.

Baquides se vuelve á Antioquia, pero es llamado otra vez por los apóstatas.

Cuando vió Baquides que habia muerto Alcimo, se tornó para el rey y quedó en reposo la tierra (de Judá) por dos años sin que los Griegos la hiciesen la guerra; pero entretanto que los extranjeros dejaban en paz la Judea, los apóstatas y malos Judíos la dominaban á favor de las guarniciones que habia puesto Baquides en todas las plazas. Estos hombres perversos no podian sufrir que Jonatás y los suyos se mantuviesen firmes y no se rindiesen á la apostasia. Pensaron sorprenderles y de un solo golpe deshacerse de todos. Hé ahí, se dijeron, que

Jonatás y los suyos viven muy confiados y no tienen el menor recelo: traigamos á Baquides y los sorprenderá á todos en una sola noche, y nos librárá de estos hombres que nos desacreditan con el pueblo, y son los únicos que se oponen á nuestros intentos. Creyeron feliz su proyecto, y sin dilacion enviaron á Baquides una diputacion que le dijese que todo estaba en disposicion de sorprender á Jonatás y los suyos, y poner en las manos del rey á estos sus enemigos. Baquides se preparó para venir á la Judea con un grande ejército, y envió secretamente cartas á los de su partido para que sorprendiesen y pusiesen presos á Jonatás y á los que estaban con él, mientras llegaban sus tropas; pero no pudieron, porque fueron avisados en tiempo. Jonatás tuvo noticia individual de los principales que habian tramado esta maldad; logró prender hasta cincuenta y los hizo morir.

Baquides pierde parte de su ejército, hace un tratado con Jonatás y se vuelve á Antioquia.

Estaba ya para llegar Baquides, y era preciso prepararse á una nueva resistencia. Juntaron Jonatás y Simón todas sus tropas y se retiraron á la ciudad de Betbesen, plaza situada en el desierto de Jericó, cerca del Jordán y perteneciente á la tribu de Benjamin. Repararon sus ruinas y la fortificaron. Llegó al fin Baquides con su grande ejército y supo con pena las prevenciones de Jonatás y los suyos. Bien hubiera querido hallarles en poder de los apóstatas, para no tener que volver á medir sus armas con los Macabeos; pero ya no habia otro arbitrio sin pasar por la fea nota de un general cobarde. Hizo Baquides que viniesen á incorporarse con su ejército las tropas que habia dejado en la Judea, y fué á acampar delante de la plaza de Betbesen. La balió por muchos dias, y acercó á ella sus máquinas, pero nada adelantaba. Entonces Jonatás, viendo la debilidad de las ataques de

Baquides, dejó á su hermano Simon en la plaza con las tropas suficientes para su defensa, y tomando consigo un cuerpo de sus mejores soldados, dió vuelta por el país cercano y volvió con un número considerable de tropas que se le reunieron. Embistió al cuerpo de ejército que mandaban Odaren, sus hermanos, y los hijos de Fase-ron; le derrotó y principió á hacer gran destrozo en sus enemigos, y á ganar mucho nombre con repetidas acciones de valor. Entretanto que Jonatás atropellaba y destrozaba una parte del ejército enemigo, Simon y los que estaban con él salieron de la ciudad, quemaron las máquinas, atacaron á Baquides, le batieron y le causaron gran pesadumbre, porque su designio no solo habia resultado fallido, sino muy desgraciado. Baquides, lleno de cólera contra aquellos hombres malvados, que le habian aconsejado que viniese, hizo morir á muchos y trató de volverse á su tierra con el ejército que le habia quedado. Tuvo noticia de esto Jonatás, y para facilitarle una marcha que tanto interesaba á la Judea, le envió mensajeros á fin de ajustar con él paz, ó mas bien un canje de prisioneros. Baquides recibió de buena voluntad á los mensajeros, hizo como queria Jonatás y le juró que jamás volveria á hacerle mal en todos los dias de su vida. Restituyó á Jonatás los prisioneros que tenia de Israel, y recibiendo los suyos, se volvió á Antioquia, y no quiso tornar mas á la Judea.

Gobierna Jonatás la nacion con paz y con grande acierto por cuatro años.

La retirada de Baquides con todas sus tropas, dió á Jonatás la libertad que necesitaba para restablecer los negocios de su religion y su patria. El grueso de la nacion, ó para decirlo mejor, toda la nacion le miraba como á su salvador, aunque durante la opresion no todos se hubiesen declarado abiertamente por temor á las

violencias de los propios y los extraños. En esta situacion Jonatás, siguiendo el plan de su padre Matatías y de su hermano Judas, comenzó á perseguir á los apóstatas y á los impíos, haciéndoles morir ó salir del país. Empleó particularmente su celo en fomentar el culto del Señor, cuyas sagradas ceremonias principiaron á observarse con entera libertad en Jerusalem, sin que las tropas de la ciudadela se atreviesen á oponerse. Sin embargo, Jonatás no quiso fijar su residencia en la capital, mientras que la ciudadela estuviese en manos de los enemigos. La fijó en Macmas, ciudad célebre y fuerte, situada en las fronteras de las tribus de Efrain y Benjamín, en los montes de Betel. Allí fué donde, por espacio de cuatro años que duró la paz, se aplicó Jonatás á gobernar al pueblo fiel de un modo enteramente independiente, y á corregir y á castigar los malos Israelitas. El rey Demetrio, parte cansado de una guerra tan costosa, y parte ocupado con otros enemigos que no le permitian dividir sus fuerzas, no pensaba ya en turbar á los Judíos, y con esto y la buena administracion de Jonatás, Israel volvió á tomar nuevo semblante. Se vió florecer en él la agricultura, restablecerse el buen orden, y sobre todo practicarse las leyes santas y celebrarse con gran celo las ceremonias sagradas.

El rey Demetrio procura hacer de su partido á Jonatás contra el rey Alejandro.

Después de estos cuatro años de paz y felicidad para los hijos de Israel, el ciento y sesenta del imperio de los Griegos en Asia, Alejandro, hijo de Antíoco el Ilustre, ocupó á Tolemaida y reinó en ella. Avisado el rey Demetrio de que Alejandro, no solo habia sido recibido como rey en una ciudad de tanta consideracion, sino de que trataba de conquistar todo el reino que habia sido de su padre, juntó un ejército en extremo numero-

so, y salió en busca de Alejandro para darle batalla. Se había hecho Jonatás ya en este tiempo de tanta consideración para los reyes de Asia, que temió Demetrio no salir felizmente con su empresa á pesar de su grande ejército, si no contaba con el poder de Jonatás, ó si no conseguía á lo menos que no se hiciese del partido de su competidor Alejandro. Con esta idea, antes de venir con él á las manos, tuvo un consejo con sus confidentes y amigos sobre lo que convendría hacer con respecto á Jonatás. Este valiente, les dijo, se acordará de los males que hemos hecho á su nación y á su hermano, ¿y qué no deberemos temer si se une con Alejandro? por tanto soy de sentir, que sin perder momento hagamos alianza con él antes que él la haga con Alejandro contra nosotros. Todos aplaudieron el pensamiento del rey, y luego escribió este monarca á Jonatás una carta, toda de paz, dándole grandes elogios y facultad para levantar un ejército y fabricar armas. Le declaró su aliado, y mandó que se le entregasen los rehenes ó fianzas que había en el alcázar de Sion.

Jonatás se aprovecha de este tiempo favorable para reedificar á Jerusalem y levantar los muros en rededor del monte de Sion.

Jonatás, tan valiente como hábil y previsor, juzgó que sin declararse por Demetrio, ni contraer empeños con él, debía aprovecharse de las ofertas de un rey, que con estas mercedes léjos de hacer gracia á los Judíos, solamente les hacía parte de la justicia que les era debida. Autorizado Jonatás con la carta del rey vino de Macmas á Jerusalem; juntó todo el pueblo; mandó venir á nombre del rey á los principales de la ciudadela para que asistiesen á oír la lectura de la carta real, y fué leída delante de todos. Oyeron los buenos Israelitas el contenido de esta carta con tanta alegría, como temor concie-

bieron los apóstatas al oír que el rey daba facultad á Jonatás para levantar un ejército. La guarnición de la ciudadela entregó á Jonatás los rehenes, que eran los jóvenes de las primeras familias, y Jonatás los entregó á sus padres. Trasladó su residencia de Macmas á Jerusalem y se estableció en ella con la dignidad conveniente al supremo puesto que ocupaba; pero al reconocerla tuvo el sentimiento de ver parte de las grandes ruinas que los furios de Antioco y sus generales habían causado en ella. Hizo reedificar los edificios y casas arruinadas, y con esto principió á renovarse Jerusalem y á mudar de semblante. Mandó también á los operarios que levantasen los muros que debían rodear el monte de Sion, y que el joven Eupator contra la fe de los tratados había hecho derribar pocos años despues de haberlos edificado Judas Macabeo. Quiso que este muro se hiciese de grandes y fuertes piedras cuadradas de sillería para que sirviese de segura defensa contra los ataques del alcázar, y trabajaron los operarios con tan buena voluntad que en poco tiempo se vieron concluidos con toda la fortaleza que Jonatás deseaba.

Estos preparativos asustaron á los extranjeros que Baquides había dejado en las fortalezas que había hecho edificar por toda la Judea. Temían en cada momento que Jonatás con todas sus fuerzas cayese sobre ellos, y no teniendo ya que esperar socorro del rey, serian ellos las primeras víctimas que se sacrificasen á la justicia de la nación. Por este temor, todos abandonaron su puesto y cada uno se volvió á su tierra y su casa. Solo en Betsura quedaron algunos, de los que, dice el texto sagrado, habían abandonado la ley y los mandamientos de Dios, porque esta plaza era para ellos un lugar de refugio. Á este tiempo oyó el rey Alejandro las promesas que el rey Demetrio había hecho á Jonatás, y le contaron las proezas que él y sus hermanos habían hecho, y los trabajos que habían tolerado con admirable constancia y paciencia, y dijo á los que se lo referían, ¿acaso podré-

mos nosotros hallar un hombre tal como Jonatás? Pues veamos cómo le hacemos, no solamente nuestro aliado, sino también nuestro amigo, y luego se puso á escribirle y le envió una carta diciendo :

Carta del rey Alejandro á Jonatás.

« El rey Alejandro á Jonatás su hermano, salud. Hemos oído decir : que tú eres un varón poderoso en fuerzas y digno de ser nuestro amigo, y ahora te constituimos hoy sumo sacerdote de tu nación (ya lo era), y queremos que seas llamado amigo del rey : que unas tus intereses con los nuestros y que guardes amistad con nosotros. » Acompañó Alejandro esta carta á Jonatás con una vestidura de púrpura y una corona de oro, como señal de la particular amistad que contraía con él. Recibió Jonatás con demostraciones de grande alegría los regalos y la carta que le enviaba el rey Alejandro, los presentó al pueblo, y leyó la carta, y es regular que advirtiese su preferencia hacia Alejandro con respecto á Demetrio. Jonatás conocía que en su situación, ora quisiese inclinarse á uno de los dos monarcas, ora mantenerse indiferente, necesitaba tener preparada una fuerza respetable; y así nos dice el historiador sagrado, que levantó un ejército, é hizo fabricar gran cantidad de armas. Cuando oyó Demetrio estas cosas se entristeció en gran manera, y dijo : ¿Cómo hemos dado lugar á que Alejandro se nos haya adelantado á conciliarse la amistad de los Judíos para fortificarse? Yo también quiero escribirles, prometiéndoles alivios de cargas, y dádivas y dignidades para que esten de mi parte y me ayuden ; y les escribió una carta muy larga de la que damos el siguiente compendio.

Otra del rey Demetrio también á Jonatás.

« El rey Demetrio á la nación de los Judíos, salud Hemos oído que habeis guardado la amistad hecha con nosotros y permanecido en ella, y que no os habeis unido á nuestros enemigos, de lo que nos hemos alegrado. Perseverad, pues, como hasta aquí, y os pagaremos bien lo que habeis hecho por nosotros : os perdonaremos muchos impuestos, y os haremos muchas mercedes ; y desde ahora os eximo de tributos y de los impuestos de sal, de coronas, de tercias, de semillas y de la mitad del fruto de los árboles, y quiero que Jerusalem sea santa y libre con todos sus territorios, y que los diezmos y los tributos sean suyos. Renuncio también la posesion del alcázar y le doy al sumo pontífice para que ponga en él la guarnicion que le agrade. Doy libertad sin pago alguno á todos los Judíos que se hallen cautivos en toda la extension de mi reino, sin que paguen tributos por sí, ni por sus ganados. Quiero, en fin, que todos los dias solemnes, sábados, Neomenias, fiestas establecidas por el pueblo, y los tres dias antes y despues de cada solemnidad sean todos de inmunidad y exencion para todos los Judíos que estan en mi reino : que sean alistados en el ejército del rey hasta treinta mil Judíos, á los que se suministrará todo lo necesario ; y que de ellos se saquen los soldados que han de guarnecer las plazas mas importantes del gran rey : que sean encargados de los negocios del reino que piden fidelidad : que tengan jefes de su nacion y vivan en sus leyes ; y que Tolemaida y todos sus territorios, que yo he donado á Jerusalem, sean en cuanto á sus tributos para los gastos de las cosas santas. Hago donacion anual de quince mil siclos de plata (cincuenta y ocho mil doscientos treinta y cinco reales), de los derechos que me pertenecian, para las obras de la casa del Señor ; y á mas de esto, de los cinco mil siclos de plata que se

tomaban cada año del tesoro del santuario para el tesoro del rey, y quiero que estos cinco mil siclos sean para los sacerdotes que estan ejerciendo el ministerio por turno. Mas para reparar las obras del santuario, reedificar los muros de Jerusalem fortificándolos, y construir muros al rededor de las plazas de toda la Judea... Todos los gastos para estas obras serán de cuenta del rey. »

Jonatás y su pueblo prefieren unirse al rey Alejandro.
Se da una gran batalla y muere en ella el rey Demetrio.

Cuando Jonatás y el pueblo oyeron estas promesas, no las creyeron, ni las aceptaron, porque se acordaron de los grandes males que habia hecho en Israel, y les agradó unirse á Alejandro, que sobre ser el primero que les habló de paz, nunca les habia hecho daño; y le dieron socorro en todo tiempo. Juntó Alejandro un grande ejército, compuesto en la mejor parte de las tropas judías, que le envió su aliado Jonatás, y marchó contra Demetrio. Se dieron la batalla los dos reyes y fué puesto en huida el ejército de Demetrio, quedando la ventaja por el partido que sostenian los Judíos. Alejandro siguió con ardor el alcance del ejército de Demetrio, pero habiéndose rehecho este, que aun llevaba á su frente la persona del rey, se renovó la batalla y el choque llegó á ser muy sangriento. Se iba á poner ya el sol, y aun seguia incierta la victoria; pero cayó muerto Demetrio (precisamente en la misma hora en que fué muerto por sus tropas el valiente Macabeo), y luego que murió el rey, perdieron sus tropas el brío, y se entregaron. Nada hubo ya que se opusiese á Alejandro en un reino que no amaba al dueño que perdía, y el nuevo monarca entró en Antioquia sin la menor oposicion y fué proclamado rey en ella.

Alianzas del rey Alejandro con Tolomeo, rey de Egipto,
y casamiento con su hija Cleopatra.

Luego que Alejandro se vió en posesion de tan vastos dominios, pensó en contraer alguna grande alianza que le biciese respetable á sus subditos y á sus vecinos. Envió una embajada magnífica á Tolomeo Filometor, rey de Egipto, con una carta en la que se deja ver la vanidad pueril de un nuevo rey que no está hecho á las victorias. Ya que he vuelto, le decia, á entrar en mi reino, y me he sentado en el trono de mis padres, y he recobrado mi imperio y he derrotado á Demetrio, y entrado en posesion de mis dominios, y vine con él á las manos y le deshice con todas sus tropas y me he sentado en el trono de su reino... por tanto hagamos ahora amistad entre nosotros. Dáme tu hija por mujer, y yo seré tu yerno y te daré á ti y á ella dones dignos de tu persona. No conocia el pobre Alejandro al rey con quien queria estrechar alianza, ni la hembra que pretendia por mujer. Afectó Tolomeo recibir con agrado los embajadores del nuevo rey, y contestó á su carta con el modo mas expresivo. Dichoso el dia, le dijo, en que has vuelto á la tierra de tus padres y en el que te has sentado en el trono de su reino. Yo haré, segun me has dicho en tu carta. Ven á Tolemaida. Allí nos veremos los dos, y te daré á mi hija como me lo has pedido. Poco despues de esta carta salió Tolomeo de Egipto con su hija Cleopatra, y llegó á Tolemaida el año de ciento sesenta y dos, y también Alejandro con un séquito numeroso. El rey de Egipto presentó la princesa á Alejandro, y las bodas se celebraron con aquella magnificencia que acostumbran los reyes.

Convida el rey Alejandro á Jonatás á que pase á Tolemaida á tener parte en sus regocijos.

En dias tan gloriosos no se olvidó Alejandro de lo que debía á Jonatás por lo mucho que habia contribuido á su triunfo. Le escribió una carta muy expresiva en la que le convidaba á que pasase á Tolemaida á tener parte en su alegría, y recibir públicos testimonios de su agradecimiento y de la estimacion que hacia de su persona. No creyó Jonatás que debía negarse á un convite tan obligatorio, y menos, cuando sobre la honra que se hacia á su nacion, podrian tratarse en Tolemaida negocios importantes á su tranquilidad con dos soberanos de dos grandes imperios los mas vecinos á la Judea. Tambien creyó que debía presentarse en tan augusta reunion con el aparato y majestad conveniente á la dignidad de sumo sacerdote de que estaba revestido, y de jefe de una nacion tan esclarecida.

Honores que le dispensa.

Partió Jonatás de Jerusalem con un grande acompañamiento de las personas mas principales, y una lucida escolta de lo mas florido de sus tropas y se presentó en Antioquía con todo el esplendor que correspondia á su persona. Fué recibido por los dos monarcas con las demostraciones de la mayor estimacion, y Jonatás les presentó, obsequioso y generoso, mucho oro y plata y dones muy preciosos. ¡Quién creería que en esta ocasion, cuando Jonatás se hallaba apreciado hasta el extremo por Alejandro, habria hombres que fuesen á acusarle á Alejandro! Pero no hay que buscar prudencia en las resoluciones de los sediciosos. Y se conjuraron contra Jonatás, dice el texto sagrado, hombres pestilentes de Israel, hombres inicuos, querellándose al rey

contra él; pero el rey no quiso oírlos, ni verlos; y no paró aquí, sino que quiso que ellos viesen la estimacion en que tenia al hombre que venian á acusar. Mandó que Jonatás fuese revestido del manto de púrpura propio de reyes, y le hizo sentar á su lado delante de su corte, y para que toda la ciudad fuese testigo del aprecio que hacia de Jonatás y del interés que tomaba por su aliado y amigo, mandó á los principales de su corte que saliesen con él por toda la ciudad, y que hiciesen publicar: que nadie en su reino fuese osado á interpelarlo sobre ningun negocio, ni causarle la menor molestia bajo de ningun pretexto. Todo se ejecutó como lo ordenaba el monarca; y cuando los acusadores vieron á Jonatás cubierto con el manto de púrpura y puesto en tanta altura de gloria, todos huyeron por temor del castigo que merecia su insolencia; y desde este dia no cesó Alejandro de colmar de honores á Jonatás. Le escribió publicamente entre sus primeros amigos, y hasta dió á entender que queria partir con él la potestad soberana. Lleno Jonatás de reconocimiento al Señor, que así habia dispuesto el corazon del rey en favor de su pueblo, volvió á Jerusalem, adonde no llevó que contar sino palabras de paz y alegría, y donde fué recibido como un digno ministro de Dios vivo y un protector de su nacion.

Jonatás se aprovecha de tres años de paz para aumentar el culto del Señor y hacer la felicidad de su pueblo.

Por tres años que duró la paz en Siria y Judea fué constante la amistad entre el rey Alejandro y el pontífice Jonatás. Este se aprovechó bien de la tranquilidad para llevar adelante las mejoras de su patria; para multiplicar las fortalezas, disciplinar las tropas, cultivar las tierras, y sobre todo, para hacer que se aumentase mas y mas el culto del Señor; pero no podia conmovirse la Siria

sin que se sintiesen sus vaivenes en la Judea, y Jonatás se halló metido por necesidad en la revolucion que principió en aquel reino el año de ciento y sesenta y cinco de los Griegos, y que vamos á referir por lo que toca al compendio de la historia santa que escribimos.

Demetrio, hijo del difunto Demetrio, disputa la corona á Alejandro.

El rey Demetrio, derrotado y muerto por el rey Alejandro, tenia dos hijos jóvenes, cuando perdió la corona y la vida. Su padre en la incertidumbre de los sucesos de la guerra, habia tenido cuidado de apartar á sus hijos del peligro, y así no cayeron en manos del vencedor Alejandro. El mayor, llamado Demetrio como su padre, habiendo sabido que la disposicion de los ánimos para con Alejandro se habia mudado desde que reinaba en Siria, creyó que no le seria imposible hacer que valiesen sus pretensiones al reino de su padre. Salió de la isla de Creta, donde estaba retirado, y se dirigió á la Siria. Estaba Alejandro fuera de Antioquía cuando supo esta novedad, y se contristó mucho, porque temia la mala disposicion de sus subditos. Voló á su capital para impedir la desercion, y suspendió por algun tiempo el curso de la revolucion. No olvidó aquí Jonatás sus obligaciones para con Alejandro. Permaneció unido á él constantemente, y se puede decir, que solo Jonatás fué quien detuvo la rapidez de la corriente que estaba para anegar á Alejandro. Desde luego fué reconocido por rey el joven Demetrio en la Celesiria, provincia de las mas importantes del reino.

Apolonio, general de la Celesiria, fué infiel á Alejandro, se unió á Demetrio y desafió á Jonatás aliado de Alejandro.

Apolonio, que la gobernaba en nombre del rey Alejandro, faltando á la fidelidad, se habia pasado á Demetrio, y este le nombró general de sus tropas. Apolonio habiendo levantado un grande ejército, llegó con él hasta Jamnia en los confines de la Judea y envió desde allí un mensajero á Jonatás sumo sacerdote, diciendo : Tú solo nos resistes, porque ejerces tu poder en los montes, y yo he venido á ser un objeto de burla y oprobio. Ahora, pues, si confías en tus tropas, ven á nosotros en la llanura y midamos allí nuestras fuerzas, porque la fuerza de las batallas está siempre conmigo. Pregunta y sabrás quién soy yo, y los demás que vienen conmigo, los cuales dicen : que no se puede mantener firme vuestro pié delante de nosotros, porque dos veces fueron obligados vuestros padres á huir (de nosotros) en su tierra. Y tú ahora, ¿cómo podrás sostener el ímpetu de la caballería y de un ejército numeroso en la llanura, donde no hay ni piedras, ni peñas, ni lugar para huida?

Jonatás se conmueve al oír los retos de Apolonio y sale contra él á campaña.

Quando oyó Jonatás las palabras de Apolonio se conmovió su corazón, y tomando diez mil hombres escogidos salió de Jerusalem y vino á incorporarse con él su hermano Simon, que mandaba un cuerpo separado del ejército. Reunidos los dos hermanos fueron á acampar cerca de la ciudad de Jope, que les cerró las puertas. Había puesto en ella Apolonio una guarnicion fuerte, y Jonatás se vió precisado á detenerse y ponerla sitio. Desde luego intimó la rendicion al comandante, amenazando

si no se rendia con castigos terribles. Asustados los habitantes tomaron la resolucion, contra la voluntad del comandante de la guarnicion, de rendirse al general israelita. Abrieron las puertas y Jonatás entró en ella con todo su ejército, echó de allí, ó por mejor decir, huyó de allí la guarnicion espavorida, y Jonatás se hizo dueño de la ciudad. Luego que supo Apolonio la toma de Jope, levantó su campo de Jamnia, y con tres mil caballos y su numeroso ejército de infantería se dirigió á la ciudad de Azoto, dando á entender que queria entrar en ella; pero habiendo llegado á una llanura que habia en sus cercanias, y que era el objeto de su movimiento, hizo alto y acampó allí, porque el terreno era muy ventajoso para obrar la caballería, en la cual confiaba mucho y con la que esperaba derrotar á los Judios, que casi todos peleaban á pié.

Modo singular con que Jonatás consigue una gran victoria contra Apolonio.

Jonatás siguió á Apolonio hasta la llanura de Azoto y principió la batalla; mas Apolonio habia dejado una emboscada de mil caballos en el campo á espaldas de Jonatás para que viniesen á acometerle por la retaguardia en el calor de la pelea. No ignoró Jonatás esta emboscada y mandó á los suyos: que se cerrasen en cerco y ninguno se separase: que se armasen con sus lanzas y cubriesen con sus escudos; y que recibiesen las descargas de los enemigos sin moverse hasta nuevas órdenes. Llegó la emboscada y con ella quedó cercado enteramente el ejército de los Israelitas. Todo el dia, desde la mañana á la tarde, dió vueltas la caballería para asaltarles, pero no pudieron romper por un cuadro erizado de lanzas. La infantería arrojaba multitud de dardos y saetas, mas los Israelitas se cubrian con sus escudos y se libraban de sus golpes. Cuando ya todos estaban can-

sados con una pelea que duraba desde la mañana hasta acercarse la noche, tomó Simon su cuerpo de ejército, se arrojó sobre la infantería, la rompió al primer encuentro y la puso en huida. La caballería estaba ya tan fatigada, que ni pudo defender la infantería ni á sí misma, y acometida tambien por Simon, se desordenó, y los que huyeron tanto de infantería como de caballería hacia Azoto, se refugieron en la ciudad y entraron en Bet-Dagon su ídolo, para salvarse allí; pero Jonatás con todo el ejército habia cargado sobre ellos por todas partes y los perseguia de muerte. Puso fuego á Azoto y á las ciudades que habia en los contornos. Tomó sus despojos, y quemó el templo de Dagon con todos los que se habian encerrado en él. Murieron á hierro y quemados como unos ocho mil hombres, y en esto vinieron á parar las valentonadas de Apolonio, de quien nada vuelve á decirse.

Reciben los Ascalonitas á Jonatás con todo género de obsequios, y el rey Alejandro le aumenta los honores.

Despues de esta victoria tan singular por el modo de conseguirla, como completa y gloriosa, dirigió Jonatás su marcha á Ascalon. Noticiosos los Ascalonitas del suceso de Jope y de la victoria de Azoto, no trataron de hacer resistencia. Salieron al encuentro del vencedor de Apolonio con grande pompa, y le recibieron en su ciudad con todo género de obsequios. Jonatás en vista de este buen porte, salió de ella sin causar el menor mal y se dirigió á Jerusalem con su ejército victorioso y enriquecido con los despojos de sus enemigos. Informado Alejandro del valor y servicios que le hacia su valiente aliado, no sabia cómo aumentar sus honores para manifestarle su agradecimiento. Le envió el broche de oro, presente de la mayor distincion, que solo se hacia á los parientes del rey, y le dió en toda soberanía á Acaron,

ciudad inclita, y una de las cinco satrapías ó cortes de los Filisteos con todo su territorio.

Traicion del rey Tolemeo contra su yerno Alejandro.

Si Alejandro tuviera que pelear solamente con el joven Demetrio, acaso le habria obligado á abandonar su empresa, estando, como estaba, sostenido por todas las fuerzas de la nacion judía; pero la tempestad se formaba mas léjos y venia de la parte que menos debia temerla. Tolemeo su suegro aspiraba á unir sobre su cabeza las dos coronas de Egipto y de Siria, y formar la monarquía mas poderosa del mundo. La ocasion era la mas bella para entrar Tolemeo en el reino de Alejandro y apoderarse de él. Demetrio intentaba derribar á este su yerno del trono juntamente con su hija Cleopatra, y nada mas natural que acudir su padre Tolemeo á sostenerlos en él. Salió, pues, este monarca de Egipto con un ejército como la arena que está á la orilla del mar, dice el texto sagrado, y con una numerosa escuadra. A nadie se ofreció que Tolemeo llevase otras miras que defender á su yerno y su hija, y así entró en la Siria como suegro de un rey, á quien iba á defender. Todas las ciudades le abrian sus puertas y salian á recibirle segun las órdenes que tenian del rey Alejandro, quien queria que en todas partes se le hicieran los honores debidos á un suegro del rey. Abusaba Tolemeo vilmente de esta confianza. Luego que entraba en cualquiera ciudad, ponía en ella guarnición de su gente, y se iba haciendo dueño de todas las que encontraba en el camino. Pasó junto á Azoto y los ciudadanos le manifestaron el templo de Dagon quemado, la ciudad y sus contornos arruinados, y los cadáveres amontonados al lado del camino, y le dijeron: Jonatás ha hecho todo esto. Ningun cuadro podia ponerse á la vista del rey mas á propósito para irritarle contra Jonatás; pero el rey nada dijo. Luego llegó Jonatás con el

séquito correspondiente á su dignidad á visitar al rey, que se hallaba ya en Jope, y el rey en nada se dió por entendido. Se saludaron mutuamente con toda urbanidad y pasaron allí la noche juntos. Acompañó Jonatás al monarca hasta el rio Eleutero, muy dentro ya de la Siria; pero viendo que no se explicaba claramente acerca de su viaje, dudó de sus intentos, se despidió de él y se volvió á Jerusalem.

Ofrece Tolemeo á Demetrio su hija Cleopatra en matrimonio y se la quita á su marido Alejandro.

Tolemeo siguió su camino y se apoderó de todas las ciudades hasta Seleucia, plaza marítima y fuerte, donde fué recibido como en todas las otras. Aquí ya no pudo, ó no quiso disimular por mas tiempo sus depravados intentos. Desde esta ciudad envió sus legados á Demetrio, diciendo: que podia venir á verse con él en Seleucia: que estaba arrepentido de haber dado su hija á Alejandro: que este, en premio de la honra que le habia dispensado haciéndole su pariente, habia querido matarle: que estaba resuelto á quitar su hija á un hombre tan perverso: que la desposaria con él, como heredero legítimo del reino de Siria; y que pondria sobre su cabeza la corona del reino de sus padres. Ninguna cosa mas falsa que haber intentado Alejandro dar la muerte á su suegro, ni menos creible que el cumplimiento de lo que prometia este falso monarca; pero nunca faltan pretextos á un mal príncipe para llevar á cabo sus malos intentos, cuando se halla rodeado de un poderoso ejército. Tolemeo habia determinado ceñirse la corona de su yerno Alejandro y debia contarse por hecho.

Entrega á Demetrio su hija y toma para sí la corona de Siria.

En vista de esta carta de Tolemeo vino Demetrio á Seleucia á verse con el rey, quien quitando su hija Cleopatra á Alejandro, se la dió á Demetrio. Esto era en extremo escandaloso, pero lo disponia un tirano con fuerzas sobradas para sostener sus mandatos. Pasó Tolemeo á la corte de Antioquia y despues de haber robado á Alejandro su esposa en Seleucia, se burló de Demetrio, tomando la corona de Siria que le habia prometido y poniéndola sobre su cabeza en Antioquia. Y entró Tolemeo en Antioquia, dice el texto sagrado, y puso sobre su cabeza dos coronas, la de Egipto y de Asia. Estaba Alejandro tan persuadido de las buenas intenciones y descos de su suegro, que habia dejado su corte, cuando Tolemeo estaba ya en su reino, y salido á la Cilicia para apaciguar algunas inquietudes suscitadas en ella.

Batalla de Alejandro y Tolemeo. La pierde Alejandro y huye á la Arabia, donde es asesinado. Tolemeo sale herido de ella y muere á los tres dias.

Allí supo con espanto la horrible traicion de su suegro, y juntando las tropas que pudo, vino á Antioquia á presentarle batalla. Tolemeo le salió al encuentro con su grande ejército; se dió la batalla, y fué derrotado y vencido Alejandro, como era consiguiente en un choque de fuerzas tan desiguales. Huyó Alejandro á la Arabia, creyendo hallar allí algun asilo para rehacerse, pero encontró con el regicida Zabdiel, que, cortándole la cabeza, la envió por regalo á su suegro Tolemeo, quien no habia salido tan bien como parecia de la batalla con su yerno. En ella recibió una herida de mano de la Justicia divina que arrojó á este traidor en el sepulcro á los tres dias.

Queda Demetrio solo reinando.

La muerte de Tolemeo vencedor, y de Alejandro vencido, fueron las dos alas con que voló Demetrio á sentarse sobre el trono de Siria. Luego que Tolemeo cerró los ojos, ayudado Demetrio de las tropas de Siria, que desde luego se le entregaron con gusto, hizo morir á todas las guarniciones que Tolemeo habia puesto en las ciudades, y que no quisieron entregarse, y envió á su pais á las que se entregaron, y á todo el ejército egipcio. El año de ciento sesenta y siete, Demetrio, sin un rival en Alejandro y sin un traidor en Tolemeo, quedó poseedor pacífico del reino de Siria, y calló la tierra delante de él.

Emprende Jonatás la toma del alcázar de Jerusalem y Demetrio se opone.

Jonatás, que por nadie habia tomado parte desde la entrada del rey de Egipto en la Siria, trabajaba con gran celo en afianzar la tranquilidad de su nacion, y nada se oponia á este fin sino el alcázar de Sion, que Judas su hermano habia batido, sin llegar á rendirle, y que continuaba en ser la piedra de escándalo de Jerusalem. Jonatás volvió á los designios de su hermano y resolvió apoderarse de esta plaza, que encerraba siempre en su seno, á mas de los incircuncisos, los hombres mas perversos de toda la nacion. Con este objeto juntó sus tropas derramadas en gran parte por la Judea, y mandó que viniesen á Jerusalem para poner el sitio á la plaza. Este se emprendió con ardor, porque toda la nacion deseaba con ansia destruir esta cueva de ladrones. Se adelantaba la obra con empeño y ya se habian acereado á los muros un gran número de máquinas para batirlos, cuando los enemigos del bien público suscitaron á Jona-

tás una acusacion en la corte de Demetrio para impedir la continuacion del sitio. Estos acusadores eran los apóstatas, á quienes Jonatás, siguiendo las reglas y ejemplos de su padre Matatías y su hermano Judas, no cesaba de hacer la guerra. Algunos de estos hombres inieuos, que aborrecian á su gente, dice el texto sagrado, fueron al rey Demetrio y le dijeron, que Jonatás tenia cercado el alcázar. Se irritó el rey al oirlo, y escribió á Jonatás desde Tolemaida: que no continuase el sitio del alcázar, sino que viniese cuanto antes á conferenciar con él. Luego conoció Jonatás de dónde habia salido este injusto tiro, que no merecia ser atendido. Sin embargo, creyó que convenia pasar á verse con el rey, por peligroso que fuese ponerse á discrecion de un príncipe, á cuyo competidor habia servido, y que al presente se hallaba irritado contra él por apóstatas y traidores. Mandó que se continuase el sitio, y habiendo elegido un número de sacerdotes y ancianos que le acompañasen, se puso en camino para Tolemaida, y puesta su confianza en el Señor, se entregó resignado al peligro.

Como habia conocido mas de una vez, que los príncipes griegos eran muy avarientos, tomó cantidad de oro, plata, vestidos y otros muchos regalos y los presentó á Demetrio; y ya fuese que tantas riquezas deslumbrasen al príncipe, ya que hubiese conocido que no le convenia apartar de sus intereses á una nacion tan valiente como la Judía, él recibió muy bien al sumo sacerdote y le admitió con mucho agasajo. Los enemigos de Jonatás y de la nacion se desesperaban al ver esto, y no omitian diligencia para hacer que valiesen sus acusaciones; pero Demetrio, sin escucharlos, seguia el ejemplo de aquellos sus antecesores, como Alejandro, que se habian hallado tan bien con la alianza de los Israelitas. Hizo á Jonatás las mayores demostraciones de distincion delante de todos sus amigos. Le confirmó en el pontificado y en todas las honras que antes tenia, y le hizo el primero de sus amigos; sin embargo, el rey no permitió á Jonatás que

continuase el sitio de la ciudadela y se contentó con asegurarle: que daría tan buenas órdenes, que Jerusalem no tendría que padecer cosa alguna de su vecindad. Pidió Jonatás al rey que, mediante la suma de trescientos talentos pagados una vez, tuviese á bien librar para siempre de tributos la Judea y la Samaria, y las tres toparquías, ó cabezas de partido, que habian sido adjudicadas á la Judea, y eran las ciudades de Lida, Ramata y Aferema, y el rey se lo concedió y escribió de todo esto una carta á Jonatás en los siguientes términos.

Carta de Demetrio á Jonatás.

« El rey Demetrio á su hermano Jonatás y á la nacion de los Judíos, salud. Os enviamos copia de la siguiente carta que acerca de vosotros hemos escrito á Lastenes, que es como nuestro padre, para que seais sabedores de su contenido: El rey Demetrio á Lastenes, su padre, salud. Hemos determinado hacer bien á la nacion de los Judíos, nuestros amigos, y que conservan la fidelidad que nos deben, en consideracion á la buena voluntad que nos profesan. Hemos, pues, decretado, que todos los términos de la Judea y las tres ciudades, Lida, Ramata (y Aferema) agregadas á la Judea de la provincia de la Samaria y todos sus territorios sean separados y pertenezcan en adelante á los sacerdotes de Jerusalem por lo que toca á lo que el rey cobraba de ellos en cada año y de los frutos de la tierra y de los árboles; y lo demás que nos pertenecia de diezmos y tributos, desde ahora se lo perdonamos, y las áreas (lagunas) de las salinas y las coronas que se nos presentaban, todo se lo concedemos (queremos que), nada de esto sea anulado desde ahora y para siempre. Ahora, pues, tened cuidado (Lastenes) de que se escriba una copia de este decreto, se entregue á Jonatás y se ponga en el monte santo, en lugar público. »

Comete un yerro Demetrio licenciando sus tropas y este yerro le pierde.

Lo que fué arreglado aqui entre el rey y el sumo sacerdote se cumplió fielmente por una y otra parte. Jonatás hizo retirar sus tropas del sitio de la ciudadela, y Demetrio puso á los Judios en posesion de todos los privilegios que acababa de concederles. Con esto se miraba el rey con mayor paz que en largo tiempo habia gozado alguno de sus antecesores; pero Demetrio comelió aqui un yerro que, no habiéndole remediado, como pudo hacerlo, le precipitó bien pronto en su ruina. Viendo este monarca que la tierra habia callado en su presencia, y que nada le resistia, despidió todos sus soldados cada uno á su casa, sin quedarse con otras tropas que las extranjeras que habia levantado en las islas de las gentes. Esta determinacion tan odiosa por su generalidad, como irritante por su excepcion, á favor únicamente de los extraños, atrajo sobre el rey toda la animadversion de los cuerpos veteranos del país, que le servian y habian servido tantos años á sus padres. Estos militares antiguos se quejaban altamente de todas las partes del reino, por donde se vieron precisados á derramarse, y manifestaban su resentimiento de un modo digno de temerse. El rey debió atender á esta queja general; pero la despreció y este desprecio atrajo su ruina.

Trifon solicita de Emalcuel que le entregue el joven Antiooco, hijo del rey Alejandro.

Por desgracia del rey, sustentaba á este tiempo la Siria un monstruo en su seno, que solo esperaba ocasion para hacer sus estragos. Este era Trifon. Pasaba en todo el reino por uno de los grandes ministros que habian servido al rey Alejandro, por cuya causa no era de la con-

fianza del rey Demetrio y vivia retirado y descontento. Cuando supo el disgusto general de las tropas, creyó que habia llegado la ocasion que esperaba. Salió con gran disimulo de Antioquia, y fué á verse con un tal Emalcuel en la Arabia; criaba este con mucho secreto al joven Antiooco, hijo del difunto rey Alejandro, y Trifon lo sabia. Se presentó á Emalcuel con el empeño de que se le entregase para hacerle reinar en lugar de su padre Alejandro; pero Emalcuel no se determinaba á entregar este real depósito. Trifon le contó individualmente la conducta altanera de Demetrio; el disgusto que esta causaba en todo el reino; la irritacion en que se hallaban las tropas, y por último le aseguró que el ejército, aunque separado estaba dispuesto á reunirse y colocar en el trono al hijo de Alejandro tan luego como se dejase ver en la Siria. Emalcuel, á pesar de estas razones, se resistió por muchos dias á una entrega de tanta consideracion; porque, en efecto, el depósito que guardaba, era de tal precio, que no debia arriesgarse; mas Trifon seguia importunándole, resuelto á permanecer á su vista hasta vencer su resistencia.

Gran conjura de los Antioquenos contra su rey Demetrio.

No tenia Demetrio la menor sospecha de la tempestad que se armaba contra él en el centro de la Arabia; pero experimentaba ya en el centro de su reino las funestas consecuencias del descontento de sus vasallos. Tambien Jonatás se quejaba de que se le faltaba á las palabras, porque las guarniciones del alcázar de Sion, y de las fortalezas vecinas á la Judea, habian vuelto á insultar á los hijos de Israel y á ejercer con ellos sus tiranías, y como estos atropellamientos se aumentaban cada día, Jonatás se vió precisado á pedir al rey: que echase á los que estaban en ella, puesto que no podia contener en su deber á los que habia puesto para custodiarlas. No solo

esto haré por ti y por tu nacion, contestó el rey, sino que colmaré de honores á ti, y á tu pueblo, cuando fuere oportuno; mas al presente harás bien, si enviases tropas en mi socorro, porque todo mi ejército se ha retirado de mí. Era Jonatás del número de aquellos hombres de bien, que incapaces de ser infieles á sus palabras, lo son tambien de desconfiar de las ajenas. No creyó Jonatás que un gran rey pudiese dar palabras que no quisiese cumplir; y á pesar de los excesos que contra los tratados cometian las guarniciones, y que el buen corazon de Jonatás atribuía, no á voluntad del rey, sino á debilidad de su autoridad, le envió á Antioquía tres mil hombres de sus valientes con orden de servir al rey y defenderle.

Envía Jonatás tres mil de sus valientes, que salvan al rey de las manos de los conjurados.

Este cuerpo de Israelitas se presentó al rey, y á su arribo recibió el rey gran contento. Era ya llegado el momento de que el rey ó pereciese, ó fuese socorrido, y solo podia serlo por soldados semejantes á los que Jonatás enviaba. Rompió repentinamente la conjura, y ciento y veinte mil hombres, todos moradores de Antioquía, se juntaron tumultuosamente para matar al rey. Huyó este á su palacio, y los de la ciudad tomaron todas las calles y comenzaron á combatirle en su casa. No quedaba ya al rey otra esperanza de librarse de la muerte, que el valor de los Israelitas. Pudo dar aviso en su cuartel para que viniesen con la diligencia posible á socorrerle, y luego acudieron y rodearon su palacio y persona. Atacaron á aquella confusa multitud, tan ignorante en el arte de la guerra, como fiera contra su monarca, y la fueron retirando de calle en calle, descargando los terribles golpes de sus espadas, y atravesando con sus lanzas á cuantos querian hacerles resistencia. Los ataques duraron todo el dia, porque los amotinados no cedian sino á los golpes

de la muerte; tres mil Israelitas solos necesitaron de un valor casi increíble para no ser oprimidos por ciento y veinte mil hombres, mas al fin todo lo vencieron. El fuego que ponian por todas partes á la ciudad para distraer la multitud, y los terribles golpes de sus espadas y lanzas hicieron cien mil víctimas, y solo á esta costa pudieron librar al monarca. Cuando los que quedaban en la ciudad, vieron que los Judios se habian apoderado de ella, cayeron de ánimo y clamaron al rey suplicando y diciendo: Dános la diestra (la paz) y cesen los Judios de combatir contra nosotros, y contra la ciudad, y arrojaron las armas é hicieron la paz. Los Judios se adquirieron mucha gloria para con el rey, y para con todos los que estaban en su reino, se adquirieron mucha nombradía y se volvieron á Jerusalem con muchos despojos, único y menguado premio de una accion que encerraba un mérito inmenso. El rey Demetrio se sentó en el trono de su reino, que sin duda habria perdido á no ser por los valientes de Jonatás, y toda la tierra quedó en reposo delante del rey.

Rompe Demetrio la amistad con Jonatás y se niega al cumplimiento de cuanto habia prometido.

Asegurado Demetrio en su trono, escarmentados los revoltosos, y puestos en respeto los maquinadores, creyó que para nada necesitaba ya á Jonatás y rompió con él, sin que se diga ni se sepa porque rompió la amistad. Le envió aquellas valerosas tropas que le habian sacado de las garras de la muerte, sin dar gracias siquiera, y mintiendo á todo lo que habia prometido, se negó descaradamente á cumplirlo; pero no tardó el Señor en castigar esta infidelidad y fea ingratitud. Otro malvado, aun mas perverso que él, estaba disponiendo en la Arabia, como ya vimos, su derribo del trono para subir á ocuparle.

Consigue Trifon que le entregue Emalcuel al joven Antíoco, da aviso á las tropas que habia despedido Demetrio y estas le coronan.

Con sus instancias continuas y con las demostraciones del mayor interés por el bien del joven Antíoco, hijo de Alejandro, consiguió al fin Trifon que Emalcuel le entregase al príncipe niño. Luego que tuvo en su poder este depósito régio, dió aviso á las tropas que habia despedido Demetrio, las que acudieron de todas partes y reconocieron por rey á Antíoco, que aun se hallaba en la edad de diez á doce años. Trifon, como tutor del rey niño, hizo que le coronasen para reinar desde luego bajo de una corona que destinaba para su propia cabeza. Antíoco se halló á muy pocos días con un fuerte y numeroso ejército, compuesto de todos los cuerpos de tropas veteranas que habia despedido Demetrio. Sorprendido este en gran manera al encontrarse con un nuevo competidor á la corona en el hijo de Alejandro, á quien él la habia disputado, conoció la enorme falta que habia cometido, despidiendo sus tropas y poniéndose á mal con los Israelitas; mas ya no habia remedio. Procuró juntar todo su ejército, y salir al encuentro del nuevo rey que, acompañado de Trifon su tutor y rodeado de tropas veteranas, venia á entrar en Antioquia, capital del reino, y sentarse en el trono de su padre. No tardaron en encontrarse los dos ejércitos.

Batalla entre los ejércitos de Antíoco y Demetrio. Queda este derrotado y huye. Trifon como tutor del rey niño procura traer los Judíos á favor de este niño.

La batalla se dió cerca de la capital, y Demetrio derrotado por aquellos mismos soldados que tan imprudentemente habia despedido, volvió la espalda y huyó. Tri-

fon tomó los elefantes de Demetrio y entró triunfante con su pupilo en Antioquia. El primer cuidado de Trifon, luego que se apoderó de la corte, fué ganarse á los Judíos, empeñándolos á que abrazasen el partido de un rey niño, hijo del rey Alejandro, que habia sido hasta la muerte su bienhechor y su aliado contra el rey Demetrio, que no habia pagado los servicios que le habian hecho sino con grandes ingratitudes y mayores infidelidades. Para esto escribió el joven Antíoco á Jonatás la carta siguiente.

Carta del joven Antíoco á Jonatás.

« Te confirmo, le dice, en el sacerdocio y te constituí sobre las cuatro ciudades (las tres dichas, y Tolemaida) y quiero que seas de los amigos del rey: » y le envió vasos de oro para su servicio, y le dió facultad de beber en copa de oro, de vestir de púrpura y de llevar el broche de oro; y á Simon su hermano le hizo gobernador desde los términos de Tiro hasta los confines de Egipto. Con mercedes tan grandes y anticipadas á Jonatás y con el nombramiento de gobernador á Simon de un terreno tan considerable, intentaba Trifon empeñarles á que sometiesen al nuevo rey las plazas que en aquel gobierno aun no habian dejado de reconocer á Demetrio. Y no le engañó la esperanza.

Acepta Jonatás la alianza con Antíoco y sale á recorrer las ciudades de la otra parte del Jerdán.

Aceptó Jonatás la alianza con el joven Antíoco y empezó á trabajar en su favor, como buen aliado. Salíó á recorrer las ciudades de la otra parte del rio Jerdán, y se reunió en su auxilio todo el ejército que habia allí de la Siria. Con este refuerzo se encaminó á Áscalon, y sa-

lieron los ciudadanos á recibirle con gran aparato. Pasó á Gaza y los de Gaza se encerraron en su ciudad. pero Jonatás les puso sitio, y antes de batirla, saqueó y quemó todos sus alrededores, para que viesen los que se habian encerrado en ella lo que les esperaba. Entonces atemorizados pidieron la paz, y Jonatás se la concedió. Tomó en rehenes los hijos de los principales, los envió á Jerusalem, y costeando el mar, se entró tierra adentro y corrió todo el país hasta Damasco.

Bate á los generales de Demetrio y se vuelve triunfante á Jerusalem.

Allí supo que los generales del rey Demetrio habian entrado hasta Cades en la Galilea con un grande ejército á fin de obligarle á abandonar los intereses de Antíoco para ocuparse en la defensa de su patria. No perdió momento Jonatás en marchar con sus tropas contra ellos. Avanzó hasta el lago de Genesar, y desde allí al campo de Asor. En este valle se encontró con las tropas enemigas, que habian bajado de los montes donde estaban escondidas. Jonatás fué derecho á combatir las; pero al principiar la batalla, salieron emboscadas que habian puesto los enemigos y cargaron á las tropas de Jonatas por la espalda. Estas se asustaron y todas buyeron, sin que quedasen con Jonatás mas que el general Matatias, hijo de Absolomi, el comandante Judas, hijo de Calfi, y algunos soldados de sus compañías, que, segun Josefo, fueron como unos cincuenta. Jonatás se halló ahora puntualmente en un lance como aquel en que pereció su hermano Judas. Era preciso resolverse á pelear casi solo contra un ejército numeroso, ó huir de los infieles. Lo primero aparecia una temeridad, y lo segundo era un oprobio. En esta situacion, rasgó sus vestidos, cubrió de tierra su cabeza y oró. Su oracion fué momentánea, pero viva, tierna, fervorosa, confiada y escu-

chada del Señor. Comunicó á su pequeña tropa el fervor divino de que, al salir de ella, se halló poseido. Se puso á su frente y volvió á la carga con un denuedo que, asombrando á los enemigos, les desconcertó y puso en huida. Jonatás con sus fieles compañeros les perseguia fuertemente, y los Israelitas cobardes que habian huido, viendo el triunfo de su general tuvieron grande vergüenza, y corrieron á ayudarle; y lo hicieron con tanta intrepidez y valor, que se conocia su deseo de levar la mancha de su huida. Unidos á Jonatás y sus valientes, fueron batiendo á los enemigos hasta su campamento de Cades, donde estos se salvaron en sus trincheras, despues de haber perdido en aquel dia tres mil hombres á los terribles golpes de la espada de Jonatás y de sus Israelitas. Lleno de gloria el general y sus fieles compañeros, y de contento el resto de su ejército, subieron á Jerusalem á rendir todos gracias al Señor, porque visiblemente era toda suya la victoria; y entonces tuvieron tambien el contento de saber la rendicion de Betsura, que tanto importaba, particularmente á la ciudad santa y á su santo templo.

Toma de la fortaleza de Betsura por Simon, hermano de Jonatás.

Jonatás habia entregado á su hermano Simon un buen número de tropas para el desempeño del vasto territorio de su gobierno, y mientras que el general recorria las costas del mar, subia á Damasco y batia á los enemigos en Galilea, Simon puso sitio á Betsura, plaza fuerte, como ya hemos visto, la batió por muchos dias, y la cercó tan cerradamente, que nada absolutamente podia entrar ni salir de ella. Reducida la guarnicion al último extremo, pidió la paz, y Simon se la concedió, echándola de la ciudad, tomando posesion de esta y poniendo en su lugar una guarnicion nueva de sus propias tropas.

La guarnicion pagana de Betsura incomodaba en gran manera en Jerusalem, y la toma de esta plaza por Simon, acaso fué mas útil para la nacion que la victoria conseguida al mismo tiempo por Jonatás, aunque no de tanta fama ni tan maravillosa.

Envía Jonatás embajadores á Roma, Lacedemonia y otras ciudades para renovar sus alianzas.

Jonatás y Simon, hijos únicos que habian quedado de los cinco del valiente Matatías, sin envidia de las bendiciones que el Señor echaba sobre las empresas de cada uno, trabajaban de concierto en afianzar lo mas posible la tranquilidad de la nacion, y todo parecia ayudar para ello en este tiempo. Su perseguidor Demetrio se veía precisado á mantenerse oculto fuera de su capital. El joven Antíoco y su tutor Trifon les favorecian; la rendicion de Betsura habia dejado libre y pacífica la entrada y salida en Jerusalem y en el templo; no faltaba mas para sacudir enteramente el yugo de los extranjeros que tomar el alcázar de Sion, y esta conquista habria sido muy del gusto de Jonatás, si pudiera hacerse sin traer sobre sí todas las fuerzas de la Siria; porque todos sus reyes querían conservar en medio de la ciudad santa esta fortaleza que mantenía en su dependencia á Israel. No juzgaron, sin embargo, Jonatás y Simon que fuese tiempo de arriesgar esta empresa, que ya habia principiado su hermano Judas sin éxito. Les pareció mejor hacer y renovar, mientras duraban las turbulencias de la Siria, algunas alianzas que contribuyesen al reposo de su pueblo. Á este fin nombró Jonatás por embajadores á Numenio y Antipatro para que pasasen á Roma á renovar la alianza contraída en tiempo de su hermano Judas, y despues á Lacedemonia y otras ciudades con el mismo objeto. Habiendo recibido los embajadores sus instrucciones, salieron de Jerusa-

len y vinieron á Roma, donde fueron recibidos con la misma benevolencia que los que habia enviado antes su hermano Judas. Introducidos en el senado, manifestaron la comision de que estaban encargados, diciendo: Jonatás sumo sacerdote y la nacion de los Judíos nos han enviado á renovar la amistad y alianza (entre vuestro pueblo y el nuestro) segun lo antiguo; y el senado romano, conviniendo de buena voluntad en la renovacion de amistad y alianza, mandó escribir esta renovacion en los registros públicos, y que se entregase á los embajadores testimonio auténtico de ella. No contento con esto el senado dispuso que se les expidiesen cartas para los príncipes y gobernadores de los países por donde habian de pasar, mandando que se les tratase como aliados del pueblo romano, y se les diesen escoltas seguras hasta volver á Jerusalem. Satisfechos los embajadores de su negociacion con el pueblo romano, y bajo de su proteccion, pasaron á Lacedemonia y presentaron al senado una carta de Jonatás escrita en estos términos.

Carta de Jonatás á los Lacedemonios.

« Jonatás sumo sacerdote, los ancianos de la nacion judía, sacerdotes y el resto del pueblo á los Lacedemonios, salud. Tiempo ha (como noventa años) que fueron enviadas cartas á Onías sumo sacerdote por Ario, que reinaba entre vosotros, sobre que sois hermanos nuestros, como lo prueba el rescripto que va adjunto; y Onías recibió las cartas en que se hablaba de esta hermandad y amistad entre las dos naciones y trató con mucha honra al que las traía. Nosotros en el dia, aunque nada necesitamos, teniendo para nuestro consuelo los Libros santos, que estan en nuestras manos (¡qué fe! ¡qué confianza!), todavía hemos querido enviar (cartas) á vosotros para renovar esta hermandad y amistad, no sea que nos hagamos como extraños para vosotros, por-

que ha pasado mucho tiempo desde que nos escribisteis ; mas sabed que en todo tiempo sin interrupcion, en los dias solemnes y en los demás que conviene, nos acordamos de vosotros en los sacrificios que se ofrecen y en las observancias (de culto divino), como es justo y conviene que se acuerden unos hermanos de otros. Tambien nos alegramos mucho de vuestra prosperidad ; mas en esta parte á nosotros nos han rodeado muchas tribulaciones y muchas guerras, y nos han atacado los reyes que estan en nuestros contornos ; pero no hemos querido seros molestos en estas guerras, ni á los otros aliados nuestros ; porque hemos tenido el socorro del Cielo y hemos sido librados, y nuestros enemigos han sido abatidos. Mas ahora que gozamos de sosiego, hemos elegido á Numenio, hijo de Antioco, y á Antipatro, hijo de Jason, y los hemos enviado á los Romanos para renovar con ellos la amistad y alianza antigua, y les hemos encargado tambien que pasen á vosotros, os saluden y entreguen nuestra carta sobre la renovacion de nuestra hermandad. Y ahora haréis bien si nos respondiéreis á todo lo que os decimos. »

Carta del rey Ario Lacedemonio á Onías, sumo sacerdote de los Judíos.

Esta carta de Jonatás y el pueblo judío iba acompañada, como hemos dicho, de la de Ario á Onías, cuya copia es la siguiente : « Ario rey de los Lacedemonios á Onías gran sacerdote, salud. Se ha encontrado un escrito que, hablando de los Lacedemonios y Judíos, dice que son hermanos, y descendientes unos y otros de Abraham ; y ahora despues que hemos sabido esto, deseamos que nos digais si os encontráis en paz. Nuestros ganados y todos nuestros bienes son vuestros, y los vuestros son nuestros. Esto es lo que queremos que se os anuncie de nuestra parte. » Los Lacedemonios del

tiempo de Jonatás reconocieron gustosos la hermandad que se habia descubierto en el tiempo de Onías, y renovaron la paz y amistad que reinaba entre estos dos pueblos.

Huyen de Jonatás los generales de Demetrio con su grande ejército.

Mientras que los embajadores de Jonatás negociaban con tan feliz éxito en las cortes extranjeras, parecia que el pueblo de Dios debia disfrutar de la tranquilidad que la última victoria de Jonatás le proporcionaba ; pero el partido de Demetrio no estaba batido enteramente. Retirado este príncipe á los puntos mas lejanos del peligro de caer en las manos de Trifon, enviaba refuerzos á sus generales, que hacian la guerra á Antioco en el centro del reino ; pero su principal mira la ponian en derrotar á Jonatás, que era la primera fuerza de Antioco. Llegaron estos generales á reunir un ejército grande, mas numeroso que todos los anteriores, y con él se pusieron en movimiento para ir contra Jonatás ; mas avisado este héroe de sus intenciones, resolvió prevenirlos. Salió de Jerusalem y avanzó hacia la region de Amatite, adonde habian llegado los enemigos, sin darles tiempo á que tocaran ni aun en las fronteras de la Judea. Luego supo que habian dispuesto sorprenderle de noche, y apenas se puso el sol mandó á los suyos que estuviesen en vela sobre las armas toda ella y preparados para pelear ; y puso centinelas multiplicadas y muy avanzadas al rededor del ejército. Cuando supieron los enemigos que Jonatás y los suyos estaban preparados para la batalla, temieron y se estremeció su corazón. Ellos eran unos cobardes, que no querian victoria que les costase una batalla con Jonatás, principalmente desde que este héroe casi solo los habia hecho huir vergonzosamente. Apoderado de ellos el miedo, solo pensaron en alejarse lo mas

posible, y para no ser perseguidos en la huida, encendieron grandes hogueras en su campamento y lograron deslumbrar con ellas á Jonatas, quien no conoció su fuga hasta que aclaró el dia. Entonces corrió en pos de ellos, mas no pudo alcanzarlos, porque habian pasado ya el rio Eleutero. Sabiendo aqui Jonatás que los Árabes Zabadeos habian tomado el partido de Demetrio y perseguian al de su aliado el joven Antioco, volvió sobre ellos, les derrotó en el primer encuentro y tomó sus despojos. Pasó despues á Damasco y recorrió todo aquel país buscando los generales de Demetrio, que huian siempre su encuentro.

Simon sofoca el movimiento que hicieron las ciudades marítimas en favor de Demetrio.

Simon entretanto no permaneció siempre en sosiego. Supo que se hacia algun movimiento á favor de Demetrio y de su gobierno en las ciudades marítimas, y luego salió de Jerusalem con un buen cuerpo de tropas y avanzó hasta Ascalon y fortalezas vecinas, y si bien no halló en estas plazas con mucho placer suyo desórdenes grandes que castigar, supo no obstante con sentimiento, que los habitantes de Jope trataban de entregar la plaza y el puerto á los generales de Demetrio. Pasó luego allá, la ocupó sin resistencia y dejando en ella una fuerte guarnicion que la contuviese en su deber, se volvió á Jerusalem. En este tiempo fué tambien cuando Jonatás, despues de perseguir á los generales de Demetrio se volvió á Jerusalem, donde se reunieron estos valientes hermanos.

Jonatás propone á los ancianos el plan de levantar fortalezas por toda la Judea, y es aprobado unánimemente.

Teniendo Jonatás por aliado al rey niño, bajo la tutoria de Trifon, y habiendo puesto en espanto á los generales de Demetrio, se halló en una paz que le proporcionaba poner en ejecucion los proyectos que tenia ideados para el bien de su pueblo. Convocó á los ancianos y les propuso : que seria conveniente levantar fortalezas en toda la Judea, para tenerla en adelante á cubierto de sus enemigos : que era de la mayor necesidad reedificar las murallas de Jerusalem, y levantar un fuerte y alto muro entre la ciudad santa y el alcázar de los impíos, para que no pudiesen tener la menor comunicacion con ella ni proveerse de sus alimentos : que de este modo se evitarian las irrupciones repentinas, que tantas veces habian assolado el país, y profanado la santa ciudad y su templo : que, si los reyes de Siria volvian á declarar la guerra, las fortalezas que se levantasen por toda la Judea detendrian á los enemigos en las fronteras y necesitarian bastantes sitios y batallas para penetrar y acercase á la capital de Israel; y sobre todo, que, hechas todas estas obras, Jerusalem vendria á ser la plaza mas fuerte del Asia, luego que se rindiese el alcázar, lo que no podria dejar de suceder, y muy pronto, por el hambre á que se veria reducida la guarnicion, quitándola todo alimento. Este plan del general fué aprobado por unanimidad y con aplausos de todos los ancianos de la nacion.

Principian los trabajos con actividad.

Luego hizo Jonatás principiar los trabajos que miraban á Jerusalem. El muro que habia al oriente de la ciu-

dad, á lo largo del torrente Cedron, estaba arruinado, y este muro fué lo primero que hizo reedificar. Despues hizo reparar la muralla, llamada Cafeta, que estaba tambien muy derrotada. Simon tomó á su cuidado levantar las fortalezas proyectadas por toda la Judea. Pasó al territorio de Sefela, vecino á los Filisteos, é hizo edificar sobre un monte la ciudadela de Adiada, la fortificó en gran manera, la cerró con fuertes puertas, y puso en ella cerrojos y cerraduras incontrastables.

Trifon los interrumpe en parte, entrando con un ejército en la Judea.

En esto se hallaban Jonatás y su hermano, cuando vino á interrumpir los trabajos de Jonatás una agresion en Judea, á la que debía atender con preferencia. Trifon, tutor del joven Antioco, habiendo pensado en hacerse rey de Asia, ponerse la corona y matar á su pupilo, temiendo que acaso no se lo permitiera Jonatás, sino que le declararia la guerra, andaba buscando ocasion para apoderarse de él y matarle. Tomó este traidor el ejército del rey, ó mas bien el suyo, y avanzó hasta la ciudad de Betsan, muy adentro de la Judea. Haber traspasado los límites, y con un ejército, fué motivo sobrado para alarmar á Jonatás. Juntó luego este cuarenta mil hombres escogidos, sin llamar el cuerpo que mandaba su hermano Simon para no interrumpir la construccion de las fortalezas que estaban á su cargo, y fué á acampar por su parte á Betsan para darle la batalla.

Encierra por engaño á Jonatás en Tolemaida, y mata á los mil hombres que le acompañaban.

Quando Trifon vio que Jonatás habia venido á batirle con tan grandes fuerzas, temió, y siguiendo el genio de

los Griegos de aquel tiempo, ó mas bien el de los traidores de todos los tiempos, disimuló, y mudó, no de intencion, sino de aparato. El ejército que habia traído para prender á Jonatás y matarle, no fué ya sino un ejército que venia a servirle y honrarle. Convidó á Jonatás á que fuese á su campo, donde estaria tan seguro como en medio del suyo, y donde podria tratarse mas fácilmente del bien del reino de Siria y de la nacion de Israel. Jonatás, dejando su ejército á la vista, pasó allá con una escolta suficiente para desbaratar cualquiera traicion ó violencia que se intentase. Trifon le hizo un recibimiento que apenas podria esperarse del amigo mas fiel. Le hizo grandes regalos, le recomendó á todos sus amigos y mandó á todo el ejército que le obedeciese como si fuera á sí mismo. Pasados algunos dias en reciprocas demostraciones de amistad y confianza, dijo Trifon á Jonatás: ¿Para qué has molestado á tu pueblo, no habiendo guerra entre nosotros? Remítelos á sus casas; quédate con unos pocos; ven conmigo á Tolemaida, y te la entregaré con todos sus fuertes y sus tropas, pues, para eso únicamente he venido. La desconfianza era una calidad con que Jonatás no se acomodaba. Tuvo la desgracia de creer á un traidor sin temor ni cuidado de que este hombre, á quien solo habia hecho servicios, tuviese algun designio malo contra su persona. En esta buena fe despidió su ejército y solo reluvo consigo tres mil hombres, de los cuales envió dos mil á la Galilea, y los mil fueron con él á Tolemaida. Pero luego que Jonatás entró con los suyos en la ciudad, cerraron las puertas de repente los Tolomenses, y sin darles lugar para ponerse en defensa, prendieron á Jonatás y pasaron á cuchillo á todos los que habian entrado con él. Trifon se aprovechó con actividad de este primer golpe. Envió inmediatamente su ejército y caballería á la Galilea, al gran campo de Jezrael, para matar á todos los campañeros de Jonatás (los dos mil hombres que habia enviado á la Galilea); mas ellos, habiendo sabido que Jo-

natas habia sido preso y perecido (así se creyó al principio) con todos los que estaban con él, se alentaron los unos á los otros y salieron preparados á la pelea. Viendo los que les perseguian que el combate habia de ser por la vida (á la desesperada), se volvieron al campo. Así los dos mil soldados que Jonatás habia enviado á la Galilea quedaron libres y se encaminaron á la Judea, donde contaron la muerte dada á traicion al gran sacerdote y sus mil compañeros.

La pérdida de Jonatás causó en el pueblo de Dios y en los extranjeros los diversos sentimientos que habia causado la de su hermano Judas. Los Israelitas hicieron las mayores demostraciones de pena. Le lloraron muchos dias con luto común de toda la nacion y lloraron tambien á aquellos valientes que habian perecido con él. Por el contrario las naciones vecinas se llenaron de gozo, y se previnieron para acabar con los Israelitas. Ya no tienen caudillo, se decian; ya no tienen quien les ayude. Ahora es tiempo de echarnos sobre ellos y de borrar su memoria de entre los hombres.

Trata de apoderarse de los dos hijos de Jonatás.

Á fuerza de maldades habia llegado Trifon al punto que meditaba. Todo lo tenia ya en sus manos: al joven Antíoco, á quien queria usurpar la corona, y al valiente Jonatás, á quien temia que se opusiese á esta usurpacion. Ya no le faltaba mas que sacrificar estas dos victimas para subir al trono. Jonatás era el primero con cuya muerte habia de empezar á labrarse su corona de sangre; pero tenia dos hijos y el traidor temia que vengarian la muerte de su padre. Por esto quiso mas suspender el golpe, que exponerse á que recayese sobre su cabeza, si no sacrificaba á los hijos con el padre. Á fin de apoderarse de ellos dispuso un grande ejército para entrar en la tierra de Judá y desolarla

Simon se pone al frente del pueblo á falta de Jonatás su hermano.

De los cinco hijos de Matatías solo quedaba Simon en disposicion de encargarse del gobierno y defensa de la nacion. Cuando se hallaba ocupado en alzar fortalezas en la Judea, segun se habia determinado en el consejo de la nacion, supo la desgracia de su hermano y las prevenciones que hacia Trifon contra su patria. Corrió á Jerusalem y encontró al pueblo consternado, sumergido en amargura, y entregado al mayor abatimiento. Al ver esto, arrebatado de un celo digno de su ilustre sangre, y animado del espíritu del Señor derramado sobre su persona, levantó su voz en medio de aquella multitud desconsolada, y les animó diciendo: Vosotros sabéis cuántas peleas hemos sostenido por las leyes y las cosas santas la casa de mi padre, mis hermanos y yo; y en qué angustias nos hemos visto. Peleando por esta santa causa han perecido todos mis hermanos, y yo he quedado solo, mas no permita el Cielo que perdone á mi vida mientras estemos en tribulacion; pues no soy yo mejor que mis hermanos. Vengaré, pues, á mi gente, á las cosas santas, á nuestros hijos y á nuestras mujeres de la mano de todas las gentes, que llenas de odio contra nosotros, se han juntado para aniquilarnos. Al oír el pueblo estas palabras se inflamó su espíritu, y respondieron diciendo á gritos: Tú eres nuestra guia en lugar de Judas y Jonatás tus hermanos. Pelea nuestras peleas. Nosotros haremos todo lo que nos mandes.

Simon dispone sin perder momento la defensa de la nacion, guarnece á Jope, y concluye con suma brevedad los muros y fortificaciones de Jerusalem.

No perdió momento Simon en orden á disponer lo necesario para la defensa de la nacion en las circunstancias en que se hallaba. Reunió todas las tropas. Envió una parte de ellas á la ciudad de Jope, puerto en extremo importante, y de cuyos habitantes tenia poca satisfaccion desde que quisieron entregarse á Demetrio. Puso al frente de estas tropas á Jonatás, hijo de Absalom, uno de sus mejores oficiales, con orden de entrar en la ciudad, echar de ella á los idólatras y encerrarse en ella con su gente, lo que Jonatás cumplió exactamente. El resto del ejército fué destinado á concluir los muros de Jerusalem y las fortificaciones que habia principiado su hermano Jonatás. Tanto los soldados como los maestros y oficiales trabajaban en ellas con ardor y fueron concluidas con suma presteza.

Sale Trifon de Tolemaida para ir á la Judea, llevando prisionero á Jonatás, y Simon baja de Jerusalem á su encuentro.

Pasaban estas cosas en Judea sin que Trifon cuidase de saberlas, porque contaba el pérfido con que los Israelitas sin su general Jonatás se desconcertarian y dispersarian como habia sucedido en la muerte de Judas Macabeo, y que viendo su terrible ejército, en vez de resistirle, correrian á esconderse en los montes y ocultarse en las cuevas. En esta inteligencia salió de Tolemaida con sus tropas, llevando consigo prisionero á Jonatás para servirse ó deshacerse de él, segun conviniese á sus malvados intentos. Avisado Simon de que venia el enemigo salió de Jerusalem y fué á acampar á

Adus, frente al campo de Sefela, donde habia edificado la ciudadela de Adlada para detener el paso á Trifon y presentarle batalla; mas luego que supo Trifon que Simon habia ocupado el lugar de su hermano Jonatás, y que se hallaba al frente del ejército dispuesto á pelear, abandono por entonces el designio que traía de desolar la Judea; y como era su plan no arriesgar un combate con los Judíos, cuyo valor le hacia temblar, trató de entrar en negociaciones con Simon á fin de apoderarse sin batalla de los hijos de Jonatás, cuyas vidas habia resuelto sacrificar juntamente con la de su padre.

Rehusa Trifon el combate, recurre á negociaciones traidoras y se apodera de los hijos de Jonatás con engaño. Simon lo conoce y usa de una exquisita prudencia.

Envió mensajeros á Simon, diciendo: Por el dinero que debia tu hermano Jonatás al tesoro del rey, de los negocios que manejó, le hemos detenido. Envianos ahora cien talentos de plata y sus dos hijos en rehenes, para que puesto Jonatás en libertad no deserte de nosotros, y te le enviaremos. Bien conoció Simon que le hablaba con engaño, porque, si la prision era por la deuda de Jonatas, ¿a qué aprisionar á los mil soldados de su escolta? ¿a qué matarlos? ¿a qué perseguir de muerte á los otros dos mil que Jonatás habia enviado á la Galilea? pero tenia Simon que tratar con un pueblo desconfiado y convenia contemporizar con él. Si se hubiera negado Simon a la peticion de Trifon y en consecuencia de esta negativa hubiera perdido la vida Jonatás, habria traído sobre si la odiosidad de todo Israel. Le hubieran echado en cara la muerte de su hermano causada por su avaricia; si ya no la atriburan al deseo de dominar y mandar. Aun viviria Jonatás, le dirian, si se hubiera entregado á Trifon el dinero que pedía, y dado en rehenes sus dos hijos. Con esto habria entrado la desunion, aprobando

unos y desaprobando otros la determinacion de su jefe, y no se podria esperar de aquí otra cosa que males en la nacion. Por esto los hombres grandes se ven muchas veces precisados á disimular grandes males por evitar otros mayores, y muchas veces la posteridad mal informada de las circunstancias, no deja de imputar á pasiones, lo que es efecto de una prudencia consumada. Fundado en estos principios, mandó Simon entregar á los embajadores de Trifon los cien talentos de plata y los dos hijos de Jonatás, haciendo al Cielo testigo y vengador de cualquier perfidia que se cometiese. No dejó de suceder lo que Simon tenia previsto. Trifon se burló completamente de la simplicidad de los Israelitas; nada cumplió de cuanto habia prometido; no envió á Jonatás, y apoderado de sus dos hijos, continuó su plan traider y homicida.

Entra Trifon con su ejército en la Judea con el fin de socorrer la guarnicion del alcázar de Sion; pero Simon le impide el paso, le obliga á caminar por los desiertos y no logra socorrerla.

Entró pues Trifon en la Judea armado de su perfidia; pero Simon, que ya no trató de mas contemplaciones, le cerró el paso, y se vió precisado á tomar una vuelta grande y seguir el camino de Ador. Le seguía Simon con su ejército, observando sus movimientos, y arreglando sus marchas de modo que nunca le perdía de vista y siempre estaba dispuesto á resistirle y batirle, si intentaba algun encuentro. Era el designio de Trifon acercarse á Jerusalem para llevar socorros al alcázar de Sion, cuya guarnicion se hallaba apretada en extremo del hambre. Tuvo Trifon nuevo aviso en el camino del apuro en que se hallaba, y se le indicó al mismo tiempo una senda por el desierto para llevar el socorro. Trifon con esto puso en orden toda la caballería y la hizo car-

gar de provisiones para salir aquella misma noche á llevar el socorro; pero habia mucha nieve, mucha en gran manera, y no pudo romper el camino. Trifon, seguido muy de cerca del ejército de Simon y no pudiendo pasar adelante para socorrer la guarnicion del alcázar, la abandonó á su mala suerte; y temiendo alguna acometida de las tropas de Simon en aquellas soledades, mas conocidas de los Israelitas que de los Sirios, determinó volverse á Antioquia.

Asesina en Bascaman, pueblo de aquellos desiertos,
á Jonatás y sus hijos.

Juzgó ya aquí el malvado Trifon inútiles y embarazosas las tres ilustres víctimas que llevaba encadenadas, y en un pueblecillo de aquellos desiertos, llamado Bascaman, las sacrificó á su cruel y traidora política. En aquellos desiertos cargados de nieves murió el valiente Jonatás con sus hijos, no al golpe honrado de la espada guerrera como su hermano el Macabeo, sino al golpe vil de un acero traider. Trifon despues de este primer acto de la escena sangrienta que venia preparando desde que el Arabe Emalcuel le entregó el niño Antioco, hijo del rey Alejandro, partió con su ejército á Antioquia.

Simon recoge los cadáveres de su hermano y sobrinos y los hace enterrar con toda solemnidad en Modin, donde hace fabricar un mausoleo ó edificio magnifico sobre el sepulcro de sus padres y hermanos.

Simon recogió los cadáveres de su hermano y sobrinos y los llevó á Modin, ciudad de sus padres, donde los hizo enterrar con grande honor y magnificas exequias. Todo Israel hizo grande llanto, particularmente sobre Jonatás, y le lloró por muchos dias con tanto mayor

sentimiento, cuanto podia atribuirse en parte á sí mismo la pérdida de este su valiente defensor y la extincion de su preciosa familia.

Habiéndose retirado, ó por mejor decir, huido de la Judea el asesino Trifon, se aprovechó Simon del sosiego y quietud que le proporcionaba su ausencia. Hizo edificar sobre el sepulcro de su padre y hermanos un mausoleo ó edificio magnífico que se descubria desde muy léjos, y cuyas piedras estaban labradas con finura por detrás y por delante, es decir, por las dos partes que correspondian al interior y al exterior del edificio. Delante de él levantó siete grandes pirámides, una enfrente de otra; dos á su padre y su madre y cuatro á sus hermanos, reservando para sí la sétima que le recordaba que muy luego iria á juntarse con ellos. Al rededor de estas pirámides hizo construir grandes columnas y colocar sobre ellas todo género de armas para memoria eterna de les victorias conseguidas por aquellos, cuyos restos descansaban en este panteon; y sobre las armas hizo esculpir grandes naves para que fuesen vistas de todos los que surcaban aquellos mares. Este fué el magnífico sepulcro que la piedad y magnificencia de Simon hizo fabricar en Modin, su patria, para sus padres y hermanos y tambien para sí mismo, y que se conservaba en tiempo de san Jerónimo, despues de cinco siglos y medio.

Trifon hace matar al rey niño á traicion, y reina en su lugar.

Vimos salir á Trifon de los desiertos de Bascaman, despues de asesinar á Jonatás y á sus dos hijos en aquellos montes tan fatales á Israel, como los montes de Gelboe, y volverse con su ejército á Antioquía, y dijimos entonces : que las muertes de Jonatás y sus hijos no eran sino la primera parte de la escena sangrienta que

este hombre feroz venia preparando habia ya mucho tiempo. Pues hé aquí que en el camino de Bascaman á Antioquía se ejecuta la parte segunda de esta cruel tragedia. Caminando Trifon, dice el texto sagrado, con el joven rey Antioco, le hizo matar á traicion. Nada mas nos dice y nada mas se sabe acerca de la muerte de este rey niño, y del modo con que fué ejecutada. Lo que sí consta es : que Trifon reinó en su lugar : que se ciñó la corona de Asia; y que hizo grandes estragos en el reino, particularmente en aquellos que habiendo servido fielmente al inocente pupilo, se resistían á servir al sanguinario tutor. Esta nueva guerra civil entre los fieles servidores del desgraciado rey niño y los que seguian al usurpador, añadida á la que subsistia de muy atrás con el destronado Demetrio, pusieron á toda la Siria en una convulsion que apenas dejaba vivir; por el contrario la Judea; luego que salió Trifon de sus términos, quedó en una paz envidiable.

Continua Simon la fortificacion de la Judea y la concluye.

Simon se aprovechó de ella para concluir la grande obra de fortificarla, ideada por su hermano Jonatás y decretada por unanimidad y con aplauso de todos los ancianos de la nacion. Antes que comenzasen los atentados de Trifon habia ya edificado Simon y fortificado la ciudadela de Adiada y alguna otra, y ahora volvió a continuar su obra, levantando otras muchas en sitios oportunos; fortificando las antiguas con muros muy grandes y torres muy altas; poniendo en todas puertas fuertes y gruesos cerrojos; proveyéndolas abundantemente de alimentos y de armas, y ocupándolas de guardaciones numerosas que daban gran seguridad á toda la Judea.

Hace alianza con Demetrio.

Concluida esta obra de tanto interés y consecuencia en muy poco tiempo, pensó Simon en continuar la alianza de paz con los reyes de Asia. cuya alianza importaba tanto á su nacion. Habiendo hecho Trifon asesinar al rey niño, no quedaba otro rey legitimo de Siria que el fugitivo Demetrio, cuyo partido habia tenido que abandonar Jonatás, á causa de la falta de fe de este príncipe, y tomar el del joven Antiocho. Sin contar con este antecedente, que las circunstancias hacian desaparecer enteramente, Simon envió á Demetrio embajadores que llevando una corona y un ramo de oro, como regalo de costumbre, le hiciesen proposiciones que en su situacion no podian dejar de serle muy agradables. Prometia Simon de acuerdo con la nacion reconocer á Demetrio del mismo modo que sus padres habian reconocido á los primeros reyes griegos, sucesores de Alejandro, con la condicion de que Demetrio por su parte cumpliria los tratados antiguos entre los Israelitas y los conquistadores de Asia, y mantendria á la Judea en todas sus franquicias. No era ya Demetrio aquel rey soberbio que rompía con descaro los tratados mas graves y solemnes; ni aquel rey tan feamente ingrato que despreciaba y se declaraba enemigo de aquellos amigos que le salvaban la vida. Se juzgó muy dichoso por la alianza que se le ofrecia y aceptó muy gustoso las proposiciones que se le presentaban. Recibió á los embajadores de Simon y les trató con grande honor, y á su despedida les entregó una carta del tenor siguiente.

Carta del rey Demetrio á Simon y su pueblo.

« El rey Demetrio á Simon, sumo sacerdote y amigo

de los reyes, á los ancianos, y al pueblo de los Judíos, salud. Hemos recibido la corona de oro y el ramo que nos enviásteis, y estamos dispuestos á hacer con vosotros una paz grande, y á escribir á los gobernadores del rey que os condonen lo que os hemos concedido, porque lo que acordamos á vuestro favor firme es para vosotros. Las plazas que habeis edificado sean vuestras. Os remitimos las ignorancias y yerros hasta el dia de hoy y la corona que nos debíais; y si habia alguna otra cosa en Jerusalem que pagase tributo, que no le pague ya. Si hay algunos de vosotros á propósito para ser alistados entre nosotros, alistense y haya paz entre nosotros. » El año ciento y sesenta de los Griegos, y tres mil ochocientos y sesenta y cinco del mundo se concluyó este tratado, y entonces fué quitado el yugo de los gentiles á Israel, dice el texto sagrado.

Honra que se dispensa á Simon y parte de su elogio.

Desde este tiempo principió la nacion á poner en las actas y registros públicos la fecha de esta manera: *Año primero de Simon, sumo sacerdote, generalissimo y príncipe de los Judíos.* La honra que con esto se hacia á Simon era de gran consideracion; pero Simon, que fué recomendado como varon de consejo y consumada prudencia por su padre Matatías al morir, y dejado en su lugar por padre de toda la familia, habia correspondido perfectamente á la idea y encargo de su anciano padre, y la tenia bien merecida. El celo de este grande hombre por el aumento y extension del culto del Señor y el bien de su pueblo, no conoció límites. Su vida no fué otra cosa que una carrera de triunfos y de méritos, y su muerte la última víctima de las cinco que ofreció al Señor en sus hijos Matatías en defensa de su religion, su ley y su pueblo.

Sujeta la ciudad de Gaza y la convierte de ciudad pagana en ciudad israelita.

Cuando acababa Simon de hacer una paz y una alianza tan feliz con el monarca de Siria y de recibir tanta honra del pueblo de Dios, supo que la ciudad de Gaza, conquistada poco antes por su hermano Jonatás, se habia rebelado despues de la muerte de este, á pesar de haber entregado rehenes ó fiadores de su quietud, y luego acudió á reducirla á obediencia. La rodeó de sus tropas; dispuso las máquinas; las acercó á la ciudad; halió terriblemente una de sus torres y la tomó por asalto; Entonces los que venian en una de las máquinas; saltaron de ella, entraron de tropel en la ciudad, y levantaron en ella una gran confusion. Consternados los habitantes á vista de las desgracias que iban á suceder en una ciudad tomada por asalto, corrieron al muro con sus mujeres, sus hijas, sus hijos y sus mas tiernas niñas y niños, y rasgados sus vestidos, se presentaron á Simon, clamando con todas sus fuerzas : que les recibiese en paz, y no les tratase segun sus maldades, sino segun sus misericordias. Simon se compadeció de aquella desgraciada multitud y no la trató con el rigor de la guerra (que particularmente entonces era la muerte); pero les echó de la ciudad, sin dejar en ello ni un solo pagano, é hizo que fuesen á establecerse á otra parte. Mandó purificar las casas en que habian estado los ídolos, y limpiar la ciudad de toda reliquia de idolatria, y luego entró en ella con su ejército, bendiciendo al Señor y cantando himnos á su mayor gloria. Era la intencion de Simon repoblar esta ciudad pagana de Israelitas fieles, que la consagrasen al Señor con la pureza del culto y la observancia de su santísima ley; y para esto trajo á Gaza Israelitas celosos del cumplimiento de la ley y les posesionó de ella. Restableció todas sus fortificaciones, y la fortaleció de modo que no pudiesen ser inquietados; y por colmo de la gran-

deza á que queria levantar á Gaza y de la seguridad que queria establecer en ella, hizo edificar un alcázar ó palacio para su propia persona.

Toma del alcázar de Sion.

Faltaba aun para concluir la grande obra del restablecimiento entero de la nacion, la conquista de la fortaleza de Sion, y la gloria de esta conquista, que tantas veces se habia intentado, estaba reservada para el prudente Simon. Desde que Jonatás habia levantado el muro de la parte del oriente, y cercado esta plaza de fortalezas, apenas podia recibir socorro alguno; y ya vimos que Trifon con todo su ejército no pudo socorrerla, y la abandonó á sí misma. En el dia se hallaba ya reducida al hambre mas cruel, y ya habian muerto muchos de la guarnicion por falta de alimento. Viendo que Simon la estrechaba mas cada dia y que se preparaba al asalto, y no esperando por otra parte ser ya socorrida, puesto en la dura alternativa de perecer ó entregarse, clamaron á Simon para que les recibiese en paz y no les obligase á morir unos despues de otros en la prision á que les habia reducido. Bien merecian que Simon hubicra castigado en ellos todas las desdichas de su patria y su familia, de las que la guarnicion del alcázar era la principal causa; pero contento este hombre generoso con la rendicion de una plaza tan importante, le dejó salir ella libremente, y no quiso vengarse. Tuvo que hacer con dolor, pero por necesidad, en medio de la ciudad santa, lo que acababa de hacer en la pagana Gaza. Fué necesario purificar el alcázar, situado en su centro, de todas las impurezas que habia contraido con la residencia de los soldados idólatras y de los Israelitas apóstatas; y el dia veinte y tres del mes segundo del año ciento y setenta y uno de los Griegos, entró Israel en el alcázar del monte Sion, edificado en la cima del monte á manera de una corona que

le cenía y que venía á ser como el capitolio de la ciudad santa.

Sus nombres y su posicion.

Este alcázar es llamado en la sagrada Escritura palacio, casa y trono de David; y tambien trono real, porque desde que David le conquistó de los Jebuseos el año del mundo dos mil novecientos cincuenta y ocho, le ocuparon por espacio de ochocientos ochenta y dos años muchos reyes, hasta que en el año de tres mil ochocientos y cuarenta le ocupó y fortificó Apolonio, general de Antíoco Epifanes, habiendo permanecido veinte y tres años en poder de los Griegos. El día de la entrada en el alcázar de Jerusalem fué uno de los mas gloriosos y de mayor alegría para los hijos de Israel. Todos llevaban ramos de palmas en las manos, y cantaban himnos y salmos en loor y alabanza del Señor al son de arpas, timbales y liras, porque habia sido exterminado de Israel el grande enemigo (que era aquella guarnición de gentiles y apóstatas que tantos daños causaba). Miró la nacion el día en que entró en el alcázar como el día de su entera libertad, y ordenó que todos los años se celebrase este día con gran solemnidad.

Dueño Simon del alcázar, fortificó el monte Moria, ó del templo, y para vivir este santo pontífice inmediato á la casa del Señor, y ocuparse con mas continuacion y facilidad en el culto del Señor, fijo allí su morada. Era este el principal empleo que Simon se reservaba para su persona, cuyo vigor habian debilitado aun mas que los años, las guerras que habia sostenido, ó en las que habia tenido parte desde que su padre Matatías enprendió la libertad de Israel. Tenia un hijo llamado Juan, muy conocido en adelante con el sobrenombre de Hircano, y ya muy distinguido por su valor. Era, dice el texto sagrado, un hombre de guerra, muy valiente. Simon descargó sobre este hijo valeroso los cuidados de la guerra, le declaró

general de las tropas, y le fijó en la ciudad de Gazara, ó Gaza, su residencia.

Pasa Demetrio á la Media á tomar tropas auxiliares, y queda prisionero de Arsaces su rey.

Mientras que la Judea recobraba su entera libertad y el splendor de su religion, la Siria, despedazada mas cruelmente que nunca por sus divisiones interiores, caminaba con pasos acelerados á su entera ruina. Ella tenia al presente un tirano y un rey, que eran Trifon y Demetrio. Estos se disputaban la posesion, y en vez de gobernarla, la desolaban. Trifon, asesino del joven Antíoco, era dueño de muchas ciudades, á las que habia obligado á reconocerle. Tambien Demetrio tenia muchas que le habian permanecido fieles. Indignado este príncipe de verse con un competidor como Trifon, y determinado á conquistar todos sus Estados, pasó con su ejército á la Media á tomar tropas auxiliares para acabar con Trifon, pero le fué en extremo fatal esta expedicion. Arsaces, rey de la Persia y la Media, supo con enojo que Demetrio habia entrado con su ejército en las fronteras de sus Estados, regularmente sin contar con su anuencia y permiso, y envió á uno de sus generales con su ejército para que le prendiese vivo y se le presentase. El general de Arsaces marchó y deshizo el ejército de Demetrio: cogió á este vivo, y le llevó á Arsaces, quien le hizo poner en custodia. Se dice, que despues le dió libertad, le trató como á rey y le desposó con una hija suya, dándole palabra de restituírle á su reino; mas no lo prueban los hechos.

Felicidad de Israel y elogio repetido de Simon.

Nada padecia la Judea por estos movimientos que

agitaban la Siria. Simon, su pacificador, tuvo la dicha de conservarla en sosiego todo el tiempo que duró su pontificado. Fué su gobierno señalado con mil bellas acciones. Procuró sin cesar el bien de su nacion, y ella vió siempre con placer su dominacion y su gloria. Tomó á Jope, ciudad importante sobre el mar Mayor, ó Mediterraneo, é hizo en ella un puerto muy seguro para el comercio de su nacion. Extendió los términos de su pueblo y puso en libertad gran número de Judíos cautivos. Fué señor muy particularmente de Gazara, de Betsura y de la ciudadela de Jerusalem, y quitó de ellas todas las inmundicias. Nada habia que turbase en sus dias. Cada uno cultivaba en paz su tierra, sus árboles y sus viñas, y todo les daba frutos abundantes. Los ancianos estaban sentados en las plazas y trataban de lo que convenia al bien de la nacion, y los jóvenes vestian bellamente y ceñian sus armas de guerra. Simon cuidaba de todo. Fortificaba las ciudades y las proveía de todo género de armas para que fuesen otras tantas ciudadelas. Con esto dió seguridad á la tierra y el reino rebosó en grande alegría. Cada uno se sentó bajo de su higuera sin temor de que nadie perturbase su reposo, los enemigos interiores, aterados con la severidad de Simon, ó no se dejaban ver, ó huian á reinos extraños, y los reyes ocupados en sus guerras y casi aniquilados de fuerzas, léjos de inquietar á los hijos de Israel, buscaban su alianza. Simon era el protector de los pobres, cuidaba con gran vigilancia del cumplimiento de la ley y exterminaba los inicuos. La magnificencia del culto del Señor era siempre el primero entre los cuidados de Simon. Multiplicó el número de los vasos santos y aumentó la gloria del santuario de manera que la fama del nombre de Simon llegó hasta los fines de la tierra, dice el historiador sagrado.

Renuevan los Lacedemonios y los Romanos su amistad con Simon.

Se oyó en Roma y hasta en Lacedemonia que habia muerto Jonatás, y tuvieron de ello gran sentimiento; mas luego que supieron que Simon, su hermano, habia sido delarado sumo pontífice en su lugar; que gobernaba toda la tierra de Judá, y que se habia hecho dueño de todas las ciudades, le escribieron los Lacedemonios en planchas de bronce para renovar las amistades y alianza que habian hecho con sus hermanos Judas y Jonatás. Estas planchas ó cartas fueron leidas en Jerusalem en presencia de toda la Iglesia ó Sinagoga de los Judíos, y entregada copia de todo á Simon sumo sacerdote.

Continuaban los Judíos esta amistad con los Lacedemonios, no tanto por las utilidades que pudieran resultarles de ella, cuanto por el parentesco que mediaba y que deseaban conservar en buena relacion. No sucedia así con respecto á los Romanos, de cuya alianza se prometian reportar grandes utilidades. Por esto el sumo sacerdote Simon envió á Numenio, que ya se hallaba en Jerusalem de vuelta de su embajada de Lacedemonia, á Roma con un grande escudo de oro de peso de mil minas (sesenta y cinco arrobas, quince libras y diez onzas de oro) á renovar la alianza. Llevaba Numenio una copia de lo acordado por el pueblo de Dios para comunicarlo al pueblo romano, y era lo siguiente :

El día diez y ocho del mes de Elud (que principia en la luna de agosto) el año ciento setenta y dos de los Griegos y el tercero del pontificado de Simon, en la gran reunion de los sacerdotes, del pueblo, y de los príncipes y ancianos de la nacion, se hizo publicar en Asaramel, lugar de las juntas, lo siguiente. Nuestro pueblo ha sido afligido largo tiempo por las guerras; pero Simon, del linaje de Jarib, y sus hermanos, sobre todo Judas Macabeo, se han entregado á los peligros, han

resistido á los enemigos para conservar su santuario y su ley, y han acrecentado mucha gloria á su nacion; y Jonatás, después de haber reunido á sus hermanos los Judíos y haber sido establecido sumo sacerdote, fue recogido á su pueblo. Los enemigos quisieron entonces hollar y destruir su tierra, y extender las manos á su santuario, pero se opuso Simon y peleó en defensa de su pueblo; reunió dinero para distribuírselo; armo á los hombres mas valientes de su nacion; y les dió sueldos cumplidos. Fortificó las ciudades de la Judea, particularmente á Betsura, plaza fronteriza á Jope, puerto de mar, y á Gazara en los confines de Azoto, y puso en ellas todo lo necesario para su defensa.

Vió el pueblo los hechos de Simon y cuanto habia ejecutado para gloria de su nacion y le eligió por su jefe y príncipe de los sacerdotes. En sus dias todo prosperó entre sus manos. Los gentiles fueron arrojados de su tierra, y los que ocupaban el alcázar de la ciudad de David, de donde salian á profanar los contornos del santuario con grande ultraje de su santidad, fueron lanzados de él. Puso allí soldados de Judá para seguridad de la tierra, y alzó los muros de Jerusalem para su defensa. El rey Demetrio le confirmó el sumo sacerdocio y le hizo su amigo, y por cuanto oyó que los Romanos habian llamado á los Judíos sus amigos, aliados y hermanos, y que habian recibido á los embajadores de Simon de un modo glorioso, les colmó de grandísimas honras. En fin los Judíos y sus sacerdotes convinieron en que Simon fuese su general y sumo sacerdote para siempre hasta que se levantase *el Profeta fiel* (esto es, hasta la venida del Mesias, que los últimos profetas habian anunciado como muy cercana, y que en efecto se verificó á los ciento y veinte y siete años, en que pasó el cetro de Judá de la familia de los Asamoneos ó descendientes de Matatías á las manos de Herodes Ascalonita, en cuyo tiempo nació Jesueristo). Acordaron tambien que todo se grabase en planchas de bronce, y que estas

se colocasen en la galería del santuario en un sitio público, y que se archivase además una copia de todo en el tesoro del templo para que la tuviesen Simon y sus hijos.

Cumplió Numenio su comision entregando el grande escudo de oro, y leyendo la escritura que va referida; y cuando hubo oido el pueblo romano esta escritura, dijo: ¿Con qué acciones de gracias pagarémos á Simon y á sus hijos? Porque él ha restablecido á sus hermanos, y exterminado de Israel á sus enemigos: y reconocieron á Israel por un pueblo libre y una nacion enteramente independiente: y no contentos con esto, mandaron grabar la declaracion que acababan de hacer en planchas de bronce, y las entregaron á su embajador para que las colocase entre los títulos de Judá en el monte de Sion.

Antioco, rey de Siria, hace alianza con Simon.

Todo salia bien á Simon, pues mientras renovaba sus alianzas con las potencias distantes, las inmediatas, cual era principalmente la Siria, buscaban con empeño la suya. Ya no era Demetrio, rey legítimo, quien gobernaba la Siria, era el usurpador Trifon, quien continuaba mandando en perjuicio de Demetrio, prisionero de Arsaces, rey de los Medos; pero tenia Demetrio un hermano llamado Antioco, el cual, viendo los Estados de sus padres en manos de un usurpador, determinó recobrarlos, y el primer paso que juzgó conveniente para salir con su intento, fué procurar que Simon y su pueblo se interesase por él. Se hallaba á la sazón este nuevo pretendiente retirado en las islas del mar Mediterráneo, donde principiaba á formar su partido; y desde allí escribió el año de ciento setenta y tres de los Griegos la carta siguiente:

Carta de Antioco á Simon y su nacion.

« El rey Antioco á Simon, sumo sacerdote, y á la nacion de los Judías, salud: Habiéndose apoderado algunos hombres pestilenciales del reino de mis padres, he determinado recobrarle y restablecerle al estado que tenia antes, y para esto he levantado un ejército numeroso y escogido, y fabricado naves de guerra. Estoy por tanto resuelto á entrar en mis Estados para castigar á aquellos que han destruido mis provincias y desolado muchas ciudades en mi reino. Por lo que mira á ti, te confirmo todas las exenciones que te han concedido todos los reyes que fueron antes de mí, y todas las donaciones que te hicieron; y te concedo permiso para acuñar moneda en tu nacion. Quiero tambien que Jerusalem sea santa y libre, y que todas las armas que has fabricado y castillos que has construido y estan en tu poder queden para ti. Todas las deudas del rey y las que el rey debia percibir te son perdonadas desde ahora y para siempre. Mas : cuando hubiéremos entrado en la posesion de nuestro reino, harémos á ti, á tu nacion y al templo tales honras, que vuestra gloria sea manifiesta en toda la tierra. »

Entra Antioco en el reino de sus padres; se le unen casi todas las tropas de Trifon, y huye este á Dora, donde es cercado por Antioco.

No tardó Antioco, despues de haber escrito esta carta, en hallarse en estado de presentarse como rey en los Estados de sus padres. El año de ciento setenta y cuatro entró Antioco, hermano de Demetrio, detenido en la Media por Arsaces, en los Estados de sus padres, y se vinieron á él todas las tropas, quedando muy pocas á Trifon. Viéndose este usurpador sin ejército para resistir

á un rey legítimo y ya poderoso, huyó por las costas del mar hasta Dora, donde se encerró, resuelto á defenderse hasta el último extremo. El rey le siguió con ciento y veinte mil hombres de á pié y ocho mil de á caballo. Puso cerco á la ciudad por tierra, y las naves la bloquearon por mar, estrechándola de modo que nadie podia entrar ni salir de ella. Sin embargo, no logró Antioco rendir con este primer sitio una plaza fuerte en extremo y defendida por el rebelde Trifon, hábil general, y por sus amigos y tropas igualmente rebeldes. El rey puso segundo sitio á Dora, ó por decirlo mejor, aumentó el rigor del primero. Acercó por todas partes sus máquinas, y la estrechó tanto que esperaba que Trifon por ningun camino se le podria escapar. Este se defendía con obstinacion y dilataba el sitio, esperando una ocasion favorable para huir.

Negra infidelidad de Antioco para con Simon.

En este tiempo fué cuando Simon, que tenia al rey por afecto á su nacion, en vista de su carta, queriendo hacerle algun obsequio notable le envió para la rendicion de la plaza de Dora dos mil de sus valientes y una embajada con oro, plata y multitud de vasos preciosos; pero Antioco no era ya un desterrado en las islas del mar, desde donde escribia á Simon y á su pueblo, prometiendo hacer, luego que entrase en la posesion de su reino, tales honras al templo y á la nacion, que su gloria resonase por toda la tierra; era ya un rey poderoso con un ejército de ciento y veinte mil soldados de á pié y ocho mil de á caballo, y entumecido con su gran poder desechó con soberbia las ofertas de Simon, y léjos de manifestarse agradecido á los obsequios y servicios que le habia hecho, tomó ocasion de ellos, no solo para ser infiel á cuanto habia prometido en su carta, sino tambien para amenazarle con la guerra, si no le entre-

gaba ciertas ciudades y pagaba los tributos recogidos en ellas. Y envió Simon á Antioco de socorro, dice el texto sagrado, dos mil soldados escogidos y plata y oro y multitud de vasos (preciosos), mas no quiso recibirlo, sino que rompió todos los tratados que (despues de la carta) habia hecho con Simon y se extrañó de él.

Envia Antioco á Atenobio á Simon dándole quejas y pidiéndole cuentas.

Á consecuencia de este extrañamiento envió Antioco á Atenobio, uno de sus amigos, con orden de decir á Simon : Vos teneis á Jope, Gazara y el alcázar de Jerusalem, plazas de mi reino ; habeis desolado sus contornos haciendo muchos males en la tierra, y os habeis alzado con el señorío de muchos lugares en mi reino. Entregad, pues, las plazas que ocupásteis y los tributos de los lugares que poseisteis fuera de los lugares de la Judea, y sino, dad por ellos quinientos talentos de plata ; y por los estragos que habeis hecho y por los tributos de las ciudades, otros quinientos ; pues sino, irémos y os harémos la guerra.

Noble contestacion de Simon.

Atenobio, encargado de comunicar á Simon estas órdenes, llegó á Jerusalem, y cuando vió el esplendor que rodeaba al soberano pontífice, el oro, la plata y su grande aparato, quedó maravillado ; pero en medio de su admiracion, le fué necesario comunicar al soberano pontífice lo que el rey le habia encargado. El pontífice escuchó con majestad al enviado del rey y le contestó con gravedad : « Ni hemos tomado tierra ajena, ni retenemos cosa que no sea nuestra. Lo que hemos hecho ha sido conquistar la heredad de nuestros padres, que

injustamente han poseído por algun tiempo nuestros enemigos. Si : hemos reconquistado la herencia de nuestros padres, aprovechándonos de la ocasion. En cuanto á las quejas que nos das sobre Jope y Gazara, ellas hacian en nuestro país y sobre nuestro pueblo males muy grandes. » Hizo además presente el gran sacerdote al enviado del rey que se habian visto obligados á sujetarlas por las armas, y que no podrian dejar de tenerlas bajo de su dominio sin quedar expuestos á un nuevo torrente de males ; pero que, pues pretendia fener sobre estas ciudades algun derecho de soberanía, estaba pronto á pagarle por modo de indemnizacion cien talentos de plata.

Envia Antioco contra la Judea al general Cendebeo con una parte de su ejército, y con la otra sigue á Trifon, le alcanza y le quita la vida.

Distaban mucho estas contestaciones y promesas del gran sacerdote de las pretensiones del rey, y Atenobio su encargado se retiró de Simon sin replicar ni una sola palabra, pero enojado. Vuelto al rey, su señor y su amigo, le refirió la ostentacion y grandeza de Simon, sus contestaciones y todo cuanto habia visto y observado, y el rey irritado en gran manera con la negativa á sus pretensiones, entregó á su general Cendebeo parte del ejército, tanto de infantería como de caballería, y le mandó que marchase contra la Judea : que reedificase á Gedor, plaza fuerte, para que le sirviese de centro de sus operaciones : que asegurase bien sus puertas y cerraduras ; y que sujetase al pueblo.

Reservó para sí la otra parte del ejército y con ella persiguió á Trifon, que á pesar del riguroso cerco en que tenia el rey la plaza de Dora, pudo huirse de ella, y embarcándose en una nave, arribar á Ortosiada, y de allí, segun dice Josefo, á Apamea, donde fué alcanzado

por el rey y muerto el año quinto del reinado que habia usurpado. ¡ Muerte demasiado fatal por demasiado tardía! ¡ Muerte de un hombre, que vivió para cometer un regicidio en un rey niño, para asesinar al gran sacerdote Jonatás y sus dos hijos, y para llenar de calamidades el reino que habia usurpado!

Cendebeo entra en la Judea haciendo estragos, y Juan, hijo de Simon, corre á Jerusalem á dar parte á su padre.

Mientras que el rey concluía con Trifon, Cendebeo arribó con su parte de ejército á Jamnia, y luego comenzó á oprimir al pueblo, á talar la Judea, y á cautivar y matar los Judíos. Reedificó á Gedor y puso en esta fortaleza tropas de á pié y de á caballo para hacer correrías por la tierra de Judea, segun el mandato del rey su amo. Juan, uno de los hijos de Simon, habia fijado por orden de su padre su residencia en Gazara para conservar las plazas que por aquella parte tenia la nacion. Luego que vió los males que Cendebeo causaba en el pais, corrió á Jerusalem á dar cuenta de ellos á su padre y pedirle sus órdenes.

Simon por hallarse ya muy anciano no va á esta guerra, y la encarga á sus hijos mayores Judas y Juan.

Simon llamó á sus dos hijos mayores, que lo eran Judas y el expresado Juan, y les dijo: Yo y mis hermanos y la casa de mi padre hemos batido á los enemigos de Israel desde nuestra juventud hasta el dia, y hemos tenido la dicha de librar á Israel muchas veces; mas ahora yo he envejecido. Ocupad, pues, mi lugar, y sed como mis hermanos (valientes y aguerridos). Salid á pelear por nuestro pueblo, y el auxilio del Cielo sea con vosotros. Despues de esta breve y enérgica exhor-

tacion eligió Simon veinte mil hombres de los mas esforzados de todo el pais con la caballería correspondiente, y los entregó á sus hijos para hacer la guerra á los Sirios.

Salen Judas y Juan con veinte mil hombres y la caballería correspondiente á pelear contra Cendebeo.

Luego salieron con su ejército estos nuevos campeones de la familia de Matatías contra Cendebeo, general de los Sirios, y pasaron la noche en su amada patria, la ciudad de Modin. Salieron de ella al apuntar el dia y bajaron á la llanura. Entonces vieron que venia contra ellos un grueso ejército de infantería y caballería, comandado por Cendebeo. Caminaban los dos ejércitos á encontrarse y no les separaba sino un arroyo impetuoso, que cada ejército trataba de pasar á la vista del otro. Juan con sus gentes estaba ya en el márgen, y cuando vió que los suyos temian entrar en él, se arrojó á él, le pasó el primero y todos á porfia le siguieron. Situado Juan con sus tropas al otro lado del torrente, sin que el enemigo se hubiese atrevido á oponerse, dividió su ejército en dos trozos, colocó en medio de ellos la caballería para sostenerla, porque la caballería enemiga era muy numerosa, y luego mandó tocar las trompetas sagradas para entrar en combate.

Huyen los Sirios y los Israelitas les cargan, matando muchos en la huida y quemando á otros en las torres en que se encerraron.

Apenas se dejó oír su formidable sonido, cuando el terror se apoderó de los enemigos. Cendebeo tomó la fuga con toda su gente, y el campo quedó abandonado. El ejército de Israel les cargó reciamente en la huida.

Muchos perecieron á filo de espada, y huyendo otros muchos lograron encerrarse en la fortaleza (de Gedor); al irlos persiguiendo fué herido Judas, el hermano de Juan; pero este, aunque solo, continuó en perseguirlos hasta la fortaleza de Gedor, que Cendebeo había reedificado por orden del rey. Los que no pudieron entrar en esta fortaleza, continuaron huyendo hasta las torres que había en las llanuras de Azoto; y Juan, que les iba al alcance, las puso fuego y murieron en ellas dos mil enemigos. Así concluyó el valeroso Juan esta primera guerra, teniendo el consuelo de volver con su hermano Judas, cuya herida no resultó mortal, en paz y con gloria á la Judea. Así este valeroso joven, digno de la sangre de Matatías su abuelo, y de Simon su padre, se iba disponiendo con acciones gloriosas, mas pronto de lo que él quería, á tomar el gobierno de la nacion, que había de poner en su mano la funesta muerte de su padre.

Sangrienta y cruel tragedia de Doc. Muerte alevosa del sumo sacerdote Simon y dos de sus hijos.

Como dos años despues de la victoria de Gedor, ganada por Juan al general de Antíoco, se vió con horror en Israel una escena apenas imaginable. El gran sacerdote Simon tenía á mas de los tres hijos, Judas, Juan y Matatías, una hija, cuyo nombre no expresa la Escritura sagrada. Trató de casarla con persona correspondiente á la elevacion de su familia, y entre los muchos que aspiraban á una alianza tan esclarecida, fué preferido un hijo de Abobo, llamado Tolemeo. Al darle Simon su hija le colocó en un puesto correspondiente á su rango, haciéndole gobernador del campo de Jericó. Tolemeo, yerno del sumo sacerdote, tenía mucha plata y mucho oro. Estas grandes riquezas, la elevacion en que se hallaba por su casamiento, y la autoridad y superioridad

que le daba su puesto, exaltaron su corazon y llegó á concebir una traicion tan horrible que apenas puede imaginarse. Pensó en alzarse con la tierra, esto es, con la autoridad soberana que ejercia el sumo sacerdote Simon su suegro, y para este fin esperaba ocasion de cometer una atrocidad con Simon y sus hijos.

Recorriendo, pues, Simon las ciudades que había en la tierra de Judea, y atendiendo cuidadosamente á ponerlas en el mejor orden, bajó á Jericó él y sus hijos Matatías y Judas, el año de ciento setenta y siete de los Griegos en el mes undécimo llamado Sabat (que corresponde á la luna de enero) y los recibió con grande perfidia el hijo de Abobo, yerno del venerable anciano Simon, y cuñado de los dos hermanos Matatías y Judas, en una pequeña fortaleza llamada Doc, que él había reedificado, acaso con el horrible designio que vamos á ver realizado. Escondió en ella hombres armados, y dió un magnífico banquete á Simon y á sus hijos. Cuando estos se hallaban mas regocijados, Tolemeo se levantó de la mesa, salió de la sala del banquete, y volviendo á entrar con los hombres que tenía escondidos, mataron á Simon y á sus dos hijos y á algunos de sus criados; y cometió Tolemeo una gran perfidia en Israel y volvió mal por bien, dice el texto sagrado.

Inmediatamente envió el pérfido y cruel Tolemeo un correo al rey Antíoco, con quien se creía procedía de acuerdo, pidiéndole tropas en su socorro, y prometiéndole que le entregaría el país y sus ciudades y los tributos antiguos, de cuyo pago estaba libre la Judea. Envió al mismo tiempo asesinos á Gazara para que matasen á Juan, y escribió á los tribunos (comandantes del ejército) que se viniesen á él y les daría plata, oro y muchos dones. Despachó en fin tropas á ocupar á Jerusalem y el monte del templo. Todo estaba perdido, si tantas medidas, y al parecer tan bien tomadas, hubieran salido al parricida Tolemeo del modo que él lo esperaba; pero el Dios de Abraham, de Isaac y de Ja-

cob, que velaba sobre los intereses de su pueblo escogido, no permitió que tuviesen efecto. Suscitó un Israelita fiel, que testigo de la sangrienta tragedia de Doc, corrió á Gazara, donde llegó todo fuera de sí, y avisó á Juan : que su padre y hermanos acababan de ser asesinados por su cuñado Tolemeo, hijo de Abobo, y que venían muchos hombres en camino á hacer lo mismo con él. Pensó morir de dolor el joven general con esta noticia. Todo ocupado de la desolacion de su familia apenas pensaba en asegurar su propia vida. Mas vuelto al fin sobre sí, esperó prevenido á los asesinos, les hizo prender, y mandó matar á los que venían á matarle.

Desconsuelo de Israel por la pérdida de Simon y sus dos hijos, y consuelo al ver las virtudes de Juan que era el tercero y sucedió á su padre.

Israel enterró é hizo magníficas honras á Simon y á sus hijos, lloró la pérdida que acababa de sufrir, y tarde se habria consolado de ella, si su hijo Juan, en todo semejante á su padre, no hubiera dado desde luego las mas bien fundadas esperanzas de un dichoso gobierno, y no se hubieran descubierto en él las mas bellas acciones en circunstancias tan delicadas. Se vió desde luego que Juan reunia en su persona las virtudes de los hijos de Matatías, como reunia las dignidades de que ellos habian estado revestidos. Apenas tomó Juan posesion de la dignidad de gran sacerdote, y de general de las armas de la nacion, cuando se advirtieron en él la valentía de sus tíos Judas y Jonatás, la prudencia de su padre Simon, y el celo de su abuelo Matatías por la gloria de la religion y la felicidad de su pueblo. Juan fué un héroe, como los demás de su familia, pero la relacion individual de sus heroicas acciones se ha perdido, y esta pérdida nos ha privado de una buena parte de la preciosa historia de los valientes Macabeos.

Pérdida del diario del sacerdocio de Juan, y conservacion de dos cartas pertenecientes á la sagrada Escritura.

Y las demás acciones de Juan, concluye el historiador sagrado, sus guerras, sus empresas, en las que se portó tan valerosamente, la reedificacion de los muros que levantó y todas las cosas que hizo... todo esto se halla escrito en el diario de su sacerdocio, desde que fué hecho príncipe de los sacerdotes despues de su padre. Este sagrado diario es el que se ha perdido. Pérdida irremediable, que no puede suplirse por las historias profanas, cuya verdad nunca puede llegar á ser infalible por mas autorizada que aparezca. Sin embargo, nos ha quedado en su lugar un fragmento, que aun cuando no forma historia seguida, nos da ideas y noticias preciosas, de las que no es justo privar á nuestros lectores. Este sagrado fragmento se compone de dos cartas escritas por los Judios de Jerusalem á sus hermanos los Judios de Egipto, con la diferencia de diez y nueve años de fecha; pero como forman un escrito bastante dilatado, darémos solamente un extracto de ellas; ya porque así lo pide el compendio de la historia de la religion que venimos escribiendo, y ya porque la mayor parte de los hechos que en ellas se refieren quedan escritos en este compendio.

Advertencia acerca de ellas.

Mas para que los lectores formen idea clara del contenido de este fragmento, es necesario advertir, que Tolemeo Soter, rey de Egipto, hizo trasladar á su reino un crecido número de Judios : que otros fueron á vivir allá atraidos de la fertilidad del pais y de la buena acogida que hallaban en el príncipe; y que otros, en fin, fueron empujados á aquella tierra de asilo por la vio-

lencia de las persecuciones. Establecido este gran número de Judíos en aquel reino, edificaron en él un templo sobre el modelo del de Jerusalen, sin atender á que estaba severamente prohibido que se ofreciesen sacrificios al Señor fuera del templo de la ciudad santa. Acaso se deslumbraron por aquel pasaje, donde dice Isaías : El altar del Señor en aquel dia estará en medio de la tierra de Egipto; pero es fuera de duda, que el profeta en este pasaje no hablaba de los tiempos de los Judíos, sino de los de Jesucristo. Bien persuadidos los Judíos de Jerusalen, que componian la sinagoga madre, de que solo en aquel templo se podian y debian ofrecer los sacrificios, escribieron á los de Egipto con el fin de apartarles del culto que daban al Señor en un lugar ilegítimo, llamando para esto su atención á que celebrasen las mismas fiestas y en los mismos dias que ellos, excepto los sacrificios y algunas ofrendas que solo podian presentarse en el templo de Jerusalen. Hechas estas advertencias, vamos ya á compendiar las cartas citadas.

Carta primera.

Los Judíos que estan en Jerusalen y en la tierra de Judá, á sus hermanos los Judíos que estan en Egipto, salud y buena paz. Hágaos Dios bien, y acuérdesse de la alianza que hizo con Abraham, con Isaac y con Jacob, que fueron sus siervos fieles. Á todos os dé un mismo corazon con que le adoreis y hagais su voluntad con deseo grande y ánimo elevado. Abra vuestro corazon para que entendais acerca de su ley y de sus mandamientos, y os dé la paz. Oiga vuestras oraciones y se reconcilie con vosotros (perdonándoos el pecado de haber levantado un templo fuera de Jerusalen), y no os desampare en el tiempo malo. Nosotros estamos aquí orando sin cesar por vosotros. Ya en el año de ciento sesenta y nueve, reinando Demetrio, os escribimos en

medio de la tribulacion y el quebranto que en aquellos dias malos vinieron sobre nosotros con motivo de haber abandonado Jason la tierra santa y el reino (de haber apostatado). Véase la página 253 de este tomo tercero. Entonces fué cuando nuestros enemigos quemaron las puertas del templo y derramaron la sangre inocente; mas nosotros clamamos al Señor y fuimos oidos. Ofrecimos los sacrificios y la flor de la harina, encendimos las lámparas y presentámos los panes; y ahora deseamos que celebreis con nosotros los dias de la Scenopégia (purificacion) del mes de Casleu.

Carta segunda.

El año de ciento ochenta y ocho, el pueblo que está en Jerusalen y en la Judea, el senado, y Judas, á Aristóbulo, que es del linaje de los sacerdotes sagrados, y maestro del rey Tolemeo, y á los Judíos que estan en Egipto, salud y prosperidad. Habiéndonos librado el Señor de grandes peligros, le damos humildísimas gracias, porque despues de pelear contra Antioco y contra la multitud de gentes que hizo venir de la Persia á guerrear contra nosotros y contra la ciudad santa, triunfamos de ellos. Vuelto Antioco con su grande ejército á la Persia, murió en el templo de la diosa Nanea, sorprendido por la astucia de los sacerdotes de la diosa: habiendo ido Antioco y sus amigos al templo de Nanea como para desposarse con ella, y recibir grandes sumas de dinero á título de dote, los sacerdotes las presentaron á su vista; mas luego que entró el rey con los suyos para tomarlas, los sacerdotes cerraron de repente las puertas del templo, y entraron por una puerta secreta, mataron á pedradas al rey y á los que estaban con él. Les hicieron pedazos, y cortándoles la cabeza, les arrojaron fuera del templo. Dios, que entregó los impíos, sea bendito por todo.

Los Judios de Jerusalem, despues de referir á sus hermanos de Egipto las misericordias que el Señor habia usado con ellos, pasan á exhortarles, como en la primera carta, á que celebren la festividad de la purificacion del templo, añadiendo : que tambien desean que celebren el dia de la aparicion del fuego sagrado. Debiendo, les dicen, celebrar nosotros la purificacion del templo el dia veinte y cinco del mes Casleu, hemos juzgado hacérselo saber para que tambien vosotros celebrais este dia, y el del fuego que fué dado, cuando Nehemias, reedificado el templo y el altar, ofreció sacrificios... Aqui refieren todo lo que dejamos escrito acerca de este fuego milagroso á la página 225 de este tomo, la exhortacion que hizo Jeremias á los que salian al cautiverio y la ocultacion del arca santa, del propiciatorio y del altar del incienso en una cueva desconocida, segun queda dicho circunstanciadamente á las páginas 60 y siguientes de este mismo tomo, donde todo puede y debe volver á leerse. Les hablan tambien de la biblioteca que habia formado Nehemias, recogiendo de varios países los libros del real profeta David y de los otros profetas, las cartas de los reyes, y las auténticas de sus donativos. Les dan noticia de haber recogido Judas todos los escritos que se habian perdido, durante la guerra, y de los que tenian en su poder. Si pues, les dicen, apeteceis estas cosas (estos preciosos escritos), envidad quien os los lleve. Repetimos, concluyen, que estando para celebrar la purificacion del templo, haréis bien, si celebrais estos dias, porque Dios, que libró á su pueblo, y restituyó á todos la herencia, el reino, el sacerdocio y el santuario, como lo tenia prometido en la ley, se apiadará luego de nosotros y nos juntará de toda la tierra en el lugar santo.

Falta de historia sagrada del antiguo Testamento y suplemento con la profana.

Aquí concluye lo principal que contienen estas preciosas cartas y con ellas toda la historia sagrada del antiguo Testamento. Tambien aquí deberia concluir este compendio de la historia de la religion por lo que toca al antiguo Testamento, en atencion á que todo debe sacarse de los Libros santos, como se dice en su título; pero median desde la fecha de la segunda de estas dos cartas, que es del año de ciento ochenta y ocho del reino de los Griegos en Asia, correspondiente al de tres mil ochocientos ochenta y tres del mundo, hasta la venida del Mesias, ciento diez y siete años, cuya historia es preciso suplir con la profana, so pena de dejar mas de un siglo sin historia; y esto seria bien sensible á la generalidad de nuestros lectores, que no habiendo hecho un estudio de las historias profanas, no podrían unir la del antiguo Testamento con la del nuevo. Por tanto hemos preferido suplir con la historia profana este vacío, que siempre dejaría un deseo en los lectores y un descuberto en el compendio de esta historia. Debemos venerar y adorar las disposiciones del Señor, que quiso dejarnos por mas de un siglo sin historia sagrada del antiguo Testamento; pero esta veneracion no debe impedir que para suplir, en el modo posible, esta falta, nos aprovechemos de la profana. En esta atencion volverémos á tomar el hilo de la historia del reino de los Griegos, de ese reino con quien tantas peleas tuvieron los hijos de Israel; y concluida, seguiremos la del pueblo escogido hasta la venida de Jesucristo.

HISTORIA PROFANA

Desde Antíoco Sidetes hasta el fin del reino de Siria.

Ya vimos que Antíoco, llamado Sidetes ó Evergetes, murió en la Persia apedreado en el templo de la diosa Nanea. Con la vida de este impío, que acabó el año de ciento ochenta y tres de los Griegos, se concluyó la persecución que la Siria había hecho á Israel desde el reinado de Seleuco tercero, llamado Epifanes, cuyo reinado y persecución principió el año de ciento treinta y cuatro cuando envió á Heliodoro á tomar las tesoros del templo. Tenia el sobredicho Sidetes tres hijos; pero ninguno le sucedió inmediatamente en el reino, acaso por ser todos menores de edad. Entonces vino de la Persia su hermano Demetrío, despues de haber estado destronado y prisionero nueve años en ella, y volvió á ocupar el trono de sus padres cuatro años, hasta que fué muerto en Tiro por el mismo que él había puesto gobernador de aquella ciudad.

Ruina del reino de Siria y atrocidades de la reina Cleopatra.

Desde aqui ya la Siria se vió inundada de príncipes que aspiraban á ceñirse la corona, y no pudiendo conseguirlo, la hicieron pedazos y cada una tomó la pieza que pudo. Cleopatra, la hija de Tolemeo Filometor, rey de Egipto, era la principal en esta confusion. Infiel á su primer marido Alejandro, á quien abandonó en la desgracia, no menos infiel á Demetrío, con quien se casó,

viviendo Alejandro, aun pasó á casarse con Antíoco Sidetes, hermano de Demetrío. Seleuco, á quien Cleopatra había tenido de Demetrío, tomó el título de rey en las provincias confinantes á las que gobernaba su madre; mas temiendo esta furia que su hijo, á título de rey, quisiese extender su dominio á las que ella gobernaba, arrastrada además del ansia de mandar en las que gobernaba su hijo, le convidó á una reunion importante, y cuando menos lo pensaba, le atravesó con su propia mano un puñal por el pecho. Trajo luego á su lado otro hijo que había tenido tambien de Demetrío, cuya poca edad la proporcionaba mandar por algunos años, en los que el hijo ocuparia el trono y la madre el gobierno. Se llamaba Antíoco, y á causa de su nariz corva, se le dió el nombre de Grifo. Temiendo la fiera Cleopatra que Grifo se sustrajese de su autoridad, ya porque este se adelantaba en edad, y ya por los trastornos que sufría la Siria en aquel tiempo, trató de que pasase el cetro, roto como estaba, á otro hijo que había tenido de Sidetes. Era de tierna edad, y así esperaba ella que podría mandar por mucho tiempo, mas para todo esto era preciso deshacerse de Grifo; però nada importaba á Cleopatra entregar al veneno la vida de este segundo hijo, como había entregado al acero la vida del primero. Para ejecutarlo esperó una ocasion, y se la presentó el cansancio de una cacería. Venia Grifo de ella muy acolorado, y á pretexto de refresco le presentó su madre una copa. El rey, ó temeroso de lo que podía hacer una madre que había ya clavado el puñal en el seno de su hermano, ó advertido con tiempo, no quiso beberla, si no bebía primero su madre. Se disputó como obsequio de honor, el que lo era de muerte. Cuanto mas se resistía la reina á beber, tanto mas se aseguraba el rey de que la copa estaba envenenada, y entonces dijo resueltamente: que solo bebiendo la reina primero, podría destruir las sospechas de que la copa estaba envenenada. Esto pasaba delante de toda la corte, y no pudiendo sobrevivir Cleopatra á su ignominia, bebió la

copa y murió. Reina perversa, que apenas tendra entre los hombres quien la exceda en maldad. Cleopatra fue una mala esposa, se casó y descasó á su placer y su antojo, y causó la muerte de dos de sus maridos. Tuvo cuatro hijos, mató á uno con su propia mano armada del acero, y quiso matar á otro dándole tambien con su mano la copa del veneno. Tal fué el presente funesto que el rey Tolemeo hizo en la fiera Cleopatra, su hija, al reino de Siria; á este reino agonizante de los Seleucidas, cuya historia ya no es otra cosa que una mezcla espantosa de todos los crímenes. Venenos, asesinatos, fratricidios, parricidios, filicidios, regicidios... todo se reune en él y se sucede á la vez. Cinco hijos de Antíoco Grifo reman y perecen sucesivamente de muerte violenta. El reino dividido se encuentra con dos capitales, Antioquia y Damasco. Muchas ciudades se erigen en repúblicas, ó pueblos libres. Las viudas y hermanas de los reyes se forman por usurpaciones sus pequeños reinos, que trasladan á sus esposos en sus casamientos. Cada individuo de las familias reales quiere ser un rey; hasta que por último la confusión llegó á ser tal, que cansados los Sirios de sufrir á todos estos reyezuelos encarnizados unos contra otros, llamaron á Tigranes, rey de la Armenia, para que los gobernase.

Fin del reino de Siria, sumergido en el imperio de Roma.

Los Romanos, solicitados sin cesar por los competidores á la corona de Siria, se guardaron muy bien de dar preponderancia á los unos sobre los otros. Recibían con mucha atención sus embajadores, aceptaban los presentes que les hacían, y entre buenas palabras y lisonjeras promesas, dejaban á todos que se arruinasen alternativamente; mas cuando vieron que reinaba Tigranes, creyeron que había llegado el tiempo de recoger el fruto de su ástuta política. Declararon la guerra á este rey, y Pom-

peyo, que fué el encargado de hacerla, le venció y se hizo dueño del reino. Entonces uno de los pretendientes, que se creía con mejor derecho á la corona de Siria, se presentó al general romano, esperando, que por los muchos y grandes presentes que había hecho á los senadores, y las palabras que se le habían dado, conseguiría ser restablecido en el trono de sus ascendientes; pero Pompeyo le dijo: El reino de Siria era ya de Tigranes. Nosotros hemos vencido á Tigranes y conquistado su reino. Hemos entrado en todos los derechos de Tigranes, y por tanto el reino de Siria pertenece ya á los Romanos, que sabrán defenderle mejor que vosotros. De este modo el reino de Siria, una de las piedras mas preciosas de la corona del grande Alejandro, vino á sumergirse al fin de dos siglos y medio en el piélago inmenso del imperio romano.

HISTORIA DEL ANTIGUO TESTAMENTO,

Desde Juan Hircano hasta Jesucristo, sacada de los libros profanos á falta de los sagrados.

Juan Hircano.

La última acción que de Juan, por sobrenombre Hircano, hijo del anciano y sumo sacerdote Simón, nos refiere la Historia sagrada, es la justicia que hizo en los que, de orden de Tolemeo, el asesino de su padre y hermanos, venían á matarle. Vamos, pues, á continuarla, guiados de la historia profana á falta de la sagrada.

Hircano, después de hacer morir á los que venían á matarle, corrió á Jerusalem para prevenir los grandes males que causaría Tolemeo, si llegaba con los suyos á

copa y murió. Reina perversa, que apenas tendra entre los hombres quien la exceda en maldad. Cleopatra fue una mala esposa, se casó y descasó á su placer y su antojo, y causó la muerte de dos de sus maridos. Tuvo cuatro hijos, mató á uno con su propia mano armada del acero, y quiso matar á otro dándole tambien con su mano la copa del veneno. Tal fué el presente funesto que el rey Tolemeo hizo en la fiera Cleopatra, su hija, al reino de Siria; á este reino agonizante de los Seleucidas, cuya historia ya no es otra cosa que una mezcla espantosa de todos los crímenes. Venenos, asesinatos, fratricidios, parricidios, filicidios, regicidios... todo se reune en él y se sucede á la vez. Cinco hijos de Antíoco Grifo reman y perecen sucesivamente de muerte violenta. El reino dividido se encuentra con dos capitales, Antioquia y Damasco. Muchas ciudades se erigen en repúblicas, ó pueblos libres. Las viudas y hermanas de los reyes se forman por usurpaciones sus pequeños reinos, que trasladan á sus esposos en sus casamientos. Cada individuo de las familias reales quiere ser un rey; hasta que por último la confusion llegó á ser tal, que cansados los Sirios de sufrir á todos estos reyezuelos encarnizados unos contra otros, llamaron á Tigranes, rey de la Armenia, para que los gobernase.

Fin del reino de Siria, sumergido en el imperio de Roma.

Los Romanos, solicitados sin cesar por los competidores á la corona de Siria, se guardaron muy bien de dar preponderancia á los unos sobre los otros. Recibian con mucha atencion sus embajadores, aceptaban los presentes que les hacian, y entre buenas palabras y lisonjeras promesas, dejaban á todos que se arruinasen alternativamente; mas cuando vieron que reinaba Tigranes, creyeron que habia llegado el tiempo de recoger el fruto de su ástuta política. Declararon la guerra á este rey, y Pom-

peyo, que fué el encargado de hacerla, le venció y se hizo dueño del reino. Entonces uno de los pretendientes, que se creía con mejor derecho á la corona de Siria, se presentó al general romano, esperando, que por los muchos y grandes presentes que habia hecho á los senadores, y las palabras que se le habian dado, conseguiria ser restablecido en el trono de sus ascendientes; pero Pompeyo le dijo: El reino de Siria era ya de Tigranes. Nosotros hemos vencido á Tigranes y conquistado su reino. Hemos entrado en todos los derechos de Tigranes, y por tanto el reino de Siria pertenece ya á los Romanos, que sabrán defenderle mejor que vosotros. De este modo el reino de Siria, una de las piedras mas preciosas de la corona del grande Alejandro, vino á sumergirse al fin de dos siglos y medio en el piélago inmenso del imperio romano.

HISTORIA DEL ANTIGUO TESTAMENTO,

Desde Juan Hircano hasta Jesucristo, sacada de los libros profanos á falta de los sagrados.

Juan Hircano.

La última accion que de Juan, por sobrenombre Hircano, hijo del anciano y sumo sacerdote Simon, nos refiere la Historia sagrada, es la justicia que hizo en los que, de orden de Tolemeo, el asesino de su padre y hermanos, venian á matarle. Vamos, pues, á continuarla, guiados de la historia profana á falta de la sagrada.

Hircano, despues de hacer morir á los que venian á matarle, corrió á Jerusalem para prevenir los grandes males que causaria Tolemeo, si llegaba con los suyos á

apoderarse de ella. Se dice que cuando Tolemeo entraba por una puerta, Hircano entraba por otra; pero lo que no tiene duda es, que Hircano fué recibido, no solo con preferencia, sino proclamado con grande alegría príncipe de Israel y sumo sacerdote del templo, como lo habia sido su padre. Tolemeo huyó de Jerusalem, donde corria peligro su vida, y fué á refugiarse al rey de Siria, Antioco Sidetes, que se cree haber sido el autor principal de la escena de Doc con la intencion de deshacerse de la familia de los Macabeos, á quienes temia, Sidetes vino inmediatamente con su ejército sobre Jerusalem, cercó la ciudad y sentó sus reales á la parte del mediodía, por donde parecia mas fácil la entrada. Hircano salió luego contra él, y valiente como sus ascendientes, echó por tierra sus torres y máquinas y le obligó á huir lejos de sus muros. El rey volvió sobre la ciudad, y no daba señal de desistir de su empresa, pero se acercaba la fiesta de los tabernáculos y la piedad de Hircano le pidió una tregua de los dias que se necesitaban para celebrarla. El rey, no menos piadoso que Hircano en esta ocasion, no solo convino en ella gustoso, sino que ofreció riquísimos dones y gran número de victimas para celebrarla. Hircano encantado de esta liberalidad, trató de la paz, y propuestas por una y otra parte las condiciones para levantar el sitio, ofreció y entregó generoso una gran cantidad de dinero. Nada se dice aqui en favor del paricida Tolemeo, el cual despreciado, como sucede á todo traidor despues de la traicion, vivió en la oscuridad, sin que se haya sabido el castigo que recibió por sus horrendos delitos. El rey se encaminó á la Persia, donde, como ya hemos dicho, fué muerto á pedradas en el templo de la diosa Nanea.

Se acaba la persecucion de los Sirios contra el pueblo de Dios, y le gobierna Hircano con paz y felicidad.

Esta muerte de Sidetes puso á Hircano en estado, no solo de sacudir para siempre el yugo de los reyes de Siria, sino tambien de dilatar sus dominios. Se apoderó de una parte de la Arabia, y lo mismo hizo de la Fenicia. Volvió sus armas contra los Samaritanos. Tomó al paso el puerto de Alepo, y las poblaciones de Simega y Siquem, y por último su capital Samaria despues de un año de cerco. La igualó con la tierra, y destruyó en seguida su templo, edificado sobre el monte Garizin por Sanaballat habia ya doscientos años. Sujetó á los Idu-meos é hizo que se circuncidasen y siguiesen la ley de los Judios, con los que vivieron incorporados hasta la destruccion de Jerusalem y del templo despues de Jesucristo por Tito y Vespasiano. Extendió en fin su dominio no solo por la Samaria, sino tambien por la Galilea y muchas ciudades confinantes, de modo que llegó á ser tenido por el mas poderoso entre los príncipes de aquella parte del Asia. No fué menos señalado el tiempo de su pontificado por su sabio gobierno, que por sus hazañas exteriores. Hircano fué el primero que fundó en Jerusalem hospitales para los pobres, especialmente para los peregrinos. Restableció el culto en toda su pureza, dando el primero su ejemplo, é hizo que el templo recibiese un nuevo esplendor. Fortificó los muros de Jerusalem, puso á la nacion en el estado mas floreciente y murió el año de tres mil ochocientos noventa y ocho, ciento y dos antes de Jesucristo y veinte y nueve de su pontificado.

Fariseos, Saduceos y Esenos.

Habia en su tiempo tres sectas entre los Judios. Fa-

riseos, Saduceos y Esenos. Los fariseos, aventajándose á los otros en ciencia, y profesando todo lo esencial de la ley de Moises y de los profetas, guardaban al mismo tiempo con nimiedad y hasta con obstinacion muchas tradiciones y ceremonias inventadas por ellos, y por esta observancia y sus mantos que les distinguian de los demás, se creian mejores que ellos. Llevaban al rededor de la cabeza, formando corona, unas listas de pergamino, que llamaban filacterias, cuyos remates caian sobre la frente, y en los que se veian escritos los diez Mandamientos. Las mismas listas llevaban sobre el brazo izquierdo. Sus mantos llegaban hasta los talones, y tenian gran vanidad en extender sus franjas y sus orlas ondeadas. Ayunaban, oraban y hacian sus limosnas en público para que les viesen los hombres, y los alabasen, y esta vanidad era la que maleaba todas sus buenas obras y hacia que prefiriesen con frecuencia el orgullo de sus tradiciones á la humildad de la ley. En una palabra, los fariseos se distinguian de todos los demás por su altivez, vanidad y soberbia. Los saduceos eran por lo comun de poco saber, pero de mucho poder. Negaban varios artículos esenciales de la ley. No recibian mas Libros sagrados que los cinco del *Pentateuco* ó de Moises, que son el *Génesis*, el *Exodo*, el *Levítico*, los *Números* y el *Deuteronomio*. Sus costumbres, al contrario de las de los fariseos, eran laxas y propias para agradar á los grandes y á los poderosos, acostumbrados á los placeres, y esto les adquiria poderosos y ricos partidarios. En suma, los saduceos apenas contaban con otros bienes que los de este mundo, y así podemos considerarlos como los epicuros del judaismo. Los esenos eran unos hombres piadosos, procuraban cumplir con exactitud la ley del Señor y observaban toda justicia. Vivian de comun, no comian carne ni bebian vino. Gastaban vestidos pobres, pero aseados. Tenian su tiempo de oracion antes de salir el sol, trabajaban en el dia y comian por la tarde, cuyo tenor de vida alargaba mucho sus

años. De ellos se formaban los que llamaban terapeutas, y que se distinguian de los demás en que se dedicaban á la vida contemplativa, entregados enteramente á la piedad, mientras que los otros llevaban una vida activa, ocupados en el ejército de las virtudes. La vida de los esenos, particularmente la de los terapeutas, se parecia mucho á la de los primeros cristianos, especialmente á la de los monjes; y los terapeutas pudieron traer su origen de los Recabitas, á los que prometió el Señor que no faltaria varon de la descendencia de Jonadab, hijo de Recab, que estuviese delante de él todos los dias. Véase *Recabitas* en el primer tomo.

Judas Aristóbulo.

Era el mayor de los cinco hijos de Hircano primero, y sucedió á su padre en el pontificado y en el principado; pero no contento con estos títulos que habian llevado sus ascendientes desde la cautividad de Babilonia, tomó el de rey, que ninguno habia tenido desde aquel tiempo en el espacio de casi cinco siglos. Casó con Alejandra, de la que no tuvo hijos. Luego que subió al trono puso en prision á su madre y hermanos. La madre murió en ella consumida del hambre, y los hermanos quedaron allí hasta su muerte, excepto Antígono, á quien hizo morir por sospechas. Algunos quieren echar la culpa de todo esto á su mujer Alejandra, pero nunca hay excusa para permitir y menos para ejecutar semejantes delitos. Sujetó á la Iturea, provincia de la Arabia Petrea, confinante con la Judea por oriente y mediodía, y obligó á los Itureos, ó á salir de la provincia, ó á circuncidarse y profesar el judaismo, como lo habia hecho su padre Hircano con los Idumeos. Ellos eligieron quedarse en su patria, en la que permanecian en tiempo de san Juan Bautista, bajo el gobierno del tetrarca ó príncipe Filipo, uno de los hijos de Herodes. Reinó Aristóbulo solo un

año y murió despedazadas las entrañas y arrojando sangre. Muerte bien merecida.

Alejandro, por sobrenombre Janeo, sucede á su hermano Aristóbulo.

Alejandra, mujer de Aristóbulo, sacó de la prision á los hermanos de su marido, siendo uno de ellos Alejandro. Se casó con este hermano de su difunto esposo Aristóbulo, le colocó sobre el trono, y Alejandro reinó veinte y siete años, tiempo demasadamente largo para un reinado cruel. Quitó Alejandro la vida á uno de los dos hermanos que habian salido con él de la cárcel, y que le causaba recelos; y perdonó al restante llamado Absalon, porque solo aspiraba á la vida quieta y regada. Destruyó muchas ciudades y mató muchos miles de ciudadanos. Quiso, despues de tantos estragos, conciliarse los ánimos de los Judíos, pero le dijeron: que se matase, y que solo así conseguiria su efecto. Irritado en extremo Alejandro con este sarcasmo, mandó prender hasta ochocientos de los principales, y los crucificó en Jerusalem en un mismo día y en un mismo sitio, y lo que puso el colmo á su crueldad, fué que hizo degollar delante de los moribundos á sus mujeres y sus hijos, presenciándolo él mismo desde la sala del banquete que daba á sus concubinas. Al fin habia vivido borracho de furor y murió borracho de vino.

Alejandra, mujer de Alejandro Janeo.

Tomó el gobierno del reino luego que espiró su marido, ayudada por los fariseos. Estos fueron los principales que le habian resistido; pero habiendo dispuesto este al morir que les entregase Alejandra su cuerpo para que tomasen venganza, les agradó tanto esta disposi-

cion, que no solo le hicieron magnificas honras, sino que ayudaron poderosamente á colocar á su viuda esposa en el trono. Reinó con paz Alejandra, sostenida por los mismos que la habian puesto el cetro en la mano. Tenia dos hijos. Al mayor, que se llamaba Hircano como su abuelo Juan, y tenia ya treinta años, le colocó con aplauso del pueblo en el soberano pontificado, y al segundo, llamado Aristóbulo, le conservó á su lado para ayudarla en el gobierno que se reservó para sí, quedando de este modo separado el pontificado del trono. Murió Alejandra á los setenta y tres años de edad y nueve de reinado, dejando declarado por rey á Hircano su hijo mayor.

Época notable.

El año en que murió Alejandra era el tres mil novecientos treinta y dos del mundo, y sesenta y ocho antes de Jesucristo, y en él nació aquel Herodes que habia de manejar el cetro de Judá cuando naciése el Mesías. Era hijo de Antipatro, por nacimiento Idumeo, y por eleccion prosélito judío, es decir, extranjero del pueblo de Dios; pero circuncidado é incorporado con él. Antipatro figuró muy principalmente en las guerras de los dos hermanos Hircano y Aristóbulo.

Hircano segundo.

Nieto de Juan Hircano, ó sea de Hircano primero, sucedió en el reino por declaracion de su madre Alejandra; pero luego fué inquietado por su hermano Aristóbulo, que le declaró guerra sobre la posesion del trono, á pesar de la declaracion de su madre. Juntó cada uno su ejército; y los fariseos que defendian el partido de Hircano, se apoderaron de la mujer é hijos de Aristóbulo, y los retuvieron en rebenes. La primera batalla,

que se dieron los dos hermanos, decidió la cuestion. La perdió Hircano, y Aristóbulo recobró su familia y se apoderó, no solo de la dignidad de rey, sino tambien de la de sumo sacerdote que poseía Hircano desde el principio del reinado de su madre.

El general Pompeyo toma prisionero á Aristóbulo, que habia destronado á Hircano.

Hircano arrojado de Jerusalem por su hermano, se dirigió á Pompeyo, general romano, que se hallaba en Damasco, á quejarse de la injusticia de su hermano. Pompeyo recibió como justa su queja y vino á la Judea con su ejército. Aristóbulo, conociendo que no podia resistirle, ralió á recibirle, y Pompeyo le retuvo en custodia y llevó consigo á Jerusalem. Habia en la ciudad dos partidos, uno que favorecía á Hircano y otro á Aristóbulo. Este, que debia ser el mas fuerte, negó la entrada al general romano; pero el general cercó la ciudad y logró entrar en ella ayudado de los partidarios de Hircano. Entonces los de Aristóbulo se retiraron al templo y se encerraron en él. Pompeyo le rodeó y combatió, y consiguió tomarle despues de tres meses de cerco. Entró en él y llegó hasta el *Sancta Sanctorum*; pero ni tocó en sus tesoros, ni en sus vasos sagrados.

Vuelve á Hircano el pontificado, pero reduce el reino á un género de provincia de Roma.

Mandó que se continuasen ofreciendo en él los sacrificios y volvió á Hircano el pontificado; pero no la dignidad real, porque hizo á la Judea tributaria de Roma y la convirtió en un género de república. Y aquí tenemos ya á Antípatro, padre de Herodes, figurando en Judea. Pompeyo le hizo procurador de ella, y despues

de haber privado á Hircano del título de rey que habia tomado Judas Aristóbulo hacia cuarenta y tres años, y de haberle confirmado en el pontificado, salió para Roma llevándose cautivos á su hermano Aristóbulo, á sus dos hijos Alejandro y Antígono, y á sus dos hijas. Cuando Pompeyo salió para Roma, quedó en la Judea el general Gavinio. Alejandro, el mayor de los dos hijos de Aristóbulo, se huyó en el camino y volvió á renovar la guerra en la Judea, pero luego fué cercado por Gavinio y Antípatro que siempre servia al partido de Hircano; y cuando estaba ya para ser aprisionado, salió de este paso por la mediacion de su madre y del mismo Antípatro con el general romano.

Gavinio, sucesor de Pompeyo, divide la Judea en cinco gobiernos.

Entonces fué cuando Gavinio dividió la Judea en cinco toparquías ó gobiernos; señalando sus capitales, que fueron Jerusalem, Doran, Amatunta, Jericó y Seforin, y poniendo en ellas sus gobernadores. De este modo los Judíos, que habian sido librados de la dominacion monárquica, ó de uno solo, quedaron sujetos á la dominacion democrática ó de muchos. Poco despues de hecha esta division se huyó Aristóbulo de Roma y llevó la guerra á la Judea, como habia hecho su hijo Alejandro; pero fué menos venturoso. Gavinio le derrotó, tomó por asalto la plaza en que se refugió, y le volvió á enviar á Roma cubierto de heridas. En tiempo de Casio emprendió segunda vez la guerra en la Judea su hijo Alejandro, mas fué derrotado por este general, ayudado de Antípatro, que siempre estaba contra Aristóbulo y en favor de Hircano. En este tiempo se hizo César dueño de Roma, y trataba de enviar á Aristóbulo á la Judea para que resistiese á Antípatro, partidario de Pompeyo; pero dieron veneno á Aristóbulo y se atribuyó esta muerte á

los amigos de Pompeyo, tanto mas, cuanto por su orden habia sido degollado en Antioquía su hijo Alejandro.

Antipatro se atrae el afecto de César; logra el título de procurador general de la Judea, y hace gobernador de Jerusalem á su hijo Faselo, y de Galilea á su hijo Herodes.

Al punto que supo Antipatro la muerte de Pompeyo asesinado por Tolemeo en Egipto, llevó socorros abundantes á César, y consiguió de él la misma estimacion que le habia dispensado Pompeyo. Las distinguidas pruebas de valor que Antipatro dió en la batalla que facilitó á César la conquista de Egipto, le merecieron el honor de ciudadano de Roma y el título de procurador general de Judea. Antipatro, rodeado de honor y revestido de autoridad, volvió á Jerusalem con Hircano, á quien llevaba siempre al frente, y á quien regalaba las honras, reservando para sí el poder. Entonces fué cuando se aprovechó de la division que Gavinio habia hecho en la Judea de toparquías ó gobiernos. Dió el de Jerusalem á Faselo, su hijo primero; y á Herodes, que era el segundo, el de la Galilea. Recorrió Antipatro la Judea con Hircano, como si fuera sujeto á las órdenes de este pontífice, pero realmente solo iba sujeto á las suyas.

Gobierno arbitrario y cruel de Herodes y muerte de su padre Antipatro.

Herodes, su hijo, obraba en su nuevo gobierno de un modo enteramente arbitrario. Prendió á un tal Ezequias, cabeza de una tropa indisciplinada, y le mandó matar juntamente con todos sus compañeros sin forma de juicio. Esta crueldad dió motivo á los envidiosos de la

fortuna de Antipatro y sus hijos, para acusar justamente á Herodes, citándole ante el sanedrín, ó tribunal de los setenta, presidido por Hircano. Herodes, que habia principiado á dar pruebas de su altivez y crueldad con estas muertes, se presentó, no en el traje de un reo que va á dar cuenta de su conducta, sino vestido de púrpura, y rodeado de una juventud atrevida y armada. Este aparato sobrecogió al tribunal y ninguno se determinaba á acusarle, hasta que Sameas, hombre respetable por su saber y su integridad, se levantó, é hizo cargo á Herodes, no solo de la maldad que le traía ante el tribunal, sino tambien de su atrevimiento en comparecer en él, como quien viene á desafiar á los jueces, y concluyó diciendo: Lo que me pasma es que te sufran el sanedrín y el pontífice; pero Dios no es menos poderoso que justo, y tiempo vendrá, dijo á los jueces, en que este mismo Herodes, á quien quereis librar por agrandar á Hircano castigue á vosotros y á Hircano. Esta profecía tuvo su cabal cumplimiento, porque habiendo subido Herodes al trono, quitó la vida al gran sacerdote y á todos los jueces, excepto á Sameas, á quien miró siempre con respeto. Por ahora Herodes se retiró con altivez de un tribunal que nada decidió contra él. En este tiempo Malco, recaudador de los caudales de la Judea, lleno de envidia al ver la felicidad de Antipatro, ganó al coopero de Hircano, y logró que le diese veneno en la mesa del pontífice. Antipatro murió envenenado el año de treinta y nueve antes de Jesucristo: no tardó mucho en pagar esta muerte Malco, porque Herodes le hizo matar á puñaladas al lado mismo de Hircano.

Los Partos colocan á Antígono en el trono de Jerusalem y se llevan prisionero al príncipe y pontífice Hircano. El senado romano da á Herodes el título de rey de los Judíos.

El año treinta y dos del pontificado de Hircano, solicitados los Partos por Antígono, hijo menor de Aristóbulo, el hermano de Hircano, invadieron la Judea, tomaron prisionero al pontífice y á Faseló, hermano de Herodes y gobernador de Jerusalem, y colocaron en el trono á Antígono que reinó por tres años. Luego que Antígono tuvo en su poder á su tío Hircano, mandó que le cortasen las orejas para que no pudiese volver á ejercer el ministerio, y este desgraciado anciano mutilado y afeado, fué llevado al fin prisionero por los Partos. Faseló, temiendo que le diesen tormento y no teniendo libres las manos, se mató, dándose de cabezadas contra una piedra. Herodes pudo librarse de los Partos y huyó á Roma, aunque era el rigor del invierno. Allí se presentó al senado, expuso sus trabajos y peligros, y con su elocuencia, su dinero y sobre todo con la protección de Antonio, consiguió mucho mas de lo que intentaba. Eran los deseos de Herodes derribar del trono á Antígono y colocar en él, no ya á Hircano mutilado y cautivo, sino á Aristóbulo, hermano de su querida Mariamne, para gobernar bajo de su autoridad, como lo habia hecho su padre Antípatro, bajo la de Hircano; pero el senado no pensaba como Herodes. Tu reinarás, le dijo, y le constituyó rey de los Judíos.

Profecía de Jacob.

No será quitado el cetro de Judá, habia dicho Jacob al morir, ni de su muslo el caudillo, hasta que venga El que ha de ser enviado, y Este será la expectacion de

las gentes. Aquí tenemos ya arrebatado el cetro de Judá por Herodes, y á Judá sin caudillo de su descendencia. Por consiguiente el esperado por cuarenta siglos se acerca. Treinta y cuatro años solamente separan ya al Redentor de sus redimidos. El Mesías toca ya á las puertas de los que con tanta ansia le esperan; Joaquin y Ana van á dar al mundo á María, la criatura mas preciosa y feliz del universo. En el seno de esta santísima Virgen va á correr la sangre de que se ha de formar un cuerpo apropiado al Hijo de Dios hecho hombre. El Hijo del eterno Padre va á encarnar en las entrañas de María santísima y de su purísima sangre. Los tiempos se apresuran, se abrevian, y el hombre va á ver al Hijo de Dios humanado y á conversar con él. ¡ Feliz cercanía que adoran los ángeles, que piden los justos, que esperan los pecadores!... Pero no adelantemos la celebracion de tantas felicidades. Esperemos un momento al Hijo del eterno Padre, que baja del cielo á encarnar en la tierra.

Herodes ayudado de los tropas romanas toma á Jerusalem, y Antígono es decapitado.

Luego que Herodes fué declarado rey de los Judíos, salió de Roma para Tolemaida, donde tomó de auxiliares las tropas romanas que mandaba Silón para ir contra Antígono. Se dirigió á Jerusalem, pero habiendo hallado cerradas la puertas, le fué preciso acuartelarlas y pasar el invierno en sus cercanías. El año siguiente se pasó en continuos combates entre Herodes y Antígono, siendo comunmente favorables al primero. El año tercero se principió ya el cerco de la ciudad, y como se dilatase, Herodes pasó á Samaria y se casó con la hermosa Mariamne, hija de Alejandro, y de su mujer Alejandra, y nieta del sumo pontífice Hircano, con la que no estaba mas que desposado. Celebrado el matrimonio y conclui-

das las bodas, Herodes se volvió al ejército, llevando nuevas tropas, y habiéndosele reunido las de Sosio, general de la Siria y Cilicia, activó tanto el cerco, que á los cinco meses fueron asaltados los primeros muros y poco despues los segundos. Entonces, Antígono se encerró con los suyos en el templo, donde se sostuvo algun tiempo; pero tomado este, Antígono se vió precisado á bajar de la torre en que se habia refugiado y á entregarse al general Sosio, quien le puso en custodia con la intencion de llevarsele á Roma para adornar el triunfo de las armas romanas. Entonces Herodes, temiendo que el senado le diese libertad, y tal vez, atendidos sus derechos, le restableciese en el trono, solicitó y alcanzó del consul Antonio, que le decapitase en Antioquía, adonde habia sido trasladado.

La nacion resiste hasta treinta y un años á la soberania de Herodes.

Deshecho Herodes de Antígono, ya no temió que los príncipes de Judá volvíesen á sacar el cetro de su mano, porque apenas quedaba alguna otra reliquia espirante de esta descendencia real. Sin embargo, la nacion resistió hasta treinta y un años á la soberania de Herodes, porque siendo un extranjero, no debia ocupar el trono de Judá. En este tiempo Herodes, queriendo congraciarse con los Judios y conseguir que le reconociesen por su rey, no solo reedificó los muros de Jerusalem, que habian derribado las guerras, sino también el templo; y lo hizo con una magnificencia que, segun algunos, el templo quedó tan hermoso como habia estado en el tiempo de Salomon. Ocho años empleó en estas obras; pero no pudo conseguir con tan cumplidos obsequios que la nacion le reconociese, ni que dejase de resistirle, con lo que Herodes la cobro grande odio y particularmente á la descendencia de la casa real.

Herodes hace morir á Hircano, y á toda la descendencia real que descubre. Quema los libros de sus genealogias; deshace el Sanedrín de la Judea y mata á sus jueces.

En el año veinte y seis de su ilegítimo reinado, vino el sumo pontífice y príncipe real Hircano, despues de haber sufrido una larga prision entre los Partos. Se hallaba ya este venerable anciano en edad de mas de ochenta años, y deseaba dar el último á Dios á la tierra de los patriarcas y dejar en ella sus huesos. Esperaba encontrar en Herodes el buen recibimiento que exigia la amistad y los grandes servicios que habia hecho á su padre Antipatro y á él mismo; pero Herodes no conocia amigos y bienhechores, y el infeliz Hircano solo encontró la indiferencia al principio y poco despues la muerte. Era Herodes sumamente caviloso, suspicaz y espantadizo, y como supiese que se daba á Hircano el tratamiento de príncipe y sumo sacerdote, como antes de su destierro, luego le mandó matar y desde este tiempo ya no perdía ocasion de deshacerse, bajo de cualquier pretexto, de todas las personas que traian su origen del linaje real de Judá. Hizo ahogar á Aristóbulo, hermano de su amada Mariamne, mató á esta y á su madre Alejandra; y mandó decapitar á Aristóbulo y Alejandro, hijos de Mariamne, y a cuantos descubrió del linaje real. Bastaba que cualquiera fuese afecto á este linaje para sufrir el despojo de los bienes y la muerte. Hizo llevar á su tesoro las preciosidades de las casas mas opulentas del partido de Antígono; confiscó los bienes de cuarenta y cinco ricos del mismo partido; les quitó la vida, y puso guardias á las puertas de sus casas, para que registrasen las cajas de los cadaveres en busca de dinero; y á fin de borrar de todo Israel el nombre de Judá, hizo quemar todos los libros de las genealogías reales, que se custodiaban en el tesoro del templo. El año treinta de su reinado tiránico abolió el sanedrín y quitó la vida á los setenta jueces

que le componian, acabando con esto de cumplir el anuncio de Sameas, que habia hecho á este famoso tribunal : que Herodes, á quien perdonaba, acabaria con él y con su presidente Juan Hircano.

Los Judíos reconocen á Herodes por su rey, y este reconocimiento es una señal de la próxima venida de Jesucristo.

Cansados los Judíos de ver tantas atrocidades ejecutadas por Herodes, y de presenciar tantas muertes de las personas mas principales de la nacion, vinieron á rendirse, despues de treinta y un años de resistencia ; consintieron en que reinase Herodes y su descendencia en Judá, y prometieron fidelidad y obediencia, no solo á Herodes, sino tambien á sus descendientes. Hecho este reconocimiento, reinó Herodes los seis años que le restaban de vida, sin que los Judíos tratasen de reconquistar su reino ; y este fué el tiempo en que, arracando el cetro irrevocablemente de las manos de Judá, y no ocupando ya el trono un príncipe de su descendencia, debía nacer Jesucristo nuestro Bien.

La purísima Virgen nace de los castísimos san Joaquin y santa Ana.

Joaquin, de la tribu de Judá y de la descendencia de David, tenia como unos veinte años de edad, y se casó con Ana de diez y seis, y de la misma tribu y descendencia. Despues de haber vivido muchos años estos virtuosos esposos en su matrimonio sin tener hijos, les concedió el Cielo una hija, fruto hermoso de sus votos. Es una tradicion muy venerable que el arcángel san Gabriel anunció á estos santos esposos, que tendrian una hija, y que les mandó que la pusiesen por nombre María. Nació en efec-

to esta niña incomparable el dia ocho del mes de setiembre del año del mundo tres mil novecientos ochenta y cuatro, y recibió el nombre de MARÍA segun el mandato del ángel. Vió la luz del mundo esta preciosísima niña en Nazareth, y su nacimiento causó al Cielo un gran regocijo, de que no participó entonces la tierra por ignorarle. Desde el primer instante de su purísima concepcion la miraron los ángeles como hija primogénita del Omnipotente, Reina del cielo y Soberana del mundo ; pero los hombres, de quienes habia de ser madre y mediadora, no la distinguieron de las demás hijas de Israel. Cuando llegó el tercer año de su edad, en que, segun costumbre, se destetaban los niños en el pueblo de Dios, sus padres la presentaron al Señor en su santo templo y la ofrecieron, en cumplimiento de su voto, á su santo servicio. La santísima Niña, cuya razon se habia adelantado á la edad, ofreció al Señor un sacrificio mucho mas agradable que el de Isaac : el de su virginidad...

Descendencia de Maria santísima y san José de la estirpe real de David.

Pero dejemos á esta santísima Virgen viviendo y creciendo, como otro Samuel, en las santas mansiones del templo del Señor, y pasemos á Nazareth, ciudad pequeña de la tribu de Neptalí en Galilea. Allí encontraremos el varon justo que el Señor habia destinado para esposo de la santísima Niña ; este era José. Habia reunido en Nazareth su divina providencia las dos ramas reales de la casa de David. José hijo de Jacob, nieto de Matan, y descendiente de Zorobabel por *Abiud* su primer hijo, formaban la una ; y Helí o Joaquin, hijo de Matat, nieto de Leví, y descendiente tambien de Zorobabel por *Rezas* su hijo segundo, formaban la otra ; y de Joaquin era hija la santísima Virgen. No se hace aquí sino compendiar la descendencia de la santísima Virgen y san José de la estirpe

de David, porque su entera insercion pertenece al nuevo Testamento, donde la escriben los sagrados Evangelistas.

Ocupacion de san José.

Por ilustre que fuese la ascendencia de José, sin embargo, él vivia al uso de su nacion. Como el ejercicio de las artes nada rebajaban en ella, ni de la nobleza, ni de la grandeza, se cree que José ejercia en Nazareth, una de ellas, y que era la de carpintero. José vivió mucho tiempo sin tomar estado, segun acostumbraban sus padres desde la cautividad de Babilonia, y luego que Joaquín y Ana tuvieron una hija, vió en ella una parienta que las disposiciones de la ley le daban por esposa. Era una costumbre en Israel, que podia llamarse ley de nacion, no dejar de casarse con el fin y deseo de que descendiese de su sangre el Mesías, y pocas personas dejaban de hacerlo sin grandes motivos. Por otra parte la esterilidad de los matrimonios se miraba como una ignominia, y las personas que sin motivo dejaban de casarse, participaban de esta ignominia.

Voto de perpétua virginidad hecho por María santísima.

La santísima Niña vivia en unos tiempos y en una nacion que profesaba estas ideas, y los sacerdotes del Señor, en cuyo templo se habia criado y vivia, pensaron, á falta de sus padres, en darla estado, y nada dudaron de que debian darla por esposa á José, primer acreedor, no solo por la ley sino tambien por sus prendas personales. Nadie, sino Dios, supo el voto de virginidad perpétua que habia hecho la purísima Niña hasta que la anunció el arcángel san Gabriel que tendria un hijo, y se vió precisada á hacerle presente su voto, y aun entonces solo tuvo noticia de él un arcan-

gel; así es que nadie se opuso á la celebracion de este desposorio admirable, ni la misma santísima Virgen, á quien comprometia; porque puesta en las manos de Dios, esperó llena de confianza que su divina providencia dispondria las cosas de modo que nada padeceria su virginidad. La santísima Virgen se desposó con el castísimo José, que tambien habia hecho voto de virginidad, y este fué el primer matrimonio que vió el mundo de dos esposos consagrados á Dios por voto perpétuo de virginidad.

Preparaciones inmediatas para la venida del Hijo de Dios.

Todo, pues, estaba ya preparado para recibir al Hijo de Dios, cuya venida se esperaba hacia cuarenta siglos. Ya la Virgen, de quien nos habia dicho el profeta Isaías que concebiria y pariria un hijo sin dejar de ser virgen, tenia preparado su purísimo seno para que tomase en él y de él carne humana. Ya el Hijo de Dios iba á bajar de la diestra de su eterno Padre á encarnar en el seno de la santísima Virgen por obra del Espíritu Santo, y á hacerse hombre sin dejar de ser Dios. Ya en fin, el hombre Dios iba á ser visto en la tierra y conversar con los hombres, como lo tenia prometido por su profeta Baruc, á predicar á los hombres el reino de Dios, y á redimirlos á precio de su santísima sangre. Treinta y tres años se habian decretado en los consejos eternos para esta inmensa obra, y cuando se hubieron cumplido, el hijo de Dios hecho hombre murió en cuanto hombre, resucitó en cuanto hombre, y volvió á sentarse á la diestra de su eterno Padre, de donde habia venido... Pero esto ya pertenece á una historia sin comparacion mas elevada que la que hemos venido escribiendo hasta aquí. Ya no pertenece al antiguo Testamento, sino al nuevo. Pertenece á la historia del Hijo de Dios hecho hombre, y esta historia apenas tiene semejanza

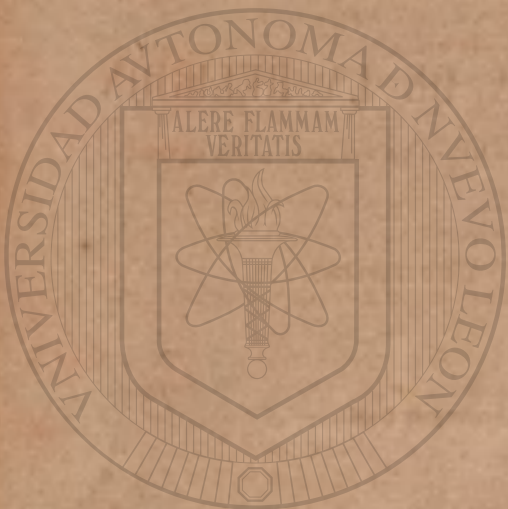
con la que dejamos escrita (ni en la grandeza de los hechos, ni en la santidad de los dogmas, ni en la profundidad de los misterios). Ya no son los patriarcas a quienes el historiador debe seguir en sus continuas peregrinaciones; ni un pueblo escogido por Dios, a quien debe pintar en su esclavitud en Egipto y en su viaje a la tierra prometida, en cuyo viaje las ingraticudes del pueblo quisieron, al parecer, exceder a los portentos que el Señor obraba en su favor. Ya no es la conquista de la tierra patriarcal, prometida á este pueblo escogido, y verificada de un modo tan prodigioso por los Josues y demás jueces de Israel; ni son las peleas, los combates, las derrotas y las victorias de los reyes de Israel y de Judá, ora entre sí mismos, ora con las naciones extranjeras; no son los lagos de sangre que hemos tenido que describir, por no faltar á la verdad de la historia y fidelidad de historiador; no son ya en fin las virtudes de los profetas y amigos de Dios, de las que con tanto consuelo hemos hablado en esta historia, ni los sacrificios y ceremonias de un pueblo escogido para disponer a los hombres á recibir á su Dios hecho hombre; pueblo único entre todos los pueblos del mundo que ya conquistador y ya conquistado nos ha ofrecido alternativamente desgracias que compadecer, y felicidades que admirar, ejemplos que seguir, revoluciones que temer, y grandes sucesos que ordenar y referir, con los que hemos venido santamente ocupados. Ya no es esto lo que ha de llamar la atención del que escriba el compendio de la religion, sacado de los santos Evangelios y demás Libros sagrados que componen el nuevo Testamento.

Cosas mas sublimes deben ocupar sus tareas y cuidados. La caridad de Dios que amó tanto á los hombres, que dió á su Hijo por salvarlos; de aquel Dios Padre, que entregó al Hijo por redimir al siervo; la caridad del Hijo que se humilló hasta hacerse hombre, que nació hombre, vivió hombre entre los hombres, y no hizo sino

bien á los hombres, hasta dar su vida por los hombres, hasta cumplir el gran misterio de la cruz para volverse á su Padre... hé aquí los sublimes asuntos que deben ocupar las tareas y cuidados del que ha de escribir el compendio de la religion, sacado de los Libros santos del nuevo Testamento.

O. S. E. C. A. R. C. S.

FIN DEL TOMO TERCERO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

ÍNDICE HISTÓRICO

de 12

HISTORIA DE LA RELIGION

Desde la continuacion de los reyes de Judá hasta la promesa del Mesias.

TOMO TERCERO.

	<i>Páginas.</i>
Joaquín, décimooctavo rey de Judá.	1
Su pintura.	<i>ib.</i>
Su política.	2
Hace matar al profeta Urías.	<i>ib.</i>
Jeremías, uno de los cuatro profetas mayores.	3
Se da noticia de Nabucodonosor llamado el Grande.	6
Principios de la cautividad de Babilonia.	7
Joaquín se encuentra en la prision donde se convirtió Manases, pero no se convierte.	8
Profetiza Jeremías que la cautividad de Babilonia ha de durar setenta años.	<i>ib.</i>
Vuelve Joaquín á Jerusalem despues de un año cumplido de prision en Babilonia bajo la obligacion de pagar tributo.	9
Jeremías predica y no saca fruto.	10
Baruc escribe un libro dictándole su maestro Jeremías por mandado del Señor.	11
Le lee al pueblo y despues á la corte.	<i>ib.</i>

Tambien le lee al rey su secretario, y el rey le quema.	13
Baruc vuelve á escribir el libro dictándole Jeremías.	<i>ib.</i>
Joaquin se niega á pagar el tributo á Nabucodonosor.	14
Su muerte y sepultura.	15
Jeconías, décimonono rey de Judá.	16
Nabucodonosor se lleva cautivos á Jeconías, la familia real y parte del pueblo.	17
Sedecías, vigésimo rey de Judá, hasta la cautividad.	19
Ve en vision Jeremías dos canastillos de bigos á la puerta del templo.	20
Liga de Sedecías con las naciones vecinas para sacudir el dominio de Nabucodonosor.	21
Ataduras y cadenas de Jeremías.	22
Un profeta falso quiebra las cadenas de Jeremías y le hiere.	<i>ib.</i>
Cumplimiento incontestable de una profecía de Jeremías.	24
Embajada de Sedecías á Nabucodonosor y carta de Jeremías á los cautivos.	<i>ib.</i>
Visita personal de Sedecías á Nabuco y otras cartas de Jeremías á los cautivos.	26
Profecía terrible de Jeremías.	27
Prision de Jeremías.	28
Vuelta de Sedecías á Jerusalem y amor de los cautivos á Jeremías.	29
Ezequiel, otro de los profetas mayores.	30
Su vocacion al ministerio de profeta.	31
Profecía terrible contra Jerusalem.	32
Otra profecía acaso mas terrible.	33
Profecías acerca de Sedecías.	37
Se niega Sedecías á pagar el tributo á Nabucodonosor.	38
Principia el sitio de Jerusalem por Nabucodonosor.	39
Profecía de Jeremías.	40
Nabucodonosor levanta el sitio para ir al encuentro del rey de Egipto.	41
Otra profecía de Jeremías.	42

Jeremías es puesto en un calabozo.	42
El rey le saca para consultarle.	43
Vuelve Nabucodonosor á sitiar á Jerusalem.	44
Consulta Sedecías á Jeremías.	46
Jeremías es arrojado en un pozo.	48
Le saca un Etiope.	<i>ib.</i>
Vuelve Sedecías á consultar á Jeremías.	49
Horrores que causaban el hambre y la peste.	50
Abren los Caldeos el primer muro, y huyen Sedecías y su corte.	52
Entrada del ejército en Jerusalem.	<i>ib.</i>
Prision y muerte de Sedecías, su familia y su corte.	54
Compendio del carácter de Sedecías.	<i>ib.</i>
Orden de Nabucodonosor para quemar el templo y la ciudad y demoler sus muros.	55
Dia en que se cumple la orden.	<i>ib.</i>
Dos clases de Judíos que se encuentran aquel dia y sus destinos.	56
Deja Nabuco la gente pobre y del campo en el reino, nombra un gobernador y se vuelve á Babilonia.	57
Nabuzardan pone en libertad á Jeremías.	58
Se despide Jeremías de los que van á salir cautivos á Babilonia.	59
Oculta el arca de la alianza, el propiciatorio y el altar del incienso.	60
Affliccion de Jeremías.	61
Viene á juntarse con el gobernador Godolías, que moraba en Masfat.	62
Mata Ismael al gobernador Godolías y á los suyos.	64
Mata por engaño á setenta inocentes.	<i>ib.</i>
Toma prisioneros á cuantos encuentra en Masfat y se encamina al reino de los Amonitas, pero Joanan y sus compañeros los libran.	65
Dudas de Joanan y demás sobre irse ó no á Egipto.	<i>ib.</i>
Piden á Jeremías que consulte al Señor.	66
Respuesta del Señor negando el paso á Egipto.	67
Desmienten á Jeremías y pasan á Egipto.	68

Lleva Nabuzardan á Babilonia mas cautivos.	68
Muerte y elogio de Jeremías.	69

**Se concluye la trasmigracion de Judá.
Sucesos del cautiverio.**

Se establecen los cautivos en la Caldea.	73
Pasan como una mitad á la Persia.	74
Daniel, tambien de los profetas mayores.	<i>ib.</i>
Historia de Susana.	75
Continua la historia de Daniel. — Es elegido con tres compatriotas para ser instruido en el palacio de Nabucodonosor.	81
Se excusa de comer las viandas de la mesa del rey.	82
Sueño de Nabucodonosor.	83
El Señor le revela á Daniel.	84
Daniel le declara á Nabucodonosor.	85
Declara Daniel el sueño de Nabucodonosor.	86
Le interpreta.	87
Cumplimiento de la interpretacion de Daniel.	88
Elevacion de Daniel y sus compañeros.	89
Prosperidad de su nacion.	90
Lo que hace la envidia.	<i>ib.</i>
Estatua de Nabucodonosor y su adoracion.	91
Los tres jóvenes hebreos se niegan á adorarla.	92
Son arrojados en un horno de fuego.	93
Se pasean en medio de las llamas del horno alabando al Señor.	94
Convidan tambien á todas las criaturas á que alaben al Señor.	95
Nabucodonosor manda sacarlos del horno.	97
Otro sueño de Nabucodonosor.	99
Su interpretacion.	101
Su cumplimiento en la mudanza de Nabucodonosor al estado de bestia.	102
Huye de su palacio á los montes y vive con las fieras.	103

Regencia en su ausencia.	104
Vuelve á su estado y conocimiento, adora al Altisimo y confiesa su omnipotencia.	<i>ib.</i>
Vuelve á ocupar su trono y da un decreto para que todos adoren, bendigan y alaben al Señor.	105
Su muerte.	106
Le sucede Evilmerodac	107
Saca á Jeconías ó Joaquin de la cárcel y le honra en gran manera.	<i>ib.</i>
Muerte de Evilmerodac y Jeconías.	108
Regencia de Nitocris.	109
Descanso de Daniel.	110
Apunte de los emperadores medos y persas.	111
Astiages.	112
Artaxerxes.	113
Ciro.	114
Estado de los cautivos de Persia.	115

Historia de Ester y Mardoqueo.

Sueño de Mardoqueo.	116
Banquete de Asuero á los grandes.	117
Otro á todo el pueblo.	118
Banquete de la reina.	119
Repudio de la reina.	<i>ib.</i>
Se buscan doncellas hermosas para que Asuero se escoja una reina.	121
Se reunen muchas y entre ellas Ester.	<i>ib.</i>
Asuero elige á Ester para reina y se casa con ella.	122
Mardoqueo descubre una conjuracion contra la vida del rey y la avisa á la reina.	123
Aman, privado del rey.	124
Adoracion á Aman. — Mardoqueo se la niega.	125
Se echan suertes para saber el dia en que se ha de exterminar al pueblo judío.	126
Decreto de Asuero para exterminar todos los Judios de su reino.	127

Llantos y penitencias de los cautivos y sobre todo de Mardoqueo al ver el decreto.	128
Lo sabe la reina y se aflige en extremo.	129
Se determina á presentarse al rey y encarga un ayuno de tres dias.	130
Oracion de Mardoqueo.	131
Oracion de la reina.	132
Entrada de la reina á la presencia del rey.	133
Cae desmayada y el rey la aplica el cetro de oro.	<i>ib.</i>
Vuelta de su desmayo, el rey la ofrece la mitad de su reino, y ella solo pide que se sirva el rey comer con Aman en su cuarto.	134
Aman se irrita contra Mardoqueo y trata de crucificarle.	135
Viga de cincuenta codos para crucificar á Mardoqueo.	<i>ib.</i>
Leen á Asuero la fidelidad de Mardoqueo.	136
Aman pasea en triunfo á Mardoqueo.	137
Se descubre la traicion de Aman y es crucificado en la viga que habia levantado en su casa para Mardoqueo.	138
Suplica á Asuero la reina que revoque el edicto de Aman.	139
Decreto de Asuero revocando la orden de exterminio de todos los Judios en Persia.	140
Se remite por postas á todos los pueblos del imperio.	142
Presentacion de Mardoqueo al publico.	143
Terrible dia trece de Adar.	145
Festividad del catorce y el quince.	<i>ib.</i>
Furin ó las Suertes.	146
Virtudes principales de Mardoqueo y Ester.	<i>ib.</i>
Ester representa á la Iglesia.	147
Muerte de Asuero, á quien sucede su hijo Darío, y conclusion de los sucesos de Persia.	148
Continuacion de los sucesos de Babilonia.	<i>ib.</i>
Darío toma á Babilonia y deja en ella á Baltasar bajo de tributo.	149
Estado de Daniel y los cautivos en la Caldea.	<i>ib.</i>

Cena del rey Baltasar y su muerte.	150
Darío sucede al rey Baltasar.	154
Elevacion de Daniel en el reinado de Darío.	155
Le persigue la envidia.	<i>ib.</i>
Edicto prohibiendo orar á otro que al rey en treinta dias.	156
Daniel sigue su costumbre de orar al Señor tres veces al dia.	157
Le espian sus enemigos, le hallan orando y le acusan al rey.	158
El rey trabaja en defenderle, y al fin tiene que permitir que le arrojen en el lago de los leones.	<i>ib.</i>
El ángel del Señor cierra la boca de los leones y no le hacen daño.	159
Decreto de Darío	160
Profecias de Isaías y Jeremías acerca de la duracion del cautiverio	161
Muere Darío, y le sucede su hijo Astiages	162
Muere Astiages, le sucede el gran Ciro	163
Honra Ciro á Daniel	164
Ídolo Bel.	<i>ib.</i>
Sacerdotes del ídolo	165
Industria singular de Daniel.	166
Ídolo Dragon.	167
Daniel es arrojado segunda vez en el lago de los leones.	<i>ib.</i>
Un ángel lleva al profeta Habacuc por el aire con comida para Daniel.	168
Ciro manda sacar del lago á Daniel	169
Ciro se convierte, y Daniel consigue el decreto de la libertad de Israel.	<i>ib.</i>
Decreto de Ciro.	172
Muerte de Daniel	173
Dificultades por parte de los cautivos para salir del cautiverio.	<i>ib.</i>
Arreglo del viaje	175
Eleccion de caudillos	177
Precedentes á la salida	<i>ib.</i>

Salida	178
Entrada en Judea y recuento	179
Entrada en Jerusalem y ofrendas de los príncipes y cabezas de familias	180
Vuelta á sus ciudades y pueblos	<i>ib.</i>
Pobladores de Jerusalem	181
Ereccion del altar de los holocaustos, sacrificios y solemnidades	<i>ib.</i>
Se emprende la reedificacion del templo	182
Se celebra la conclusion de los cimientos	183
Continua la obra del templo	184
Enemigos que procuran impedirlo	185
Muerte de Ciro	186
Cartas al rey Artaxerxes contra los Judios	187
Contestacion del monarca	<i>ib.</i>
Cesa la obra del templo por la cobardia del pueblo	188
Dios castiga esta cobardia	189
El profeta Aggeo la reprende	190
Se sigue la obra	191
Viene el gobernador de Judea á impedirlo	<i>ib.</i>
Carta al rey Darío	192
Profetiza Aggeo acerca de la venida de Jesucristo	<i>ib.</i>
Decreto de Ciro	194
Decreto de Darío	195
Se concluye la edificacion del templo	196
Su dedicacion	197
Celebracion de la Pascua y los ázimos	<i>ib.</i>
Esdras y Nehemías	198
Decreto de Artaxerxes	200
Salida de Babilonia del resto de los cautivos y su viaje á Jerusalem	201
Llegada á Jerusalem	203
Gran sentimiento de Esdras al saber que varios Israelitas se habian casado con extranjeras	<i>ib.</i>
Su oracion	204
Juramento de echar las mujeres extranjeras	205
Medios para cumplirlo	<i>ib.</i>

Su cumplimiento	207
Se concluyen las obras exteriores del templo	208
Prohibicion de reedificar á Jerusalem	<i>ib.</i>
Necesidad de reedificarla	209
Comision á Nehemías para que solicite de Artaxerxes licencia para reedificarla	210
Affliccion y oracion de Nehemías	211
Artaxerxes concede á Nehemías licencia para ir á reedificar á Jerusalem y le autoriza	212
Nehemías llega á Jerusalem y principia su reedificacion por levantar los muros	214
Sus enemigos se burlan de esta empresa	215
Tratan de impedirlo	216
Nehemías se previene para defenderla de un modo muy ingenioso y prudente	<i>ib.</i>
Sus enemigos recurren á la traicion	218
Se concluyen los muros y se cierra la ciudad	220
Otra precaucion de Nehemías	221
Recuento del pueblo	<i>ib.</i>
Celebracion de tres solemnidades	222
Lectura de la ley	<i>ib.</i>
Tabernáculos o Cabañuelas	224
Hallazgo del fuego sagrado	225
Temor de Israel	227
Elocuente discurso de Esdras	226
Promesa jurada y firmada de servir al Señor	231
Determinacion muy prudente para repoblar á Jerusalem	232
Dedicacion de la ciudad santa y sus muros	233
Conclusion de la dedicacion y salida de Nehemías á Persia	234
Se vuelta á Jerusalem	235
Arroja de ella á los Amonitas y Moabitas	236
Destierra la profanacion del dia de fiesta	237
Castiga severamente á los casados con extranjeras	238
Muerte y elogio de Nehemías, Esdras y Zorobabel	240
Historia de los Macabeos	241

Prosperidad de Israel en tiempo de los Medos y Persas	241
Continúa en el de Alejandro y alguno de sus sucesores	243
Hechos de Alejandro y su muerte	<i>ib.</i>
Sigue la prosperidad de Israel	244
Principian sus persecuciones en tiempo de Seleuco, rey de Siria	245
Denuncia de Simon, prepósito del templo, acerca del tesoro	246
Viaje de Heliodoro á Jerusalem para tomar el tesoro del templo	<i>ib.</i>
Entrada de Heliodoro en el templo, y consternacion del pontífice, de los sacerdotes y del pueblo	247
Castigo terrible de Heliodoro	248
Conservacion de su vida por la oracion del pontífice Onías	249
Su agradecimiento y célebre consejo que dio al rey cuando volvió á la corte	250
Calumnias de Simon y salida de Onías á Antioquia	251
Á Seleuco tercero sucede Antíoco tercero su hermano	252
Pintura de este Antíoco	<i>ib.</i>
Jason impio y traidor	253
Establece la enseñanza del paganismo en Jerusalem	<i>ib.</i>
Envía dinero á Tiro para que se ofrezca un sacrificio al dios Hércules	256
Primera entrada de Antíoco en Jerusalem	<i>ib.</i>
Menelao suplanta á Jason y compra el sumo sacerdocio	257
Huye Jason á los Amonitas	258
Menelao es depuesto del pontificado y sustituido su hermano Lisímaco	<i>ib.</i>
Reprende el santo pontífice Onías á Menelao por haber robado los vasos del templo	259
Muere mártir de su celo	<i>ib.</i>
Castigo del asesino de Onías	260
Media justicia de Antíoco	261
Robo sacrilego de Lisímaco y su muerte	<i>ib.</i>
Comisionados de Jerusalem á Antíoco contra Menelao	262

Antíoco los hace morir cometiendo la mas atroz injusticia	263
Menelao es repuesto en el pontificado	<i>ib.</i>
Aparecen en el aire sobre Jerusalem ejércitos que pelean	265
Vuelve Jason á Jerusalem ; causa nuevos males, y tiene que huir	<i>ib.</i>
Su fin desdichado	266
Segunda entrada de Antíoco en Jerusalem y matanza de sus moradores	267
Temor de los Israelitas acerca del templo	268
Antíoco roba el templo y la ciudad	269
Sentimiento de Israel	<i>ib.</i>
Vuelve Antíoco á su corte cantando la victoria	270
Envía á Apolonio con veinte y dos mil soldados para que mate a todos los hombres de Jerusalem	271
Alcázar de Sion convertido en piedra de escándolo para Jerusalem	272
Lastimoso estado de Israel	<i>ib.</i>
Edicto de Antíoco	273
Cartas del mismo	274
Envía á un antioqueno á profanar el templo y declararle casa consagrada al idolo de Jupiter	275
Colocacion del idolo de la abominacion en el lugar santo	276
Otro edicto de Antíoco	277
Destrozos en los Israelitas que guardaban la ley. Dos mujeres con sus dos hijos son arrojadas del muro y estrelladas con ellos por haberlos circuncidado	<i>ib.</i>
Abren á la fuerza la boca al santo anciano Eleázar para que coma carne de puero	278
Compasión inicua de sus amigos	279
Su precioso y nunca bien alabado ejemplo	<i>ib.</i>
Su martirio	280
Tormentos y muerte de siete jovencitos animados por su misma madre	281
Palabras admirables, tormentos y muerte del primero	<i>ib.</i>

Del segundo	282
Del tercero	<i>ib.</i>
Del cuarto	283
Del quinto	<i>ib.</i>
Del sexto	<i>ib.</i>
Del sétimo y último	284
Exhortacion de la madre á este hijo	285
Correspondencia de este hijo á la exhortacion, y su muerte	<i>ib.</i>
Muerte de la madre y elogio de todos	286
Pintura del valor admirable de la nacion santa en estas circunstancias	287
Carácter de las guerras de los Macabeos	288
Los Macabeos	289
El gran sacerdote Matatias, sus hijos y algunos Israelitas huyen de Jerusalem á las montañas de Modin	<i>ib.</i>
Lamentos de Matatias desde aquellas soledades	290
Su hazienda á Modin y su exhortacion	<i>ib.</i>
Ministro de Antiocho para obligar á cumplir su edicto	291
Promesas para seducir á Matatias y su respuesta	292
Se presenta un Judío á ofrecer sacrificio al idolo y Matatias le mata y tambien al ministro de Antiocho, y se vuelve al monte con los suyos	293
Muerte de mil Israelitas por no quebrantar el sábado	294
Se declara que es permitida la defensa en sábado	295
Principia Matatias la guerra	<i>ib.</i>
Faltan las fuerzas á Matatias y conoce que va á morir	296
Hermoso discurso que hace sus hijos	297
Nombra general á Judas Macabeo y consejero á su hermano Simon, y muere en una buena ancianidad	298
Sus honras y su sepulcro	<i>ib.</i>
Aumenta Judas Macabeo el ejército hasta seis mil hombres	299
Súplicas del ejército al Señor antes de principiar la guerra	300
Principia Judas la guerra	<i>ib.</i>
Primera batalla de Judas contra Apolonio y primera	

victoria	301
Segunda batalla contra Seron y segunda victoria de Judas	302
Tercera batalla contra Nicanor y tercera victoria de Judas	304
Repartimiento del botin de esta tercera victoria de Judas	308
Cuarta batalla contra Timoteo y Baquides y cuarta victoria de Judas	309
Judas va á Jerusalem con su ejército á dar solemnes gracias al Señor, y se vuelve á su campamento	<i>ib.</i>
Furioso Antiocho por tantas perdidas manda juntar un ejército de todo su reino para exterminar á los Judíos	311
Obligado por falta de dinero divide en dos partes el grande ejército, deja la mitad á Lisias, y se dirige con la otra mitad á recogerlo en la Persia	<i>ib.</i>
Quinta batalla contra Tolomeo, Nicanor y Gorjias, y quinta victoria de Judas	312
Peticion de Israel en Masfa acompañada de un tierno aparato	313
Sexta batalla contra Lisias, regente del reino de Antiocho, y sexta victoria de Judas	217
Judas y su ejército, despues de haber derrotado y arrojado de la Judea á sus enemigos, suben á Jerusalem á purificar la ciudad santa y el templo del Señor	319
Lastimoso estado en que hallan la ciudad y el templo	320
Purificacion del templo, destruccion del altar contaminado, y dedicacion del nuevo	321
Celebracion de esta fiesta por ocho dias	323
Fortifican el monte de Sion y Betsura	324
Persecucion general de las naciones vecinas	325
Sale Judas á campaña contra ellas	326
Vence á los Idumeos, les castiga ejemplarmente y extermina á los Beanitas	327
Da muchas batallas á los Amonitas y al fin los vence y consigue la victoria	<i>ib.</i>

Persecucion de los Galaaditas y carta de los Judíos á Judas pidiendo socorro.	328
Mensajeros de los Judíos de la Galilea, pidiendo tambien socorro.	329
Salen á socorrerlos; Simon, á la Galilea con tres mil hombres, y Judas y Jonatás, al pais de Galaad con ocho mil.	<i>ib.</i>
Recoge Simon los Judios que habia en la Galilea y se vuelve á Jerusalem.	330
Judas y Jonatás cargan á los enemigos que cercaban Dateman y les matan en la huida cerca de ocho mil hombres.	331
Toman las demás ciudades en que habia Judios encerrados por los enemigos para exterminarlos.	332
Nuevo y numeroso ejército de enemigos; Judas le derrota y disipa.	333
Tambien Judas recoge, como Simon, todos los Judios que habia en el pais de Galaad y los lleva á Jerusalem.	334
Toma de la fuerte ciudad de Efron	<i>ib.</i>
Siente Judas que los enemigos le obliguen á derramar tanta sangre.	335
Descansa con su ejército y continua la marcha á Jerusalem, cuidando por sí mismo de los débiles.	<i>ib.</i>
José y Azarias son derrotados, porque no pertenecen á la familia guerrera de Matatías.	336
Reconquista Judas la Idumea de mediodia.	336
Hace la guerra á los Filisteos, quema los ídolos y reconquista la capital de Azoto.	336
Antíoco en Persia. — Huye de los habitantes de Elymáida.	<i>ib.</i>
Sabe la derrota de sus ejércitos en Judea y se desespera.	340
Protesta exterminar los Judios, pero Dios le hiere con una llaga interior.	<i>ib.</i>
Corre sin embargo á ejecutarlo, pero cae de la carroza, queda muy maltratado y tiene que parar en las soledades de Persia.	341

Llama á sus amigos y les comunica sus acerbos penas.	342
Llama á Dios y ne le oye por sus malas disposiciones.	343
Sus falsas y ridículas promesas.	344
Declara heredero del reino á su hijo Antíoco, menor de edad, y regente á Filipo.	<i>ib.</i>
Su carta á los Judios.	345
Su muerte.	346
Lisias proclama rey á Antíoco, hijo de Antíoco, con el nombre de Eupator, y se declara á sí mismo regente.	347
Gorjias se arma contra los Judios.	<i>ib.</i>
Judas sale con sus tropas á campaña, toma muchas plazas y mata no menos que veinte mil enemigos.	348
Se defienden dos torres, y Judas deja tropas que las tomen para acudir á otro punto amenazado.	349
Defecion de un cuerpo de las tropas que batian las torres, y su castigo.	<i>ib.</i>
Toma Judas las dos torres y se vuelve á Jerusalem.	350
Guerra con Timoteo. — Cinco ángeles pelean por el pueblo de Dios.	351
Derrota de Timoteo y sitio de Gazara.	352
Rasgo de valor de veinte jóvenes, y destruccion de Gazara.	<i>ib.</i>
Muerte de Timoteo.	353
Lisias va contra la Judea con un formidable ejército.	<i>ib.</i>
Un ángel anima á los Judios y destruyen á Lisias.	354
Lisias derrotado propone un convenio á los Judios y le aceptan.	355
Carta de Lisias al senado de los Judios.	356
Carta del rey Antíoco á Lisias.	<i>ib.</i>
Otra del mismo al senado de los Judios.	357
Poder de los Romanos y recurso de los Judios á él.	358
Carta de los Romanos al pueblo de los Judios.	359
Debilidad del convenio entre Lisias y el pueblo Judío.	<i>ib.</i>
Crueldad que los habitantes de Jope cometieron con los Judios.	360

Los castiga Judas ejemplarmente, y castiga tambien á Jannia.	360
Se encuentra Judas con una tropa de Árabes, y son derrotados.	361
Toma de la ciudad de Casfin al otro lado del Jordán.	ib.
Guerra con el general Timoteo en el pais de Galaad y su derrota.	362
Otra guerra con el general Gorjias y otra victoria de Judas.	364
Se descubre al enterrar los cadáveres de los soldados de Judas muertos en esta guerra, un hurto idólatrico.	365
Piedad de Judas y su ejército para con los muertos.	366
Su esperanza en la resurreccion.	367
Es santo y saludable rogar por los muertos.	ib.
Judas se determina á emprender la conquista del alcázar de Sion.	ib.
Se da principio al sitio.	369
Acuden los sitiados al rey para que los socorra.	ib.
Va el rey á socorrer la plaza con un grande ejército.	370
Intentos del falso pontífice Menelao.	ib.
Su muerte extraordinaria.	371
Sabida la marcha del rey, Israel pide su proteccion al Señor.	372
El rey abre la campaña por el sitio de Betsura, y Judas le mata cuatro mil hombres.	ib.
Manda el rey que marche inmediatamente todo el ejército contra Judas á vengar el insulto hecho al cuartel real.	373
Preparacion y repartimiento de los elefantes y carga que soportan.	374
Repartimiento del ejército, resplandor de sus escudos y estruendo de sus armas.	375
Arrojo asombroso de Eleázar.	376
Retirada de Judas á su campamento de Betzacaran, y vuelta del rey al sitio de Betsura.	ib.
El hambre hace la capitulacion de Betsura.	277

Pone el rey el sitio al templo.	378
Defensa y esperanza de Judas.	ib.
Venida de Filipo, regente del reino, á la corte de Antioquia.	379
El rey hace paces con Judas y levanta el sitio del templo.	380
El rey quebranta el pacto y las quejas de los Judíos le obligan á observarle.	381
Sale con su ejército de la Judea acompañado de Lisias, y arroja á Filipo de Antioquia.	382
Demetrio Soter destrona á Antioco, quien pierde la vida juntamente con Lisias.	383
Alcimo solicita del rey Demetrio la posesion del pontificado.	384
Es llamado á un consejo del rey y acusa á Judas y á los fieles Israelitas.	385
Envia el rey á su general Baquides y á Alcimo á la Judea con un fuerte ejército.	386
Baquides y Alcimo proponen paz á Judas y sus hermanos y estos no les escuchan.	387
Pasa una gran comision de Judíos á tratar de ella con Baquides y Alcimo.	ib.
Con la mas cruel perfidia hace matar Baquides á sesenta de la comision.	388
Baquides se vuelve á Antioquia con el medio ejército, y deja á Alcimo en Judea haciendo estragos con el otro medio.	389
Se presenta Judas con sus hermanos y valientes y dispersa las tropas de Alcimo.	390
Envia al rey el general Nicanor y á Alcimo con mas tropas.	ib.
Trata Nicanor de paces con Judas	391
Se hacen las paces.	392
Vuelve Alcimo á Antioquia, acusa á Nicanor, y manda el rey á Nicanor que le envíe encadenado á Judas.	ib.
Nicanor trata de apoderarse por trahicion de la persona de Judas, pero no lo consigue y vomita blasfemias.	393

Segunda vez intenta lo mismo y tampoco lo consigue.	394
Se da una batalla, pierde Nicanor casi cinco mil hombres y blasfema de nuevo.	395
Arrojo asombroso del anciano Razías.	396
Nicanor trata de dar una batalla decisiva en sábado.	397
Judas cuenta con el socorro del Omnipotente, y refiere á sus tropas un sueño que ha tenido.	398
Se de la batalla; Nicanor muere en el primer encuentro, y su ejército es exterminado.	399
Disposiciones de Judas acerca del cadáver de Nicanor.	400
Israel con nadie podía transigir en cuanto á la posesion de Jerusalem y del templo.	401
Noticia que tenían los Judios de los Romanos.	402
Alianza con ellos.	404
Vuelve Baquides á la Judea con nuevo ejército.	405
Desercion lastimosa de la mayor parte del ejército de Judas.	406
Batalla de Laisa cerca de Jerusalem y muerte del héroe de Israel.	408
Sentimiento de Israel en la muerte de Judas.	409
Su elogio.	ib.
Trabajos de Israel por la muerte de Judas.	411
Eleccion de Jonatás en vez de su hermano Judas.	412
Jonatás y Simon castigan ejemplarmente la muerte alevosa de su hermano Juan.	413
Batalla de Jonatás con Baquides.	414
Autoridad del pontifice Alcimo.	415
Su muerte.	416
Baquides se vuelve á Antioquia, pero es llamado otra vez por los apóstatas.	ib.
Baquides pierde parte de su ejército, hace un tratado con Jonatás y se vuelve á Antioquia.	417
Gobierna Jonatás la nación con paz y con grande acierto por cuatro años.	418
El rey Demetrio procura hacer de su partido á Jonatás contra el rey Alejandro.	419
Jonatás se aprovecha de este tiempo favorable para	

reedificar á Jerusalem y levantar los muros en redor del monte de Sion.	420
Carta del rey Alejandro á Jonatás.	422
Otra del rey Demetrio tambien á Jonatás.	423
Jonatás y su pueblo prefieren unirse al rey Alejandro. Se da una gran batalla y muere en ella el rey Demetrio.	424
Alianzas del rey Alejandro con Tolomeo, rey de Egipto, y casamiento con su hija Cleopatra.	425
Convida el rey Alejandro á Jonatás á que pase á Tolomeida á tener parte en sus regocijos.	426
Honores que le dispensa.	ib.
Jonatás se aprovecha de tres años de paz para aumentar el culto del Señor y hacer la felicidad de su pueblo.	427
Demetrio, hijo del difunto Demetrio, disputa la corona á Alejandro.	428
Apolonio, general de la Celesiria, fué infiel á Alejandro, se unió á Demetrio y desafió á Jonatás aliado de Alejandro.	429
Jonatás se conmueve al oír los retos de Apolonio y sale contra él á campaña.	ib.
Modo singular con que Jonatás consigue una gran victoria contra Apolonio.	430
Reciben los Ascalonitas á Jonatás con todo género de obsequios, y el rey Alejandro le aumenta los honores.	431
Traicion del rey Tolomeo contra su yerno Alejandro.	432
Ofrece Tolomeo á Demetrio su hija Cleopatra en matrimonio y se la quita á su marido Alejandro.	433
Entrega á Demetrio su hija y toma para sí la corona de Siria.	434
Batalla de Alejandro y Tolomeo. La pierde Alejandro y huye á la Arabia, donde es asesinado. Tolomeo sale herido de ella y muere á los tres dias.	ib.
Queda Demetrio solo reinando.	435
Emprende Jonatás la toma del alcázar de Jerusalem y Demetrio se opone.	ib.

Carta de Demetrio á Jonatás.	437
Comete un yerro Demetrio licenciando sus tropas y este yerro le pierde.	438
Trifon solicita de Emalcuel que le entregue el joven Antioco, hijo del rey Alejandro.	<i>ib.</i>
Gran conjura de los Antioquenos contra su rey Demetrio	439
Envia Jonatás tres mil de sus valientes, que salvan al rey de las manos de los conjurados.	440
Rompe Demetrio la amistad con Jonatás y se niega al cumplimiento de cuanto habia prometido	441
Consigue Trifon que le entregue Emalcuel al joven Antioco, da aviso á las tropas que habia despedido Demetrio y estas le coronan	442
Batalla entre los ejércitos de Antioco y Demetrio. Queda este derrotado y huye. Trifon como tutor del rey niño procura traer los Judíos á favor de este niño	<i>ib.</i>
Carta del joven Antioco á Jonatás.	443
Acepta Jonatás la alianza con Antioco y sale á recorrer las ciudades de la otra parte del Jordán.	<i>ib.</i>
Bate á los generales de Demetrio y se vuelve triunfante á Jerusalem.	444
Toma de la fortaleza de Betsura por Simon, hermano de Jonatás.	445
Envia Jonatás embajadores á Roma, Lacedemonia y otras ciudades para renovar sus alianzas	446
Carta de Jonatás á los Lacedemonios.	447
Carta del rey Ario Lacedemonio á Onías, sumo sacerdote de los Judíos.	448
Huyen de Jonatás los generales de Demetrio con su grande ejército	449
Simon sofoca el movimiento que hicieron las ciudades maritimas en favor de Demetrio.	450
Jonatás propone á los ancianos el plan de levantar fortalezas por toda la Judea, y es aprobado unánimemente	451

Principian los trabajos con actividad.	451
Trifon les interrumpe en parte, entrando con un ejército en la Judea.	452
Encierra por engaño á Jonatás en Tolemaida, y mata á los mil hombres que le acompañaban.	<i>ib.</i>
Trata de apoderarse de los dos hijos de Jonatás	454
Simon se pone al frente del pueblo á falta de Jonatás su hermano	455
Simon dispone sin perder momento la defensa de la nacion, guarnece á Jope, concluye con suma brevedad los muros y fortificaciones de Jerusalem.	456
Sale Trifon de Tolemaida para ir á la Judea, llevando prisionero á Jonatás, y Simon baja de Jerusalem á su encuentro.	<i>ib.</i>
Rehusa Trifon el combate, recurre á negociaciones traidoras y se apodera de los hijos de Jonatás con engaño. Simon lo conoce y usa de una exquisita prudencia	457
Entra Trifon con su ejército en la Judea con el fin de socorrer la guarnicion del alcázar de Sion; pero Simon le impide el paso, le obliga á caminar por los desiertos y no logra socorrerla	458
Asesina en Bascaman, pueblo de aquellos desiertos, á Jonatás y sus hijos.	459
Simon recoge los cadáveres de su hermano y sobrinos y los hace enterrar con toda solemnidad en Modin, donde hace fabricar un mausoleo ó edificio magnífico sobre el sepulcro de sus padres y hermanos. R <i>ib.</i>	
Trifon hace matar al rey niño á traicion, y reina en su lugar.	460
Continua Simon la fortificacion de la Judea y la concluye	461
Hace alianza con Demetrio.	462
Carta del rey Demetrio á Simon y su pueblo.	<i>ib.</i>
Honra que se dispensa á Simon y parte de su elogio.	463
Sujeta la ciudad de Gaza y la convierte de ciudad pagana en ciudad israelita	464

Toma del alcázar de Sion.	465
Sus nombres y su posicion.	466
Pasa Demetrio á la Media á tomar tropas auxiliares, y queda prisionero de Arsaces su rey.	467
Felicidad de Israel y elogio repetido de Simon.	ib.
Renuevan los Lacedemonios y los Romanos su amis- tad con Simon.	469
Antiocho, rey de Siria, hace alianza con Simon.	471
Carta de Antiocho á Simon y su nacion.	472
Entra Antiocho en el reino de sus padres; se le unen casi todas las tropas de Trifon, y huye este á Dora, donde es cercado por Antiocho.	ib.
Negra infidelidad de Antiocho para con Simon.	473
Envía Antiocho á Atenobio á Simon dándole quejas y pidiéndole cuentas.	474
Noble contestacion de Simon.	ib.
Envía Antiocho contra la Judea al general Cendebeo con una parte de su ejército, y con la otra sigue á Trifon, le alcanza y le quita la vida.	475
Cendebeo entra en la Judea haciendo estragos, y Juan, hijo de Simon, corre á Jerusalem á dar parte á su padre.	476
Simon por hallarse ya muy anciano no va á esta guerra, y la encarga á sus hijos mayores Judas y Juan.	ib.
Salen Judas y Juan con veinte mil hombres y la ca- balleria correspondiente á pelear contra Cendebeo.	477
Huyen los Sirios y los Israelitas les cargan, matando muchos en la huida y quemando á otros en las tor- res en que se encerraron.	ib.
Sangrienta y cruel tragedia de Doc. Muerte alevosa del sumo sacerdote Simon y dos de sus hijos.	478
Desconsuelo de Israel por la pérdida de Simon y sus dos hijos, y consuelo al ver las virtudes de Juan que era el tercero y sucedió á su padre.	480
Pérdida del diario del sacerdocio de Juan, y conser- vacion de dos cartas pertenecientes á la sagrada	

Escritura	481
Advertencia acerca de ellas.	ib.
Carta primera	482
Carta segunda	483
Falta de historia sagrada del antiguo Testamento y suplemento con la profana.	485

Historia profana, desde Antiocho Sidetes hasta el fin
del reino de Siria.

Ruina del reino de Siria y atrocidades de la reina Cleopatra.	486
Fin del reino de Siria, sumergido en el imperio de Roma	488

Historia del antiguo Testamento, desde Juan Hircano
hasta Jesucristo, sacada de los libros profanos á falta
de los sagrados.

Juan Hircano.	489
Se acaba la persecucion de los Sirios contra el pueblo de Dios, y le gobierna Hircano con paz y felicidad.	491
Fariseos, Saduceos y Esenos.	ib.
Judas Aristóbulo	493
Alejandro, por sobrenombre Janeo, sucede á su her- mano Aristóbulo.	494
Alejandra, mujer de Alejandro Janeo.	ib.
Época notable	495
Hircano segundo	ib.
El general Pompeio toma prisionero á Aristóbulo, que habia destronado á Hircano.	496
Vuelve Hircano al pontificado, pero reduce el reino á un género de provincia de Roma.	ib.

Gavinio, sucesor de Pompeio, divide la Judea en cinco gobiernos	497
Antipatro se atrae el afecto de César; logra el título de procurador general de la Judea, y hace gobernador de Jerusalem á su hijo Faselo, y de Galilea á su hijo Herodes.	498
Gobierno arbitrario y cruel de Herodes y muerte de su padre Antipatro.	<i>ib.</i>
Los Partos colocan á Antígono en el trono de Jerusalem y se llevan prisionero al príncipe y pontífice Hircano. El senado romano da á Herodes el título de rey de los Judios.	500
Profecía de Jacob.	<i>ib.</i>
Herodes ayudado de las tropas romanas toma á Jerusalem, y Antígono es decapitado.	501
La nación resiste hasta treinta y un años á la soberanía de Herodes.	502
Herodes hace morir á Hircano, y á toda la descendencia real que descubre. Quema los libros de sus genealogías; deshace el Sanedrín de la Judea y mata á sus jueces.	503
Los Judios reconocen á Herodes por su rey, y este reconocimiento es una señal de próxima venida de Jesucristo.	504
La purísima Virgen nace de los castísimos san Joaquín y santa Ana.	<i>ib.</i>
Descendencia de María santísima y san José de la estirpe real de David.	505
Ocupacion de san José.	506
Voto de perpétua virginidad hecho por María santísima.	<i>ib.</i>
Preparaciones inmediatas para la venida del Hijo de Dios.	507

